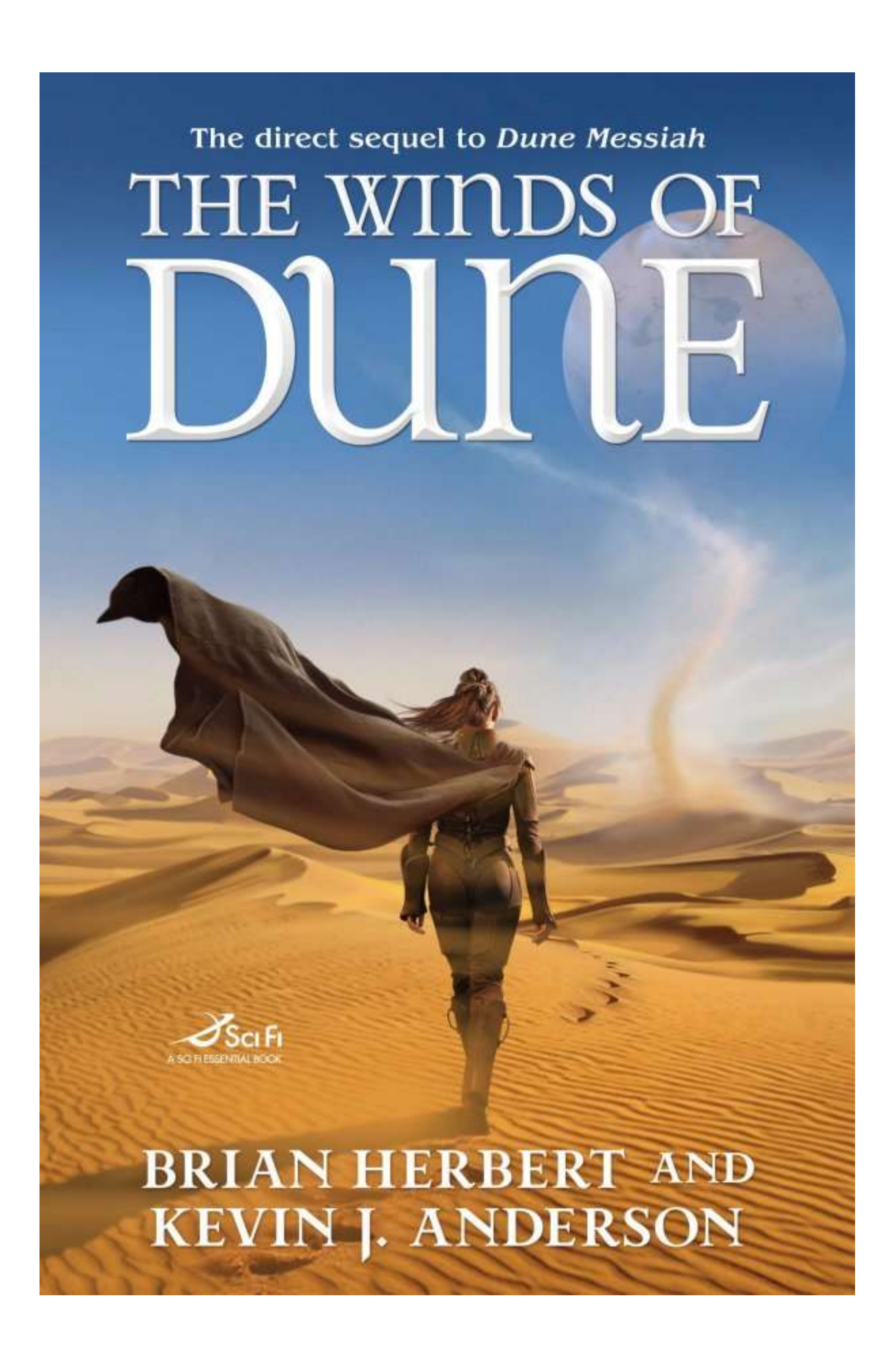

The direct sequel to Dune Messiah
THE WINDS OF
DUNE
Sci Fi
A SCI FI ESSENTIAL BOOK
BRIAN HERBERT AND
KEVIN J. ANDERSON

Con su habilidad habitual, Brian Herbert y Kevin J. Anderson han tomado ideas dejadas atrás por Frank Herbert y las han llenado de personajes vivos y una verdadera sensación de asombro. Donde *Paul of Dune* recogió la saga directamente después de los eventos de *Dune*, *Vientos de Dune* comienza después de los eventos de *Mesías de Dune*

Paul se fue hacia las arenas, ciego, y se lo presume muerto. Jessica y Gurney están en Caladan; Alia está tratando de mantener unido al gobierno imperial con Duncan; Mohiam muerta a manos de Stilgar; Irulan encarcelada. El antiguo amigo de Paul, Bronso de Ix, ahora parece liderar la oposición a la Casa Atreides.

El libro más reciente de Herbert y Anderson en esta histórica serie se concentrará en estos personajes, así como en la creciente batalla entre Jessica y su hija, Alia.



Héroes de Dune

Vientos de Dune

Brian Herbert
Kevin J. Anderson



Título original: *The Winds of Dune*
Autores: Brian Herbert y Kevin J. Anderson
Publicación del original: 2009

Traducción: Faku J Berrade
Revisión: …
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
20.06.18
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Dune y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Brian Herbert, hijo de Frank Herbert, es autor de numerosas y exitosas novelas de ciencia ficción, y de una esclarecedora biografía de su célebre padre, el creador de la famosa saga *Dune*, que cuenta con millones de lectores en todo el mundo.

Kevin J. Anderson ha publicado veintinueve *bestsellers* y ha sido galardonado con los premios Nebula, Bran Stocker y el SFX Reader's Choice.

AGRADECIMIENTOS

Mientras estamos ocupados escribiendo nuevas novelas en el increíble universo de Dune, muchas otras personas contribuyeron a lo que el lector ve en la página impresa. Nos gustaría dar las gracias a Tor Books, Simos & Schuster Uk, WordFire Inc., a la familia de Frank Herbert, Trident Media Group, New Amsterdam Entertainment y Misher Films por sus contribuciones y su apoyo. Como siempre, estamos especialmente agradecidos a Frank Herbert, quién dejó el legado literario más notable de toda la ciencia ficción, y para Baverly Herbert, que dedicó gran parte de sus propios talentos y energía para el éxito de la serie.

Para los Fremen, él es el mesías;
Para los vencidos, él es el Tirano;
Para la Bene Gesserit, él es el Kwizatz Haderach;
Pero Paul es mi hijo y siempre lo será, no importa que tan profundo haya caído.

—Dama Jessica, Duquesa de Caladan

El Emperador Paul-Muad'Dib sobrevivió a un intento mayor de asesinato cuando un quemador de piedras le robó su visión. A pesar de su ceguera, pudo ver las grietas en su imperio, los desgastes políticos y las heridas largamente infectadas que amenazaban con destrozar su gobierno. Al final pudo comprender (ya sea mediante la presencia de un análisis Mentat), que los problemas no tenían solución. Con su amada Chani muerta en el parto y sus nuevos mellizos desprotegidos, Muad'Dib le dio la espalda a la humanidad y a sus hijos y se adentró en el desierto, dejando el Imperio a su hermana de dieciséis años, Alia. Había abandonado todo por lo que había trabajado para crear. Incluso el más cuidadoso historiador no podrá saber la verdadera razón de este hecho.

—Bronso de Ix, Análisis de la Historia: Muad'Dib.

A pesar de que se haya ido, Muad'Dib nunca deja de ponernos a prueba. ¿Quiénes somos nosotros para dudar de sus decisiones? Dónde sea que esté, en la vida o en la muerte, Muad'Dib continúa vigilando a su gente. Es por eso por lo que debemos orar por su guía.

—La Princesa Irulan, El Legado de Muad'Dib

PARTE I

10.207 DC

Luego del derrocamiento de Shaddam IV, el reinado de Paul-Muad'Dib duró catorce años.
Estableció su nueva capital en Arrakeen en el sagrado planeta desértico, Dune. Y a pesar de que el Jihad de Muad'Dib ha terminado finalmente, los conflictos continúan emergiendo.
La madre de Paul, Dama Jessica, se ha alejado de las constantes batallas y maquinaciones políticas, y regresado al hogar ancestral de los Atreides de Caladan para servir allí como Duquesa.

En mi vida privada en Caladan, leí poco acerca de los reportes del Jihad de mi hijo, no porque deseara permanecer ignorante, sino porque las noticias eran algo que realmente no quería oír.

—Dama Jessica, Duquesa de Caladan

La nave sin autorización volaba en órbita sobre Caladan, un antiguo carguero de la Cofradía convertido en un transporte del Jihad.

Un joven muchacho de la villa de pescadores, aprendiz del Castillo, pisoteando las hojas, se precipitó en el patio del jardín. Luciendo incómodo en sus ropas formales, espetó:

—Es un buque equipado militarmente, mi Dama. ¡Totalmente armado!

Arrodillándose junto a una mata de romero, Jessica cortó unas ramitas aromáticas para las cocinas. Allí en su jardín privado, mantenía flores, hierbas y arbustos en una perfecta combinación de orden y caos, flora útil y hermosa. En la paz y la quietud que venía justo después del amanecer, a Jessica le gustaba trabajar y meditar allí, alimentando sus plantas y arrancando las malas hierbas persistentes que intentaban arruínar el delicado equilibrio.

Sin perturbarse ante el pánico del muchacho, ella inhaló profundamente de los aceites aromáticos de las hojas perennes que su tacto reconocía. Jessica se puso en pie y se sacudió la suciedad de sus rodillas.

—¿Han enviado algún mensaje?

—Sólo que están despachando a un grupo de Emisarios Qizarate, mi Dama. Exigen hablar con usted debido a un asunto urgente.

—¿Exigen?

El muchacho se acobardó al ver su expresión.

—Estoy seguro de que se refieren a ello como una petición, mi Dama. Después de todo, ¿se atreverían a hacer demandas a la Duquesa de Caladan, y madre de Muad'Dib? ¡Aún así, deben ser noticias importantes en efecto, para justificar un buque de este estilo! —El joven se removió como una anguila varada en la orilla.

Ella se enderezó.

—Bueno, estoy segura de que el emisario lo considera importante. Probablemente sea sólo otra solicitud para que aumente los límites del número de peregrinos a los que se les permite venir aquí.

Caladan, sede de la Casa Atreides durante más de veinte generaciones, había escapado de los estragos del Jihad, principalmente a causa de la negativa de Jessica de permitir que demasiados forasteros merodearan por allí, cuando la autosuficiente gente de Caladan prefería que los dejaran solos. Con gusto los habría aceptado su Duque Leto, pero él había sido asesinado en una traición de los más altos niveles, y ahora el pueblo solamente tenía a su hijo Paul-Muad'Dib en su lugar, el Emperador del Universo Conocido.

Sin importar los mejores esfuerzos de Jessica, Caladan nunca estaría completamente aislado de las tormentas que ocurrían fuera en la galaxia. A pesar de que Paul ya no le prestara demasiada atención a su planeta natal, había sido bautizado y criado allí; el pueblo nunca podría escapar de la sombra que su hijo había arrojado sobre ellos.

Después de todos los años del Jihad de Paul, una difícil y costosa paz se había apoderado del Imperio como una fría niebla de invierno. Mirando ahora al joven mensajero, notó que había nacido después de que Paul se convirtiera en Emperador. El muchacho nunca había conocido otra cosa más que el Jihad y el lado más duro de la naturaleza de su hijo…

Ella dejó los jardines del patio, gritando al muchacho:

—Convoca a Gurney Halleck. Ambos recibiremos a la delegación en el salón principal de Castel Caladan.

Jessica cambió sus ropas de jardinería por un vestido verde mar de estado. Se enredó sus cabellos y se cubrió con colgantes que ceñían una cresta de oro del Halcón Atreides alrededor de su cuello. Se negó a darse prisa. Cuánto más pensaba en ello, más se preguntaba qué noticias podría haber traído el buque. Tal vez no era un asunto trivial después de todo…

Gurney estaba aguardando en la sala principal. Había estado corriendo con sus sabuesos, y su aspecto y rostro aún estaban enrojecidos por el ejercicio.

—De acuerdo con el espaciopuerto, el emisario es un miembro de alto rango del Qizarate, que trajo su ejército de criados y guardias de honor desde Arrakis. Dice que tiene un mensaje de suma importancia.

Ella fingió un desinterés que no sentía realmente.

—Según mi cuenta, este es el noveno «mensaje urgente» que han entregado desde que el Jihad terminó hace dos años.

—Aún así, mi Dama, éste parece ser diferente.

Gurney había envejecido de buena manera, aunque no era, y nunca sería un hombre atractivo con aquella cicatriz que le recorría la mandíbula, y con sus ojos embrujados. En su juventud había sido molido bajo las botas de los Harkonnen, pero los años de valiente servicio le habían convertido en uno de los mayores activos de la Casa Atreides.

Ella se sentó en la silla que su amado Duque Leto había usado anteriormente.

Mientras los sirvientes del castillo se apresuraban para prepararse a recibir al emisario y a su comitiva, el director del personal de la cocina le preguntó a Jessica acerca de los refrescos adecuados. Ella respondió con un tono frío:

—Sólo agua. Les servirán agua.

—¿Nada más, mi Dama? ¿Acaso no es eso un insulto ante tan importantes personajes?

Gurney rió entre dientes.

—Son de Dune. Lo consideran un honor.

Las puertas de roble del vestíbulo del castillo se abrieron con una brisa húmeda, y la guardia de honor marchó con una gran conmoción. Quince hombres, antiguos soldados del Jihad de Paul, portaban pancartas verdes con toques de negro o blanco.

Los miembros de la inusual comitiva vestían destiltrajes verdes que imitaban uniformes, a pesar de que los destiltrajes fueran completamente innecesarios en el aire húmedo de Caladan. Las gotas relucían cubriendo al grupo, pues afuera había comenzado a caer una ligera llovizna, algo que los visitantes parecían considerarlo como una señal de Dios.

Las primeras filas de la comitiva se hicieron a un lado de manera que un Qizara, un sacerdote del Jihad, vestido de amarillo, pudo dar un paso adelante. El sacerdote se retiró la capucha para dejar al descubierto su cráneo calvo y húmedo, sus ojos brillando de admiración, completamente azules por su adicción a la especia melange.

—Soy Isbar, y me presento ante la madre de Muad'Dib.

Hizo una reverencia, y luego continuó descendiendo hasta que se postró en el suelo ante ella.

—Suficiente de esto. Todos aquí saben quién soy.

Incluso cuando Isbar se recompuso, mantuvo su cabeza inclinada evitando el contacto de ojos.

—Al ver la abundancia de agua aquí en Caladan, comprendemos mayormente el gran sacrificio que hizo Muad'Dib en venir a Dune como el salvador de los Fremen.

La voz de Jessica tenía el tono suficiente como para demostrar que no quería perder el tiempo con la ceremonia.

—Has recorrido un largo camino. ¿Cuál es la urgencia esta vez?

Isbar parecía luchar con su mensaje como si se tratara de un ser vivo, y Jessica percibió la profundidad de sus temores. Los miembros de la guardia de honor permanecieron tan silenciosos como unas estatuas.

—¡Lárgalo, hombre! —ordenó Gurney.

El sacerdote entonces dijo:

—Muad'Dib está muerto, mi Dama. Su hijo se ha ido con Shai-Hulud.

Jessica se sintió como si la acabaran de golpear con un garrote.

Gurney lloriqueó:

—Oh, no. ¡No… no Paul!

Isbar continuó, ansioso por purgarse a sí mismo de sus palabras:

—Abandonando su gobierno, el santo Muad'Dib se dirigió al desierto y se desvaneció en la arena.

Tomó todo el adiestramiento Bene Gesserit de Jessica para erigir una pared gruesa a su alrededor, dándose el tiempo necesario para pensar. El cierre de sus emociones fue automático. Se obligó a no gritar, manteniendo su voz tranquila y firme.

—Cuéntamelo todo, sacerdote.

Las palabras del Qizara escocieron como granos de arena soplados por un viento áspero.

—Usted sabe del reciente complot de traidores entre sus propios Fedaykin. Aunque fue cegado por un quemador de piedras, el bienaventurado Muad'Dib veía el mundo con ojos divinos, no los artificiales tleilaxu que compró para sus soldados heridos.

Sí, Jessica sabía todo aquello. A causa de las peligrosas decisiones de su hijo, y del sangriento Jihad en su nombre, siempre se enfrentaría a la amenaza demasiado realista de ser asesinado.

—Pero Paul sobrevivió al complot que lo dejó ciego. ¿Acaso había otro?

—Una extensión de la misma conspiración, Gran Dama. Un Navegante de la Cofradía estaba implicado, así como también la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam. —Añadió, en el último momento—: Por orden de la Regente Imperial Alia, ambos han sido ejecutados junto con Korba el Panegirista, el artífice de la conspiración en contra de su hijo.

Demasiados hechos llegaban a ella de inmediato. ¿Mohiam ejecutada? Esa noticia la sacudió hasta la médula. La relación de Jessica con la vieja Reverenda Madre había sido siempre tumultuosa, pasando del amor al odio como la marea.

Alia… ¿ahora Regente? ¿No Irulan? Desde luego, era lo apropiado. Pero si Alia era quién regía…

—¿Qué hay de Chani, la amada de mi hijo? ¿Qué hay de la Princesa Irulan, su esposa?

—Irulan ha sido encarcelada en Arrakeen hasta que su implicación en el complot pueda ser comprobada. La Regente Alia no le permitirá ser ejecutada junto con los demás, pero se sabe que Irulan estuvo asociada con los conspiradores. —El sacerdote tragó saliva—. En cuanto a Chani… ella no sobrevivió al nacimiento de los gemelos.

—¿Gemelos? —Jessica se quedó helada—. ¿Tengo nietos?

—Un niño y una niña. Los hijos de Paul son fuertes, y…

Su fachada de calma resbaló peligrosamente.

—¿No pensaste en informarme de esto inmediatamente? —Ella luchó entonces para organizar sus pensamientos—. Dime todo lo que necesito saber, y sin demoras.

El Qizara prosiguió a tientas:

—¿Usted sabe del ghola que le fue regalado a Muad'Dib por parte de los tleilaxu y la Cofradía? Resultó ser un arma, una herramienta asesina encerrada en el cuerpo de un fiel guerrero Atreides.

Jessica había oído hablar del ghola crecido a partir de las células muertas de Duncan Idaho, pero siempre había asumido que era una especie de exótico intérprete de la mímica Juglar.

—Hayt tenía la apariencia y las actitudes de Duncan Idaho, pero no sus memorias —continuó el sacerdote—. A pesar de haber sido programado para asesinar a Muad'Dib, su verdadera personalidad emergió y derrotó a su alter ego, y a través de dicha crisis al final se convirtió nuevamente en el verdadero Duncan Idaho. Ahora, ayuda a la Regente Imperial Alia.

Al comienzo, la idea la sorprendió. —¿Duncan, verdaderamente vivo otra vez?— luego regresó su atención a la cuestión apremiante:

—Basta de distracciones, Isbar. Necesito más detalles sobre lo que le sucedió a mi hijo.

El sacerdote mantuvo su cabeza inclinada, ahogando su voz:

—Dicen que, a través de la presciencia, Muad'Dib conocía las tragedias que iban de acontecer, pero que no pudo hacer nada para evitar lo que él llamaba «*Su terrible propósito*». Ese conocimiento lo destruyó. Algunos dicen incluso que al final estaba verdaderamente ciego, sin ningún tipo de visión del futuro, y que ya no podía soportar el dolor… —El Qizara hizo una pausa, y luego habló con mayor confianza—: Pero yo creo que, al igual que muchos otros, Muad'Dib sabía que era su momento, que sintió el llamado de Shai-Hulud. Su espíritu seguirá ahí afuera en la arena, entrelazado para siempre con el desierto.

Gurney luchó con su dolor y enojo, abriendo y cerrando sus puños.

—¿Y todos ustedes simplemente lo dejaron ir a las dunas, ciego?

—Eso es lo que los Fremen ciegos están obligados a hacer, Gurney —dijo Jessica.

Isbar se enderezó.

—Uno no es que deja a Muad'Dib hacer una cosa, Gurney Halleck. Él conoce la voluntad de Dios. No es para nosotros entender lo que él decide hacer.

Gurney no iba a dejar que el asunto terminara tan rápidamente.

—¿Y fueron realizadas búsquedas? ¿Han intentado encontrarlo? ¿Fue recuperado su cuerpo?

—Muchos tópteros sobrevolaron el desierto, y muchos investigadores peinaron las arenas. Pero, me temo que Muad'Dib ha desaparecido.

Isbar se inclinó reverentemente.

Los ojos de Gurney brillaron mientras se giraba hacia Jessica.

—Teniendo en cuenta sus habilidades en el desierto, mi Dama, podría haber sobrevivido. Paul podría haber encontrado un camino.

—No, si no quería sobrevivir. —Ella negó con su cabeza, y luego miró fijamente al sacerdote—. ¿Qué hay de Stilgar? ¿Cuál es su papel en todo esto?

—La lealtad de Stilgar es incuestionable. La bruja Bene Gesserit, Korba, y el Navegante murieron por su mano. Permanece en Dune como enlace con los Fremen.

Jessica intentó imaginarse el escándalo que se produciría en todo el Imperio.

—¿Y cuándo sucedió todo esto? ¿Cuándo fue visto Paul por última vez?

—Hace veintisiete días —dijo Isbar.

Gurney rugió asombrado.

—¡Hace casi un mes! Por los malditos infiernos, ¿por qué les tomó tanto tiempo llegar aquí?

El sacerdote se alejó de la ira que el hombre irradiaba, chocando con los miembros de la comitiva.

—Teníamos que hacer los arreglos necesarios y reunir un grupo de adecuada importancia. Era necesario obtener un buque de la Cofradía lo suficientemente importante para traer una noticia tan terrible.

Jessica se sintió golpeada por un golpe tras otro. Veintisiete días y ella no lo había sabido, ni siquiera lo había sentido. ¿Cómo no había podido sentir la pérdida de su hijo?

—Hay una cosa más, mi Dama, y todos estamos preocupados por ello —añadió Isbar—. Bronso de Ix sigue propagando la mentira y la herejía. Fue capturado una vez mientras Muad'Dib estaba con vida, pero escapó de su Celda de la Muerte. Ahora, la noticia de la muerte de su hijo le ha otorgado valor. Sus escritos blasfemos degradan a la memoria sagrada del Mesías. Distribuye documentos y manifiestos, tratando de despojar a Muad'Dib de su grandeza. Debemos detenerlo, mi Dama. Como la madre del Santo Emperador, que…

Jessica lo interrumpió:

—Mi hijo está muerto, Isbar. Bronso ha estado produciendo sus tretas por más de siete años y aún no han sido capaces de detenerlo, así que deja tus quejas que no son ninguna novedad. No tengo tiempo para una conversación tan trivial. —Se levantó bruscamente—. Esta audiencia ha terminado.

Sí, estoy siendo cazado por los recuerdos de mi pasado, pero no todos son tristezas. Recuerdo las muchas épocas doradas con Paul Atreides… Paul, no Muad'Dib, por si les interesa. Mientras contemplo estos tiempos, los considero como un hombre que ha servido muchos finos banquetes.

—Gurney Halleck, «Memorias y Fantasmas». Canciones Inconclusas

Olfateando una presa, los sabuesos de caza aullaron, y Gurney corrió hacia ellos. El aire fresco de la tarde quemaba sus pulmones mientras chocaba la maleza, tratando de huir inconscientemente de la devastadora noticia.

Los fornidos sabuesos lo miraron, con sus ojos verde oro, amplios y luminosos, con su visión tan fina como la de un águila, y un agudo sentido del olfato. Protegidas por gruesas capas de color rojizo y piel gris, las bestias salpicaban al pisotear charcos, atravesando la hierba empantanada, aullando como un coro establecido para el oído musical. La alegría de la cacería era palpable en sus acciones.

Gurney amaba a sus sabuesos. Hacía años, había mantenido a otros seis perros, pero se había visto obligado a sacrificarlos cuando contrajeron el virus fuego en la sangre. Jessica misma le había dado estos nuevos cachorros para que los criara, pero se resistió a ponerse a sí mismo nuevamente en una situación de riesgo emocional, decidiendo no

apegarse a ellos, teniendo en cuenta el dolor que significaría perder a todos esos otros sabuesos.

Pero el antiguo dolor no era nada comparado con lo que sentía ahora. Paul Atreides, el joven Amo, estaba muerto…

Gurney tropezó mientras iba tras la pista de los sabuesos. Hizo una pausa para recuperar el aliento, cerrando los ojos por un momento, y luego se lanzó corriendo tras los perros aullantes. No tenía ningún interés real en la cacería, pero necesitaba alejarse del castillo, de Jessica, y especialmente de Isbar y sus compañeros Qizarate. No podía arriesgarse a perder el control delante de los demás.

Gurney Halleck había servido a la Casa de los Atreides durante la mayor parte de su vida. Había ayudado a derrocar a los tleilaxu y recuperar Ix a la Casa Vernius, antes del nacimiento de Paul; más tarde había luchado al lado del Duque Leto contra el Vizconde Moritani durante la Guerra de Asesinos; había tratado de proteger a los Atreides contra los Harkonnen en Arrakis; y había servido a Paul durante los años de su reciente Jihad, hasta que se retiró de la pelea y se dirigió hacia Caladan. Debería haber sabido que las dificultades no habían terminado.

Ahora, Paul se había ido. El joven Amo había entrado en el desierto… ciego y solo. Gurney no había estado allí para él. Deseó haber permanecido en Dune, a pesar de su antipatía hacia la constante masacre. ¡Tan egoísta de su parte abandonar el Jihad y sus propias responsabilidades! Paul Atreides, el hijo del Duque Leto, lo había necesitado en una contienda épica, y Gurney le había dado la espalda a tal necesidad.

¿Cómo voy a olvidarlo, o superar la vergüenza?

Chapoteando entre los empapados grumos del pantano herboso, llegó abruptamente a donde los sabuesos estaban ladrando y aullando, acechando a una liebre de pelaje gris que había metido su cuerpo erizado en una grieta debajo del voladizo de piedra caliza que estaba cubierta de musgo. Los siete sabuesos se sentaron sobre sus patas traseras, esperando a Gurney, clavando sus miradas en la acurrucada y aterrorizada liebre fuera de su alcance, pero imposible de que huyera.

Gurney sacó la pistola de caza y mató a la liebre al instante, sin dolor con un disparo en la cabeza. La alcanzó y la levantó del barro caliente. Los sabuesos de perfecta conducta lo observaron, sus ojos brillando con una fascinante alerta. Gurney arrojó el animal al suelo, y cuando les dio una señal, los perros se lanzaron sobre la presa fresca, rasgando la carne como si no hubieran comido durante días. La rápida violencia de los depredadores.

Un destello de uno de los sangrientos campos de batalla del Jihad cruzó ante los ojos de Gurney, pero parpadeó hacia un lado, relegando aquellas imágenes al pasado, donde pertenecían.

Pero había otros recuerdos que no podía reprimir, las cosas que echaría de menos de Paul, y sintió su propia ruptura de guerrero cayendo, desmoronándose. Paul, que había sido una parte enorme, insustituible en su vida, se había desvanecido en la extensión del

desierto, como un buscador Fremen que evadiera a los Harkonnen. En aquella ocasión Paul no iba a regresar.

Mientras observaba a los sabuesos desgarrando la carne, Gurney se sintió como si aquellas partes fueran las suyas, dejando heridas abiertas y sangrientas en todo su cuerpo.

Aquella noche, cuando Castel Caladan se encontraba sumido en la oscuridad y el silencio, los sirvientes se retiraron, dejando a Jessica para que llorara en privado. Pero no podía dormir, pues no podía encontrar la paz en una recámara vacía que hacía eco con un frío silencio. Se sentía fuera de balance, a la deriva. Debido a su entrenamiento Bene Gesserit, los cierres de las válvulas de sus emociones se habían cerrado y oxidado por falta de uso, sobre todo después de la muerte de Leto, luego de haber dado la espalda a Arrakis y regresado aquí.

¡Pero Paul era mi hijo!

Con un paso silencioso, Jessica se deslizó por los pasillos del castillo hacia la puerta de las habitaciones privadas de Gurney. Hizo una pausa, esperando hallar a alguien con el cual pudiera hablar. Ella y Gurney se podrían relacionar con una pérdida en común y considerar qué podían hacer ahora, cómo ayudar a Alia a mantener al Imperio unido hasta que los hijos de Paul tuvieran la edad necesaria. ¿Qué clase de futuro podrían crear para aquellos infantiles gemelos? Los vientos de Dune —las políticas y las tormentas del desierto— podían despojar la carne de una persona hasta el hueso.

Antes de que pudiera llamar a las pesadas puertas, Jessica se sorprendió al escuchar los extraños sonidos que provenían del interior… ruidos de animales. Se dio cuenta con un sobresalto de que Gurney estaba sollozando. Solo y en privado, el guerrero y estoico trovador desataba su tristeza con un inquietante abandono.

Jessica estuvo más perturbada al darse cuenta de que su propio dolor no era tan profundo o descontrolado: estaba en algún lugar alejado, fuera de su alcance. El nudo en su interior era duro y pesado. Y entumecido. No sabía cómo acceder a las emociones que había debajo. La sola idea le molestaba. *¿Por qué no puedo sentirlo en la manera en que él lo hace?*

Al oír el dolor privado de Gurney, Jessica quiso entrar y ofrecerle consuelo, pero sabía que se avergonzaría de él. El guerrero trovador nunca desearía que viera sus sentimientos desnudos. Lo consideraría una debilidad. Así que se retiró, dejándolo sumido en sus propias penas.

Inestable sobre sus pies, Jessica buscó dentro de sí misma, pero se encontró únicamente con barreras endurecidas que rodeaban su tristeza e impedían una liberación emocional verdadera. *¡Paul era mi hijo!*

Mientras regresaba a sus aposentos en la oscuridad de la noche, Jessica maldijo en silencio a la Hermandad Bene Gesserit. *¡Malditas sean!* Le habían despojado de la capacidad de sentir la angustia debida de una madre ante la pérdida de su hijo.

El comienzo de un reinado, o de una regencia, es un tiempo frágil. Las alianzas rugen, y las personas dan vueltas en círculos como aves de carroña, cazando las debilidades del nuevo líder. Los aduladores dicen lo que

los líderes desean oír, no lo que necesitan oír. El comienzo es un tiempo para la claridad y las decisiones difíciles, porque esas decisiones son las que marcarán el tono de todo el reinado.

—Sta. Alia del Cuchillo

El enviado de Shaddam IV llegó en menos de un mes luego de que Paul se desvaneciera en el desierto. Alia estaba sorprendida por lo rápido que el exiliado Emperador Corrino había actuado.

Debido a que el representante estaba tan apresurado, sin embargo, sólo poseía un conocimiento incompleto de la situación. El hombre sabía que habían nacido los gemelos, que Chani había muerto en el parto, que Paul se había entregado a su ceguera y desaparecido en los páramos de la arena. Pero no estaba al tanto de las muchas decisiones nefastas que Alia había hecho desde entonces. No sabía que el Navegante Edric y la Reverenda Madre Mohiam habían sido ambos ejecutados, junto con Korba el Panegirista. El enviado tampoco sabía que la hija de Shaddam, Irulan, se encontraba en aquellos momentos detenida, y su destino aún era incierto.

Alia optó por recibir al hombre en una recámara interior con paredes de grueso plaz fundido. Varios globos resplandecientes de luz amarilla chillona iluminaban la habitación, de forma muy similar a como lo hacían también en las salas de interrogatorios. Les había pedido a Duncan y a Stilgar sentarse cada uno al lado de ella; la chapa de la larga mesa de obsidiana azul mostraba su superficie pulida como una ventana que daba a las profundidades de un océano distante.

Stilgar gruñó.

—Ni siquiera hemos anunciado los planes formales para el funeral de Muad'Dib, y este lacayo viene ahora como un buitre atraído por la carne fresca. Los representantes oficiales del Landsraad no han llegado desde Kaitain todavía.

—Ha pasado un mes. —Alia se ajustó su cuchillo crys envainado que siempre mantenía colgado en una correa alrededor del cuello—. Y el Landsraad nunca se ha movido con tanta rapidez.

—No sé por qué se molestó Muad'Dib en mantenerlos en primer lugar. No necesitamos sus reuniones y memorandos.

—Ellos son los vestigios del antiguo gobierno, Stilgar. Las formas deben ser obedecidas.

Aún no había decidido qué parte del papel, si había uno, le dejaría a los nobles del Landsraad jugar durante su regencia. Paul no había tratado de eliminarlos realmente, pero les había prestado muy poca atención. «*La cuestión principal era —considerando los tiempos de viaje, y el hecho de que no enviamos ninguna notificación a Salusa Secundus— ¿cómo podría Shaddam haber puesto ya en marcha un plan… si es que se trataba de un plan?*».

Frunciendo el ceño ante sus pensamientos, Duncan Idaho se sentó erguido en su silla, como si hubiera olvidado relajarse. El cabello oscuro y rizado del hombre y su ancho rostro habían llegado a ser tan familiares para Alia, quien lo recordaba en dos visiones…

la del viejo y noble Duncan de los recuerdos que había obtenido de su madre, superpuestos sobre las propias experiencias de los otros recuerdos de Alia, de un ghola llamado Hayt. Sus ojos artificiales metálicos… tan sólo un tintineo, una nota discordante en todo lo demás… servían como los rasgos para recordarle al origen humano del nuevo Duncan.

Los tleilaxu habían hecho de su ghola un Mentat, y ahora Duncan utilizaba aquellas habilidades cerebrales que ofrecía como una suma. *«La conclusión es obvia: alguien en la corte exiliada de los Corrino —tal vez el Conde Hasimir Fenring— estaba preparado para actuar una vez que el supuesto plan de asesinato original hubiera tenido éxito. Aunque la conspiración fracasó, Paul Atreides ha desaparecido. Los Corrino actuaron rápidamente para llenar aquel vacío que se percibía».*

—Shaddam intentará recuperar su trono nuevamente. Debimos haberlo matado aquí cuando aún era un prisionero luego de la Batalla de Arrakeen —dijo Stilgar—. Debemos estar preparados para cuando haga su movimiento.

Alia olfateó.

—Tal vez voy a tener que entregar con el enviado la cabeza de Irulan a su padre. Ese mensaje nunca será malinterpretado. —Aún así, ella sabía que Paul nunca hubiera sancionado la ejecución de Irulan, a pesar de su claro papel en la conspiración.

—Tal acto tendría graves consecuencias de largo alcance —le advirtió Duncan.

—¿No estás de acuerdo?

Duncan levantó las cejas, dejando más al descubierto sus misteriosos ojos.

—No he dicho eso.

—Me gustaría tener la satisfacción de poder estrangular ese cuello Imperial —admitió Stilgar—. Irulan nunca ha sido nuestra amiga, a pesar de que ahora insiste en que realmente amaba a Muad'Dib. Puede decirlo solamente para salvar el agua de su cuerpo.

Alia sacudió su cabeza.

—En eso dice la verdad. Apesta a ella. Amaba a mi hermano. La pregunta es si nos quedaremos con ella como una herramienta cuyo valor aún no ha sido probado, o la desperdiciamos en un gesto simbólico del cual no podremos retraernos.

—¿Tal vez debamos esperar y escuchar lo que el enviado tiene que decir? —sugirió Duncan.

Alia asintió, y sus imponentes guardias Amazonas trajeron a un hombre escultural y engreído llamado Rivato a través de los pasajes serpenteantes del alcázar a la sala de reuniones bien iluminada. Aunque la ruta era directa, la mera duración de la caminata lo había confundido, poniéndolo nervioso. Lo ingresaron en el interior de la cámara de gruesas paredes donde Alia y sus dos compañeros se encontraban, y luego las guardianas de sexo femenino se apostaron afuera, en el pasillo polvoriento.

Recomponiéndose con esfuerzo, el enviado de Salusa se inclinó profundamente.

—El Emperador Shaddam desea expresar su pesar por la muerte de Paul-Muad'Dib Atreides. Eran rivales, sí, pero Paul era también su hijo —en ley— casado con su hija

mayor. —Rivato miró a su alrededor—. ¿Tengo la esperanza de que la Princesa Irulan pueda unirse a nosotros en la discusión?

—Ella está ocupada en otros asuntos. —Alia consideró por un instante arrojar al hombre a una celda de contención—. ¿Por qué estás aquí?

No habían puesto ninguna silla vacía en el lado opuesto de la mesa azul de obsidiana… una señal más que clara que forzaba a Rivato a permanecer de pie mientras se enfrentaba a los tres inquisidores, y lo mantenían fuera de balance e incómodo. Bajó su mirada para ocultar la inquietud que cruzaba por su rostro.

—El Emperador me envió al instante supo de las noticias, porque todo el Imperio enfrenta una crisis.

—Shaddam no es el Emperador —señaló Duncan—. Deja de referirte a él como tal.

—Disculpe. Desde que sirvo en su corte en Salusa Secundus, tiendo a olvidarlo. —Recuperando su dinamismo, Rivato siguió adelante—: A pesar de los tristes acontecimientos, tenemos una tremenda oportunidad para restaurar el orden. Desde la caída de Shaddam IV, el Imperio se ha enfrentado a la agitación extrema y el derramamiento de sangre. El Jihad fue conducido por un hombre de gran carisma, nadie puede negarlo, pero como Muad'Dib se ha ido, ahora podemos devolver la estabilidad tan necesaria para el Imperio que…

Alia lo interrumpió:

—El Imperio se estabilizará bajo mi regencia. El Jihad de Paul terminó hace casi dos años, y nuestros ejércitos aún permanecen con fuerza. Cada vez son menos y menos los mundos rebeldes.

El enviado intentó darle una sonrisa de seguridad.

—Pero aún hay lugares donde se requiere, podríamos decir, considerablemente más diplomacia para tranquilizar las cosas. Una restauración de la presencia Corrino calmaría las aguas otorgando continuidad.

Alia le recordó fríamente:

—Muad'Dib tuvo dos hijos con su concubina Chani, y estos son sus herederos Imperiales. La línea de sucesión es clara —no tenemos necesidad de ningún Corrino.

Rivato levantó las manos en un gesto conciliador.

—Cuando hizo a la Princesa Irulan su esposa, Paul-Muad'Dib reconoció la necesidad de mantener los lazos con la antigua Casa Imperial. La larga tradición del gobierno Corrino se remonta al final del Jihad Butleriano. Si fortalecemos los lazos, beneficiaremos a toda la humanidad.

Stilgar se abalanzó sobre aquellos comentarios.

—¿Estás sugiriendo que el reinado de Muad'Dib no benefició a la humanidad?

—Ah, eso ahora, es decisión de los historiadores, y no soy un historiador.

Duncan apoyó sus manos en la mesa.

—¿Qué eres, entonces?

—Ofrezco soluciones a los problemas. Luego de consultarlo con el Padishah —quiero decir, con Shaddam— sugerimos caminos diferentes para enfrentar esta transición del reino.

—Sugerencias, ¿tales cómo? —inquirió Alia.

—Rejuntar las líneas de sangre, cualquiera sea la manera, eliminará muchos tumultos, y sanará las heridas. Hay muchas posibles maneras de conseguirlo. Para empezar, usted, Dama Alia, tendría que casarse con Shaddam —solamente en nombre, desde luego. Ha sido muy bien establecido que Muad'Dib tomara a la Princesa Irulan como su esposa sólo en nombre. Hay un precedente bastante obvio.

Alia se erizó.

—Las esposas de Shaddam no tienen un alto porcentaje de supervivencia.

—Eso fue en el pasado, y ha estado sin esposa por años.

—Sin importar, la oferta es inaceptable para la Regente. —*La voz de Duncan carga una ligera nota de celos,* pensó Alia.

—Dinos que otros casamientos sugieres —dijo Stilgar—, así podemos prescindir de ellos también.

Imperturbable, Rivato se ordenó a través de sus planes replegados.

—Shaddam tiene tres hijas. —Wensicia, Cáliz, y Josifa— y Muad'Dib tiene un pequeño hijo. ¿Quizás el chico Atreides podría desposar a una hija de los Corrino? La diferencia de edades no es tan significativa, teniendo en cuenta los efectos geriátricos de la melange. —Al ver sus ceños, Rivato continuó rápidamente—: Del mismo modo, el nieto del Emperador, Farad'n, de su hija Wensicia, podría ser comprometido en matrimonio con la hija de Muad'Dib. Son lo suficientemente cercanos en edad.

Alia se puso en pie, una joven de dieciséis años entre hombres sombríos, sin embargo, era obviamente quien ejercía el poder.

—Rivato, necesitamos tiempo para considerar lo que has propuesto. —Si lo dejaba seguir hablando, tal vez pediría su ejecución después de todo, pero luego probablemente lo lamentaría—. Tengo que atender a muchas cuestiones apremiantes, como el funeral de Estado de mi hermano.

—Y el funeral Fremen de Chani —agregó Stilgar en voz baja.

Ella le dio a Rivato una sonrisa fría.

—Regresa a Salusa Secundus y aguarda nuestra respuesta. Puedes retirarte.

Con una reverencia algo apresurada, el hombre se retiró sin resolución, y las guardias Amazonas se marcharon con él. Tan pronto como la puerta se cerró de nuevo, Duncan dijo:

—Sus sugerencias no han sido del todo infundamentadas.

—¿Oh? ¿Querrías que me case con el viejo Shaddam? —El ghola permaneció impasible, y Alia se preguntó si él ya no sentía nada por ella. ¿O simplemente lo ocultaba tan bien?—. No quiero volver a escuchar más sobre estos absurdos dinásticos. —Con un gesto rápido, cortó cualquier otra discusión—. Duncan, hay algo más que necesito que hagas por mí.

* * *

Al día siguiente, Alia se asomó a la celda de contención a través de un ojo espía oculto.

La Princesa Irulan estaba sentada en un banco duro, mirando a nada en particular, sin dar muestras de impaciencia. Su actitud emanaba tristeza en lugar de miedo. No estaba aterrorizada por su vida, eso era claro. Era difícil aceptar que estaba realmente de luto por la pérdida de Paul, pero Alia sabía que era verdad.

Aburrida con el juego, salió de la pantalla de vigilancia y dio instrucciones a uno de los guardias Qizara de túnicas amarillas para que quitara el cerrojo de la puerta. Al ingresar la Regente, Irulan se puso de pie.

—¿Has venido a informarme mi fecha de ejecución? ¿Vas a matarme después de todo? —Parecía más interesada en la respuesta que en el miedo a ella.

—Aún no he decidido tu destino.

—Los sacerdotes lo han hecho, y sus turbas aúllan por mi sangre.

—Pero yo soy la Regente Imperial, y tomo las decisiones. —Alia le dirigió una sonrisa misteriosa—. Y aún no estoy preparada para revelártela.

Irulan se volvió a sentar con un largo suspiro.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué has venido aquí?

Alia sonrió dulcemente.

—Un enviado de Salusa Secundus vino a verme. A través de él, tu padre sugirió escandalosos matrimonios con la Casa Corrino como una manera de resolver la mayoría de los problemas del Imperio.

—Yo misma consideré eso, pero ya no escucho a mis consejeros, a pesar del respeto que tú me tenías cuando eras más joven —dijo Irulan uniformemente—. ¿Qué respuesta le diste?

—Ayer por la tarde, el enviado se subió a un pequeño transbordador para llevarlo de regreso a su nave en órbita. Lamentablemente, su lanzadera experimentó una falla de motor inexplicable y cayó del cielo desde una gran altura. Me temo que no hubo sobrevivientes. —Alia sacudió su cabeza—. Algunas personas sospechan de un sabotaje, y vamos a montar una completa investigación… tan pronto tengamos tiempo.

Irulan la miró horrorizada.

—¿Acaso Duncan Idaho saboteó los motores? ¿Stilgar?

Alia intentó mantener su implacable expresión, pero luego se suavizó, recordando cuando era pequeña, y junto con la princesa mantenían una estrecha relación de amistad. Aquella no era una situación de blanco y negro. El gris rodeaba completamente a Irulan.

—Con mi hermano desaparecido, los conspiradores y usurpadores vendrán hacia mí desde todos los rincones. Tengo que mostrar mi fuerza y entereza, o todo para lo que Muad'Dib trabajó se perderá.

Irulan dijo:

—Pero, ¿qué otra cosa se puede perder en el camino?

—Tal vez tú, Princesa. Haría falta sólo un movimiento de mi dedo.

—¿Ah, sí? ¿Y quién va a criar a los hijos de Paul? ¿Quién va a amarlos?

—Harah es muy competente en ese sentido. —Alia salió de la celda de contención, y los guardias Qizara cerraron la puerta nuevamente, dejando a la Princesa sola con sus preguntas sin respuesta.

Ninguna contemporaneidad puede decidir el valor de las acciones de mi hijo. El legado de Muad'Dib será juzgado a una escala que se extiende más allá de la vida. El futuro toma sus propias decisiones sobre el pasado.

—Dama Jessica, Duquesa de Caladan

Sabiendo que Alia se enfrentaba a las secuelas turbulentas de la muerte de Paul, Jessica decidió partir hacia Dune… para estar con su hija y ayudarle en todo lo que pudiera. Envió un mensaje oficial a los Qizara de Isbar, diciéndole que ella y Gurney Halleck tenían la intención de abandonar Caladan lo antes posible. La delegación del sacerdote se apresuró a cumplir sus deseos.

Las naves aumentadas militarmente de la Cofradía permanecían en órbita, y Gurney hizo los arreglos para que se trasladaran en una vieja pero lujosa fragata Atreides desde el hangar del espaciopuerto privado. Aquel buque de batalla ornamentado había sido puesto en servicio por el Viejo Duque Paulus, y Jessica recordaba que Leto lo había usado durante su viaje inicial a Arrakis. *Todo lo que hacemos conlleva el bagaje de la historia con él*, pensó.

Mientras Gurney daba instrucciones al piloto, el obsequioso sacerdote apareció en la bahía vacía, inclinándose profundamente.

—Esperemos que la tripulación sea de su agrado, mi Dama. En el nombre de Muad'Dib, ya nos habíamos desviado del buque para llegar a Caladan y darle nuestra triste noticia a usted. Las necesidades que los retrasados pasajeros a bordo sufren no son más apremiantes que las suyas.

—¿Los pasajeros? Había asumido que era una nave militar especial comandada por el Qizarate.

—Ahora que el Jihad ha sido declarado como terminado, muchos de los buques militares han sido puesto de nuevo en servicio como buques de transporte. Tomamos el primer buque disponible después de que la Regente Alia me otorgara las palabras de la muerte de Muad'Dib. ¿Qué otra empresa puede ser acaso más importante? Todas esas otras personas pueden esperar.

Gurney dejó caer una pesada mochila en la rampa de la fragata, murmurando para sí mismo.

Aunque no se sorprendía por el espectáculo de poder demostrado, Jessica se alarmó que Isbar simplemente hubiera desviado todo un buque con una bodega llena de personas y una lista de pasajeros.

—Bueno, apresurémonos al respecto.

Isbar se acercó más, y Jessica pudo ver el hambre en sus ojos, la ciega admiración.

—¿Puedo ir con usted a la fragata, mi Dama? Como la madre de Muad'Dib, usted me puede enseñar mucho. Me gustaría ser su absorto pupilo.

Pero ella no tenía necesidad de aduladores. No quería que aquel sacerdote fuera su alumno, ya fuera absorto o de cualquier manera.

—Por favor, viaja con tu propia compañía. Requeriré la soledad de mis oraciones.

Decepcionado, Isbar asintió solemnemente y salió del hangar, aún inclinándose, mientras Jessica y Gurney subían a bordo de la fragata. La escotilla adornada se cerró, encerrándolos. Gurney dijo:

—Paul habría despreciado a ese hombre.

—Isbar no es diferente a los demás sacerdotes que han formado sus estructuras de poder alrededor de Muad'Dib, alrededor de su legado. Mi hijo estaba atrapado por su propio mito. Y con el correr de los años, se volvieron aparentes para mí —y para él— cuántas cosas se le habían ido de control.

—Nos removimos a nosotros mismos de la ecuación, mi Dama —dijo Gurney, y luego proclamó un dicho familiar: —*«Los que no hacen más que observar desde las sombras no se pueden quejar de la luminosidad del sol»*. Tal vez ahora podamos hacer las paces, si es que Alia se inclina a permitírnoslo.

Durante el vuelo hasta el crucero, Jessica intentó relajarse mientras Gurney sacaba su baliset y comenzaba a tocar suavemente. Temía que él ya hubiera compuesto un himno a la memoria de Paul, y no estaba dispuesta a escucharlo en aquellos momentos. Para su alivio, simplemente comenzó a reproducir una melodía familiar que sabía que era una de sus favoritas.

Ella observó su rostro curtido, el cabello rubio que se volvía de a partes gris, la cicatriz prominente.

—Gurney, siempre sabes tocar la pieza correcta.

—A partir de la práctica, mi Dama.

Una vez acoplados al crucero, Jessica y Gurney dejaron la comodidad de la fragata y salieron a las zonas comunes. En discretas ropas, no levantaron ninguna atención hacia ellos cuando comenzaron el paseo. Isbar ya le había contado su versión de la muerte de Muad'Dib, y Jessica quería oír lo que decía la gente.

Algunos pasajeros nunca dejaban realmente sus buques privados dentro de la gran bodega, pero muchos de los que observó eran largos pasajes con innumerables puentes y rutas redondeadas que se dirigían a cubiertas comunes del crucero, ya fueran establecimientos de bebidas, y tiendas.

Ella y Gurney cruzaron las enormes cubiertas al aire libre, mirando las mercancías para la venta de numerosos planetas. Algunos fabricantes ya habían creado artículos para conmemorar el reinado y la muerte de Muad'Dib; le resultó inquietante, y Gurney la alejó. La condujo a un establecimiento de bebidas muy iluminado, cubierto de plaz, cristal y cromo, atestado de ruidosos clientes. Dispuestos en la pared había licores coloridos, especialidades de incontables planetas.

—Éste es el mejor lugar para escuchar a escondidas —dijo Gurney—. Tomemos asiento y dejemos que las conversaciones lleguen a nosotros.

Con una copa de vino negro para ella y una espumosa cerveza amarga para él, se sentaron uno enfrente del otro, cómodos por su cercanía. Y escucharon.

Una raza de gente itinerante, los Wayku, servían como personal a bordo de todos los cruceros de la Cofradía; eran una raza silenciosa, extrañamente homogénea, bien conocida por sus faltas de solicitudes personales. Apenas se dio cuenta, pero había camareros Wayku uniformados, mezclados entre los clientes, limpiando las mesas, entregando las bebidas.

El tema principal de las conversaciones implicaba la muerte de Muad'Dib. Los debates surcaban mesa tras mesa, preguntándose si el hijo de Jessica había sido el salvador o el monstruo, si más allá de la corrupción y la decadencia de los Corrino, era preferible un gobierno real y puro, o la violencia de Paul-Muad'Dib.

No entienden lo que estaba haciendo, pensó para sí misma. *Ellos nunca podrán entender por qué tuvo que tomar las decisiones que tomó.*

En una mesa, una acalorada discusión degeneró en gritos y amenazas. Las sillas fueron apartadas a un lado al levantarse dos hombres, con sus rostros rojos de ira, gritando insultos. Uno arrojó un cuchillo, mientras que el otro activaba su escudo personal… y la lucha continuó hasta que el hombre con el escudo yació muerto de una estocada lenta. La multitud en el bar había observado, sin tratar de intervenir. Después, los hombres de seguridad del Sindicato llegaron para retirar el cuerpo y para detener al asesino de aspecto aturdido, que parecía no poder creer lo que su rabia le había llevado a hacer.

Mientras que otros se centraban en la conmoción, Jessica vio a los camareros Wayku aun circulando por las mesas. Vio a uno de ellos depositar subrepticiamente unas hojas impresas en varias mesas vacías, y luego alejarse. El movimiento fue tan suave que, si ella no hubiera estado prestando tanta atención, probablemente no lo habría percatado.

—Gurney. —Ella hizo un gesto, y él se deslizó de su silla hacia atrás para recuperar uno de los documentos. Había visto aquello mismo, anteriormente. El título decía: LA VERDAD SOBRE MUAD'DIB.

Su expresión se ensombreció.

—Otro de los folletos de propaganda difamatoria, mi Dama.

Jessica estudió el folleto. Algunas declaraciones eran tan escandalosas como para ser risibles, pero otras señalaban los excesos que Paul había permitido en su Jihad, haciendo hincapié en la corrupción del gobierno de Muad'Dib. Aquellos tenían el anillo de la verdad. Bronso de Ix había sido en verdad una espina problemática durante años, y era tan bueno en lo que hacía que eso lo había convertido en una verdadera leyenda.

Jessica sabía que ni los peores críticos ni sus más fervientes admiradores entendían completamente a su hijo. Allí, en el bar, un hombre había sido asesinado por haber defendido sus creencias, pensando que entendía los motivos y las intenciones reales de Paul. El llamado de Muad'Dib era infinitamente más complejo, su meta demasiado enredada, sutil, y muy larga para que cualquiera, ni siquiera ella, pudiera comprenderla plenamente. Aceptó el ahora.

Gurney arrugó el prospecto, y lo arrojó a un lado con disgusto mientras que Jessica negaba con su cabeza, deseando que todo pudiera haber sido diferente. Aún así, Bronso de Ix había cumplido con su propósito, al igual que todos ellos.

¡Subakh ul kuhar, Muad'Dib!
¿Te hayas en buena salud? ¿Estás ahí?

—Canto Fremen al viento y la arena

Necesitaba el desierto, aquel vasto océano sin agua que cubría la mayoría del planeta. Demasiado tiempo en la ciudad con sus sacerdotes y los miembros del Landsraad discutiendo sobre los planes para el funeral de Muad'Dib habían cansado a Stilgar. ¡Y aquellos ruidosos peregrinos de otros mundos! Estaban por todos lados, clamando y presionando, sin darle espacio o tiempo para pensar.

Finalmente, luego del trágico accidente que había sufrido el enviado de Shaddam IV, Stilgar decidió dirigirse hacia el Sietch Tabr, para sumergirse a sí mismo en la pureza de la vida Fremen. Esperaba que eso le limpiara la mente y le hiciera sentirse verdadero, nuevamente un Naib, en vez de vestir túnicas adornadas en la corte de Alia. Hizo el viaje solo, dejando a su esposa Harah allá en la ciudadela para que vigilara a los gemelos Atreides.

En el Sietch Tabr, sin embargo, encontró muchos cambios que lo decepcionaron. Era como la lenta caída de los granos de arena hacia abajo por un deslizamiento en la cara de una duna, cada grano muy pequeño para ser observado, pero causando acumulativamente un cambio significativo. Después de tantos años de Jihad, las influencias de otros mundos habían diluido a los Fremen. Sus penurias habían disminuido, y sus vidas ya no eran las difíciles luchas que habían sido una vez. *Y con todas las comodidades llegaba la debilidad*. Stilgar reconocía los signos. Había visto los cambios, y el Sietch ya no podía ofrecerle la pureza que buscaba. Al final permaneció allí tan sólo una noche.

A la mañana que siguió, se encaminó hacia la arena, montando a un poderoso gusano.

A medida que el gigante lo llevaba de vuelta a la Muralla Escudo de Arrakeen, se preguntó si la madre de Muad'Dib volvería para el funeral de su hijo. Jessica era una Sayyadina en su propio derecho, y Stilgar sentía que Dune había perdido parte de su alma cuando había decidido volver a su mundo de agua en lugar de permanecer allí. Qué bueno sería volver a verla, aunque estaba seguro de que incluso Jessica debía haber cambiado.

Como precaución, se reuniría con sus mejores Fedaykin en Arrakeen, donde podrían montar guardia con los soldados de Alia para darle la bienvenida a la madre del Mesías, si es que optaba por regresar. Jessica no necesitaba la pompa y la ceremonia, pero sí la posibilidad de necesitar su protección.

Stilgar encontró su solitario viaje a través del desierto vigorizante y limpiador.

Sentado en los anillos segmentados del gris gusano de arena, escuchaba el siseo de los granos de arena con el sinuoso y enorme cuerpo deslizante a lo largo del desierto. Los vientos calientes del desierto acariciaban el rostro de Stilgar, vientos que borraban con facilidad las huellas que el gusano dejaba tras él, los vientos que le harían uno con el

desierto prístino una vez más. Aquella experiencia le hizo sentirse nuevamente parado ante su propio martilleador, el montar el gusano por primera vez con sus ganchos y esparcidores, guiando al monstruo a su voluntad.

Desde que Muad'Dib se había ido a enfrentar su destino, los supersticiosos Fremen y la gente del pan y graben afirmaban que se había unido a Shai-Hulud tanto literal como espiritualmente. Algunos aldeanos habían colocado ollas vacías en las estanterías o en las ventanas para simbolizar el hecho de que nunca se había encontrado el agua de Muad'Dib, la cual se había mezclado con la arena, con la deidad Shai-Hulud…

Tan sólo horas después de que Muad'Dib se hubiera ido a la arena, la dulce y doliente Alia le había pedido a Stilgar que siguiera las órdenes que sabía que contrariaban los deseos directos de Paul. Ella había golpeado la esencia misma de las creencias del Naib y su necesidad de venganza, y lo había convencido de que las intenciones contrarias a Muad'Dib eran tan sólo una prueba. Después de tanto dolor y muerte, Stilgar había querido sentir la sangre en sus manos. Como Naib, había matado a muchos hombres, y como un luchador en el Jihad de Muad'Dib, había sacrificado a innumerables otros.

Una noche de muertes lo habían calmado, mientras los detalles de la compleja conspiración comenzaban a desplegarse. Korba, un valiente Fedaykin que se había vuelto demasiado importante en el sacerdocio, fue el primer implicado, su culpabilidad sin formato a un consejo de Naibs Fremen. Su ejecución a manos de Stilgar había sido fácil, necesaria, y sangrienta.

Pero Stilgar nunca antes había asesinado a un Navegante de la Cofradía, ni había matado tampoco a una Reverenda Madre de las Bene Gesserit. Sin embargo, cuando Alia había dado la orden, cometió los actos sin preguntas.

El Navegante Edric había ejercido el poder de la Cofradía Espacial y llevaba el peso político de un embajador nombrado, pero su seguridad dependía de las restricciones civilizadas que no significaban nada para Stilgar. Romper el tanque había sido simple. Cuando el gas de especia de la criatura se agotó y el Navegante se dejó caer sobre su cuerpo larguirucho acuático en una esquina, Stilgar se hizo dueño de la carne gomosa del mutante al partirle el cuello cartilaginoso. No había sentido un gran placer al hacerlo.

La bruja Bene Gesserit Mohiam fue harina de otro costal. Aunque Stilgar era un gran guerrero Fremen, aquella anciana poseía poderes que él no comprendía, formas temibles que podrían haber atestado un ataque en contra de su habilidad, si no hubiera tenido la ventaja de la sorpresa. Había tenido éxito al matarla sólo porque Mohiam nunca creyó que realmente desobedecería las órdenes de Paul de que no podían ser perjudicados.

Para llevar a cabo la tarea había usado un subterfugio inteligente para tenerla amordazada y de esa manera impidiéndole usar el poder de la *Voz* contra él, y la vieja bruja se sometió. De haber sospechado que su vida estaba siendo amenazada, habría luchado tenazmente. Stilgar no deseaba una batalla, deseaba una ejecución.

Con la mordaza firmemente establecida sobre su boca, y sus manos atadas a la silla, Stilgar se detuvo delante de la anciana.

«*Chani, hija de Liet y amante de Muad'Dib, ha muerto después de dar a luz a dos hijos gemelos*».

Los brillantes ojos de Mohiam se ensancharon, y pudo notar que ella quería decir algo, pero no podía.

«*El ghola Hayt ha roto su adoctrinamiento y se negó a asesinar a Paul-Muad'Dib*».

La expresión de la bruja había sido como un rayo en una tormenta de actividad en forma de pensamientos que asaltaron su mente.

«*Sin embargo, Muad'Dib se ha entregado a Shai-Hulud, pues eso es lo que se espera que haga un Fremen ciego*».

Stilgar desenvainó su cuchillo crys del cinturón.

«*Ahora la verdadera justicia me corresponde a mí. Sabemos de su participación en la conspiración*».

Mohiam comenzó a luchar con sus ataduras.

«*El Embajador de la Cofradía ya está muerto, y Korba, también. La Princesa Irulan ha sido encarcelada en una celda de contención*».

Hubo un sonido extraño, como de ruptura, parecido al de huesos de muñecas quebrándose. Independientemente, Mohiam liberó una de sus manos. La llevó hacia su mordaza en la boca, pero el crys de Stilgar fue mucho más rápido. La apuñaló en su pecho, sabiendo que era una herida mortal, pero la Reverenda Madre seguía moviéndose, forzando la mano a retirar la mordaza y liberarse.

Stilgar atacó nuevamente, perforando la laringe y rozando la garganta, y eso la hizo desplomarse. Pateó la silla y el cuerpo encima, y luego miró a sus dedos pegajosos. Cuando limpiaba la hoja en las túnicas oscuras de la Reverenda Madre, se percató de que la sangre de la bruja parecía y olía exactamente igual que cualquier otra sangre…

Aquellas no habían sido las únicas muertes ordenadas por Alia. Había sido una larga y difícil noche.

Ahora, mientras se acercaba en un gran gusano a la brecha que habían abierto a través de la Muralla Escudo con las armas atómicas de Paul, Stilgar vio una barricada de qanats llenos de agua que ningún gusano podría cruzar… especialmente uno tan cansado como este. Mejor liberar a la bestia allí, en la arena abierta. Había cabalgado y liberado tantos gusanos de arena que había perdido la cuenta. Como Fremen, guiar a las sagradas criaturas sobre las dunas siempre había sido peligroso, pero nada que pudiera ser temido. Si es que uno había seguido el protocolo adecuado.

Muy cerca de la brecha, puso en movimiento a la criatura, se deslizó por los anillos de guijarros, y cayó sobre la arena. Luego, se levantó de un salto y se quedó inmóvil, por lo que el gusano no detectó su presencia. Los gusanos de arena no poseían ojos; simplemente detectaban las vibraciones.

Pero la criatura se detuvo y se encaminó por su cuenta, tan pronto como Stilgar la soltó.

Generalmente, un gusano liberado de su jinete huía sin perder tiempo al desierto, o se enterraba en la arena y las dunas. Pero éste permaneció donde estaba, avecinándose, intimidante. Levantó alto su enorme cabeza, mirando hacia abajo, hacia él.

Su boca era una caverna circular surcada con filosos cuchillos cristalinos minúsculos.

Stilgar se quedó helado ante la enorme presencia de la criatura. Sabía que estaba allí pero, sin embargo, no se movía hacia él para atacarlo. Temblando ligeramente, el Naib no pudo olvidar los rumores susurrados de que Muad'Dib, después de haber caminado sobre la arena, se había convertido en uno con Shai-Hulud. Aquella cabeza sin ojos del gusano tenía una mirada misteriosa, ciega… haciéndole pensar en Muad'Dib. Aunque cegado, el gran hombre había sido capaz de ver a Stilgar a través de la presciencia.

Repentinamente se sintió como un niño. Algo era diferente. Respiró lentamente, formando las palabras en sus pensamientos, pero apenas dichas en un tono bajo por sus labios.

—Muad'Dib, ¿estás ahí?

Parecía algo estúpido, pero no podía huir del sentimiento. En un instante, el gusano podía descender hacia él y devorarlo, pero no lo hacía.

Después de un largo momento de tensión, la enorme criatura se volvió y se deslizó lejos hacia la arena, dejando a Stilgar allí de pie, temblando. Vio cómo la criatura se desviaba y se acurrucaba en la profundidad, dejando apenas una ondulación en la arena tras sus pasos.

Con un hormigueo de asombro recorriendo su cuerpo, preguntándose qué era lo que acababa de experimentar en realidad, Stilgar corrió con paso entrecortado por las dunas hacia la Muralla Escudo y a la gran ciudad más allá.

Solamente existe una regla sobre las sorpresas: la mayoría de ellas nunca son buenas.

—Anónimo, de la Antigua Tierra

Jessica había pasado mucho tiempo alejada del desierto, de los Fremen, y de la mentalidad que impregnaba Arrakis. Dune. Respiró hondamente, segura de que el aire dentro de la cabina de pasajeros ya se sentía más seco.

Mientras el vistoso transporte político descendía desde la órbita, se quedó mirando la extendida ciudad más allá del espaciopuerto, recogiendo puntos de referencia familiares de Arrakeen, notando franjas de nuevas construcciones. La inmensa Ciudadela de Muad'Dib dominaba el lado norte de la ciudad, aunque muchas nuevas estructuras adicionales se disputaban la atención en el horizonte. Numerosos edificios del gobierno caían cuesta abajo comparados con los templos de Muad'Dib e incluso con los de Alia.

Con sus conocimientos de los métodos Bene Gesserit para controlar las impresiones, la manipulación de la historia, y el control de grandes poblaciones, Jessica vio lo que Paul o, más exactamente su burocracia, había tenido la intención de hacer. Gran parte del gobierno se basaba en la creación de percepciones y estados de ánimo. Hacía mucho tiempo, las Bene Gesserit habían enviado a su Missionaria Protectiva, allí a Arrakis, para cimentar las leyendas y los principales mitos del pueblo. Según Paul-Muad'Dib, aquellas

semillas habían llegado a buen término, pero no en la forma en que lo había previsto la Hermandad…

El transporte se encaminó hacia una zona demarcada, solamente reservada para los visitantes importantes.

Remolinos de arena oscurecieron la vista de Jessica a través de las ventanas. Cuando las puertas de salida se abrieron, pudo oler el polvo en el aire, oyendo el murmullo de una multitud que la esperaba. Las multitudes se habían reunido, un mar de sucias túnicas y rostros cubiertos. Caía la tarde según la hora local, y el sol blanco proyectaba largas sombras. Vio a cientos de personas con sus atuendos marrones y grises del desierto, entremezclados con los que llevaban las ropas de varios colores de la ciudad.

Todos habían venido a verla. Aún dentro del transporte, Jessica dudó.

—No es algo que ansiara, regresar aquí, Gurney. Para nada.

Durante un largo momento, él permaneció en silencio en un infructuoso intento de ocultar sus emociones, su malestar, tal vez incluso su temor de enfrentarse a las lamentables masas.

Finalmente, dijo:

—¿Qué es este lugar sin Paul? No es Arrakis.

—Dune, Gurney. Siempre será Dune.

Aunque Jessica todavía no había podido llorar, con sus sentimientos aún bloqueados, atrapados, dentro de ella, en aquellos momentos sintió una humedad en sus ojos, un piquete, una liberación que deseaba y necesitaba. Pero no se permitió una lágrima. Dune no permitía que diera agua a los muertos, ni siquiera a su hijo… y también el hecho del entrenamiento de la Hermandad que desalentaba sus emociones, excepto como medio de manipulación a los extranjeros.

Así, tanto las disciplinas Fremen como Bene Gesserit, le impidieron dejar que sus lágrimas fluyeran.

Jessica observó por la escotilla abierta hacia la brillante luz del sol.

—¿Me retiré de este lugar, Gurney, o me replegué? —Había tenido la esperanza de poder pasar el resto de su vida en Caladan, y no volver a poner un pie de nuevo en aquel mundo—. Pienso en lo que este planeta ha hecho con nosotros. Dune tomó a mi Duque y a su hijo y destrozó todas nuestras esperanzas y sueños que teníamos como familia. Este lugar devora a la gente.

—Cada persona crea su propio paraíso, o su propio infierno. —Gurney extendió su brazo, y ella lo tomó con reluctancia. Activó su escudo personal luego de emerger por la escotilla abierta—. Le recomiendo que usted haga lo mismo, mi Dama. Con una multitud de este tamaño, no todos han sido revisados en busca de armas.

Jessica hizo lo que sugería, pero incluso el campo brillante que la rodeó no hizo que se sintiera enteramente a salvo.

Flanqueado por seis enormes Fedaykin, Stilgar apareció en la rampa del transbordar para escoltarla.

Se veía encorvado, polvoriento y triste, como siempre. El mismo viejo Stilgar. Se tranquilizó al ver al Naib nuevamente.

—Sayyadina, estoy aquí para asegurar su seguridad. —Era a la vez un saludo y una promesa; no se permitió manifestar su alegría de volver a verla después de tantos años—. La llevaré directamente con la Regente Alia.

—Estoy a tu cuidado, Stilgar.

A pesar de que él era puro negocio ahora, ella esperaba que le compartiera una taza de café de especia más tarde y hablaran, después de que ambos y Gurney se alejaran de la multitud.

Más guerreros Fremen aguardaban en la base de la rampa de la lanzadera, formando un cordón para despejar el camino a través de la multitud para la madre de Muad'Dib, como si la protegieran de los vientos de una tormenta de arena. Stilgar continuó guiando a los visitantes.

Las voces de la multitud se superpusieron exclamando su nombre, gritando, cantando, gritando, pidiendo las bendiciones de Muad'Dib. Las personas vestían ropas verdes y sucias, el color del luto Fremen. Algunos incluso se habían arañado los ojos hasta que la sangre corrió por sus mejillas en una especie de homenaje a la misteriosa ceguera de Paul.

Con su mayor atención, Jessica percibió un hilo de animosidad tejida en el tapiz de las voces, gritando desde todas las direcciones. Querían, necesitaban, exigían e imploraban, pero no podían cristalizar sus sentimientos. La pérdida de Paul había dejado un vacío inmenso en la sociedad.

Stilgar la apresuró.

—No debemos retrasarnos. Hay mucho peligro hoy en día.

Siempre hay peligro en este lugar, pensó ella.

Mientras los Fedaykin empujaban a la multitud, pudo oír un sonido metálico y un grito. Detrás de ellos, dos de los guardias se arrojaron al suelo, cubriendo algo con sus propios cuerpos. Gurney se interpuso entre ellos y Jessica, protegiéndola además con su propio escudo personal.

Una explosión destruyó a los dos guardias en fragmentos ensangrentados que salpicaron a la multitud. Aturdidos por la onda de choque, algunas personas se tocaron el líquido rojo, maravillados por la humedad que había aparecido de repente en sus ropas.

Stilgar llevó a Jessica hacia el edificio de la terminal, lastimado en el brazo.

—Dese prisa —le dijo—, puede haber otros asesinos.

No miró hacia atrás a los guardias caídos.

Con los gritos y lloriqueos alzándose como un rugido de ira y venganza, Jessica se movió rápidamente hacia la estructura protegida. Gurney y el restante Fedaykin cerraron una pesada puerta detrás de ellos, disminuyendo en gran medida el ruido de la multitud.

El edificio cavernoso había sido barrido y limpiado para su llegada, y ahora el mismo silencio hacía eco.

—¿Qué pasó, Stilgar? ¿Quién me quiere muerta?

—Algunas personas sólo desean causar daño, y cualquier objetivo es bueno. Quieren hacer daño a los demás, de la misma manera en que ellos han sido dañados. —Su voz sonaba con una oscura desaprobación.

—Incluso cuando Muad'Dib estaba vivo, había mucha confusión, resentimiento y descontento. La gente es débil, y no comprende.

Gurney miró detenidamente a Jessica para asegurarse de que no estuviera herida.

—Las personas enojadas arremeten con violencia —y algunos la culpan a usted, como la madre de Muad'Dib.

—Eso es lo que soy, para bien o para mal.

El edificio de la terminal parecía más brillante de lo que recordaba, pero no muy diferente: una capa de pintura y decoraciones más frescas, tal vez. No recordaba haber visto tantos halcones Atreides en las paredes la última vez. ¿Lo había hecho Paul o Alia? Nuevas alcobas mostraban estatuas de Muad'Dib en varias posiciones heroicas.

Stilgar los condujo por una escalera hacia la plataforma de aterrizaje de la azotea, donde un ornitóptero gris acorazado los aguardaba.

—Éste la llevará a la protección de la Ciudadela. Está usted en buenas manos. —Sin más palabras, Stilgar se alejó rápidamente, ansioso por regresar a las multitudes para investigar la explosión.

Un hombre se dirigió hacia ellos vestido con un destiltraje verde y negro, marca de los Atreides; la máscara de su rostro contraída. Un escalofrío de reconocimiento le recorrió la espina dorsal.

—Dama Jessica, bienvenida nuevamente a Dune. Mucho ha sucedido aquí desde el momento de mi muerte.

Gurney exclamó en su propia incredulidad:

—Dioses de las profundidades. ¿Duncan?

El hombre era casi un duplicado exacto de Duncan Idaho. Incluso su voz era perfecta, a excepción de los ojos grises y metálicos que lo distinguían del original.

—En la carne, Gurney Halleck, carne ghola, pero los recuerdos son míos.

Extendió su mano derecha, pero Gurney vaciló.

—¿O es usted aquel al que los tleilaxu llaman Hayt?

—Hayt era el ghola sin recuerdos, una máquina biológica programada para destruir a Paul Atreides. Ya no soy eso. Soy Duncan nuevamente, el mismo viejo Duncan. El muchacho que trabajaba en los establos de toros del Viejo Duque en Caladan, el joven que entrenó en Ginaz para convertirse en un Maestro Espadachín, el hombre que protegió a Paul de los asesinos de la Casa Moritani y luchó para liberar a Ix de los tleilaxu. —Le ofreció a Jessica una sonrisa tímida—. Y, sí, el hombre que se emborrachó con cerveza de especia y levantó a todos en la residencia de Arrakeen diciendo que usted era una traidora Harkonnen, mi Dama.

Jessica se encontró con sus extraños ojos.

—También diste la vida para que Paul y yo pudiéramos escapar luego de que la base del Dr. Kynes fuera invadida. —No podía alejar el recuerdo del Duncan original cayendo

bajó una ráfaga de Sardaukar vestidos con uniformes Harkonnen. Al ver al ghola sintió una inquietud, como si el mismo tiempo se hubiera plegado sobre sí mismo.

Ahora bien, este Duncan hizo un gesto hacia el tóptero, invitándolos a subir a bordo.

A pesar de su grueso blindaje, la gran aeronave tenía un interior muy lujoso. Cuando ingresó en el compartimiento de pasajeros, Jessica se sorprendió de ver sentada allí a Alia, frente a ellos.

—Gracias por venir, Madre. Te necesitaba aquí. —Al parecer sintió vergüenza por la admisión, y añadió—: Todos te necesitamos. —El cabello cobrizo de la adolescente era largo, y su rostro más delgado que antes, por lo que sus ojos por completo azules se veían más grandes.

—Por supuesto que he venido. —Jessica se sentó al lado de su hija—. He venido por Paul, por ti, y por mis nuevos nietos.

—La tragedia nos une, cuando la conveniencia falla en hacerlo —recitó Gurney.

Nunca nadie es forzado por completo hacia su posición en la vida. Todos tenemos oportunidades para tomar diferentes caminos.

—Conversaciones con Muad'Dib, por la Princesa Irulan

Dentro del tóptero, Jessica se sorprendió cuando Duncan se sentó cerca de Alia, en vez de tomar los controles del piloto, dejando aquella tarea en particular a un guardia Fremen. Sonrió, y Alia le tomó del brazo con una calidez genuina, un claro vínculo romántico. Muchas cosas habían cambiado en Dune, y también en la Casa Atreides…

—Desde luego, querrás saber que los gemelos están a salvo, Madre. —Alia se volteó hacia Duncan—. Dile al piloto que utilice la pista de aterrizaje oeste. Vamos directamente a la guardería.

El niño y la niña, los hijos de Paul, nunca tendrían la oportunidad de conocer a su padre. Los gemelos eran los herederos de Muad'Dib, el próximo paso en la nueva dinastía de peones políticos.

Sus nietos.

—¿Ya poseen nombre? ¿Acaso Paul…?

—Mi hermano les otorgó nombres, uno de sus últimos actos, antes de que… se fuera. El muchacho es Leto, llamado como nuestro padre. La muchacha es Ghanima.

—¿Ghanima? —Gurney se sentó rígidamente, reconociendo el término Fremen—. ¿Un botín de guerra?

—Paul insistió. Harah estaba allí con Chani en los últimos momentos, y ahora cuida a los bebés recién nacidos. Desde que Harah era el ghanima de Muad'Dib luego de matar a Jamis, tal vez quiso honrarla de alguna manera. Me temo que nunca lo sabremos.

El tóptero sobrevoló por encima de los apiñados tejados de Arrakeen, las casas-colmena de una desorganizada, apasionada, y desesperada multitud: peregrinos, oportunistas, mendigos, veteranos del Jihad, soñadores, y aquellos que no tenían un lugar adónde ir.

Alia habló en voz alta sobre el repiqueteo de los motores y el zumbido de las alas en movimiento. Parecía más enérgica, frenética:

—Ahora que estás aquí, Madre, podremos proceder con el funeral de Paul. Es algo que debe hacerse con una grandeza apropiada a la suficiente inmensidad de Muad'Dib para aterrorizar a todo el Imperio.

Jessica mantuvo sus expresiones neutrales.

—Es un funeral, no un espectáculo Juglar.

—Oh, pero incluso un espectáculo Juglar sería apropiado, dado el pasado de Paul, ¿no te parece? —Alia rió entre dientes, dejando en claro que ya tenía todo establecido en su mente—. Además, es necesario, no sólo para la memoria de mi hermano, sino para la estabilidad Imperial. La fuerza de la personalidad de Paul mantuvo unido a nuestro gobierno, y sin él, tengo que hacer lo que pueda para fortalecer nuestras instituciones. Son momentos para la bravura y la mano dura. ¿Cómo puede el funeral de Muad'Dib ser menos espectacular que uno de los espectáculos de toros del Viejo Duque?

Cuando la muchacha sonrió, Jessica notó el parecido familiar de Leto en el rostro de su hija.

—También tenemos el agua de Chani, y cuando mejor nos quede, conduciremos una ceremonia para ella también, otro gran espectáculo.

—¿Acaso Chani no habría preferido un funeral privado Fremen?

—Stilgar dice lo mismo, pero perderíamos una oportunidad. Chani hubiera deseado asistirme en cualquier manera posible, por el amor de Paul, y nada más. Esperaba poder contarte como una ayuda, Madre.

—Estoy aquí. —Jessica miró a su hija y sintió las complejidades de la tristeza murmurar en su interior. *Pero tú no eres Paul.*

Incluso sabía cosas que su hija no, algunos de los secretos mejores guardados y aspiraciones de Paul, especialmente como había visto a la historia y su posición en ella. Y pensar que Paul tal vez se había retirado a sí mismo, la historia no lo soltaría tan fácilmente.

Con un lento batir de alas y el rugido de los propulsores, el tópteroro aterrizó en una azotea plana de la extraordinariamente compleja ciudadela. Al desembarcar, Alia se dirigió con una confianza y una gracia hacia la puerta sellada, Jessica y Gurney la siguieron hacia un elegante invernadero cerrado con paneles de plaz transparente.

En el interior, la humedad repentina hizo que Jessica recuperara el aliento, pero Alia parecía no darse cuenta de la jungla en miniatura que conformaban las exóticas y húmedas plantas, que colgaban sobre una pasarela. Dándose una vuelta repentina, volvió a mirar a su madre.

—Esta es la zona más segura de la Ciudadela, por lo que se convirtió en el cuarto de los niños.

Dos Qizaras armados con largos kindjals custodiaban una puerta con forma de arco, pero los sacerdotes se hicieron a un lado sin pronunciar una palabra para que pudieran pasar. Dentro de la cámara principal, tres Fedaykin estaban dispuestos y alertas.

Varias asistentes femeninas en ropas tradicionales Fremen se apresuraban yendo y viniendo.

Harah, que había sido la niñera y compañera de Alia, se erguía como una madre atenta sobre los gemelos, como si fueran suyos propios. Miró a Alia, y luego hizo un gesto de reconocimiento hacia Jessica.

Jessica dio un paso adelante para observar a Leto y Ghanima, sorprendida por la forma en que ambos bebés miraban todo con una sensación de asombro. Parecían tan perfectos, tan jóvenes e indefensos, con apenas un mes de edad. Se dio cuenta entonces de que estaba temblando débilmente.

Jessica dejó de lado todos los pensamientos que la habían sacudido con la noticia del Imperio que había recibido en los últimos días.

Como si estuvieran vinculados, ambos bebés volvieron sus rostros hacia ella al mismo tiempo, abrieron sus separados ojos azules, y miraron con una consciencia que hizo sobresaltar a Jessica. Alia la había mirado con la misma atención cuando apenas era una bebé…

—Están bajo una estrecha vigilancia de su comportamiento y sus interacciones —dijo Alia—. Más que nadie, entiendo las dificultades que puedan tener que enfrentar.

Harah fue contundente:

—Hacemos todo lo que podemos para cuidar de ellos como Chani y Usul hubieran deseado.

Arrodillándose, Jessica se acercó para acariciar los pequeños y delicados rostros. Los bebés la observaron, y luego intercambiaron miradas entre ellos, como si algo indefinible sucediera entre ellos.

Para la Hermandad, los bebés eran sólo productos genéticos, los eslabones de una larga cadena de líneas de sangre. Entre las Bene Gesserit, los niños eran criados sin ninguna conexión emocional con sus madres, a menudo sin ningún conocimiento de su filiación. A Jessica misma, bajo la tutela de la Escuela Madre en Wallach IX, no se le había dicho que el Barón Harkonnen era su padre y su madre era Gaius Helen Mohiam. Y aunque su propia educación había sido emocionalmente ahogada por la Bene Gesserit en sus menos que ideales, su corazón estaba ahora con sus nietos, mientras contemplaba las vidas turbulentas que, sin lugar a dudas, ambos tendrían por delante.

Una vez más, Jessica pensó en la pobre Chani. Una vida a cambio de dos… Había aprendido a respetar a la mujer Fremen por su sabiduría y su intensa lealtad a Paul. ¿Cómo él no había previsto un golpe tan terrible, como la pérdida de su amada? ¿O siempre lo supo, y no pudo hacer nada al respecto? Tal parálisis en el rostro del destino podría haber impulsado a cualquier loco…

—¿Te gustaría cargarlos? —preguntó Harah.

Había pasado mucho tiempo desde que había sostenido a un bebé por última vez.

—Más tarde. Sólo… sólo deseo mirarlos en este momento.

Alia permanecía atrapada en las visiones de ceremonias y espectáculos.

—Son tiempos muy ajetreados, Madre. Tenemos que hacer mucho para dar esperanza a la gente, ahora que Muad'Dib se ha ido. Además de los dos funerales, pronto tendremos un bautismo. Cada uno de esos espectáculos está diseñado para recordarle a la gente lo mucho que nos aman.

—Son niños, no herramientas en el arte del gobierno —dijo Jessica, pero sabía que no era así. Las Bene Gesserit le habían enseñado que cada persona tenía sus usos— como potenciales herramientas o armas.

—Oh, Madre, solías ser mucho más pragmática.

Jessica acarició el rostro del pequeño Leto y respiró hondamente, pero no encontró palabras para decir en voz alta. Sin duda, las maquinaciones políticas ya se estaban produciendo en torno a aquellos dos niños.

Con gran amargura, pensó en lo que las Bene Gesserit le habían hecho a ella y a tantas otras personas como ella, incluido el trato especialmente duro que habían infligido a Tessia, la esposa del príncipe ciborg Rhombur Vernius…

La Bene Gesserit siempre tenía sus razones… sus justificaciones, sus racionalizaciones.

Escribo lo que es la verdad sobre Muad'Dib, o lo que debería ser verdad. Algunos críticos me acusan de distorsionar los hechos y escribir desinformación sin vergüenza. ¡Pero escribo con la sangre de los héroes caídos, que manchan las duraderas piedras del Imperio de Muad'Dib! Dejen que estos críticos regresen en miles de años y miren a la historia; y luego vean si rechazarán mi trabajo como mera propaganda.

—La Princesa Irulan, «El Legado de Muad'Dib,» primeros manuscritos

La calidad de un gobierno puede medirse contando el número de celdas construidas para contener a los disidentes. Jessica recordó la máxima política que le habían enseñado en la escuela Bene Gesserit. Durante sus años de adoctrinamiento, las Hermanas habían llenado su mente con muchas creencias cuestionables, pero aquella declaración, por lo menos, era verdad.

El día después de su llegada a Arrakeen, rastreó donde se encerraba a la Princesa Irulan. Durante su búsqueda de los registros de detención, Jessica se sorprendió al descubrir lo mucho que la fortaleza en expansión de su hijo dedicaba a los pabellones, a las salas de interrogatorio, y a las Celdas de la Muerte. La lista de crímenes que merecían la pena máxima había aumentado considerablemente en los últimos años.

¿Paul habría sabido acerca de eso? ¿Lo habría aprobado?

Probablemente habría sido prudente que la Reverenda Madre Mohiam hubiera muerto sin un juicio dilatado, pero aquello habría permitido a las Bene Gesserit interrumpir al gobierno. Y Jessica no dudaba de que la vieja Reverenda Madre fuera realmente culpable.

Pero Irulan permanecía encerrada, y su destino era aún indeciso. Habiendo examinado la evidencia misma, Jessica sabía que la hija de Shaddam había estado involucrada en la conspiración, aunque su papel exacto no estaba en claro. La princesa

languidecía en una de las Celdas de la Muerte operadas por el Qizarate, pero hasta ahora, Alia se había negado a firmar la sentencia de muerte.

Durante su primer mes como Regente, la joven ya había causado suficientes alborotos, ofendido a muchos aliados potenciales, y provocado a numerosos enemigos posibles.

Había grandes temas a considerar. Alia era prudente al retrasar su decisión. Jessica había conocido a la hija mayor del Emperador en Kaitain en los últimos meses antes de dar a luz a Paul. Desde la caída de Shaddam, Irulan había hecho mucho por Paul, aunque algunas cosas en su contra. Pero, ¿cuánto en su contra? Ahora, sin embargo, Jessica esperaba poder detener la ejecución, tanto por razones políticas como personales.

Se dirigió a los niveles de la prisión sin escoltas, después de haber memorizado la ruta de los mapas. De pie frente a la puerta de metal de la celda hermética de Irulan, escudriñó las extrañas marcas en la pared, los símbolos místicos siguiendo el modelo de los escritos de la carrera del desaparecido Muad'Dib. El sacerdocio de Paul aparentemente había adoptado las antiguas runas para sus propios fines.

Al exterior de la celda de Irulan había dos guardias Qizaras ferozmente leales, sacerdotes implacables que habían avanzado a través de la estructura del poder religioso que había surgido en torno a Paul, una estructura que Alia pretendía preservar o incluso ampliar.

Aunque aquellos hombres nunca desafiarían las órdenes directas de la Regente, también veían a Jessica con temor y reverencia, y ella podría usar aquello.

Con los hombros cuadrados, Jessica se acercó a ellos.

—Háganse a un lado. Quiero ver a la esposa de mi hijo.

Esperaba un argumento, o al menos una resistencia, pero los guardias sacerdotales no creían en cuestionar sus órdenes. Si ella les pedía que cayeran sobre sus cuchillos crys, se preguntó, ¿habrían hecho eso, también? Haciéndose simultáneamente a un lado, abrieron un camino hacia la puerta de la celda y le permitieron entrar.

Dentro de la habitación oscura y sofocante, la princesa rubia se levantó rápidamente de la mesa en la que estaba sentada. Se compuso y se arregló sus ropas arrugadas, llegando incluso a hacer una leve reverencia.

—Dama Jessica. Esperaba que viniera a Arrakis tan pronto como se enterara de lo sucedido. Me alegro de que llegara antes de mi ejecución.

A pesar de las sombras de la celda, Jessica pudo ver aquella embrujada y resignada mirada en los ojos verdes de la una vez princesa, que ahora eran de color índigo por la especia. Incluso las tácticas Bene Gesserit de relajación no podían aplacar el despilfarro persistente del miedo y la tensión.

—No habrá ninguna ejecución. —Sin dudarlo, Jessica se volvió hacia los guardias sacerdotes—. La Princesa Irulan será liberada de inmediato y volverá a sus antiguas habitaciones. Es la hija del Emperador Shaddam IV y la esposa de Muad'Dib, así como su biógrafa oficial. Estos tratos son inaceptables.

Los dos guardias fueron tomados por sorpresa. Uno de los sacerdotes hiso una señal de amparo en contra del mal.

—La Regente Alia ha ordenado el encarcelamiento de Irulan en espera de su sentencia.

—Y yo he ordenado esto. —La voz de Jessica no sonaba ni frívola ni amenazante; estaba simplemente constatando un hecho, llena de confianza. Todas las otras preguntas sin respuesta colgaron en el aire, dejando a los guardias intimidados ante la perspectiva de desafiar sus deseos.

Con toda la elegancia que pudo reunir, Irulan dio tres pasos para encontrarse con Jessica en la puerta de la celda, pero no cruzó el umbral. A pesar de su gran interés en el resultado de aquella pequeña lucha por el poder, en su rostro no demostró ningún alivio, tan sólo una expresión de interés distante.

Mientras los guardias se barajaban, ninguno estuvo dispuesto a comprometerse a la decisión; Jessica continuó en un tono razonable:

—No hay nada que temer. ¿Creen ustedes que ella intentaría escapar? ¿Que una Princesa Corrino correría al desierto con un fremochila y trataría de sobrevivir? Irulan permanecerá aquí, en la Ciudadela, bajo arresto domiciliario, hasta que Alia pueda emitir un perdón formal.

Aprovechando la vacilación de los guardias, la Princesa salió de su celda para estar al lado de Jessica.

—Le doy las gracias por su cortesía y su fe en mí.

Jessica se quedó helada.

—Voy a retener el juicio hasta que sepa más acerca de cuál es el papel que tenías en la muerte de mi hijo.

Caminaron rápidamente lejos de los guardias sacerdotes hasta que estuvieron solas y no fueron observadas. Irulan respiró temblorosamente, y Jessica escuchó la verdad en sus palabras al hablar.

—En esa celda he tenido mucho tiempo para pensar. Aunque no traté de matar a Paul… de una manera causé su muerte. Soy por lo menos en parte responsable de lo que pasó.

Jessica estaba sorprendida por la simple admisión.

—¿Debido a que no pudiste exponer la conspiración cuando tuviste la oportunidad?

—Y porque estaba celosa de su amor por esa mujer Fremen. Yo quería ser la madre de sus herederos, así que secretamente añadí anticonceptivos a los alimentos de Chani. A largo plazo, esas drogas le dañaron, y cuando quedó embarazada, el parto la mató. —Miró intensamente a Jessica, sus ojos color añil intenso—. ¡No sabía que iba a morir!

La formación de Jessica amortiguó automáticamente su ira, lo mismo que le había impedido expresar su verdadera pena. Ahora entendía más de lo que había conducido a su hijo, e Irulan

—Y en su desesperación Paul optó por caminar al desierto. No tenía nada que lo retuviera, sin su cariñosa compañera. No le importaba lo mucho que cualquier persona pudiera hacer para que quisiera vivir. Así que es tu culpa.

Irulan observó a Jessica con la mirada desesperada.

—Ahora ya sabe la verdad. Si quiere que regrese a la Celda de la Muerte, iré de buena gana, siempre y cuando el castigo decretado sea honesto y rápido.

A Jessica le resultó difícil mantener la compostura.

—Tal vez te destierren a Salusa Secundus con tu padre… o tal vez deberías quedarte aquí, donde puedes ser vigilada.

—Puedo vigilar a los hijos de Paul. Eso es lo que quiero, y necesito.

Jessica no estaba convencida de que a aquella mujer se le debía permitir andar cerca de los gemelos.

—Eso se decidirá más adelante… si sobrevives. —Guió a la princesa fuera de los niveles de la prisión—. Disfruta de tu libertad. No puedo garantizarte cuánto tiempo vaya a durar.

Aunque estaba furiosa, Alia mantuvo su estado de ánimo para hacer frente a Jessica en privado, evitando así un espectáculo.

—Te ves obligada a que los guardias me desobedezcan, Madre. En este tiempo de crisis, me haces ver débil, y has puesto en duda un aspecto de mis reglas.

Estaban ambas de pie en una cámara grande, bien equipada. La luz amarilla del sol teñía pasando a través de una claraboya que la filtraba sobre sus cabezas, pero los patrones de polvo en los paneles proyectores de sombras la nublaban. Jessica se sorprendió de que Alia no hubiera convocado a Duncan Idaho, o a Stilgar, o a sus guardias Amazonas para estar allí a su lado para infundir autoridad. Aparentemente Alia realmente quería tener una sincera, y muy incómoda, discusión.

Jessica respondió con una voz aún más alta:

—Francamente, tus órdenes con respecto a la Princesa estaban mal concebidas. Sólo espero haber actuado con la suficiente rapidez para evitar daños mayores.

—¿Por qué crear problemas? Después de haber desaparecido por años, vienes aquí, sueltas a un prisionero importante, y perturbas el funcionamiento legítimo de mi gobierno. ¿Por eso has venido a Dune, para socavar mi Regencia, y destruirla? —Sintiéndose joven y abandonada, Alia se sentó en la mesa larga y vacía.

—Ten cuidado —tengo casi decidido llegar a ti.

Jessica detectó una nota inesperada de súplica en la voz de su hija. Una parte de Alia, aunque fuera pequeña, quería rendirse a las reglas de su madre, queriendo renunciar a la presión y la responsabilidad. Qué triste agonía era una parte de la dirección, ya fuera que uno gobernara una ciudad, un planeta, o un Imperio.

Jessica se sentó en la mesa frente Alia y se encargó de suavizar sus palabras.

—No tienes que preocuparte por eso. He tenido suficiente de los juegos de poder de las Bene Gesserit, y no tengo ningún interés en dirigir un Imperio. Estoy aquí como tu madre y abuela de los niños de Paul. Me alojaré por un mes o dos, y luego volveré a

Caladan. Ahí es donde pertenezco. —Se enderezó, e hizo que su voz sonara con más fuerza—. Pero mientras tanto voy a protegerte de tus decisiones, cuando deba. Ejecutar a Irulan habría sido un error titánico.

—No necesito que me protejas, Madre. Contemplo mis decisiones, las hago, y me atengo a ellas. —Levantando un poco los hombros, cambiando su estado de ánimo con sorprendente rapidez, Alia admitió—: No te preocupes, iba a liberar a la princesa tarde o temprano. La multitud exigía tantos chivos expiatorios y yo se los di, y aullaba por su sangre en particular. El encarcelamiento de Irulan era para su propia protección, así como para hacer frente a su propia conciencia, debido a los errores que cometió. Irulan tiene usos muy importantes, una vez que se controle adecuadamente.

Jessica la miró fijamente.

—¿Esperas controlar a Irulan?

—Ella es la fuente oficial del conocimiento de Muad'Dib, su biógrafa oficial, designada por él. Si la ejecutamos como una traidora, pondríamos en duda todo lo que ha escrito. No soy tan estúpida. —Alia estudió una mota de tierra al final de una uña—. Ahora que se la ha castigado lo suficiente, necesitamos contrarrestar las herejías de Bronso de Ix.

—¿Es el legado de Paul tan frágil que no puede soportar un poco de crítica? Te preocupas demasiado por Bronso. Quizás las personas necesitan escuchar la verdad, no los mitos. Mi hijo era lo suficientemente grande como un hombre. No necesita ser convertido en un mesías.

Alia negó con la cabeza, dejando que Jessica viera su vulnerabilidad. Sus hombros temblaron, y su voz se ensanchó:

—¿Qué estás pensando, Madre? ¿Cómo pudo Paul acabar de esa manera y dejarnos? —Las oleadas de dolor repentino procedentes de Alia la sorprendieron, aquella chica mostraba sus emociones desnudas que Jessica misma no había sido capaz de expresar—. ¡El cuerpo de Chani ni siquiera estaba muerto aún, dos niños recién nacidos, y él nos abandonó! ¿Cómo pudo Paul ser tan egoísta, tan… ciego?

Jessica quiso mantener a su hija tranquila, pero se contuvo. Sus propias paredes seguían siendo demasiado rígidas.

—La pena puede hacer cosas terribles a una persona, ahuyentándola de toda esperanza y lógica. Dudo que Paul estuviera pensando más allá de huir del dolor.

Con su cuadratura de hombros, Alia convocó a su fuerza interior.

—Bueno, no voy a huir. Esto Regencia es un gran problema que Paul dejó en mi regazo, y me niego a hacer lo mismo que él hizo. No dejaré a otros a limpiar el desastre. No voy a darle la espalda a la humanidad, por el futuro.

—Sé que no lo harás. —Jessica vaciló y bajó la mirada—. Debería haberte consultado primero sobre Irulan. Actué impulsivamente…

Alia la miró, larga y duramente.

—Podemos arreglar eso. Siempre que tenga tu cooperación, mis ministros anunciarán que emití las órdenes para liberar a Irulan, y tú sólo tuviste que llevarlas a cabo.

Jessica sonrió. El resultado final era el mismo, y las noticias no serían vistas como un conflicto entre madre e hija.

—Gracias, Alia. Veo que ya estás aprendiendo el arte de gobernar. Esa es una buena decisión.

Acontecimientos cruciales de mi primera vida se sitúan en la vanguardia de mi mente: el asesinato del antiguo Duque Paulus en la plaza de toros, la Guerra de Asesinos entre Ecaz y Grumman, el joven Paul huyendo para unirse a los Juglares, aquella terrible noche en Arrakeen cuando los Harkonnen vinieron… mi propia muerte a manos de los Sardaukar en el fuerte del Dr. Kynes. Los detalles siguen siendo intensos.

—Duncan Idaho, Cómo jugar un papel, por Alia Atreides

La luz del amanecer bañó la superficie del desierto y las escarpadas rocas cuando un ornitóptero solitario volaba lo suficientemente alto para que sus vibraciones no molestaran a los grandes gusanos. Duncan Idaho piloteaba la nave.

Al igual que en los viejos tiempos, pensó Gurney. Y, sin embargo, completamente diferentes. Durante dieciséis años había sabido que su amigo había muerto, pero la muerte no era siempre una condición permanente, gracias a los tanques axlotl de los tleilaxu.

Por delante, bajo el parpadeo de la luz del sol angular, pudieron ver los tejados plateados y los bastiones de una instalación de escáner en tierra.

—Ese es nuestro destino —dijo Duncan—. Una base típica. Nos dirá mucho acerca de nuestro estado de seguridad general antes de la ceremonia fúnebre. Decenas de miles de naves están llegando para el evento desde incontables mundos. Tenemos que estar listos.

Mientras continuaban los preparativos para el gran espectáculo, una corriente de dolientes diplomáticos llegó a Dune, con la esperanza de ganar el favor de la Regencia hacia los pobres humildes que habían sacrificado todo para pagar por un pasaje al espacio.

Gurney no estaba seguro de que las defensas planetarias pudieran manejar la afluencia adicional y la agitación constante.

La noche anterior, le había pedido a Duncan sobre el estado de las instalaciones defensivas en las afueras de Arrakeen. ¿*Todavía te sientes así debido a su nueva, aunque vieja amistad*? Los dos hombres se sentaron en una mesa desgastada en los niveles del economato de la Ciudadela, bebiendo cerveza de especia escandalosamente cara, casi sin preocuparse por el costo.

Tomando un largo sorbo, Duncan había dicho:

—Tenía la intención de inspeccionar esos sitios a su debido tiempo, pero otras obligaciones me mantuvieron lejos. Ahora tú y yo podemos hacerlo juntos.

—La muerte de un Emperador sin duda causa estragos con los horarios —dijo Gurney con amargura.

La anterior naturaleza sociable de Duncan había sido suplantada por la de un misticismo Mentat programado por los tleilaxu, pero comenzó a abrir la segunda cerveza

de especia, y el corazón de Gurney se sintió un tanto pesado y feliz de ver los destellos de su viejo amigo. Aún cauteloso, sin embargo, dijo, como una prueba:

—Podríamos cantar una canción. Tengo mi baliset allá en mi habitación —que es el mismo viejo instrumento que compré en Chusuk, cuando los dos fuimos con Thufir Hawat a buscar para Paul después de que se escapara de Ix.

Duncan respondió con una leve sonrisa.

—Thufir no iba con nosotros. Éramos sólo tú y yo.

Gurney se rió entre dientes.

—Sólo me aseguro de que realmente tienes todos sus recuerdos.

—Los tengo.

Ahora, mientras el tóptero se acercaba al puesto de avanzada del perímetro, Gurney la reconoció como una de las antiguas estaciones de escáner Harkonnen que salpicaban las llanuras de Arrakeen. Lo que había sido un centro moderadamente armado ahora lucía nuevas almenas y estructuras de servicios públicos, sus múltiples techos y paredes altas con clavos con potentes cañones de iones capaces de destruir las naves en órbita, incluso a los cruceros de la Cofradía, si la situación lo exigía.

—Debido a que Arrakis fue siempre un objetivo, Paul amplió las defensas planetarias durante el Jihad. Ahora que él se ha ido, Alia quiere que me asegure de que estamos listos para estar en contra de los oportunistas.

—Shaddam todavía está vivo y exiliado en Salusa Secundus —señaló Gurney—. ¿Es eso lo que te preocupa?

—Me preocupa mucho, y trato de estar preparado para todo ello. —Transmitió su señal de identificación mientras giraba el tóptero hacia plataforma de aterrizaje del puesto de avanzada, retrayendo las alas de propulsión—. Nunca había rechazado tu ayuda, Gurney. Paul hubiera querido que trabajáramos juntos.

Paul, pensó Gurney con una oleada de tristeza. A pesar de que era cómo el verdadero Duncan Idaho que habría recordado, ese nombre Atreides era un remanente de Caladan, un artefacto histórico. Aquí en Dune, Paul se había convertido en Muad'Dib, una persona muy diferente al hijo del Duque.

Con un rugido de los propulsores y un baile magistral de los sutiles estabilizadores, Duncan consiguió que el ornitóptero aterrizara en un delantal de piedra fundida dentro de la muralla de la Avanzada.

La pareja desembarcó y se dirigió a una zona de alistamiento central, donde los soldados se apresuraron a través de un pórtico cercano para la inspección sin previo aviso.

Con Gurney a su lado, Duncan procedió metódicamente de una estación a otra, castigando a los soldados por las condiciones tan descuidadas. Señaló sus armas sin pulir y sin calibrar, el polvo en los mecanismos de seguimiento, los uniformes arrugados, incluso el olor de borrachera de cerveza de especia en el aire de la mañana.

Gurney no podía culparlo por estar disgustado con el nivel de desorden, pero también recordó la moral vacilante entre los Atreides y sus tropas después de que el Duque Leto había llegado en Arrakis.

—Con Paul fuera, estos hombres están a la deriva e inciertos. «*Un soldado luchará siempre, pero la lucha será más dura cuando lucha por algo*». ¿No es ese uno de sus refranes, Maestro Espadachín?

—Los dos somos Maestros Espadachines, Gurney Halleck, incluso sin que tú hicieras tu propia formación en Ginaz. Te enseñé algunas cosas, ya sabes. —En cuanto a los hombres, Duncan había hecho su propio análisis Mentat—: Van a ajustarse. Alia debe estar consciente de esta dejadez. Después del funeral de Paul, voy a poner en práctica una ofensiva a fondo en su nombre, castigando a los peores delincuentes con dureza para sacudir a los demás.

La declaración hizo que Gurney se incomodara, porque los Atreides no se pronunciaban históricamente a través del miedo. Pero todo eso había cambiado cuando Paul Atreides se convirtió en un Fremen mesiánico y ascendido al trono de Dune, gobernando un Imperio con miles de mundos inquietos.

—Me gustaría que pudieras hacerlo de otra manera —dijo.

* * *

El ghola se volvió hacia él con sus ojos de metal, y en ese momento no se veía para nada como Duncan.

—Tienes que pensar en realidades, mi viejo camarada. Si Alia muestra debilidad ahora, podría dar lugar a nuestra caída. Debo protegerla.

Desde una alta muralla, Gurney miró a lo lejos los accidentados en un acantilado de piedra que enmarcaban parcialmente la extensión del desierto. Sabía que Duncan tenía razón, pero no parecía haber fin a la brutalidad gubernamental.

—Noté debilidades sutiles en los ojos de los soldados, y lo escuché en la voz de su comandante de la estación. —Duncan miró a su compañero—. He aprendido a leer los más mínimos detalles, pues siempre hay mensajes debajo de la superficie. Incluso lo veo en tu rostro en este mismo momento, la manera en que me miras. No soy una criatura alienígena.

Gurney se tomó un momento para considerar su respuesta.

—Era amigo de Duncan Idaho, eso es cierto, y lamenté su muerte. Tan valiente, tan leal guerrero. Te ves y actúas como él, a pesar de que eres un poco más reservado. Pero eres un ghola… más allá de mi comprensión. ¿Qué se siente?

Duncan tenía una mirada distante mientras observaba lejos en el pasado.

—Recuerdo mi primer momento de conciencia, acurrucado, miedoso y confundido en un charco de líquido en un piso duro. Los tleilaxu dijeron que había sido un amigo del Emperador Paul-Muad'Dib, y que iba a congraciarme para que pudiera destruirle. Me dieron una programación subconsciente… y finalmente me pareció insoportable. Al

negarme a seguir las órdenes fundamentales que impusieron sobre mí, rompí esa psique artificial, y en ese momento me convertí en Duncan Idaho nuevamente. Soy yo, Gurney. Realmente, estoy de vuelta.

La voz de Gurney fue un gruñido bajo, más una promesa que una amenaza, y llevó la mano de la empuñadura de su cuchillo envainado.

—Si alguna vez sospecho que tienes la intención de dañar a la familia Atreides, te mataré.

—Y si ese fuera el caso, entonces te dejaré hacerlo. —Duncan levantó la barbilla, e inclinó la cabeza hacia atrás—. Saca tu daga, Gurney Halleck. Aquí, toma mi garganta, si realmente sientes que este es el momento.

Pasó un largo momento, y Gurney no se movió. Por último, quitó la mano de la empuñadura de su arma.

—El verdadero Duncan ofrecería su vida de esa manera. Te acepto, por ahora… y acepta que nunca voy a ser capaz de entender lo que ha pasado.

Duncan negó con la cabeza a su paso por la empinada escalera de caracol a la pista de aterrizaje y al tóptero que aguardaba.

—Algún día vas a morir, y entonces estarás a medio camino de la comprensión.

El verdadero perdón es una cosa más extraña incluso que la melange.

—Sabiduría Fremen

La multitud que rodeaba a Alia subió con una energía de humanidad. Tantas vidas, tantas mentes, todo en un solo estado de ánimo… De pie en el balcón del gran templo sobre la falta de definición de la población, Jessica sabía lo que Paul debía haber sentido como Emperador, lo que ahora sentía Alia diariamente. Con el sol blanco de Arrakis en lo alto, la torre del templo se convirtió en un gnomon, proyectando una sombra a través de la hoja del reloj del sol de la humanidad.

—Gracias por hacer esto, Alia —dijo la Princesa Irulan, de pie, orgullosa y fresca, pero sin molestarse en disimular su sincera gratitud y alivio.

Alia le devolvió la mirada.

—Lo hago por necesidad. Mi Madre me ha hablado en tu nombre, y lo hizo en un buen sentido. Además, esto es lo que Paul hubiera querido.

Junto a la princesa, Jessica cruzó las manos.

—Es una herida abierta que necesita ser sanada.

—Pero hay condiciones —agregó Alia.

La mirada de Irulan no vaciló.

—Siempre hay condiciones. Entiendo.

—Bueno, entonces este es el momento. —Sin más dilación, Alia se adelantó en el brillante resplandor de la luz del sol abierta. Cuando la gente de abajo se dio cuenta del movimiento, sus voces tronaron hacia arriba como una fuerza física. Alia se paró frente a la multitud, con una sonrisa fija en su rostro, su cabello suelto, salvaje.

—Mi padre nunca fue recibido así cuando se dirigía al pueblo en Kaitain —le susurró Irulan a Jessica.

—Después de Muad'Dib, la gente nunca volverá a considerar a sus líderes de la misma manera. —Jessica entendía lo peligroso que podía ser el poder seductivo; también entendía que Paul había desatado el Jihad intencionalmente, a sabiendas de lo que hacía. Y había salido de su control.

Hacía mucho tiempo, en una cueva Fremen, había temido mucho su elección de encender una llama en una religión empapada de tradiciones del desierto. Era un camino peligroso, y había demostrado ser tan traicionero como había temido. ¿Cómo iba a pensar que sólo podía haberse ido lejos cuando su utilidad había terminado? Jessica temía ahora por Alia en la tormenta, y también por los restos y desechos de la humanidad.

Alia habló, su voz amplificada haciendo eco a través de la gran plaza. La multitud se dejó caer en un profundo silencio, absorbiendo sus palabras.

—Mi gente, han pasado por un momento difícil y peligroso. La Hermandad Bene Gesserit enseña que debemos adaptarnos. Los Fremen dicen que tenemos que vengarnos. Y yo digo que debemos sanar.

»Fueron castigados los conspiradores contra Muad'Dib, los responsables del complot en su contra. Pedí sus ejecuciones, y nos han traído de vuelta a su agua. —Se volvió y extendió la mano a la cámara de la torre, convocando a Irulan—. Pero hay otra herida debemos sanar.

La Princesa se irguió y salió a la luz del sol al lado de Alia.

—Ustedes pueden haber oído rumores de que la Princesa Irulan tuvo alguna participación en la conspiración. Algunos de ustedes se preguntan cuánta culpa tiene.

Ahora el rumor creció como un gruñido síncrono bajo. Fuera de la vista en la cámara, Jessica apretó las manos. Había convencido Alia de lo que debía hacer, y su hija había optado por aquel sabio curso de acción. Pero en aquel momento, con una sola palabra, con toda esta gente bajo su mandato, Alia podrían cambiar de opinión y ordenar la muerte de Irulan, y no habría fuerza en el universo que pudiera detenerla. La entrarían a la torre y la desgarrarían.

—Que no haya más dudas —dijo Alia, y Jessica dejó escapar un largo y lento suspiro de alivio—. Irulan era la esposa de mi hermano. Ella lo amaba. Por lo tanto, está fuera de mi propio amor por mi hermano, y es por Muad'Dib, que proclamo que es inocente.

Ahora Jessica apareció a la vista, por lo que las tres poderosas mujeres, las tres mujeres sobrevivientes que tanto habían influido en la vida de Paul-Muad'Dib, estaban juntas.

—Y como la madre de Muad'Dib, voy a escribir y sellar un documento que exonera completamente a la Princesa Irulan de todos los delitos de los que ha sido acusada. Que sea inocente ante sus ojos.

Alia levantó los brazos en el aire.

—Irulan es la biógrafa oficial de Muad'Dib, seleccionada por él. Ella escribirá la verdad para que todos puedan descubrir la verdadera naturaleza de Muad'Dib. Bendito sea su nombre a lo largo de los anales del tiempo.

La respuesta automática retumbó regresando desde abajo:

—¡Bendito sea su nombre a lo largo de los anales del tiempo!

Las tres mujeres permanecieron por un momento prolongado y con las manos juntas, de modo que la gente pudiera ver a su madre la armonía, la hermana y esposa.

La Princesa dijo en voz baja a Alia:

—Una vez más, estoy en deuda contigo.

—Siempre has estado en deuda conmigo, Irulan. Y ahora que hemos pasado esta molesta distracción, veremos cómo podemos hacer uso de ti.

Muad'Dib nunca nació y nunca murió. Él es eterno, como las estrellas, las lunas, los cielos.

—El Rito de Arrakeen

Ninguna madre debería tener que asistir al funeral de su hijo.

En un palco privado con vistas a la plaza central de Arrakeen, Jessica y Gurney permanecían junto a Alia, Duncan, Stilgar, y la recién perdonada Princesa Irulan. Un coche funerario se acercó a ellos, envuelto en negro y tirado por dos leones de Harmonthep. Irulan había sugerido aquel toque de simbolismo Corrino, una tradición que había acompañado el duelo de los Emperadores durante siglos.

Jessica sabía que aquello no se parecería en nada a un funeral tradicional Fremen. Alia había planeado la ceremonia, insistiendo en que la creciente leyenda cuidadosamente elaborada y continua de Muad'Dib lo exigía. Toda la llanura de Arrakeen, al parecer, no podía contener los millones que habían venido a llorar Muad'Dib.

Justo después de la puesta del sol, el cielo estaba repleto de nubes; largas sombras se extendían por toda la ciudad. Numerosos navíos de observación sobrevolaban la zona, algunos a gran altura. A medida que el cielo comenzó a oscurecerse, docenas de encargadas naves de la Cofradía atravesaron la atmósfera liberando nubes de gases de metales ionizados, bombeando las descargas en las líneas de campos magnéticos para encender una aurora de maravillosa espectacularidad. Una ventisca de bolitas diminutas fue rociada hacia abajo, descomponiéndose rápidamente en órbitas que creaban una lluvia de meteoros casi constante, como si los cielos estuvieran derramando lágrimas ardientes por la muerte de un gran hombre.

Siete días de esplendor llegarían a su clímax aquella noche en celebración de la vida de Muad'Dib, ritos destinados a la crónica y la grandeza alabanza de Paul. Mientras Jessica observaba, sintió que la pantalla exagerada era más un recordatorio de los excesos cometidos en su nombre.

Una hora antes, Jessica había visto a dos Fedaykin colocando un gran féretro en el interior del coche, un frasco adornado que debería haber contenido el agua de Muad'Dib del destilador. Pero el frasco estaba vacío, porque el cuerpo de Paul nunca se había

encontrado, a pesar de la exhaustiva búsqueda. Las hambrientas arenas lo habían tragado sin dejar rastro, como era apropiado.

Al no dejar ningún cuerpo, Paul había ampliado sus propios mitos, y poniendo nuevos rumores en movimiento. Algunas personas creían fervientemente que no estaba realmente muerto, y que, en los próximos años, lo buscarían sin duda entre los misteriosos hombres ciegos que podrían ser Muad'Dib.

Sintió un escalofrío al recordar el informe de Tandis, el último Fremen que había visto a Paul con vida antes de que su hijo dejara el Sietch Tabr y vagara en la hostil inmensidad. Las últimas palabras de Paul, que le habían llamado de nuevo en la noche, fueron: «*Ahora soy libre*».

Jessica también recordó un momento en que Paul sólo tenía quince años, inmediatamente después de su terrible experiencia con el gom jabbar de la Reverenda Madre Mohiam.

—¿Por qué buscan a los humanos? —le había preguntado a la anciana.

—Para hacerlos libres —había dicho Mohiam.

¡Ahora soy libre!

¿Acaso Paul, al final, había visto su poco ortodoxa salida como un medio para volver a su naturaleza humana y tratar de dejar de la deificación atrás?

Desde la plataforma de observación, miró hacia la gran Muralla Escudo salpicada de luz bronce de fuego con los últimos resplandores del crepúsculo. Aquel había sido el lugar donde Muad'Dib y su ejército de fanáticos Fremen habían atravesado hacia su gran victoria contra el Emperador Corrino.

Jessica recordó a Paul en diversas edades, desde un niño muy brillante como un noble joven obediente, al Emperador del Universo Conocido y el líder del Jihad que se extendió por toda la galaxia. *Era posible que se haya vuelto un Fremen*, pensó, *pero sigo siendo tu madre*. *Siempre lo seré, no importa adonde hayas ha ido, o cuál sea el camino que haya tomado para llegar a amar.*

Mientras los leones perseverantes tiraban del carro hacia el podio de visualización, un grupo de sacerdotes Fedaykin vestidos de uniformes amarillos marcharon juntos. Delante de ellos, dos héroes del Jihad encabezaron la procesión con estandartes flameantes de color verde y negro de los Atreides. La inmensa multitud murmurante partió tras el paso de la procesión.

Las multitudes iban más allá de la capacidad de cualquier persona para contarlas… millones y millones de personas se congregaban en la ciudad y en los campos de los alrededores, Fremen, así como gente de otros mundos. La suavidad del agua de los recién llegados era evidente, no sólo en su carne suave, protegida de la intemperie, sino también en sus vestidos coloridos, falsos destiltrajes, o atuendos extravagantes que se habían hecho especialmente para esta ocasión. Incluso aquellos que trataban de vestirse como lo hacían los nativos obviamente no eran auténticos. Fue un momento peligroso y un lugar para los incautos. Había habido asesinatos de extranjeros que supuestamente no demostraban el debido respeto por el Emperador Muad'Dib.

Jessica se hallaba en una categoría particular de otro mundo: una que se había adaptado.

La primera vez que llegó a Arrakis hacía dieciséis años, ella y su familia habían sido más suaves de lo que se había dado cuenta, pero el tiempo que pasaron allí los había endurecido tanto física como mentalmente. Al tiempo que se refugiaban de la traición Harkonnen, Jessica y su hijo habían vivido más cerca de los Fremen que prácticamente cualquier otra persona de otro mundo alguna vez. Genuinamente se habían convertido en parte del desierto, en armonía con él.

Paul había consumido el Agua de Vida y casi había muerto, pero en el proceso tuvo acceso sin restricciones al protegido mundo Fremen. De aquel modo, no sólo se convirtió en uno de ellos, los convirtió en su totalidad. Muad'Dib no era un simple individuo, sino que abarcaba a todos los Fremen que alguna vez habían nacido y los que aún no existían. Él era su Mesías, el escogido enviado por Shai-Hulud para mostrarles el camino a la gloria eterna. Y ahora, habiendo caminado por el desierto, había hecho que el lugar fuera más sagrado que antes. Él encarnaba al desierto y sus caminos, y los vientos extenderían su espíritu a través de toda la existencia humana.

El coche fúnebre se detuvo frente a la base de visualización. El conductor Fremen con túnica se sentaba en lo alto. Sin mostrar dolor hacia afuera, Alia emitió una orden a sus ayudantes.

Los asistentes retiraron las cortinas negras del coche, mientras que otros desenganchaban al par de leones y se los llevaban. El conductor descendió, se inclinó reverentemente a la idea de lo que contenía, y luego retrocedió hacia la multitud.

Un resplandor iluminó el interior del transporte adornado, y sus partes comenzaron a abrirse como los grandes pétalos de una flor, revelando el féretro interno de Muad'Dib en una plataforma púrpura de la felpa. El féretro comenzó a brillar, como si proviniera de un sol interior, y la luz brilló en la plaza rodeando al anochecer que crecía. Algunos en la multitud cayeron de rodillas tratando de postrarse, pero no hubo mucho espacio para que se movieran.

—Incluso en la muerte, mi hermano inspira a su pueblo —dijo Alia a su madre—. «*Muad'Dib, El que señala el camino*».

Jessica se consoló al saber que Paul viviría para siempre en los recuerdos, historias y tradiciones transmitidas de generación en generación, de planeta en planeta. Aún así, en el fondo, no podía aceptar que Paul hubiera muerto. Era demasiado fuerte, demasiado vibrante, demasiada fuerza natural. Pero su propia clarividencia, su propia inmensidad del dolor por lo que había hecho, lo había derrotado.

Allí, en su funeral, Jessica vio la tristeza de la gente —golpeados y angustiados por todas partes— y sintió un incómodo hueco por dentro.

Miles de millones de personas habían muerto en el nombre de Muad'Dib y su Jihad. En total, había esterilizado noventa planetas, limpiándolos de toda vida. Pero sabía que había sido necesario, impuesto debido a su presciencia. Le había llevado mucho tiempo comprender, creer, ver la verdad de que Paul había conocido la justicia de sus actos.

Jessica había dudado, casi se había vuelto contra él con trágicas consecuencias… pero finalmente había aprendido la verdad. Aceptó la realidad de que su hijo tenía razón en su afirmación de que más humanidad habría muerto si él no hubiera tomado un curso tan difícil.

Ahora, todas las muertes se centraron en una: Paul Atreides Orestes.

Mientras el féretro brillaba, Jessica luchó con sus sentimientos de amor y pérdida: conceptos ajenos a la Hermandad de las Bene Gesserit, pero a ella no le importaba. *Este es el funeral de mi hijo*. Con mucho gusto habría dejado que la gente viera su tristeza. Pero aún no podía llorar abiertamente.

Jessica sabía lo que vendría luego. Al llegar a su máximo brillo el féretro vacío levitaría con suspensores a la plaza y echaría luz brillante sobre la multitud cautivada por debajo, como el sol de la existencia de Muad'Dib, hasta que se levantara fuera de la vista en el cielo nocturno, simbólicamente subiendo al cielo.

Ostentoso, tal vez, pero las multitudes lo verían con asombro. Era tan grande como un espectáculo que el propio Rheinvar el Magnífico habría puesto en escena, y Alia había planeado la ceremonia con una inquietante intensidad y pasión.

Ahora, mientras el féretro sin cuerpo seguía elevándose, Jessica oyó los pesados motores y las alas aleteando de los ornitópteros arriba. Mirando hacia lo alto en el cielo oscuro que brillaba con las auroras artificiales y las estrellas fugaces, vio a un grupo de naves volando en una formación apretada escupiendo nubes de vapores densos, gases coagulantes que se derramaban y arremolinaban como un nubarrón de congelación. ¿Una adición inesperada al espectáculo? Con un sonido como de rocas destrozadas, un trueno fuerte resonó por encima de la multitud en la plaza, seguido de un bajo estruendo amenazador.

Las personas se alejaron del coche funerario, seguras de que aquello también era parte de la ceremonia, pero Jessica sabía que no había sido parte del plan. Alarmada, le susurró a Alia:

—¿Qué es esto?

La joven se dio la vuelta, sus ojos parpadeando.

—Duncan, averigua lo que está pasando.

Antes de que el ghola pudiera moverse, un rostro enorme, con el ceño fruncido apareció en la parte inferior de la nube, una proyección que brillaba a través del nudo de rodadura de los vapores. Jessica reconoció el rostro al instante: Bronso de Ix. Desde el retumbar de un trueno decolorado surgió una voz que retumbó en toda la plaza.

—¡Apártense de esta farsa de circo y dense cuenta de que Muad'Dib era sólo un hombre, no un dios! Él era el hijo de un Duque del Landsraad, y nada más. ¡No lo confundan con Dios —porque deshonrarán a ambos! Abran los ojos a estos delirios insensatos.

Mientras la multitud aullaba de indignación, el resplandor del féretro funerario escupió y salió, los suspensores fallaron de manera que el féretro cayó y se estrelló en la

plaza. Los dolientes, maldijeron al cielo, exigiendo la sangre del hombre que había interrumpido su ceremonia sagrada.

En lo alto, el rostro proyectado se rompió en fragmentos como la brisa de la noche dispersaba a las nubes de tormentas artificiales. Los tópteros vinculados cayeron simultáneamente desde el cielo y se estrellaron en múltiples bolas de fuego a los tejados de los edificios del gobierno en expansión que rodeaban la plaza.

La multitud que gritaba corrió en todas direcciones, pisoteándose los unos a los otros. Sirenas de emergencia sonaron, mientras que la policía y los médicos se apresuraron, cambiando barreras de contención electrónicas. Alia ladró órdenes y envió a los recelosos sacerdotes a la multitud, aparentemente no sólo para calmarlos, sino también para buscar a los cómplices de Bronso.

En su rango de observación, Jessica se mantuvo firme. Desde su atalaya, las lesiones parecían mínimas, y esperaba que no hubiera muertes. Admiró a regañadientes la inteligencia de Bronso, sabiendo que había utilizado la tecnología ixiana para producir su propio espectáculo. Jessica sabía muy bien, también, que estaba lo suficientemente capacitado para evitar su captura. Bronso mismo no se encontraría en ninguna parte cerca de Arrakeen.

El agua es la vida. Decir que una gota de agua es insignificante es decir que la vida de uno es insignificante. Esto es algo que no puedo aceptar.

—Comentarios de Stilgar

Para Alia, las acciones perturbadoras de Bronso parecían más un insulto dirigido hacia ella, en lugar del barro arrojado en la memoria de Paul. Envió a los investigadores y espías para localizar a los autores, deteniendo a cientos de sospechosos en su momento.

Mientras que Jessica no podía aprobar lo que Bronso había hecho para arruinar la solemne ceremonia, no rechazó sus motivos subyacentes. De hecho, sospechaba que el propio Paul se habría desagradado la naturaleza ostentosa del propio funeral. A pesar de que su hijo había cultivado por voluntad propia la imagen de un semidiós, se había dado cuenta de su error, había tratado de alterar el curso de cualquier forma que conocía.

En la mañana que siguió a la ceremonia fúnebre, Jessica encontró a Stilgar en el borde del espaciopuerto de Arrakeen, supervisando la retirada de las pancartas del clan Fremen, de las banderas de las Casas del Landsraad, y de los banderines de los mundos conquistados.

Jessica echó la cabeza hacia atrás para ver una nave descender apareciendo como un punto reflejado por encima de la brillante luz solar, cayendo en un penacho ondulante de escape y aire ionizado, flanqueada por naves militares armadas para defender a la carga.

Un crujido y un auge dividieron el cielo con un sonido poco familiar como un trueno procedente de la desaceleración de la nave que frenaba frente a la atmósfera por encima de la pequeña zona de aterrizaje.

Otros buques habían desembarcado en el espaciopuerto, el murmullo del aire con el calor alrededor de los cascos. Las puertas de egreso se abrieron con un siseo de presiones

de ecualización. Un mayordomo comprobaba la rampa y los documentos de mano a uno de los administradores del espaciopuerto que vestía la túnica amarilla de un Qizara. Los técnicos de combustible se adelantaron para enganchar vínculos de carga a los motores suspensores.

A su alrededor, más servicios de transportes, remolcadores de carga, y fragatas, estaban aterrizando, cada uno de ellos con un grito que sacudía los huesos de los motores de los inadaptados. Coches terrestres zumbaron hasta las puertas de carga, los trabajadores manuales en fila para sus turnos e inmiscuyéndose en las bendiciones de Muad'Dib antes de realizar sus tareas.

Jessica estaba junto a Stilgar, que mantuvo su voz baja, con y la mirada hacia el frente a toda la actividad del espaciopuerto.

—Quería asistir a una ceremonia de despedida de mi amigo Usul en el Sietch Tabr. Pero ese funeral no era una cosa Fremen. —Hizo un gesto hacia la multitud aún molienda, los equipos de trabajo, el equipo pesado.

Vendedores de recuerdos todavía pregonaban sus baratijas, algunos de ellos reduciendo sus precios para deshacerse de la mercancía sobrante, otros subiendo los precios, porque tales artículos eran ahora más raros y significativos.

—Su hija quiere organizar una ceremonia de agua para Chani, también. —El duro y conservador Naib negó con la cabeza—. Después de ver lo que la Regente dispuso para Muad'Dib, tengo mis preocupaciones de que Chani sea respetada apropiadamente, en la forma en que ella y su tribu hubieran deseado.

—La situación ha estado fuera de control durante un tiempo, Stilgar. Paul creó y animó él mismo.

—Pero Chani no lo hizo, Sayyadina. Ella era un miembro de mi tropa y la hija de Liet, una Fremen —no un mero símbolo, como Alia quiere que sea. Nosotros los Fremen no tenemos funerales.

Jessica se volvió hacia él, entrecerrando los ojos.

—Tal vez es el momento de imponer la realidad de nuevo. El agua de Chani significa más para los Fremen que para cualquier otro espectador. La carne pertenece a la persona, el agua a la tribu. Ninguna parte de ella pertenece a un espectáculo político Imperial. Un verdadero Fremen debería asegurarse de que su agua no se desperdicie.

La expresión de Stilgar se ensombreció.

—¿Quién puede oponerse a lo que la Regente ha decidido?

—Tú puedes, y nosotros también podemos hacerlo. Si tenemos cuidado. Es lo que estamos obligados a hacer.

Stilgar arqueó las cejas y volvió su rostro curtido hacia ella.

—¿Me está pidiendo desafiar a los deseos de Alia?

Jessica se encogió de hombros.

—El agua pertenece a la tribu. Y los Fremen son la tribu de Chani, no a todo el Imperio. Si tomamos el agua de Chani, podemos hacer las cosas bien. Déjame lidiar con mi hija. Puede haber una manera para que todos quedemos satisfechos. Ahora mismo,

Alia está absorta en su búsqueda de Bronso y cualquiera de sus asociados. Ahora es el momento de tomar la custodia por el agua de Chani.

Los vendedores de agua caminaban por las calles cantando sus llamadas misteriosas. Los mendigos y peregrinos se arremolinaban en torno a los trabajadores que retiraban gallardetes funerarios de altos cargos. Jessica vio que los capataces ataviados de naranja estaban desgarrando la tela en trozos y vendiendo las muestras como un recuerdo a la memoria de Muad'Dib. Una especia más ligera bajó al puerto espacial, llenando el aire con un fuerte rugido, pero Jessica y el Naib existían en un pequeño universo propio.

Stilgar miró con sus ojos completamente azules.

—Sé cómo hacerlo.

En la noche, escuchando a las hordas diarias de dolientes gemidos, y viendo a los peregrinos de otros planetas aún pululando después de la muerte de Muad'Dib (y sabiendo que la Cofradía Espacial estaba cosechando grandes beneficios en cada pasaje), Stilgar concluyó que decididamente eran excesos vergonzosos y para nada Fremen.

Había sido amigo de Paul Atreides desde el momento en que el joven tomara su nombre sietch de Usul. Había visto a Paul matar a su primer hombre… el impulsivo Jamis, quien había sido olvidado por la tribu, con la excepción de que morir en el momento adecuado y por la mano correcta le había dado una cierta inmortalidad histórica.

Pero esto, pensó Stilgar, mientras permanecía de pie en una calle repleta de gente de Arrakeen, vestido con un destiltraje bien equipado (a diferencia de la mayoría de aquellos de otros mundos, que nunca aprendían o entendían la disciplina adecuada del agua), *no era el Dune que recordaba*.

A Stilgar nunca le había gustado Arrakeen, ni ninguna ciudad para el caso: la confusión y la prensa de peregrinos mal preparada, el crimen en los oscuros callejones, la basura, el ruido y los extraños olores. Aunque la vida en los abarrotados sietches había cambiado, seguía siendo más pura que la de la ciudad. Fuera de allí, la gente no pretendía ser algo que no eran, o no sobrevivirían mucho tiempo. El desierto separaba a los fieles de los impostores, pero la ciudad no parecía saber la diferencia, y en realidad recompensaba a los impuros.

Ocultando su disgusto detrás de los tampones en su nariz, y una bufanda filtradora, Stilgar caminaba por las calles, escuchando la música atonal que emanaba de una pequeña área de reunión donde un grupo de peregrinos del mismo planeta compartía memorias culturales.

Canalones apestosos de basura apilada: Las multitudes dejaban tanta porquería detrás que no había lugar para ponerla, incluso el desierto abierto no podía tragar todo. Los malos olores eran un mal presagio para los Fremen, porque los olores putrefactos implicaban la humedad perdida. Metió sus filtros en su nariz con más fuerza.

En la atestada Arrakeen, el único lugar que un hombre podía estar solo era dentro de sí mismo. Nadie le prestaba atención al disfrazado Naib mientras se abría camino hacia la Ciudadela de Muad'Dib. Sólo cuando llegó a las puertas reveló su identidad y dio el

santo y seña. Los guardias retrocedieron con un chasquido repentino de respeto, como si fueran mecanismos de relojería golpeados por los engranajes.

Por lo que Stilgar pretendía, hubiera sido mejor si su presencia habría pasado desapercibida, pero sin la autoridad inquebrantable que Muad'Dib le había conferido, nunca podría lograr lo que Jessica le había pedido.

Stilgar estaba rompiendo las supuestas reglas, siguiendo el curso de honor en lugar del derecho de otra persona. Tenía que hacerlo en silencio y en secreto, incluso si eran necesarios varios viajes, varias misiones secretas nocturnas.

Muad'Dib no era el único que había muerto. Al menos Stilgar y Jessica se acordaban de que…

Llegó a los cuartos opresivamente silenciosos donde Usul había vivido con su amada concubina. Tarde o temprano, los miembros del Qizarate convertirían aquella ala del palacio en un santuario, pero por ahora la gente consideraba las habitaciones con temor religioso y las dejaron sin tocar.

En lo alto de una losa de piedra de la arena grabada, un tarro adornado guardaba el agua de Chani. Llevado su pequeño cuerpo a un destilador huanui después del difícil y sangriento parto de los gemelos, sólo veintidós litros de agua se habían recuperado de su cuerpo.

Había sido la hija de Liet-Kynes antes de convertirse en la mujer de Muad'Dib. Una verdadera guerrera Fremen en Dune, que había luchado en muchas batallas como miembro de la tropa de Stilgar. Con los dedos callosos, rozó las marcas complejas en el exterior de la jarra. Un estremecimiento de temor supersticioso le recorrió la espalda.

El agua era sólo agua… pero ¿podría ser que el espíritu de Chani aún persistiera allí?

Su padre Liet, el planetólogo Imperial asesinado por los Harkonnen, había sido el hijo de Pardot Kynes, que había inspirado el sueño Fremen del cambio climático en Dune. Camarada de Stilgar contra los excesos de Harkonnen, Liet había muerto porque se había atrevido a ayudar a Paul Atreides y a su madre.

Como Emperador, Muad'Dib había asegurado de que los sueños de Dr. Kynes perdurarían. Por su mando, se había acelerado el proceso de terraformación y establecido una nueva Escuela de Planetología. Si Muad'Dib era de hecho el Lisan al-Gaib, el acortamiento del Camino, entonces, Liet-Kynes había sido el catalizador.

Y Chani era su hija.

La Regente y sus guardias Amazonas lo maldecirían por lo que iba a hacer, pero Stilgar ya tenía la sangre de la Reverenda Madre Mohiam en sus manos, y la sangre de otros. Haría aquello.

Levantando el frasco pesado, vertió un poco del líquido en los recipientes de litrojon que eran más fáciles de manejar y ocultar bajo su capa. Con el fin de tener todo, tendría que hacer esto por lo menos dos veces más, pero como capitán de la guardia, Stilgar tenía formas de evitar la detección. Con su preciosa carga, se deslizó fuera de los cuartos de Muad'Dib.

—¿Por qué alguien quiere hacer algo así? —Al principio Alia estaba genuinamente desconcertada, pero eso cambió rápidamente. Jessica observó las emociones barriendo en el rostro de su hija, una detrás de otra… la confusión, a continuación, la indignación, a continuación, una pizca de miedo—. ¿Quién podría haberse metido en los cuartos de mi hermano?

Ziarenka Valefor, la guardia Amazona que les informaba ahora, era una cabeza más alta que Alia, pero estaba tan sacudida por su descubrimiento accidental que forzadamente veía a la joven Regente. Alia espetó una orden a la guardia:

—Envíen a Duncan. —Con una rápida reverencia, Ziarenka se escabulló.

Sacudiendo la cabeza, Alia miró a su madre.

—Esto debe ser otro ultraje cometido por Bronso de Ix. Después de lo que hizo en el funeral de Paul, ahora quiere arruinar la ceremonia del agua de Chani, también. ¡Voy a denunciarlo! Cuando las personas aprendan a…

Jessica la interrumpió:

—Es mejor que no hables con nadie de esto, Alia.

Alia parpadeó y se acomodó de nuevo hacia abajo.

—El agua de Chani ha sido robada. ¿Cómo podemos ignorarlo? Y ¿qué pueden querer? Cuando una pregunta no tiene una respuesta obvia, sospecho lo peor.

Jessica ya había cortejado a través de las posibilidades en su mente, eligiendo la mejor manera de calmar una reacción exagerada, y para Stilgar y los Fremen para obtener lo que necesitaban… y para Chani y lo que Alia necesitaba.

—No he dicho que ignoremos el asunto, pero puedes apartarlo. Quien cometió este crimen, ya sea uno de los cómplices de Bronso o algún otro autor, probablemente tiene la intención de causar pánico y disturbios. ¿Querrán rescate por ello? ¿Amenazarán con profanar el agua de alguna manera? En cualquier caso, esperarán crear un alboroto sobre esto, pero no les daremos la satisfacción. No llamaremos la atención sobre lo que ha sucedido.

La sugerencia no le cayó bien a Alia.

—Tenemos que frustrar sus planes, cualesquiera que sean. El agua de Chani se ha ido. ¿Cómo vamos a sostener su funeral hoy?

Jessica permaneció tranquila, despreocupada.

—Era agua. Rellena el recipiente, y nadie lo sabrá nunca. Si Bronso asegura tener el agua de Chani, ¿cómo es que puede demostrarlo? —No tuvo en cuenta la sugerencia de ser desviado o deshonroso.

Era una solución que incluso las Bene Gesserit habrían considerado aceptable. *Los dos conseguimos lo que queremos.*

—El agua es agua, y podrás mantener su funeral como estaba previsto.

Y los Fremen tendrían su propia ceremonia para honrar a Chani a su manera.

Stilgar estaría satisfecho, también. Como diría Paul, quien sabría incluso después de su muerte que se estaba haciendo lo correcto.

Alia lo consideró, y luego asintió.

—Esa es una solución aceptable. Se convierte a cualquier amenaza impotente.

Nos han llegado reportes de mercaderes armados intentando vender quemadores de piedras, incluso luego de que uno cegara a Muad'Dib y dichas armas fueran declaradas ilegales. Los fuegos de un quemador de piedras no serán nada comparado con el espíritu de venganza de Muad'Dib.

—Ziarenka Valefor, Jefa de las guardias Amazonas de Alia

Después de la debacle del funeral, los detenidos desventurados se enfrentaron a las diversas formas de interrogatorios, guiados por los sacerdotes más agresivos de Alia. El difunto (y no llorado). Korba había llamado al proceso «terror a medida». En grupos grandes podrían unirse en una causa común, llenos de grandes sueños y delirios justos, pero solas y temerosas en una cámara sombría, las personas se comportaban de manera muy diferente. Cada uno tenía una debilidad clave que los inquisidores expertos usando métodos intentaban descubrir.

Y Alia tenía que encontrar respuestas.

Durante el reinado de Paul, él mismo no había sido inocente de tales tácticas, pero había mirado para otro lado mientras sus sustitutos realizaban aquellos brutales interrogatorios. El canalla de Bronso de Ix había sido detenido e interrogado una vez, y en contra de toda probabilidad… ¡se había escapado! Alia nunca había sido capaz de rechazar la sospecha de que el mismo Paul había podido darle una mano al ixiano a huir, aunque no podía entender por qué. Paul no había querido ver el interrogatorio de Bronso en su Celda de la Muerte, a pesar de que el ixiano arrojara una retórica de odio contra él.

Con todos los miles de millones que murieron en su Jihad de largo alcance, ¿por qué su hermano no tenía el estómago para cosas desagradables más pequeñas? Después de haber aprendido de los errores de Paul, sin embargo, Alia rutinariamente, y clandestinamente, observaba durante los interrogatorios clave. Con sus propios poderes de observación, a veces recogía cosas que otros perdían.

Hasta ahora, a pesar de los cuestionamientos más rigurosos de los sospechosos, las sesiones se habían rendido sin ninguna información válida. De alguna manera, Bronso y sus aliados tenían un nivel sobrehumano de astucia y suerte en ocultar sus huellas, o el ixiano estaba actuando solo. Se negó a aceptar una respuesta.

En una nota más positiva, Alia había utilizado el episodio fúnebre con Bronso como catalizador para descubrir a otras afrentas contra Muad'Dib o la Casa Atreides. En la oscuridad de la noche, las fuerzas policiales de los Qizara se propagaban a través Arrakeen, Carthag, y un sinnúmero de pueblos, derribando puertas y arrestando a presuntos traficantes de armas que habían estado tratando de vender quemadores de piedras como el que había cegado a Paul en una columna de fuego.

Cuando los comerciantes cuestionables fueron traídos, a su vez proporcionaron listas de clientes, y las armas ofensivas fueron detenidas y entregadas a Arrakeen… para el propio arsenal de Alia. En aquellos peligrosos y delicados meses de su regencia en ciernes, Alia Atreides necesitaba consolidar su poder y controlar la fabricación, distribución y uso de armamento significativo.

—Nombres proporcionan nombres —dijo Valefor.

En una sesión del Consejo de su regencia, por decreto unilateral, Alia modificó las normas de larga data de la Gran Convención que se aplicaba a las Atómicas. Anteriormente, las Grandes Casas habían sido autorizadas a mantener sus cabezas nucleares, para ser utilizadas solamente bajo circunstancias defensivas estrictamente definidas. De allí en adelante, como una medida temporal de emergencia, nadie excepto la Regente Imperial podría poseer tales armas.

Pero, ¿cómo hacer palanca a las ojivas peligrosas de las familias arraigadas del Landsraad? Para empezar, creó un programa de intercambio, en el que las casas nobles podían intercambiar sus Atómicas por grandes recompensas de especia, votando las acciones de la CHOAM, u otras prebendas. En las semanas siguientes al decreto de la Regente, muchas de las Grandes Casas entregaron cumplidamente sus Atómicas, hambrientas de efectivo y especia después de las penurias del Jihad. Las Atómicas no se habían utilizado abiertamente en la guerra contra las familias rivales en milenios de todos modos.

Pero algunas familias del Landsraad se resistieron, acaparando sus antiguas ojivas… a ningún buen propósito, lo sabía. A medida que sus sacerdotes y burócratas observaban cuidadosamente la llegada de las armas y las almacenaban para un «uso apropiado», pronto se hizo evidente que algunas casas nobles no eran muy comunicativas.

Usando aquello como punto de partida, Alia pidió a Duncan que mantuviera una lista de las Casas potencialmente problemáticas. Presentó sus nombres al reconstruido (e ineficaz). Landsraad que había vuelto a convocar en Kaitain, y exigió una investigación exhaustiva y una divulgación completa de sus actividades durante el Jihad. Alia no sería tomada por sorpresa.

Armada con la información, se debían intentar primero represalias económicas contra los mundos pasivamente recalcitrantes, pero sin descartar ninguna opción, incluso el uso de las Atómicas en casos particularmente difíciles. Después de todo, Paul había esterilizado noventa mundos a lo largo del Jihad, entonces ¿qué era la pérdida de unos cuantos planetas?

De regreso en Caladan, Jessica había caído en la rutina de cuidar su jardín de patio sola cada mañana durante una hora o dos, para contemplar las obligaciones de día. Ahora, bajo un cielo del color anaranjado del amanecer con el polvo y el amarillo canario del brillo del amanecer, Jessica visitó uno de los jardines de clima seco sellados dentro de la Ciudadela de Muad'Dib. Las plantas requerían muy poca agua a través de la selección natural, otros por la hibridación intencional. Habían crecido retorcidas ramas duras, hojas de piel gruesa, y afiladas púas y espinas, defensas impenetrables contra las inclemencias del medio ambiente.

Al enterarse de la muerte de Paul, se había apresurado a Dune, pero sus pensamientos habían ido más allá de la pérdida de su hijo. Todo un Imperio estaba en juego, un gobierno que sobreviviría o caería en función de las decisiones que Alia tomara. En todas las veces que Jessica había pensado en el legado de Paul, y cómo sus acciones y sus

palabras estaban siendo distorsionadas por la creencia popular, no había reflexionado sobre lo que podría sucederle al Imperio sin Paul. ¿Cuál era el legado de la Casa Atreides para los niños, Leto y Ghanima?

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando tres hombres y una mujer entraron en el jardín de clima seco, buscándola. Eran una extraña mezcla: Cada uno llevaba un traje llamativo diferente, y sus rasgos faciales y tonos de piel no dejaban ninguna duda que procedían de cuatro mundos diferentes, razas y culturas. Llevaban la mirada de los delegados gubernamentales.

Jessica se levantó, de pie al lado de un cactus cholla modificado cuyos miembros doblados parecían como si se hubieran congelado en el acto de agitación. El cactus proporcionaba un escudo mientras encaraba a sus visitantes, aunque seguramente habían pasado por estrictas medidas de seguridad para llegar hasta allí.

—Pedimos disculpas por llegar sin avisar, mi Dama, pero esperábamos este momento de privacidad y franqueza —dijo la mujer delicadamente construida con piel de porcelana blanca, cabello negro azulado que le llegaba hasta los hombros. Parecía tan rígida y formal como su dicción.

Jessica la conocía: Nalla Tur de la Alianza Tupile.

—Venimos a hablar con usted, no sólo como la madre de Muad'Dib y la madre de la Regente Imperial, sino también como la Duquesa de Caladan.

El hombre alto y demacrado junto a ella era de piel marrón rico, con granos rojos en el cabello y joyas redondeadas aburridas se establecían en la carne de sus mejillas. Habló con una voz de barítono:

—Tenemos que hablar con usted de asuntos referidos al Landsraad. Soy Hyron Baha de Midea. La Regente Alia ha ignorado nuestros muchos mensajes, pero espero que usted pueda hacer que nuestras palabras sean escuchadas.

Jessica masajeó un dolor en la parte posterior de su propio cuello mientras hablaba con cautela:

—Incluso si estuviera de acuerdo en hablar en su nombre, ustedes piensan demasiado de mi poder. No tengo ninguna posición formal aquí. Simplemente vine para el funeral de mi hijo, y volveré a Caladan tan pronto como me sea posible.

Nalla Tur respondió con voz enérgica:

—Usted sigue siendo miembro del Landsraad, en virtud de su Regencia de Caladan. Ya sea o no que usted elija asistir a las reuniones del Landsraad en la nueva sala de Kaitain, tiene responsabilidades legales a las Casas reconstituidas.

—Tengo muchas responsabilidades. ¿Qué es lo que desean, y en nombre de quién?

El tercer orador era un hombre en cuclillas y sólido que parecía estar hecho de músculos adaptados a un mundo de alta gravedad. Andaur, supuso, por el acento del hombre:

—Tenemos cuatro miembros de antiguas casas nobles exiliadas que se refugiaron detrás de la Cofradía en Tupile. Durante el último año del reinado de Paul-Muad'Dib,

firmaron un tratado que nos concede efectivamente una amnistía y nos permitió volver al gobierno sin temor a un juicio o a una ejecución.

—Ahora todo el Landsraad —o lo que queda de él— se queda fuera —dijo la mujer de cabello oscuro.

Hyron Baha cruzó los brazos sobre su pecho, y tiró las hebras de cuentas de cabello plegado.

—Hemos estado en la sesión de Kaitain con los representantes de noventa y ocho otras Casas, pero la Regente no le otorgó al Landsraad ningún poder real. Y ahora ha exigido que rindamos nuestras Atómicas. Está claro que significa para todos nosotros un desarme.

—¿Qué pasa si tenemos que defendernos contra un enemigo exterior? ¡Las familias del Landsraad tienen derecho a sus Atómicas! —dijo el cuarto representante, un hombre obeso, de piel aceitunada, con una voz aguda. Jessica no lo reconoció, ni tampoco se presentó a sí mismo.

Ella hizo un sonido apaciguador.

—No ha habido ningún enemigo exterior durante diez mil años. Tal vez mi hija está más preocupada por las Casas intransigentes. Las Atómicas no se han utilizado contra la población durante siglos, así que ¿qué son ellas para ustedes? Dadas las últimas conspiraciones contra mi hijo, Alia tiene preocupaciones legítimas sobre las cuales basar que cada Atómica se podría volver contra ella.

El hombre que sonaba chillón dijo:

—Y ¿es mejor colocarlas en manos de esos fanáticos Fremen rebeldes? ¡Mire el daño ya hecho en el Jihad!

Jessica no pudo discutir aquello, pero había cosas que no podía decirle a aquel grupo. No mostró ninguna reacción, aunque buscaran una en ella.

—Estamos hablando del Landsraad. —Nalla Tur parecía impaciente—. Durante miles de años, hemos proporcionado pesos y contrapesos contra el supremo dominio Corrino. En virtud de nuestros derechos y de la larga tradición, tenemos que ser parte del actual gobierno. Incluso Muad'Dib conocía la sabiduría en dejar que el Landsraad continuara. La Regente Alia no debe gobernar sin nosotros.

Jessica no aceptó la totalidad de sus argumentos.

—Muad'Dib se ha ido hace sólo un mes. ¿Esperan que todo el gobierno cambie de nuevo a la forma que era tan rápidamente?

El hombre fornido del planeta de alta gravedad sonaba conciliador. Sí, su acento era definitivamente de Andaur.

—Su hijo sólo demostraba poco interés en el Landsraad reconstituido, y la Regente es aún menos receptiva a las responsabilidades gubernamentales que tiene que compartir. Necesitamos su ayuda. No podemos permitir que Alia se convierta en una tirana.

Jessica frunció el ceño.

—¿Una tirana? Ustedes deben elegir cuidadosamente sus palabras en mi presencia. —Hizo un gesto de advertencia y chocó accidentalmente su mano contra las espinas del cactus cholla mejorada, extrayendo un poco de sangre de la palma.

—Mis disculpas, gran Dama, pero sólo buscamos lo mejor para todos los interesados, y necesitamos su ayuda desesperadamente.

—Voy a hablar con mi hija cuando se presente la oportunidad, tanto como su madre y —como usted dice— como representante del Landsraad. Pero ella es la Regente, y no puedo garantizar que vaya a escuchar a cualquiera.

Hyron Baha hizo una reverencia formal, dejando que las bolas de color rojo en su pelo colgaran delante de la cara.

—Todos hemos sido afectados por el Jihad, Dama Jessica. Todos sabemos que a la raza humana le tomará generaciones recuperarse de los últimos años. No hay que dejar que empeore.

Jessica miró su mano, luego al cactus. *Por cada movimiento que hago, habrá peligros agudos,* pensó*, y la prudencia no podrá protegerme de todos ellos.*

Paul era el reflejo de nuestro padre, el Duque Leto I el Justo, sin embargo, yo no soy el reflejo solamente de mi madre, Jessica, sino de todas las madres antes que yo. De aquel vasto repositorio de las Otras Memorias, soy la beneficiaria de una gran sabiduría.

—Sta. Alia del Cuchillo

Jessica sintió que necesitaba presentar sus respetos a Paul en una forma más privada, una en que no fuera ni una Bene Gesserit, ni una necesidad política, simplemente la necesidad de una madre de despedirse de su hijo. Gracias a Stilgar, muy pronto tendría que asistir a una tradicional ceremonia Fremen, solemne y secreta, en memoria de Chani… pero Alia no debía saber nada de aquello.

Después del desayuno, Jessica le dijo a su hija que quería ir al Sietch Tabr para visitar el lugar en el que Paul había caminado fuera en las dunas, liberando su cuerpo al planeta desértico, cuando salía de su memoria firmemente instalada en la leyenda.

Alia sonrió con incertidumbre, con una expresión de anhelo de una hija por la aceptación de su madre. A pesar de poseer la sabiduría más allá de sus años, Alia era físicamente una adolescente, aún creciendo, descubriendo el mundo con sus propios sentidos.

—Iré contigo, Madre. Es una peregrinación que debemos hacer juntas… por Paul.

Jessica se dio cuenta de que había estado pensando sobre todo en ella y su hijo, sin darle la importancia adecuada a Alia. ¿Siempre había dejado a su hija a un lado, sin darse cuenta? Jessica había perdido al Duque Leto, y ahora a su Paul… dejando sólo a Alia. Jessica se reprendió a sí misma a la ligera, y luego dijo:

—Estaría encantada de tenerte como mi compañera.

Se hicieron los preparativos rápidos para un viaje informal al sietch, ninguna de ellas esperando hacer aquello con una gran procesión de aduladores y sacerdotes que se

lamentaran. Ahora que el funeral público había terminado, Alia parecía entender la necesidad de su madre de la vida privada, tal vez la chica lo sentía ella misma también.

La pareja se vistió con el simple atuendo de peregrinos para que pudieran caminar a las zonas de aterrizaje público sin que nadie comentara sobre su presencia. Duncan se reuniría con ellas en la plataforma, donde se había preparado un ornitóptero para el vuelo a través del desierto.

Moviéndose a través de las calles de Arrakeen, Jessica se sumergió en las vistas y sonidos, sintiendo la energía del clamoroso populacho: todas esas mentes y almas que generaban un poder colectivo que llevaba adelante la raza humana. Allí ella y Alia eran simplemente otra madre e hija, indistinguibles de otras en la multitud. Se preguntó cuántos de aquellos padres se sentían incómodos en torno a sus hijos. Otros adolescentes tenían problemas completamente diferentes que los que pesaban tan fuertemente en la mente de Alia.

—Cuando supe que ibas a venir aquí —dijo la chica de repente—, tenía ganas de hablar contigo, oír tu consejo. Paul valoraba tu opinión, Madre, y yo la valoro también. Pero sé que no apruebas algunas de mis primeras decisiones como Regente. Sólo estoy haciendo lo que creo que es necesario y lo que Paul hubiera querido.

La respuesta de Jessica fue evasiva.

—Paul tomó muchas decisiones que me preocuparon, también. —A pesar de su segundo de adivinanzas de la dirección de su hijo, se había dado cuenta de que, efectivamente, veía una imagen mucho más grande, un vasto paisaje del tiempo y el destino con sólo un camino muy débil y traicionero a través de él. Tenía un propósito terrible que pocos podían entender Tenía razón y sabía tan firmemente que la desaprobación de su madre no le había influido en lo más mínimo. En retrospectiva, Jessica se había dado cuenta de que Paul había hecho algunas de las mismas cosas por las que ahora resentían a Alia. Tal vez tenía un punto ciego donde su hija estaba preocupada—. Estoy preocupada, tanto como madre y como ser humano. No puedo evitar el miedo que está a punto de deslizarse por el borde de un precipicio.

La respuesta de Alia estaba llena de confianza.

—Mis pasos están asegurados, y soy pragmática.

—Y no tengo ningún interés en gobernar el Imperio. No tiene por qué ser la fricción entre nosotras.

Alia se rió, y tocó la manga de su madre.

—Por supuesto que es la fricción entre nosotras, porque somos demasiado parecidas. Tengo todos tus recuerdos dentro de mí.

—Sólo mis recuerdos hasta el momento de tu nacimiento. He aprendido y cambiado mucho desde entonces.

—Y así lo hiciste, Madre. Yo también.

En el borde del espaciopuerto, pasaron junto a un bazar que había surgido como un campamento temporal de vendedores y sus productos. A lo largo de décadas, había crecido y evolucionado hasta convertirse en un elemento permanente en Arrakeen. Lonas

de polímero formaban techos artificiales para proteger a los peregrinos y curiosos por igual del implacable sol. Grandes ventiladores de admisión aspiraban aire y filtraban cada gota de humedad perdida.

Los adivinos se sentaban en cabinas, mirando tarjetas adornadas y coloridas, haciendo lecturas dela mayor Tarot de Dune, con ilustraciones dibujadas para incluir los últimos acontecimientos y la trágica pérdida de Muad'Dib; la obra de arte en la tarjeta del ciego era particularmente inquietante. La mayoría de los comerciantes, Jessica notó, ofrecían imágenes religiosas, reliquias sagradas, y otros tipos «sagrados» de parafernalia, todo de «autenticaciones» dudosas de basura… a los que se habían aplicado de su significado.

—¡Este manto fue usado por el propio Muad'Dib! —gritó un hombre, que entonces pedía un precio lo suficientemente astronómico para «probar» la procedencia del material. Media docena de vendedores afirmaron poseer el anillo original de sello Atreides y se acusaron mutuamente de ser mentirosos. Alia, por supuesto, tenía el anillo genuino encerrado en el alcázar. Otros vendedores pregonaban algunos artículos supuestamente afectados por Muad'Dib o bendecidos por él o para el negocio—consciente —simplemente vislumbrado por él, como si su mirada impartiera algún tipo de santidad residual.

El gran tonelaje de material en el bazar era absurdo, y aquel era sólo un complejo comercial. Cientos más estaban esparcidos por Arrakeen y mercados similares habían aparecido en innumerables planetas. Jessica miró con consternación.

—Mi hijo se ha convertido en una atracción turística. Alimento para los charlatanes aprovechándose de clientes que son fácilmente y de buena gana engañados.

Un destello de ira se asomó en el rostro de Alia.

—Son unos mentirosos, todos unos mentirosos. ¿Cómo pueden probar cualquiera de sus afirmaciones? Son una vergüenza para el nombre de mi hermano.

—Hombres similares vinieron a Caladan mientras que Paul estaba vivo, durante los peores años de su Jihad. Cuando ya no pude tolerarlos, Gurney y yo los desalojamos.

—Entonces debería hacer lo mismo aquí. El Tarot de Dune siempre me ha hecho sentir incómoda.

Las ruedas parecían estar girando en la mente de Alia, y entonces meditó durante un momento.

—¿Podrías ofrecerme consejo sobre cómo lograrlo?

El hecho de que su hija le pidiera abiertamente por su ayuda aclaró el estado de ánimo de Jessica.

—Sí, pero más tarde. Ahora mismo, iremos allá fuera al desierto para decir adiós a mi hijo y tu hermano. Este no es tiempo para la política.

Caminaron en silencio el resto del camino hasta la pista de aterrizaje, donde Duncan esperaba al lado de un ornitóptero, joven y saludable en un uniforme nítido que le hacía parecer como si se hubiera adelantado a través de los años a partir del pasado.

Después de que aterrizaron en el distante sietch, Jessica se quedó fuera de la entrada y miró por sobre el desierto.

—Aquí es donde nacieron mis nietos. Y dónde Chani murió.

Duncan tenía una extraña y perturbadora mirada sobre ella, pero no era la expresión lejana de un Mentat absorto en los cálculos.

—El Sietch Tabr es también el lugar donde traté de matar a Paul.

—Y donde el ghola Hayt se convirtió de nuevo Duncan Idaho. —Alia se giró y le echó los brazos al cuello.

Sin preguntarles si podía acompañarla, Jessica siguió el camino sinuoso de las rocas y se elevó hasta llegar al borde de la vista panorámica de las dunas abiertas, las crestas onduladas y laderas de arena doradas. El viento había recogido una brisa que los Fremen llamaban Pastaza, lo suficientemente fuerte como para agitar la arena y el polvo, pero que no presagiaba ninguna tormenta.

Jessica salió a las dunas suaves y cálidas, dejando huellas prominentes mientras coronaba la subida más cercana. Miró más allá del horizonte árido y contempló el paisaje que se extendía sin interrupción infinito. Permaneció mirando las arenas vírgenes hasta que sus ojos le dolieron por el resplandor, en busca de signos de Paul, como si la silueta de una figura pudiera aparecer dando zancadas de vuelta de las dunas, regresando de su viaje sagrado, su propio hajj a Shai-Hulud.

Pero los vientos y las arenas del tiempo habían borrado sus huellas, sin dejar rastro de su paso. El desierto estaba vacío sin él.

Sé lo que estás pensando. Sé lo que estás haciendo. Pero, sobre todo, sé lo que estoy haciendo.

—Sta. Alia del Cuchillo

Imprevisibilidad.

Sentada en la sala de audiencias casi vacía, Alia sonrió para sí misma mientras dejaba que la palabra flotara en su mente. La imprevisibilidad era mucho más que una palabra, era una herramienta útil y un arma poderosa. Funcionaba no sólo en sus ayudantes y asesores más cercanos, y en el Qizarate, sino también en las masas que gobernaba. Nadie sabía cómo pensaba o por qué hacía sus elecciones como Regente. Y aquello mantenía a otros con la guardia baja e inestable, por lo que se preguntaban lo que podría hacer a continuación, lo que ella era capaz de hacer.

Su imprevisibilidad hacía que los peores chacales dudaran, por ahora, y esperaba que aquello le diera el tiempo que necesitaba para asegurar su poder y reunir sus fuerzas, antes de que los usurpadores pudieran tratar de desestabilizar la sede del gobierno. Pero tenía que ser rápida y firme.

Vestida con un aba negro con el halcón rojo Atreides en un hombro, Alia esperaba impaciente. Era media mañana en la segunda semana después del funeral de Paul, y un equipo de trabajadores estaba cambiando la posición de la pesada esmeralda del trono de Agar.

—Dale la vuelta. Quiero dar mi espalda hacia la delegación de la Confederación Ixiana al entrar.

Los trabajadores hicieron una pausa, confundidos. Un hombre dijo:

—Pero entonces no será capaz de ver a la delegación, mi Dama.

—No, no van a tener el honor de verme. No estoy contenta con ellos. —Aunque los tecnócratas insistieran— como lo habían hecho durante años —que Ix había cortado todos los lazos con Bronso, ella no lo creía del todo. Demasiadas sospechas y preguntas, demasiadas explicaciones convenientes. Mientras que Paul tenía una cierta afinidad por Ix, gracias a los recuerdos de su infancia, Alia no sufriría de tal sentimentalismo. Los tecnócratas se encontrarían con que la hermana de Muad'Dib era un tipo diferente de gobernante. Alia sostenía que no era necesario mantener a la Confederación Ixiana desequilibrada, sino que era más fácil controlar las estructuras de poder, cuando estas permanecían en tierras inestables.

Pensaba en ello cuidadosamente.

Incluso cuando estaba sola, Alia elegía frecuentemente pasar el tiempo reflexionando sobre las consecuencias de sus decisiones. Sabía que su madre poseía mucha sabiduría para impartir, pero a menudo el consejo de Jessica parecía unilateral o limitado. Hoy, al menos, Alia no pediría la opinión de su madre. Caladan era conocido por hacer a la gente suave y alejarlos del borde.

Alia tenía asesores adicionales, como lo eran sus Otras Memorias que se desarrollaban como patrones fractales en el interior de su conciencia en una cacofonía de consejos contradictorios. A menudo, en sus aposentos privados consumiendo grandes cantidades de especia, se inducía en un estado de trance para poder viajar a aquel archivo de recuerdos Bene Gesserit, y agitarlos. No tenía la habilidad de escoger y elegir entre ellos o localizar a cualquier persona en particular como si estuviera consultando una biblioteca. Los recuerdos iban y venían, con algunas presencias gritando con más fuerza que otras.

Dejó que la asaltaran ahora, mientras que se cernía sobre la llegada de los ixianos.

Escuchando el clamor, oyó que una de esas vidas pasadas se elevaba por encima de las demás, una voz de lengua afilada en el archivo. Una anciana que sabía estaba familiarizada con muchos de los desafíos que enfrentaba Alia. Había, después de todo, sido la Decidora de Verdad del Emperador Shaddam IV… la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam.

Alia le habló en un tono mental, burlándose. *¿Todavía me llamas «Abominación,». Abuela, incluso cuando tú eres una de las voces dentro de mí?*

Mohiam sonó seca y agria. *Permitiéndome aconsejarte, niña, demuestras sabiduría, no debilidad.*

¿Por qué debería confiar en la voz de una mujer que quería matarme?

Ah, pero tú fuiste quien ordenó mi muerte, niña.

¿Y qué? También maté a mi abuelo, el Barón, porque necesitaba matarlo. ¿Cómo iba a hacer menos por ti? ¿No se nos enseña a ignorar o incluso despreciar a los apegos emocionales?

Mohiam parecía contenta. *Tal vez con madurez has aprendido de tus errores. Estoy dispuesta a ayudar.*

¿Has aprendido de tus errores, abuela?

¿Errores? El roce seco de una carcajada resonó en la cabeza de Alia. *Si crees que soy tan falible, ¿por qué me pides consejo?*

Pedir consejo no es lo mismo que hacer caso de ello, abuela. ¿Qué crees que debo hacer con estos ixianos?

Creo que deberías hacerlos retorcerse.

¿Debido a que siguen apoyando secretamente a Bronso?

Dudo mucho de que hayan tenido alguna noticia de ese renegado en años. Sin embargo, estarán tan ansiosos por demostrarlo que puedes ganar muchas concesiones por parte de ellos. Cuanto más miedo y culpa les hagas sentir, más van a querer apaciguarte. Te sugiero que uses eso como una palanca contra ellos.

Alia no hizo más preguntas al percatarse que la presencia de Mohiam volver a caer en el rumor de las voces de fondo. Teniendo en cuenta lo que Alia le había hecho a la bruja, ¿podía confiar en su consejo? Quizás. Algo sobre lo que había dicho, y la forma en que lo había dicho, sonaba verdadero.

Mientras tanto, los trabajadores sudorosos se lanzaron a la labor de dar vuelta al trono. Podrían haber fijado suspensores para mover el enorme asiento azul-verde con el empujón de un dedo, pero en cambio, gruñían, se quejaban, y empujaban. Era su manera de servirle.

Tres abejas negras zumbaron sobre las cabezas de los trabajadores, particularmente irritante sobre un hombre moreno de otro planeta que tenía una cerda oscura de barba. Los insectos que picaban recorrieron el sudor de su frente. Soltó la carga para alejarlas, mientras que los otros trabajadores se enfrentaron al enorme peso de la silla colocándola en su posición en el estrado. El hombre molesto ahuyentó una abeja en el aire y luego llevó su brazo hacia el trono, donde luego aplastó al insecto con el puño y casualmente lo limpió.

Alia se sobresaltó.

—¿Quién te dio permiso para matar una abeja en el trono Imperial?

Asombrado por lo que había hecho por impulso, el hombre se volvió, temblando de repente, con el rostro enrojecido, los ojos bajos y sintiéndose culpable.

—N-no, mi Dama. Yo no pretendía ofenderla.

Alia extrajo su crys de la funda en su cuello y dijo en un tono mesurado:

—Con Muad'Dib lejos, todas las vidas en su Imperio han quedado a mi cuidado. Incluyendo la tuya. E incluso una vida tan insignificante como la de un insecto.

El trabajador cerró los ojos, resignado a su destino.

—Sí, mi Dama.

—¡Extiende la mano ofendida, la palma para arriba!

Temblando, el trabajador cumplió la demanda. Con un hábil movimiento, Alia recortó con el filo de la navaja del crys, pulcramente retirando una fina loncha de carne de la palma del hombre, la parte que había matado a la abeja y tocado el trono. Él siseó de dolor y sorpresa, pero no se volvió hacia atrás, no rogó por misericordia.

Bastante bien, pensó. Él había aprendido la lección, al igual que los demás trabajadores.

Alia limpió la hoja lechosa en la camisa del hombre y envainó el arma.

—Llamaron a mi padre Leto el Justo. Tal vez tenga un poco de él en mí.

Imprevisibilidad.

Cuando la delegación de ixianos arribó, Alia estaba sentada empequeñecida en el gran trono cristalino y se quedó mirando las cortinas naranjas que cubrían la pared detrás de la tarima. Su pelo cobrizo estaba asegurado con anillos de agua de oro, piezas de recuento de metal que anunciaban a todos que ella, al igual que su hermano, se consideraba Fremen. A pesar de escuchar la conmoción cuando los tecnócratas entraron, no se volvió a ver a los hombres. Duncan le había dicho que nunca debía sentarse de espaldas a una puerta, pero Alia lo consideraba un símbolo de su desdén por estos hombres.

Detrás de ella, el chambelán anunció a los ixianos, y oyó los pasos que se acercaban. Sus zapatos hacían ecos agudos en el duro y pulido suelo, ya que por sus órdenes los trabajadores no habían establecido una alfombra real. Oyó un desnivel —¿incertidumbre?— en su modo de andar.

El público de pie en el enorme salón murmuró, luego se tranquilizó, curioso en cuanto a lo que Alia haría a continuación. Sus guardias Amazonas estaban estacionadas, como de costumbre, y siempre alerta. No sabía el nombre del líder de la delegación, ni le importaba.

Todos los tecnócratas eran iguales. Desde la caída de la gobernante Casa Vernius siete años antes… cuando Bronso, el último heredero, había pasado a la clandestinidad para promocionar su sedición, el planeta Ix había aumentado su investigación y producción industrial, con poco interés en la política del reconstruido Landsraad.

Oyó a los hombres que se frenaban en la base de la tarima y se barajaban incómodamente. Un carraspeo, el roce de la ropa, y una pizca de molestia en una voz masculina.

—Dama Alia, hemos venido como usted pidió.

Alia habló en línea recta a la pared.

—¿Y sabes por qué te he llamado?

Una voz diferente, más fresca, más lógica:

—Podemos adivinar. Un ixiano ha ofendido a la Casa Imperial. Usted espera que nuestra Confederación tenga información sobre el paradero de Bronso de Ix.

La primera voz dijo:

—¡Condenamos las acciones del exiliado Vernius!

Alia endureció su tono.

—Bronso Vernius utilizó tecnología ixiana para traer el desastre al funeral de mi hermano. ¿Qué otros trucos podría usar? ¿Qué tecnologías les han dado que la intención de usarlas contra mí?

—¡Ninguna, mi Dama! Le garantizo que el Consejo Tecnócrata no tiene nada que ver con esto. —Ella no detectó ninguna falsedad en su voz.

La segunda voz:

—Respetuosamente le pido que recuerde que Ix una vez fue un amigo cercano de la Casa Atreides. Esperamos restablecer dicha alianza beneficiosa.

—La alianza Atreides no estaba con el Consejo Tecnócrata —dijo ella—, pero sí con la Casa Vernius. Bronso cortó los lazos cuando él era joven.

—Así que, como ve, mi Dama. —Bronso ha estado tomando decisiones imprudentes durante años. Él no representa los mejores intereses de Ix. Es un remanente no deseado de un viejo tiempo y formas obsoletas.

Viejo y obsoleto, pensó Alia. *Hubo un momento en que mi padre y Rhombur Vernius eran muy amigos, cuando Ix servía a las necesidades del honor, no sólo al comercio y a la industria. Estos hombres han olvidado mucho de los días en que la Casa Atreides ayudó a restaurar a los Vernius al poder después de la toma de posesión tleilaxu*.

—Aun así, deben ganarse el camino de vuelta a mis buenas gracias. —Dio unos golpecitos con los dedos sobre el brazo del trono—. Hagan que sus representantes me traigan nuevas tecnologías, dispositivos que no estén a disposición de cualquier otra persona. Duncan Idaho los inspeccionará por mí y decidirá que se puede utilizar para fortalecer nuestra Regencia. Cuando se tomen estas decisiones, deberán concederme el uso exclusivo de dichas tecnologías. Después de haberme impresionado, veremos sobre la restauración de la posición de Ix ante mis ojos.

Una ligera vacilación, tal vez una consulta en silencio entre los hombres, y, finalmente, la voz lógica dijo:

—El Consejo Tecnócrata agradece sinceramente la oportunidad, Gran Dama.

Los recuerdos y las mentiras son dolorosos. Pero mis recuerdos no son mentiras.

—Bronso de Ix, transcripción de la entrevista en la Celda de la Muerte

Dentro del cubierto por las capas de las zonas comunes y pasillos de servicio, los Wayku siempre proporcionaban a Bronso un lugar para esconderse. Sintiendo una afinidad por él, la gente de estilo gitano que servía como administradores de la Cofradía había ayudado secretamente a Bronso desde que comenzara su extraña búsqueda para destruir el mito que rodeaba a Paul Atreides.

Bronso cambiaba su ubicación día a día, de un puerto a otro, fijando su residencia temporal en los camarotes no reclamados o en pequeñas cabañas. Siempre alerta y cuidadoso, mantenía su consumo de energía al mínimo para que los perros guardianes de la Cofradía no encontraran nada fuera de lugar. Había estado prófugo durante siete años, desde que había comenzado a distribuir sus escritos.

A veces se aprovechaba de habitaciones bien equipadas, que le recordaban a sus días en el Gran Palacio de Ix, como el heredero de la Casa Vernius. Aun así, Bronso ni siquiera por un momento lamentaba haber perdido todas sus comodidades y riquezas. Las

había rechazado voluntariamente, con el fin de seguir una vocación más importante. El Consejo Tecnócrata había corrompido todo lo que era bueno y noble en su mundo natal.

Ahora Bronso estaba realizando un trabajo… un trabajo vital en la historia de las decisiones.

En la confusión que seguía creando más tensión a través de los mundos inciertos después de la muerte de Muad'Dib, la mayoría de las naves de la Cofradía estaban excedidas de reservas, y miembros de las familias nobles y ricas se luchaban por los camarotes disponibles. En aquel pasaje en particular, Ennzyn —uno de los Wayku aliado de Bronso— le había relegado a una pequeña cabina de tripulación que no estaba en la lista en cualquier folleto.

No se quejó, ya que sus necesidades eran pocas: Necesitaba sólo luz y un lugar privado para sentarse mientras escribía sus últimas condenas. Su lucha contra el fanatismo que enturbiaba el legado de Paul siempre parecía imposible, pero había aceptado la tarea. Era el único hombre lo bastante valiente como para criticar a Muad'Dib tan abiertamente. Bronso podía haber sido imprudente, pero nunca había sido un cobarde.

Sus amigos Wayku lo mantenían resguardado, protegido, y le ayudaban. Como una clase itinerante de trabajadores, solicitados, desapercibidos y sin pretensiones, no poseían verdadera identidad en lo que se refería al Imperio. Cuando él y el joven Paul Atreides habían conocido a aquellos viajeros hacía diecinueve años, Bronso no esperaba contar con ellos como aliados tan dedicados. Ahora, mantenían en silencio sus tratados «heréticos» y los mezclaban al azar entre las pertenencias de los viajeros, por lo que las publicaciones aparecían en otros planetas, aparentemente sin ningún punto de origen.

La gente necesitaba saber la verdad, necesitaba escepticismo para contrarrestar las tonterías que Irulan había presentado como la vida de Muad'Dib. Para le había caído la tarea de hacer pivotar el péndulo en la dirección opuesta. Para lograrlo, tuvo que exponer las palabras en el papel. Sus declaraciones tenían que ser exasperantes, irrefutables y convincentes.

A lo largo de las sangrientas represiones recientes del Jihad y de Alia, la gente aceptaba la represión en nombre de la ortodoxia ¡porque Paul había permitido!, que su burocracia Fremen se convirtiera en un cáncer voraz. Bronso reconocía que Paul había, de hecho, en algunos momentos, intentado frenar los excesos, pero la guerra y el fanatismo, como la mitología que lo había deificado, había tomado vida propia.

Exhausta, la gente asustada olvidaba la verdad tan fácilmente. Los apologistas de Paul reescribieron la historia y los acontecimientos más terribles fueron borrados del registro oficial: las terribles batallas, la esterilización de planetas enteros, el asesinato en masa de los monjes en el monasterio de Lankiveil. Con tanta privación y una dispersión de los pueblos, ¿quién pondría en duda las historias elaboradas por los proveedores «oficiales» de la verdad? ¿Quién iba a contradecir una fuente tan intachable como la Princesa Irulan misma, esposa de Muad'Dib? Seguramente, sus cuentos debían ser la verdadera versión, el modo en que la historia había ocurrido realmente.

Pero no era así, y Bronso tuvo que continuar con el intento de corregir el registro. Era una cuestión de honor, y había dado su palabra.

Su compañero Wayku le había traído comida, pero Bronso no tenía hambre. En su estrecha cabina, se sentó en un incómodo banco de metal, niveló la superficie de escritura, y se hundió en sus recuerdos. A la luz de un globo resplandeciente de baja potencia, puso el crimen después de la delincuencia a los pies de Muad'Dib. Cada línea condenatoria era como el chasquido del látigo de un flagelante.

Sólo al eliminar las falsedades de ablandamiento, sólo por poner al descubierto los actos crueles cometidos en nombre de Muad'Dib, sólo por poner a la raza humana al tanto de los crímenes atroces que Paul había desatado, podría Bronso lograr lo que era necesario para preservar el futuro de la humanidad.

¡Que Dios nos salve de un mesías de nuestra propia creación!

Mientras escribía, las imágenes de aquellos eventos gritaban detrás de sus ojos.

—Oh, Paul, mi amigo… —Continuó escribiendo, y las lágrimas corrieron por su rostro.

Una vez, cuando Muad'Dib caminaba por el desierto, se cruzó con un ratón canguro, un muad'dib oculto entre las sombras de las rocas. «Dime tu historia, pequeño,» le dijo. «Cuéntame tu vida». El ratón era tímido. «Nadie quiere saber sobre mí, pues soy pequeño e insignificante. Cuéntame tú tu vida». A lo que Muad'Dib contestó: «Entonces, a nadie le interesará saber sobre mí tampoco, porque sólo soy un hombre e igualmente insignificante».

—Historia de Muad'Dib para niños, por la Princesa Irulan

Cuando Alia ordenó a Irulan que la acompañara a los almacenes de Arrakeen, la princesa no tuvo más remedio que obedecer. A pesar de que había sido liberada de su Celda de la Muerte, y un perdón oficial había sido firmado y sellado, Irulan sabía que la Regente podría fácilmente exiliarla en Salusa, o algo peor.

Fueron juntas con un contingente de seguridad y entraron en un pequeño almacén.

En el interior, los trabajadores se movían como insectos en una colmena, llevando afanosamente libros pequeños, apilándolos en contenedores, y preparándolos para una amplia distribución en todo el Imperio. Irulan olía plástico y papel a base de polvo de especia en el aire, junto con el almizcle ubicuo de sudor y el metal espiga de la maquinaria.

Mientras miraba a los trabajadores, Irulan reconoció los volúmenes. La vida de Muad'Dib.

—Ese es mi libro.

Alia sonrió, entregando la buena noticia.

—Una edición revisada.

Irulan tomó un ejemplar y hojeó las páginas, indestructiblemente finas, el texto densamente impreso.

—¿Qué quieres decir con revisada? —Buscó en los párrafos y trató de identificar las secciones que se habían cambiado, añadido o eliminado.

—Una mejor versión de la verdad, editada en beneficio de las masas, teniendo en cuenta los cambios en nuestra situación política.

Duncan Idaho, silencioso e inquietantemente amenazador, estaba de pie junto a la confiada Regente. Por su expresión plácida, Irulan no podía saber si él lo aprobaba, desaprobaba, o no le importaba.

Alia se echó el pelo hacia atrás y explicó:

—Mi hermano era un hombre tolerante y seguro. Mientras que tus tratados fueron positivos en su mayor parte, te permitió escribir algunos pasajes críticos que cuestionaban sus decisiones, pintándolo en una luz poco halagüeña. No sé por qué permitió esto, pero no soy mi hermano. No tengo la fuerza de voluntad de Muad'Dib. Sólo soy la Regente.

Irulan luchó con la molestia en su voz.

—La modestia y la autocrítica no te convienen, Alia.

—¡Estos son tiempos precarios! Con el futuro del Imperio en duda, estoy caminando de puntillas a través arenas movedizas. Cualquier cosa que disminuya el valor de la memoria de Paul debilitará mi posición. Los manifiestos de Bronso son como gusanos barrenadores que mastican profundo en nuestra fundación, por lo que deberé controlar lo que puedo controlar.

En el almacén, los trabajadores apilaban cajas de la biografía revisada en plataformas suspensoras y eran trasladados a vehículos terrestres que los llevarían a los buques de carga en espera. Casi mil millones de libros de Irulan ya habían sido distribuidos a los planetas que Paul había conquistado en su Jihad.

—Tu propósito en mi gobierno es ser el contrapunto de Bronso. Dada la distribución gubernamental subsidiada, tus libros tendrán una plataforma mucho más amplia que las publicaciones sediciosas que el traidor nunca podrá recibir. Sus historias oficiales serán fácilmente abrumadas por sus mentiras, por la fuerza bruta si es necesario.

Irulan no era una cobarde que temblara ante cualquier amenaza hecha en su vida, pero ahora sentía una obligación hacia Paul, y tenía que tener en cuenta el bienestar de los gemelos de su marido.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres de mí?

—La seguridad Imperial depende de la reverencia que el pueblo todavía tenga para mi hermano. A partir de ahora, los escritos deberán responder a un propósito específico. Publica sólo cosas buenas acerca de Paul, los aspectos positivos de su gobierno, incluso si tienes que distorsionar la verdad. —Alia le dedicó una sonrisa de niña, luciendo como la niña que Irulan había ayudado a criar en los primeros años del reinado de Paul—. Si haces eso, no tendrás absolutamente nada que temer.

Durante las semanas siguientes, Irulan regresó a sus escritos con una pasión y entusiasmo que tomó por sorpresa a Jessica. La princesa parecía decidida a preservar —exageradamente— la memoria de Paul. En un fervor creativo, había escrito capítulos ampliando la leyenda gloriosa de Muad'Dib, teniendo aún más libertades que los que había tenido durante la vida de Paul.

Viendo que era alarmante y desagradable, Jessica decidió hablar con Irulan. Por el amor de Paul.

En su ala privada de la inmensa ciudadela, la princesa había elegido la decoración y trabajado con artesanos para crear un eco del palacio de los Corrino en Kaitain, donde se había criado. Irulan tenía sus propios patios e invernaderos acristalados en seco, fuentes y obeliscos… erosionados por el viento. Se mantenía a sí misma sobre la base de la Ciudadela y no se atrevía a menudo a pasear públicamente.

Haciendo su camino sin escolta o pregoneros, Jessica encontró a la princesa en un gazebo patio, trazando palabras en hojas de cristal. La joven levantó la vista, y metió un mechón de pelo dorado detrás de la oreja.

—Dama Jessica, esto es un placer inesperado. —Hizo un gesto hacia una silla vacía a su lado en la mesa en la que escribía—. Únase a mí. Siempre estoy feliz de hablar con usted.

—Todavía no has oído lo que tengo que decir.

Las palabras provocaron un ceño fruncido.

—¿He hecho algo que le desagrade?

Tomando el asiento ofrecido, Jessica no tuvo pelos en la lengua:

—Paul merece algo mejor que la propaganda descarada. Siempre has sombreado la verdad de un modo u otro, Irulan, y la mayoría de las veces no te podías quejar por ella, porque estuviste cerca de representar a mi hijo con precisión. Pero ahora, cuando comparo sus historias con hechos conocidos e irrefutables, los encuentro muy lejos de la marca. Las nuevas revisiones a la vida de Muad'Dib son muy preocupantes.

—Revisiones de Alia. —Irulan trató de cubrir su vergüenza—. En cualquier caso, ¿quién puede saber todos los hechos? Mi propósito no es recordar los datos a secas sino ayudar a nuestro gobierno en estos tiempos de incertidumbre, por el bien de la seguridad Imperial. Usted conoce la forma de la misma. Ambas fuimos entrenadas por la Hermandad.

—Sé lo que quiere Alia, y entiendo la necesidad de la propaganda, pero ahora… ¿no hay nada negativo en absoluto? ¿Ni siquiera la cosa más diminuta? Incluso los peregrinos idealistas podrán ver tu obvia inclinación.

—En vista de Alia, la propia inclinación ofrece el equilibrio. —Irulan se enderezó la espalda—. Ella tiene razón, en realidad. Las constantes revelaciones poco favorecedoras de Bronso están haciendo un gran daño, y las encuentro personalmente reprobables. Debilitan a la Regencia en su momento más frágil e inestable, cuando se está poniendo en marcha. Así que, si mis escritos son excesivamente favorables hacia Muad'Dib en retratar los acontecimientos históricos, es sólo para hacer frente a las calumnias. —La emoción en la voz de Irulan sorprendió a Jessica—. La historia está en mis propias manos. —Paul dijo eso. No puedo permitir que las extensiones sediciosas de Bronso queden sin respuesta.

Jessica dejó escapar un largo suspiro. Había mantenido el secreto de Paul durante muchos años, pero ahora decidió que Irulan necesitaba comprender.

—Hay un punto clave que no entiendes.

Irulan dejó el lápiz y alejó las hojas de cristal. Parecía rígida y excesivamente formal.

—Entonces ilumíneme. ¿Qué es, exactamente, lo que me estoy perdiendo?

—Que Bronso fue una vez amigo de Paul.

Irulan frunció el ceño.

—Estudié la juventud de Paul, así que sé de sus contactos con la Casa Vernius.

—Y sabes también que hubo una pelea entre los Atreides y los ixianos.

—Sí, pero el registro histórico es incompleto e impreciso. No era un tema del que Paul hablara, pero igual le pregunté al respecto.

Jessica bajó la voz, pues le preocupaba que alguien pudiera estar espiándolas, aunque aquellos acontecimientos eran de conocimiento común si una persona estaba dispuesta a indagar en los viejos registros Imperiales.

—Las dos Casas una vez tuvieron lazos fuertes, y Paul se reunió con Bronso cuando la familia Vernius fue a Caladan para la boda del Duque Leto. Más tarde, cuando Paul tenía doce años, viajó a Ix para estudiar con Bronso —al igual que mi Leto fue a estudiar con Rhombur Vernius cuando era joven. El Duque Leto sintió que era importante para la formación de Paul, para convertirlo en el próximo líder de Caladan. Los chicos se convirtieron en los mejores amigos y hermanos de sangre que juraron proteger uno la vida del otro. Hasta que todo cambió.

Con el comentario colgando entre las dos, Jessica se encontró con la mirada inquisitiva de la otra mujer. Entonces Jessica procedió a contar la historia.

PARTE II

10.188 AG

Paul Atreides, doce años, seis meses después del fin de la Guerra de Asesinos entre la Casa Ecaz y la Casa Moritani. Tres años antes de que la Casa Atreides abandonara Caladan para dirigirse hacia Arrakis.

No me arrepiento de ninguno de los retos en mi juventud. Cada una de esas experiencias me convirtió en lo que soy hoy en día. Si quieres acaso comprenderme a mí y a mis motivaciones, entonces mira hacia atrás.

—Conversaciones con Muad'Dib, por la Princesa Irulan

Desembarcando del crucero en Ix, Dama Jessica se encaminó junto con el joven Paul, Duncan, y Gurney hacia una de las muchas lanzaderas en la superficie, desde donde descendieron hacia la ciudad cavernosa de Vernii.

Jessica vio a su hijo observando al inmenso espacio y cerrado, fascinado por el cielo artificial, por los soportes de vida, y por las columnas que se extendían desde el suelo de las cavernas hacia el techo. El área abierta rebosaba de actividad, zumbando con el sonido de la maquinaria que funcionaba sin problemas, y Paul dijo:

—Mi Padre me contó de su tiempo estudiando aquí con la Casa Vernius, pero sus descripciones no le hacen justicia a este lugar.

Gurney luchaba por no mostrar lo impresionado que estaba por la vista.

—Descubrirás que es un tiempo bien empleado, joven Amo. Como en la tradición, de un padre digno, tal astilla.

Duncan se puso rígido, tal vez recordando cuando había llegado a Ix en la batalla para restaurar a Rhombur al trono.

—Su invitación aquí demuestra a todos que la Casa Vernius ha restablecido la normalidad en Ix después que fueran expulsados los invasores tleilaxu.

Jessica tomó a su hijo por el brazo.

—En cuanto a mí, estoy deseando ver a la madre de Bronso nuevamente. Tessia me ha escrito a menudo para decirme lo mucho que echa de menos Caladan.

—Entonces debemos llegar al Gran Palacio —dijo Paul—. Sería grosero mantener a Bronso y a su familia esperando por nosotros. —Apenas podía contener su impaciencia por comenzar su nueva aventura.

Las experiencias del año pasado habían madurado dramáticamente a Paul: su primer viaje fuera del planeta hacia Ecaz, su primera experiencia de combate durante la Guerra de Asesinos en Caladan y Grumman. El Duque Leto le había comentado la temprana transición del niño a la adultez, y Jessica no pudo dejar de estar de acuerdo. Cada vez que lo guiaba a través de ejercicios prana-bindu, empujando los límites de sus capacidades mentales y musculares, había comenzado a verlo como un adulto. Incluso a los doce años, Paul estaba más preparado para los peligros de su vida que muchos nobles del

Landsraad que había conocido. Jessica pensaba que la mirada de Paul parecía más sabia de lo que había sido apenas medio año atrás.

Con los hombres de negocios, los representantes de la CHOAM e industriales que llegaban y salían en un flujo constante de un servicio de transporte, la ciudad de Vernii era un borrón bullicioso de actividad. El pequeño grupo Atreides hizo su camino desde la zona de llegada de la lanzadera hacia la estructura del palacio invertida que brillaba en medio de los edificios industriales. Desde el tranvía que los deslizó llevándolos a lo largo del techo, pudieron ver una vista vertiginosa de columnas de celosía de diamante que sostenían el techo, así como el esqueleto de un inmenso crucero que se estaba construyendo a lo ancho en el suelo de la caverna. La Cofradía Espacial constantemente necesitaba nuevos buques y la construcción continuaba a un ritmo vertiginoso.

Cuando llegaron a la estación del pórtico expansivo del Gran Palacio, Paul vio a un muchacho alto y pelirrojo, a quien conocía desde que tenía once años de edad.

—¡Oye, Bronso! —Desde el techo, arañas de cristal brillaban con prismas innumerables, mientras que los vibradores sónicos ocultos en las paredes reproducían canciones populares ixianas.

Entre la fiesta de llegada, Jessica se alegró de ver a su vieja amiga Tessia, una compañera Bene Gesserit y concubina enviada desde Wallach IX como socia para el exiliado Príncipe Rhombur después del derrocamiento temporal de la Casa Vernius por los tleilaxu.

Rhombur había tomado refugio en Caladan durante años, hasta que recuperó lo suficiente de su pueblo para expulsar a los invasores y volver a Ix a la regla normal.

Como Conde de Ix ahora, Rhombur Vernius era de lejos el más distintivo en el grupo que saludó a Jessica, un hombre remiendo hecho de prótesis y de sistemas cibernéticos, armado por el doctor Suk Wellington Yueh después de una horrible explosión. El propio Dr. Yueh, el médico personal de Rhombur, también acompañaba a la fiesta de bienvenida. Jessica le recordaba de sus años en Caladan, cuando atendía a Rhombur en su recuperación.

El Conde Vernius se movió con una marcha forzada e irregular, como si sus músculos sintéticos ya no estuvieran coordinados.

—¡Bienvenidos! Bienvenidos, amigos Atreides. —Se tambaleó hacia delante, con los ojos— uno real y uno artificial —fijados sobre Paul—. El hijo de mí querido Leto. ¡Y Jessica… Duncan Idaho, Gurney Halleck! ¡Qué contento estoy de verlos a todos de nuevo!

Bronso miró a su padre, y luego bromeó:

—Está también contento porque esto le dio una excusa para saltarse la reunión del Consejo Tecnócrata.

El Conde cibernético se enderezó.

—Uh, esto es mucho más importante. Los amigos y la familia. Prometí al Duque Leto que su hijo se sentiría como en su casa.

Paul hizo una reverencia formal.

—Me presento a la noble familia de Ix. Muchas gracias por recibirme y darme esta oportunidad.

Tessia le tendió la mano para que Paul lo tomara a modo de saludo formal, y luego le dio un rápido abrazo.

—Siempre hay cosas que aprender. Vamos a tener un montón de tiempo juntos… y Jessica, espero más conversaciones renovadas contigo. Ha sido un tiempo muy largo. —Miró a su marido—. Pero el Conde realmente debería estar recibiendo de nuevo a la reunión del Consejo. ¿Qué es lo que Bolig Avati haría sin ti, querido?

Rhombur hizo un gruñido grosero.

—Hace lo que le gusta, sin importarle lo que digo. —Se inclinó hacia delante, hablando con complicidad a Paul y Jessica—. Cuatro veces en los últimos dos años, han tratado de organizar accidentes para deshacerse de mí, pero no he sido capaz de probar cualquier cosa. —Cuando Duncan y Gurney reaccionaron con alarma, el noble cibernético se limitó a sonreír—. Uh, no se preocupes. He prometido al Duque Leto que estarás a salvo aquí.

—Y mi Padre me hizo prometer que mantendré a Bronso seguro —dijo Paul.

El otro chico se sonrojó.

—Pensé que se suponía que tendría que cuidarte yo a ti.

Rhombur asintió sobrio.

—Exactamente. Ambos dieron su palabra a sus padres. Ahora que están obligados a cuidarse el uno al otro, protéjanse y apóyense mutuamente en todas las formas posibles. Ese es el vínculo entre los Vernius y los Atreides. Una promesa entre amigos es más vinculante que cualquier documento legal.

El hombre cibernético trató de tranquilizar a Jessica, Gurney y Duncan.

—No se preocupen —sé quiénes son mis amigos y enemigos. Aún así, mientras los tecnócratas siguen desarticulando mis responsabilidades, me estoy convirtiendo en una mera figura decorativa. Muy pronto, no valdrá la pena para ellos hacer un intento de asesinato.

—¡Entonces debemos hacer frente a lo que están haciendo! —dijo Bronso—. Yo seré conde algún día.

Rhombur giró la cabeza.

—Espera tu tiempo, mi hijo, antes de ensuciarte las manos. Sé paciente, y aprende todo lo que puedas.

A medida que se ponía en medio de la multitud en la estación del pórtico, el ascensor bajó a través del techo de la superficie, y tres mujeres enlutadas emergieron.

Jessica vio a la delegación, y el instinto le advirtió de no llamar la atención. Las Bene Gesserit de aspecto severo, dos de ellas Reverendas Madres, se deslizaron como cuervos engreídos a través de las personas en el vestíbulo de recepción de los tranvías adicionales atracados.

Junto a ella, Tessia también permanecía endurecida, después de reaccionar con alarma clara.

—¿Qué están haciendo aquí?

Al ver a las tres Bene Gesserit, Paul bajó la voz:

—¿Por qué no quieres que las mujeres te vean?

—Preferiría no tener que responder a sus preguntas. Ellas quieren saber por qué estamos aquí.

Paul se quedó perplejo.

—No es ningún secreto, Madre. Viniste a ver a la madre de Bronso. Tú y Tessia eran amigas, y yo estoy aquí para entrenarme fuera del planeta. ¿Por qué habrían de plantear preguntas?

—La Hermandad siempre plantea preguntas, muchacho —dijo Gurney—. Tu madre tiene razón.

Tessia observó las tres Hermanas con cuidado.

—No creo que esto se trate de ti por completo. Aquella alta y de frente arrugada es de la Reverenda Madre Stokiah. La conocí una vez en la Escuela Madre, y no era agradable. Tuve que recitar la Letanía Contra el Miedo todas las noches durante una semana sólo para llegar a dormir. Estén en guardia.

—En ese caso, apuesto a que no llegaron a adquirir nuevas tecnologías para las lavanderías en Wallach Ix —dijo Paul.

Rhombur dio una sonora carcajada.

—¡Infiernos de Vermillion, incluso un niño de doce años de edad, sospecha sobre por qué están aquí!

Yueh frunció el ceño profundamente.

—Preguntas sin respuesta no siempre significan relaciones siniestras. —Se quedó mirando fijamente a una de las Bene Gesserit que llegaban, su rostro cetrino palideciendo y preocupado. Pero no explicó por qué la mujer extraña cautivaba su atención.

Tessia se esforzó por fingir que no se molestaba, pero mantuvo la voz baja.

—Tenemos que ir en el interior del Gran Palacio. Las Hermanas nos dirán lo que quieren muy pronto. Por ahora, tenemos asuntos más importantes. Bronso, enseña a nuestros huéspedes sus habitaciones. Y Jessica… hablaré contigo luego.

Bronso los condujo hasta el edificio principal, dedicando la mayor parte de su atención y emoción a Paul.

—Te quedarás conmigo. Te lo prometo, vamos a alcanzar a las mil maravillas, al igual que lo hicieron nuestros padres.

Una obligación sin honor es vacía.

—Thufir Hawat, Mentat y Maestro de Armas de la Casa Atreides

Mientras Paul se asentaba y conocía mejor a Bronso, Jessica se encontró con la esposa de Rhombur en el apartamento real de la mujer al momento en que la noche artificial comenzaba a caer. Jessica había buscado una visita pacífica y social antes de regresar a Caladan y dejar a su hijo allí para que estudiara. Pero ver a las tres Bene Gesserit había cambiado el tono de su reunión.

Dentro de muy poco, la delegación de la Hermandad revelaría el verdadero propósito de su arribo a Ix. Jessica no podía imaginar por un momento como aquel fuera su llamado social.

Deseaban algo. La Hermandad siempre deseaba algo, y casi siempre tenía que ver con control. Tal vez la confrontarían sobre Paul.

Jessica no era una madre dotada, pero encaraba el deseo de que su hijo estudiara sobre temas alejados profundamente de la política. Y dado el hecho de que él no poseía un tutor dedicado, le compartía los conocimientos de su propio entrenamiento Bene Gesserit. Debido a que la Hermandad nunca había deseado que tuviera a un hijo en primer lugar, estaba segura de que aquellas mujeres desaprobarían sus métodos.

Dejemos que lo desaprueben, decidió. Había estado tomando decisiones independientemente de la Hermandad durante un tiempo ya.

Jessica se sonrió, en un intento de sacudir su humor.

—Estoy contenta de que Paul esté aquí. Necesita amistades, también, ya que no posee compañeros de su propia edad en Caladan. —Leto lo considera muy peligroso.

—Los niños se cuidarán el uno al otro. —Luciendo tensa, Tessia no pareció poder relajarse—. Los tiempos son mucho más estables que cuando Leto y Rhombur eran jóvenes. Sin los tleilaxu, nuestras industrias se han fortalecido, y nuestras exportaciones triplican anualmente. —Su voz se tornó preocupada—. Rhombur ha tenido que nombrar a más y más tenientes. Los negocios subsidiarios corren por los centros de manufacturación, y el Consejo Tecnócrata le ha estado robando lenta y silenciosamente el poder. Me temo que la Casa Vernius se está volviendo obsoleta.

Desde la ventana en la habitación de Tessia, Jessica vio a la enorme caverna, con sus fábricas arremolinadas de luces industriales, y el bullicio de los trabajadores. Un noble no podría supervisar todo aquello sin un grupo de administradores leales, y con las ganancias creciendo y creciendo, nadie querría reducir la velocidad de la producción.

—A pesar de los problemas políticos en Ix, tengo demasiados en mi vida ahora, con una familia, un lugar… y amor, a pesar de que ninguna Bene Gesserit pueda reconocerlo, o incluso entenderlo.

Amor, pensó Jessica. Había ciertas cosas que la Hermandad simplemente no comprendía.

—Sin embargo, ellas siempre tendrán un dominio sobre nosotras, incluso después que nos acerquemos a nuestros últimos suspiros y caigamos en las Otras Memorias.

Sin hacer ruido, el trío de mujeres apareció como una bandada de sombras en la puerta. Tessia encontró la mirada de la Reverenda Madre Stokiah, fingiendo indiferencia, y se recostó en su silla.

—Dinos por qué están aquí. —Las mujeres no se presentaron a sí mismas.

Aún de pie, Stokiah habló sólo para Tessia, sin dignarse a notar a Jessica.

—La Hermandad tiene nuevas órdenes para ti.

Tessia no la invitó a sentarse.

—Ya no estoy segura de que las órdenes de la Hermandad estén entre mis mejores intereses.

Las otras dos visitantes se endurecieron visiblemente, mientras la vieja Stokiah fruncía el ceño.

—Eso no es, y nunca ha sido, de nuestra preocupación. Las órdenes son órdenes.

Jessica se acercó a su amiga.

—Tal vez deberías explicar lo que quieren de ella.

Corrientes de ácido fluyeron a través de la voz de la Madre Superiora.

—Sabemos quién eres, Jessica —y no eres el ejemplo brillante de seguir las instrucciones de la Hermandad—. Sin molestarse en mirar a la reacción de Jessica, Stokiah se volvió hacia Tessia. —Después de la inspección de las líneas de sangre en nuestro índice de reproducción, requerimos diversas permutaciones de tus genes. Se te ha pedido que regreses a Wallach IX para que puedas tener ciertos niños.

Jessica observó lo bien que Stokiah mantuvo su calma. Por el contrario, Tessia enrojeció.

—Mi útero no es una herramienta que ustedes pueden pedir prestada cuando lo deseen. Amo a Rhombur. Él es mi marido, y no seré una yegua de cría para ustedes.

Otra de las Reverendas Madres de la comitiva, la más pequeña de las tres, trató de sonar conciliadora.

—No será más que un extraordinario compromiso de tres hijas, con diferentes padres. —Sonaba tan razonable, como si le estuviera pidiendo a Tessia que hiciera nada más que cambiarse una prenda—. Rhombur sabía que eras una Bene Gesserit cuando te escogió como concubina. Él lo entenderá, y hemos pedido tan poco de ti en tu vida.

Jessica sintió que tenía que salir en defensa de su amiga. Citó el lema Bene Gesserit con sarcasmo evidente.

—«Vivimos para servir».

Tessia se puso en pie.

—Tengo otras obligaciones ahora. También soy esposa y madre, y no voy a darle la espalda a todo eso. Si ustedes no pueden entender por qué, entonces están mal informadas sobre la naturaleza humana. No aceptaré ningún otro amante excepto Rhombur. Esto no es un tema de negociación.

Para una mujer que debería haber estado en perfecto dominio de sus emociones, Stokiah permitió que un atisbo de su ira se asomara. Las otras dos Hermanas parecían más confundidas que molestas por la respuesta de Tessia, volviéndose tan pálidas como la piedra caliza.

—Hermana Tessia. —Stokiah enfatizó el título—, parece que ambas han olvidado muchas cosas. Han desafiado a la Bene Gesserit a su propio riesgo.

—Sin embargo, me niego. Ahí tiene su respuesta. Ahora déjennos, por favor.

Sorprendiendo a todos, Rhombur apareció en la puerta, su cuerpo aumentado potentemente preparado para su uso, como un arma cargada.

—Infiernos de Vermillion, están molestando a mi esposa, por lo que ya no son bienvenidas en Ix. Si el siguiente crucero no tiene camarotes disponibles, estoy seguro de que podremos encontrar un contenedor de carga para dar cabida a las tres.

Stokiah se deslizó en una posición de combate, y las otras dos mujeres se quedaron enrolladas a su lado. Entonces, inesperadamente, hizo una reverencia a medias.

—Como usted desee. Nosotras no tenemos nada más que discutir aquí.

—No, no lo tienen.

Saliendo como sombras que huyen de la luz, Stokiah y sus dos compañeras se alejaron. Jessica se sintió enojada e inquieta.

—Siento que hayas tenido que soportar eso.

—La Hermandad nos enseñó a ser fuertes, y nada más. —Tessia se apretó contra su marido y le dijo con voz ronca—: Te quiero tanto, Rhombur.

Él la envolvió en sus poderosos brazos cibernéticos.

—Oh, nunca he tenido ninguna duda de ello.

Como practicante Suk, el Dr. Wellington Yueh había aprendido a controlar sus sentimientos, era frío y lógico, sincero, pero no vulnerable. Su personalidad era un complemento perfecto para su esposa Bene Gesserit Wanna, que era igualmente hábil para compartimentar sus pensamientos y sentimientos, al menos como lo hacía en público.

Sin embargo, al ver a las tres Hermanas llegando en el Gran Palacio y reconociendo a una de ellas como Wanna, la primera vez que la veía después de una larga separación, su corazón dio un vuelco abismal. Las barreras casi se desvanecieron. Casi. Durante su servicio diligente como médico privado de Rhombur, a menudo trataba de olvidar lo mucho que la echaba de menos, convenciéndose de que su relación era tan sólida como una piedra, no importara cuánto tiempo se separaran.

Y ahora había llegado a Ix. Su presencia con las Bene Gesserit, aquí y ahora, no podía ser una coincidencia. Pero no reveló aquello al Conde Rhombur, no hasta que aprendiera más acerca de por qué estaba allí. Tenía ganas de pensar que ella había ido a verlo… pero no se atrevía a creerlo.

Cuando Wanna apareció en la puerta de sus aposentos privados en la tarde, Yueh simplemente miró su estrecho, pero hermoso rostro, sintiéndose como un tonto por completo indefenso. A pesar de que estuviera allí, parecía intocable en su fachada Bene Gesserit, pero pudo ver un destello detrás de sus ojos castaños, una chispa que sabía representaba llamas mucho más brillantes.

—Estoy muy contenta de verte, Wellington.

Su respuesta se tomó un momento para salir de su garganta, pero no cargó el peso de las emociones que sentía realmente.

—Te he echado de menos.

Wanna sonrió, y la pared incómoda entre ellos pareció desmoronarse. Ella se acercó más, su presencia irradiaba tensión y sentimientos atrapados.

—Ha pasado demasiado tiempo, mi querido esposo. Cuando mis Hermanas anunciaron el viaje a Ix, presenté una petición ante la Madre Superiora. ¡No te puedo decir lo mucho que quería verte!

Cuando se abrazaron por fin, después de tantos años, pensó que sentirse cálido y cómodo en sus brazos. Tantos años, tanta distancia entre ellos… pero tanto aún atándolos juntos. Él no tenía que ocultar sus sentimientos allí. Nadie podía verlos.

Cuando se habían casado en Richese, él era un médico muy respetado, pero nada especial, y Wanna había sido la opción apropiada para él. En poco tiempo, se había sido sorprendido por la profundidad de sus sentimientos hacia ella, y ella parecía compartir ese amor, aunque no podía estar del todo seguro… nadie podía estar seguro con una de las brujas.

Yueh se consideraba a sí mismo un hombre solitario, no un tipo romántico, sin embargo, el amor que descubrió dentro de sí mismo no tenía una respuesta analítica. Porque ellos compartían sus pensamientos y corazones, y se había convencido de que él y Wanna no necesitaban estar juntos día a día. Cuando ella lo había abandonado hacía años para estudiar en la Escuela Madre, fue una triste despedida, pero se necesitaban sus talentos en Wallach IX.

—¿Cómo están progresando tus meditaciones? ¿Tus estudios? —No sabía qué más decir. Recordó los momentos que habían compartido en un lago Richesiano arbolado, susurrando promesas en la oscuridad, riendo compartidamente con chistes privados. Se preguntó qué habían hecho las Hermanas para cambiarla en los años intermedios.

Remilga, Wanna se acercó a un cómodo lugar bien iluminado cerca de la pared exterior, cruzando las manos ante ella.

—La mente humana es compleja, Wellington. El entendimiento necesitaba de mucho tiempo. —Tenía el pelo corto castaño, la boca pequeña y labios finos que se abrieron en una sonrisa rara, pero radiante—. Me gustaría preguntarte sobre Rhombur y Tessia Vernius. Dado que eres el médico personal del Conde, sabes las respuestas.

Yueh se frotó los dedos a lo largo de su bigote caído, frunciendo los labios oscuros en un gesto débil.

—¿Es tu propia curiosidad, o algo que la Hermandad te pide? ¿Por eso las Hermanas llegaron aquí?

—Oh, Wellington, mi propia curiosidad beneficia a mis Hermanas.

Trató de no parecer derrotado.

—¿Qué es lo que necesitas saber? —En su interior, ya podía sentir a la pared reconstruyéndose.

—¿Las mejoras en el cibernético Conde Rhombur funcionan correctamente? ¿Su vida es relativamente normal ahora?

—Tan normal como podría serlo. Teniendo en cuenta la cantidad de material celular que sobrevivió con el que tenía que trabajar después del accidente, los componentes de Rhombur funcionan muy bien.

Ella continuó, como si hubiera aprendido de memoria una lista de preguntas.

—¿Y qué hay de Dama Tessia? Bronso nació hace casi una docena de años, mucho después del accidente de Rhombur. ¿Pueden tener más hijos?

—Tessia no tiene ningún deseo, y Rhombur no es capaz.

—Ella todavía es fértil, ¿pero Rhombur es estéril?

Yueh la oyó hablar, las palabras escapando en una carrera de su boca. Tenía ganas de recuperar su conexión íntima con ella.

—Bronso no es hijo biológico de Rhombur. Genéticamente, el padre es su medio hermano, Tyros Reffa: el hijo bastardo del viejo Emperador Elrood IX y Dama Shando Balut. Rhombur y Reffa tenían la misma madre. —Incapaz de mantener la alarma de su voz, Yueh se apresuró a añadir—: El niño no lo sabe. Hemos mantenido el asunto oculto. Conoces el prejuicio contra todos los medios artificiales de concepción.

¿Por qué me revelo ante ella? Su expresión se endureció.

—Es muy parecido a los prejuicios contra la reparación de partes del cuerpo dañadas con mis componentes cibernéticos. Las reparaciones que he realizado han demostrado el potencial de mi trabajo. —Sintió un dolor crecer dentro de él otra vez—. Deberías haber sido capaz de concebir un hijo.

Wanna sonó como una extraña ahora cuando le dijo:

—Hay cosas que no han de ser, Wellington. Debemos estar satisfechos con lo que tenemos.

Siempre había querido una familia, pero al principio de su matrimonio Wanna había sufrido un grave accidente que había dañado sus órganos reproductivos. Mientras sanaba, Yueh había tenido éxito sustituyendo su tejido lesionado y los órganos de forma que fuera capaz de tener hijos… en teoría. Pero nunca había sucedido…

Ahora, las preguntas repentinas aparecieron en su mente. Él no estaba seguro de querer saber las respuestas, pero habló antes de que pudiera detenerse:

—Dime la verdad. ¿Las Hermanas te instruyeron no concebir?

Wanna conservó su actitud calmada por un momento más, antes de que se derrumbara.

A pesar de sus años de diferencia, la conocía lo suficiente como para leer los cambios sutiles, los destellos de su expresión.

—Oh, concebí, Wellington. He entregado cuatro hijos —descendientes que las Bene Gesserit me exigieron, líneas de sangre importantes, combinaciones genéticas necesarias—. Su cuerpo se estremeció, y él la abrazó con rigidez, con miedo de moverse, sorprendido por sus revelaciones. Ni siquiera pudo expresar su incredulidad… pero sabía con una sensación de vacío que ella estaba diciendo la verdad.

—Mis piezas de repuesto funcionaron perfectamente… pero tu linaje, mi amor, no encajaba en los planes de la Hermandad. —Lo miró con ojos angustiados—. Lo siento mucho. No pude…

Sabía que ella deseaba pretender que entendiera y aceptara la realidad de estar casado con una Bene Gesserit. Pero él se quedó inmóvil, luchando con el impacto.

—¿Has tenido cuatro hijos…?

—Se los llevaron lejos de mí tan pronto como nacieron. Nunca dejó de pensar en ti, pero tenía que bloquear mis sentimientos, protegerme. Así es como las Bene Gesserit me entrenaron para manejar las emociones, y ahora… no sé si aún recuerde lo que una vez sentí por ti. —Dejándolo sin palabras, con rigidez tratando de recuperar la compostura, Wanna trató de apartarse—. Tengo que irme.

Sacudido y nervioso, él la agarró con fuerza.

—¿Tan pronto?

Wanna lo miró, y su expresión se fundió de nuevo.

—No, todavía no. Puedo quedarme contigo esta noche.

Desde luego que tomamos riesgos substanciales. Así es como vivimos. Y también, así es como morimos.

—Conde Dominic Vernius de Ix

De su madre, Paul había aprendido cómo concentrarse en su cuerpo, desde el más pequeño músculo a todo su ser, alerta ante cada nervio, apartando las más pequeñas sensaciones. Podía meditar y concentrar su atención en un problema por el tiempo que tomara resolverlo.

Bronso Vernius, por otro lado, no era capaz de permanecer tieso por más de unos pocos minutos. Sus intereses surgían repetidamente. Nunca lo había hecho bien en atmósferas controladas y estudiadas con librofilms o instructores; en cambio, el pequeño de once años prefería aprender haciéndole preguntas a su padre en el Gran Palacio.

De aquella manera había aprendido de envenenamientos y asesinatos y manufacturación de especia sintética, del derrocamiento de los tleilaxu en Ix y del Príncipe Rhombur buscando santuario en Caladan… de las horribles heridas de su padre y de cómo el Dr. Yueh le había puesto partes cibernéticas.

Paul había conocido al airado joven Bronso cuando la comitiva de los Vernius había llegado a atender a la desastrosa boda del Duque Leto con Ilesa Ecaz. El otro muchacho era intenso e interesante, y tal vez un poco extraño. Mientras que Paul había arribado a Ix a estudiar, y también a experimentar una nueva cultura, su compañía tenía una agenda completamente diferente.

—¿Preparado para estar asustado, Paul? ¿Realmente asustado?

—¿Cómo? —Sabía que Gurney y Duncan habrían intentado detenerlo si se exponía ante cualquier peligro. Y recién había llegado.

Bronso se levantó de su mesa de estudios dentro de su habitación, dejando a un lado librofilms que enlistaban sumarios y estáticas de los numerosos planetas del Imperio.

—Escalando las construcciones de afuera. ¿Estás listo?

—He escalado arrecifes en las costas de Caladan. —Paul se detuvo—. ¿Usas acaso cables y equipos de seguridad, o debemos arreglárnoslas con nuestras propias manos?

El otro niño se rió.

—¡Me gustas, Paul Atreides! ¡Arrecifes! Estarás llorando como un infante cuando termine contigo. —Del propio equipo de su armario personal, retiró un conjunto de almohadillas de tracción y un arnés de suspensión, que arrojó hacia Paul—. Aquí, toma la

mía. Ya están en posición. —Buscó hasta encontrar un nuevo par para él y lo sacó del envase.

Paul siguió a su amigo a través de corredores y pasajes hacia un balcón abierto tan alto en el techo de la caverna que las corrientes de aire silbaron a su alrededor. Con un dedo extendido, Bronso trazó su ruta hacia una viga de soporte, y a continuación, hacia un paso adyacente, y luego a un techo colgante.

—Observa la línea que podemos tomar, desde allí, hacia allá, y si tienes la resistencia para ello, rodearemos el Gran Palacio.

Mientras el otro chico se ponía su equipo, Paul estudió las almohadillas de tracción que Bronso utilizaba con frecuencia. Algunas de las costuras parecían haber sido cortadas recientemente, como si se debieran al roce delicado de una hoja vibratoria. Aunque no estaba familiarizado con el equipo, su instinto le dijo que mirara más de cerca.

—Algo no está bien aquí. —Tiró de una costura, y fácilmente se rompió—. ¡Mira, esto habría fracasado en cuanto bajara a una roca!

Bronso frunció el ceño hacia la almohadilla.

—Subo con ese equipo casi todos los días. Siempre ha sido fiable antes. —Observó detenidamente—. Ha sido manipulado.

—¿Alguien está tratando de matarte? —Aunque la pregunta parecía melodramática, Paul se había visto atrapado en otras peleas mortales y rivalidades.

Bronso rió un poco demasiado fuerte.

—El Consejo Tecnócrata estaría muy feliz si el único heredero Vernius sufriera un «accidente». Han tratado de organizar algo desagradable contra mi padre, pero nunca me habían apuntado antes.

—Tenemos que informar de esto. —Paul recordó el cuidadoso entrenamiento que había sufrido de Thufir Hawat, Gurney Halleck, y Duncan Idaho. Fisgones envenenadores, escudos corporales, los guardias… era una forma de vida de las familias nobles en el Landsraad.

—Voy a mostrar esto a mi padre, pero Bolig Avati es demasiado inteligente como para dejar cualquier prueba. Sin embargo, esta es una escalada que no va a hacer felices a mis padres.

Paul dijo con gran confianza:

—Thufir Hawat me dijo una vez que cuando uno es consciente de la amenaza, ya has hecho la mitad del trabajo para derrotarla.

Un ser humano puede convertirse en un arma terrible. Pero todas las armas pueden ser devueltas.

—Manual de las Acólitas de la Bene Gesserit.

Generalmente, Tessia pasaba las horas más oscuras y silenciosas de la noche sola en su recámara privada, pues Rhombur necesitaba descansar un poco, y el inquieto líder cibernético pasaba sus noches caminando a través de los túneles de Vernii, y a través de las pasarelas transparentes que conectaban las estructuras de estalactitas.

Despertó de un sueño agitado a una oscura y profunda aprensión, y a una sensación de que algo andaba mal. Mientras parpadeaba, Tessia se sorprendió al darse cuenta de que alguien estaba cerca de ella, ¡un intruso! Sus pupilas adaptadas a la oscuridad se abrieron cuando abrió la boca, tomando aire para gritar.

Una orden, con la precisión perfecta de la *Voz*, se lanzó en picada a través de su conciencia como una hoja de hacha. Una voz femenina:

—¡Silencio!

La laringe de Tessia se cerró, sus cuerdas vocales permanecieron inmóviles. Incluso sus pulmones se negaron a exhalar. Como Bene Gesserit, le habían enseñado maneras de resistir la *Voz*, pero aquel golpe había sido dictado por un poderoso experto, alguien que había estudiado a Tessia anteriormente, que la había medido, y conocía sus puntos débiles precisos.

Cuando sus ojos se acostumbraron, percibió la forma latente de la Reverenda Madre Stokiah. Tessia se sintió como un espécimen de insecto clavado en un tablero de montaje con una aguja larga. Quería gritar, pero sus músculos voluntarios se habían cerrado.

Stokiah se inclinó más cerca, su aliento suave como un susurro.

—Has sido engañada si crees que tienes la libertad de elección. De pie.

El cuerpo de Tessia giró sobre su eje en la cama, como una marioneta. Sus piernas se enderezaron, y sus rodillas se flexionaron mientras se levantaba ante de la Reverenda Madre.

—Las reglas de la Hermandad derogan los deseos de la persona. Siempre has aceptado eso. Es necesario que recuerdes tu importante, aunque minúsculo, lugar en nuestro mundo… el mundo de las Bene Gesserit.

Tessia logró contestar, sorprendiéndose a sí misma con su propia fuerza.

—Me rehúso.

—No puedes rechazarlo. Ya dejé eso en claro. —Las arrugas en el rostro de Stokiah eran un mapa de fisuras negras en la penumbra—. Siempre has tenido un propósito al cual servir, pero ahora tengo otro uso para ti. La Hermandad no puede permitirse un desafío abierto y sin consecuencias. Por lo tanto, cada una debe ver su culpa, y debe sentirla. Debes saberlo. —Sus labios formaron una sonrisa como de papel—. La Hermandad ha desarrollado una nueva arma, una técnica que combina la formación psicológica y Juglar. Soy uno de las primeras y más poderosas, Hacedoras de culpa Bene Gesserit, y obedecerás.

Hacedoras de culpa… mujeres capaces de manipular los pensamientos y emociones para magnificar las propias dudas y remordimientos de una persona y reflexionar de nuevo como un disparo láser rebotando en un espejo. Tessia había pensado en ellas como tan sólo un mero rumor espantoso filtrado por los supervisores a fin de doblegar a las acólitas revoltosas.

—Debes sentirte muy culpable por lo que has hecho. —La voz de Stokiah era resbaladiza y venenosa, para nada compasiva—. Muy apenada, y terriblemente culpable.

Tessia sintió las ondas psíquicas. El corazón le martilleaba, y su conciencia se convirtió en un peso palpable. Casi no podía respirar.

—¿Cómo pudiste traicionar a la Hermandad, después de todo lo que hemos hecho por ti? ¿Todo lo que te hemos enseñado? —El tono insidioso de Stokiah abrió las compuertas de recuerdos y remordimientos en la mente de Tessia—. Te dimos una misión, y ahora nos has defraudado. —Cada palabra rayaba a través de sus nervios como un clavo de acero afilado—. Nos diste la espalda. Nos has fallado. Lo peor de todo, sucumbiste al amor.

Tessia quería encogerse, desesperada por evitar cada acusación, pero no podía moverse. El peso vibraba a su alrededor, haciéndole palpitar la cabeza, embotando sus pensamientos.

—Has traicionado a tu hijo, también. ¿Sabe Bronso que Rhombur no es su verdadero padre? Te dejaste impregnar con el esperma de otro hombre, por amor, ¿y sin embargo te niegas a hacerlo por nosotras?

Aunque la voz de Stokiah no cambió, el volumen de las palabras en la cabeza de Tessia creció más y más fuerte. Cada frase se convirtió en un grito. Cerró los ojos, se estremeció, tratando de retirarse a un rincón. Stokiah ejercía su poder como un Maestro Juglar que pudiera manipular a cada miembro de la audiencia, parando corazones con terror o escurriendo lágrima en los ojos.

La pequeña esquina racional que quedaba en la mente de Tessia insistió en que las palabras eran una exageración, que no tenían ningún mérito. Se aferró a su confianza, a su amor por Rhombur, por Bronso. Y fracasó miserablemente.

La gruesa opresión envolvió alrededor a Tessia, estrangulándola como un fantasma negro mientras caía al suelo. No pudo oír nada más, pero las palabras recordadas seguían haciendo eco en su mente. No podía mover su cuerpo, no podía correr, no podía gritar. Trató de retirarse, de encontrar una zona de refugio dentro de su cabeza, convencida de que no podía sobrevivir a más de esto.

Pero continuó… y continuó.

Un destello de respiro la sorprendió entonces, y pudo ver de nuevo. Stokiah estaba en la puerta, lista para partir.

—Nunca olvides que perteneces a la Hermandad —el corazón, la mente, el alma y la carne. Existes para servir. Contémplalo en tu infierno personal—. Con un gesto desdeñoso y moviéndose velozmente, Stokiah hizo que las cortinas de culpa retrocedieran alrededor de Tessia.

Con gritos mentales, cayó más y más en sí misma, escondida dentro de un único punto negro de la conciencia. Pero incluso allí, Tessia no estaba segura. Ni siquiera cerca.

Cuando regresó a sus cuarteles, Rhombur encontró a su mujer tendida en el suelo, consciente, pero sin responder. Los ojos de Tessia estaban vidriosos y ciegos; su piel se estremecía y temblaba como si sus nervios estuvieran disparando patrones al azar. La sacudió, la llamó por su nombre, pero no obtuvo respuesta.

Ella se había doblado en sí misma como una mariposa al morir. Depositándola sobre la cama, Rhombur pidió ayuda médica de emergencia. Ordenó el cierre inmediato del Gran Palacio y envió equipos para buscar asesinos, por temor a que la hubieran envenenado.

El Dr. Yueh se apresuró, utilizando su botiquín médico para comprobar su pulso y actividad cerebral. Corrió muestras de sangre a través de un escáner para detectar drogas o toxinas.

—No veo ninguna causa obvia para esto, mi Señor. No hay lesión en la cabeza, ni marcas indicadoras de una aguja o cualquier otro sistema de entrega de envenenamiento conocido.

Rhombur parecía un motor recalentado a punto de explotar.

—¡Infiernos de Vermillion, algo causó esto!

Mientras las alarmas seguían sonando, los guardias de Vernius se apresuraron a las cámaras reales. Gurney Halleck llegó con Duncan Idaho, seguido rápidamente por una muy preocupada Jessica. Bronso entró corriendo en la habitación con Paul Atreides su lado, los dos muchachos llenos de preocupación y confusión al ver a Tessia, sus mandíbulas apretadas juntas, parpadeando espasmódicamente y temblando.

Asustado y enojado, Bronso saltó a sus conclusiones.

—Los tecnócratas no me pudieron matar, ¿y entonces atacaron a mi madre?

Rhombur había visto cómo había sido saboteado el equipo de escalada, presumiblemente por agentes al servicio del Consejo Tecnócrata.

—¿Esto es otro intento de atacarme a través de mi esposa?

Yueh levantó la vista de su instrumento de diagnóstico portátil, miró a las lecturas de la muestra de sangre, negó con la cabeza, y repitió:

—No se detectan venenos.

—¿Qué otra cosa podría haberla puesto en un estado como este? —preguntó Duncan.

Paul habló:

—¿Algún tipo de aturdidor, o codificador neuronal? ¿Tiene Ix alguna nueva arma que pueda ser responsable de esto?

Rhombur sintió como si sus sistemas artificiales estuvieran a punto de colapsar.

—No puedo conocer cada proyecto que mis científicos emprenden. Sólo veo los resultados cuando un producto está listo para su comercialización. Es posible… lo reconozco. —Aumentó el volumen de su voz hasta que los amplificadores se sacudieron—. ¡Convoquen a Bolig Avati! Dile que su Conde exige su presencia —y no es una petición.

Rhombur se volvió hacia Jessica.

—Y ¿qué pasa con esas tres Bene Gesserit? Estaban aquí para exigirle a Tessia convertirse en una amante de cría. ¿Podrían haber hecho esto? ¿Tienen esos poderes?

Jessica se detuvo el tiempo suficiente para estar segura de su respuesta.

—Nunca he oído hablar de tales habilidades.

En busca de respuestas, llamó a las tres Bene Gesserit, y las mujeres lo acompañaron tan rápidamente que casi tropezaron en los dobladillos de sus túnicas.

No parecían excesivamente molestas mientras observaban a Tessia, que yacía acurrucada, temblando, perdida en algún laberinto interno de dolor.

Rhombur preguntó:

—¿Y bien? ¿Son responsables de esto?

Stokiah levantó la barbilla con altivez.

—Hemos visto esto antes —es peculiar en los miembros de nuestra orden, muy raro. Las presiones contradictorias de sus demandas sobre Tessia y sus obligaciones para con la orden Bene Gesserit fueron demasiadas. Pero tenemos formas de tratarla en Wallach IX.

La más joven del trío Bene Gesserit le habló a Yueh.

—Su medicamento puede tratar enfermedades o venenos, Wellington, pero esto… esto parece ser una condición de la mente. Sí, soy consciente de colapsos similares entre la Bene Gesserit. Los propios lazos mentales son un nudo gordiano, y se requiere de una espada hábil para cortar los hilos trenzados sin destruir la mente. —Se volvió hacia el líder cibernético—. Conde Vernius, como la Reverenda Madre Stokiah sugiere, podemos tratarla en Wallach IX. Sólo la Hermandad tiene maneras de solucionar esto.

—¡No me apartaré de su lado! Si ella será tratada allí, entonces, voy con ella.

—Usted no es bienvenido en Wallach IX, Rhombur Vernius —dijo Stokiah—. Deje a Tessia a nuestro cuidado. No se sabe cuánto tiempo podría requerir de nuestro tratamiento, y no hay garantías de éxito. Pero no se puede curarla aquí. Si ama a esta mujer, como dice, entonces denos la oportunidad de trabajar en ella.

El doctor Suk se acercó precavidamente.

—Seguiré ejecutando pruebas, mi Señor, pero dudo que mi diagnóstico vaya a cambiar. Si hay una oportunidad, y el tiempo es esencial…

—No te preocupes, Rhombur. Puedo ir a verla mientras el tratamiento avanza —se ofreció Jessica—. La Hermandad se encarga de sí misma.

Bronso se arrodilló junto Tessia, su pelo rojizo despeinado por el sudor.

—¡Madre, vuelve a nosotros! No quiero que te lleven. —Pero ella no respondió.

Rhombur se dio cuenta de que ya había perdido. Se sentía a la deriva, un hombre flotando en el espacio con ningún suplemento vital y sin tanque de oxígeno.

—Sigue intentándolo, Yueh. Le daré dos días más. Si no puedes hacer nada para salvarla entonces —entonces voy a tener que confiar en las brujas.

Todos mienten, todos los días de sus vidas. El efecto de tales falsedades es una cuestión de grado, de propósito, y de beneficio. Las falsedades son más numerosas que los organismos en todos los mares de la galaxia. Entonces, ¿por qué nosotros los tleilaxu somos percibidos como engañosos e indignos de confianza, mientras que otros no lo son?

—Rakkeel Ibaman, el más viejo Maestro Tleilaxu vivo.

Bronso vio impotente como su padre permitía que las brujas se llevaran a Tessia lejos a su mundo distante. Después de que dos dolorosos y aparentemente interminables días hubieran pasado, no hubo mejor opción. A pesar de haber intentado todos los tratamientos esotéricos Suk, el Dr. Yueh había sido incapaz de penetrar en su estado sin sentido. Tessia estaba claramente sumida en el dolor, en el terror, en la miseria, y no despertaba.

Y las Bene Gesserit afirmaban que podían ayudarla.

Bronso sabía a quiénes culpar. Los tecnócratas habían hecho algo a su mente, estaba seguro de ello. En los últimos años, los bastardos burocráticos habían intentado en varias ocasiones y sin éxito deshacerse del padre de Bronso. Habían saboteado el propio equipo de escalada de Bronso hacía sólo unos días, con la esperanza de matarlo. Ahora los enemigos de la Casa Vernius habían encontrado una manera de que su madre fuera vulnerable y derribada…

El interrogatorio a un indignado Bolig Avati no reveló nada útil, aunque el líder tecnócrata admitió que si Ix iba estría «sin el estorbo de nobles tradiciones arcaicas,» el negocio procedería con mayor suavidad. Pero no había ninguna prueba que lo relacionara con alguno de los sabotajes o los intentos de asesinato.

Mientras Yueh trataba en vano de reanimar a Tessia, un Rhombur angustiado dio plena autoridad investigadora a Duncan Idaho y Gurney Halleck. Junto con los leales guardias de la Casa Vernius, buscaron en las instalaciones de investigación de Ix, estudiaron el aparato de registros de pruebas y los prototipos desarrollados por equipos de investigación ixianos, rompieron puertas a áreas de alta seguridad y encontraron un investigador muerto.

Un hombre llamado Talba Hur, un genio solitario con una personalidad abrasiva, yacía en su laboratorio bloqueado con el cuello fracturado y el cráneo crudamente golpeado, muerto entre las cenizas de sus trabajos de investigación y diagramas. Según los únicos registros conocidos de su obra, Talba Hur había estado desarrollando un medio tecnológico para borrar o alterar la mente humana. Tal dispositivo podría explicar lo que le había sucedido a Tessia.

Rhombur no tenía ninguna prueba, ningún sospechoso directo… y no había dudas. Pero incluso aquello no ayudó a curar a su esposa. El daño ya estaba hecho, y Yueh no pudo hacer nada para ayudarla.

Sólo las Bene Gesserit ofrecían una esperanza débil, aunque no parecían ser compasivas. Angustiado, Bronso vio como las tres Hermanas con túnicas oscuras se llevaban a su madre lejos como si fuera una especie de paquete que debía ser entregado.

Odiaba su actitud. El joven ya se había despedido de ella, luchando por contener las lágrimas. Las Bene Gesserit simplemente pasaron a su lado, llevándosela lejos. Bronso creyó ver una mirada de complicidad en sus ojos, presumiendo que significaba que tendrían un tratamiento particular en mente.

Pero se preguntó si realmente podía confiar en ellas.

Bolig Avati se puso en medio de la muchedumbre, con una expresión de dolor estudiada.

—Mi Señor Vernius, tal vez sería mejor si se retirara de la vida pública por un tiempo. —Avati sonaba realmente sincero—. Descanse y pase tiempo con su hijo.

Bronso quiso golpear al líder del Consejo Tecnócrata. ¿Cómo podía el hombre aprovecharse de aquella oportunidad para hacer que el Conde Vernius aflojara aún más su dominio?

Rhombur permaneció con la mirada perdida, devastada, sin palabras, sin saber qué más hacer, sin poder concebir ninguna alternativa. Sin molestarse en contestarle a Avati, el padre de Bronso miró con incredulidad como las puertas de la nave se sellaban y el buque se retiraba, elevándose de la zona de lanzamiento.

Jessica y Paul observaban juntos, manteniendo su distancia, pero dispuestos a mostrar su apoyo si Rhombur los necesitaba. A la luz de la agitación y la tragedia, Jessica había sugerido que sería mejor si Paul regresaba a Caladan, dejando a Bronso a solas con su padre y su dolor compartido.

Nadie podía hacer nada para ayudar. Todas las ideas preconcebidas y suposiciones de Bronso se desmoronaban. A lo largo de su vida, había esperado que su padre resolviera todos los problemas, que fuera un líder decisivo. En aquel momento, debería haber obligado a los tecnócratas que confesaran, o que por lo menos extrajera promesas de las brujas sobre el tratamiento que proponían. ¿Cuándo iban a poder visitar a Tessia? ¿Cuándo iban a saber algo sobre el tratamiento? ¿Cómo cuidarían de ella las Hermanas?

Pero Rhombur permaneció paralizado e ineficaz y Bronso hervía en su fracaso. Y ahora su madre se había ido, sin garantías de que alguna vez volvería a verla de nuevo. El joven pasó el resto del día en la miseria y la ira, encerrado en sus aposentos, negándose incluso a ver a Paul.

Cuando Bronso no pudo soportarlo más, se dirigió a la oficina privada de su padre para encontrar al hombre sentado en una silla reforzada. Con el rostro lleno de cicatrices, Rhombur no mostraba fácilmente una amplia gama de emociones, pero se limpió una lágrima de su ojo natural.

—¡Bronso!

Cuando vio a su padre en tal desesperación, la mayor parte de su ira y frustración se disipó. Simplemente mirando el tapiz de cicatrices y los miembros artificiales, la fusión extrañamente coincidente de la piel de polímero con toda la carne humana, le recordó a Bronso la cantidad de dolor físico y mental que su padre ya había sufrido.

Bronso flaqueó, pero aún tenía algo que decir, y sus frustraciones superaban toda compasión. Durante el año pasado, se había dado cuenta de la disminución del respeto que los miembros influyentes de la sociedad ixiana manifestaban hacia su padre.

En un momento, de acuerdo a las historias gloriosas, el príncipe Rhombur había mostrado una audacia asombrosa y gran persistencia, huyendo al exilio sin dejar de luchar contra los invasores tleilaxu. ¿O eran meros cuentos? Ahora Bronso sólo sentía desprecio. Rhombur ya no era un héroe a sus ojos.

Arremetió:

—La gente te camina por encima, ¿no? Lo he visto con mis propios ojos.

La voz sintética de Rhombur emitió un sonido inusual, un zumbido en la garganta. Parecía demasiado cansado para moverse.

—Las Hermanas dijeron que podían ayudar. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Dijeron que lo que querías escuchar —¡y tú les creíste!

—Bronso, no comprendes.

—Comprendo que eres débil e ineficaz. ¿Habrá quedado algo cuando llegue el momento que sea Conde? ¿O los tecnócratas nos asesinarán a los dos primero? ¿Por qué no arrestarlos? Sabes que Avati es culpable, pero simplemente lo dejaste salir caminando.

Rhombur se levantó a medias de su asiento, frunciendo el ceño con enojo.

—Estás molesto, pero no tienes ni idea de lo que estás diciendo. —Intimidado, cerró las manos, amasándolas, haciendo que la deformación del material artificial fuera evidente. Vaciló, como si tuviera miedo de seguir hablando, y finalmente dijo—: Uh, hay algo más que he tenido la intención de decirte, pero tu madre y yo nunca encontramos el momento adecuado. Lamento habértelo escondido. Ahora eres todo lo que tengo hasta que tu madre se ponga mejor.

Con un gran sentimiento de aprensión, Bronso arremetió en un torpe intento de proteger sus propios sentimientos.

—¿Qué? ¿Qué otra cosa no sé?

Rhombur se hundió aún más en su silla reforzada.

—Después de que mi cuerpo fuera casi destruido, nunca más podría engendrar hijos, nunca más podría esperar un heredero de la Casa Vernius. Tessia podría haber regresado a la Hermandad y convertirse en una concubina para algún otro noble. —Su voz se entrecortó—. Pero se quedó conmigo e insistió en el matrimonio, incluso cuando no tenía nada que ofrecerle. Nos las arreglamos para derrocar a los tleilaxu y recuperar el control de Ix, pero todavía se necesitaba un heredero, o la Casa Vernius desaparecería después de todo. Y así nosotros… —Se detuvo, esperando que el resto de las palabras llegaran solas—. Verás, tenía un medio hermano, un niño que mi madre dio a luz hace mucho tiempo cuando era una concubina en la Corte del Emperador Elrood IX, antes de casarse con tu abuelo. Al menos tenía la mitad de mi línea de sangre, por lo que Tessia… ella obtuvo, uh, muestras genéticas. Y con mi aprobación las usó.

—¿Las usó? ¿De qué estás hablando? —¿Por qué su padre no hablaba con claridad?

—Esa es la forma en que fuiste concebido. Yo no podía aportar los… los espermatozoides, pero pude cumplir mi bendición. Inseminación artificial.

Bronso oyó un trueno en la parte posterior de su cabeza.

—Estás diciendo que no eres mi verdadero padre. ¿Por qué no dices eso? ¿Y por qué me lo dices ahora?

—No importa, porque tú eres mi heredero. A través de mi madre, Dama Shando Balut, todavía tienes mi línea de sangre. Mi amor por ti es el mismo que si…

Bronso se tambaleó. En primer lugar, había perdido a su madre, ¡y ahora esto!

—¡Me mentiste!

—No te mentí. Yo soy tu verdadero padre de todas las maneras que importan. Eso solamente importa. Tu madre y yo estábamos buscando el tiempo adecuado…

—Y ella no está aquí. Puede que no regrese nunca, puede que nunca se recupere. ¡Y ahora me entero de que ni siquiera eres mi padre! —Su voz fue tan aguda como un puñal. Le dio la espalda a Rhombur y salió del apartamento.

—¡Bronso, tú eres mi hijo! ¡Espera!

Pero él siguió su camino, sin mirar atrás.

Echando humo y sin poder concentrarse, Bronso agarró su equipo de escalada y ató las nuevas almohadillas de tracción y un arnés suspensor. Quería huir, pero no tenía ningún destino en mente. Respirando con dificultad, luchando contra el clamor en su cabeza, se dirigió a un piso superior del Gran Palacio y abrió las placas inclinadas de plaz transparente. Sin preocuparse por nada más que el movimiento, fue introduciendo su cuerpo a través de la brecha como el viento procesado. Siquiera sin molestarse en mirar a dónde iba, Bronso saltó a cabo en la inmensidad de la cámara y trepó por la pared escarpada. No tenía miedo, nada que perder.

—Bronso, ¿qué estás haciendo?

Miró hacia la ventana que había dejado abierta y vio Paul Atreides sacando la cabeza por ella, mirando hacia arriba. Hizo caso omiso de su amigo, y continuó escalando la pared. No creía que jamás pudiera alejarse lo suficiente.

Momentos más tarde, sin embargo, vio a Paul ascender con su propio conjunto de almohadillas de tracción y arnés, moviéndose torpemente, pero haciéndolo con una velocidad sorprendente. Molesto, Bronso gritó:

—No tienes las habilidades para esto. Un error, y te caerás.

—Entonces no cometeré ningún error. Si te quedas aquí, entonces me quedaré contigo. —Mientras Bronso colgaba allí, Paul se encontró con él, jadeando—. Al igual que si escalas los acantilados al mar.

—¿Qué estás haciendo aquí? No te quiero conmigo. Necesito estar solo.

—Prometí mantenerte a salvo. Nuestro vínculo, ¿recuerdas?

Colgando allí en la pared de roca, Paul lo miró con tanto fervor que Bronso se rindió y aceptó acompañarlo lentamente, y con seguridad, volvieron a las habitaciones.

—Bueno, te libero de esa promesa. Vete de nuevo a Caladan pronto —quédate aquí y no hallarás nada más que mentiras.

Paul lo miró con calmada seriedad.

—Entonces será mejor que hablemos ahora, mientras podamos.

Con las emociones acumulándose en él, pero sin querer admitir su confusión y vergüenza, Bronso dijo:

—Por tu honor, jura que no le dirás a nadie lo que voy a decirte. Necesito saber que puedo confiar en ti.

—Debes saber acerca del honor de los Atreides. —Paul dio su palabra, y después regresaron a las habitaciones privadas de Bronso, con la entrada sellada, y se sentaron

juntos durante mucho tiempo después. Lejos de cualquier otra persona, Bronso explicó lo que Rhombur le había dicho. Atrapado en los pensamientos distantes, el muchacho pelirrojo miró hacia la ciudad cavernosa parpadeante—. Así que aquí estamos. Mi madre se ha ido, y mi padre incompetente no es realmente mi padre. ¡Ni siquiera soy realmente un Vernius! Ix no tiene nada que ver conmigo. No pertenezco a este lugar. —Fortaleció su coraje—. Me estoy yendo de casa, y nadie puede detenerme —ni Rhombur, ni sus guardias, nadie.

Paul gimió:

—Me gustaría que no me hubieras dicho lo que vas a hacer.

—¿Por qué? ¿Vas a detenerme? ¡Juraste mantener este secreto!

Acorralado en la esquina de las responsabilidades, Paul llegó a la mejor solución que pudo.

—Mi compromiso es claro —no voy a entregarte o revelar lo que estás haciendo. Pero también hice una promesa a mi padre que iba a vigilarte. No puedo dejar que te pierdas o te mates, así que iré contigo. Ahora dime, ¿a dónde vamos?

—Tan lejos de Ix como podamos.

Cada inspiración carga consigo el riesgo de que tal vez no haya otra que la siga.

—Antiguo dicho

Después de deslizarse fuera de la ciudad cavernosa y emerger a la luz de las estrellas cerca de una filial del espaciopuerto, Paul siguió a Bronso hacia un enorme buque de carga, que descansaba silenciosamente en el campo de aterrizaje, permaneciendo abierto y expectante.

—¡Subiremos por la rampa y encontraremos un lugar de escondite a bordo! Luego de que terminen de cargarlo en la mañana, esta cosa despegará y entrará en la bodega de un crucero hacia puntos desconocidos.

Paul luchó con la decisión impetuosa de su amigo, pero no vio forma honorable de abandonarlo o denunciar sus intenciones. Duncan y Gurney nunca sospecharían que Paul pensaba hacer algo tan temerario. No pudo despedirse de ellos, ni de su madre. Si ella lo veía, Jessica instantáneamente sentiría el cambio…

Escondido entre unos recipientes duros, de bordes afilados, los chicos descansaron un par de horas de sueño inquietas hasta que los ruidos los despertaron: grandes estruendos, voces y hombres que se movían, motores tarareando, cargadores de apilamiento de carga.

—No te preocupes, ya han cargado este compartimiento —susurró Bronso en voz alta—. No tienen razón para venir aquí. No hay nada de qué preocuparse. —Paul escuchó el tono de las voces, pero no detectó ningún indicio de cazadores, ni de equipos de búsqueda determinados. Aquellos eran sólo hombres en el trabajo.

Dos horas más tarde, la bodega estaba llena, las escotillas pesadas selladas, y las cámaras presurizadas. Los motores se encendieron, amortiguados por los deflectores o el aislamiento, y desde la bodega sellada que no poseía ventanales, el viaje hasta la órbita fue largo, ruidoso, y enfermante para los nervios. Finalmente, después de una serie de

sonidos metálicos pesados, hubo un estremecimiento a través de la cubierta y los mamparos, luego un fuerte silbido de igualación atmosférica, y la nave de carga permaneció absolutamente quieta y en silencio.

—Creo que estamos en el interior de una bodega de un crucero —dijo Paul.

Bronso se estiró y miró a su alrededor en la tenue luz de las lámparas de emergencia montadas a los mamparos.

—Vamos. Hay lugares más interesantes para estar, a bordo de una nave de la Cofradía.

Cuando Bronso encontró que las puertas de acceso habían sido bloqueadas desde el exterior, se arrastró hasta una escalera, abrió una escotilla en el techo de la nave de carga, y le indicó a Paul que lo siguiera. Los dos se arrastraron a la cubierta principal.

Paul había estado a bordo de los buques de carga Atreides y reconocido el mismo diseño general. Desde allí, a sabiendas de la configuración de conexión, podrían deslizarse fuera de la nave y salir a las cubiertas a través de las capas de la inmensa nave de la Cofradía.

Bronso marchó hacia una escotilla de salida, pero Paul lo agarró del brazo.

—Una vez que nos dirijamos a las cubiertas de pasajeros, ¿cómo demostramos que pagamos por el pasaje? Tal vez deberíamos permanecer en nuestro escondite a salvo.

El muchacho ixiano miró con desdén de vuelta a la bodega.

—¿Quieres que nos escondamos en la nave de carga todo el camino a su destino, o prefieres viajar en el Heighliner de sistema a sistema? Quiero ver el Imperio, no sólo el mundo de origen de un simple ixiano.

Paul cedió, y pasó a través de las puertas de conexión de la nave de carga a las cubiertas que los recibían. Otras personas se arremolinaban, desembarcando de los cientos de buques en la gran nave de carga. Actuando como si estuvieran tras negocios, los dos jóvenes se alejaron rápidamente.

Bronso rebuscó en su mochila una almohadilla proyectora de cristal e hizo el camino hacia una alcoba más tranquila. Buscó en los esquemas, proyectándolos en el aire para que Paul pudiera ver.

—Este crucero fue construido en un astillero ixiano. Creo que estamos aquí, y el nivel al que quiero llegar… —señaló hacia un zigzag de rampas en un mamparo en el compartimiento de carga— debería estar en esa dirección.

Se mezclaron con otros pasajeros, y los siguieron hasta las rampas de paseos públicos atestados que parecían tan vastas como la ciudad cavernosa de Vernii. Bronso señaló un salón ricamente decorado, donde la gente se llenaba sus platos con comida de un suntuoso buffet. Paul se dio cuenta de que su estómago estaba gruñendo, y su compañero no dudó. Audazmente siguieron a dos caballeros a través de la puerta de la sala, luego se dirigieron directamente a la mesa cargada de alimentos. Tratando de actuar de forma casual, los dos llenaron sus platos, y luego encontraron una mesa por completo desocupada.

Casi de inmediato un delgado camarero Wayku se acercó, con sus ojos protegidos detrás de unas gafas opacas y oscuras. Lucía una barba de chivo negra en una cara muy pálida; un auricular bloqueaba sus oídos, y Paul escuchó ruidos —¿música?, ¿voces?— emergiendo de los auriculares. El mayordomo dijo lacónicamente:

—Esta comida es para una fiesta privada de la CHOAM. Ustedes no son parte de dicha fiesta.

Bronso tomó otro bocado antes de ponerse en pie.

—No nos dimos cuenta. ¿Devolvemos la comida al buffet? No la hemos tocado demasiado.

—Son polizones. —No pudieron leer los ojos detrás de los lentes oscuros del Wayku.

—No —dijo Bronso—. Somos pasajeros que hemos pagado.

—Es mi profesión detectar cualquier cosa fuera de lo común. Ustedes deben haber sido muy inteligentes para subir a bordo del crucero.

Bronso lo miró enojado, como si el camarero le hubiera insultado.

—Vamos, Paul. Vamos.

La cubierta vibraba y zumbaba, y un murmullo tenue de desorientación pasó a través de ellos. El conjunto de expresiones del hombre Wayku cambió, y dejó escapar un suspiro.

—Esos fueron los motores Holtzman. Ya hemos dejado el sistema, por lo que no tendría mucho sentido enviarlos de vuelta a Ix. Mi trabajo es mantener a los pasajeros satisfechos y no interrumpir el servicio.

—No vamos a causar ningún problema —le prometió Paul.

—No, no lo harán, siempre que presten atención y sigan ciertas reglas. No tengo la intención de entregarlos. Soy Ennzyn, uno de los principales administradores, y tengo puestos de trabajo para los dos. Estamos un poco escasos de personal. —Levantó sus gafas oscuras para descubrir sus ojos azul claros. Su tono sugería que no tenían otra opción—. Necesito ayuda con las tareas de limpieza.

Paul y Bronso intercambiaron miradas y gestos de aceptación.

—Terminen sus comidas en primer lugar. —Ennzyn les ordenó que regresaran de nuevo a sus asientos—. Aborrezco de los residuos. Cuando hayan terminado, les mostraré dónde guardar su equipo.

¿Es mejor permanecer felizmente ignorante ante una tragedia, o conocer todos los detalles, incluso cuando no puedes hacer nada al respecto? Esa no es una pregunta simple para contestar.

—Duque Leto Atreides

Cuando Rhombur Vernius se acercó a Jessica en un balcón cerrado del Gran Palacio, el Conde cibernético abrió su boca, pero las palabras no emergieron de ella. Inmediatamente, ella supo que algo terrible había sucedido.

—Dime, ¿qué sucede?

—Los muchachos… Bronso y Paul. ¡Se han ido! —Explicó apresuradamente, pero cuando terminó, la confusión pasó por su comportamiento como una niebla en el viento,

y se irguió más alto—. Le prometí a Leto mantener a su hijo seguro. Si un enemigo los ha secuestrado, o lastimado…

Jessica se obligó a calmarse, a hablar en una voz tranquila y razonable que ayudara a Rhombur a centrarse.

—Hay varias posibilidades. Lo más probable es que alguien los haya atrapado, que estén perdidos o heridos, o que simplemente hayan huido. ¿Cuánto tiempo han estado fuera? Las primeras horas son las más críticas. —Cuando su expresión vaciló, y luego cayó, Jessica se dio cuenta que no le había contado todo—. Ahora no es el momento para secretos, Rhombur —¡nuestros hijos están perdidos!

Con profundo pesar, el Príncipe cibernético describió cómo le había revelado al chico el verdadero parentesco y la reacción angustiada de Bronso, enojado ante la noticia. La voz de Bronso sacudida por la tensión. Después de la pérdida de su esposa, Jessica no sabía cuánto más el reconstruido hombre podría soportar.

De vuelta en el Gran Palacio, en la cámara de exposición inferior rodeada de paredes de plaz transparentes, Jessica ayudó a Rhombur a establecer un centro de emergencia.

Gurney y Duncan llegaron corriendo a su llamada, y ambos se comprometieron en buscar a los muchachos a toda costa. Gurney se paseó por el suelo de tablero de ajedrez y se dobló hacia atrás.

—Convoquen a Avati aquí de nuevo. Todavía creo que tiene algo que ver con lo que pasó a Tessia, y los muchachos serían probablemente su próximo objetivo. «La sospecha es como un olor fétido, contaminando todo y lento incluso para dispersar».

—Incluso si son inocentes, los tecnócratas se alegrarán de oír acerca de este otro problema al que tengo que enfrentar —gimió Rhombur—. Otro error Vernius.

La voz de Jessica fue dura cuando pidió los mapas proyectados del complejo subterráneo de la ciudad.

—¿Y qué si han dejado el planeta? ¿Podrían haber huido o llevados a la superficie? ¿Llevados a bordo de un buque?

—Uh, tenemos sistemas de seguridad. Ya he pedido a los equipos que comprueben las cámaras, pero no han grabado nada sobre… —Sus hombros se hundieron de nuevo—. Pero eludirlos hubiera sido un juego de niños para Bronso. Tenía acceso a cualquier número de los codificadores. Él los utiliza como juguetes, pero ahora… no lo sé.

—Vamos a echar un vistazo a los registros del espaciopuerto, y averiguaremos cuántos buques han ido y venido desde que los muchachos desaparecieron.

—Decenas —dijo Rhombur—. El envío es bastante activo, con buques que van y vienen a todas horas. Hemos tenido tres cruceros desde ayer…

Jessica lo interrumpió. No permitiría que Rhombur se ahogara en sus dudas, pero le instó a aprovechar todas las posibilidades.

—Entonces también obtendremos los registros de la Cofradía Espacial. Estudiaremos las rutas de esos tres cruceros, y determinaremos a qué buques los muchachos podrían haber llegado en forma voluntaria o involuntaria, y trazar una matriz de destinos en los que puedan estar.

Rhombur se movió ahora, listo para recopilar la información. Se veía más fuerte y con más decisión, y Jessica se sintió aliviada. Ella le había ayudado a salir de su malestar, y ahora estaba listo para continuar hacia delante.

—Tienes razón, Jessica. Si huyeron, Paul o Bronso deben haber dejado alguna huella. Son sólo muchachos, después de todo.

Jessica no lo contradijo, aunque sabía que Paul no era sólo un muchacho.

Luego, se volvió hacia su propia difícil tarea, componiendo mentalmente un mensaje para ser entregado en la próxima mensajería de la Cofradía que saldría de Ix. Tenía que darle al Duque Leto las malas noticias.

La presciencia no es algo aleatorio. Debe tener algún diseño. La pregunta es, ¿el diseño de quién?

—Comentario de la Comisión Intergaláctica sobre la Espiritualidad

Durante varios días, mientras que los dos chicos se acomodaban en sus nuevas tareas a bordo de la nave de la Cofradía, el camarero Wayku les mostró las cubiertas de servicio.

Pasillos laterales exclusivos permitía desplazarse a los empleados sin mezclarse con los pasajeros.

Paul y Bronso vestían ropas de trabajo comunes, y Ennzyn los asignó a los puestos de trabajo que hasta los Wayku encontraban desagradables. Debido a que los chicos no tenían ninguna opción mejor, trabajaron sin quejarse. El hombre mostró una notable falta de curiosidad, ni siquiera molestándose en preguntarles sus nombres completos. Los Wayku parecían respetar los secretos y la privacidad.

Paul y Bronso estaban con él en una amplia zona aterrizaje rodeada de tuberías expuestas, conductores eléctricos y duras esferas voladoras. Ennzyn les advirtió:

—Cuidado con los funcionarios de la Cofradía o los inspectores del crucero. Son el mayor peligro en este buque: No dejen que se fijen en ustedes. Si alguien pide consultar su documentación de empleo, envíenmelo a mí. Nosotros los Wayku tenemos una cierta cantidad de influencia.

Paul señaló su extraño atuendo.

—Tu pueblo parece estar en todas partes en las naves de la Cofradía, pero ¿dónde está tu mundo natal? ¿De dónde provienen los Wayku?

—Por decreto Imperial, todos nuestros planetas fueron destruidos en la Tercer Guerra del Saco de Carbón —hace edades. Nuestros descendientes no tienen hogar, y tienen prohibido poner un pie en una superficie planetaria.

Paul no podía imaginar el nivel de venganza que llevaría a la destrucción de enteras poblaciones planetarias.

—¿Por qué delito?

—Cuando unos comandantes militares cometieron crímenes de guerra, toda mi raza fue considerada responsable de las atrocidades. —Ennzyn empujó sus gafas oscuras hacia arriba, hizo clic en sus auriculares, y miró a los chicos con sus ojos azules—. Los Wayku respaldaron el lado equivocado contra un poderoso Emperador, y enviaron a sus ejércitos

para aniquilarnos. Pero la Cofradía Espacial nos concedió santuario en sus buques, en los que nuestro pueblo ha trabajado por muchas generaciones.

»Somos gitanos espaciales y sobrevivimos lo mejor que podemos, sin riquezas y sin un planeta natal. Tanto tiempo ha pasado que no muchos recuerdan. De hecho, probablemente podría salir de la Cofradía si realmente lo quisiera. —Apretó sus gafas en su lugar sobre los ojos—. ¿Pero por qué iba a querer eso? La Cofradía nos paga bien, y hacemos nuestro hogar en medio de ello.

Hizo un gesto hacia los chicos para que salieran al camino cuando oyeron voces que se acercaban.

Moviéndose rápidamente, un contingente de funcionarios vestidos de gris marchó junto a ellos y por las escaleras metálicas, hablando en una lengua arcana. Los hombres pasaron a través de una escotilla y sobre las cubiertas principales iluminadas, sin prestar atención a un simple camarero y a sus jóvenes compañeros.

Cuando se fueron, Ennzyn dijo:

—Los poderosos a menudo son ciegos ante aquellos que consideran insignificantes. Nosotros los Wayku somos invisibles, a menos que hagamos algo para llamar la atención sobre nosotros mismos.

Dos semanas más tarde, dentro de la pequeña cabina interior que compartían a bordo del crucero, Paul frunció el ceño ante Bronso. La pareja acababa de terminar un turno de servicio de comida en uno de los salones de pasajeros, y Bronso peinaba su cabello, limpiándose las manos con una toalla.

—¡Ninguno de nosotros ha visto nunca un Navegante! Esta podría ser nuestra única oportunidad.

El muchacho pelirrojo a veces probaba los límites y los ponía a ambos en situaciones de riesgo, para consternación de su mentor Ennzyn.

—Estás tratando de que nos expulsen de la nave —dijo Paul. Entonces, pensó, por lo menos podrían ir a casa. ¿Cuánto tiempo más querría Bronso seguir huyendo? Sabía que muchas personas tenían que estar terriblemente preocupadas por ellos ahora. Sabiendo que no podría convencer a su amigo, sugirió—: Debemos encontrar una forma de enviar un mensaje a Ix o a Caladan, sólo para que nuestros padres sepan que estamos bien.

Bronso puso rígido.

—¿Nuestros padres? Mi madre está en coma y está en manos de las Bene Gesserit, y nunca conocí a mi padre de verdad.

—Estás siendo injusto con Rhombur. Él trató…

—Tendría que haber sido honesto conmigo.

—Aún así, tiene que haber una manera de que lleguemos a nuestro hogar. Los dos somos herederos nobles, futuros líderes de nuestras Grandes Casas. No deberíamos haber escapado.

—Yo me escapé. Tú sólo apareciste para mantenerme a salvo. —Tiró la toalla usada en el suelo junto a su ropa de trabajo descartada—. ¿Vas conmigo a ver al Navegante, o no? —Usando sus esquemas proyectados del crucero ixiano incorporado, Bronso ya

había trazado un camino para que los dos pudieran colarse a la terraza de la navegación—. Quiero descubrir por mí mismo si son monstruos mutados, o humano como nosotros. ¿Por qué si no la Cofradía los mantiene tan en secreto?

Paul frunció el ceño, pero tuvo que admitir que estaba intrigado. Una de las razones por la que su padre le había enviado desde Caladan era para tener nuevas experiencias.

—Cuando sea Duque, voy a tener tratos con la Cofradía Espacial. Supongo que la información podría ser útil.

—Sé que puedo conseguirnos entrar. —Bronso buscó entre sus cosas y retiró dos aparatos ixianos, unas llaves de circunvalación que podían utilizar en los sistemas de seguridad del crucero—. Te preocupas demasiado. —Selló su mochila y se puso de pie—. ¿Listo?

—No he aceptado ir. —Preocupado, Paul se sacó su sucia ropa de trabajo, la colgó en un pequeño armario y tomó un par de pantalones limpios.

—Si tienes miedo, sólo tiene que esperar aquí. Cuando vuelva voy a contarte acerca de la experiencia. —Sin decir una palabra más, Bronso salió corriendo por el pasillo.

Dividido entre mantenerse fuera de los problemas y cuidar a su amigo, Paul luchó en su ropa. En el momento en que corría tras Bronso, el muchacho estaba a la vista, pero Paul sabía dónde debía estar dirigiéndose. Corrió hasta el cuatro tramo de escaleras de la cubierta y cruzó una pasarela que conectaba a una elevación segura.

Un código de seguridad falseado lo llevó a los restringidos niveles de navegación.

Preocupado por la decisión impulsiva de su amigo, Paul se movió cautelosamente hacia donde habían sospechado que se hallaba el Navegante. Por delante, los gritos llegaron desde el lado opuesto de una escotilla sellada. De repente, la puerta se abrió de golpe y dos uniformados de la Cofradía salieron a trompicones, cada uno frotándose los ojos y maldiciendo. Una neblina amarillenta flotaba en el aire. A medida que los hombres cegados pasaban sin verlo, Paul olió el gas, pero no era el olor a canela de la melange.

Una quemadura sulfurosa le irritó la nariz, y se tambaleó hacia atrás.

Otros dos hombres de seguridad de la Cofradía sujetaban a alguien —a Bronso— sacándolo fuera de la cámara.

—¡Suéltame! —El muchacho dio una patada a un hombre en la espinilla y se liberó, pero el otro lo agarró. Los dispositivos ixianos cayeron desde sus bolsillos hacia la cubierta. Más guardias corrieron hacia ellos, y Paul, frotándose los ojos picantes, no vio ninguna manera de evitarlos. Se negó a abandonar a Bronso a su destino, pero no veía cómo podía ayudar.

Un administrador de la Cofradía de rostro agrio llegó en un santiamén, inspeccionando la escena con disgusto. A través de la puerta abierta y el remolino del gas amarillento, Paul alcanzó a ver una gran cámara, de plaz claro que encerraba un humo grueso de color marrón oxidado, y una forma de sombras visible en el interior. ¿El Navegante? De repente, las puertas se sellaron de nuevo, cortando el gas asqueroso.

—¡Lleven a estos chicos a una zona segura! —El administrador recogió los dispositivos dispersos de Bronso del piso, y los miró—. Obviamente son espías o saboteadores.

Los captores de Paul le pusieron los brazos detrás de la espalda, y él luchó, aunque fue incapaz de liberarse. Recordando lo que el camarero había dicho, les espetó:

—No somos espías. Trabajamos para los Wayku. Ennzyn lo verificará.

Él y Bronso estaban detrás de la barrera de contención electrónica de una celda de detención. Esperando. La Cofradía ya había hecho exploraciones de identificación completas sobre ellos, y pronto alguien podría averiguar quiénes eran realmente.

Desde el otro lado de la barrera de color amarillo pálido, la voz de Ennzyn se transformó en un suspiro.

—Puedes dar consejos a alguien, pero no puedes obligarlos a escuchar. —A la orden del Wayku, un guardia bajó la barrera de seguridad para que los chicos pudieran salir. Ennzyn apenas se veía perturbado—. Sabía que sólo sería cuestión de tiempo antes de que tuvieran que venir hasta aquí. Afortunadamente, ustedes dos son tan predecibles que tuve la precaución de hacer un plan de contingencia.

El camarero estaba acompañado por un hombre alto, de edad avanzada en un traje blanco con una cola larga y un sombrero excéntrico, pasado de moda; cada prenda de ropa, hasta los zapatos, brillaba con pequeños diamantes de hielo. Se movía con un aire de éxito y elegancia.

—Rheinvar el Magnífico ha acordado quitármelos de las manos —dijo Ennzyn.

—Van a desembarcar con la tropa de Juglares en la siguiente parada planetaria. Usé toda mi influencia sólo para evitar que la Cofradía los lanzara al espacio. Lo que pasa es que mi buen amigo Rheinvar se ha ofrecido para otorgarles puestos de prueba para ayudarlos. Además, me deben un favor.

—¿Nos están uniendo a un grupo de Juglares? —Bronso sonaba emocionado ahora. Paul había sentido que su compañero ya se estaba aburriendo con sus deberes serviles a bordo de la nave de la Cofradía.

Rheinvar el Magnífico se quitó el sombrero elegante con broches de oro. Sus ojos azules brillaban, y Bronso notó los pliegues felices en su rostro, al parecer de una vida practicando cómo sonreír para el público.

—Bienvenidos a la vida de un Juglar.

—Gracias, Ennzyn —dijo Paul—. Gracias por todo.

Ennzyn ya se alejaba, acompañado por los dos guardias tras él.

—Me gustó mucho la experiencia también. Y ahora, los dejo en las capaces manos de Rheinvar. Aprendan algo de él.

La Hermandad Bene Gesserit es una red bien interconectada, con ojos y oídos en cada nivel del gobierno y la responsabilidad. Alguien en su organización sabrá las respuestas a casi cualquier pregunta que se le haga. Pero no esperen que este conocimiento esté libre de costos, o las Hermanas serían altruistas.

—La CHOAM, Análisis de la Bene Gesserit, reporte #7

Mientras que Duncan y Gurney buscaban en los registros y manifiestos de transporte de la Cofradía de los espaciopuertos ixianos subsidiarios, Rhombur envió reiteradas peticiones a los tecnócratas, ya que sus conexiones comerciales se extendían en todo el Imperio; incluso hizo una súplica directa a Bolig Avati, aunque el líder del Consejo fue menos de simpático después de todas las acusaciones formuladas contra él.

Hasta el momento, ninguna de las investigaciones había dado ningún fruto.

Jessica, sin embargo, tenía un conjunto diferente de recursos, avenidos que incluso un noble del Landsraad no poseía. Mientras que Leto estaba en camino a Ix, compuso un mensaje a su antigua maestra en Wallach IX, la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam. Con todas las observadoras de la Hermandad por todo el Imperio, alguien debía haber visto a Paul o a Bronso.

Cuidadosa de borrar cualquier indicio de desesperación de su mensaje, Jessica describió todo lo que sabía acerca de la desaparición de los muchachos. Señaló la posibilidad muy real de que los dos pudieran ser rehenes, peones en un juego político peligroso desempeñado por los Harkonnen contra la Casa Atreides, los tleilaxu o los tecnócratas contra la Casa Vernius, o enemigos, aún desconocidos. Paul no estaba; eso era todo lo que Jessica necesitaba saber.

Un día después, Leto llegó en un transporte expreso de la Cofradía generalmente reservado para cargamentos, pero que había pagado una cantidad exorbitante por el veloz viaje. Cuando caminó en el Gran Palacio, se llenó de una energía latente para hacer algo inmediatamente. Jessica lo abrazó, dibujando su comodidad y también mostrando su fuerza.

—Ya hemos comenzado la búsqueda, Leto. El Conde Rhombur ha reunido todos los recursos de Ix.

Los ojos grises de Leto observaron las nubes de tormenta.

—¿Alguna petición de rescate o amenaza?

Gurney dijo:

—Hay una fuerte posibilidad de que los muchachos huyeran voluntariamente.

Duncan y Gurney se inclinaron formalmente ante el Duque. Duncan habló primero:

—Le fallamos, mi Señor. Dejamos que los muchachos se deslizaran a través de nuestros dedos.

—Yo soy el que falló —dijo Rhombur. Caminó con paso pesado hacia adelante hasta pararse frente al Duque—. Eres mi amigo, Leto. Confiaste a tu hijo a mí, y te decepcioné. Te di mi palabra de que mantendría seguro a Paul, y por mi fracaso lo siento profundamente. Al final, yo soy el responsable de las necedades que Bronso hace, si es que se escapó debido a las… cosas desagradables que le dije acerca de su parentesco. No puedes perdonarme. No obstante, estoy verdaderamente arrepentido. Yo, eh, me dejé distraer con otras tragedias.

Por un momento Leto miró a Rhombur, luego respiró hondo y miró a su amigo con compasión.

—Paul no es un chico de voluntad débil que puede ser fácilmente convencido de hacer algo tonto. No importa lo que Bronso pueda haberle hecho, mi hijo toma sus propias decisiones.

—Pero fue mi situación le que lo ha puesto en peligro —dijo Rhombur.

—Nuestra situación. Hace mucho tiempo, tú y yo nos encontramos en medio de la revuelta ixiana que convirtió a tu familia una renegada. Mi padre no nos culpó por lo que sucedió luego. No puedo culparte ahora. —Extendió la mano para estrechar la mano protésica de Rhombur en un apretón tradicional—. Dios mío, Rhombur —tu esposa, tu hijo… Por el bien de todos, no debemos dejar que esto se transforme a su vez en una mayor tragedia.

El líder ixiano lo miró como si fuera a quebrarse.

—Leto, ¿cómo merezco ser tu amigo?

—Siendo la misma clase de amigo conmigo.

Jessica rastreó los manifiestos de cada nave de la Cofradía que llegaba, con la esperanza de que algún visitante llegaría con un mensaje de las Bene Gesserit, pero sintió que sus esperanzas decaían a medida que pasaba el tiempo. Si Paul de hecho había huido voluntariamente, no podía entender por qué. Paul no era un chico impulsivo ni frívolo, y huir con Bronso Vernius no tenía sentido.

Por último, un hombre rígido, pero mal vestido arribó para ver a Dama Jessica, entregándole un mensaje en un cilindro sellado.

—Me dijeron que le entregara esto a usted. —Movió los pies, tirando de las mangas—. ¿Hubo alguna discusión sobre una recompensa por el servicio? —Después de que pagara al hombre y lo despidiera, Jessica abrió la tapa. La esperanza comenzó a crecer en su corazón.

Mohiam había escrito un mensaje conciso e impersonal en uno de los numerosos códigos Bene Gesserit. La respuesta no era una admisión de fracaso, ni tampoco una expresión de conocimiento acerca de los muchachos, o la falta de ello; en cambio, atacaba a Jessica por sus inquietudes. Las frases contundentes rezumaban con una amargura sorprendente.

«¿Por qué preocuparse tanto acerca de este niño… niño al que nunca deberías haber concebido en primer lugar? Si se ha ido, entonces se ha ido. Ahora puedes concentrarte en tu deber para la Hermandad. Esta es tu oportunidad de redención. Regresa de nuevo a tu Duque y nos llevará a la hija que siempre hemos exigido de ustedes. Tu propósito es servir a la Hermandad».

Mientras Jessica leía y releía el mensaje, sintió el escozor de las lágrimas, luego un ardor de vergüenza que permitió existir en respuesta a la cortante anciana por afectar sus sentidos. Le habían enseñado a ser mejor que esto, la mismísima Mohiam. Con gran fuerza de voluntad, bloqueó sus emociones.

«En cuanto a la condición de Tessia Vernius», añadía la Reverenda Madre como una posdata, *«nunca ha sido asunto tuyo. Recuerda tu lugar, por una vez. Ella está en buenas manos en la Escuela Madre».*

No era sólo la lógica, pero el veneno la hizo rodar. Sí, Jessica había dicho que tendría una hija del Duque Leto, pero después de la muerte del pequeño Víctor en el accidente, Leto había estado paralizado por el dolor, paralizado por la pérdida. Fuera de su gran amor por él, Jessica se había permitido concebir un hijo en lugar de una hija. La Bene Gesserit, y Mohiam en particular, estaban horrorizadas por la desobediencia de Jessica. Ahora sentían la necesidad de castigarla. Siempre tendrían que castigarla.

Y Paul tendría que pagar el precio. Ahora sabía que las Bene Gesserit, incluso con todos sus recursos e información, nunca ofrecerían ayuda en aquel asunto.

Jessica trató de romper el mensaje en pedazos, pero el papel era demasiado duro. Frustrada, se levantó y lo introdujo en un incinerador ixiano, viendo a sus esperanzas privadas de resolución desvaneciéndose rápidamente en las llamas. La ayuda tendría que venir de otra parte.

Los hombres de la Cofradía de dicha temporada evitaron poner pie en tierra firme, alegando que la gravedad les inquietaba. Cuando un oficial de la Cofradía se presentó ante Rhombur Vernius en el Gran Palacio, escoltado por dos compañeros silenciosos y de altura poco natural, Jessica se sintió intrigada y cautelosa.

Los tres hombres llevaban uniformes de color gris con el símbolo del infinito de la Cofradía en sus solapas. El representante de plomo calvo parecía disgustado por el trabajo desenfrenado en todas las bulliciosas fábricas que llenaban el suelo de la caverna, como si prefiriera las actividades a ser más controlador. Dio pequeños pasos, arrastrando los pies, como si no estuviera familiarizado con el peso de su propio cuerpo.

Rhombur se adelantó.

—¿Vienen con alguna noticia de mi hijo? ¿Y de Paul?

El hombre lo miró con ojos extrañamente desenfocados.

—La Cofradía Espacial es consciente de su situación. Hemos localizado a Paul Atreides y a Bronso Vernius.

Jessica sintió un alivio repentino luego de tantos días de incertidumbre.

—¿Están vivos y seguros?

—Así dice el último informe. —La actitud distante del hombre señalaba el desdén por los dos nobles o simplemente por una falta de habilidades sociales—. Fueron estibados a bordo de un crucero y se hicieron pasar por trabajadores entre los Wayku. Pero fueron descuidados, y los atraparon.

Jessica dejó escapar un suspiro de alivio, pero Leto permaneció con sospechas.

—Entonces, ¿dónde están? ¿Están regresando a nosotros?

El hombre de la Cofradía parpadeó confundido. Sus dos fornidos compañeros permanecieron en silencio, mirando al frente.

—No hemos venido aquí con ese propósito. Vinimos a cobrar la cuota de su paso. Sus hijos viajaron grandes distancias sin tener que pagar por el transporte. La Casa Atreides y la Casa Vernius deben la Cofradía Espacial una suma importante.

En un tono de disgusto, Leto masculló una maldición. Jessica presionó:

—¿Nos dirán al menos dónde están los muchachos?

—No tengo ese conocimiento.

—¡Infiernos de Vermillion, dijo usted que tenían a los muchachos! —Rhombur dio un paso amenazador hacia adelante, pero los dos compañeros musculados no se inmutaron.

—Los muchachos bajaron de la nave, según la política de la Cofradía, en una de nuestras paradas.

—¿Qué parada? —Leto crecía cada vez más en exasperación.

—Estamos orgullosos de nuestra confidencialidad, y no hablamos de los movimientos de nuestros pasajeros.

Leto llamó a su ardid.

—En ese caso, no tenemos ninguna prueba de sus viajes, y nos negamos a pagar su pasaje.

El hombre de la Cofradía se sobresaltó.

—Esos son asuntos diferentes.

—Para usted, tal vez, pero no para mí. Dígame dónde está mi hijo, si quiere que pague.

El representante aplazó a sus enormes compañeros, que se consultaron entre sí en voz baja antes de asentir. Jessica se preguntó quién estaba realmente a cargo.

—El pago en primer lugar —dijo el hombre.

—No. La ubicación primero —contrarrestó Rhombur.

Leto echaba humo.

—¡Basta de esto! La Casa Atreides le garantiza el pago a la Cofradía. Si usted no nos dice lo que necesitamos saber, voy a liberar solaris de inmediato.

El representante no mostró ni la más mínima expresión.

—Muy bien. Se les concedió a Bronso Vernius y a Paul Atreides santuario entre un grupo Juglar que desembarcó en Chusuk hace cuatro días.

Existe una compatibilidad natural entre nuestros dos grupos, ¿no te parece? Tus «gitanos». Wayku y mis Juglares son ambos viajeros espaciales empedernidos, y en un sentido, los dos son artistas… mi pueblo monta increíbles espectáculos, mientras que los tuyos realizan las tareas de manera tan eficiente que los pasajeros apenas notan que están siendo atendidos.

—Rheinvar el Magnífico, de una carta a su amigo Wayku Ennzyn

Cuando el transbordador descargó a la tropa Juglar en Chusuk, Bronso se cruzó de hombros más cerca de Paul, queriendo beber de todos los detalles a la vez.

—La vida de un Juglar está llena de esas cosas. Si nos quedamos con la tropa de Rheinvar, veremos un nuevo planeta cada semana.

—Acabamos de unirnos al grupo. —Ni siquiera habían conocido a los otros artistas todavía.

Aún así, Paul se alegró de ver a su amigo entusiasmado de nuevo, porque Bronso había estado amargado cada semana.

—¡Sí, pero estamos en Chusuk!

Gurney Halleck había contado historias y cantado muchas canciones sobre el planeta Chusuk, famoso por sus excelentes balisets. Paul dudaba que Gurney hubiera estado allí antes, aunque hablara como un experto. El pensamiento del gran y torpe hombre, hizo que Paul extrañara Caladan. Estaba seguro de que sus padres estarían muy preocupados por él, aunque esperaba que su madre y su padre tuvieran la suficiente fe en su ingenio. Tal vez podría encontrar una manera de, al menos, enviar un mensaje tranquilizador a casa, siempre y cuando no revelara demasiado…

Rheinvar se paseó hasta ellos, vestido con su traje blanco espumoso.

—Ustedes dos tienen que ganar su sustento. Un favor para Ennzyn sólo va muy lejos.

—Siempre he querido trabajar con los Juglares —dijo Bronso.

El líder del grupo soltó un fuerte resoplido.

—No sabes la primera cosa sobre los Juglares. ¡Los rumores, las historias embellecidas, supersticiones —hah! Apuesto a que piensas que somos brujos que viven en las colinas que pueden usar la telepatía para manipular al público.

—Exactamente. Y sus actuaciones son tan emocionalmente poderosas que el público puede morir a causa de la experiencia.

—Eso no nos ayudaría a repetir los clientes, ¿verdad? Esos son cuentos y rumores solamente, exageraciones ridículas. Somos profesionales feriantes, acróbatas, artistas. —Rheinvar se acercó más, y sus ojos brillaron—. Las habilidades de gran alcance que mencionas sólo son utilizadas por los Maestros Juglares.

—Y ¿es usted un maestro Juglar? —preguntó Paul.

—¡Por supuesto! Pero el uso de mis poderes iría totalmente en contra de la ley Imperial. —Paul no pudo decir si el hombre hablaba en serio o no—. Hace siglos, la Casa Juglar fundó una antigua escuela de narración, que se especializaba en el espectáculo inteligente y en la realización de habilidades… pero algunos de nosotros tenían un don extra, habilidades mentales que nos permitieron compartir emociones —estrictamente para fines de entretenimiento, entienden— para mejorar la experimentación y aumentar el miedo, el romance y la emoción.

Dejó escapar una risita en auge.

—O al menos eso dicen las historias. Mis hermanos nativos del planeta Juglar solían ser los mejores trovadores del Imperio. Viajamos de Casa en Casa, entreteniendo a las grandes familias, pero algunos Maestros Juglares cometimos el error de involucrarnos en intrigas con los feudos internos de las Casas, espionaje y cosas similares… y desde entonces, hemos sido rechazados por el Landsraad. —Los ojos de Rheinvar brillaron juguetonamente—. Como resultado de nuestra desgracia, algunos dicen que ya no quedan verdaderos Maestro Juglares.

—¡Pero recién dijo que usted mismo eras uno de ellos! —dijo Paul.

—¿Crees en todo lo que digo? ¡Bien! En verdad, creo que las audiencias vienen a ver porque esperan que podamos demostrar algunos poderes sobrenaturales.

—¿Y lo hacen? —preguntó Bronso.

Rheinvar movió su dedo.

—La regla más importante que hay que aprender es que un hombre del espectáculo nunca divulga sus secretos. —Los otros miembros de la compañía comenzaron a moverse a través del campo de Chusuk y Rheinvar espantó a los chicos—. Suficientes historias. Espero que los dos puedan hacer más que ocupar espacio y respirar aire. Apacienten las aves y a los lagartos, acareen los cajones, creen, derriben, limpien, hagan recados, y hagan también el trabajo sucio que nadie más quiere hacer.

—Haremos el trabajo, señor —dijo Paul—. No somos perezosos.

—Demuéstralo. Si no puedes encontrar algo que hacer por tu cuenta, entonces estás bien ciego, impotente, o eres estúpido. —Caminó por la rampa, pareciendo ya un hombre del espectáculo—. Estableceré el lugar de actuación. Comenzamos nuestra práctica de muestra por la mañana.

Con una velocidad asombrosa, los miembros de la compañía se erigieron, se equiparon, se alimentaron, y amueblaron la etapa dentro del teatro más grande disponible en Sonance, la capital de Chusuk. Los intérpretes, los peones y tramoyistas. —Paul tenía problemas diciéndoles que se alejaran— trabajaban juntos como los componentes bien coordinados de un reloj ixiano. Él y Bronso hicieron todo lo posible para ayudar, mientras no interfirieran en su camino.

Rheinvar el Magnífico comenzó a promover el espectáculo para ir a la ciudad y reunirse con los representantes de la familia de la liga, llevando consigo algunos de los bailarines, que demostraron algunos de sus movimientos más complicados.

Paul y Bronso hacían sus quehaceres sin quejarse, alimentando a los animales, limpiando los equipos, ayudando que las cosas se movieran en sus posiciones adecuadas. En cada oportunidad, sin embargo, miraban inquietos a la ciudad, con ganas de explorar.

Cuando el trabajo frenético se hubo calmado, uno de los artistas se acercó a los niños, un joven y esbelto varón con pantalones negros y una blusa.

—Tengo negocios en Sonance, y ustedes dos son bienvenidos a unírseme. —Les sonrió—. Mi nombre es Sielto, y parte de mi trabajo consiste en observar a los líderes locales para que pueda recoger los detalles específicos para su uso en el espectáculo.

No era necesario que Bronso y Paul se consultaran entre sí antes de aceptar. Dejando el campamento Juglar, el trío salió a explorar Sonance. Pasearon por las calles estrechas llenas de tiendas, donde los artesanos trabajaban en tiras delgadas de oro de maderarmónica: cepillando, tallando, y laminando las capas en arcos matemáticos elegantes y formas perfectas. Su compañero le dio una seca explicación:

—La maderarmónica proviene de un árbol raquítico especial que crece en las montañas azotadas por los vientos. La madera es la clave para las características sofisticadas de los balisets de Chusuk.

Si bien los tres procedieron de tienda en tienda, los artesanos levantaron la vista hacia ellos desde sus mesas de trabajo. Los olores a lacas potentes, a pinturas de colores, y al aserrín llenaban el aire. Tan pronto como los artesanos juzgaron que eran meros curiosos en lugar de clientes actuales, volvieron a su trabajo.

—A medida que la maderarmónica crece —continuó Sielto—, los árboles se infectan de diminutos escarabajos barrenadores, que crean huecos en la madera. Ningún árbol es similar a otro, por lo que no hay dos instrumentos que suenen exactamente iguales. Esa madera especial da a los instrumentos de Chusuk su sonido dulce, rico y la complejidad de su resonancia.

A través de diversos portales indicó diferentes escudos de armas, diferentes colores y diseños que se mostraban fuera de las tiendas de artesanos.

—Cada familia de la liga crece su propia cepa de árboles.

—No están innovando, sin embargo —dijo Bronso—, sólo utilizando los viejos métodos y otra vez. —Se agachó para inspeccionar una cesta de púas pulidas y sueltas para los balisets. El tendero le observaba de cerca, con recelo.

Todavía con una sonrisa de satisfacción, Sielto miró a su alrededor a los talleres.

—Puede que no lo noten, pero esto es una industria que se somete a una gran cantidad de confusión. La Liga Ollic desarrolló recientemente una variedad sintética de maderarmónica, verán, y ofendió de sobremanera a los tradicionalistas. Los incendiarios quemaron muchas de las nuevas plantaciones. —Miró a su alrededor con cautela, como si esperara que una turba apareciera fuera de las calles y los callejones.

—Pero, ¿qué tienen de especial esos árboles, y por qué alguien querría destruirlos? —preguntó Paul.

—Hace sólo unos años, la familia Ollic era un jugador menor entre los cultivadores de maderarmónica. Habían caído en tiempos extraordinariamente difíciles, hasta que el patriarca, Ombar Ollic, tuvo la oportunidad atrevida de ofender a todas las otras ligas de Chusuk, haciendo que ingenieros tleilaxu modificaran genéticamente sus cepas. Lo que habría tardado diez años en crecer, ahora maduraba en un solo año. Además, gracias a las modificaciones tleilaxu, los árboles de madera clonada tenían una estructura de nidos de abeja naturales, por lo que no había necesidad de que los escarabajos barrenadores consumieran mucho tiempo.

Tomando nota de que el tendero estaba prestando demasiada atención a ellos, Sielto llevó a los chicos de vuelta a las calles.

—Muchos críticos objetivos dicen que los balisets de madera clonada suenan incluso más dulces que los originales, y tal idea horroriza a los puristas de Chusuk. Es por eso que otras familias desean destruir a la Liga Ollic.

A pesar de su antipatía natural hacia los tleilaxu, que habían dañado enormemente a Ix, Bronso sonaba sorprendido, incluso ofendido.

—Pero cualquiera que cree métodos de producción más eficientes merece conseguir más negocio.

—Estás pensando como un ixiano. De tu forma de hablar, puedo decirte que eres de Ix, ¿correcto? —Sielto parecía sondear la información, pero Bronso evitó responder. Se volvió hacia Paul—. ¿Y tú? Todavía no he determinado tu mundo natal, aunque hay una serie de opciones.

Paul sonrió con calma.

—Somos gitanos del espacio, no muy diferentes de los Waykus, o los Juglares… Durante años, sus tutores habían perforado la comprensión de las consecuencias en él, explicándole las complejidades del comercio, el gobierno, las alianzas y el comercio, todas las cosas que un Duque necesitaría saber. Si la madera clonada de Ollic suena igual y crece más rápido, entonces las ganancias de su familia aumentarían a expensas de otras ligas. No era de extrañar que las familias rivales les odiaran y quemaran sus pérgolas.

—El progreso no se detendrá por unos pocos pequeños casos de incendios provocados. —Las fosas nasales de Bronso se endurecieron—. Si la madera clonada artificial es mejor, más rápida y más barata de producir, ¿por qué las otras familias no las adoptan en sus propias pérgolas, para que puedan competir de nuevo?

—Tal vez deberían… pero no lo harán. Son demasiado orgullosos.

Poco antes del mediodía del día siguiente, Paul y Bronso pararon junto Rheinvar en un ala de la bóveda de techos de la sala dorada para los primeros ensayos. En lo alto, magníficos frescos representaban coloridos bailarines, actores y artistas enmascarados. El líder Juglar había dispuesto un momento adecuado para lanzar su gran rendimiento, pero la compañía necesitaba practicar antes del gran evento. Cada planeta tenía sus diferentes gravedades, luz solar, y contenido atmosférico.

Con una mirada escéptica, Rheinvar observó un grupo de bailarines que se movían, mediante movimientos gráciles y deportivos, en el escenario. La música era rápida y edificante, con armónicos impresionantes. Por encima de ellos, un par de inmensas aves Gorun, con sus alas anchas y potentes, se aferraban a unas barras suspensoras.

Aunque aquello no era más que un espectáculo de configuración y práctica, Rheinvar permitió que una multitud de curiosos observara.

—Las palabras de la boca es la mejor publicidad que todos los anuncios que podían hacer —dijo Paul.

Los ojos de Bronso brillaban mientras observaba la elaborada rutina de los bailarines, todos ellos llevando leotardos de color azul pálido y gorros de plumas apretadas en una variedad de colores.

Una docena de bailarines —diez hombres y dos mujeres— realizaron saltos en el aire; exactamente en el momento adecuado las aves Gorun extendieron sus alas proporcionándoles un lugar para que los bailarines aterrizaran en tierra. Al instante, los enormes pájaros se levantaron en el aire con potentes barridos lentos de sus alas, y seis bailarines se posicionaron sobre ellos temerariamente, rodeando el teatro y aterrizando de vuelta en el escenario. Por último, los bailarines se posaron en el suelo y realizaron una reverencia mientras los aplausos rugieron por el teatro.

Mientras que los artistas se alejaban y desaparecían detrás del escenario, Rheinvar señaló al ágil bailarín con un casquete rojo-pluma, y el hombre se apresuró.

—Desempeño de práctica excepcional. ¿Has conocido a nuestros nuevos peones?

—Por supuesto que sí. —El hombre se quitó la gorra para revelar una cabeza calva que brillaba con la transpiración. Había algo que le parecía familiar, pero Paul estaba

seguro de que no había sido uno de los trabajadores que habían ayudado a construir el escenario—. ¿Cómo podría olvidarlos? Sus características no cambian.

Rheinvar le guiñó un ojo al hombre, y entonces llevó a los chicos detrás de escena. Una vez que estuvieron fuera de la vista de la multitud de espectadores, el rostro del bailarín cambió cuando se torcieron sus músculos, ajustando su aparición hasta el fondo de la estructura ósea. Los ojos de Paul se abrieron cuando el artista se convirtió en Sielto.

Los rasgos del hombre se alteraron de nuevo, tomando la apariencia de alguien más a quien Paul recordaba de su cena comunitaria la noche anterior. El semblante cambió de nuevo, y finalmente regresó a la aparición del hombre ágil que había dado el espectáculo en el escenario.

—Soy mucho más que un bailarín, como pueden ver, soy un Danzarín Rostro.

Paul había oído hablar de los exóticos imitadores anteriormente, y ahora recordó que las tropas de rendimiento a menudo empleaban cambiadores de forma.

—Un Danzarín Rostro de los Tleilaxu —dijo Bronso con un gruñido claro en la parte posterior de sus palabras, pero no fue capaz de revelar las razones de su aversión a la repugnante raza sin exponer su conexión con la Casa Vernius.

Sielto no se ofendió ante su tono.

—¿Hay de algún otro tipo? —Hizo un gesto a los otros artistas entre bastidores, que ahora parecían completamente diferentes de sus apariciones en el escenario—. La mayor parte de la compañía se compone de Danzarines Rostro.

Rheinvar rozó el polvo imaginario de los destellos en su sombrero de copa y se lo colocó de nuevo en la cabeza.

—Al público les encanta cuando los artistas de repente se ven como figuras políticas locales o héroes reconocibles.

—Y nuestro Maestro Juglar tiene sus propios trucos. —Sielto hizo una mueca cómica—. Siéntense en la audiencia para la siguiente rutina, peones jóvenes. Rheinvar, demuéstrales lo que un Maestro Juglar realmente puede hacer.

—Bueno, necesito seguir en la práctica… y es sólo un ensayo. —A medida que el Danzarín Rostro se alejaba, Rheinvar dirigió a Paul y a Bronso a unos asientos vacíos en el teatro principal—. Es la gran final. Mírenlo desde el escalón de la entrada. Nunca han visto nada como esto.

Vestido con su traje blanco brillante bajo las luces intensas, el líder Juglar se acercó al centro del escenario. Paul observaba los movimientos rígidos de Rheinvar, su profunda respiración y la concentración de trance mientras parecía prepararse para un gran esfuerzo.

Cuando habló, la voz del hombre se oyó a lo largo de la gran sala.

—Para nuestro evento más espectacular, intentaremos una rutina peligrosa que ha sido prohibida en siete planetas, pero no tengan miedo, hay muy poco riesgo para cualquier miembro de la audiencia individual.

Una risa incómoda recorrió las gradas. Bronso le dio un codazo en las costillas a Paul y giró sus ojos.

Rheinvar se puso como una piedra en el centro del escenario, donde respiró hondo y cerró los ojos. Paul sintió un destello extraño pasar por delante de su visión, una sensación de hormigueo en la superficie de su piel, pero se sacudió.

Se sintió mareado, pero centró sus pensamientos como su madre le había enseñado a hacer, tratando de identificar lo que Rheinvar estaba intentando. Con esfuerzo, enfocó su visión y todo pareció normal.

Sielto y los Danzarines Rostro entraron casualmente en el escenario detrás de Rheinvar. Permanecieron inmóviles, excepto por sus ojos, mirando alrededor de la audiencia, a lo más profundo del viejo teatro. Todo parecía muy tranquilo.

Al lado de Paul, sin embargo, Bronso se estremeció y parpadeó, y su expresión se tornó en una mirada extraña, de ensueño. El público contuvo la respiración, asombrado, al unísono. Grupos de personas se quedaron sin aliento y se movieron en ondas, como si algo invisible se lanzara entre ellos. Pero Paul no vio nada.

En el escenario, ni Rheinvar ni los Danzarines Rostro se habían movido.

Los miembros de la audiencia aplaudieron y vitorearon; muchos se agacharon en sus asientos como si trataran de evitar cosas que no estaban realmente allí. Incluso Bronso silbó su aprobación.

—¡Pero ellos no están haciendo nada! —dijo Paul, con gran desconcierto.

Bronso señaló:

—¡Mira ahí-oh! Nunca he visto tantos saltos y vueltas mientras la compañía actúa ante la audiencia. Mira que inteligentes, los aterrizajes puntiformes, y la forma en que se contorsionan sus rostros para parecer monstruos. ¡Son increíbles! El público de seguro tendrá pesadillas.

Paul, sin embargo, sólo veía a Rheinvar profundamente concentrado y el grupo de bailarines detrás de él, tranquilos y pacientemente de pie.

—Pero… todo el mundo está de pie en el escenario. No están haciendo nada.

—¿Estás ciego y sordo? —Bronso aplaudió de nuevo y se puso de pie—. ¡Bravo! ¡Bravo!

Por último, el líder Juglar levantó la cabeza y abrió los ojos. Los Danzarines Rostro se dirigieron al frente del escenario y se reverenciaron ante la aprobación atronadora de la audiencia.

Entonces Paul entendió.

—Es la hipnosis de masas en público. Pensé que era sólo una leyenda.

El líder Juglar llamó a los otros hacia él, y se quitó su sombrero de copa.

—¿Qué es lo que vieron y oyeron? ¿Estaban impresionados? —Miró a un niño y luego al otro.

—Estábamos impresionados —dijo Paul—. Pero por diferentes razones.

Bronso estaba maravillado por lo que había visto, pero Paul consideró al elegante anciano una expresión de medición y le dijo:

—Has jugado con el público como con un instrumento musical. Generando ilusiones, hipnotizándolos. Ellos vieron exactamente lo que usted quería que vieran.

Rheinvar estaba sorprendido por la declaración de Paul, pero luego se echó a reír.

—¿Viste eso? Bueno, parece que tenemos un espécimen inusual aquí, más interesante aún que un cambiador de forma. —Le dio a Paul una palmada en la espalda—. Sí, un número muy pequeño de personas tiene una especie de inmunidad mental. Los Juglares utilizan una técnica de hipnosis de resonancia similar a la que usan las Bene Gesserit, excepto que estos jugadores simplemente lo utilizan para mejorar sus actuaciones.

Bronso miró a su amigo con claro asombro.

—¿Es en serio? ¿De verdad no viste nada?

—Él es un Maestro Juglar. Tú fuiste el que vio cosas que no estaban allí.

INTERLUDIO

10.207 AG

Mientras Jessica continuaba contándole su historia en el ala privada de la princesa en la Ciudadela, Irulan la observó con obvia impaciencia y escepticismo.

—¿Paul le contó todas esas cosas?

—Sí, lo hizo. Sentía que era importante para mí comprender, tanto como es importante para ti. O de otra manera no podrías escribir la verdad.

—Admito que es interesante, pero aún no veo el punto de todo esto, o por qué considera usted la urgencia de contármelo. Ya he tenido demasiados problemas con los Fremen tradicionalistas quienes creen que el pasado de su hijo no importa, que antes de que se convirtiera en Muad'Dib, no había nada que valiera la pena rememorar. —Un rubor suave infundió en sus mejillas—. Paul lo dijo él mismo luego de su primera cabalgata de gusano, y los Fremen lo citan a menudo: «Yo soy un Fremen nacido hoy en el erg de Habbanya. No he tenido una vida antes de este día. Era un niño hasta este día».

Jessica presionó sus labios en una delgada línea.

—Paul dijo demasiadas cosas a los Fremen, pero no llegó a Arrakis como un recién nacido. Sin los primeros quince años de su vida, él nunca habría podido convertirse en Muad'Dib.

Irulan le dio la espalda y se puso a jugar con un rizo de su dorado cabello cuando una idea se le cruzó por la cabeza.

—He estado considerando la adición de un volumen acompañado de biografías, para una media de audiencia más joven. Historia de Muad'Dib para niños, tal vez. Alia dice que es necesario para adoctrinar a la juventud, a fin de que los niños crezcan reverenciando y respetando la memoria de Muad'Dib. —La desaprobación colgaba pesadamente en sus palabras—. Sí, la historia de la aventura de Paul y Bronso podría incluirse en dicho libro… y es entretenida. Es bueno ver a Paul haciendo cosas heroicas, actuando como un amigo dedicado y honorable. —Ella frunció el ceño—. Pero no veo como eso pueda ser relevante para la Regencia Imperial si el legado de Paul es su gobierno y su Jihad. Eso es lo que importa.

Jessica levantó la barbilla y bajó la voz hasta casi un susurro, de repente preocupada más por los espías invisibles que podrían estar grabando su conversación.

—¿Acaso no has entendido lo que te acabo de decir? ¿Dónde crees que Paul aprendió cómo manipular a las poblaciones, a emitir el poder de su personalidad a través de las grandes multitudes? ¡Aplicó técnicas Juglares no sólo para un público por actuación, sino a los Fremen, y luego a la población de todo el Imperio!

—Pero…

Dama Jessica levantó un dedo para enfatizar su punto.

—Y ahora parece que Bronso de Ix está aplicando su propia experiencia para difundir el mensaje opuesto.

A pesar de la obvia sorpresa de Irulan, Jessica siguió adelante.

—Sé paciente. Escucha el resto de la historia.

Nuestros disfraces más efectivos son las suposiciones y los prejuicios que la audiencia tenga sobre nosotros.

—Rheinvar el Magnífico

Dos días más tarde, después de la actuación del gran final, el público de Chusuk se disipó alejándose del teatro en la noche. Rheinvar no se tomó tiempo para socializar con los prominentes artesanos de baliset o con los miembros de las diferentes ligas de maderarmónica. Inmediatamente después de que la actuación hubiera terminado, el líder del grupo se convirtió en un amo severo.

—Es hora de irnos —no hay que perder ni un minuto. Tenemos nuevos lugares en los que actuar, nuevos planetas que visitar, y no podremos llegar hasta que no nos vayamos de aquí.

Todavía con su brillante chaqueta blanca y su sombrero de copa, Rheinvar le ordenó a Paul y a Bronso que ayudaran a desmantelar los puntales y los holoproyectores, que aseguraran a los animales, empacaran los trajes, y que las paletas suspensoras estuvieran cargadas para entregarlas al espaciopuerto. Había pagado un soborno sustancial para sostener el último transporte de carga de la noche, por lo que podría hacer que el crucero en órbita partiera antes en unas pocas horas.

Al salir del camino al momento en que seis hombres grandes deslizaban una jaula pesada sobre una amplia plataforma, Paul le preguntó Bronso:

—¿Has visto a Sielto? ¿O alguno de los Danzarines Rostro desde el espectáculo?

—¿Cómo puedes decirlo, de una manera u otra? Podrían ser cualquiera de estas personas.

Paul no lo creía.

—Por ahora reconozco a los otros trabajadores, en su mayor parte. No he visto a los bailarines desde que tomaron sus cosas y corrieron de nuevo en la tienda.

—Tal vez Rheinvar les dio otro trabajo que hacer.

El líder del grupo gritó a los dos chicos:

—¡De prisa! Hablen todo lo que quieran a bordo del crucero, pero si no hacemos que ese transbordador de carga esté listo a la hora de salida, el piloto me cobrará cien solaris por cada minuto adicional. ¡Y me los cobraré de sus salarios!

—Usted ni siquiera nos paga los salarios —contrarrestó Bronso.

—¡Entonces voy a encontrar alguna otra manera de sacártelo!

Los chicos se apresuraron a sus tareas, a pesar de que mantuvieron un ojo en busca de los Danzarines Rostro. Cuando cargaron los últimos vehículos terrestres y plataformas con ruedas, cajas y paquetes apilados, Paul y Bronso se apresuraron a la parte superior de una pila portadora y se subieron allí cuando un motor de ruedas les llevó al espaciopuerto de Sonance. Un viejo y sucio buque de carga los esperaba allí, bañado por las luces blancas de lanzamiento.

Pequeñas figuras correteaban alrededor, estibando las últimas de las pertenencias de la tropa.

Pero Paul todavía no había visto ninguna señal de Sielto, y estaban a punto de partir. Siguió a Rheinvar hasta la rampa de acceso detrás de la última de las plataformas suspensoras.

—Disculpe, señor. Los Danzarines Rostro…

Bronso añadió:

—Si ellos no llegan a tiempo, no vamos a tener mucho de grupo de actuación, a fin de cuentas.

Rheinvar no parecía ni un poco preocupado mientras se agachaba en el interior del buque.

—Ellos tienen sus propios horarios. No te preocupes —son profesionales.

Dando una última mirada a la orilla del iluminado espaciopuerto, Paul vio a un grupo de hombres idénticos corriendo hacia la nave a un ritmo frenético.

Irrumpieron en la luz de la pista de aterrizaje y corrieron por toda la superficie metálica.

Los motores del transbordador comenzaron a tararear y palpitar cuando el piloto completó sus sistemas de verificación, y sisearon al momento en que escupieron gases de escape desde las tuberías de salida. Paul se detuvo en la escotilla, haciendo un gesto para que el grupo se apresurara, y todos los Danzarines Rostro corrieron por la rampa, imperturbables. Bronso los miró al pasar.

—No puedo decir de principio cuál es Sielto, pero debe estar entre ellos.

—Yo soy el que ustedes llaman Sielto. —El orador se detuvo mientras que los otros cambiadores de formas pasaron sin detenerse, desapareciendo en el interior sombrío de la nave de carga. Dos de ellos olían a humo espeso.

Una capa de sudor brillaba en la pálida piel de Sielto; Paul se dio cuenta de que sus manos estaban cubiertas de sangre y salpicaduras de color escarlata corrían bajo la manga.

—¿Te has hecho daño?

—No es mi sangre.

Cuando la rampa de carga se retractó, la escotilla se cerró automáticamente, obligándolos a refugiarse en la nave. El resto de los Danzarines Rostro ya había desaparecido en los pasillos sin molestarse a hablar con los chicos; sólo Sielto se demoró.

—Tuvimos otra actuación, verás —una obligación que cumplir.

Al ver la sangre, oler el humo, y juntar las piezas, Bronso espetó la conclusión que Paul había dudado en decir:

—Mataste a alguien, ¿no?

La expresión de Sielto permaneció fría.

—Por la definición profesional en la que operamos, un asesinato necesariamente no es un asesinato. Es simplemente una herramienta política.

La cubierta comenzó a retumbar, y Paul se agarró a la mampara para apoyarse. A diferencia de los medios de transporte de pasajeros, donde todo el mundo tenía que encontrar asientos cómodos y seguros y atarse a sí mismos en las restricciones, la nave de

carga no se molestaba con tales sutilezas. A medida que el buque se tambaleaba fuera de la tierra, Paul se centró en lo que Sielto había dicho.

—¿Herramienta política? ¿Qué es un asesinato «necesario»? Tú… eres un Danzarín Rostro de los tleilaxu —pensé que no tenías ningún interés político.

—Correcto, no tenemos intereses políticos propios. Somos actores que interpretan papeles. Realizamos servicios.

—Son sicarios —dijo Bronso con una sonrisa irónica—. Mercenarios.

—Intérpretes —le corrigió Sielto—. Se podría decir que estamos jugando nuestros roles como asesinos de la vida real. Siempre hay una necesidad de eliminar a los molestos, y nosotros simplemente llenamos esa necesidad.

—¿Pero a quien mataste? ¿Quién te contrató y por qué? —preguntó Paul.

—Ah, no puedo revelar nombres ni detalles. Las razones de la asignación son irrelevantes, y no tomamos partido.

Sielto no mostró ni conciencia ni remordimiento por haber matado, y sus revelaciones perturbaron profundamente a Paul. Su propio abuelo, el Duque Paulus, había sido asesinado en la plaza de toros en Caladan. Paul también recordaba los ataques traumáticos del Vizconde Hundro Moritani durante la ceremonia de boda de su padre, y la posterior Guerra de Asesinos que causó tanta sangre derramada por Ecaz, Caladan, y Grumman.

—El asesinato no es sólo una herramienta de la política —es una maza, no un instrumento de precisión. Hay demasiados daños colaterales.

—Sin embargo, es parte del sistema del Landsraad. La práctica ha sido condonada, al menos implícitamente, por incontables generaciones. —Sielto flexionó los dedos pegajosos y consideró el desastre mientras caminaba por el pasillo estrecho de la nave hacia los cuartos de la tripulación—. Si quieres acabar con los asesinatos, joven, vas a tener que cambiar la cara del Imperio.

Paul levantó la barbilla.

—Tal vez algún día lo haré.

Se dice que nadie puede ni tocar ni apreciar la verdadera belleza de la música sin haber sufrido primero un gran dolor. Será por eso que tal vez encuentro a la música tan dulce.

—Gurney Halleck, Canciones Inconclusas

A pesar de haber tomado el camino más veloz desde Ix, Gurney Halleck y Duncan Idaho llegaron a Chusuk tres días demasiado tarde para interceptar a la tropa de Juglares.

Cuando el crucero alcanzó la órbita, el planeta estaba en un estado de agitación.

El espaciopuerto de Sonance había sido bloqueado por dos días, y las nuevas medidas de seguridad retrasaron su transporte a la superficie por seis horas. Algo grande había sucedido allí.

Antes de que se les permitiera abordar un transbordador, cada pasajero se sometió a un intenso interrogatorio de la Cofradía sobre sus negocios en Chusuk. Debido a que Duncan y Gurney tenían patentes de corso del Duque Atreides y el Conde Vernius, todo

transcurrió con relativa facilidad; otras personas, sin embargo, sufrieron humillaciones, y varios simplemente regresaron a sus camarotes a esperar por el próximo planeta.

—Dioses de las profundidades, ¿es una revolución? —Nadie le contestó a Gurney.

—Un principio fundamental que cada Maestro Espadachín aprende es que la seguridad debe ser proactiva, no reactiva —dijo Duncan—. Desafortunadamente, la mayoría de los gobiernos no se dan cuenta de ello hasta que es demasiado tarde.

Cuando ambos hombres finalmente llegaron a la ciudad capital, ansiosos por encontrar a Paul y a Bronso, observaron numerosas operaciones paramilitares, con las milicias de la competencia que cumplían con las medidas de seguridad de las diferentes ligas familiares. Los cultivadores de maderarmónica rivales se miraban con tanto recelo como lo hacían con los forasteros. En los campos y glorietas distantes que rodeaban la capital, columnas torcidas de humo negro marcaban los incendios de las tierras de cultivo dispersas. La mitad de la cosecha estaba en llamas.

La noticia estaba en todas partes, algunos la contaban más excitados que otros: Tres noches antes, Ombar Ollic y todos los miembros de su familia habían sido asesinados en sus casas. Las pérgolas de la Liga Ollic se habían incendiado, destruyendo la mayor parte de la maderarmónica genéticamente modificada. Las recriminaciones eran numerosas, pero la evidencia mínima. Casi todas las ligas familiares tenían mucho que ganar mediante la eliminación del mercado de la madera clonada de rápido crecimiento. Los dedos estaban en punta, y las ligas comenzaron a atacarse unas a las otras.

Sin interesarse en la política local, Gurney preguntó acerca de la tropa de Juglares. Muchas personas habían asistido al reciente espectáculo, pero cuando Duncan les mostró imágenes de Paul y Bronso, nadie reconoció los chicos, aunque algunos dijeron que la pareja podría haber estado con la compañía, como trabajadores detrás de escenario.

Gurney se acercó a una mujer de mediana edad que se dirigía hacia el mercado de la ciudad con tres hijos a cuestas.

—¿Sabes adónde se fue la compañía luego de la actuación? ¿Siguen en Chusuk?

Ella retrocedió, recelosa de los extraños.

—¿A quién le importa el entretenimiento cuando un crimen tan atroz que ocurrió en nuestras narices? —Sus hijos miraron por encima del hombro a los dos hombres cuando ella los alejó.

Mientras Duncan se alejaba para hablar con el maestro del espaciopuerto sobre cuántos buques habían partido desde Chusuk en los últimos días, Gurney examinó las filas de los talleres que se alineaban en las estrechas y sinuosas calles del antiguo pueblo. Los nobles podrían no notar a los tramoyistas menores en un espectáculo itinerante, pero los artesanos prestaban más atención a los detalles. Alguien allí podría haber visto algo.

Mientras Gurney caminaba por las calles, un sonido como de aves canoras de cuerda llenó el aire, un choque de diferentes melodías sonando todas a la vez. Oyó que derivaba de unas puertas abiertas, y vio a los músicos callejeros actuando.

Olió el aserrín fino y el olor dulce de la laca de goma. Un fabricante de baliset utilizaba clavijas talladas en obsidiana; otras cadenas anunciadas de seda trenzadas

alrededor de un delgado hilo de metal precioso. Un hombre vestido ostentosamente se jactó de que sus trastes y caviladores estaban hechos de huesos humanos, astillas auténticas del esqueleto de un gran músico que había ofrecido su cuerpo para un propósito tan notable como el seguir creando música mucho después de su muerte.

Caminando a lo largo, Gurney escuchó con gran aprecio, pero no compró nada.

Los vendedores podían ver que no era un buscador ocioso de curiosidades, sin embargo, y le sugirieron que probara sus balisets él mismo. Demostraron las supuestas cualidades superiores de sus cepas de maderarmónica, cómo no podía ser igualada la resonancia y la pureza de tono. Probando los instrumentos, Gurney retorció las bellas melodías de algunos, utilizando las discordantes melodías de los demás.

Cuando se planteó el tema del reciente espectáculo de Juglares, sus actitudes cambiaron rápidamente.

—Bueno, algunos Juglares pueden saber tocar música, pero eso no significa que sean músicos —arrastró las palabras un fabricante baliset—. Son sólo los actores, manipulan de sus audiencias. La Casa Juglar debería haber permanecido en el exilio. No sé por qué el Emperador Shaddam les permitió mantener los espectáculos, después del intento de asesinato de su medio hermano, oh, hace una docena de años. —Gurney recordó que la huelga frustrada de Tyros Reffa contra Shaddam IV había ocurrido durante una actuación Juglar. Y ahora toda la Liga Ollic había sido asesinada—. Los asesinatos parecen acompañar a los espectáculos Juglares.

¿Y Paul estaba en una tropa Juglar?

Una calle en particular estaba agitada. Los puestos de los creadores de instrumentos estaban cerrados. Sólo una tienda tenía los toldos abiertos y las mercancías estaban repartidas en exhibición, pero las piezas llegaban a precios excesivos. El propietario era alto y delgado con un rostro extrañamente hinchado.

—¡Estos balisets se hacen de la madera clonada crecida por la Liga Ollic! Madera exquisita con resonancia perfecta.

—He escuchado las reclamaciones opuestas de muchos otros comerciantes hoy —dijo Gurney.

—No lo dudo, buen señor. —Se inclinó sobre la mesa de exhibición de madera, bajando la voz—. Pero hay que preguntarse, si la madera clonada Ollic no era tan superior, ¿por qué alguien quemó sus pérgolas y asesinó a toda la familia?

Gurney levantó uno de los instrumentos y pasó los dedos por las cuerdas.

El hombre tenía su punto. Dejó la rueda en movimiento para que el cilindro giroscópico de tonos hiciera vibrar la madera. Cuando empezó a utilizar la púa, la música pareció fluir de sus dedos. Había tocado nueve modelos de cuerdas antes, pero no era su instrumento habitual.

—Nueve cuerdas son lo que necesita, mi amigo. Uno para cada nota de una octava, y otro para mejorar.

Los dedos de Gurney pulsaron un hermoso acorde. La madera sin duda parecía igualar, y tal vez incluso superar, a los instrumentos que había evaluado en la última hora.

—Mi baliset es viejo y necesita ser reparado. Es mi cuarto.

—Usted es duro con sus instrumentos.

—La vida ha sido dura para mí. —Sus dedos siguieron tocando, luego arrancaron una melodía más ambiciosa. El sonido era agradable.

El artesano vio que Gurney formaba un archivo adjunto al instrumento.

—Dicen que balisets eligen a sus dueños, no al revés.

Depositando el instrumento sobre la mesa, Gurney llevó su mano al bolsillo y le mostró las imágenes de Paul y Bronso.

—Para ser honesto, no estoy sólo en el mercado por un baliset. Estoy buscando a estos dos jóvenes. Uno de ellos es el hijo de mi señor. —Acarició la curva del baliset seductoramente—. Estoy en posición de recompensarle con una venta y un generoso bono, si me ayuda a encontrarlos.

El artesano miró las imágenes, pero negó con la cabeza.

—Todo el mundo aquí tiene un aprendiz. Todos tienen el mismo aspecto para mí.

—Estos chicos no eran aprendices. Están con una tropa de Juglares.

—Oh, sí, he oído acerca de su desempeño. El mismo Maestro Ombar Ollic fue asesinado anoche. —Al ver otro transeúnte, levantó un trozo de su madera pulida y gritó—: ¡Balisets hechos con madera clonada Ollic! Ahora es su última oportunidad: con los Ollic asesinados y sus pérgolas quemadas, estos serán los últimos instrumentos que serán hechos. —A medida que el transeúnte continuaba su camino, desinteresado, el vendedor bajó la voz una vez más a Gurney, conspirativamente ahora—. De ahí la razón de los altos precios. Estos instrumentos seguramente se convertirán en una rareza, amigo mío. Nunca podrás ser capaz de comprar otro baliset como él.

Mientras que el artesano observaba la imagen de los chicos de nuevo, Gurney continuó a acariciando el instrumento.

—¿Y tiene la tropa Juglar cualquier otro evento programado aquí?

—Oh, hace mucho que se han ido de Chusuk. Después de los asesinatos, nadie está de humor por aquí para ver Juglares.

Gurney frunció el ceño. Tendría que saber qué naves salieron esa particular noche antes de que los asesinatos fueran descubiertos, ya que la seguridad de Chusuk había bloqueado los espaciopuertos inmediatamente después. ¿Cómo podían Paul y Bronso estar involucrados con los asesinos?

—Voy a comprar el baliset. —A pesar de que no tenía idea adonde la compañía Juglar iría a continuación, al menos, la música podría hacerle compañía durante sus viajes.

Dentro de las oficinas de negocios de la Casa Vernius, Rhombur parecía desinflado y sin saber qué hacer. Jessica y Leto permanecían con él, expectantes. Después de más de un mes de intensa búsqueda de los muchachos, todas las pistas no habían llevado a ninguna parte; cada avistamiento resultaba ser falso; cada rumor era sólo eso. Jessica sintió sus esperanzas perderse a medida que pasaba el tiempo. Paul todavía no había enviado ningún mensaje, ninguna señal de ningún tipo.

Acompañado por un ayudante silencioso, Bolig Avati se apresuró hacia el Gran Palacio, llevando un montón de papeles, los informes semanales del Consejo Tecnócrata al Conde Vernius. *Un hombre arrogante*, pensó Jessica; el lenguaje corporal de Avati sugería que no creía que Rhombur necesitara ser consultado sobre cualquier cosa.

—Hemos estado manejando la gestión de todo en su momento de dificultad, mi Señor. Por favor lea estos documentos tan pronto como sea posible, a fin de no obstaculizar el progreso de los nuevos acontecimientos. —En el último momento, se dio la vuelta—. Oh, sí, un mensaje llegó esta mañana, un comunicado de dos hombres de la Casa Atreides. —Agitó una mano casualmente, y su ayudante se adelantó para presentar un cilindro.

—Hubiera preferido esta información en el momento en que llegara —espetó Rhombur, agarrando el mensaje—. ¡Infiernos de Vermillion! Esto podría ser vital importancia.

Avati objetó sin sinceridad:

—Disculpe. Teníamos asuntos más apremiantes. —Se fue sin más preámbulos.

Rhombur abrió el cilindro tan rápidamente con la mano cibernética que rompió la tapa. Mientras examinaba las líneas del documento, sus hombros protésicos se hundieron.

—Sus hombres llegaron a Chusuk demasiado tarde. La tropa Juglar ofreció una actuación y luego partió inmediatamente en otra nave de la Cofradía. No hay información sobre adónde fueron después.

—Podemos consultar a la Cofradía —dijo Leto—. Esta tarde habrá un inspector.

—Podemos preguntar —concordó Jessica—, pero no cooperaron demasiado la última vez.

Antes de que pudiera proceder a la obra de construcción del crucero, el inspector de la Cofradía fue interceptado por la guardia del hogar de Rhombur y escoltado a la oficina administrativa de los Vernius. Estaba molesto por la interrupción en sus planes.

—Mi programa no permite interrupciones.

—Solicitamos información —dijo Rhombur y explicó lo que necesitaban saber.

El inspector estaba impresionado.

—La información no es gratis, ni es fácil de conseguir. La única razón por la que hablamos con usted antes sobre sus hijos se debe a las tasas que debían para el paso. Estas discusiones han terminado, porque la confidencialidad es un sello distintivo de la Cofradía Espacial.

El rostro lleno de cicatrices de Rhombur se oscureció.

—Entonces déjame plantear la cuestión de una manera que pueda entender mejor. A partir de ahora, ordenaré que se termine todo trabajo de construcción en su crucero. Mis tripulaciones no levantarán una placa o instalarán un solo remache hasta que usted no nos dé respuestas.

Jessica sintió una cálida satisfacción en su pecho. La dura sonrisa de Leto mostró que estaba orgulloso de la posición que Rhombur estaba tomando.

El inspector de la Cofradía se sobresaltó.

—Esto no tiene sentido comercial. Voy a protestar.

—Proteste todo lo que quiera. Soy la Casa Vernius, y mis mandamientos rigen aquí.

Jessica se acercó más al hombre de la Cofradía

—Usted no tiene hijos, ¿verdad, señor?

Parecía verla por primera vez.

—¿Por qué eso es relevante?

—Porque explica su completa ignorancia y la falta de humanidad.

Con fuertes pisadas, Rhombur se acercó a un comunicador en la pared y se puso en contacto con el jefe de equipo de construcción en los niveles inferiores.

—Cesen todas las operaciones de inmediato. No realicen ningún trabajo adicional en el crucero hasta que yo dé la orden. Dígales a sus equipos que se tomen un descanso, que podría ser muy largo. —Apagó el altavoz y se volvió hacia el inspector—. Puede volver a su crucero y discutir el asunto con sus superiores. Estaré aquí cuando regrese.

Perdiendo el equilibrio, el hombre de la Cofradía se apresuró a salir de la oficina administrativa.

Jessica miró a través de las ventanas transparentes a la planta de construcción, donde las figuras diminutas montaban plataformas suspensoras debajo de la superestructura mientras salían del marco del crucero. Los trabajadores se arremolinaron como insectos ocupando el suelo de la amplia caverna, sin saber qué otra cosa hacer.

En lugar de partir hacia su crucero, el inspector exigió una reunión especial con los tecnócratas. Los miembros del Consejo reaccionaron con asombro al oír lo que Rhombur había hecho, y entonces abrumaron al hombre de la Cofradía con disculpas.

La voz de Avati fue tranquilizadora:

—Esto es sólo un malentendido. El Conde Rhombur se preocupa por asuntos personales y no está pensando con lucidez. Obviamente, su decisión no está basada en los mejores intereses de la economía ixiana.

En una sesión de emergencia, los miembros del Consejo invocaron por unanimidad una cláusula oscura de la Carta Ixiana: Debido a la decisión temeraria de Rhombur que podría causar un daño irreparable a la reputación de Ix, votaron a favor de revocar su orden y pidieron que el trabajo recomenzara de nuevo. Como muestra de buena fe, reafirmaron la fecha de entrega, con la promesa de liberar el crucero como estaba previsto.

Rhombur podría protestar, pero con su base de poder disminuyendo día a día, no podía hacer nada al respecto.

Hay incontables definiciones e interpretaciones de una vida bien gastada, y también para lo opuesto. A veces hay biografías divergentes de una persona en particular. El mismo individuo puede ser tanto un demonio como un santo, e incluso un poco de los dos.

—De La Sabiduría de Muad'Dib, por la Princesa Irulan

A bordo del crucero, Rheinvar reunió a su tropa en un compartimiento enorme en donde los Wayku habían previsto que se relajaran juntos. Sus pertenencias se habían reunido en

contenedores y colocadas en una bodega de carga de la gran nave. El líder Juglar se pavoneaba yendo y viniendo, sonriendo.

—Balut es nuestra próxima sede. ¡Por primera vez en la historia, actuaremos en el famoso Teatro de lo Fragmentos!

Aunque los Danzarines Rostro no demostraron entusiasmo ni decepción, los otros miembros de la compañía aclamaron por la excitación. Bronso se animó y le dijo a Paul:

—Mi abuela era de Balut. Dama Shando…

Paul le dio un codazo. Aunque habían proporcionado sus nombres de pila, ninguno de los dos había revelado mucho sobre sus identidades. Bronso guardó silencio, pero uno de los Danzarines Rostro. —¿Sielto?— se acercó mucho más.

—¿Tu familia viene de allí, joven?

Paul dijo con voz dura:

—¿Acaso los Danzarines Rostro tienen la audiencia inusualmente aguda? ¿Y tampoco respetan la privacidad personal?

El cambiador de formas sonrió.

—El viejo Emperador Elrood tenía una concubina llamada Shando, y ella era de Balut.

—Shando es un nombre común, sobre todo después de la concubina del Emperador —dijo Bronso—. Muchas familias fantasean con que sus propias hijas puedan ir a reunirse con la corte Imperial.

—Veo. —El Danzarín Rostro era enloquecedoramente ilegible—. Eso sin duda explica la coincidencia.

Antes de llegar a Balut, Rheinvar tomó varias sesiones privadas con Paul y Bronso.

—Si ustedes dos van a ser parte de este grupo, debo enseñarle técnicas simples que los Juglares usamos para generar entusiasmo entre el público, para aumentar las emociones y hacer que la gente que amas, se animen por uno, y sigan tu ejemplo. ¿No hubo veces en sus vidas que necesitaron convencer a los demás? ¿Tal vez incluso a grandes multitudes?

—Pero no somos Maestros Juglares —dijo Paul.

—No habrá hipnosis masiva, ni técnicas telepáticas, o trucos —no es necesario que sepan esas cosas complejas. Pero por lo menos, los dos tienen que ser oradores competentes con el fin de difundir la palabra sobre varios planetas sobre nuestros próximos espectáculos. ¡Les voy a enseñar cómo hipnotizar a los oyentes!

Rheinvar se acercó más, adoptando una pose con una sonrisa totalmente sincera y cautivadora.

—Verán, gran parte de la técnica para convencer a la gente, para comprarlos, implica el uso cuidadoso de la voz y las expresiones faciales. Una vez que dominen el sutil arte de manipular a las personas —ya sea de uno en uno, o en grandes números— siempre serán capaces de alcanzar sus metas.

Mientras los dos chicos se sentaban a escuchar y Rheinvar comenzaba su instrucción, Paul recordó algunas de las lecciones que su madre le había enseñado acerca de las técnicas y manipulaciones Bene Gesserit.

Frunció el ceño, teniendo dudas.

—Si tienes que engañar a la gente para que coopere, entonces no eres una persona honorable. —Iba en contra de todo lo que el Duque Leto le había enseñado, pero recordaba haber visto un lado más duro de su padre cuando se trataba de realidades políticas.

—El honor o el deshonor dependen de cómo uno emplea su talento, no la naturaleza de los propios talentos. Seguramente no hay nada de malo en animar a la gente a asistir a un espectáculo entretenido.

Mientras los pasajeros se dirigían hacia el edificio de la terminal de Balut, Paul se sorprendió al ver tanta seguridad. Soldados enormemente vigilantes con uniformes de color rojo monitoreaban todas las salidas, todas las líneas de la gente.

—¿Más problemas internos? —le dijo a Bronso.

—Todas las Grandes y Menores de las Casas pelean con otras familias nobles, supongo. —Junto a ellos, en la cubierta, Sielto le sonrió a Paul—. Cuantos más argumentos, más clientes para nosotros. Balut es un pozo negro de saboteadores y agentes para cada lado. —Ahora que los chicos sabían su secreto, los Danzarines Rostro eran extrañamente informales sobre su profesión secundaria.

—Usted no perdió el tiempo haciendo su investigación sobre las tensiones locales, ya veo —dijo Bronso.

Sielto actuó sin amenazas, incluso confianzudo.

—Es una parte importante de mi trabajo. La familia gobernante Kio ha entrado en una alianza con la Casa Heiron, una rica familia fuera del planeta, pero de menor importancia. La Casa Heiron sólo ha estado en Balut por un par de décadas, y en verdad controlan a los más exquisitamente talentosos talladores de cristal, vidrieros y grabadores. Ahora los Heiron han trabajado su camino en el círculo interno de poder de la Gobernadora Kio.

—Y a algunas de las familias de la vieja guardia no les gusta —dijo Paul con un suspiro.

—Naturalmente. —Echó un vistazo a la multitud mientras la gente se arremolinaba. Los pasajeros que llegaban en fila pasaban a través de una serie de puntos de control.

—Ellos no quieren que Balut sea manchado por los extranjeros. —El Danzarín Rostro sonrió.

En los puestos de control de seguridad, todos los maletines de carga de la tropa, los armarios, y las jaulas de los animales recibieron un examen intensivo. Ni Paul ni Bronso llevaban documentos de identidad, ni muchos de los miembros de la compañía, por lo que pasaron a través de una investigación secundaria, donde fueron catalogados minuciosamente.

Por delante de Paul en la línea, Bronso apretó la mano contra una placa identificadora, y una luz plateada de escáner lo bañó. A diferencia de los pasajeros

anteriores, Bronso permaneció bajo el resplandor por un largo momento. Paul contuvo el aliento, pensando que de seguro habían sido capturados.

Un sospechoso oficial de uniforme rojo le pidió a Bronso que se detuviera mientras comprobaba las lecturas. Paul tragó saliva desde detrás de la línea cuando uno ellos lo separaba, y otro guardia lo desviaba a un segundo escáner, donde estaba seguro de que le desencadenaría una alerta de seguridad. Tragó saliva mientras se dirigía a través de la identificación del proceso, pero pasó sin que nadie le diera una segunda mirada.

Paul miró hacia donde el oficial uniformado observaba a Bronso de arriba hacia abajo, con el ceño fruncido.

—El escáner dice que usted es un miembro de la antigua familia noble Balut. —El niño pelirrojo estaba despeinado, con la ropa manchada y raída, un bribón peón viajando con una compañía Juglar.

—Sí, se me confunde con la realeza todo el tiempo —dijo con sarcasmo Bronso. El guardia miró a su compañero, y ambos soltaron carcajadas.

Lo empujaron y llamaron a la siguiente persona para que avanzara. Bronso se unió a Paul, secándose el sudor de la frente. Sielto los siguió de cerca.

A veces la mejor forma de buscar es ser encontrado.

—Postulado Zensunni

Una semana más tarde, en su pequeño camarote a bordo de otro crucero, Gurney tocaba su nuevo baliset, experimentando con melodías y tarareando tonos en su cabeza.

Ahora que habían dejado Chusuk sin rumbo fijo, Duncan estudiaba minuciosamente las listas de rutas estelares, tratando de imaginar adonde podría haber ido la tropa Juglar. Hasta el momento, había pasado muchos días sin respuesta.

—Tendría que ser un Mentat para resolver esto. Deberíamos haber traído a Hawat, después de todo. Paul y Bronso podrían haber bajado casi en cualquier lugar. Hay demasiados lugares posibles para que busquemos en todos.

Gurney tocó una nota equivocada.

—Ninguno de nosotros renunciará. Se lo prometimos al Duque.

Duncan dejó los papeles a un lado.

—Sí, y se lo debemos al joven Amo también. Paul ha conseguido meterse en un gran lío, pero nunca pareció el tipo de persona que necesita ser rescatada.

—Todos necesitamos ser rescatados en un momento u otro. —No era una cita familiar, sino una frase de su propia sabiduría. Gurney jugueteó con una nueva melodía.

Un camarero Wayku apareció en la puerta del camarote, con una bandeja de comida. Duncan lo miró con suspicacia.

—No pedimos comida en nuestras habitaciones.

—Está en lo correcto, pero necesitaba una razón para venir aquí. —El Wayku tenía una barba de chivo negra y gafas impenetrables sobre los ojos—. Todos hemos escuchado sobre la búsqueda de los hijos perdidos del Duque Atreides y el Conde Vernius. Paul y Bronso son sus nombres, ¿correcto?

Gurney se puso de pie, dejando el baliset de lado.

—¿Tienes alguna pista sobre los chicos?

—Tengo hechos. Mi nombre es Ennzyn. Conocí a dos chicos que concuerdan con las descripciones que he leído, y sus nombres eran Paul y Bronso.

—¿Dónde? —preguntó Duncan—. ¿Y cuándo fue la última vez que los has visto?

—Trabajaron conmigo por un tiempo en un crucero, pero cuando la Cofradía descubrió que eran polizones, fueron dejados en Chusuk. Se unieron a un grupo Juglar.

Los hombros de Gurney se desplomaron con la decepción.

—Los hemos seguido hasta allí. Perdimos su rastro después de eso.

—Hay más. Cierto miembro de esa misma compañía Juglar envió un mensaje a nosotros, desde Balut. Parece que cuando el grupo de Rheinvar llegó allí, un escáner de seguridad identificó los marcadores genéticos de la antigua familia noble de la Casa Balut, en uno de los jóvenes peones.

Duncan juntó las piezas.

—La abuela de Bronso era la Dama Shando de Balut.

—¿Detuvieron a los chicos? —espetó Gurney.

—No. Los de seguridad no tenían constancia, ni ningún interés particular en un miembro faltante de la familia Balut. Por fortuna, mi fuente se interesa por un gran número de asuntos. —El camarero Wayku entró y apoyó la bandeja de comida en una pequeña mesa, luego retiró las cubiertas para revelar una comida poco apetecible—. La cena viene gratis con la información.

—Y ¿qué es lo que le debemos por la información en sí misma? —dijo Duncan.

Ennzyn le dio una leve sonrisa.

—Desarrollé un cierto cariño hacia los chicos. Después de investigar su situación con mayor detalle, me preocupé por ellos. Aunque Bronso y Paul me parecieron tan flexibles, inteligentes, y jóvenes ingeniosos, no pueden sobrevivir por su cuenta, viajando como lo hacen. Sería suficiente recompensa para mí ayudarlos a traerlos a casa.

—¿Y por qué un miembro de la compañía Juglar ha enviado esta noticia? —Gurney sospechaba de la ausencia de demandas del Wayku.

—Los Wayku y los Juglares tienen mucho en común, viajando como lo hacemos a través de las diferentes regiones del espacio. Nuestros pueblos anhelan conocer nuevos lugares, tener nuevas experiencias, por lo que hemos desarrollado una afinidad natural el uno por el otro. La información compartida es a veces mutuamente beneficiosa.

—¿Y los chicos todavía están en Balut?

—Por lo que sé. Pero, ¿quién puede saber todos los movimientos de una tropa de Juglares?

Duncan tomó las cartas estelares de nuevo.

—Tenemos que llegar a Balut tan pronto como sea posible, Gurney.

—Desafortunadamente, este buque no va allí —dijo Ennzyn—. Van a tener que tomar una ruta alternativa en el próximo crucero. Estaría encantado de ayudarles a trazar el mejor camino.

—¿Dónde es la parada y el próximo crucero? —Gurney deseaba que su sentido de urgencia pudiera hacer que el crucero llegara más rápido.

—Ix —respondió Ennzyn.

Gurney miró fijamente a Duncan.

—Eso será muy bueno.

Los dos hombres irrumpieron en el Gran Palacio, sorprendiendo a Jessica y a Leto. Gurney consiguió pronunciar las palabras primero:

—¡Tenemos una nueva pista de los muchachos, mis Señores! Aquellos que buscan con el tiempo suficiente, y con gran fe, serán recompensados.

Duncan agregó:

—Pero tenemos que salir de inmediato, antes de que se muevan de nuevo. He comprobado los horarios de la Cofradía Espacial para poder llegar a Balut en un plazo de tres o cuatro días. Me gustaría que fuera más rápido, pero no podemos cambiar los horarios del crucero.

Rhombur convocó a su médico Suk.

—Yueh, vendrás con nosotros. Si algo le ha pasado a cualquiera de los muchachos, te necesitaré allí para ayudarlos.

Después de llamar a los funcionarios ixianos para hacer arreglos para que buscaran transporte de inmediato en el siguiente crucero de la Cofradía con destino a Balut, el Conde cibernético envió un mensaje a regañadientes a Bolig Avati.

—Tengo que hacerle saber que voy a estar lejos de Ix.

Leto no trató de ocultar su preocupación o escepticismo.

—No confío en ese hombre, Rhombur.

—¡Infiernos de Vermillion, no confío en el maldito Consejo Tecnócrata! Pero cuando estoy lejos de Ix, Avati es el administrador de facto aquí.

—Si no hubieran arruinado su posición de negociación con el inspector de la Cofradía —señaló Jessica—, podríamos haber obtenido respuestas claras días atrás.

—Uh, estoy más preocupado por lo que podrían hacer mientras estoy fuera. Los tecnócratas podrían hacerse cargo de Ix con unos pocos trazos de lápiz, y con mucho menos derramamiento de sangre de lo que los tleilaxu hicieron.

—Entonces tal vez deberíamos tomar alguna medida de prevención —dijo Leto.

Cuando llegó, el líder del Consejo hizo una reverencia descuidada.

—¿Preparándose para partir de nuevo, mi Señor Vernius? ¡Entiendo por completo! Los asuntos de la familia deben tener prioridad sobre la conducción de un planeta. Ix estará en buenas manos en su ausencia.

Leto habló en un tono nítido, como si Avati no estuviera allí.

—Rhombur, puedo ofrecerte a las tropas de estación de la Casa Atreides para que permanezcan aquí durante tu ausencia, ayudando a mantener la estabilidad. Con tu bendición, dejaremos a Duncan y Gurney aquí para llevarlo a cabo. De esa manera, Vernii se mantendrá en buena forma mientras estemos fuera y tus enemigos no percibirán ninguna debilidad.

Avati mostró clara alarma.

—No hay necesidad de un ejército de otro mundo. ¡Ix no tiene inestabilidades! Y no hay enemigos.

—Es mejor estar seguro —dijo Rhombur con una sonrisa—. El Duque tiene razón… sin mí aquí, sólo hay un Consejo de turno para supervisar los detalles administrativos. Otras Casas pueden ver a Ix como un premio indefenso. Ciertamente usted recuerda cuán fácilmente los tleilaxu se hicieron cargo cuando no estábamos preparados. ¿Quién sabe lo que puede suceder en mi ausencia? —Le complació torcer el cuchillo—. Gurney Halleck y Duncan Idaho son reconocidos en todo el Landsraad por su valentía y su fuerza. Sí, Leto, has que tus hombres envíen mensajes a Caladan. Un batallón o dos deberían ser suficientes.

—¿Un batallón? —gritó Avati.

Gurney no parecía dispuesto a quedarse atrás.

—Pero, mi Señor, ¿no deberíamos acompañarlos a ver que los niños están a salvo?

—Si mi hijo y Bronso están de hecho en Balut, los recuperaremos sin ningún problema. Tú y Duncan harán más aquí… por mi amigo Rhombur.

El Conde no pudo ocultar su evidente alivio.

—¡Gracias, Leto! Y Consejero Avati, de su plena cooperación a los representantes del Duque y la bienvenida a sus tropas cuando lleguen.

El tecnócrata se retorció, pero asintió con la cabeza.

Leto dio órdenes claras.

—Duncan y Gurney, envíen un correo de alta prioridad a Caladan y hagan que Hawat despache una fuerza de seguridad tan pronto como reciba el mensaje. Ix estará a salvo, si tengo algo que ver con eso. Eso es para lo que son los amigos.

Cada uno tiene una historia. La pregunta es, ¿cuánto de esa historia realmente ocurrió de la manera que está documentada?

—De La Vida de Muad'Dib, volumen 2, por la Princesa Irulan

El Teatro de los Fragmentos de Balut era tan impresionante que la arquitectura amenazaba con eclipsar toda la actuación. Paul y Bronso permanecieron fuera de las puertas acanaladas, mareados por la visión de millones de prismas reflectantes. En un lugar sumamente impresionante, ¿quién querría mirar a meros acróbatas y bailarines? Con sus altas torres cristalinas, sus planos en ángulo, y los espejos y lentes de intersección, el edificio parecía más bien una ilusión óptica que una estructura física. Paul pensó que podía oler la luz en todo el aire.

Instalándose en el planeta, después de haber trabajado en todos los detalles para su principal actuación en Balut durante toda una semana, el líder Juglar se puso a trabajar. En lugar de ser muy bien acogidos por el célebre Teatro de los Fragmentos, Rheinvar se preocupó por todos los posibles inconvenientes en la compleja asamblea de etapas, por los problemas de iluminación planteados por los planos no perpendiculares de las

paredes, y las complicaciones causadas por las altas torretas que magnificarían o atenuarían la acústica normal. Necesitaba ver el interior de sí mismo.

Con una escueta actitud de todos los negocios, la Gobernadora Alra Kio abrió las puertas cristalinas para dar a Rheinvar acceso completo al teatro.

—Tengo la intención de hacer el anuncio formal de mi compromiso con Preto Heiron durante su desempeño, cuando tenga una gran audiencia. Sólo le pido que su rendimiento sea perfecto —dijo con un atisbo de sonrisa—. Asegúrese de que su compañía ofrezca el espectáculo más impecable de sus carreras.

—¿Eso es todo? —preguntó Rheinvar, medio divertido.

—Eso es todo. —Aunque regordeta y conocida por ser de una edad madura, la Gobernadora Kio tenía un cuerpo y un cutis joven, sin duda, conservado a través de un pesado y costoso consumo de melange. Su prometido era mucho más joven.

El líder Juglar se quitó su sombrero blanco de copa espumosa.

—Lo que hace el cuerpo de baile está en mi campo de acción, pero le dejo la política a usted, Señora Gobernadora.

Ella se alejó, volviendo a sus oficinas y dejando a Rheinvar, Paul y Bronso caminando por la sala y evaluando qué ajustes podrían necesitar hacer. Mientras el líder Juglar se movía a lo largo, llevaba un proyector manual de cristal que mostraba los planos y las proyecciones acústicas de la zona de ejecución para poder asignar la disposición de su gran escenario.

Los tres entraron en el centro de la arena, donde la belleza superaba incluso la del adornado exterior. La Gobernadora Kio y su joven novio ocuparían sus puestos en un balcón separado en el punto focal de los proyectores de luz reflectante y los generadores de ondas de sonido.

—No a menudo encuentras un lugar cuya verdadera sustancia cumple o excede las historias de su asombro y deslumbramiento. —Con movimientos rápidos y hábiles, Rheinvar hizo anotaciones en el proyector de cristal, marcando los espejos necesarios que tenían que ser instalados, junto con la colocación correcta de los proyectores láser y los amplificadores.

—Este Teatro de los Fragmentos fue diseñado y construido hace unos cincuenta años por un famoso arquitecto… cuyo nombre no recuerdo ahora. Una de las familias gobernantes más ricas de Balut financió todo el proyecto, y los detalles se mantuvieron altamente confidenciales. Nadie más que el arquitecto tenía los planos completos.

Rheinvar bajó la voz y usó sus trucos Juglares ahora para arrastrar a los chicos en su historia.

—Pero luego, en la noche de la inauguración, se encontró al rico patriarca de la familia gobernante asesinado a manos del arquitecto. Un día después, el arquitecto también murió misteriosamente, y se dijo que fue víctima de los molestos miembros de la noble familia.

—Muy melodramática —rió Bronso—. Suena como forraje para otro juego.

Rheinvar continuó en su rica voz profesional.

—Algunos dicen que este Teatro de los Fragmentos contiene un poderoso secreto que sólo conoce el noble y el arquitecto. Esa es la historia, de todos modos. No puedo decir si es o no es verdad, pero debería serlo.

Paul miró alrededor del salón, estudiando los ángulos, los planos, los prismas y los lentes de aumento. Observó y analizó cada detalle, como su madre le había enseñado a hacer. El teatro era un experimento monumental de la física, la óptica, y la armonía.

Bronso miró a su alrededor.

—Los ingenieros de Ix se tomarían un gran tiempo deconstruyendo los ángulos y puntos de contacto en este lugar.

Rheinvar terminó de hacer anotaciones y entregó a Paul su el proyector manual de cristal.

—Este es el plan, chicos. Tienen almohadillas de tracción, ganchos, adhesivos, y pinzas de orientación. Necesito que puedan colgar espejos de mejoramiento allí, allí, y allí. Una vez que hayan terminado, ejecuten un rayo trazador para asegurarse de que las superficies estén alineadas, y a continuación, establezcan estaciones secundarias en los cinco puntos señalados en la plataforma.

Mientras Bronso parecía excitado por la responsabilidad, Paul dijo:

—¿No quieres que técnicos con más experiencia se ocupen de tan cuidadoso trabajo?

—Otros pueden ser más avezados, pero ustedes dos son ágiles y no tienen miedo.

—Yo no lo tengo, por lo menos. —Bronso lanzó una mirada burlona hacia Paul.

—Yo soy práctico y meticuloso —respondió Paul—. Así que hacemos un buen equipo. Entre los dos, vamos a lograr que se haga, señor.

El odio no debería ser tan simple, ni el perdón tan complicado.

—Conde Rhombur Vernius

El vehículo de tierra aceleró desde el espaciopuerto hacia la capital de Balut. En el asiento trasero, Jessica sólo esperaba que esta vez llegaran a tiempo. Si Paul y Bronso nuevamente se habían escapado, si la información resultaba ser una pista falsa, se sentiría aplastada… y sabía lo que aquello le haría a Leto.

A su lado, el Duque mantenía sus emociones externas firmemente bajo control, pero una larga familiaridad le permitió leer sus preocupaciones. Era un hombre rígido que había sufrido muchas tragedias que cubrían sus emociones como cicatrices duras, como las que surcaban en el cuerpo de un guerrero experimentado.

Jessica habló suavemente.

—Una vez que hallemos a Paul, averiguaremos lo que hizo, y por qué.

En la respuesta de Leto, oyó el tono de enojo que ocultaba su preocupación.

—Estaré interesado en escuchar su explicación.

Leto no solía mostrar calidez abierta hacia Paul, manteniendo lo que él consideraba una distancia decorosa, para que su hijo pudiera prepararse mejor para ser el próximo Duque de Caladan. Pero la formalidad no engañaba a Jessica. Desde que Bronso y Paul habían huido, Leto había estado muy preocupado, angustiado incluso considerando lo que

él haría si perdía a su hijo. Sólo los más cercanos al Duque podían ver la ira… y mucho menos pasar por alto su miedo.

El Conde Rhombur encorvaba su cuerpo cibernético en un ancho asiento contiguo con el Dr. Yueh apretado en su lado. Rhombur sentía una ansiedad intensa, con una capa adicional de culpa, ya que estaba seguro de que sus palabras habían impulsado el escape de Bronso.

Mientras Leto miraba con impaciencia hacia adelante, el Conde cibernético dijo:

—No regañes demasiado a tu chico, Leto. Infiernos de Vermillion, apostaría que Paul lo hizo por un sentido del honor, para proteger a Bronso. Les hicimos jurar que se cuidarían entre sí. Tú habrías hecho lo mismo por mí, cuando éramos más jóvenes.

—No fuimos tan tontos como ellos dos.

Rhombur rió.

—Oh, tuvimos nuestros momentos.

El vehículo se los llevó directamente a una extensión de césped bordeada de arces y robles balutianos. Varios vehículos militares rodeaban un área donde se habían creado grandes tiendas de campaña, y soldados uniformados se pavoneaban, llevando sus armas. Detrás del cordón, varios intérpretes Juglares inquietos estaban alrededor, preocupados por todo el alboroto.

—La Gobernadora Kio realmente ha tomado esto en serio —dijo Leto.

—Cuando me comuniqué con ella, sólo tuve que decir que mi madre era de la familia noble de Balut. Dama Shando todavía es venerada aquí. —Su rostro lleno de cicatrices mostró una sonrisa nerviosa—. La Gobernadora se comprometió a evitar que los miembros de la tropa Juglar escaparan.

Jessica salió con sus compañeros y vio a una mujer morena regordeta seguida por un séquito de hombres vestidos formalmente. Alra Kio era pura sonrisa, feliz de ganar la buena voluntad de ambas Grandes Casas.

—Duque Leto, Conde Rhombur —sus hijos están a salvo. Rheinvar estaba bastante asombrado cuando le revelamos la verdadera identidad de sus dos peones.

Rhombur estaba listo para continuar su avance.

—¿Dónde están los muchachos?

Una puerta de la tienda crujió detrás del grupo de militares, y Paul salió de una de las tiendas de campaña, vestido con una túnica blanca y pantalones oscuros. Su cabello negro estaba despeinado, y una mancha de suciedad cruzaba su frente. Al ver a sus padres, se alegró y corrió hacia ellos sin ninguna vacilación.

—Estoy tan contento de verlos. ¿Cómo nos hallaron?

Imperturbable, abrazó a su padre primero, pero el Duque lo retiró torpemente, y con frialdad le estrechó la mano al muchacho. Jessica pudo ver la alegría y alivio de Leto casi estallando, pero encerrado todo en el interior.

—Estoy feliz de que estés sano y salvo, hijo. Fue un riesgo insensato el que tomaste, poniendo en peligro a la Casa Atreides y sin tener en cuenta por completo tus responsabilidades. Podrías haber…

Jessica apretó a Paul en un abrazo aplastante.

—¡Estábamos tan preocupados por ti!

Paul vio que su madre arrugaba la nariz ante los desagradables olores de su transpiración… su ropa húmeda.

—Bronso y yo trabajamos con los animales e hicimos otros trabajos. Tengo tanto que contarles a los dos.

Leto permaneció firme, y Jessica comprendió por qué sentía que tenía que ser tan duro.

—Sí, lo tienes.

—No hice caso omiso de mi responsabilidad, señor. Yo…

Con muchas más dudas de las que Paul había mostrado, otro chico apareció en la abertura de la tienda. Rhombur corrió pesadamente hacia él, seguido de cerca por el doctor Yueh.

—¡Bronso!

El muchacho pelirrojo cruzó los brazos sobre su pecho y miró al príncipe cibernético. Hinchado con la ira y el resentimiento, luchó por mantener su dura fachada, pero las palabras se derramaron fuera de la boca de Rhombur.

—Oh, Bronso. Sé que manejé mal nuestra situación. Lo siento. Por favor, perdóname —¡no puedo perder tanto a Tessia como a ti! Tuvimos una buena relación antes— uh, ¿no podemos volver a eso y hablar de lo que pasó entre nosotros?

La voz de Bronso fue tan fría como el gris plazcrete de sus ojos; había estado conteniendo las palabras dentro suyo por algún tiempo, probablemente incluso las había ensayado durante un enfrentamiento imaginario con Rhombur.

—¿Quieres que me olvide que me has mentido toda mi vida? ¿Que no eres mi verdadero padre?

Rhombur se negó a aceptar la culpa.

—Un verdadero padre es el que le da un hogar y que cría, el que entrena y enseña y que ama sin importar nada. Un verdadero padre viajaría a través de toda la galaxia para encontrarte, dejando atrás todo lo demás, porque nada más le importa tanto.

El tiempo pareció haberse congelado alrededor de ellos, y Jessica anhelaba ver aquella situación resuelta. Miró implorante a Bronso. *¡Llega a él, muchacho!*

Una expresión de remordimiento sombrío surcó el rostro del joven mientras miraba a Rhombur.

Jessica se preguntó si sólo veía a un hombre cibernético que estaba roto y deficiente en muchos aspectos. Bronso desplegó sus brazos, exhalando un profundo suspiro, y después de un momento de largo silencio, comenzó a llorar.

—¿Y mi madre? ¿Las brujas todavía la tienen?

—La tienen. —Rhombur llevó al chico contra su pecho artificial—. Te lo prometo, tú y yo viajaremos juntos a Wallach IX a verla. Iremos en cuanto nos vayamos de aquí, y no me importa cómo se sentirán las Hermanas al respecto. Me gustaría que me detuvieran para verla. —Dio un paso atrás, mirando al chico—. Entonces, cuando volvamos a Ix,

asistiremos a las reuniones del Consejo juntos. Nos mantendremos firmes en contra de los tecnócratas como una unida Casa Vernius. Podemos ser lo suficientemente fuertes como para hacer cualquier cosa.

No pudieron conseguir reservar pasajes hacia Caladan por tres días. Estimulando el suelo dentro de las finas hospederías que la Gobernadora Kio había proporcionado, el Duque Leto frunció el ceño ante el plan impreso de transportes, entonces lo puso a un lado en una mesa auxiliar rematada de plaz.

—No vamos a dejar Balut tan pronto como esperaba.

Paul no estaba decepcionado en lo más mínimo. Una vez en casa en Caladan, volvería a ser entrenado como un noble del Landsraad y Bronso volvería a la tecnocracia en Ix, sus días sin preocupaciones terminaban.

—Eso significa que vamos a estar aquí para el espectáculo. Pueden ver a los Juglares en acción. Sus Danzarines Rostro no se parecen a nada de lo que hayan visto…

—No tengo ningún interés en acróbatas o en cambiadores de forma. —Durante más de un día, Leto había mantenido un barniz de desagrado por lo que Paul había hecho, aunque el Duque no podía ocultar del todo su profundo alivio.

Paul había admitido su culpabilidad y se disculpó, aunque no pudo negar el sentido del honor que sentía hacia el cuidado de Bronso. Él le había explicado por qué había sentido la necesidad de quedarse con el hijo de Rhombur, sin importarle nada. Ahora, se enfrentaba a su padre con una creciente sensación de confianza.

—Señor, me enviaste a aprender. Antes de eso, me enseñaste acerca de la política y del liderazgo, mientras que Thufir, Duncan, y Gurney me enseñaron a luchar y defenderme. La tropa de Rheinvar nos mostró cómo afectar grandes multitudes, la forma de mejorar sus emociones y reacciones. ¿No es un conocimiento útil que un Duque puede tener?

—¿Quieres decir que has aprendido cómo engañar y manipular a la gente?

Paul bajó los ojos, cuidadoso de no discutir.

—Creo que hay un lugar para la elocución carismática en el arte de gobernar, señor.

Jessica intercedió en un tono cuidadosamente controlado de la *Voz*.

—Las Bene Gesserit enseñan esas cosas también. Paul se enfrentará a peligros inesperados y crisis cuando se convierta en Duque. ¿Por qué oponerse a cualquier habilidad de la que pueda hacer uso? Él tiene las herramientas a utilizar, ahora confía en que también tenga los fundamentos de honor y morales para saber cuándo, y cuando no, usarlos.

Leto permaneció rígido, sin respuesta…

Esa misma tarde, Rhombur Vernius llegó a la puerta para hablar en nombre de Paul. El príncipe cibernético sabía muy bien que Bronso había sido quien había instigado el vuelo temerario desde Ix.

—Debería haber estado allí para proteger a los muchachos, Leto, incluso después de lo que pasó con Tessia. Paul hizo lo más honorable. Te ruego, no lo castigues. Sin su coraje, Bronso muy bien podría haberse perdido o muerto.

Por último, la severidad de Leto se derritió como la escarcha en una de las ventanas de Castel en una mañana de otoño. Se vio obligado a admitir:

—Yo le hice jurar a Paul cuidar a tu hijo.

Sin embargo, el Duque no tardaría en olvidar, y no dejaría que su hijo se olvidara, tampoco. Cuando el gobierno de Balut los invitó a todos a un banquete en la noche anterior a la actuación Juglar programada, Leto le dijo a Paul que tomara su comida solo y reflexionara sobre las consecuencias de su tonta y apresurada decisión, sin importar sus buenas intenciones hacia Bronso Vernius.

Dejado solitariamente en sus cuartos de huéspedes, Paul consideró lo difícil que la tropa de Rheinvar debía haber luchado para montar el resto del escenario y los complejos mecanismos de efectos especiales en el interior del Teatro de los Fragmentos; los artistas estarían ensayando repetidamente. Paul anhelaba estar allí ayudando.

Pero algo le preocupaba. No les había dicho a sus padres que había asesinos Danzarines Rostro en la tropa Juglar. Era el tipo de problema que deseaba sacarse de encima, pero si le explicaba, su padre se molestaría aún más con él y se tornaría aún más crítico. Paul no sabía cómo expresarlo, pero sabía que tendría que encontrar una manera. Los «asesinatos necesarios» ciertamente no eran ideales de la Casa Atreides.

Un criado de librea de Balut apareció en la puerta con una bandeja de platos preparados por los mejores chefs de la gobernadora. Los ricos aromas flotaron por encima de las placas cubiertas haciendo retumbar el estómago de Paul. El siervo puso la bandeja sobre la mesa y quitó los revestimientos con broche de oro con una fluidez actoral. Paul le agradeció distraídamente, y el hombre se enderezó, encontrando su mirada.

—No me lo agradezcas todavía.

Instantáneamente en guardia, Paul observó que las características del rostro del sirviente se sacudían y tomaban otra forma familiar.

—¿Sielto?

—Puedes llamarme así.

Paul no presionó por una respuesta más definitiva.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Rheinvar está de acuerdo?

—Entregar una nota de advertencia va totalmente en contra del protocolo, pero… —El Danzarín Rostro se encogió de hombros—. Decidí hacer una excepción en este caso, ya que he elegido involucrarme —por sobre interferir— cuando informé al Wayku de tu identidad y paradero. Así es como tu familia supo que estabas en Balut.

—¿Hiciste eso? ¿Por qué?

—Debido a que los dos se metieron en esta vida, pero no pertenecen aquí. Tú y tu compañero lograrán grandes cosas, pero no si permanecen con una itinerante compañía de Juglares.

Paul frunció el ceño.

—No estoy seguro de por qué me estás diciendo esto.

—Incluso una obra puede transmitir más drama de lo que parece a simple vista.

—¿Una obra? ¿Te refieres a la actuación de mañana, o…?

—Todo es parte de la actuación, y nadie tiene el guión completo.

—¿Una nota de advertencia? ¿Más drama de lo que parece? ¿Hay alguien en peligro?

—Todo el mundo está en peligro, hasta los jóvenes, todos los días. El peligro puede venir de cualquier parte, y afectar a cualquier persona. Puede venir en cualquier forma o paquete. Simplemente no bajes la guardia, joven amigo, a pesar de que no esté en el guión. —Las características de Sielto reanudaron la apariencia de un siervo de Balut, y se marchó sin decir una palabra, aunque Paul tenía muchas más preguntas.

Las crípticas palabras de Sielto subieron bastante al nivel de advertencia. Para Paul, aquello sonaba más filosófico. Pero Sielto no había venido simplemente a filosofar con Paul. Algo más tenía que estar sucediendo. ¿Un guión? ¿Significaba eso un complot?

A solas en su habitación, el joven descubrió que los alimentos que ya no lo tentaban.

Thufir Hawat le había dicho que nunca bajara la guardia, y ese hábito se había convertido en una segunda naturaleza para Paul. No pudo imaginar cuánta más seguridad podría montar la Gobernadora Kio. Incluso sin detalles, decidió que tendría que decirle a su padre, aunque no viera con interés la conversación.

Mientras la audiencia es cautivada por el espectáculo en sí, a veces deberían preguntarse a sí mismos: ¿A expensas de quién está derivado el entretenimiento?

—Rheinvar el Magnífico

Cuando el gran espectáculo Juglar comenzó en el interior del Teatro de los Fragmentos, Paul estaba inundado de emociones. Apenas unos días atrás, había sido parte de aquel espectáculo detrás de escena, un peón sin nombre; ahora se hallaba con su familia por encima del escenario, en un palco privado en un balcón, el hijo de un noble del Landsraad ocupando uno de los mejores asientos del lugar, ante la insistencia de la Gobernadora Kio. Se removió en el Balcón de la Gobernadora, sintiéndose un extranjero.

Junto a él, su padre se sentaba con una chaqueta formal negra adornada con el escudo halcón de los Atreides, mientras que la Gobernadora le había proporcionado a Paul una chaqueta oscura similar. Jessica se veía preciosa en un vestido de color verde oscuro salpicado de diamantes de hielo, muy parecidos a los que adornaban el traje de Rheinvar el Magnífico.

Después de que Paul hubiera recibido el misterioso aviso y no específico de Sielto, revelando cómo los Danzarines Rostro a veces se involucraban en asesinatos subrepticios, el Duque Leto había fruncido el ceño, y luego enviado un mensaje a la Gobernadora Kio para aumentar sus medidas de seguridad.

Pero Leto había decidido no ocultarse.

—Siempre hay amenazas contra nosotros, Paul, y no podemos dejar que nos impidan salir en público. Como el viejo Duque solía decirme: «Si el miedo nos gobierna, no merecemos gobernar».

Paul se había sentado tranquilamente en su habitación, la comida casi sin tocar sobre la mesa, su estómago crujiendo. Odiaba que su padre, a quien admiraba enormemente, estuviera decepcionado por él.

—Haré lo mejor, señor. Lo prometo.

—Mira, no lo hagas. —Las características del Duque Leto se suavizaron luego—. Además, no me gustaría perderme un espectáculo que es tan importante para ti.

Sorprendentemente, el Duque parecía ahora totalmente a gusto, sin miedo a nada, impartiendo sentimientos similares a Paul. Cuando él y su familia recibieron la invitación al teatro, de inmediato se dieron cuenta de la mayor seguridad. Guardias rojos uniformados de la Gobernadora Kio estaban en alerta máxima, inspeccionando a todos los que participaban en los locales, utilizando cuidadosamente escáneres para buscar armas, enviando equipos de búsqueda por todos los rincones del edificio. Por supuesto, Sielto y sus cohortes Danzarines Rostro eran capaces de lucir como cualquiera, pero al menos Paul se sintió seguro que no serían capaces de hacerse pasar por cualquiera para poder contrabandear armas a su antojo.

Por debajo de ellos en la panorámica arena del espectáculo, el vivaz líder Juglar delimitaba en el escenario mientras las luces de color rosa se reflejaban y se intensificaban en el arco iris de la arquitectura cristalina. La voz de Rheinvar retumbó en toda la cámara llena de miles de espectadores.

—Cada miembro de la audiencia es nuestro amigo. Damos la bienvenida a todos ustedes para celebrar el reciente compromiso de la Gobernadora Kio con Preto Heiron. —Levantó los brazos para llamar la atención de los espectadores, como si fuera una fuente dominante de gravedad.

Desde la altura de su asiento en el centro del palco especial, Alra Kio se elevó majestuosamente sobre sus pies. Llevaba una tiara de hilos de oro sobre su pelo oscuro, y su vestido brillaba con pliegues delgados de vidrio tejido. Extendió la mano izquierda para tomar la de Preto, haciendo que el joven y musculoso artista se pusiera en pie a su lado. Su novio mostraba un entusiasmo juvenil, así como un poco de timidez, mientras se inclinaba hacia las vastas multitudes.

Cuando el público aplaudió, Paul sintió que los aplausos no eran tan exuberantes como deberían haber sido. La Gobernadora Kio estudiadamente demostraba que no se había dado cuenta de nada fuera de lugar, pero las secciones enteras de las gradas sonaban silenciosas.

Paul no podía dejar de pensar en los comentarios impares de Sielto. Los sentidos aumentados del Danzarín Rostro le hubieran alertado sobre las disputas en los círculos de los nobles locales. ¿Habían sido contratados para realizar otro «asesinato necesario»? ¿O había un peligro diferente?

El Conde Rhombur Vernius se sentaba a la derecha de la Gobernadora en un asiento reforzado. Sus túnicas de Estado eran formales y una faja suelta cubría las prótesis más evidentes, pero sus cicatrices no podían ser ocultadas; los motores que impulsaban su cuerpo zumbaban con un poder bien contenido

Atentos a su paciente a largo plazo, el doctor Wellington Yueh tenía un asiento en la parte trasera del palco, desde donde podía vigilar a Rhombur más fácilmente, aunque con una visión reducida de la actuación. Junto al Conde y a través del balcón de Paul, Bronso esperaba ansiosamente a que los artistas coparan el escenario. Parecía fascinado por las actuaciones ilusorias y las luces deslumbrantes que habían ayudado a instalar.

Buscando en las sutilezas de expresión y en el lenguaje corporal, como su madre le había enseñado a identificar, Paul pudo decir que Bronso y su padre estaban agotados. A pesar de que no había tenido acceso a sus discusiones, Paul podía imaginar cómo ambos habían drenado lo que debían sentir. Su relación padre-hijo se había convertido en un huracán, los bonos hilados se habían desgarrado y luego nuevamente fusionados en una construcción frágil que sólo el tiempo podría fortalecer.

Después de una mirada a Paul, el chico pelirrojo miró hacia otro lado en aparente vergüenza y lástima. Rhombur parecía más molesto con Bronso porque había puesto al hijo del Duque Leto en peligro, a causa de los tontos riesgos que el muchacho había tomado para sí mismo.

Después de que el líder Juglar terminara su anuncio, los artistas Danzarines Rostro corrieron a la plataforma de exhibición en enormes trajes volantes, exageraciones ridículas de modas nobles, con peinados que estaban a la mitad por un lado y tan altos por otro… y mangas con la boca abierta lo suficientemente voluminosas para envolver a bebés. El aire brillaba y los holo-conjuntos solidificados creaban una ilusión translúcida a través de la cual penetraban los reflejos brillantes de las facetas cristalinas.

Un generador de niebla arrojó humaredas ondeantes en la parte superior de la arena para simular nubes de tormenta. Luces estroboscópicas y láseres destellaron, rebotando rayos en los reflectantes espejos en un hermoso tapiz de luz. En un vozarrón, Rheinvar gritó a sus intérpretes:

—¿Qué están esperando? ¡Qué empiece el espectáculo!

Difundiendo las alas de sus enormes y emplumados trajes, dos de los artistas más ágiles saltaron de altos estantes transparentes, impulsados por suspensores ocultos en sus trajes. Se abalanzaron como halcones hasta el escenario, y luego los artistas alados se mezclaron internándose en la nube brumosa, seguido por una maraña de vigas que esbozaban un neto en el aire. La multitud dejó escapar un grito ahogado, luego aplaudió ruidosamente.

Admirando los aspectos técnicos de las pantallas, Paul miró la disposición de los espejos que él y Bronso habían instalado, siguió las líneas, y recordó el modelo que había probado muchas veces. La telaraña se complicaba, compuesta de muchos hilos de luz, pero había sido meticuloso en la creación de la red, y recordó cada paso del proceso.

Poco a poco, sin embargo, comenzó a sentir algo sutilmente fuera de lugar. Él y Bronso habían seguido instrucciones precisas de Rheinvar: probando las trayectorias de los rayos, alineando cada espejo, chequeando y volviendo a chequear el control de las reflexiones. Conocía cada hebra de la pauta que habían establecido, así como los cinco amplificadores.

Aunque el notable tapiz de luz era hermoso y vertiginoso, vio que algunos de los ángulos estaban equivocados. Varias intersecciones clave no estaban en los lugares correctos. Nadie más lo habría notado, pero Paul vio líneas adicionales, fuera de los vértices en donde debían. Era como si hubiera esperado una estrella de cinco puntas, pero en cambio viera una estrella de sólo seis puntas decenas de veces más intrincadas que esto.

Trató de llamar la atención de Bronso, pero su amigo estaba en el lado opuesto de la terraza, absorto en la actuación.

Acelerándosele el pulso, Paul volvió su atención a los espejos y estudió de arriba hacia abajo a las paredes prismáticas, en un esfuerzo por entender lo que había cambiado.

Al poco tiempo, uno de los mayores destellos estaba programado para llevarse a cabo, una red de pesca de madejas incandescentes de luz, en un punto culminante al final del primer acto.

No pudo encontrar otra respuesta: Alguien había subido hasta allí, movido las superficies reflectantes, y añadido una subestación que parecía similar a las otras… un amplificador. Pero, ¿quién habría puesto un amplificador allí?

Quizás Rheinvar había pedido a otros miembros de su equipo de escenario que cambiaran la configuración. Tal vez la explicación era tan simple e inocente.

Por otra parte, Sielto le había advertido…

Mientras los actores Danzarines Rostro alcanzaron un crescendo, Paul se levantó de su asiento.

La tormenta simulada construida, y el estruendo sónico del trueno resonaron dentro del magnífico Teatro de los Fragmentos.

La mirada de Paul trazó la siguiente red de trayectorias de rayos que iba a converger, y de pronto se supo que el amplificador añadido significaba que algo andaba mal, algo que podía utilizar la arquitectura del propio Teatro para un propósito peligroso.

No tenía tiempo de explicarle a su padre, pero sabía lo que tenía que hacer.

La tormenta dramática alcanzó su clímax, y los Danzarines Rostro voladores aterrizaron entre las otras figuras disfrazados para una danza compleja que serviría como el final de la primera mitad del espectáculo.

Paul le gritó a Alra Kio.

—¡Gobernadora, cuidado! —Ella hizo un gesto desdeñoso en medio del auge de los truenos simulados, pero Paul se lanzó contra la Gobernadora, haciéndola caer de su silla sobre Preto Heiron. Todos cayeron al suelo.

Un baile de hilos de luz caliente rebotó de espejo en espejo, bombeándose a través del amplificador y se convirtió en una maza de energía. La explosión de calor y aire ionizado vaporizó la silla tambaleante en donde se había sentado la Gobernadora, rociando fragmentos de madera en todas direcciones como dardos astillados. Desviadas por el balcón prismático, se incendiaron banderolas colgantes en las vigas secundarias, una pequeña mesa de buffet y un guardia de uniforme rojo.

El pulso duró menos de un segundo, y en el repentino silencio cegador, los miembros del grupo de Rheinvar tropezaron en su danza. El público atónito vaciló con una respiración contenida colectiva, tratando de entender si lo que acababan de ver era parte de la actuación. Una gran humareda de polvo negro en el Balcón de la Gobernadora mostraba donde el rayo mortal había golpeado.

El Duque Leto agarró el hombro de su hijo.

—Paul, ¿estás bien?

El joven se puso nuevamente en pie, tratando de recobrar la compostura.

—Ella estaba en peligro, señor. Hice lo que había que hacer.

La Gobernadora parecía en estado de shock, y luego gritó a sus guardias.

—¡Y todos ustedes lo pasaron por alto, a pesar de la advertencia de este niño y su padre! Habrá un examen a fondo, y quiero que toda persona culpable sea detenida.

Los guardias de Balut lograron extinguir el fuego y bloquearon las salidas, como si esperaran un asalto militar completo en el balcón privado. El Dr. Yueh comprobó rápidamente a Kio y a Preto Heiron por lesiones.

La aterrorizada audiencia comenzó a correr de sus asientos, tratando de escapar, otros empujando en pánico haciendo sus caminos a las salidas. Abajo, ujieres y hombres de seguridad requisaron el sistema de megafonía y exigieron que el espectáculo se cerrara y todos permanecieran en sus asientos. Pocas personas atendieron a sus llamados de calma.

En la arena principal, un Rheinvar frenético y sus Danzarines Rostro se agrupaban juntos en el centro del escenario. Los artistas voladores se habían despojado de sus alas de vestuario y ahora toda la tropa estaba de pie espalda con espalda, dispuesta a luchar por sus vidas si la multitud se volvía contra ellos. Mientras Paul los miraba, ondearon en su visión, y otros miembros de la audiencia aullaron, gritando hacia el escenario.

Paul vio lo que otros no vieron, que Rheinvar había utilizado sus poderes de Maestro Juglar para camuflar a su compañía, por lo que habían desaparecido de la vista de la mayoría de la audiencia. ¿Eran todos parte del intento fallido de asesinato, o simplemente se protegían de una multitud?

—Se ha acabado —dijo Jessica—. Paul, salvaste la vida de la Gobernadora, tal vez todas sus vidas.

Los guardias comenzaron a inundar el balcón, demasiado tarde para hacer algo, pero buscaron a otros asesinos subrepticios.

Leto sacudía la cabeza cuando la ira inundó su expresión tormentosa.

—¿Cómo lo supiste, Paul? ¿Qué has visto?

De pie en donde había estado la silla de la Gobernadora, Paul se explicó, tratando de recuperar el aliento.

—La trayectoria de los rayos se cambió, y se añadieron espejos y amplificadores. Con su arquitectura, el propio teatro se convirtió en un arma. Si se estudian los planos del área de desempeño, entenderán lo que quiero decir.

Rhombur se adelantó, sonriendo a Paul.

—¡Infiernos de Vermillion, muy buen trabajo, joven!

Paul no quiso tomar todo el crédito.

—Bronso podría haberlo visto, también.

El otro niño se acercó, con su rostro pálido, y los ojos muy abiertos.

—Debería haberme dado cuenta antes. Rheinvar nos habló del arquitecto original, el secreto perdido del teatro que murió con él. El Teatro de los Fragmentos fue diseñado como un conjunto de lentes de enfoque precisamente para este tipo de asesinatos. Al parecer, el secreto no se perdió por completo.

Rhombur palmeó a Paul en el hombro, apenas conteniendo la fuerza de sus extremidades artificiales.

—Pero fuiste tú, joven. ¡Leto, debes estar orgulloso de él!

—Nunca dudes de lo orgulloso que estoy de mi hijo, Rhombur. Él lo sabe.

A continuación, el conde cibernético hizo una pausa, como si algo le hiciera cosquillas en la parte posterior de su mente. Una docena de guardias se asomaban alrededor de la zona del balcón; otros ya habían llevado a la Gobernadora a un lugar seguro. Los gritos y la confusión hicieron que el ruido de fondo en la arena fuera ensordecedor, pero Rhombur continuó concentrado, usando su mayor audiencia.

—¿Oyen esa vibración? ¿Ese tono agudo?

Alertado ahora, Paul sintió el apoyo cristalino de la estructura del balcón zumbando como una sintonía

—¿Una especie de resonancia? —preguntó. De repente se dio cuenta de que la estructura del Teatro de los Fragmentos había sido diseñada para reflejar e intensificar no sólo la luz, sino también el sonido.

¿Qué pasaba si el láser sólo había sido una salva de apertura? ¿Un disparador que establecía las vibraciones en todas las capas de cristal, reflejando rayos de un lado a otro en una onda estacionaria? El sonido seguiría construyéndose, pero la demora podría ser suficiente para atraer a otros más cerca…

Rhombur se trasladó con toda la fuerza y la velocidad de su cuerpo cibernético que pudo. Hizo a Bronso a un costado mientras empujaba Paul al otro lado de la terraza.

—¡Muévete!

Pero no pudo escapar él mismo. El martillo acústico invisible pero intenso se estrelló contra Rhombur como dos cruceros que chocan, destrozándolo entre un par de paredes sónicas que se aproximaban.

Se retorció.

Los ecos de la explosión dañaron los oídos de Paul, e hicieron que su cráneo vibrara con un timbre. Se levantó sobre sus manos y rodillas, y miró a su alrededor. Sus padres habían sido noqueados; Jessica se tambaleó, desorientada, pero no estaba gravemente herida.

Paul estaba aturdido, y el timbre se quedó en el fondo de su mente. Una trampa… una doble trampa. En primer lugar, la explosión concentrada de los láseres sumados, y momentos después una segunda avalancha sónica. Golpes asesinos de luz y sonido.

Tres de los guardias de Kio fueron aplastados, cayendo al suelo, muertos instantáneamente. Pero Rhombur…

Incluso con sus refuerzos artificiales, el torso forrado de polímero y los brazos protésicos, la columna vertebral del conde cibernético estaba doblada como si alguien hubiera tomado sus hombros y la pelvis, y luego lo retorciera como la tapa de un frasco terco. Su prótesis de brazo derecho se plegaba sobre sí misma. La sangre corría por su nariz y sus ojos, y un lavado de hemorragias pulposas oscurecía sus mejillas debajo de la piel.

—¡Rhombur! —Leto se dejó caer junto a su amigo que había estado en el centro de la explosión invisible—. ¡Yueh, ayúdale!

El doctor Suk llevaba un botiquín mínimo en todo momento, pero nada era suficiente para aquello. Angustiado, Yueh se arrodilló junto a los restos destruidos de su paciente más importante.

Bronso estaba de rodillas, sollozando sobre el hombre caído. Tocó su hombro destrozado.

—¡Padre… Padre! ¡Ahora no —no puedo conducir la Casa Vernius sin ti! ¡Hay demasiado en juego, aún tenemos muchas cosas que decirnos!

El Conde Rhombur Vernius abrió los ojos, y un graznido de sonido ininteligible se deslizó fuera de su garganta. Sus pulmones artificiales estaban dañados, y apenas podía respirar. Líquidos de sangre y nutrientes cubrieron su rostro y se filtraron en el suelo.

Inclinado sobre él, Bronso continuó:

—¡Te amo —te perdono! Siento por lo que hice, por dejarte, por negarte como…

Rhombur tembló, se recuperó, y reunió unos últimos jirones de energía. Sin poder ver a nadie, apenas logró transformar sus pensamientos rotos en palabras.

Bronso se inclinó, desesperado por oír las últimas palabras de su padre.

Rhombur susurró:

—¿Paul está… a salvo?

Luego se estremeció, y murió.

Bronso se tambaleó hacia atrás como si hubiera sido golpeado por una explosión física. Paul dio un paso más cerca para decirle cuánto lo sentía, pero Bronso se agitó hacia él, y luego cayó llorando junto al cuerpo destrozado y sin vida.

Una pequeña tragedia puede borrar años de amistad.

—Thufir Hawat, Maestro de Armas de la Casa Atreides

En los días posteriores al ataque, la Gobernadora Kio lanzó una vigorosa —algunos la tildaron de excesiva— investigación. Los herederos de las tres familias de nobles de la vieja guardia pronto fueron implicados en el complot y, aunque la evidencia era pobre, fueron ejecutados sumariamente en la oscuridad de la noche. Después, Kio se apoderó de los bienes de las familias culpables, y se casó prontamente con Preto Heiron.

A Paul no le importaba en lo más mínimo la política local. Había sido incapaz de dormir después de la terrible tragedia en el teatro. En aquel momento crítico, Rhombur

había arrojado a Bronso a un costado, pero su movimiento reactivo había sido para salvar a Paul. Durante aquel instante, en ese punto al tomar una decisión, no había estado pensando en su propio hijo. Y Bronso lo vio todo.

En los días mientras esperaba por un crucero con destino a Ix, Bronso Vernius se asiló a sí mismo en sus habitaciones, en duelo. Haciendo caso omiso de toda la compañía, se negó a ver a Paul, y dio la espalda a todos, destrozado por lo que había presenciado, sintiéndose traicionado por Paul, así como por su propio padre.

¿Paul está a salvo? Las palabras eran como el giro de un cuchillo. Bronso dejaría Balut tan pronto como fuera posible, llevándose el cuerpo destrozado de Rhombur con él.

El Duque Leto negó con la cabeza, sentado a solas con Paul.

—Ese joven es el único superviviente de la Casa Vernius, el gobernante de Ix, pero es suave y sin experiencia. Me temo que los tecnócratas tomarán el control y lo convertirán en nada más que un títere.

—¿Por qué no quiere hablar conmigo? —dijo Paul—. Hemos pasado por muchas cosas juntos. Pensé que habríamos hecho cualquier cosa el uno por el otro.

Introspectivo ahora, Leto rara vez dejaba de lado a Paul, contando con nostalgia historias de cómo él y Rhombur una vez habían ido de buceo en busca de las gemas de coral y cómo las piedras volátiles habían puesto su buque en llamas. Habló de cómo Rhombur había salvado un crucero de la Cofradía cuando el Navegante se había incapacitado por el gas de especia contaminado… cómo los ejércitos Atreides y las fuerzas leales de los Vernius habían luchado codo con codo para recuperar Ix de los invasores tleilaxu. Paul había escuchado aquellos cuentos legendarios muchas veces antes, pero ahora dejó que su padre los contara, debido a que el Duque tenía que revivir tales recuerdos.

La Gobernadora Kio organizó una celebración improvisada para Paul, durante la cual lo recompensó por sus inteligentes y abnegadas acciones en salvarla del complot de asesinato. Paul no tuvo interés en los premios o en los reconocimientos, y sintió que el espectáculo de apreciación era inapropiado después de la muerte del pobre Rhombur. La ceremonia fue sólo otra bofetada al ya lastimado rostro de Bronso.

En el alboroto tras el ataque, Rheinvar, sus Danzarines Rostro, los artistas y los miembros de su tripulación de viaje fueron arrestados, separados, y encarcelados en celdas permanentes. Incluso un Maestro Juglar no podía mantener sus ilusiones e hipnosis generalizadas durante mucho tiempo, en contra de tanta gente que aullaba por su sangre. Habían sido capturados… y culpados.

Paul vio desde el principio que la gente de Balut —y la Gobernadora Kio misma— necesitaban chivos expiatorios, y que los miembros de la compañía serían unos muy buenos. Sin embargo, debido a que Paul le había salvado la vida, porque ella le ofrecía una recompensa con más que una mera medalla, él presionó su ventaja. En la ceremonia de agradecimiento delante de una gran multitud, le pidió que le concediera una única petición: que a Rheinvar y a su grupo se les permitiera salir con seguridad de Balut, con

la condición de que nunca regresaran. Aunque ella se quejó, Kio emitió a regañadientes el comando.

—Eran mis amigos, Padre —explicó Paul—. Ellos nos protegieron a Bronso y a mí, nos mantuvieron a salvo y me enseñaron mucho.

Nunca olvidaría su tiempo entre los Juglares, aunque temía que nunca volvería a ver a Bronso nuevamente.

Dos semanas después de que todos regresaran a Caladan, cargamentos inesperados de las fuerzas militares Atreides llegaron en el espaciopuerto, los dos batallones que Leto había enviado para ayudar a la Casa Vernius. Los soldados uniformados marcharon desde los numerosos medios de transporte, pero no parecían contentos de estar en casa, al menos no en aquellas circunstancias.

Duncan y Gurney surgieron, ambos luciendo nerviosos y enojados. Gurney emitió su informe:

—Fuimos expulsados de Ix, mi Señor. Bronso Vernius nos desalojó tan pronto regresó al Gran Palacio. ¡Dioses de las profundidades, nos dio tres horas para empacar y llegar a un crucero que aguardaba!

—¡Tres horas! Después de todo lo que hicimos por la Casa Vernius. —Duncan estaba indignado y no tuvo miedo de demostrarlo—. Hicimos nuestro deber, mi Señor, exactamente como usted y el Conde Rhombur nos hubieran pedido. Si no hubiéramos estado allí, Bolig Avati hubiera convertido el Gran Palacio en una fábrica.

—Tenía miedo que Bronso haría algo así, señor —le dijo Paul a su padre—. Él nos echa la culpa.

—La culpa está fuera de lugar, hijo —y se dará cuenta de ello con el tiempo.

El último hombre en salir de la nave del transporte militar no fue un soldado en absoluto, sino un hombre ligero de figura, de aspecto triste con un rostro delgado, de rasgos cetrinos, y el cabello largo atado en un anillo de plata Suk. El Dr. Wellington Yueh parecía fuera de lugar, inseguro de sí mismo.

Yueh se presentó ante el Duque con una cuidada reverencia. Respiró, reflexionó sus palabras, y siguió adelante.

—Debido a que no pude salvar al Conde Rhombur de sus graves heridas, Bronso no tuvo más necesidad de mis servicios. Fui desterrado de Ix. —El bigote canoso de Yueh se dejó caer a lo largo de las comisuras de su boca mientras inclinaba la cabeza y extendía sus delicadas manos—. Por casualidad… ¿la Casa Atreides tiene necesidad de mis habilidades como médico? ¿Tal vez como tutor para el joven Amo, en las distintas materias de la lucha y la estrategia militar?

No pasó mucho tiempo para que Leto considerara la oferta del hombre. Incluso antes del nacimiento de Paul, el doctor Suk había pasado años en Caladan ayudando al príncipe Rhombur durante su recuperación, y había sido un médico sabio, diligente y leal.

—He visto su trabajo y valor con los años, Yueh. Sé lo duro que trabajó para salvar y reparar a Rhombur la primera vez. Añadiste más de una docena de años a su vida, y por

eso, él fue capaz de ser un buen padre para Bronso. El niño no aprecia eso todavía, pero espero que lo haga algún día. Tu lealtad no puede cuestionarse.

Jessica miró a Leto, y a continuación, al practicante Suk.

—Usted es bienvenido aquí en Caladan, Dr. Yueh. Cualquier sabio consejo que pueda ofrecerle a Paul sería apreciado. Su educación en Ix se redujo drásticamente, y no es probable que pueda volver a terminarla.

Paul sintió una tristeza pesada dentro y miró a sus padres.

—Esta es una terrible ruptura entre nuestras Grandes Casas. ¿Cuánto tiempo crees que dure?

Leto se limitó a mover la cabeza.

—Tal vez nunca puede ser reparada.

PARTE III

10.207 AG

Dos meses luego del fin del reinado de Muad'Dib, la Regente Alia combate para consolidar su control sobre el Imperio.

Lo que escribo y lo que sé no siempre son la misma cosa. Muad'Dib depositó una gran responsabilidad sobre mis hombros, y la acepté como un deber que es más sagrado y convincente que cualquier otra demanda que la Hermandad tenga para mí. Continuaré escribiendo como las necesidades de la historia lo requieran. Mis conocimientos sobre los hechos reales, sin embargo, permanecen sin cambios.

—La Princesa Irulan, respuesta a las demandas de Wallach IX

Mientras Jessica terminaba su larga historia, la inquieta, pero fascinada Irulan comenzó a caminar alrededor del recinto del jardín. Sacudió la cabeza, dispersando las palabras que zumbaban a su alrededor como abejas molestas.

—Entonces, más partes del pasado de Paul descubiertas. Él nunca me contó tales cosas, nunca pudo…

A Jessica la garganta le raspaba.

—Ya sabías que él te mantuvo muchas cosas ocultas. Tendrías que reescribir tus historias para incorporar la nueva información. Paul entendió exactamente lo que estaba haciendo. —De repente, recelosa de ser oída, habló en voz baja en una de las lenguas Bene Gesserit que ningún espía normal jamás entendería—. Créeme, no lo haces ningún favor a Paul escribiendo esta versión saneada y glorificada de él. Estás sembrando un campo de minas para el futuro de la humanidad.

Irulan se volvió hacia ella, hablando en el mismo idioma.

—¿Cómo sabe lo que él hubiera querido? Dejó a Paul y a Arrakis, abandonó el Jihad. Durante la mayor parte del reinado de su hijo, durante sus peores tensiones y desafíos, estuvo en Caladan. Pude haber sido su esposa sólo de nombre, pero por lo menos estuve a su lado.

Jessica vaciló, sin querer revelar todos sus secretos por el momento.

—Todavía era su madre. Incluso durante su gobierno, Paul… me confió cosas que nunca te dije.

Las dos llegaron a un área de contemplación enlosada, donde en una piscina de oro, peces mutados nadaba por debajo de una sellada cúpula de humedad transparente. Irulan dejó escapar un largo suspiro y volvió a hablar en galach común, sin necesidad de ocultar sus palabras.

—Estoy de acuerdo, filosóficamente, que es importante que la gente sepa lo que me ha revelado. Mientras que el material base no excusa los crímenes de Bronso, al menos explica su amargo resentimiento contra Paul. Expone su motivación para difundir mentiras destructivas. Su odio es personal, obsesivo, irracional.

Sintiéndose triste, Jessica dijo:

—Todavía no puedes ver. Como Bene Gesserit, de toda la gente deberías entender que cuando una rueda gira, gira a otra, y a otra más. —La princesa se puso rígida, pareciendo insultada. Mientras se quedaba mirando a los koi dando vueltas en el estanque blindado, Jessica la miró de manera uniforme—. Escúchame, Irulan. Conoces sólo una parte de la historia. —Capturando su mirada, movió sus dedos en un lenguaje aún más secreto Bene Gesserit codificado—. Bronso estaba, y está, haciendo exactamente lo que Paul quería.

Irulan se cruzó de brazos en un gesto cerrado y obstinado, y habló desafiante en voz alta, todavía en galach.

—¿Lo que Paul quería? ¿Para difamar a su persona? ¿Cómo puede ser? ¡Nadie va a creer eso! Por cierto, Alia nunca lo creería. —Ahora, sus dedos se movieron mientras añadía en silencio—: Y ella nunca me dejará escribir lo que está diciendo. Es ridículo y peligroso.

—De hecho, el conocimiento es peligroso, Irulan. Me doy cuenta de eso. Tienes que tener cuidado, pero déjame contarte el resto, para que puedas decidir por ti misma.

La expresión de Irulan se volvió de piedra, y levantó un muro de negación a su alrededor. Dejando el estanque detrás, se detuvo en una puerta que conducía a unas frescas sombras interiores.

—Te lo contaré cuando esté lista para continuar con esto.

La mayor obligación de una madre es apoyar a sus hijos, mostrarles amor y respeto, y aceptarlos. A veces esta es una tarea sumamente difícil.

—Dama Jessica, Duquesa de Caladan

Rememorar tantos recuerdos de su pasado había agotado a Jessica, y se alejó para tomarse un momento de silencio donde sus nietos se encontraban. Harah todavía estaba allí, vigilando a los bebés, al igual que lo había hecho con la pequeña Alia. La esposa de Stilgar había permanecido como un decidido muro contra todos los murmullos y los prejuicios Fremen sobre las extrañezas de Alia. Incluso cuando la joven maduraba hacia un rol poderoso, primero como sacerdotisa y luego como Regente, Jessica supo que Harah siempre tendría un lugar especial en el corazón de su hija.

Cuando los guardias sacerdotes permitieron a Jessica entrar en el exuberante jardín de invierno, Harah se inclinó respetuosamente. Jessica tocó la barbilla de la mujer y levantó el rostro, viendo el cabello oscuro que se extendía por la espalda como alas de cuervo a los lados.

—Vamos, Harah, nos conocemos la una a la otra demasiado como para dichas formalidades.

Harah retrocedió y Jessica pudo observar hacia abajo a los dos bebés silenciosos y extrañamente alertas.

—¿Le gustaría sostener a sus nietos? —Su voz tenía una matiz de desaprobación que Jessica había tardado tanto en alcanzar.

Extrañamente reticente, Jessica se agachó y tomó a la niña. Ghanima se acomodó en el hueco del brazo de su abuela como si perteneciera allí, aceptando aquella nueva persona sin quejarse o llorar. En la canasta abajo, el pequeño Leto II observaba con ojos azules claros abiertos, como para asegurarse de que su hermana gemela estuviera bien. Dado que su padre era el Kwizatz Haderach, ¿qué clase de niños serían cuando crecieran?

Alia irrumpió en la habitación de la guardería con Duncan Idaho cerca de ella; se movía con entusiasmo, una energía alegre que no había demostrado desde la llegada de Jessica a Dune. Alia llevaba una amplia sonrisa.

—Esperaba encontrarte aquí, Madre. Quería que fueras la primera en conocer nuestro anuncio. ¡Ah, y Harah, también! Esto es perfecto. —Alia cruzó los dedos alrededor de Duncan, y el ghola miró con sus misteriosos ojos de metal.

Harah tomó al bebé que Jessica sostenía, y lo dejó en la pequeña cuna. Alia se sacudió su propio cabello cobrizo, haciendo su anuncio.

—Hemos visto la necesidad. Después de tanta agitación, el Imperio necesita algo que celebrar, un espectáculo agradable que pueda mostrar una nueva esperanza para el futuro. Duncan y yo hemos decidido actuar con rapidez. No tenemos dudas.

Jessica sintió un nudo inesperado en su estómago, instintivamente preguntándose qué era lo que su hija había decidido hacer. ¿Por qué el ghola no decía nada?

Con una voz brillante que sonaba como una imitación de alegría en lugar de la verdadera felicidad, Alia dijo:

—Duncan y yo nos vamos a casar. Somos un partido perfecto, y nos amamos de una manera que la mayoría de la gente no puede entender.

Alia tenía apenas dieciséis años, y Duncan tenía prácticamente la edad del Duncan original de Jessica por lo menos. Pero Alia había nacido con una panoplia de recuerdos adultos; dentro de su mente, la chica tenía incontables matrimonios ya con experiencia, relaciones de pareja para toda la vida, así como también recuerdos destrozados por tragedias y luchas.

Y Duncan no era el mismo Duncan tampoco.

Jessica trató de encontrar lo que había que decir.

—Esto es… inesperado. ¿Seguro que no estás siendo demasiado impulsiva?

Al instante, se arrepintió de su propio comentario. Todas las decisiones no tenían que ser el resultado de fríos cálculos, ¡ella no era un Mentat! A pesar de su adiestramiento Bene Gesserit (y muy a pesar de la Hermandad), Jessica había tomado decisiones con el corazón, así como con su mente. Había hecho aquello cuando eligió concebir Paul en primer lugar. Y a Alia después…

Alia habló con gran certeza:

—Duncan es el hombre adecuado, Madre, el hombre que me puede ayudar a sostener el Imperio. Espero contar con tu apoyo.

Jessica observó a su hija.

—Como tu madre, ¿cómo ofrecería algo diferente? —La sonrisa y la sinceridad, sin embargo, llegarían con mucha más dificultad—. Y ¿quién puede pedir un hombre más leal que el valiente Duncan Idaho?

El ghola habló por primera vez, sus palabras y su voz sonaba tan familiar:

—Me doy cuenta que esto debe ser extraño para usted, Dama Jessica. Morí por usted y por su hijo. Y ahora amo a su hija, que ni siquiera había nacido antes de que terminara mi primera vida.

Jessica se preguntó por qué era que recibía aquella noticia con tan poco entusiasmo. *¿Estoy siendo egoísta?*, pensó. Mi Duque me amaba, pero nunca me hizo su esposa. Paul amaba a Chani, pero nunca la hizo su esposa. Y ahora Alia y Duncan. Una extraña pareja, pero extrañamente adecuados entre sí.

Jessica se acercó para colocar una mano sobre el brazo del ghola y otra en Alia.

—Por supuesto que tienen mi bendición.

—Oh, pequeña, espero que seas feliz —dijo Harah—. Necesitas fuerza. Y si este hombre es capaz de dártela, entonces ustedes deben estar casados.

—Juntos, vamos a gobernar el Imperio y mantenerlo fuerte. —Alia miró a los bebés—. Hasta que Leto y Ghanima tengan la mayoría de edad, por supuesto.

Bienaventurado el Hacedor y Su agua. Bienaventurada Su llegada y Su partida. Pueda Su paso purificar el mundo. Pueda El conservar el mundo para Su pueblo.

—Ceremonia del agua Fremen

La cueva excavada era un campamento temporario, no un sietch real, sólo un lugar de paso conocido por los viajeros Fremen que atravesaban el desierto. Localizado en la Cuenca del Yeso, la cueva estaba lejos de los equipamientos culturales de Arrakeen: las tiendas, los restaurantes y los espaciopuertos. Y lejos de toda la gente.

Stilgar había elegido el lugar perfecto para la ceremonia de agua de Chani y Jessica misma lo había aprobado. Mientras Alia comenzaba sus preparativos para la boda, así como respondía a un nuevo documento difamatorio que Bronso de Ix había liberado, Jessica y el Naib habían escapado al desierto, para estar entre los Fremen nuevamente.

Después de tantos años, Jessica sabía que debería sentirse como una extraña entre aquellas personas, una intrusa, pero supo que les pertenecían por completo. Stilgar había convocado a los Fremen apropiados, organizado la ceremonia, y Jessica sintió un profundo sentido de reverencia allí, una intimidad. Sí, después del circo que había sido el funeral de Paul, así era como debían ser tales cosas, mucho más como el recuerdo privado que ella había llevado a cabo por Paul en el Sietch Tabr. Estaba segura que Chani habría aprobado aquello.

Y otra ceremonia de Alia por Chani, usando agua corriente, era irrelevante para los verdaderos dolientes.

Las pocas grutas habitables que permanecían en las cuevas de la Cuenca del Yeso una vez habían sido parte de un complejo mucho más grande utilizado como un área de prueba biológica por Kynes-el-Umma, también conocido como Pardot Kynes, el padre de

Liet y abuelo de Chani. Hasta hacía pocos años, el anciano Kynes era apenas conocido en el Imperio, pero debido al efecto que tuvo en Arrakis, su nombre se mencionaba en todas partes.

Pardot había sido el instigador de las actividades de terraformación en Dune, y un hombre verdaderamente visionario. Hacía casi medio siglo, los Kynes más viejos habían empezado su trabajo utilizando materiales obtenidos de las estaciones de investigación Imperiales abandonadas. Habían aplicado el conocimiento aprendido de formación ecológica Imperial formal, así como las experiencias obtenidas de sobrevivir en numerosos planetas hostiles. Allí, dentro de las cuevas profundas de la Cuenca del Yeso, Pardot había creado un oasis subterráneo para probar que un jardín podría prosperar en Dune. Pero con los años demasiada humedad había debilitado las paredes de la cueva, provocando un colapso estructural que destruyó su oasis y lo mató.

Pero no sus sueños. Nunca sus sueños.

Los seguidores dedicados a la visión de Kynes habían regresado allí para restablecer unas pocas plantaciones de saguaro, mezquite, nopal baja, e incluso dos portyguls enanos codiciosos de agua. *Sí*, pensó Jessica, *un lugar apropiado para honrar a Chani en la manera Fremen. No un espectáculo para los extraños.*

Stilgar había aprendido mucho acerca de la política y la naturaleza humana en los años desde que se inició después de Muad'Dib. Allí, sin embargo, estaba a punto de hacer algo fuera de la política para la joven mujer miembro de su tropa que había sido su sobrina, y muchísimo más para tanta gente.

Teniendo cuidado de no derramar una gota, Jessica y el Naib vaciaron los litrojon de agua que habían cargado con cuidado desde la Ciudadela de Muad'Dib en el transcurso de varias semanas. Vertieron el líquido en una gran cuenca comunal que descansaba sobre una plataforma de roca. Los sellos de humedad se habían cerrado a través de la entrada de la cueva, por lo que los hombres y las mujeres pudieron quitarse sus filtros nasales y mascarillas. El aroma de agua en el aire hizo fluir la sangre de Jessica rápidamente.

Como si fuera una sacerdotisa, como Alia se había convertido, Jessica volvió para mirar a los cien reunidos Fremen. Stilgar estaba a su lado como un pilar, brusco y respetuoso. Jessica le había ayudado a elegir a cada participante después de una cuidadosa consideración, hombres y mujeres del Sietch Tabr que habían viajado con Chani y Paul durante las luchas guerrilleras contra la Bestia Rabban y los Harkonnen.

Aunque los años habían pasado, Jessica conocía cada rostro y cada nombre. Sorprendentemente, incluso Harah estaba allí, la esposa de Stilgar, la amiga de Chani. Pero tenían que mantener aquella ceremonia en secreto de Alia.

Aquellos Fremen respetaban a Chani como una Fremen, no sólo por su conexión con Paul. Jessica sabía que no eran aduladores religiosos, ni miembros no engreídos del Qizarate. Representaban a muchas tribus, y se llevarían aquel recuerdo de regreso con ellos, y lo difundirían entre su pueblo.

Cuando todos los observadores permanecieron en silencio, sus voces sofocadas en previsión embarazada, Stilgar difirió y Jessica comenzó a hablar.

—Nos hemos reunido por Chani, amada hija de Liet, nieta de Kynes-el-Umma, y la madre de los hijos de Muad'Dib.

Un murmullo pasó como una brisa del atardecer a través de las personas. Jessica se asomó y vio los ojos de Harah brillando, su rostro serio subiendo y bajando mientras asentía.

Stilgar tocó el borde de la cuenca, pasando el dedo por los diseños de bajorrelieve ornamentados. Con un toque rápido, corrió la tapa de acceso y la quitó, para que el preciado líquido pudiera ser dispensado.

—La carne pertenece a la persona, pero el agua pertenece a la tribu, y a los sueños de la tribu. Así Chani devuelve su agua a nosotros.

—La carne pertenece a la persona, pero el agua pertenece a la tribu.

Los testigos recogidos repitieron la frase, entonándola como una oración. Allí, en la cámara de la confinada cueva, Jessica pudo oler la mezcla embriagadora de la superposición de los olores húmedos que combinaban el polvo, el sudor seco, y la melange.

Cuando Stilgar se quedó en silencio, ella continuó:

—A pesar de que los Fremen han sorbido y recogido y robado hasta la última gota de la verde transformación de Arrakis, este lugar en la Cuenca del Yeso tiene un significado especial para todos nosotros. Estas plantaciones son símbolos, recordatorios de lo que el abuelo y el padre de Chani previeron para Dune. Ahora utilicemos el agua de Chani para ayudarles a prosperar. El verde es el color del luto, pero aquí también es el color de la esperanza.

Stilgar sacó una taza de agua de la cuenca y se acercó al mezquite más cercano, cuyo cálido aroma se elevaba como un susurro de hojas y corteza.

—Yo era amigo de Chani. Fue miembro de mi tropa Fremen, una luchadora, una compañera de gran ayuda. Ella estuvo conmigo cuando encontramos un niño y su madre perdidos en el desierto. No lo sabía entonces, pero ella ya había perdido a su padre Liet ante los Harkonnen… y sin embargo, encontró a su verdadero amor. —Vertió el agua en la base de la planta, dejando que penetrara en las raíces sedientas—. La fuerza de una mujer puede ser ilimitada. De esta manera, el sagrado ruh de Chani, querida compañera de Paul-Muad'Dib, sigue siendo una parte eterna de Dune.

Jessica llevó una segunda pequeña taza de agua a uno de los portyguls.

Los seis duros frutos verdes que colgaban de sus ramas se volvieron de color naranja como una puesta de sol, pues ya habían madurado.

—Yo era amiga de Chani. Ella era la madre de mis nietos, y el verdadero amor de mi hijo. —Había sido difícil para ella al principio, pero Jessica de hecho había aceptado a la mujer Fremen de Paul, le había dicho que amaba a Chani ella misma. Respiró ahora—. Incluso cuando la humanidad entera gritaba su nombre, ella hizo que Paul recordara que era un ser humano.

Stilgar le indicó a Harah a ser la próxima. Su esposa, normalmente tan abierta, sonaba nerviosa mientras hablaba. Jessica pudo ver las emociones apenas mantenidas a raya por su rostro.

—Yo era amiga de Chani, una mujer Fremen y una guerrera Fremen. Ella era… —La voz de Harah se agrietó—. Como Usul era la base del pilar, ella era su base, su apoyo.

Los cien invitados se dieron a conocer en un tipo especial de comunión, repartiendo sorbos de esencia de Chani en una ceremonia silenciosa y reverente. Tomaron pequeñas medidas de agua de Chani para las plantaciones, mientras que el resto lo vertió en el depósito comunal.

—Se dice que Muad'Dib nunca será hallado, pero todos los hombres lo hallarán —anunció Stilgar como el último miembro de la audiencia que vaciara su taza—. El agua de Chani nunca será hallada, pero todas las tribus Fremen la hallarán.

Jessica agregó:

—No quería ser deificada. Chani, hija de Liet, será sagrada para nosotros, a su manera. Ella no necesita nada más, ni tampoco nosotros.

Ninguno de los Fremen allí comprendía la inmensidad del Imperio de Muad'Dib o los enredos subyacentes del Jihad, pero conocían a Chani, y entendían lo que significaba aquella ceremonia por su identidad como Fremen.

Cuando la sombría reunión terminó, Jessica le susurró:

—Hicimos algo bueno hoy, Stilgar.

—Sí, y ahora podemos volver a Arrakeen y continuar como antes, pero me siento rejuvenecido. Debo confesar, Sayyadina Jessica, que he experimentado durante mucho tiempo un deseo de retirarme del gobierno, de alejarme de la amplia y más desagradable realidad que he visto… como Muad'Dib se retiró de su lugar de la historia al caminar por el desierto.

—A veces retirarse es un gesto valiente. —Jessica recordó cómo le había dado la espalda durante el fragor del Jihad, cómo ella no tardó en volver a Caladan para gobernar la gente de allí—. Y a veces quedarse es más valiente.

Él comenzó a ajustarse su destiltraje, poniendo el filtro nasal en su lugar, y sacudiéndose el polvo de su capa.

—Voy a seguir asesorando a la Regente Alia, y velaré por los hijos de Muad'Dib. En esos deberes, siempre me mantendré fiel a mí ser Fremen. Vamos, tenemos que volver a Arrakeen, antes de que su hija note que nos hemos ido.

Mi lealtad siempre ha estado con la Casa Atreides, sin embargo las necesidades de varios Atreides son contradictorias: Alia, Jessica, Paul, el Duque Leto, incluso los gemelos recién nacidos. Ahí es donde la lealtad y el honor se vuelven complicados y dependen del buen juicio.

—Gurney Halleck

Aunque Bronso de Ix había sido un hombre buscado durante siete años ya, Alia lanzó una cacería aún más vigorosa para encontrarlo y detener su interminable campaña asesina

contra Paul Atreides. Consideraba a sus escritos como una ofensa personal, y deseaba que fuera capturado antes de su boda.

Colocó a Duncan Idaho a cargo, con Gurney Halleck para ofrecer cualquier ayuda posible, al igual que en los viejos tiempos.

El ghola se reunió con Gurney en una habitación privada en un ala grande y casi vacía de la Ciudadela.

—¿Recuerdas cuando ambos perseguimos a Rabban al final de la debacle militar en Grumman? —preguntó Gurney, tomando asiento—. Lo encontramos, le acorralamos por encima de una represa hidroeléctrica.

Duncan lo miró sin diversión.

—Veo que todavía estás probándome… fue en una cascada en un cañón empinado, no en una represa. Esa fue la primera vez que reclamé sangre con mi propia espada. —Entrecerró los ojos artificiales—. Bronso es un hombre mucho más tortuoso que la Bestia Rabban, y mucho más difícil de alcanzar. Deberías concentrarte en la cacería, no en probar mis recuerdos.

Gurney emitió un gruñido bajo.

—Puedes tener todos sus recuerdos, mi amigo, pero no pareces tener el viejo sentido del humor.

Duncan se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas en un gesto sorprendentemente casual.

—Tenemos un trabajo que hacer, y Bronso no va a hacérnoslo más fácil. Con los años, ha intentado eliminar todas las imágenes de sí mismo de los registros públicos, y ha tenido tanto éxito que debe haber tenido ayuda de influyentes fuentes —la Cofradía Espacial, tal vez, o las Bene Gesserit.

—Paul se hizo poderosos enemigos. Por lo tanto, Bronso tiene aliados en el Imperio, personas que están de acuerdo con su evaluación de los excesos de Muad'Dib —miembros gubernamentales marginados del Landsraad, sin duda la Cofradía y la Hermandad, junto con los partidarios del derrocado Emperador Corrino.

Gurney frunció el ceño, y se rascó la barbilla.

—Pero Bronso también ha ofendido mortalmente a muchos. No puedo creer que alguien no le haya atrapado hasta ahora.

—La primera vez que fue detenido, no sirvió de nada —dijo Duncan.

—Sí, pero no lo habría conseguido de inmediato si tú o yo hubiéramos estado a cargo de la seguridad.

Tres años antes, durante las batallas finales del Jihad, Bronso Vernius había sido arrojado a una Celda de la Muerte e interrogado por despiadados inquisidores Qizara. De acuerdo con los registros incompletos que Gurney pudo descubrir sobre el vergonzoso incidente, los sacerdotes habían mantenido a Bronso allí en secreto, sin siquiera informar a Muad'Dib… pero Bronso había escapado, y continuado su sediciosa cruzada.

Dada la increíble seguridad dentro de la ciudadela de Muad'Dib, no parecía posible que el renegado pudiera haber sido liberado sin ayuda y un rumor sugería que el mismo

Paul había metido su mano en ello, aunque Gurney no podía imaginar por qué habría hecho eso. El Qizarate había tratado de encubrir la debacle, pero las palabras se desparramaron de todos modos, y la leyenda de Bronso de Ix creció…

Ahora, después de las acciones escandalosas del ixiano durante el funeral de Paul, Alia ofreció grandes recompensas de especia y bendiciones en el nombre de Muad'Dib, por la detención de Bronso. Pero era tan misterioso e imposible de encontrar como lo había sido el forajido Muad'Dib durante sus años en el desierto. Habiendo estudiado tan a fondo a Paul —aunque fuera tan sólo para criticarlo—. Bronso podría estar utilizando técnicas similares para evitar su captura.

—No pudo haber eliminado todas las imágenes de sí mismo —dijo Gurney—. Bronso era el heredero de la Casa Vernius. Debe haber registros del Landsraad

—Se perdieron ya sea en el Jihad y en el saqueo de Kaitain, o fueron intencionalmente eliminados por los representantes de las cooperativas del Landsraad. Paul hizo algunos amigos allí, y bajo Alia su poder se está deslizando aún más. —Duncan formó una sonrisa—. Sin embargo, hemos obtenido imágenes de la Confederación Ixiana, que no tiene un gran amor por él. Están todavía tratando de comprarse de nuevo las buenas gracias de Alia. Y tengo un recuerdo perfecto de Bronso de cuando era más joven, cuando estaba con Paul.

—Era sólo un niño entonces. Esto es muy diferente de la última vez que tú y yo fuimos tras sus pasos.

—Pero nos encontraremos con él, como lo hicimos antes. —Duncan sacó un proyector cristalino, y realizó una entrada—: He seguido la distribución de sus nuevos contratos. Parecen aparecer al azar, por todos lados, en un mundo tras otro, con la participación de personas que no tienen ninguna conexión obvia entre sí, sin similitudes políticas, sin rencores aparentes contra Paul. Creo que Bronso tiene una red de distribución de cruceros, utilizando a la Cofradía, posiblemente, incluso sin su conocimiento.

Gurney frunció el ceño.

—En nuestro viaje hacia aquí, Jessica y yo vimos uno de sus manifiestos puestos fuera en un establecimiento público. Por lo menos algunos de los Wayku están involucrados. Bronso puede tener miles de conversos que le ayudan, deslizando publicaciones a viajeros aleatorios que inadvertidamente los llevan a lugares remotos, como un sabueso que transporta garrapatas.

Duncan no mostró sorpresa ante la idea.

—Ya he desarrollado un plan. He reclutado novecientos Mentats capacitados. Cada uno ha aprendido de memoria el aspecto de Bronso de las imágenes que los ixianos nos han provisto, y velan por él en los espaciopuertos, en las ciudades, en cualquier lugar que probablemente pueda aparecer.

—¿Novecientos Mentats? Dioses de las profundidades, no sabía que se podías tener acceso a tantas personas.

—Novecientos. Si cualquiera de ellos ve a Bronso, será reconocido y reportado. —Duncan se puso de pie como si fuera a levantar la sesión—. Creo que debemos concentrar nuestros esfuerzos aquí en Arrakis. Es una primera impresión.

—¿Una sensación en las entrañas? Ahora ese es el viejo Duncan. ¿Realmente piensas que está aquí en alguna parte?

—En concreto, en Arrakeen.

La frente de Gurney se frunció.

—¿Por qué iba Bronso a venir aquí? Él sabe que no es seguro. Este sería el último lugar que uno esperaría verlo.

—Es precisamente por eso que creo que está aquí, o pronto lo estará. He realizado un análisis detallado de los movimientos y la distribución de sus publicaciones. Se adapta a su patrón. Puedo explicarte la derivación Mentat, si lo deseas, pero me tomará algún tiempo. —Duncan enarcó las cejas.

—Confío en tus conclusiones, las entienda o no. Mientras tanto, pondré la voz entre mis antiguos contactos contrabandistas. Hay una posibilidad de que Bronso pueda buscar su ayuda —su abuelo Dominic tenía toda una red entre ellos. Incluyéndome. Lo encontraremos.

Duncan se acercó a la puerta.

—Por supuesto que lo haremos. Tenemos recursos que no puede igualar. Y si tú y yo trabajamos juntos, nadie puede estar en contra de nosotros.

Gurney Halleck siempre se contentaba cuando Jessica pedía verlo. Los hizo encontrarse en los niveles subterráneos del palacio; los túneles que había habido una vez bajo la Residencia de Arrakeen eran ahora pasajes de acceso a enormes cisternas enterradas que mantenían el agua para el uso diario de los miles de habitantes.

Ella había regresado recientemente del desierto, pero se había mostrado reacia a contarle al respecto.

Normalmente, cuando la madre de Muad'Dib se trasladaba de cámara en cámara o salía a la ciudad, una bandada de funcionarios la perseguía, pero Jessica los había dejado de lado con el pretexto de que necesitaba inspeccionar el suministro de agua del palacio sin ninguna interferencia. Gurney sabía la verdadera razón de por qué había ido sola: Quería un lugar tranquilo y privado para hablar con él.

La encontró en una sombría cámara iluminada por globos resplandecientes dispersos. Una frialdad colgaba en los túneles de piedra forrada, y las propias sombras parecían húmedas. Al igual que la música, Gurney pudo oír los sonidos de fondo del goteo del agua en los embalses, reclamando la humedad de las salas anteriores.

Gracias a los planes a largo plazo de Pardot Kynes y su hijo Liet, los Fremen habían estado acumulando enormes cantidades de agua para la eventual transformación de Arrakis. Aun así, aquellos enormes depósitos forrados de polímero tendrían a los habitantes del antiguo Dune asombrados. Tal tesoro demostraba el poder y la gloria de Muad'Dib.

Jessica se puso de pie, de espaldas a él. Su cabello de bronce estaba ubicado en un intrincado nudo, su vestido y comportamiento una extraña combinación de practicidad Fremen, tranquilo conservadurismo Bene Gesserit, y belleza real.

Habían pasado dieciséis años desde la muerte de Leto, y en aquel tiempo Gurney había luchado con su cambio de percepción de Jessica. Habían sido amigos cercanos desde hacía mucho tiempo, y no podía dejar despertar sus sentimientos por ella, a pesar de que tratara de disiparlos. No podía olvidar que cuando se reunieron por primera vez en el desierto. —Gurney con su banda de contrabandistas, Paul y Jessica con sus Fremen— había intentado matarla, convencido de que era una traidora a la Casa Atreides. Él había creído las mentiras difundidas por los Harkonnen.

Gurney ya no dudaba de la integridad de Jessica.

Por la cisterna, se volvió a mirarlo, su rostro mostraba pocos cambios a pesar de los años transcurridos, pero no a través de trucos Bene Gesserit que desafiaban la edad. Jessica era simplemente hermosa, y no necesitaba químicos o ajustes celulares para conservar su aspecto imponente.

Él hizo una reverencia formal.

—Mi Dama, ¿usted me llamó?

—Tengo que pedirte un favor, Gurney, algo muy importante, y muy privado.

No usó la *Voz* en él y tampoco aplicó ninguna técnica Bene Gesserit aparentemente, pero en ese instante habría hecho cualquier cosa por ella.

—Así lo haré, o moriré en el intento.

—No quiero que mueras, Gurney. Lo que tengo en mente requerirá finura y el máximo cuidado, pero creo que eres plenamente capaz de ello.

Sabía que estaba siendo condescendiente.

—Me honra. —No era tan tonto como para pensar que Jessica estaba al tanto de sus sentimientos hacia ella, sin importar cómo se esforzara por mantener una actitud plácida y una distancia respetable. Jessica era una Bene Gesserit entrenada, una Reverenda Madre por derecho propio; ella podría leer sus estados de ánimo sin importar lo inteligentemente que pudiera ocultarlos.

Pero, ¿qué clase de amor sentía por ella? Eso estaba poco claro, incluso para Gurney. Él la amaba como su Dama amaba al Duque, y era leal a ella como la madre a Paul. Se sentía atraído físicamente hacia ella; no había dudas de ello. Sin embargo, su sentido del honor Atreides enturbiaba todos sus sentimientos. Había sido su compañero durante tantos años; eran amigos y socios, y gobernaban muy bien Caladan juntos. Por respeto al Duque Leto, Gurney siempre había luchado contra sus sentimientos románticos hacia ella. Pero había sido hacía tantos años. Él estaba solo; ella estaba sola. Eran perfectos el uno para el otro.

Aún así, no se atrevía…

Ella lo sacó de su ensimismamiento.

—Alia les pidió a ti y a Duncan rastrear a Bronso de Ix.

—Sí, mi Dama, y vamos a hacer todo lo posible. Los escritos de Bronso promueven el caos en este delicado momento.

—Eso es lo que dice mi hija, y eso es exactamente lo que está obligada Irulan a escribir. —Las arrugas surcaron el ceño de Jessica—. Pero Alia no entiende todo. Lo que te pido ahora, Gurney, no puedo explicártelo, porque he hecho otras promesas.

—No necesito explicaciones, más que sus instrucciones, mi Dama. Dígame lo que necesita.

Dio un paso más cerca hacia él, y él se centró sólo en ella.

—Necesito que no encuentres a Bronso, Gurney. Será difícil, porque Duncan de seguro arrojará todos sus recursos en la cacería. Pero tengo mis razones. Se le debe permitir a Bronso de Ix continuar su trabajo.

Una tormenta de dudas barrió en la mente de Gurney, pero se contuvo a sí mismo de decirlas.

—Le di mi palabra de que no haría preguntas. ¿Eso es todo, mi Dama?

Jessica lo miró con atención. Sus ojos, que solían ser de color verde claro, habían adquirido un matiz azulado debido al uso de la melange con los años. Más allá de eso, le pareció ver un atisbo de afecto por él allí, más de lo habitual.

Se volvió para mirar a la pared de roca de la cisterna.

—Gracias por confiar en mí, Gurney. Lo agradezco más de lo que nunca podrás saber.

El mal no tiene rostro, así como tampoco lo tiene el alma.

—Anónimo

Aunque Rheinvar el Magnífico había mantenido un perfil bajo desde hacía muchos años debido a la debacle en el Teatro de los Fragmentos en Balut, su tropa de Juglares todavía llevaba a cabo espectáculos en los mundos remansos y puestos marginales. Los omnipresentes Wayku llevaban la cuenta de sus movimientos mientras se deslizaban de sistema a sistema.

Bronso, viajando bajo una sucesión de nombres falsos y disfraces teatrales, pensó con cariño en el líder de la tropa, uno de los raros Maestro Juglares. Ahora, necesitaba de Rheinvar y de sus Danzarines Rostro para ayudarlo en su misión.

Cuando la nave de la Cofradía llegó al mundo secundario de Izvinor, el ixiano utilizó sus codificadores de identificación para hacerse pasar por un pasajero de tercera clase y viajar hasta la superficie. Allí, se cambió de ropa, cambió su identidad nuevamente, y se convirtió en un hombre de negocios en busca de oportunidades de inversión Keefa a futuro.

Ya había avisado antes al campamento Juglar, y mientras se abría camino hacia el hotel de encuentro, vio folletos y carteles que anunciaban su próxima actuación. Sonrió. Muy poco parecía haber cambiado.

—Esta es nuestra mejor suite —dijo el camarero, guiando una plataforma suspensora llena del equipaje de Bronso hacia la habitación de salón. De rostro liso con un bigote

negro estrecho y una cabeza calva, el camarero era la clase de compañero cuya edad podría encontrarse en cualquier lugar entre los treinta y cinco y los cincuenta y cinco.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, el hombre obedientemente comenzó a descargar las bolsas.

—¿Tiene frutas frescas? —le preguntó Bronso.

—Los mumberries están listos para la cosecha. —El camarero comenzó a colgar la ropa en un armario.

—Demasiado dulce para mi gusto. —Con este intercambio de palabras en código, las características del otro hombre se desplazaron, se reorganizaron, y luego se convirtieron en una apariencia que Bronso recordaba calurosamente desde su juventud—. Ah, ahora te ves como Sielto —¿pero eres realmente él?

—¿Quién es realmente alguien? Cada persona es una ilusión, hasta cierto punto. Pero… sí, yo soy el Sielto que recuerdas. Rheinvar te espera con gran anticipación.

Después de una serie de movimientos secretos a través de la ciudad, esquivando, cambiándose de ropa, Bronso caminó con el Danzarín Rostro al simple campamento… mucho de lo mismo que las tiendas de campaña que recordaba de su niñez, aunque estaban un poco más maltratadas y raídas. Diez bailarines practican en la hierba seca, dando saltos mortales y saltando unos sobre otros.

—En estos días, ya no actuamos en los grandes palacios y teatros —dijo una rica voz familiar—. Pero estamos cerca.

Bronso sintió años de ansiedad y pesadas responsabilidades levantándose en la distancia cuando se volvió para enfrentarse al líder Juglar. Rheinvar llevaba uno de sus trajes blancos, aunque su sombrero de copa no estaba a la vista; su cabello castaño oscuro todavía tenía sólo un poco gris en él.

—¡No has envejecido ni un día en veinte años!

—Muchas cosas han cambiado… sólo en las apariencias seguimos siendo los mismos. —El líder del grupo hizo un gesto para que Bronso lo siguiera hacia una tienda de campaña administrativa—. Y tú, joven… te has vuelto muy famoso. Podría perder mi cabeza tan sólo por hablar contigo. —Rheinvar se encogió de hombros autocrítico—. Aunque algunos dicen que sería una gran pérdida para el universo. —Extendió sus manos, cerró los dedos, haciendo crujir los nudillos—. Tu mensaje decía que necesitas mi ayuda. ¿Has venido a trabajar como peón de nuevo?

—No voy a solicitar un trabajo, viejo amigo. Estoy ofreciendo uno para tus Danzarines Rostro en su capacidad… extracurricular. —Miró por encima del hombro a Sielto—. Hace años, antes de que huyera de Ix, transferí toda mi fortuna de la Casa Vernius a cuentas ocultas. Puedo pagar bastante.

—Muy interesante. ¿Y el trabajo?

Sin inmutarse, Bronso miró a los ojos del líder Juglar.

—Quiero que me ayudes a asesinar a alguien.

—Si estás dispuesto a pagar una gran fortuna, el objetivo debe ser una persona muy importante. ¿Quién podría justificar tanto dinero?

Bronso miró a través de la abertura parcialmente abierta de la tienda y bajó la voz.

—El Emperador Paul-Muad'Dib.

Rheinvar dio un paso atrás, y luego se echó a reír.

—Has venido a nosotros demasiado tarde. ¿No has oído? Muad'Dib ya está muerto.

—No me refiero a físicamente. Me refiero a su reputación, el mito y las distorsiones a su alrededor. Tengo ojos en el interior de la Ciudadela de Muad'Dib, y veo lo que está pasando allí, y aunque estoy de acuerdo con un gran número de decisiones políticas, tengo un enfoque muy específico. Tengo que matar a la idea de que Paul era un mesías. La gente y los historiadores tienen que ver que era humano y profundamente defectuoso. Necesito que me ayudes a asesinar a su personaje.

—He oído que Muad'Dib mató a un Danzarín Rostro, al final —dijo Sielto sin emoción alguna—. Un infiltrado y conspirador llamado Scytale. Quizás eso sea una razón suficiente para que nosotros te ayudemos en su contra.

Rheinvar continuó con el ceño fruncido

—Va a ser peligroso. Muy peligroso.

Bronso se paseó por el suelo de la tienda, hablando rápidamente:

—Sólo tienes que proporcionarme cobertura y ayudarme a distribuir la propaganda contra él. Los Wayku me han ayudado durante años, pero quiero hacer algo aún más grande en escala de empresa, a partir de lo que ya he hecho. Confío en tus habilidades y en tu sutileza, Rheinvar. De hecho, al venir aquí estoy confiando en ti con mi vida. Espero que esa confianza valga algo, y que mis recuerdos de la infancia no me engañen.

El líder del grupo miró a Sielto, y una comprensión sin palabras pasó entre ellos. El Maestro Juglar se sentó detrás de una mesa desordenada, cruzó las manos delante de él, y sonrió.

—Entonces permíteme demostrarte un poco de mi confianza, para sellar nuestra cooperación. Me sorprende que no te hayas dado cuenta, un hombre brillante como tú.

Delante de los ojos de Bronso, las características del anciano se alteraron, fluyeron, y se establecieron en un soso semblante impasible. ¡Un segundo Danzarín Rostro!

—¡Infiernos de Vermillion! Ahora veo por qué no has cambiado en todos estos años.

—El primer Rheinvar —el que conociste cuando eras un niño— era realmente humano. Pero hace diecisiete años, después de un trabajo de asesinato que salió mal, fue gravemente herido durante nuestra huida. Murió a bordo del crucero poco después de que éste saliera de órbita. Afortunadamente, nadie más que nosotros lo vieron perecer. Decidimos no dejar de lado su fama y reputación, su valía como líder de la tropa, y nuestra cobertura perfecta.

—Y así, yo fui el Danzarín Rostro elegido para ocupar su lugar. Pero sin el verdadero Rheinvar, hemos perdido nuestra inspiración y nuestra estatura como artistas declinó. Puedo imitar algunas de sus habilidades, pero no soy realmente un Maestro Juglar. No tengo sus increíbles poderes hipnóticos y manipuladores. Sólo puedo pretender ser quien era. Sin él, hemos perdido algo indefinible.

—¿Algo humano, tal vez? —preguntó Bronso.

Los dos Danzarines Rostro se encogieron de hombros.

—¿Todavía quieres nuestra ayuda?

—Más que nunca, ya que ahora he aprendido algo de ustedes que otros no saben, algo que tal vez ni siquiera saben ustedes mismos.

El cambiador de formas asumió el aspecto familiar de Rheinvar nuevamente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es eso, mi amigo?

—Que todos los Danzarines Rostro son diferentes por dentro.

Vivimos nuestras vidas, soñamos nuestros sueños, y esquematizamos nuestros esquemas. Shai-Hulud observa todo.

—Sabiduría Fremen

Antes de que Alia pudiera llegar a estar demasiado involucrada en sus preparativos de su boda, se dirigió hacia Jessica, preocupada por otro asunto. No estaba distraída ni preocupada, sino absorta.

—Hay algo que tú y yo deberíamos hacer juntas, Madre —algo que me gustaría que compartamos. Nos pondrá a ambas en el mismo curso—. Parecía muy exaltada por la perspectiva.

Curiosa, Jessica siguió a Alia y Duncan las llevó por numerosos pasillos y escaleras debajo de la ciudadela hacia una gran cámara subterránea, tallada a mano. Globos resplandecientes bañaban la gruta con la luz en sintonía con el espectro blanco del sol de Arrakis, por lo que el plancton de arena podía sobrevivir. Jessica olió el poderoso conflicto de olores, la arena, el agua, y el hedor pedernal aproximado de un gusano.

—Mi hermano creó este lugar en el segundo año de su reinado. —Alia inhaló profundamente—. Sabes por qué, ¿no?

Jessica miró a través de la profunda área de arena, rodeada por un amplio cuadrado de agua. Mirando con atención intensa, pudo ver pequeñas vibraciones, ondas de movimiento debajo de la arena.

—Paul consumía la esencia de especia para mejorar y llevar a cabo sus visiones. Mantuvo un gusano atrofiado aquí para obtener cada vez que requiriera el Agua de Vida.

—Sí. A veces compartía la esencia de especia convertida con su círculo de asesores más cercanos. Otras veces hacía el viaje interior solo. —Hizo una pausa, como si atreviera a hacer una sugerencia, y luego le sonrió a Jessica—. ¿Recorrerías ese camino conmigo ahora, Madre? Lo hicimos juntas cuando no era más que un feto en tu vientre… cuando te convertiste en una Reverenda Madre, y yo fui convertida en… en mí. —Con gusto tomó la mano de Duncan, pero mantuvo los ojos enfocados en su madre—. Esta será la última oportunidad antes de nuestra boda. Yo lo consideraría un sacramento. ¿Quién sabe lo que podríamos descubrir juntas?

A pesar de que era incómodo, Jessica no podía rechazar la petición de su hija. El efecto de despertar la conciencia espectral de la droga intensificaba las conexiones mentales, creando una forma borrosa de conciencia compartida. Ella y su hija ya habían experimentado una unidad, un modelo unificado de pensamientos que se había

desvanecido gradualmente a medida que Alia maduraba, y Jessica vivía a gran distancia en Caladan. Ahora, Jessica no quería exponer todos sus secretos a su hija. Todos los secretos de Paul. Había algunas cosas que Alia no podía saber, que no entendería.

Afortunadamente, Jessica era mucho más fuerte de lo que había sido la primera noche hacía mucho tiempo durante la orgía tau en el sietch. Además de sus propias experiencias, la dañada y cambiada Tessia Vernius le había enseñado sus muchas maneras de protegerse a sí misma allá en Wallach IX. Jessica podría construir muros mentales con seguridad suficiente.

Ella estaría a salvo.

—Sí, Alia. Esto es algo que debemos hacer juntas.

Cinco guardias Amazonas los habían seguido a la cámara subterránea, acompañadas de un maestro de agua Fremen. Duncan señaló al maestro de agua, quien giró una pesada rueda de hierro en la pared de piedra. Los engranajes cambiaron y la maquinaria cayó, liberando un falso suelo debajo de una zona estrecha de arena para crear un canal, en el cual el agua fluyó. El canal dividió el espacio seco encerrando al centro. Un pequeño gusano surgió de debajo de la arena, alejándose del agua que fluía como si fuera ácido.

Era un monstruo por cualquier definición: una larga forma serpentina, de un metro de grosor y cinco metros de largo, la boca redonda llena de dientes cristalinos, con la cabeza sin ojos moviéndose de aquí para allá. Para los estándares de Arrakis, sin embargo, esto era un espécimen inmaduro atrofiado.

Con un grito, las Amazonas de Alia levantaron sus bastones de metal y saltaron a la arena. Rodearon al gusano y golpearon sus segmentos ondulados con golpes fuertes. La criatura se sacudió y atacó, pero las mujeres esquivaron los ataques. Jessica se dio cuenta de que las guardias habían hecho aquello antes, y tal vez muy a menudo. Se preguntó con qué frecuencia su hija consumía la esencia de especia. Y la frecuencia con que la que Paul lo había hecho.

El maestro de agua giró otra rueda de metal, lo que creó un nuevo canal a través de la arena, bloqueando el gusano con una segunda línea de agua, lo que lo obligó a confinarse en un área más pequeña. Como si se tratara de un deporte emocionante, las mujeres se lanzaron a la criatura, luchando contra él, luchando abajo a la arena.

El maestro de agua Fremen inundó más la arena, y el gusano atrofiado se retorció contra el toque del líquido, quejándose con espasmos eléctricos de furia. Pero las mujeres atraparon a la criatura, la empujaron hacia abajo, sumergiéndolo hasta que su cabeza estuvo debajo del agua profunda, con su boca abierta. Con salpicaduras y rociaduras que convertían la arena a una suspensión de granos marrones, sostuvieron a la bestia sumergida hasta que el agua venenosa hubo llenado su garganta.

En sus últimos espasmos, las Amazonas arrastraron la cabeza goteante del gusano fuera de la pila, mientras que el maestro de agua corría hacia adelante con una gran cuenca. Muriendo, el gusano vomitó un líquido turbio. La bilis espesa y potente era uno de los venenos más mortales conocidos, sin embargo, una vez catalizado por una

Sayyadina, se convertía en un medio de euforia, una manera de abrir el ojo interior de la conciencia.

Con una cara sonrojada y la mirada brillante, el maestro de agua se tambaleó hacia ellas llevando la cuenca; su contenido venenoso chapoteaba contra los lados del recipiente.

—Dama Alia, Dama Jessica, una cosecha abundante. Lo suficiente como para hacer droga tau para muchos de los fieles.

Alia extrajo una pequeña cazuela de cobre desde el lado de la cuenca, lo llenó, y extendió la cuchara hacia su madre.

—¿Haremos ambas los honores?

Jessica tomó un sorbo del líquido alcaloide sin sabor, y su hija hizo lo mismo. Manteniéndolo en su boca, Jessica alteró la firma química de la sustancia, manipulando los bonos elementales con sus habilidades Bene Gesserit, convirtiéndola en una cadena de semillas de moléculas que, cuando ella y Alia escupieran de nuevo en la cuenca, transformara la bilis del gusano moribundo. En una reacción en cadena, el líquido se convertiría en algo más.

Las guardias Amazonas y el maestro de agua miraban con asombro y toques de hambre voraz. Alia tomó la cuchara de nuevo y bebió de la sustancia convertida, al igual que su madre.

Alia extendió la cuchara a Duncan, que montaba guardia detrás de ellos, pero el ghola se negó.

—Tengo que permanecer alerta. He visto lo que esto le hace a uno.

—Deberías ver lo que te hace a ti. Toma, Duncan. Cásate conmigo de otra manera.

Al igual que un buen soldado, hizo lo que le ordenó. Duncan, siempre el mismo, siempre fiel a los Atreides…

Antes de que el fármaco pudiera hacerle efecto, Alia ofreció la cuenca a sus guardias.

—Esto es una bendición de la hermana y madre de Muad'Dib. Tómenlo, compártanlo. Tal vez otros encontrarán la verdad que buscan.

Mientras los demás se apresuraban alejándose, Jessica sintió el repiqueteo de la droga cada vez con más fuerza contra su conciencia. Alia extendió la mano para tocarla, y Jessica respondió, pero mantuvo su reserva, erigiendo una barrera protectora en el interior de su mente, dejando que su hija la viera y la conociera… pero no del todo.

En lugar de respuestas, Jessica sintió preguntas creciendo más fuertemente en su conciencia, las dudas, la confusión que tenía por delante, el golfo vacío y peligroso de un futuro sin control y los muchos caminos que se extendían hacia fuera para la humanidad… posibilidades sobre posibilidades sobre posibilidades. Ella sabía que aquella era la trampa de la presciencia. Ver los futuros no hacían bien a una persona, a menos que pudiera determinar uno el futuro real que ocurriría.

Sintiendo el tirón de la droga, Jessica escuchó y experimentó cambios en la química de su cuerpo. Comenzó a recorrer a la deriva a través de las dunas interminables en su mente, de nuevo a través de incontables generaciones, una cadena de antepasados

femeninos todos de pie allí para aconsejarla, para recordarle sus vidas largamente olvidadas, para criticarla o para alabarla. Jessica siempre las había mantenido a una distancia segura; había visto lo que le podía pasarle a una Reverenda Madre que permitía que aquellas voces arengaran constantemente y dominaran una personalidad individual.

¿Cómo se había protegido Alia a sí misma contra el clamor interno? Sin preparación y sin haber nacido, ella podría haberse ahogado inicialmente en el ataque de todas aquellas vidas. ¿Cómo se había protegido a sí misma?

Y ahora, al final de esa larga sucesión de vidas pasadas, Jessica descubrió una figura de pie ante ella con una túnica, la cara cubierta por una capucha que ondeaba en el viento en silencio. Una figura masculina. ¿Paul? Algo obligó a alejarse, y en el otro extremo de la eternidad se encontró con su hijo de pie allí también, pero no tenía rostro ni voz.

Finalmente, escuchó sus palabras en su cabeza:

—Son pocos los que me pueden proteger… pero muchos los que me destruyen Tú puedes hacer las dos cosas, Madre —como podría Alia. ¿A cuál elegirías?

Trató de pedir más información, pero no pudo encontrar su propia voz. En respuesta a su silencio, Paul dijo solamente:

—Recuerda tu promesa… la que me hiciste en Ix.

Las arenas azotaron a su alrededor, con lo que el polvo y la neblina se arremolinaron más y más rápido, a su alrededor… hasta que finalmente se frotó los ojos, mirando a la cámara subterránea, oliendo el agua salpicada, el gusano muerto y la amarga bilis.

Alia ya estaba despierta. Al estar más acostumbrada a la droga, su cuerpo se había metabolizado más rápidamente. Los profundos ojos azules de adicta a la especia de la chica estaban abiertos, los labios entreabiertos en una sonrisa de asombro. Junto a ella Duncan se sentaba rígido y con las piernas cruzadas, al parecer soñando.

—Vi a Paul —dijo Alia.

El corazón de Jessica latió más rápido.

—¿Y qué te dijo?

La sonrisa de Alia se convirtió en un misterio.

—Eso es algo que incluso una madre y una hija no se pueden compartir. —Jessica se dio cuenta, tardíamente, que Alia la había amurallado, también—. ¿Y qué experiencia tuviste?

Jessica sacudió la cabeza ligeramente.

—Fue… desconcertante. Tengo que meditar más a fondo.

Cuando se levantó, el duro dolor en sus extremidades le dijo que había estado en trance durante bastante tiempo. Tenía la boca seca, con el sabor residual amargo del líquido que había consumido… y la extraña visión que había experimentado.

Jessica dejó a Alia sentada al lado de Duncan. La joven sostuvo el brazo del ghola, mirándolo, y lo aguardó hasta el fin de su viaje interior. Pero Jessica se había ido antes de que él despertara.

Cuando el verdadero motivo es el amor, no hay otras explicaciones. Buscarlas es como perseguir granos de arena en el viento.

—Proverbio Fremen

Junto con los preparativos de la boda, los trabajos de construcción continuaron a gran velocidad para erigir nuevos y magníficos templos que mostraran la Gloria de Santa Alia, así como de Muad'Dib. Elevándose en una plaza pública, una enorme estatua representaba la figura de Jano, la dualidad del hermano y la Hermana, dos rostros que miraban en direcciones opuestas —el futuro y el pasado—. Alia y Paul.

Monedas recién acuñadas llevaban el perfil de Alia, por un lado, como la Madonna con dos bebés pequeños, rodeada de la imagen débil de Paul-Muad'Dib, como un espíritu benevolente que velaba por ellos; por el otro lado llevaba el escudo halcón de los Atreides embellecido con un estilo Imperial y las palabras REGENTE ALIA. Alia parecía haber aprendido el poder de la creación de mitos mediante el ejemplo de su hermano; incluso durante el reinado de Paul, la joven se había convertido a sí misma en una poderosa líder religiosa en Dune.

A pesar de la alegría anticipada y la emoción de la boda, Alia tranquilamente afirmaba que había peligro por todas partes… y Jessica no pudo descontar sus temores. Tal espectáculo sería de hecho un momento de tentación para alguien a cometer la violencia. Un equipo de guardias Amazonas nunca se alejaba del lado de la Regente, y una tropa Fremen liderada por Stilgar permanecía estacionada fuera de la entrada a la guardería, donde se hallaban los gemelos. Se revisaron a fondo todas las naves de otros mundos, a cada pasajero dudoso, cada cargamento… escaneados meticulosamente.

El círculo interior de sacerdotes de Alia se llevó la peor parte de las amplias medidas de protección, con el orgulloso Qizara Isbar que había aceptado un papel mucho más importante de lo que había hecho con anterioridad. A Jessica no le había gustado el hombre adulador cuando había llegado a Caladan para entregar la noticia de la muerte de Paul. Ahora, cuanto más insistía Isbar en que estaba ayudando a Alia, Jessica menos lo aprobaba.

Cuando recibió un mensaje en clave secreta que revelaba un complot de asesinato encabezada por Isbar, incluso Jessica estaba sorprendida por la audacia del mismo. Estudió el mensaje secreto una y otra vez, escuchó las conversaciones grabadas subrepticiamente que revelaron el plan de Isbar en todo su detalle. Entonces llamó a Gurney Halleck a sus aposentos.

—Cuidado con la víbora en tu propio nido. —La cicatriz de Gurney se sonrojó—. ¿Acaso el hombre de Paul, Korba, no intentó algo similar?

—Sí, y por eso fue ejecutado. Korba quería hacer un mártir de Paul para que el sacerdocio pudiera usar su memoria para sus propios fines. Ahora, significa que estas personas quieren hacer lo mismo con Alia. Si la quitan como Regente, tendrán solamente que preocuparse de los gemelos bebés.

—Es posible que usted esté en su lista de objetivos, mi Dama. E Irulan. «Las ambiciones crecen como la mala hierba, y son tan difíciles de erradicar». —El gran hombre negó con la cabeza—. ¿Está segura de la información? ¿Quién la entregó? No me gusta esta fuente anónima.

—La fuente no es anónima para mí. Creo que es inimputable, pero no puedo revelar el nombre.

Gurney bajó la cabeza.

—Como quiera, mi Dama. —Sabía que estaba pidiendo mucho de él, pero ella esperaba su aceptación plena. Jessica había llegado a Dune para honrar a Paul, para fortalecer el nombre de su Gran Casa, y para venerar un líder caído— a su hijo. Pero no podía hacer menos por su hija. Alia era tan Atreides como Paul.

Jessica le entregó el trozo de papel de especia y las palabras que había allí escritas.

—Estos son los tres nombres. Ya sabes qué hacer. No podemos confiar en nadie, ni siquiera en los que están en el círculo íntimo de Alia, pero confío en ti, Gurney.

—Yo me encargaré. —Sus puños estaban cerrados, sus músculos agrupados. A medida que se iba, Jessica dejó escapar un suspiro largo y lento, plenamente consciente de lo que había puesto en marcha.

Esa noche, después de que Isbar terminara su servicio en el Sino del Oráculo, celebrando a Santa Alia del Cuchillo, el sacerdote hizo una reverencia a los animados congregantes, levantó las manos en una bendición, y retrocedió detrás del altar. Su piel brillaba con aceites perfumados. El cuello de Isbar había empezado a espesar con carne suave, una gordura resultante del acceso ilimitado al agua por primera vez en su vida.

Corriendo las cortinas naranjas de la tela de fibra de especia, entró en su alcoba privada y se sorprendió al encontrar allí a un hombre que lo esperaba.

—¿Gurney Halleck? —Al reconocerlo, Isbar no llamó a los guardias—. ¿En qué puedo ayudarle?

Las manos de Gurney se movieron con falta de definición, con los dedos apretados alrededor de un cable de fibra fina de krimskell, que brilló alrededor del cuello del sacerdote y tironeó con fuerza.

Isbar se agitó y arañó el cable, pero el agarre de Gurney se mantuvo firme. Se retorció y tiró con más fuerza, y el cable rápidamente cortó la respiración del sacerdote, rompió el hueso hioides, y silenció su laringe. Cuando Gurney aserraba más profundo con el cable, los ojos de Isbar sobresalieron; sus labios se abrían y se cerraban como los jadeos de un pescado varado. En un pensamiento fugaz, Gurney se preguntó si el hombre del desierto había visto un pez.

Habló en voz baja al oído del sacerdote.

—No pretendo que te preguntes por qué estoy aquí. Usted conoce su culpabilidad, lo que pretende hacer. Cualquier complot contra Alia es un complot contra todos los Atreides. —Tiró del cable con más fuerza incluso. Isbar estaba más allá de poder oírle, ahora con la garganta casi cortada—. Y por lo tanto debe ser tratado.

En el exterior, los fieles continuaron presentándose fuera del templo, algunos todavía rezando. Ni siquiera habían visto la tela revuelta que colgaba de los paneles.

Cuando estuvo absolutamente seguro de que el traidor estaba muerto, Gurney lo dejó caer hasta al suelo polvoriento. Retiró el cable de fibra krimskell fuera de la profunda hendidura en el cuello del sacerdote. Arrollando la cadena una vez más en un bucle aseado, se alejó en silencio hacia la entrada trasera. Tenía dos hombres más para visitar aquella noche.

Cuando se enteró de los asesinatos de sus tres sacerdotes supuestamente leales, Alia se indignó. Sin haber sido convocada, Jessica entró en la oficina privada de la Regente, ordenó a las guardias Amazonas que esperaran afuera, y selló la puerta.

Sentada en su escritorio, Alia quería arremeter contra algún objetivo, cualquier objetivo. Había establecido un patrón de nuevas tarjetas del Tarot en Dune, aunque la lectura no había ido tan bien como había esperado. Cuando su madre entró, Alia esparció las cartas sobre la mesa, una panoplia de iconos antiguos modificados para tener relevancia para Dune… una tormenta de Coriolis de arena, un Emperador que se asemeja a Paul, una copa rebosante de especia, un gusano de arena en lugar de un dragón, y un misterioso hombre ciego, en lugar de la Muerte.

Jessica resistió el embate de furia de su hija, y luego habló con calma.

—Esos sacerdotes han muerto por una buena razón. Gurney Halleck los mató.

Aquello detuvo a medias la frase de Alia. La muchacha esbelta se incorporó sobre sus pies desde detrás de la mesa de trabajo, con el desorden de las cartas del tarot ante ella. Su rostro se puso pálido, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué acabas de decirme, Madre?

—Gurney solamente siguió mis órdenes. Te salvé la vida.

Mientras su hija escuchaba asombrada y con el ceño fruncido, Jessica reveló los detalles de la trama que habría asesinado tanto a Alia y a Duncan en su ceremonia de boda. Extendió las grabaciones, dejando que su hija escuchara los esquemas de Isbar y los otros dos sacerdotes. No cabía negar su culpabilidad.

—Parece que tus sacerdotes prefieren hablar como sustitutos de los profetas muertos que de los gobernantes vivos.

Alia se sentó pesadamente, pero sólo después de un momento de pausa, su estado de ánimo cambió una vez más.

—¿Así que has mandado a espiarme, Madre? No confías en mi seguridad, ¿por lo que tienes tus propias fuentes internas? —Señaló con el dedo a las grabaciones subrepticias y su voz se hizo más fuerte, más estridente—: ¿Cómo te atreves secretamente a mantener una vigilancia sobre mí y mis sacerdotes? ¿Quién puede…?

Cuando Alia comenzó a perder el control de su temperamento, Jessica dio un paso más y le dio una bofetada como una madre disciplina a un niño rebelde. Con calma. Una vez, con fuerza.

—Deja estas tonterías y piensa. Lo hice para protegerte, no para debilitarte. No para espiarte. A veces es beneficioso tener un conjunto independiente de fuentes —como esta situación lo demuestra.

Alia se balanceó hacia atrás, sorprendida de que su madre la hubiera golpeado. Sus labios se apretaron hasta que palidecieron; la marca roja se destacó en su mejilla. Con gran esfuerzo, se recompuso.

—Siempre hay complots, Madre. Mi propia gente habría descubierto éste con el tiempo, y preferiría haber ejecutado públicamente a los traidores, en lugar de darles muerte en secreto. La ceremonia de la boda habría sido una oportunidad obvia para que alguien se moviera contra mí, y ya he tomado medidas de seguridad —medidas que incluso tus «fuentes» no saben nada.

—No soy tu enemiga, ni soy tu rival —insistió Jessica—. ¿Puedes quejarte de una madre por querer evitar que su hija resulte dañada?

Alia suspiró y se echó el pelo detrás de sus hombros.

—No, Madre, no puedo. Por la misma razón, no puedo quejarme por decir que me sentiré menos… incapaz, cuando regreses a Caladan.

Incluso cuando siento amor, es tan complejo que otros pueden no reconocerlo como tal. Aunque admita esto con libertad, lo hago únicamente en estas páginas que son sólo para mí.

—Dama Alia, diarios privados, escritos intencionalmente para imitar el estilo de la Princesa Irulan

Cuando otro de los manifiestos de Bronso apareció sólo unos días antes de la boda, Alia reaccionó rápidamente y con rabia, ordenando la destrucción de todas las copias. Exigió que cualquier persona a la que se encontrara distribuyendo, o incluso llevara el documento, fuera ejecutada sin más preámbulos.

Profundamente preocupada y con la esperanza de mitigar cualquier daño, Jessica se apresuró a reunirse con su hija en privado.

—Tal derramamiento de sangre se volverá en contra tuya. En dos días tú y Duncan estarán casados. —¿Quieres que la gente te odie y te tema?

Después de expresar su disgusto por la situación, Alia cedió:

—Muy bien, Madre, aunque sólo sea para apaciguarte a ti. Amputar las manos de los perpetradores debería ser lo suficientemente duro como para hacer llegar el mensaje, supongo. —Su madre se marchó, no del todo satisfecha.

Alia pasó el resto del día en la sala del trono, luego se alejó a través de una puerta custodiada y empujó a un lado un tapiz Fremen, tal como había visto a su hermano hacer muchas veces. Era difícil creer que él se había ido. Se revolvió con un sentimiento de impotencia que sólo la hizo enojar. ¿Por qué la había dejado con un estado tan desordenado de las cosas? ¿Paul esperaba que ella actuara como la madre de sus bebés gemelos? ¿O tal vez Harah podría hacerlo? ¿O la Princesa Irulan? ¿O Jessica? ¿Cómo podría el hombre más importante en el universo conocido simplemente darle la espalda y… huir?

Deseó que su hermano pudiera estar allí ahora.

Una terrible sensación de tristeza y añoranza amenazó con hacerla llorar, pero Alia no había derramado lágrimas por él, y dudaba que alguna vez lo hiciera, sobre todo en Dune. Sin embargo, había amado Paul en vida… y podía amarlo aún más ahora en la muerte.

Su presencia era como una estrella supergigante cuya atracción gravitatoria afectaba todo lo que se acercaba dentro de su esfera de influencia. Paul había brillado tan intensamente que había cegado a todas las demás estrellas y constelaciones individuales. El Emperador Muad'Dib, el mesías de los Fremen Lisan al-Gaib. Había derrocado a un Emperador, conquistado una galaxia, y utilizado un Jihad para barrer el desorden de diez mil años de historia.

Pero sin su carismática personalidad que dominaba las labores cotidianas de gobierno y la familia Atreides, Alia estaba empezando a ver a su hermano desde una perspectiva diferente, en realidad teniendo la oportunidad de conocerlo y respetarlo en nuevas formas.

Después que el agua de Chani fuera robada, y misteriosamente no hubieran surgido nunca amenazas de chantaje, afortunadamente, había acordonado los aposentos privados de Paul en la Ciudadela, y no se permitía a nadie entrar en aquellas habitaciones. A Alia le gusta ir allí sola, a pensar, a imaginar que aún podría estar allí.

Paul-Muad'Dib había dejado un legado extraordinario, y ella lo custodiaba, como Regente y como su hermana. No era un deber que se tomara a la ligera. Teniendo en cuenta el tiempo y las circunstancias adecuadas, Alia podría soportar un día como la igual a Muad'Dib en las historias. Ya tenía cronistas compilando un registro de sus logros, por si acaso.

De pie sobre las baldosas de piedra justo dentro de la entrada de la habitación, olió los olores persistentes de los antiguos habitantes, un poco de aire estancado. No hacía mucho tiempo, Paul y Chani habían llenado aquellas habitaciones con sus personalidades, sus sueños, sus esperanzas, y sus palabras secretas uno para el otro. Habían hecho el amor allí y concebido a los gemelos, Leto y Ghanima.

Murales al óleo pintaban las paredes representando escenas de Fremen comunes: una mujer contando los anillos de agua para el pelo, los niños en la arena capturando de truchas de arena, un Naib de pie en lo alto de un promontorio. Todo estaba exactamente como los ocupantes lo habían dejado, los zapatos y la ropa de Chani se desparramaban casualmente como si hubiera esperado volver, al igual que cualquier otro día… pero la ropa de Paul estaba guardada perfectamente. Al ver esto, Alia sintió un escalofrío, preguntándose si su hermano habría sabido que no regresaría.

En última instancia, Alia contempló qué hacer con estos aposentos privados. El lugar sagrado llegaba más allá de sus propios sentimientos de devoción por su hermano.

Sintió la santidad en las sombras inmóviles de la suite estilo sietch con sus tapices en las paredes austeras, la cama que Paul y Chani habían compartido, el marcador de servicio de café de especia que había pertenecido a Jamis.

Después de una larga deliberación, Alia decidió que tenía que compartir este lugar con los demás. Pero ¿con quién? ¿Un lugar limitado para ella misma y unos pocos

invitados, sólo los que habían estado cerca de Paul y Chani? ¿Y si era un museo que sólo los Fremen pudieran visitar… o debería ser algo más accesible que atrajera a peregrinos de todo el Imperio?

La voz de Valefor la llamó desde el otro lado de la puerta cerrada.

—Regente Alia, su madre solicita entrar.

Alia se abrió paso entre el tapiz, abrió la puerta y vio a su jefe de la guardia Amazona de pie junto a Jessica.

—Claro.

Su madre entró, la primera vez que había estado en el interior de aquellas habitaciones. No dijo nada sobre la represión, o los escritos de Bronso, o cualquiera de sus discusiones anteriores mientras caminaba alrededor de la cámara, inspeccionando con tristeza los destiltrajes adicionales, los librofilms que Paul o Chani habían estado leyendo, las holofotografías. Pasó un dedo a través de una mesa, y se quedó con una fina capa de polvo; tomó varias respiraciones profundas y agitadas.

—Esto no es fácil para ti, ¿verdad, Madre?

—No.

En los dormitorios, Jessica hizo una pausa para mirar a un cabecero de madera independiente que contaba con tallas de un pez saltando y gruesas olas marrones… una pieza que había sido rescatada de la residencia original de Arrakeen. Aquel cabecero una vez había ocultado un cazador-buscador utilizado en un intento Harkonnen para matar a Paul. Más tarde, después de convertirse en Emperador, Paul lo había mantenido como un recordatorio para nunca bajar la guardia.

Cambiando de tema, Jessica se detuvo para examinar el contenido de una mesa junto a una ventana, un tarro de cerámica colocado por sí mismo como si estuviera en un lugar de especial reverencia. Miró parpadeando a su hija, pidiendo una pregunta no formulada.

—Es el tarro que Chani me mandó a buscar después de que el Conde Fenring apuñalara a Paul. Contuvo el Agua de Vida que detuvo su corazón lo suficiente para que nosotros controláramos la hemorragia.

Jessica se quedó mirando la cerámica.

—Después de lo que hemos observado en el bazar, los otros días, es doloroso ver objetos auténticos aquí. Creo que debería recoger unos recuerdos por mi cuenta.

Alia sintió una oleada de entusiasmo.

—Sí, Madre. Después de nuestra conversación, instituyó una estrecha vigilancia sobre el mercado negro con sus reliquias falsas. El recuerdo de Muad'Dib no debe ser abaratado por falsificaciones. —Sonrió, esperando que su madre lo aprobaría—. He decidido que la única manera de prevenir el fraude es creando un sello de aprobación, una marca oficial que tranquilice a los compradores, a los fieles, que un objeto en particular ha sido autenticado como el original. Todos los beneficios adicionales entrarán en el tesoro del gobierno.

La frente de Jessica se frunció.

—Pero la demanda será mucho mayor que la cantidad de artículos disponibles.

—Sí, y ya que las copias se harán de todos modos, vamos a fabricar nuestras propias réplicas y los venderemos como tales, bendecidas por el Qizarate. Facsímiles oficiales, en lugar de falsificaciones. Estaré en una junta de consultores, y me gustaría que actuaras en dicha capacidad, también.

—Recuerda, voy a volver a Caladan pronto. He visto los suficientes… retazos de la vida de Paul. —Tomó otra larga mirada alrededor y luego, lentamente, se fue—. Sí, he visto lo suficiente.

Después, Alia levantó un fragmento de concha de la mesa y observó la pieza rota contra la luz de la ventana. Era un objeto de la Madre Tierra, si la historia de Whitmore Bludd sobre ella era verdad. Se la había dado a Paul como muestra de lealtad del Archiduque Armand Ecaz. Pero la concha, como la promesa de Bludd, estaba rota.

Puso el artefacto hacia abajo exactamente en la misma posición. Luego, por impulso, hizo girar la pieza alrededor de modo que se dispuso a la inversa. Haciendo su propia marca.

Aquellos objetos no eran realmente sagrados, aunque continuarían actuando como si lo fueran. No eran más que… cosas.

¿Es posible que un ghola pueda amar? Esta fue mi pregunta al comienzo, pero ahora ya no lo es. Duncan Idaho y yo tenemos un entendimiento.

—Alia Atreides, notas privadas

Tan solo a horas de que la boda de Alia y Duncan comenzara, tres guardias Amazonas escoltaron a Dama Jessica a su lugar de honor en el borde del desierto más allá de los muros de la Ciudadela.

Stilgar era su compañero mientras se movía a través de las multitudes festivas, tanto vestidas con ropas formales para la feliz ocasión. Intencionalmente había mantenido su distancia del líder Fremen desde que regresaron ambos de la ceremonia secreta en honor a Chani. Manteniendo su silencio, Jessica y el Naib tomaron asiento en las gradas con vistas perfectas a la extensión del desierto. Cientos de trabajadores diligentes habían peinado las dunas con rastrillos finos y utilizado sopladores suaves para borrar huellas y eliminar cualquier presentación de ruido. *Un derroche extravagante e innecesario de esfuerzo,* pensó Jessica, *porque los vientos rápidos borrarían cualquier marca pronto.*

A medida que las multitudes se reunieron, Stilgar reflexionó:

—Yo fui quien primero le dijo a Usul que tu hija debía casarse. Fue una cosa que cualquier hombre podía ver, en el momento. —Entrecerró los ojos y miró hacia fuera en las dunas donde la ceremonia se llevaría a cabo.

Jessica estuvo contenta de compartir sus pensamientos.

—En algunas culturas, mi hija sería considerada demasiado joven para el matrimonio, pero Alia es diferente a cualquier otra mujer. En su mente, puede recordar todos los placeres de la carne, todas las alegrías y las obligaciones del matrimonio. A pesar de ello, siempre es un reto para una madre pensar en su hija casada. Es un cambio fundamental en las relaciones, el cruce de un Rubicón.

Stilgar enarcó las cejas.

—¿Rubicón? El término me es desconocido.

—Un río en la Antigua Terra. Un famoso líder militar lo cruzó y cambió para siempre el curso de la historia.

El Naib Fremen se alejó, murmurando:

—No sé nada de ríos.

La Princesa Irulan llegó con Harah y los dos niños, asistidas por otro grupo de guardias. Gurney se movía a lo largo de las gradas, siempre sospechoso y alerta. Jessica entendía sus motivos de preocupación. Al eliminar a Isbar y a los sacerdotes traidores, habían eliminado una conspiración contra Alia… pero eso no significaba que no hubiera otras que esperan para surgir. Alia había mencionado su aplicación de sus inusuales «medidas de seguridad,» pero Jessica no sabía lo que su hija había querido decir con eso.

Los grandes espectáculos parecían invitar a la tragedia: la muerte de Rhombur durante la actuación Juglar en el Teatro de los Fragmentos, la masacre durante la boda del Duque Leto, los enjambres de cazadores-buscadores desatados durante la Gran Ceremonia de Entrega de Muad'Dib, incluso la reciente interrupción de Bronso durante el funeral de Paul.

Desde las gradas, miró a los gemelos, consciente de que Leto y Ghanima pasarían toda su vida temerosos por los asesinos a sus espaldas, a las explosiones de un conspirador, a los ingredientes especiales de un envenenador, o a algún arma que nadie hubiera contemplado.

Pero una boda de estado no podía celebrarse a puertas cerradas y a persianas bajas.

El Duque Leto Atreides, y el Viejo Duque antes que él, habían entendido el poder y la necesidad de las diversiones, de la bravura. «*Pan y circo*», lo habían llamado los antiguos romanos.

Su corazón estaba con Alia, deseando a la joven lo mejor el día de su boda.

—Ella es mi hija —se susurró con fiereza a sí misma. Jessica oró para que aquella ceremonia, a diferencia de las otras, se llevara a cabo sin interrupciones o desastres, y que Alia y Duncan realmente pudieran ser felices juntos.

Ya era hora de eso en la familia Atreides.

Fuera de la vista, Alia permanecía desnuda en el balcón de un anexo del palacio en el extremo más alejado de la ciudad. El sol se ponía en el horizonte, lanzando largas sombras sobre los escarpes rocosos. En las arenas de abajo, las mujeres jóvenes Fremen giraban y cantaban, sus cabellos volando sueltos y libres. Las danzas tradicionales de matrimonio estaban en marcha.

Detrás de ella, Duncan Idaho yacía en la cama que habían comenzado recientemente a compartir. Ella y Duncan acababan de hacer el amor, una liberación pasional de sus energías de ansiedad, mientras esperaban y esperaban, por el momento de la ceremonia. Él era su primer amante físico, aunque recordaba un montón en sus profundas capas de recuerdos.

Durante todo el día, una multitud de curiosos se había reunido en el borde de la ciudad y derramado sobre la arena. Tejiendo su camino a través de la multitud, los vendedores pregonaban recuerdos que llevaban los rostros de los novios, y el gobierno de Alia recibiría su porcentaje de todo.

Una serie de palcos de visión se habían erigido para los dignatarios visitantes de las diversas Casas, la CHOAM, el Landsraad, la Cofradía Espacial, las Bene Gesserit, y el Qizarate. Cada personaje importante recibiría sus propios recuerdos, inscritos y autenticados.

Tanto como la hermana de Muad'Dib o como la Regente del Imperio, Alia había diseñado su boda combinando elementos Fremen e Imperiales en una ceremonia híbrida. Ella y Duncan habían repasado los detalles que combinarían los votos de ambas tradiciones. A lo lejos, en las dunas, ambos estarían iluminados bajo la doble luz de la luna… por lo menos, eso era hasta donde la gente vería y escucharía. Sus preparaciones harían la ilusión perfecta.

A la izquierda de la cama había un cubículo de plaz negro con una puerta sellada, las nuevas tecnologías que la Confederación Ixiana le había dado, con la esperanza de comprar su camino de regreso a sus buenas gracias. Debido a las amenazas de muerte habituales que flotaban a su alrededor, Alia recurría cada vez más a las medidas de seguridad tecnológicas.

Su madre y Gurney habían frustrado el complot de Isbar de matarlos durante la boda. Alia sabía de las conspiraciones mortales que habían surgido en torno a Paul.

E Irulan una vez le había contado historias sobre los innumerables complots, conspiraciones, intentos de asesinato que Shaddam IV había enfrentado en Kaitain. ¿Qué pasaba con los seres humanos que invariablemente desarrollaban odio hacia sus líderes?

Ayer mismo, la seguridad Qizara se había apoderado de un lunático en las calles gritando que la boda era «una alianza impía de una Abominación Bene Gesserit y un ghola tleilaxu». Bajo interrogatorio, el hombre había implicado a otros, y proporcionado evidencia creíble de que había complots más profundos en marcha contra Alia y Duncan. Pero el hombre mismo había sido un tonto inepto, y nunca había planteado ser una gran amenaza.

Se preocupaba más por los complots silenciosos y bien ocultos, conspiradores que no eran tan tontos como para gritar su rabia en las calles de Arrakeen. Le habría gustado echar la culpa de todas las amenazas a Bronso de Ix, pero nunca había sido su objetivo, aunque muchos otros tenían resentimientos contra ella. Para sus propósitos, sin embargo, Bronso proporcionaba un punto focal conveniente, y ella podría utilizar su fama para cambiar las tornas e incitar a una reacción contra los críticos del régimen. Ya había tomado medidas para explotar la situación, escribiendo en secreto su propia falsificación del «manifiesto» que sería puesto en libertad inmediatamente después de la boda, bajo el nombre de Bronso.

La adaptación era una fortaleza Bene Gesserit, una a la que había nacido. Su hermano había cambiado la raza humana para siempre, pero Alia tomaría su lugar en la historia,

también, ya que Paul le había dejado recoger los pedazos y organizarlos como ella quisiera.

Si pudiera hacer que el Imperio fuera fuerte y duradero, los historiadores podrían incluso elevarla por encima de la estatura de Muad'Dib. Para ella, era una cuestión de disminución de la memoria de Paul de manera calculada, mientras iluminaba sus propios logros. Se pararía sobre sus hombros y se beneficiaría de sus victorias.

En honor del día de su boda, Alia había ordenado la paralización temporal de todas las torturas y ejecuciones. En adición, un afortunado preso sería exonerado cada día, en base a un sorteo público que se celebraría fuera de la prisión principal, y Duncan había estado entregando valiosos regalos a cientos de ciudadanos afortunados seleccionados al azar, para demostrar la generosidad Imperial.

Alejándose de la luz de la oscuridad inclinada en el balcón, Alia se giró para ver a Duncan vestirse delante de un espejo, poniéndose los pantalones del uniforme verde y una chaqueta negra que llevaba el escudo halcón rojo de la Casa Atreides. Siempre era preciso, el resultado de la formación y años de servicio militar a la Casa Atreides del Maestro Espadachín del Duncan original.

Cerró las puertas de plaz detrás de ella y activó los sellos de humedad, cortando los ruidos de la multitud afuera. Con una sensación de cosquilleo de anticipación, Alia se puso un vestido velvasilk negro que tenía el corte de un traje Fremen, pero con los materiales, accesorios y joyas resplandecientes de una noble dama. Se trenzó el cabello con los anillos de agua y se puso un collar blanco de líneas perladas: la combinación perfecta de Fremen y elementos Imperiales. También puso una sonrisa de satisfacción.

Cuando la puesta del sol se desvaneció en la oscuridad, las luces multicolores jugaron través de las arenas y las ventanas del palacio anexo. Duncan se situó en un ángulo de visualización en una de las paredes, y Alia se unió a él para que pudieran observar la multitud. Mientras la pareja miraba desde detrás de las paredes de la alta habitación de Alia, sus guardias Amazonas marcharon hacia fuera sobre las arenas y tomaron sus puestos para proteger a los participantes e invitados. Aumentando la ampliación, ella vio un vestido negro de Sayyadina, junto con un sacerdote Qizara con una túnica amarilla, de pie en una piscina de luz en la cresta de la duna. Todo el mundo estaba esperando que ella y Duncan llegaran.

Ella le apretó la mano y lo llevó al cubículo de plaz negro en el fondo de la sala.

—¿Hacemos nuestra aparición?

Los dos dieron un paso dentro de la cabina. La puerta del cubículo se cerró, y las luces doradas de los escáneres y las cámaras les bañaron. De repente, en el desierto, Alia parecía estar de pie en la cima de la duna con Duncan, pero eran meras holoproyecciones sólidas, a espaldas de los espectadores. Alia y su marido, parecían haber surgido de la nada, como un milagro… o un truco de escenario. Nadie en el público creería que los dos no estaban realmente presentes.

Incluso si un intento de asesinato ocurría ahora, ninguno de ellos estaría en riesgo.

Alia había estudiado los detalles de la ceremonia tantas veces que apenas había notado que el Qizara hablaba en Chakobsa, siguiendo tradiciones tan antiguas como los vagabundos Zensunni que habían sido los antepasados de los Fremen, mientras que la Sayyadina hablaba después en un florido galach antiguo o usando palabras que una vez habían sido pronunciadas por Sacerdotes de Dur en las ceremonias de boda reales, antes de su reciente caída en desgracia.

Las perfectas imágenes proyectadas de Alia y Duncan pronunciaron las respuestas que habían memorizado, recibieron las bendiciones de los dos funcionarios, y se besaron en un rugido de aprobación de la población de Arrakeen. A continuación, los dos recién casados se deslizaron fuera sobre la arena. Milagrosamente no dejaron huellas, y se desvanecieron en las sombras de las dunas, camino a su destino secreto de luna de miel.

Cuando todo terminó, y los dos salieron de la cabina de proyección y se encontraron de nuevo en la habitación, Duncan sacó los anillos de boda reales de un bolsillo de su chaqueta. Moviéndose casi con timidez, se deslizaron las bandas en los dedos del otro. Duncan era un tradicionalista.

Sonriéndole, sintiendo el calor de las genuinas, aunque desconocidas emociones, Alia dijo:

—Todo sucedió tan rápido. Giré la cabeza y nos casamos.

—Giraste mi cabeza hace algún tiempo —dijo, y la envolvió en sus brazos.

Wellington Yueh, el doctor Suk de la Casa Atreides, es el traidor más notorio en la larga y ajetreada historia del Imperio. Bronso de Ix, por otro lado, no es más que un simple cambiacapas, es un profanador de la memoria de Muad'Dib. No se limita simplemente a traicionar, sino que espera destruir todo lo que Muad'Dib ha creado. Si un millón de muertes no fueron suficientes para castigar a Yueh, como dice el refrán, ¿cuántas muertes serán necesarias para Bronso?

—El Legado de Muad'Dib, por la Princesa Irulan

En la continua búsqueda de Bronso de Ix, la red de Mentats oculta que Duncan Idaho había desplegado patrullaba en las calles o realizaba empleos serviles en el espaciopuerto. Observaban y procesaban millones de rostros, y luego los ignoraban. No le prestaban atención a otros criminales, fugitivos del Jihad, o rebeldes que habían luchado en contra de Muad'Dib y que nunca habían sido atrapados. Buscaban sólo a Bronso. Esa era la prioridad de Alia.

Gurney intentó sin éxito localizar a los tratadores de sus orígenes, y leyendo algunas de las afirmaciones escandalosas que le hicieron hervir la sangre. El ixiano había sido amigo de Paul, y ahora se había convertido en un tábano particularmente malicioso.

Aún así, Gurney había jurado respetar la petición de Jessica, sin importar cuán extraña la encontrara, sin importar cuánto el ixiano fugitivo lo enfureciera. Y así, dejando de lado a Duncan, eligió cuidadosamente dónde enfocar sus esfuerzos. Malinterpretó algunas pistas particularmente prometedoras, mientras que gastaban energías en avistamientos dudosos. A través de las semanas de cacería, Gurney se rodeó de un frenesí

de actividad, realizando decenas de interrogatorios personalmente. Envió espías y buscadores e hizo una gran demostración de su determinación.

Todo el tiempo, hizo lo posible por no encontrar a Bronso.

Así, cuando el fugitivo fue en realidad aprehendido en el espaciopuerto de Arrakeen, Gurney no pudo haberse sorprendido más.

—Dioses de las profundidades, ¿lo atraparon? ¿Lo tienen en custodia?

El mensajero de gran ímpetu que se abrió paso en su oficina de la sede apenas podía contenerse cuando pronunció sus últimas noticias.

Duncan no pareció sorprendido en absoluto.

—Era sólo una cuestión de tiempo, esfuerzo y mano de obra. Bronso Vernius es un digno adversario, pero nunca pudo igualar los recursos que hemos traído para usar contra él. Y ahora lo he detenido. Hemos hecho lo que el honor exigía.

Honor.

—Eso es… bueno, Duncan —congenió Gurney, pero un peso se mantuvo en sus hombros. Había fracasado a Dama Jessica. Ella había parecido tan seria, y él había hecho lo que podía. A pesar de los esfuerzos de Gurney por detener y desviar la atención, los hombres de Duncan habían detenido a Bronso.

Después de que Bronso escapara de una Celda de la Muerte anteriormente, se obligó a la seguridad a ser más meticulosa que nunca. Gurney se esforzó por pensar en algo que pudiera hacer para honrar su promesa a Jessica. Tenía un nudo en el estómago. ¿Debería tratar de liberar al famoso preso? ¿Hasta qué longitudes Jessica quería que fuera? Si los esfuerzos de Gurney se hacían evidentes, a continuación, se harían preguntas, y la participación de Jessica podría quedar expuesta.

—Déjame interrogarlo en la prisión. Aprenderé lo que necesitamos saber.

El mensajero sin aliento negó con la cabeza, pero el movimiento no hizo desaparecer su sonrisa.

—No hay necesidad de interrogatorios. La Regente Alia ha enviado una citación, y las multitudes ya se reúnen. La culpabilidad de Bronso ha sido la misma durante años, y ella no se arriesgará a otra fuga. Aprendimos nuestra lección la primera vez. La Regente dice que no hay necesidad de un juicio dilatado. Él debe ser ejecutado con rapidez, para que todos podamos pasar a otros asuntos urgentes.

Gurney no pudo ocultar una mueca.

—No importa qué tan aparente pueda ser su culpa, la ley es la ley. Usted sabe tan bien como yo que el Duque Leto nunca habría permitido la condena y la ejecución sin el debido proceso. Esa es una forma Harkonnen de tratar con los problemas… no la manera de los Atreides.

—Las maneras cambian —dijo el ghola, su expresión facial ilegible—. Esas cosas toman tiempo, y Alia cree que no tiene tiempo de sobra. Está apresurada a terminar con el hombre.

El mensajero parecía demasiado feliz.

—La gente ya conoce la justicia de Muad'Dib, y está ansiosa de poder llevarla a cabo.

Las multitudes ya se habían reunido en la plaza central, cerca de la torre bañada por el sol del Sino de Alia. Los molestos cuerpos se presionaban unos contra otros con un estruendo de aplausos y gritos de venganza, una montada tormenta eléctrica de humanidad. El Qizarate no tuvo que trabajar duro para avivar el fervor contra Bronso.

Vestida con un extraordinario equipo negro y oro que la hacía parecer una diosa, Alia se sentaba en una plataforma sombreada por encima de las masas. A su lado se sentaba una Jessica impasible, cuyo estado de ánimo Gurney no pudo descifrar. Cuando él y Duncan se presentaron en la alta plataforma de observación, Jessica no mostró ninguna reacción, pero Gurney se sintió enfermo por dentro. Nunca le había fallado antes. No había excusas que importaran ahora.

Alia los miró con una sonrisa brillante.

—Ah, Duncan y Gurney, gracias a sus esfuerzos, el vil Bronso ha sido atrapado, ¡y ha confesado sus crímenes, incluso sin coacción! En realidad, parece orgulloso de lo que ha hecho. —Juntó sus dedos y miró hacia las masas—. No veo ninguna razón para hacer de esto un asunto prolongado. Sabemos lo que quiere la gente, y lo que necesita el Imperio.

Alia miró a su madre como si esperara su aprobación, luego miró de nuevo a Gurney y Duncan.

—En la ejecución después de la Gran Ceremonia de Rendición, las multitudes rasgaron a Whitmore Bludd miembro a miembro. Deseo poder haberlo visto. —Nadie más parecía compartir su entusiasmo.

Se recostó en su silla elaborada.

—Pero he decidido ser más Fremen sobre la ejecución en la actualidad. Stilgar usará su crys. ¿Lo ves ahí abajo? —Gurney pudo distinguir la Naib de pie solo en una plataforma; llevaba un destiltraje y túnicas completamente desérticas, sin insignias de oficina.

Los escritos escandalosos de Bronso eran tan traicioneros que cualquier gobierno se hubiera visto en la necesidad de cauterizar la herida y proceder a la curación. Pero desde que Jessica le había dicho a Gurney que no dejara que capturaran a Bronso, algo más debía estar en juego allí.

Gurney buscó en su rostro por cualquier señal, tratando de adivinar lo que quería que hiciera. ¿Debería sugerir que Bronso podía servir como una herramienta más eficaz de estado si se arrepentía y se retractaba de sus reclamaciones contra Muad'Dib? Dudaba que Bronso hiciera eso sin turbulencia y una tortura prolongada, pero por lo menos podría causar un retraso…

El rugido de la multitud aumentó a un trueno vocal cuando el cautivo se adelantó. A pesar de su distancia de la plataforma, Gurney pudo decir por la actitud del hombre, los rasgos faciales expuestos, y el mechón de pelo de cobre, que el prisionero era verdaderamente Bronso de Ix, el hijo de Rhombur Vernius.

Tres Qizaras hablaron al unísono, bramando en galach a través de amplificadores de voz, enumerando los crímenes de Bronso, condenando sus actos, y condenándolo a muerte. Gurney se sintió arrastrado por todo. No podía percibir ninguna expresión en el rostro del cautivo, ni terror ni contrición; Bronso se paraba erguido, firme en sus convicciones y frente a su destino.

Stilgar no se salió del suspenso, añadiendo solamente una maldición Fremen tradicional.

—Que tu rostro sea para siempre negro. —Levantó el crys en alto, mostrando su hoja de color blanco lechoso, y dejando que la alegría de la multitud rugiera por unos momentos. Luego la enterró en el pecho de Bronso.

Cuando la hoja golpeó, la víctima sufrió un espasmo como si fuera sacudido por un rayo, y luego cayó de rodillas. Stilgar retiró la daga, con la certeza de que se trataba de un asesinato eficiente y Bronso cayó de espaldas permaneciendo inmóvil a los pies del Naib.

La multitud dejó escapar un jadeo colectivo, después de lo cual calló en silencio rotundo, como si todos sus latidos se hubieran detenido, y no sólo por el prisionero. Stilgar se quedó como un hombre encerrado en una armadura de cuerpo rígido.

De repente retrocedió, como si lo hiciera de una serpiente. Los miembros jadeantes de la audiencia se alejaron alrededor de la tarima. Alguien gritó. Alia se puso de pie, incapaz de creer lo que veía.

Las características de Bronso se borronearon y luego parecieron haber cambiado, dejando un rostro sin expresión en blanco, una cara lisa con los ojos hundidos, la boca y las fosas nasales… nada más.

Jessica se levantó de golpe de su asiento en lo oscuro, asombrada y vagamente complacida, por lo que pudo ver Gurney.

—¡Es un Danzarín Rostro! No es Bronso en absoluto —¡un Danzarín Rostro tleilaxu!

Para su conocimiento, Gurney nunca había visto uno de los cambiadores de forma antes, y desde luego no en su estado natural. Incluso viéndolo desde la distancia, aquella cosa tenía una inhumanidad bizarra.

Oculto en la multitud, fue empujado por los codos y los hombros. El olor de los cuerpos humanos y el polvo seco penetraban el pañuelo que había envuelto alrededor de la mitad inferior de su rostro. Su capucha hacia adelante ocultaba sus rasgos.

Con gran tristeza y desafío implacable, Bronso de Ix vio morir a su duplicado ante una turba sedienta de sangre. A medida que las personas se retiraban con horror y repugnancia, engañados de su verdadera víctima, tuvo una excusa para alejarse del muerto cambia formas —el hombre, su amigo— que se había sacrificado.

Bronso había aceptado muchas tareas necesarias y dolorosas, pero nunca antes había pedido a nadie a morir por él. Sielto había visto la necesidad, y se había ofrecido.

Otra muerte «necesaria». Bronso no creía que podría haber hecho la solicitud por sí solo…

A bordo del crucero de la Cofradía, donde se había reunido con Sielto y los otros miembros del grupo de Rheinvar, el plan había sido obvio e ingenioso.

—Ellos te están buscando por todas partes —dijo Sielto—. Por lo tanto, lo mejor es dejar que te encuentren. —El Danzarín Rostro había cambiado sus características para imitar las de Bronso—. Me encontrarán en tu lugar, y serán engañados.

—Pero serás ejecutado. —Recordó con un estremecimiento el momento en que había estado en la Celda de la Muerte—. Y nadie va a ayudarte a escapar.

—Soy consciente de eso. Todos los Danzarines Rostro han acordado usar tus facciones —en el momento justo. Inmediatamente después de mi ejecución, «Bronso de Ix» aparecerá por todas partes a la vez. Habrá cientos de avistamientos en todo el Imperio.

Bronso permaneció pensativo.

—Pero una vez que los hombres de Alia hayan sido engañados, desarrollarán pruebas y encontrarán maneras de exponer a los impostores Danzarines Rostro.

Sielto se encogió de hombros.

—Que lo hagan. Después de un centenar de arrestos falsos, incluso Alia se cansará de perseguir pistas falsas, humillada por haber sido engañada una y otra vez. Estarás a salvo.

—Nunca estaré a salvo… pero esto me puede dar un poco de espacio para respirar. —Bronso bajó la cabeza—. Sielto, te he conocido durante tantos años. El momento en que Paul y yo trabajamos con ustedes fue tan feliz, hasta que… —Su expresión se endureció—. No quiero que hagas esto por mí.

Usando el rostro de Bronso, Sielto permaneció imperturbable.

—Cometiste un error cuando nos consideraste individuos. Soy sólo un Danzarín Rostro y un Juglar maleable y adaptable a cualquier circunstancia, incluyendo mi propia ejecución. Fui diseñado para realizar un papel, mi amigo, y esta será mi mejor actuación.

Y la había sido, de hecho.

En medio de la enojada multitud, Bronso observaba todo, apenas capaz de soportar la visión horripilante. En todo caso, había subestimado la magnitud de la reacción de sorpresa de la audiencia. Aquel truco con el Danzarín Rostro ahora hizo que todas aquellas personas consideraran aún más el mal genio de Bronso, aún más un villano. ¡Él los había engañado otra vez!

No era lo que Bronso quería, pero era lo que necesitaba para continuar derribando el mito. Y eso era lo que Paul necesitaba. Más allá de eso, nada más importaba.

¿Asesinato? La palabra, el propio concepto, no está en mi vocabulario, al menos no como algo que pueda aplicar a mi regla Imperial. Si los asesinatos son necesarios, los ordeno. No es una cuestión de legalidad o moralidad; es una de las necesidades de mi posición.

—Alia Atreides, en el séptimo mes de su Regencia

Vestida con su austero traje negro para que nadie la reconociera, Jessica se apresuró a lo largo de un bulevar lleno de la polvorienta gente de Arrakeen. Por la tarde, las luces amarillas de las estrechas ventanas selladas y las puertas empotradas echaban marcos de iluminación. Cuando caía la noche, los jóvenes frecuentaban aquella calle principal, algunos haciendo sus circuitos por las tabernas, otros acudiendo a los servicios en un

sinnúmero de nuevos templos y santuarios que habían surgido después de la muerte de Paul. Ella hizo su camino alrededor de las pequeñas multitudes que bloqueaban los accesos a sus lugares favoritos.

Durante la última hora, había estado en el interior del recién renombrado Templo de la Gloria de Muad'Dib, y ahora hacía su camino de regreso a la Ciudadela. El templo era el más grande de varias estructuras que absolutamente no se habían completado antes de la boda. Alia misma había elegido aquel edificio en particular para ser reformado, ordenando a sus equipos de obreros trabajar durante todo el día. Todavía no estaba abierto al público, pero ella había insistido en que su madre lo visitara hoy.

Jessica dudaba que Paul hubiera querido un templo tan ostentoso dedicado a su memoria y leyenda.

El sacerdote encargado le había otorgado un recorrido privado, y Jessica pretendió impresionarse. A instancias de su hija, le había dado al hombre santo un artefacto auténtico de Paul… una trenza roja de un uniforme Atreides que había llevado cuando era un niño. El sacerdote había agradecido balbuceando su agradecimiento mientras guardaba el objeto en su caja plaz transparente. Se comprometió a colocarlo en un relicario seguro y de ahora en adelante se presentaría en el interior del templo. Antes de enviarle la trenza, sin embargo, Alia había ordenado duplicarla, de modo que los facsímiles podrían venderse junto con otros artefactos.

En el borde de la carretera que tenía por delante, Jessica vio a un hombre corriendo, rozando los edificios, tan secos, mientras los disparos sonaban tras él. Un pequeño tóptero de la policía, volando bajo, rugió por la esquina de la calle persiguiendo al hombre, disparando proyectiles contra él, agujas finas que brillaban en la penumbra.

Gritando, las personas se dispersaron en las calles y en las puertas; varios de ellos fueron golpeados por los proyectiles perdidos o por las esquirlas, ya que la mayoría de la gente del pueblo no llevaba escudos corporales. Jessica se ocultó tras un pasillo y apoyó la espalda contra la junta de humedad cuando una explosión de disparos destruyó el lugar donde había estado caminando. El hombre cazado corrió junto a ella, jadeando como un motor que trabajaba mientras huía. Por un instante, la miró boquiabierto; sus ojos eran grandes, aterrorizados, y luego salió a la calle hacia un grupo de personas fuera de un establecimiento de bebidas.

Momentos después, oyó otra ráfaga de disparos y más tópteros. Hombres con uniformes negros y verdes de la guardia Imperial de Alia pasaron corriendo, gritando; algunos de ellos sonriendo como si estuvieran en una cacería de chacales. Mirando más allá de su exiguo refugio, Jessica vio al hombre desgraciado inmóvil en una piscina de sangre. Humedad que se desperdiciaba, fluyendo sobre el pavimento.

Jessica se movió en silencio hacia adelante con una creciente multitud de curiosos. Una mujer se arrodilló sobre el cuerpo, sollozando.

—¡Ammas! ¿Por qué han matado a mi Ammas? —Miró a los espectadores horrorizados como si pudieran darle sus respuestas—. Mi marido era un comerciante. En el nombre de Muad'Dib, ¿por qué?

Los guardias de Alia rápidamente sacaron a la mujer, dándole un empujón hacia la parte trasera de un vehículo de tierra que salió a toda velocidad.

Jessica marchó enfadada hasta un oficial que estaba tratando de dispersar a la multitud alrededor del cuerpo ensangrentado del hombre.

—Soy la madre de Muad'Dib. Usted me conoce. Explique sus acciones.

El hombre retrocedió mientras la reconocía.

—¡Mi Dama! No es seguro para que ande por ahí sola. Hay elementos peligrosos en las calles, amenazas contra la Regente, gente que esparce la sedición.

—Sí, puedo ver que tan inseguro es, sobre todo para ese hombre. Pero no he respondido a mi pregunta.

Parecía perplejo.

—Cualquier persona que hable en contra de la memoria sagrada de Muad'Dib es sujeto a arresto y enjuiciamiento. Cualquier propagandista puede estar aliado a Bronso de Ix. Lo hacemos para honrar a su noble hijo e hija, y… y a toda la familia Atreides, incluyéndola a usted también.

—No necesitan cometer asesinatos para honrarme. ¿Cuál fue su evidencia contra este hombre? —Todavía podía ver la expresión de terror en el rostro de la pobre víctima, la desesperanza—. ¿Dónde está la orden de condena de un tribunal arrakeeno?

—Estábamos tratando de arrestarlo y huyó. Por favor, mi Dama, déjeme acompañarla de vuelta a la Ciudadela. La Regente Imperial Alia puede responder a sus preguntas mucho mejor que yo.

Aunque el olor de la sangre y la violencia se aferraban a la guardia, sólo era un seguidor, un instrumento que había sido utilizado por la mano de Alia.

—Sí, me gustaría mucho ver a mi hija en este momento.

Alia llevaba una bata blanca cuando llegó a la puerta. Su cabello oscuro estaba mojado. Mojado, dejando que la humedad simplemente se evaporara en el aire seco. Los depuradores en las paredes y el techo recapturaban la mayor parte de la humedad, pero la falta de la disciplina de agua todavía sorprendía a Jessica, incluso allí en la fortaleza.

De pie en la puerta abierta, Jessica dijo:

—Quiero saber por qué tus guardias dispararon y mataron a un hombre en la calle esta noche. Una mujer, aparentemente su esposa, dijo que era sólo un comerciante, y se la llevaron también.

—¿Te refirieres a Ammas Kain? Sí, he firmado la orden de arresto y seguí las formas adecuadas. Es un sedicioso, promoviendo el odio contra mí, desestabilizando mi régimen.

Jessica se cruzó de brazos, sin suavizar su posición.

—¿Y la evidencia?

Alia apartó un mechón de pelo mojado de su rostro.

—Se encontró una copia de un nuevo manifiesto atroz de Bronso en su tienda de humo.

—¿Hallar simplemente un documento de este tipo es razón suficiente para pedir su ejecución sin más investigación? —Jessica recordó cómo había visto al Wayku bordo del

crucero depositar discretamente panfletos de Bronso en lugares públicos—. ¿En el tribunal de justicia de quién?

Alia se puso rígida.

—En el mío, por supuesto, porque soy la ley. ¿Has leído el más reciente manifiesto de Bronso? En lugar de limitar su veneno hacia Paul, el nuevo documento me llama mí y a mi marido «la Puta y el Ghola». Bronso te nombra como la «Madre de todos los Males» y reclama que tomaste tantos amantes secretos que nadie puede saber si el Duque Leto era realmente el padre de Paul.

Jessica se echó hacia atrás con sorpresa y perplejidad. ¿Bronso había escrito aquello?

—Todo el tiempo, el propósito declarado de Bronso ha sido corregir el registro histórico acerca de mi hijo y su gobierno. ¿Por qué iba rebajarse a insultos en contra tuya y mía?

—¿Por qué necesita cualquier otra razón? Él vive para difundir el odio. —Alia la invitó dentro de la cámara, ofreciendo compartir una taza de té de melange—. Me alegro de que estés aquí conmigo. Esta será una noche particularmente peligrosa. Muchas operaciones están en curso.

Jessica oyó sonar alarmas exteriores. Cruzó el cuarto de Alia, todavía oliendo los perfumes de baño y la humedad en el aire, haciendo su camino hacia una ventana alta. A través del panel de plaz, vio un número inusual de tópteros volando sobre la ciudad, con sus focos encendidos en el cielo nocturno.

—Duncan se encarga de los detalles —dijo Alia—. Podría haberle pedido Gurney que se le uniera, pero mi marido estaba seguro de que podía manejarlo solo. ¡Él es tan dedicado y leal! Esta noche, las calles de Arrakeen fluirán con la sangre de los que nos odian, y mañana, nuestra ciudad estará mucho más limpia.

El horror de Jessica se tiñó de asombro. Mientras miraba a su hija, los acontecimientos parecían irreales. Se dio cuenta, con un escalofrío, además, que Alia la había enviado al templo reformado sin advertirle de la violencia que estaba a punto de ser liberada. *¿Ella me quería ahí fuera? ¿En medio del peligro?*

Fríamente, Jessica dijo:

—Bronso escribió cosas terribles acerca de tu hermano durante años, pero Paul nunca sintió la necesidad de una reacción tan extrema. ¿Por qué eres tan sensible?

—Porque Bronso ha intensificado su campaña contra el gobierno Imperial. Por lo tanto, estoy dándole una respuesta escalada.

—Al reaccionar tan extremadamente, le das a sus palabras una legitimidad que no merecen. Simplemente ignora las críticas de Bronso.

—Entonces me veré débil, o como una tonta, o ambas cosas. Mi respuesta es enteramente apropiada.

—No estoy de acuerdo. —Jessica consideró usar un adecuado deslazamiento de la *Voz,* en un intento de poner a su hija de rodillas, pero que podría precipitar un enfrentamiento entre ellas. Alia no estaba exenta de sus propias defensas. Aún así, quería

hacer que Alia viera lo que estaba haciendo—. Tu padre era llamado Leto el Justo. ¿Eres la hija de tu padre, o eres algo más? ¿Una cambiadora?

Con un movimiento brusco, Alia abofeteó a Jessica en el rostro. Secamente. Jessica lo vio venir, y optó por no evadir el golpe. ¿Era una retribución petulante cuando ella había golpeado Alia sólo unas semanas atrás? Reuniendo toda la calma que pudo, Jessica dijo:

—La marca de un verdadero líder, de un verdadero ser humano, es encontrar una solución razonable a los problemas intratables. Has dejado de molestarte en intentarlo. Las ondas se expandirán desde aquí, Alia. Hay consecuencias para todo.

—¿Me amenazas?

—Te aconsejo, y sería prudente que escucharas. Sólo estoy aquí para ayudarte, y no estaré aquí por mucho tiempo. —Recopilando su dignidad, Jessica salió de la habitación.

Los corazones de todos los hombres viven en el mismo desierto.

—Tibanna, una de las líderes Cristianas Socráticas

De pie en fila tras fila, los hombres parecían una secuencia de imágenes en una sala de espejos, un Bronso Vernius tras otro, cada uno indistinguible del siguiente. Vestidos con túnicas blancas e idénticos pantalones marrones, con el cabello despeinado de manera similar, se paraban lado a lado en las nieblas matutinas del lejano mundo de Anbus IV.

Sólo uno de los Bronsos era el real; miró subrepticiamente a los demás. Los Danzarines Rostro afirmaban ser todos iguales; algunos todavía afirmaban ser Sielto, a pesar de su ejecución pública en la plaza de Arrakeen. Bronso no creía que los cambiadores de forma supieran incluso la diferencia entre ellos, pero eso no disminuyó la sensación de malestar que sentía por dentro. Nunca sería capaz de borrar de su memoria la pesadilla del crys de Stilgar enterrándose en un cuerpo que parecía indistinguible al suyo propio.

Que estaba destinado a ser yo.

Tras el espectáculo, los Danzarines Rostro habían aparecido en todo el Imperio, decenas de ellos en el mismísimo Arrakeen, proporcionando suficientes diversiones y distracciones para que el verdadero Bronso pudiera escapar de Dune. En los innumerables sistemas estelares, los cambiadores de forma seguirían ocupando su lugar, y los avistamientos de Bronso ocurrirían en planeta tras planeta. Después de mucho tiempo perdido y esfuerzo, después de interrogatorios y exámenes de sangre, todos los cautivos serían expuestos como impostores. Ya estaba haciendo que Alia quedara en ridículo en su búsqueda.

Al menos cinco cambiadores de forma adicionales habían sido ejecutados, pero ninguno había revelado nada durante las prolongadas sesiones de interrogación. Tales actos de gran nobleza eran aparentemente incongruentes entre los Danzarines Rostro.

Como pensaba Bronso al respecto, recordó que Rheinvar el Magnífico original había seleccionado sólo a los mejores cambiadores de forma para su compañía, quienes se adhirieron a las nobles tradiciones Juglares. E imitando tan perfectamente, recogiendo

matices de comportamiento, los Danzarines Rostro debían haber imitado al Maestro Juglar en algún momento y absorber su sentido del honor.

Ahora Bronso estaba en medio de los que podía confiar, seres humanos de un corte diferente. Él y sus cambiadores se reunían en un planeta cuya civilización otrora poderosa hacía mucho tiempo se había desvanecido en la historia. El grupo permanecía junto a un gran promontorio plano por encima de la confluencia de dos ríos cuyas aguas batían y fluían muy por debajo de los profundos cañones que habían cortado. Una chispa de las lunas que orbitan cerca aparecía en el cielo, visible incluso de día.

Hacía mucho tiempo, un monasterio había estado en aquel sitio, donde los primeros Cristianos Socráticos habían adquirido y consolidado el poder político. IV Anbus era un lugar espiritual, un faro para sus almas, pero en el pasado distante, los enemigos no recordados habían matado a todos los habitantes del planeta y borrado toda evidencia de su secta como que jamás había existido; los vencedores habían destrozado las piedras de los edificios del monasterio y echado los fragmentos de los torreones abajo.

Sólo la noche anterior, Bronso y la tropa Juglar se habían aventurado hasta el planeta, que permanecía escasamente habitado después de tantos siglos.

Bronso se había asegurado de que varios asistentes Wayku y otros en el crucero se dieran cuenta de quién era y adónde iba. Abordando otro crucero bajo una identidad falsa, alterando sus características y la ropa con sofisticado maquillaje y vestuario Juglar, continuaría su viaje, permaneciendo en un lugar durante un tiempo y luego pasando a otro, como de costumbre.

Caminando al frente del grupo, la réplica Danzarín Rostro de Rheinvar el Magnífico escrutó a los idénticos Bronsos. El líder Juglar se rascó la cabeza y murmuró para sí mismo, incapaz de identificar al verdadero ixiano entre los imitadores. Por último, dijo en una voz atronadora:

—Incluso para un Danzarín Rostro de mis capacidades perceptivas, sus voces, ojos y gestos no revelan nada.

Todos los Bronsos sonrieron, al unísono.

A pesar de las estrictas prohibiciones de la Regente Alia en contra de cualquier persona que poseyera o incluso leyera las publicaciones difamatorias de Bronso, el nuevo manifiesto fue ampliamente distribuido y discutido. La escritura extrema era más insultante y aborrecible que nada de lo que había sido publicado antes.

El problema era que Bronso no lo había escrito.

Cuando leyó los insultos provocativos contra Alia, Duncan, e incluso contra Dama Jessica, Bronso simplemente miró con incredulidad. Incluso Ennzyn, quien le trajo una copia mientras que el crucero estaba en camino a su próximo destino, asumió que era realmente uno de los escritos del ixiano. Queriendo ayudar, el Wayku lo había desparramado subrepticiamente a un público más amplio, como era habitual.

Pero era una falsificación. Bronso la encontró muy inquietante.

Se preguntó si el autor podría ser Irulan. La princesa Corrino había extendido un montón de sus propias mentiras, pero nada en su escritura, especialmente en las recientes

«revisiones» insípidas y glorificadas de la historia contenía aquel tipo de maldad. Incluso sus análisis más críticos de Paul Atreides nunca habían sido tan duros y groseros, nunca habían contenido tales ataques vehementes y personales.

En el interior de su pequeño camarote sellado, estudió minuciosamente el alarmante falso manifiesto, en busca de pistas. Las palabras sonaban como si hubieran sido escritas por un loco. No era de extrañar que la Regente Alia hubiera ordenado a sus guardias darle caza a toda costa y hubiera aumentado la recompensa por su cabeza. No era extraño que las personas estuvieran creciendo más unificadas en contra suya con un disgusto común.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando la respuesta le cayó encima. ¡Alia misma tenía más para ganar de tales inventivas! Si ella no lo había escrito con su propia mano, uno de sus agentes debía haberlo compilado. Y la Regente tenía la capacidad de distribuir muchos, muchos ejemplares.

El enojo apretó sus músculos. Por supuesto, Alia no sabía que él era el que había enviado a Dama Jessica las grabaciones encubiertas del plan de asesinato del sacerdote Isbar. Bronso tenía muchos dispositivos de vigilancia secretos plantados en lugares estratégicos en los templos y en la Ciudadela de Muad'Dib. Había salvado la vida de Alia, incluso aunque ella no se diera cuenta de que él era su benefactor.

¡Y ahora le habían hecho esto!

El único propósito de sus escritos era proporcionar la verdad desnuda sobre Paul-Muad'Dib, exagerando sus debilidades para compensar las ficciones que se estaban escribiendo acerca de él por la soñadora Irulan. El péndulo tenía que girar en ambas direcciones. Tratando de dejar las cosas claras, Bronso ya había sacrificado su riqueza y su título nobiliario, arriesgando su vida por años en su carrera. Y ahora Alia estaba publicando mentiras bajo su nombre.

Escribiendo febrilmente, comenzó a componer otro manifiesto para refutar el documento falsificado y negar su responsabilidad por ello. No podía permitir que aquel tipo de mentiras quedara sin respuesta.

Llega un momento en que todas las relaciones se ponen a prueba, y se determina la verdadera fuerza de la unión.

—De La Sabiduría de Muad'Dib, por la Princesa Irulan

Cansada después de un largo día, Irulan ingresó en el ala noroeste de la gran ciudadela, interesada solamente en llegar a sus aposentos privados. Llevaba una grabadora de cristal riduliano bajo el brazo, que había utilizado para recoger información sobre las personas en las calles de Arrakeen. Qué extraño era que la hija mayor de Shaddam IV, la legítima esposa del Emperador Muad'Dib, se empleara como una recolectora de datos, una encuestadora. Alia le había dado caprichosas instrucciones sin sentido; Irulan no entendía realmente lo que deseaba.

Incluso mientras Paul aún vivía, el papel de Irulan había sido claro, sus tareas por debajo de sus capacidades. La hija mayor de Shaddam Corrino, relegada a una mera

cronista… pero incluso aquello era preferible a realizar aquel trabajo de baja categoría. ¿Acaso Alia tenía intención de degradarla?

Percutores de las instrucciones de la Regente, Irulan y un séquito de guardias y funcionarios habían salido a la ciudad en una asignación especial para entrevistar a personas comunes.

—Quiero opiniones honestas, respuestas sinceras —les había dicho Alia, obviamente sabiendo que conseguiría tal cosa. Teniendo en cuenta las recientes purgas— por no hablar de las intimidantes guardias Amazonas al lado de la princesa —nadie expresó críticas hacia la Regencia. A lo largo del día, Irulan había recogido miles de respuestas brillantes. Exactamente lo que Alia quería. ¿Pero por qué?

Irulan nunca había estado de acuerdo con la manipulación de respuestas. No importaba lo que Jessica le hubiera dicho, se sentía obligada a continuar la construcción del mito de Muad'Dib, desarrollando y revisando su historia con el fin de consolidar su lugar como profeta, el Kwizatz Haderach, el Lisan al-Gaib. Por extensión, fortaleciendo la legitimidad del gobierno de Alia. No podía haber ninguna duda en la mente de las personas, ninguna pregunta. Por eso Bronso planteaba una amenaza.

Irulan temía lo que sucedería cuando los gemelos crecieran. ¿Qué pasaba si Alia comenzaba a moverse contra Leto y Ghanima? Como esposa de Paul, aunque no la madre de sus hijos, ella seguiría velando por los bebés, ayudando a Harah a criarlos y protegerlos en caso de necesidad.

Al mismo tiempo, su padre permanecía en el exilio en Salusa Secundus con el Conde Hasimir Fenring. El derrocado Emperador Shaddam había permanecido extrañamente silencioso ya que el «accidente» había matado a su embajador Rivato justo después de la muerte de Paul, pero conocía a su padre y a Fenring muy bien: Sintiendo la debilidad, serían como lobos olfateando al herido Imperio de Muad'Dib. Se preguntó lo que su padre haría a continuación.

Caminando por los pasillos de piedra pulida, pasó ante valiosas pinturas, estatuas, y librerías selladas que contenían antiguos manuscritos iluminados. Después de toda una vida de familiaridad con atavíos ostentosos, tanto en Kaitain como allí, apenas siquiera notaba las galas.

Pero dentro de sus propios aposentos, sintió que algo no estaba bien. Con la puerta de entrada permaneciendo abierta detrás de ella, se detuvo, sus sentidos intensificados de sus años de escolaridad Bene Gesserit. Detectó olores peculiares, cosas un poco fuera de lugar, mesas pesadas movidas ligeramente, un fajo de documentos en una posición diferente, una caja con joyería, visible a través de la puerta de su habitación para dormir, sólo abierta un poco.

Era ridículo pensar que un ladrón hubiera entrado en sus profundas recámaras dentro de la Ciudadela. Una rápida inspección reveló que no se habían llevado nada. Pero los objetos habían sido movidos. ¿Por qué? ¿El intruso había estado buscando algo?

De repente, entendió por qué la Regente le había enviado en una misión inusual, y sin sentido, durante todo el día. *Alia me quería lejos de mi habitación.*

Irulan comprobó un compartimiento deslizante en la pared hábilmente oculto, confirmando que sus diarios privados no habían sido tocados. En un impulso, volvió a su caja de joyería y sacó un mechón de perlas de arrecife barnizadas que había recibido como regalo durante un juego de mesa en la corte real de Arrakeen.

Recordó aquella noche de celebración, un retroceso intencional para los primeros años del reinado de Paul. Aferrándose a su antigua gloria, a pesar de la continua destrucción del Jihad, los miembros del Landsraad habían sido invitados a una celebración especialmente pródiga destinada a parecerse a fiestas similares allá en el Viejo Kaitain.

Paul había estado demasiado ocupado para aquel tipo de juegos de la corte.

Mientras la noche alcanzaba el punto culminante, los participantes abrieron paquetes aleatorios proporcionados por la organizadora, una mujer burbujeante que había sido una condesa, pero que había perdido la mayor parte de su fortuna en un escándalo que no tenía nada que ver con el Jihad.

Casualmente, Irulan había seleccionado un elemento de la variedad de regalos en las mesas dispuestas alrededor de la habitación —simplemente una diversión ligera para todos— pero cuando abrió su paquete, Irulan había visto inmediatamente que su regalo era inusual. Las perlas de arrecife parecían ser genuinas, confirmado posteriormente a través de un arrugado y anciano joyero. El joyero había notado algo más en el collar, mostrándoselo bajo una lupa: un escudo halcón inconfundible grabado en el broche de oro.

—Parece ser una reliquia auténtica Atreides, Alteza.

Más tarde, Irulan había entrado en el estudio privado de Paul e interrumpido una reunión con Stilgar, recién regresado de una misión militar fuera del planeta. Mientras el comandante Fremen la miraba, observándola con amargura como hacía a menudo, Irulan había entregado las perlas de arrecife a Paul.

—Creo que este recuerdo te pertenece a ti, mi esposo, no a mí.

—Soy Muad'Dib ahora. Las herencias de los Atreides ya no son importantes para mí. —Con un movimiento informal Paul había arrojado las perlas de arrecife de nuevo hacia ella—. Quédatelas, o envíaselas a mi madre en Caladan, como quieras. —La princesa se había ido con el collar, con las preguntas batiendo por su mente…

Ahora, mientras sostenía el collar de perlas hasta que la luz de un globo brillante lo bañó, Irulan miró a través de una lupa de mano y encontró la minúscula cresta del halcón, como esperaba. Pero algo no estaba bien. Llevó las perlas de arrecife, poniéndolas bajo una lente de enfoque. Anteriormente, la segunda perla del corchete se podía distinguir por un rasguño apenas perceptible que el joyero le había señalado. Ahora no pudo localizarlo. Su corazón se aceleró, e Irulan miró de nuevo, aumentando la ampliación sólo para verificar sus sospechas.

No estaba allí.

Cargando las perlas, se marchó a la gran sala de baile donde los siervos estaban preparando la cena. Todavía llevaba la ropa arrugada y polvorienta de su día en las calles de Arrakeen, pero no se preocupó por la fiesta que tenía lugar.

Cuando Alia llegó con Duncan y tomó su lugar habitual en la cabecera de la mesa, Irulan depositó las perlas en su propio plato.

—Tengo que felicitar tu excelente trabajo de copia, Dama Alia. Sin embargo, tus artesanos no tuvieron en cuenta un pequeño rasguño en una de las perlas.

En lugar de estar indignada, Alia respondió con una amplia sonrisa.

—¡Ya ves, Duncan! A Irulan no era tan fácil engañarla como se esperaba. Notó una falla que incluso nuestros expertos no tuvieron en cuenta.

Su nuevo marido frunció ligeramente el ceño.

—Sugiero que pidamos abiertamente por el original, en lugar de tratar en secreto.

Irulan aguardó una explicación, y Alia dijo suavemente:

—Confiscamos el original, ya que era una reliquia de la Casa Atreides. No tiene nada que ver contigo, Irulan.

—El mismo Paul me dijo que podía mantenerlo.

—Has recibido muchos artículos de mi hermano.

—Legítimamente. Yo era su esposa.

—Los dos sabemos la verdad, Irulan. Debido a su importante significado religioso, todos sus recuerdos originales han sido sustituidos por copias. Las verdaderas reliquias serán colocadas bajo el cuidado y custodia del Qizarate, y las réplicas autorizadas serán puestas a disposición de ciertos devotos y generosos coleccionistas.

Irulan sintió ira, pero utilizó su adiestramiento Bene Gesserit para mantener la calma.

—Esas eran mis posesiones. Regalos de mi marido. —Estaba entrando en un territorio peligroso, pero dejó a un lado su miedo y trató de mantener la voz firme—. Con el debido respeto, a causa de mi dedicación y lealtad, me he ganado el derecho de poseer mis propias cosas.

—¡Oh, suficiente melodrama, Irulan Corrino! Nunca fueron tus cosas. No veo cómo nada de esto pueda importarte. No eres realmente una Atreides. —Dándole un gesto desdeñoso, Alia llamó por el primer curso. Por ahora, otros comensales habían detenido sus conversaciones, y los murmullos habituales de la mesa de la cena se habían reducido a unos tintineos de cubiertos, vasos y platos.

Los siervos corrían alrededor en un gran aluvión, sirviendo ensaladas extravagantes, exuberantes verduras verdes crudas suculentas cultivadas en invernaderos de humedad sellados dentro de la Ciudadela. Estaba claro que Alia no quería hablar más del asunto.

Con una voz tan frágil como huesos secos, Irulan preguntó:

—¿Dama Jessica se unirá a nosotros para la cena?

—Mi madre ha elegido meditar en sus propias habitaciones.

Irulan decidió hacer una visita a Jessica tarde en la noche. Era obvio que la otra mujer tenía mucho más que decir, pero Irulan no había estado dispuesta a escucharla. Irulan comió y luego se excusó lo más rápido posible.

Cuando Jessica respondió al golpe suave en la puerta de sus aposentos privados, se encontró con la princesa de pie sola y apesadumbrada. En un instante, leyó muchas cosas en la expresión de la joven mujer.

—Por favor, ven adentro por una taza de té de especia.

Después de que Jessica hubiera cerrado la puerta detrás de ellas, Irulan utilizó la charla mediante gestos de manos para explicar en silencio lo que Alia le había hecho; sus palabras estaban codificadas tentativamente al principio, pero ganaron energía cuando se permitió estar más molesta. Sintió la necesidad de mantener el secreto, tal vez de manera irracional, ya que Alia acababa de confirmar lo que había hecho delante de todos los asistentes del banquete.

Absorbiendo la nueva información, Jessica dejó escapar un largo suspiro. Sus dedos brillaron en la sutil comunicación, reconociendo el peligro potencial que enfrentaban.

—Mi hija es cada vez más impredecible, y el reto ante ti es mayor. Caminas por una peligrosa y muy fina línea, justo como lo hizo Paul cuando miró hacia el futuro y sólo vio un camino traicionero e incierto. Alia es la Regente legítima del Imperio, y hay que aceptarla. Pero incluso Alia no ve todo. Tienes un papel importante, al igual que yo. Como también Bronso de Ix.

Irulan se sobresaltó.

—¿Bronso tiene un papel importante?

—Paul lo entendió antes que yo, Irulan, y nos pidió ayuda. —Dio una señal con el dedo añadiendo prudencia. Alia conocía cada código Bene Gesserit, y si había ojos espía escondidos…

Fingiendo indiferencia, Jessica se sentó de nuevo en contra de sus cómodos cojines, y se inclinó para verter el té. Abiertamente, como una diversión, habló de lo mucho que echaba de menos Caladan y esperaba volver pronto; a la vez que los dedos de una mano brillaron sutilmente con el mensaje real:

—Harás tus propias decisiones, Irulan, pero en determinación de qué escribir, primero debe conocer la verdad, en todas sus dimensiones Tu deber especial es… proteger el legado de Paul.

Doblando la espalda, ocultando sus manos en su regazo, Jessica continuó sus signos de dedos rápidamente.

—Deberás escuchar el resto de la historia sobre Bronso y Paul. Sólo entonces entenderás por qué Bronso escribe lo que escribe. No podemos hablar aquí. Organizaré un tiempo y lugar seguros.

Por desgracia, la historia puede ser reescrita de acuerdo a las agendas políticas, pero al final, los hechos siguen siendo hechos.

—Conversaciones con Muad'Dib, por la Princesa Irulan

Después de establecer un pretexto aceptable de que ella e Irulan deseaban asistir a una ceremonia Fremen en el Sietch Tabr la noche siguiente, Jessica pidió específicamente a Gurney Halleck para que pilotara el ornitóptero. Preocupada por un nuevo conjunto de

movimientos que habían sido entregados en la pasada reunión del Landsraad en Kaitain, Alia las envió sin ninguna preocupación aparente.

Gurney hizo las preparaciones de los tópteros con buen ánimo, encontrándose con las dos mujeres en una bahía de vehículos que normalmente se utilizaba para operaciones empresariales y de seguridad de la Regencia.

—Los guardias nos asignaron esta aeronave, mis Damas. He cargado a bordo litrojons de agua, un fremochila y otros suministros de emergencia. Estamos dispuestos para partir.

Jessica hizo una pausa, y luego miró por encima del hombro.

—Tomaremos ese en su lugar, Gurney. Me gusta más el aspecto de ese. Puedes obtener la lista de verificación con suficiente rapidez. —Cualquier tóptero que Alia les hubiera asignado podía contener dispositivos de escucha escondidos, y Jessica no quería que nadie escuchara lo que estaba a punto de revelar.

Aunque sorprendido por el cambio inesperado, Gurney pidió ayuda en la preparación de la segunda nave. Llamando su atención, Jessica hizo una sutil señal semioculta con la mano, usando un viejo código de batalla Atreides para informarle que no hiciera más preguntas. Una nube turbulenta apareció en el rostro del hombre, oscureciendo la línea de su cicatriz, antes de regresar a su actitud casual.

Los mecánicos y uniformados guardias se sumieron en la confusión por el cambio repentino, pero Gurney los dejó a un lado y rápidamente transfirió los materiales de suministros, comprobado el nivel de combustible, y probando los sistemas del tóptero, mientras Irulan y Jessica esperaban en la bahía de vehículos. Las damas nobles parecían fuera de lugar.

Cuando estuvo satisfecho, Gurney abrió la puerta de la nave y extendió una mano para ayudar a Irulan y a Jessica a subir a bordo. Después de haberse asegurado a sí mismo dentro, encendió los motores, extendió las alas cortas, y activó los módulos de impulso.

La nave voló lejos de la Ciudadela de Muad'Dib, hacia los patrones de tráfico espumosos de la noche del desierto. Ambas lunas brillaban por encima, muy separadas en el cielo. Gurney fijó su mirada adelante a través del plaz de la cabina, guiándolos a través de la turbulencia térmica causada por las temperaturas que caían después del atardecer.

Volaron hacia arriba y sobre la barrera resistente de la Muralla Escudo.

Jessica respiró hondo, profundamente.

—Quería que fueras mi piloto, Gurney, porque confío en ti por completo. Aunque Duncan es el viejo Duncan, Alia le tiene demasiado atrapado. —Echó un vistazo a Irulan, que parecía esbelta y hermosa, aunque no frágil—. Y no estoy segura de compartir los objetivos de Alia en todas las cosas. Por lo que estoy a punto de revelar —a ambos— requiero privacidad absoluta. No se puede permitir que Alia sepa lo que voy a decir.

A pesar de estar concentrado en su vuelo, Gurney se turbó.

—Siempre le soy fiel a usted, mi Dama, pero que una madre mantenga tales secretos de su hija, no es de mi agrado.

Jessica suspiró.

—Son secretos sobre mi hijo, y te conciernen a ti también, Gurney. Allá en Arrakeen, hay demasiados ojos y oídos, como también los habrá en el Sietch Tabr. Necesitamos tiempo a solas. Absolutamente solos. —Se inclinó hacia adelante, hablándole al oído sobre el zumbido de las alas articuladas—. Hallarás un lugar para aterrizar, un afloramiento de roca en alguna parte no demasiado obvia. Una vez que empiece, requeriré de toda su atención, y esto podría tomar algún tiempo.

Volando sobre el desierto abierto, Gurney pasó varias lomas, islas negras en la arena que no encontró satisfactorias. Por fin seleccionó un arrecife de roca lo suficientemente fuera de su trayectoria de vuelo prevista. La rodeó, a continuación, jugueteó con el panel de control.

—Puedo inventar un desperfecto menor en uno de los motores para que el tóptero registre muestras de que estábamos obligados a aterrizar y hacer reparaciones.

—Bien pensado, Gurney.

Los dejó en la superficie rugosa, donde estaban completamente solos.

—Listo, mi Dama, espero que este lugar sirva. No sé de pueblos Fremen o sietches formales cerca de aquí. Es demasiado pequeño para ser digno de cualquier cosa. —Sus escindidos ojos de vidrio eran brillantes, pero ella vio un temor dentro de ellos: No le gustaba la perspectiva de lo que tendría que decir.

Jessica se equipó con sus filtros nasales, ajustó la mascarilla, comprobó otros accesorios en su destiltraje.

—Ven, vamos hacia las rocas, lejos del tóptero. —No podía ser demasiado cuidadosa. Diciendo poco, ella y sus dos compañeros salieron en la tranquila noche del desierto.

Jessica los llevó a un voladizo protegido de roca oscura, donde todavía podían ver al tóptero sentado como un insecto torpe y grande, allí donde había aterrizado.

El viento susurraba a su alrededor, mientras hallaban un lugar para sentarse en las superficies duras.

—Aquí estará bien —dijo.

Irulan se recompuso, esperando atentamente en el refugio de roca.

—Estoy ansiosa por escuchar sus explicaciones de por qué parece estar defendiendo, o al menos escudando, a Bronso.

Gurney se animó.

—Me gustaría saberlo también, mi Dama, pero me abstuve de hacer preguntas, como usted pidió.

—Sabrán la dura verdad que aprendí acerca de Paul, y sabrán por qué —erróneamente— decidí que tenía que matar a mi propio hijo.

Antes de que sus oyentes pudieran recuperarse de lo que había dicho, Jessica respiró hondo, calculando sus pensamientos, y habló abiertamente:

—Después de la muerte del Conde Rhombur en 10188, la Casa Vernius se mantuvo alejada de la Casa Atreides durante mucho tiempo. Pero doce años más tarde, durante los peores excesos del Jihad, mientras Paul era Emperador, algunos eventos conspiraron llevando a las dos Grandes Casas a juntarse nuevamente…

PARTE IV

10.200 AG

EL REINADO DEL EMPERADOR PAUL MUAD'DIB

Han pasado siete años desde la caída de Shaddam IV, quien permanece en el exilio en Salusa Secundus.

Dos años han pasado desde el intento de asesinato fallido del Conde Fenring contra Paul Atreides.

El Jihad de Muad'Dib ruge a través de cientos de mundos, pero Dama Jessica y Gurney Halleck se han retirado a Caladan, esperando evitar así la carnicería y el fanatismo.

Hay quienes piensan que venerar a Muad'Dib no conlleva más que expresar una oración, la luz de una vela, y la sacudida de una pisca de arena del hombro. Hay quienes piensan que la construcción de santuarios, el agite de las banderas, y la recogida de baratijas es suficiente. Incluso he oído hablar de aquellos que se cortan las manos para derramar su sangre en el suelo, ya que piensan que esto honra a Muad'Dib. ¿Por qué necesita mi hijo el descuido de más sangre derramada en su nombre? Ya tiene bastante de eso. Si realmente desean honrar a Muad'Dib, entonces háganlo con el corazón, con sus mentes, y con sus almas. Y nunca asuman que conocen completamente a Muad'Dib; hay mucho sobre él que nunca podrá ser revelado.

—Dama Jessica, dirigido a los peregrinos en el espaciopuerto de Cala City

Tras la caída de Shaddam IV, los recelosos seguidores de Paul habían aumentado en todo el Imperio durante siete años. La perspectiva de paz parecía tan distante como la luz solar durante los meses que duraba la temporada de tormentas en Caladan.

Incapaz de soportar las distorsiones absurdas repartidas por el Qizarate y por la máquina de propaganda de Muad'Dib, Jessica había dejado Arrakis y regresado a Caladan, donde guardaba sus opiniones privadas y gobernaba a su pueblo con la ayuda de Gurney Halleck.

Pero debido al fervor que Muad'Dib inspiraba, los peregrinos la seguían —en gran número— y clamaban por sus bendiciones.

Antes del final del Imperio Corrino, Caladan había sido sólo un mundo secundario gobernado por una familia del Landsraad algo ordinaria. Aunque los líderes de la Casa Atreides eran muy queridos en el Landsraad, nunca habían sido tan ricos o poderosos como la Casa Harkonnen, la Casa Ecaz, la Casa Richese, u otras en las primeras filas.

Gobernando el Imperio desde su distante trono en Dune, Paul-Muad'Dib no había visitado a su mundo natal en algún tiempo, sin embargo, los peregrinos todavía llegaban a Caladan, y seguían viniendo. El espaciopuerto de Cala City no estaba diseñado para acomodar el tráfico incesante que se extendía hacia abajo como un río embravecido. Veteranos de batallas incontables, refugiados desesperados, y peregrinos demasiado enfermos para luchar, todos iban a tocar el suelo sobre el que Muad'Dib había pasado su infancia, y llevarse un poco de él a casa con ellos…

Jessica se deslizó por una escalera a la planta principal de Castel Caladan, sabiendo que una multitud esperaba dentro de la sala de audiencias, donde Leto una vez había escuchado las quejas, demandas y necesidades de su pueblo. Más de veinte generaciones de Atreides habían hecho lo mismo antes que él. Jessica no podía romper con aquella tradición ahora.

Fuera, en el sinuoso camino que conducía desde el pueblo costero, oyó el tintineo de los martillos mientras canteros reparaban sobre adoquines y gravas añadidas.

Los jardineros arrancaban arbustos moribundos y plantaban nuevos, sabiendo que tendrían que repetir el proceso en menos de un mes. A pesar de los signos y los guardias apostados patrullando el camino, los peregrinos de otros mundos embolsaban los guijarros y arrancaban las hojas de los arbustos como recuerdos de su visita al santo Caladan.

Los forasteros vestían una gran variedad de estilos de ropa, llevando cintas con el nombre de Muad'Dib, sosteniendo diminutos sacos llenos de arena que supuestamente provenían de Arrakis, o coleccionismo que decían que tenían alguna relación con el Santo Emperador. La mayoría de aquellos artículos eran de fabricación sospechosa o fraudulenta, o ambos.

Al entrar en la cámara, Jessica reforzó su determinación al ver a la gran cantidad de gente de allí. Gurney había llegado temprano para separar a los que deseaban presentar peticiones del mayor número de visitantes que simplemente querían vislumbrar a la madre de Muad'Dib. De aquellos que pedían dirigirse a ella directamente, Gurney les dio prioridad a los verdaderos nativos de Caladan, y relegó para el final de la línea a aquellos que simplemente querían postrarse ante ella.

Cuando Jessica caminó por el pasillo hacia el frente de la sala, un silencio onduló ante ella, seguido por una réplica de susurros de asombro. Mantuvo la mirada hacia adelante, sabiendo que ella se dignaba a notar a cualquiera de los suplicantes, alzarían sus manos o subirían a sus hijos por sus bendiciones.

¡Si tan sólo la Reverenda Madre Mohiam pudiera verla ahora! Jessica se preguntó si su vieja maestra estaría impresionada o disgustada. Las Bene Gesserit despreciaban y temían lo que Paul había hecho, aunque ellas mismas habían trabajado durante muchas generaciones para crear un Kwisatz Haderach. Bajo el reinado de Muad'Dib, la Hermandad había caído en tiempos excesivamente duros, y Paul no ocultaba lo mucho que les molestaban. Aun así, las mujeres continuaron haciendo gestiones a Jessica, suplicando por su ayuda y su comprensión. Hasta el momento, las había ignorado. Ya habían hecho suficiente daño, por lo que a ella respectaba.

Al lado de su silla elevada en la parte delantera de la sala, Gurney se erguía como un Maestro de Armas. A pesar de que era un conde en su propio derecho y un estimado héroe de muchas batallas, abdicaba la autoridad de Jessica siempre que ella tomaba su asiento de duquesa.

—Muy bien, comencemos —dijo—. Ustedes deben tener cosas más importantes que hacer que estar aquí todo el día. —Los miembros de la audiencia parecían no darse cuenta de su humor irónico.

Jessica reconoció al primer suplicante quien dio un paso hacia adelante, un anciano con barba vestido con ropas tradicionales de pesca, usando un medallón en una cinta azul alrededor de su cuello. Delgado y con piernas de palo, el Alcalde Jeron Horvu había sido el líder electo de Cala City por la mayor parte de su vida, apoyado por el propio Viejo Duque.

El alcalde estaba obviamente angustiado. Tenía las mejillas demacradas, con los ojos rojos y cansados por falta de sueño. Dio a Jessica una reverencia formal rápida, que algunos en el público consideraron como una muestra insuficiente de reverencia.

—Mi Dama, estamos sitiados. Imploro que nos ayude. Ayude a nuestro mundo.

Muchos peregrinos miraron de lado a lado con los puños apretados, dispuestos a pelear con quien fuera que se atreviera a amenazar a Caladan… sin darse cuenta de que el alcalde se refería a ellos.

—Describa exactamente lo que quiere decir, Jeron. —Ella se inclinó hacia delante para animarle—. Siempre lo he conocido por tener los mejores intereses para Caladan y su gente en el corazón.

—¡Todos estos extranjeros! —Horvu señaló detrás de él a las multitudes—. Dicen que vienen a honrar a Paul Atreides, el hijo de nuestro noble Duque, ¡sin embargo, saquean nuestros pueblos, pisotean los cabos, embarran las orillas! Estoy seguro de que tienen buenas intenciones —añadió rápidamente, tratando de aplacar el zumbido de enojo que se levantaba en la sala de audiencias—, pero sus intenciones son irrelevantes cuando todo lo que apreciamos es despojado de su belleza.

—Vamos, hombre, se específico —espetó Gurney—. Estos otros necesitan escucharlo.

El anciano comenzó a contar artículos con sus dedos.

—Apenas la semana pasada, tuvimos que reemplazar tres muelles en el puerto porque la madera se astilló y debilitó por el sinnúmero de personas que tomaron astillas como recuerdos. ¡Simplemente porque el Duque Leto Atreides lo utilizaba para atracar su barco Victor allí! —Giró sus ojos para demostrar lo absurdo que consideraba a la idea.

—Nuestras pensiones han sido saqueadas. Nuestras calles rebosan de personas que duermen en las cunetas, que roban cosas de los comerciantes, y justifican sus robos al afirmar que «¡Muad'Dib sería generoso con todos sus seguidores!». Y no nos olvidemos de los charlatanes vendedores de suvenires que venden trozos falsificados de cosas que dicen que Muad'Dib tocó o bendijo. Es bien sabido que, simplemente, reúnen todos los elementos que puedan encontrar y los venden a los crédulos peregrinos, que pagan sumas considerables, con o sin pruebas.

Ahora que su pasión había cobrado impulso, Horvu no redujo la velocidad.

—Las aguas de pesca están tan llenas de barcos turísticos que nuestras capturas han disminuido drásticamente, ¡en un momento en que hay miles más bocas que alimentar!

Nuestro modo de vida está siendo pisoteado, Dama Jessica. Por favor, ayúdenos. —Horvu levantó las manos—. Por favor, haga que dejen de venir.

—¡No debe, Sayyadina! —gritó alguien desde el público—. Este es el primer hogar de Muad'Dib, un lugar sagrado en el Hajj. ¡El Mesías atacará a cualquiera que nos niegue, con una venganza de los cielos! —Se elevaron gritos de apoyo.

Horvu se acobardó ante la reacción venenosa del público, pero Jessica se puso en pie. Ya había tenido suficiente.

—No es común del Emperador Paul-Muad'Dib atacar a alguien desde el cielo. Esa es la decisión de Dios mismo. ¡Cómo te atreves a insultar a Dios y a mi hijo fingiendo que tiene tal poder! —Las personas se sorprendieron por el silencio acaecido por sus palabras—. ¿No quieren ser protegidos de aquellos que los engañan? Muy bien, esta es mi decisión. Como primer paso, ordeno que todos los proveedores demuestren sus reclamaciones para mi satisfacción antes de que se les permita comercializar cualquier artefacto.

»En segundo lugar, por la presente, altero nuestra ley: Cualquier persona atrapada robando a la buena gente de Caladan se considerará que le ha robado al mismo Muad'Dib Dejaré que un acuerdo judicial Qizarate se encargue de ellos. … Aquello los heló en silencio, ya que todos sabían la dureza con la que los sacerdotes castigarían tal crimen.

—Y tercero: Limitaremos el número de peregrinos que vengan aquí, y a los que se les permita visitar Caladan de ahora en adelante se les cobrará una cuota sustancial para su visa, con los fondos usados para reemplazar las cosas dañadas o robadas por cualquiera de los peregrinos. —Satisfecha con el pronunciamiento, asintió para sí misma—. Gurney, por favor trabaja con el Alcalde Horvu para desarrollar e implementar un plan adecuado. —Añadió un borde duro a sus palabras, una onda de la *Voz* para tomar ventaja de la reverencia que aquellos seguidores celebraban—. Por lo tanto, ya he hablado, en el sagrado nombre de Muad'Dib.

Jessica vio lágrimas llenas de gratitud en los legañosos ojos viejos del alcalde, pero no detectó ninguna reacción similar en las caras de los transeúntes. Ellos la respetaban y le temían, pero no les gustaban las declaraciones que había hecho.

Que así sea, pensó. En otras partes del Imperio, los fanáticos de Paul podían andar sueltos y fuera de control. Pero no en Caladan.

Pocas fuerzas pueden igualar el poder del fanatismo. Una que se acerca bastante es el orgullo herido.

—Conversaciones con Muad'Dib, por la Princesa Irulan

En los últimos años, Jessica ya había oído suficientes noticias sobre las atrocidades del Jihad, de las cosas que Paul había permitido hacer en su nombre. Pero más historias la encontraban, ya fuera si deseaba escucharlas… o creerlas.

Cada vez que un crucero pasaba por Caladan, el Alcalde Horvu y el temible cura del pueblo Abbo Sintra se apresuraban a Castel a reportar los cuentos de los viajeros. Mejor dicho, los dos hombres mostraban a Jessica los comunicados oficiales del Qizarate, así

como también los documentos no oficiales difundidos por los supervivientes horrorizados de los ataques del Jihad.

—¡Imploramos que revise estas historias, y por favor haga algo, mi Dama! —declaró Horvu—. ¡Es su hijo!

—Ayúdele a volver al camino justo y honorable —dijo el sacerdote, que hacía mucho tiempo había oficiado en la ceremonia de la desastrosa boda del Duque Leto—. Paul escuchará a su madre. Ayúdelo a recordar que él fue un Atreides mucho antes de convertirse en el líder de este desierto fanático.

Después de que Jessica ahuyentara a los hombres, evitó mirar a los informes durante mucho tiempo. Finalmente, se retiró a una habitación privada, llamando a Gurney para unírsele. Los dos se sentaron con expresiones alteradas mientras leían los informes.

Otros tres planetas habían sido completamente esterilizados, limpiados de toda vida, sus poblaciones exterminadas. Todos los seres vivos. Y aquello había sido condonado por Paul, un hombre que defendía el despertar ecológico y la cuidadosa terraformación de Arrakis, un hombre que acababa de establecer una nueva Escuela de Planetología en honor del padre de Chani.

Eso hacía cuatro mundos ahora. Y cada atrocidad parecía ser más simple para él. Su voz fue un susurro escalofriante.

—¿Qué puede estar pensando? ¡Es un asesinato!

—El primer paso de Paul por ese terreno resbaladizo fue cuando castigó al Conde Thorvald y a sus rebeldes, acabando con el planeta Ipyr, mi Dama.

Jessica frunció el ceño.

—En aquella época, Thorvald se dirigía a Caladan, para aniquilarnos. Todo Caladan fue amenazado, el mundo ancestral de los Atreides. Aquel fue un ataque dirigido a Paul mismo, algo que no podía ignorar.

—La mayoría de los que murieron en Ipyr —mujeres, niños, personas ordinarias— sin duda eran inocentes. —Gurney no podía apartar de sus ojos las imágenes que veía ahora.

El tono de Jessica cayó en la tristeza.

—Fue un precio terrible, pero casi puedo aceptar lo que hizo en respuesta. Él tenía que enviar un mensaje que impidiera más actos rebeldes. Pero estos otros planetas… —Sacudió la cabeza y apretó la mandíbula firmemente—. Debe de haber tenido sus razones. Conozco a mi hijo… yo lo crié, y no puedo aceptar que lo hace por capricho o por venganza. —Haciéndolo más difícil para ellos, el Emperador no se había explicado a sí mismo, y sus seguidores lo llevaban en la fe de que lo que Muad'Dib preveía, y decretaba, debía ser necesario.

Jessica no pudo dejar de lado sus vívidos recuerdos de Paul como un niño precoz, un joven talentoso que luchaba contra la adversidad y salía victorioso, más fuerte, y por lo que siempre había creído, con su núcleo de honor Atreides intacto. Como su madre, no podía simplemente condenarlo de así como así… ni podía ignorar, perdonar, o racionalizar sus recientes acciones.

—Me sentiría mejor si entendiera su plan general. Me temo que Paul se está deslizando y arrastrando hacia el olvido, creando nuevas excusas tan rápido como encuentra blancos frescos, mi Dama.

La pareja revisó las imágenes de los campos de batalla humeantes. Un portavoz del Qizarate, hablando con orgullo en el reproductor de imágenes, identificó los numerosos cuerpos esparcidos por los campos como «aquellos que negaron las bendiciones de Muad'Dib». En cada campo de batalla, los muertos se contaban por decenas de miles de personas.

Jessica vio que los celebrantes corrían a través de campos y saqueaban los cuerpos de los muertos combatientes jihadistas de Paul. En un primer plano, los navíos estaban claramente marcados como barcos que transportaban tropas médicas de hospitales y cirujanos al campo de batalla. Pero Jessica vio algo en el fondo de la imagen de alta resolución que el Qizarate o bien no se había dado cuenta, o no había tenido la intención de informar. Estrechando su vista, se concentró en varias naves grandes no marcadas, que flotaban en los bordes del sangriento campo.

Allí, los hombres pequeños correteaban desde los buques de transporte peinando sobre los muertos, descartando muchos cadáveres, marcando otros. Los manipuladores vinieron después con paletas suspensoras transmitidas y cargaron los cuerpos a bordo, apilándolos como troncos partidos, y luego llevaron su cosecha espeluznante de nuevo a las naves sin marcar.

—Dioses de las profundidades, son tleilaxu. Manipuladores de cadáveres recuperadores de los muertos.

—Pero no de todos los cadáveres —señaló Jessica con el ceño fruncido—. Están utilizando algún tipo de proceso de selección. Si esos buques eran simplemente mortuorios, los tleilaxu juntarían cada cadáver. ¿Por qué eligen a algunos en particular? ¿Y qué hacen con ellos?

Tan pronto como cada embarcación mortuoria estuvo completamente cargada, las puertas de carga se sellaron y se despegaron, gimiendo bajo el peso de tantos cuerpos a bordo. Tan pronto como un buque partía, otro sin marcar llegaba al campo de batalla y se iniciaba el mismo proceso.

Antes de que Jessica o Gurney pudieran postular alguna respuesta, un golpe rápido en la puerta los interrumpió. Un joven paje de Castel habló en voz baja:

—Un mensajero de la Cofradía está aquí, mi Dama, llevando un mensaje de su hijo, el Santo Emperador.

El uniformado empleado de la Cofradía que apareció momentos después era una mujer, aunque su pelo corto y su vestido al cuerpo suelto le daban una apariencia andrógina. Entregó un cilindro mensaje con una reverencia ligera y eficiente.

—Mi Dama Jessica, Muad'Dib me encargó entregarle esto.

Ella aceptó el cilindro y desestimó a la mujer. Luego de que la puerta se cerrara, Jessica abrió rápidamente el mensaje, que estaba escrito en el lenguaje de batalla

Atreides. Una carta personal de Paul. Jessica no le mantenía secretos a Gurney, y le permitió mirar por encima del hombro:

«Querida Madre, sé que prefieres permanecer en Caladan lejos de la política Imperial, pero tengo un favor importante que pedirte. Significaría mucho para mí. Después de mi victoria en Arrakis, prometí a Shaddam en su exilio que enviaría terraformadores a Salusa Secundus. Una vez que establecí mi Escuela de Planetología, envié trabajadores calificados para comenzar la tarea, y ahora ha llegado el momento de una inspección minuciosa de su trabajo.

Estoy enviando tanto a Chani y a Irulan, que pueden hablar y observar por mí, pero agradecería mucho tu asistencia. Tú ves las cosas desde una perspectiva diferente, Madre. Me gustaría que fueras mis ojos y oídos independientes».

Jessica enrolló el mensaje, sumida en sus pensamientos.

—Por supuesto que voy a ir. Pero primero tengo un deber importante que llevar a cabo esta noche, por Caladan.

Mientras los colores del atardecer profundizaban bajo un cielo despejado por la noche, Jessica llevó una pequeña procesión de campesinos hacia las colinas costeras para el festival folclórico anual del Hombre Vacío. Cada año, en la noche del solsticio de otoño, las personas se reunían para celebrar la legendaria derrota del mal con una gran hoguera y quemar una efigie en los acantilados sobre los rompientes de olas. Más que en años anteriores, la procesión tenía que ser mantenida cuidadosamente en privado, ya que los nativos de Caladan no querían que los peregrinos de otros mundos contaminaran su cultura. Dejar que los forasteros preguntaran qué clase de ceremonia se estaba celebrando, y por qué no habían sido invitados.

Los aldeanos se arremolinaban por un sendero trillado en los promontorios cubiertos de hierba, dejando el puerto y la ciudad detrás. Llevaban teas para antorchas para iluminarse en la noche. Jessica caminaba majestuosamente a la cabeza del grupo con el mentón en alto.

La multitud llegó a su destino cuando el frío de la noche arrojaba una niebla fina del mar. Un enorme montón de trozos de madera y leña retorcida se alzaban como una isla en el borde del acantilado. Encima de aquello, un marco de palillos flácidos simulaba un traje de ropa… la efigie del Hombre Vacío.

Después de que los aldeanos tomaran sus lugares y cantaran una canción alegre de gran alcance para alejar el mal, el Alcalde Horvu encendió un pedazo de leña y llevó las llamas hasta el corazón de la pila de leña. Los padres y los niños se acercaron con la luz de sus antorchas al fuego cada vez mayor, y luego dieron un paso atrás. Cuando todo el pueblo quedó en silencio, sosteniendo las antorchas parpadeantes, tuvo la atención de todos.

Jessica contaría la historia, al igual que su caído Duque Leto solía hacer.

—Hace mucho tiempo en un tranquilo pueblo de pescadores, vivía un hombre cuya alma murió dentro de él después de una terrible fiebre, pero su cuerpo no lo siguió en la muerte. A pesar de que todo el mundo pensaba que se había recuperado, el vacío interior

creció y creció… y nadie pudo ver el cambio, porque su cuerpo recordaba cómo ser un humano.

»El hombre descubrió que la única manera de detener el vacío creciente era llenarlo con dolor. —Hizo una pausa para el efecto dramático, mirando a los ojos brillantes de sus oyentes—. Los niños comenzaron a desaparecer de las playas y pequeñas embarcaciones de pesca fueron encontradas a la deriva y sin tripulación. Los cuerpos fueron descubiertos durante la marea baja en la orilla. Los hombres jóvenes salían a hacer recados y nunca regresaban.

»Y mientras el vacío en el interior del hombre crecía más hambriento, llegó a ser tan audaz en su necesidad de encontrar víctimas que finalmente fue capturado —susurró, inclinándose hacia adelante hacia tres chicos que estaban cerca—. El pueblo persiguió al hombre hasta los cabos y lo arrinconaron en el borde de un acantilado. Pero cuando se lo llevaron para ponerlo bajo custodia para que el Duque pudiera impartir justicia, el hombre se lanzó al precipicio, hacia las olas y las rocas limpiadoras.

Jessica se volvió hacia el mar oscuro más allá del borde de la luz del fuego.

—A la mañana siguiente, cuando sacaron su cuerpo del agua, se encontraron sólo con una piel vacía, como un traje desechado sin nada más en el interior. Un Hombre Vacío.

Algunos de los oyentes rieron, otros murmuraban nerviosamente. Jessica levantó la pequeña antorcha.

—Y ahora, dejemos iluminar nuestros…

Una conmoción vino de atrás del grupo. Un grupo de cinco hombres marchó por el sendero en la oscuridad, vestidos con las ropas de sacerdocio de Muad’Dib, todos de amarillo, excepto el líder. Usando un traje anaranjado, exponía un aire de auto-importancia, como si tuviera derecho a asistir a cualquier ceremonia privada que eligiera.

—Traigo una proclama en nombre de Muad’Dib. Estas palabras son para el pueblo de Caladan.

Jessica dio un paso adelante.

—¿No puede acaso esperar? Este es nuestro festival.

—Las palabras de Muad’Dib no esperan a un asunto local —dijo el sacerdote, como si el comentario debería haber sido evidente—. Este anuncio proviene de Korba el Panegirista, vocero oficial del sacerdocio y representante del Santo Emperador Muad’Dib: «Debido a que Caladan es sagrado como el hogar de la infancia de Muad’Dib, su nombre debe reflejar su importancia. La gente de la antigüedad ha llamado a este planeta Caladan, pero ese nombre ya no tiene suficiente relevancia. Así como Arrakis es ahora llamado el Dune de los fieles, Caladan ha sido renombrado a *Chisra Sala Muad’Dib*, el cual, en el lenguaje del desierto, significa el Origen Glorioso de Muad’Dib. Korba ha decretado que todos los mapas futuros del Imperio deberán reflejar este cambio. De ahora en adelante, su pueblo se comprometerá a utilizar el nuevo nombre en todos sus escritos y conversaciones».

Jessica estaba sorprendida por la audacia de aquel hombre. Se preguntó si Paul sabía siquiera acerca de aquella idea ridícula; el arrogante Qizarate probablemente considerara

el asunto sin las opiniones de Muad'Dib. Interrumpió al sacerdote inmediatamente, dirigiéndose a él con toda la autoridad de su posición como Duquesa.

—Eso es inaceptable. No voy a permitir que estas personas sean despojadas de su patrimonio. Usted no puede…

El sacerdote la interrumpió, para su asombro y fastidio.

—Esto es algo más que su herencia. —Se percató que cada persona llevaba a mano una antorcha parpadeante para alejar el mal. Ahora esas luces parecían pequeñas y débiles. El sacerdote pareció no ver nada más que su propia importancia—. Vamos a proporcionar copias de la proclamación de modo que puedan ser distribuidas entre los que no están aquí. La palabra de Muad'Dib debe ser escuchada por todos.

Colocó una copia del documento en las manos temblorosas de Alcalde Horvu. También le dio una a Gurney, quien la arrojó al suelo, donde las brisas callejeras se la llevaron y la barrieron por encima del borde del acantilado. El sacerdote fingió no darse cuenta.

La hoguera ardiente se hizo más brillante y más caliente cuando los cinco sacerdotes hicieron su paso de regreso por el camino, dejando que la multitud reanudara el festival una vez más. Pero Jessica ya no estaba de humor para celebrar.

Las expectativas de las sociedades civilizadas deberían costear la protección que necesita una persona. Pero esta armadura se vuelve tan fina como el tejido cuando uno está lidiando con los incivilizados.

—Archivos Bene Gesserit

Entrando en la guarida de un león… un león Corrino.

Gracias a las maquinaciones de protocolo con la Cofradía, Jessica llegó al mismo tiempo que Chani e Irulan, y todas convergieron en el nuevo complejo que los exiliados Corrino habían construido. La nueva ciudad de Shaddam era un grupo de domos conectados, cada uno de los cuales contenía edificios protegidos para que los habitantes pudieran, con una cierta cantidad de imaginación, pretender que aún estaban en Kaitain.

Hacía siglos, Salusa Secundus había sido la capital pródiga del Imperio, pero una familia noble caída en desgracia había desatado suficientes Atómicas para devastar el mundo, destruyendo el clima e inundándolo con lluvias e incendios descontrolados.

Salusa había sido un lugar muerto desde hacía mucho, mucho tiempo, pero por ahora la radiactividad de fondo había disminuido a niveles nominales, y la vida persistente surgía en una débil nueva primavera. Con el trabajo de los vigorosos equipos de terraformación de Paul, Jessica esperaba que Salusa reviviera con bastante rapidez.

El exiliado tribunal dio la bienvenida a los representantes del Emperador Muad'Dib con bombos y platillos. Permaneciendo allí mientras Chani e Irulan llegaban en una barcaza suspensora transmisora hecha para las procesiones espectaculares, Jessica se preguntó qué otro uso Shaddam le daba a un buque como aquel. Observó al derrocado Emperador intentando sonreír; después de todos los años de regodearse en Kaitain, Jessica pensó que habría estado mejor en eso ahora. Todo su cuerpo parecía encogido. Señaló unas vetas grises en el pelo rojizo del noble, y también pudo ver el fuego lento

inocultable del resentimiento en su delgado rostro. No era de extrañar, ya que ella representaba a Paul-Muad'Dib, el hombre que lo había derrotado.

Jessica observó al Conde y a Dama Fenring, ambos de los cuales se mantenían rodeados de los miembros de la gran fiesta de recepción. Las hijas de Shaddam se agrupaban en la parte delantera del grupo. Josifa y Cáliz parecían ansiosas por ver a su hermana nuevamente, o al menos alegres de poder participar en la pompa y el esplendor real de nuevo. Wensicia, sin embargo, tenía una expresión agria mientras aferraba la mano de su niño pequeño con tanta fuerza retorciéndose molesta.

La música fuerte sonaba con la dramática marcha de Kaitain, luego todo quedó en silencio repentino. Rodeadas de sacerdotes vestidos de amarillo y guardias Fedaykin uniformados, Irulan y Chani surgieron de la adornada barcaza.

Chani se quitó la capucha para revelar sus rasgos de elfo, su piel oscura, su cabello rojo oscuro, y sus ojos por completo azules. Llevaba prácticas ropas de ambientes desérticos, más que llamativas. Al lado de la Irulan vestida formalmente, Chani parecía estar en el precipicio, una luchadora Fremen entre enemigos conocidos.

Jessica sabía que no había amor compartido entre las dos mujeres, pero tenían un objetivo en común ahora.

Irulan observó a su familia con una mirada gélida y una expresión pétrea. No parecía demasiado contenta de visitarlos, y Jessica detectó una animosidad similar velada desde los Corrino. Tales relaciones complejas allí…

El silencio duró un instante demasiado largo, como si nadie supiera quién hablaría primero. Luego, con un empujón, la forma poco realista de aspecto joven del nuevo chambelán entregó el saludo oficial.

—Shaddam Corrino IV da la bienvenida a los representantes del Emperador Muad'Dib.

La voz del joven fue un poco demasiado alta, demasiado débil, y tembló cuando el volumen de sus propias palabras amplificadas lo sobresaltaron. Jessica comprendió que de seguro debía de haber sido metido en un uniforme y le habían dicho qué decir, pero no disponía de mucho entrenamiento. El último chambelán formal de Shaddam, Beely Ridondo, había sido ejecutado por Alia hacía seis años, porque había hecho demasiadas exigencias sobre la restauración ecológica de Salusa Secundus.

Éste se inclinó torpemente.

—Que inspire a acelerar el trabajo de terraformación que se está haciendo aquí, en nombre de Dios.

Con un paso suave, Jessica alargó las manos para saludar a las dos mujeres. Juntando la mano de Chani en su derecha e Irulan en su izquierda, el movimiento también cobrado la dejó perfectamente frente al derrocado Emperador.

—Mi hijo me pidió que me uniera a ambas aquí para asegurar una exitosa visita.

Chani se inclinó, y su expresión mostró una calidez genuina.

—Gracias, Sayyadina. Ha pasado mucho tiempo, y me alegro de que esté aquí.

Irulan optó por dirigirse a Shaddam, y no se inclinó.

—Agradecemos esta visita por tu casa en Salusa Secundus, Padre. A cambio, por favor acepta los buenos deseos de mi amado esposo, el verdadero Emperador.

Tantas púas afiladas cargadas en una declaración, dirigidas tanto a Chani como a los Corrino, pensó Jessica. E Irulan sabía exactamente lo que había hecho.

La esbelta Dama Margot Fenring escoltó a Jessica a sus aposentos dentro de la ciudad en forma de cúpula, una estratagema obvia para mantenerla separada de Chani e Irulan.

—Estoy muy contenta de disponer un poco de tiempo con usted, Dama Jessica. Nuestros caminos se siguen cruzando, ¿no?

Jessica controló su voz.

—¿Es usted mi aliada o mi enemiga esta vez, Dama Fenring? Ha sido ambas en el pasado. —La esposa del Conde le había dejado un mensaje secreto en la Residencia de Arrakeen, advirtiendo a Jessica de una traición Harkonnen… pero más tarde envió a su monstruosa pequeña hija Marie como un peón para matar a Paul.

—Esta vez, sólo soy una asociada de la Hermandad —dijo Margot, mostrándole a su habitación—. Hemos elegido nuestros propios caminos, para bien o para mal.

Con tiempo para refrescarse en el interior de la habitación antes de un banquete que estaba previsto para la noche, Jessica consideró los adornos llamativos: las tallas intrincadas, las filigranas de oro, enclavadas en ventanas de plaz. La decoración parecía apresurada y vistosa, un esfuerzo desesperado por demostrar que la Casa Corrino no había perdido toda su gloria. Obras minimalistas colgaban en las paredes. Jessica obtuvo la impresión de que los exiliados Corrino no tenían suficientes posesiones para distribuir en todas las habitaciones. Entonces se preguntó si aquello también era una impresión calculada, cuidadosamente diseñada para hacerle creer que las circunstancias del depuesto Emperador eran más difíciles de lo que realmente eran. ¿Era eso lo que querían que informara a Paul?

Más tarde, el Conde y Dama Fenring sonrieron cuando Jessica entró en la sala de banquetes. En el lado opuesto de la larga mesa, Shaddam Corrino IV se sentaba con sus hijas supervivientes: Cáliz, Josifa y Wensicia. Irulan y Chani se habían sentado una junto a la otra, un intento de promover la fricción, Jessica se preguntó.

Mientras se enfrentaba a Shaddam antes de tomar su asiento, vaciló, al darse cuenta de que no había decidido cómo abordar a aquel hombre. Shaddam todavía merecía un cierto grado de respeto, pero no demasiado. Ella extendió su mirada en torno a todos los asistentes.

—Gracias por la cálida recepción, a todos.

Irulan se volvió hacia el niño que estaba sentado a la mesa junto a Wensicia. Poco más de un año de edad, sus ojos eran brillantes e inteligentes.

—¿Ese es tu hijo, Wensicia? ¿Dónde está su padre?

La temperatura en el aire pareció caer.

—Farad'n es ahora el heredero de lo que queda de la Casa Corrino.

Usando una expresión avinagrada, Shaddam miró a su derecha inmediata, donde se sentaba el Conde Fenring.

—Su padre lamentablemente falleció en mi servicio.

Jessica notó un destello fraccional de molestia en el rostro del Conde Fenring, al instante ocultado. Interesante. ¿Qué tendría que ver Fenring con el padre del niño?

Chani bebía con moderación de una copa de agua en frente de ella. No tocó el vino.

—Su Santidad el Emperador Muad'Dib nos ha enviado aquí para garantizar que las operaciones de terraformación se llevan a cabo con la debida velocidad, para hacer de Salusa el mundo jardín que él imagina, lleno de cosas suaves.

Jessica quiso torcer el cuchillo.

—Paul es siempre fiel a su palabra.

Shaddam no trató de ocultar su ceño fruncido, y luego llamó para el primer plato, al parecer ansioso por llevar a cabo aquella cena. Jessica hizo una evaluación rápida de Shaddam. El patriarca Corrino sólo veía lo que había perdido, no lo que conservaba. Para un hombre que bien podría haber sido ejecutado como una amenaza a Muad'Dib, Shaddam todavía tenía un montón de comodidades, y sin embargo, el hombre debía añorar su palacio en Kaitain, que había pasado mucho tiempo desde que había sido quemado por hordas fanáticas de Muad'Dib.

El Conde Fenring hábilmente mencionó un tema espinoso. Miró de Chani a Irulan, y finalmente descansó su mirada en Jessica.

—Aaah, dígame, ahora que hemos tenido siete años de… esto, ¿ustedes realmente creen que la raza humana está mejor bajo el liderazgo de su hijo, hmmm?

Shaddam apoyó los codos sobre la mesa.

—¿O dirían que más personas prosperaron bajo la regla Corrino? ¿Qué dices, Irulan? La respuesta es bastante obvia para mí.

—Estoy segura de que muchas poblaciones planetarias se hacen la misma pregunta —añadió Dama Fenring.

—Y sabemos cuál debe ser su respuesta. —Wensicia levantó la voz, llamando la atención sobre sí misma. Recibiendo un vistazo represor a su padre, se quedó en silencio de nuevo. Para desviar su vergüenza, ella regañó Farad'n por estar inquieto.

Chani habló:

—Aquí en el exilio, deben tener noches interminables para debatir el mismo tema, pero la pregunta es irrelevante para todos ustedes. Muad'Dib es Emperador ahora, y las reglas de la Casa Corrino ya no se aplican.

Shaddam tamborileó los dedos sobre la mesa y dejó escapar un largo suspiro cansado que sonaba ensayado.

—Debería haberlo visto venir. Me avergüenza admitir mis defectos como Emperador. —Tuvo que arrastrar las palabras de su garganta, porque no venían de buena gana. Jessica no recordaba ninguna instancia anterior en la que el Emperador Padishah hubiera admitido sus propios errores. No creyó por un momento, sin embargo, que hubiera sido humillado—. ¡Ay, no estaba lo suficientemente atento a mi pueblo, y no me di cuenta de las debilidades que crecían en los planetas que me servían! Las nubes de tormenta se estaban reuniendo, y no vi las señales.

Cuando se percató de una pequeña sonrisa de aprobación en el rostro de Fenring, Jessica se dio cuenta de que había entrenado al caído Emperador en aquella conversación.

—Mis defectos pueden haber suavizado al Imperio y permitido que la burocracia se hinchara, pero lo que Muad'Dib ha hecho es mucho más perjudicial para la CHOAM, el Landsraad, la Cofradía Espacial, para todo el mundo. Cualquier tonto puede ver eso.

El Conde Fenring se reinsertó rápidamente a sí mismo en la conversación cuando vio que Chani estaba lista para saltar a sus pies y tratar de alcanzar su crys.

—Ahhh, mis Damas, perdonen, pero mi amigo Shaddam y yo hemos tenido muchas de estas discusiones. Y no podemos encontrar una respuesta convincente en cuanto a lo que Muad'Dib realmente quiere. Él parece ser una fuerza del caos, impulsada por la energía ciega de los fanáticos religiosos. ¿Cómo ayuda esto en última instancia al Imperio?

Jessica miró el primer plato que se había colocado delante suyo… brillantes frutas importadas y delgadas rebanadas de carne cruda. Tomó una sin probarla.

—No puedo negar que el Jihad ha causado mucho daño, pero Paul tiene que arreglar muchas generaciones de negligencia. Esto es, por necesidad, un proceso doloroso.

—¿Negligencia Corrino, quiere decir? —preguntó Shaddam, con una mirada.

—Todas las Grandes Casas tienen la culpa, no sólo la suya.

Como una serpiente a punto de atacar, Fenring se inclinó hacia delante, juntando las manos.

—Ahhhh, hmmm, ¿pueden explicarnos cómo estas masacres continuadas por los jihadistas benefician a la humanidad, ya sea en corto o largo plazo? ¿Cuántos planetas ha esterilizado su hijo hasta ahora? ¿Son tres o cuatro? ¿Cuántos más tiene la intención de destruir?

—El Emperador Muad'Dib toma sus difíciles decisiones de acuerdo con las duras necesidades de su gobierno —interrumpió Irulan—, como bien sabes, Padre. No estamos al tanto de todos sus motivos.

Alrededor de la mesa, nadie estaba comiendo. Todos estaban escuchando la conversación, aun el joven Farad'n Corrino.

El Conde Fenring se encogió de hombros.

—Aún así, ¿todos están convencidos de que el trabajo de Muad'Dib es necesario? Díganos, pues estamos ansiosos de escuchar su respuesta. ¿Cómo es que la esterilización de planetas y la masacre de poblaciones enteras son útiles a la humanidad de alguna manera? Explíquennos esto, por favor, hmmm.

—Muad'Dib ve cosas que otros no pueden. Su visión se extiende mucho en el futuro —dijo Chani.

Los platos fueron quitados, apenas tocados, y la siguiente ronda llegó… pequeños pichones asados en salsa de cítricos amargos, adornados con lanzas de flores frescas. Presionada por una respuesta definitiva, Jessica utilizó uno de sus estribillos comunes, a pesar de que no le había sonado convincente a ella misma durante mucho tiempo.

—Mi hijo entiende las dificultades que nos esperan a todos nosotros. Una vez me dijo que la única manera de llevar a la humanidad hacia adelante es construir puentes a través de dichas dificultades. Creo en él. Si ha determinado que la violencia continua es necesaria, entonces confío él implícitamente.

Wensicia hizo un ruido sarcástico.

—Ella suena como uno de los fanáticos. Las tres lo hacen. —Su mirada venenosa fue dirigida hacia Irulan, que no le hizo caso.

Shaddam dio un resoplido grosero, a continuación, se contuvo y se limpió la boca con la servilleta, pretendiendo que el sonido no había sido más que un eructo desagradable.

—Paul Atreides implica que tiene buenas razones, ¿pero no las revelará? Sepan esto, todos ustedes —un hombre en el trono Imperial puede decir lo que le gusta y esperar que otros le crean. Eso es lo que los seguidores hacen. Creen. Lo sé— yo mismo aproveché ese hecho, muchas veces.

El día que la carne de forma y la carne que el día forma.

—Duque Leto Atreides

Mientras que la Duquesa estaba lejos de Caladan, una anciana luchaba subiendo por las escaleras del ayuntamiento de Cala City, rechazando la ayuda ofrecida por dos amables espectadores. Murmuró contra ellos con suficiente acidez que ambos se alejaron molestos. El estado de ánimo de las personas reunidas ya era tormentoso, encajando con el clima exterior. En la última hora había llovido fuertemente, dejando las calles mojadas y los edificios goteando.

Subió las escaleras de piedra, paso a paso dolorosamente. Un hombre alto, con un traje formal, mantuvo la puerta abierta, y ella pasó junto a él con un gruñido de satisfacción. Para cualquier observador, la subida había hecho mella en ella, y necesitaba un lugar para sentarse, pero ocultó su fuerza. Había llegado con tiempo suficiente para asegurarse un asiento en la primera fila del pasillo, donde la mayoría de la gente se daría cuenta de ella.

Hasta el momento, su actuación era bastante convincente. Nadie sospecharía que Gaius Helen Mohiam era una Reverenda Madre de las Bene Gesserit.

Sus brillantes ojos de ave se centraron en los alrededores. Se trataba de una estructura de gobierno antigua, con frescos pintados en las paredes que representaban las hazañas de los famosos Duques Atreides. En una de las pinturas más recientes, reconoció a Paulus en su traje de torero, frente a un enorme toro Salusano.

Paul Atreides, el imprudente, el Kwisatz Haderach fuera de control, se había convertido en un toro Salusano en la arena política, arrasando y destruyendo las tradiciones Imperiales.

En sólo un puñado de años, Muad'Dib había despojado a la Bene Gesserit de su poder e influencia, amontonando un gran desprecio en ellas y enviándolas de nuevo a Wallach IX… no derrotadas, pero para reagruparse sin ayuda de nadie. Mohiam sabía

con cada fibra de su ser que la Hermandad tenía que suprimir a Paul y esperar que su sucesor pudiera ser controlado más fácilmente.

Él es mi nieto, pensó con amargura. Cómo deseaba que nunca hubiera sido una parte de la cadena de reproducción Bene Gesserit que condujo a semejante monstruo. Después de lo que había hecho, Mohiam se encontró que era aún más repugnante que el Barón Vladimir Harkonnen, que la había dejado embarazada en el primer lugar. Ahora, lamentaba profundamente no haber matado a su nieto cuando tuvo la oportunidad. Había habido numerosas oportunidades, incluyendo una poco después de su nacimiento, cuando mató al Piter de Vries original y salvó al bebé.

Eso fue un error.

Pero una Bene Gesserit era capaz de ver el panorama más amplio de la historia. Los errores podían ser corregidos. Y ella tenía la intención de hacerlo ahora.

Cuando se sentó en el ayuntamiento, exagerando su incomodidad con sonidos y suspiros y desplazamientos inquietos, los pobladores continuaron surcando el pasillo. El Alcalde Horvu apareció en el escenario, jugueteando con algo en el podio, luego miró la agenda con un murmullo preocupado. A su alrededor, el nivel de ruido aumentaba, zumbando… un murmullo decididamente molesto, porque el edicto Imperial había cambiado el nombre de su planeta.

Paciencia. Mohiam ocultó su sonrisa.

Recordó otra oportunidad para matar a Paul Atreides, y otra vez que había fallado al actuar. Cuando no era más que un adolescente, con los ojos abiertos y serios, había apuntado el gom jabbar envenenado a su cuello, probándolo con la caja de agonía. Sólo un pequeño pinchazo entonces, y ninguno de los horrores consiguientes hubieran sucedido, cientos de miles de millones muertos en su nombre, cuatro planetas esterilizados y sin duda más en las hojas de planificación, toda la civilización humana recuperándose de un ataque de fanatismo. Un pequeño pinchazo de una aguja…

Otro error. Uno grande.

Se prometió no cometer otro, aunque Mohiam dudaba si alguna vez iba a acercarse a Paul nuevamente, debido a la maquinaria política de su Imperio y la religión a su alrededor. Las palabras punzantes que Paul había dicho días después de su victoria contra el Emperador se quedaron en su memoria:

«*Creo que es mejor castigo que vivas tus años sin poder tocarme o me doblarme nunca a una sola cosa de tus deseos intrigantes*».

En cambio, la Hermandad tendría que llevar la batalla a un escenario diferente, en el que eran maestras. Usarían poblaciones individuales como armas. ¿Y qué mejor arma para volverse en contra de los Atreides que la gente de Caladan? Aunque tenía explícitamente prohibido viajar a Arrakis, ella había hecho su camino hacia allí silenciosamente.

Ahora, disfrazada entre los lugareños, teniendo todos los documentos de identidad necesarios, lentes de contacto —que cubrían sus ojos azules de adicción a la especia, huellas dactilares superpuestas, los rasgos faciales alterados— podría engañar a

cualquiera. Mohiam se había preocupado de que Dama Jessica o Gurney Halleck pudieran reconocerla, pero la Duquesa de Caladan había salido a hacer un recado para su hijo en Salusa Secundus, y el Conde Halleck se encontraba en su finca rural. Todo para mejor. Nadie más en aquel planeta la reconocería.

La campaña de la Hermandad para socavar a Paul-Muad'Dib comenzaría allí. Despertaría al hormiguero y vería lo que saldría. Paul ya había despreciado al pueblo de Caladan y perdido su respeto. Les había dado la espalda, ofendido con su proclama para cambiar el nombre de su mundo a «*Chisra Sala Muad'Dib*». Una ridiculez. Mohiam no podría haber pedido una mejor oportunidad.

El alcalde de la localidad llamó a la reunión en el ayuntamiento para ordenar, adelantándose en sus delgadas piernas de ave que parecían no ser capaces de soportar su barriga. Parecía paternal, muy querido.

—Todos sabemos por qué estamos aquí hoy. —Sus ojos legañosos recorrieron la multitud—. No podemos dejar que algún burócrata distante cambie el nombre de nuestro mundo. La pregunta es, ¿qué vamos a hacer al respecto?

El público rugió su indignación fuera de foco, los años de intranquilidad e insatisfacción con las multitudes de peregrinos, forasteros torpes, y la intrusión de eventos extranjeros que deberían haber permanecido muy lejos.

—Caladan es Caladan.

—Este es nuestro planeta, nuestro pueblo.

Horvu gritó al capacitador de voz en el podio.

—Así que, ¿qué pasa si nos proponemos «Caladan de Muad'Dib» como un compromiso?

—¿Y si encontramos un nuevo alcalde? —gritó una mujer en respuesta. La multitud se echó a reír.

Un hombre fue particularmente vehemente.

—Los fanáticos del desierto no deciden nuestra vida diaria. ¿Qué sabe esa gente sucia sobre el mar y las mareas, las cosechas de peces, los nubarrones y las tormentas? ¡Hah, ni siquiera han visto la lluvia! ¿Qué saben de nuestras necesidades? Un Fremen no sobreviviría una semana en alta mar.

—No tenemos nada que ver con el imperio de Muad'Dib —dijo otro hombre—. No conozco a este «Muad'Dib» —conozco solamente a Paul Atreides, que debería ser nuestro Duque.

—¡Construyamos nuestro ejército y luchemos contra ellos! —gritó una mujer con voz chillona.

Mohiam observaba el intercambio con gran interés, pero el último comentario fue tan absurdo que algunos de los gritos se calmaron. El alcalde negó con la cabeza, con cara de tristeza.

—No, no, nada de eso. No podemos hacer frente al vasto complejo militar de Muad'Dib —todos ustedes saben eso.

—Entonces no luchemos contra ellos. —Mohiam se puso en pie y se volvió hacia el público—. No queremos la guerra. Queremos que nos dejen solos. Como muchos de ustedes han dicho, Caladan no es parte de este interminable y sangriento Jihad, y debemos declarar nuestra independencia. Paul Atreides es nuestro legítimo Duque, no este hombre que se hace llamar por un nombre extranjero. Caladan no es parte de esta lucha. Nunca quisimos formar parte de ella. Nunca invitamos a estos peregrinos enloquecidos que se pasean como langostas por nuestras ciudades. Sólo queremos que las cosas vuelvan a ser como antes.

Mohiam escuchó fragmentos de conversaciones a su alrededor.

—¡Independencia… independencia! ¿No sería maravilloso?

Independencia. La palabra fue como una fresca brisa del mar encrespándose por el ayuntamiento. La gente ingenuamente pensó que esta nueva idea no les obligaría a tomar las armas e ir gritar en contra de los asesinos Fedaykin.

El alcalde levantó una mano huesuda en un intento de silenciar a la multitud.

—No estamos aquí para hablar de rebelión. No formaré parte en eso.

—Entonces usted está en el lugar equivocado —dijo Mohiam, muy satisfecha con el debate—. Soy anciana y he visto mucho. Una vez fui sirviente de la casa del Viejo Duque Paulus, allá cuando el honor Atreides y la dignidad humana todavía significaban algo. Después de su muerte, me retiré hacia el interior donde he llevado una vida tranquila. Muchos de ustedes pueden haberme visto en los últimos años, pero probablemente no me tomaron en cuenta. —Una idea plantada, y los oyentes reflexionaron y decidieron que sí, que podrían haberla visto en la ciudad de vez en cuando—. ¿Qué pasó con el honor de los Atreides? Sólo queremos una medida de respeto. Ya basta de esta locura. Ya sea de pie ante los sacerdotes o convertidos en felpudos para ellos. ¡No pierdan su columna vertebral! Si Paul Atreides tiene algún amor por Caladan —y de seguro lo tiene— entonces seguramente aceptará la voluntad del pueblo. No le significamos ningún mal, pero debemos mantener nuestra identidad. ¡Por la gente de Caladan! —Sus ojos recorrieron la multitud por última vez—. ¿O prefieren ser conocidos para siempre como la gente de *Chisra Sala Muad'Dib*? —Prácticamente escupió el nombre.

Era el momento de hacer su salida. El público murmuró, y luego empezó a animar a Mohiam mientras trabajaba su camino por el pasillo y de nuevo a las puertas exteriores, a las escaleras de piedra, y a la noche húmeda exterior. Apenas había sido necesario el uso de la *Voz*…

Mientras ella se marchaba, oyó al Alcalde Horvu cambiar su tono, aceptando con entusiasmo sus sugerencias como un compromiso razonable. Ajeno a sus manipulaciones, llevaría la antorcha desde allí, y en días posteriores nadie sería capaz de nombrarla, ni de encontrarla. Horvu los llevaría ahora en direcciones cada vez más peligrosas. Para cuando Jessica llegara a casa desde Salusa Secundus, el mar de fondo sería incontrolable.

El Alcalde Horvu y todas aquellas personas eran mera carne de cañón en aquella nueva batalla política, y la Reverenda Madre Mohiam no sentía ninguna culpa por ello.

Todo el Imperio era un gran juego de ajedrez, y ella tenía el privilegio de mover algunas de las piezas clave, sin olvidar nunca la línea entre el jugador y sus peones.

Con paso rápido entró en la llovizna, sin mostrar ya los signos de la edad extrema. *A veces es tan difícil ser un humano*, pensó.

Ciertas acciones son tomadas fuera de la piedad, la necesidad, o la culpa. La lógica puede ser impecable e irrefutable… pero el corazón no entiende nada de lógica.

—Gurney Halleck, Canciones Inconclusas

Cuando los sabuesos de caza sintieron el aroma, Gurney amó la avalancha de adrenalina.

Mientras corría con los animales, se volvió tan absorto en la persecución que casi pudo olvidar los dolorosos recuerdos que se habían acumulado durante toda su vida. Con Jessica lejos en Salusa Secundus y la primera línea del Jihad de Muad'Dib lejos de allí, consideró que era un excelente momento para una cacería.

Hasta hacía poco, su vida había sido tan turbulenta que nunca había considerado ser dueño de mascotas, pero él era un Conde de Caladan ahora, un noble. Esperaba tener una finca privada, una casa de campo, un séquito de sirvientes… y, por supuesto, perros de caza.

Gurney no había tenido intención de llegar a estar tan unido a las criaturas, ni siquiera como para darles nombres individuales, pero necesitaba nombrarlos de forma diferente a «Blackie» o «White Spot». Por ninguna razón mejor que aquella de que no tenía otras ideas, nombró a los seis perros como los planetas en los que había luchado durante el Jihad… Galacia, Giedi, Jakar, Anbus, Haviri y Ceel. Cada sabueso tenía su propia personalidad, y todos ellos se deleitaban con la atención que les daba acariciando sus cabezas y frotando sus pechos, rozando su piel, dándoles de comer golosinas.

Los sabuesos podían correr durante horas a través de los páramos hasta que asustaran a una liebre del pantano, que perseguían con un coro de salvajes aullidos. Hoy, sin embargo, la presa había escapado a pesar de una larga y agotadora persecución. Pero al menos los sabuesos habían conseguido hacer su ejercicio, y también él. Su ropa estaba empapada de sudor, y sus pulmones le ardían.

Cuando llevó a los sabuesos de vuelta a su jaula y les dio de comer una fuente extra de comida, el sabueso al que había nombrado Giedi gruñó y puso mala cara mientras comía. Extrañamente, el perro se había quedado atrás en la cacería de hoy. Preocupado, Gurney entró en la jaula y vio que los ojos del animal estaban aguados y rojos. Giedi dejó escapar un pequeño gruñido defensivo cuando su amo le tocó.

—Te ves enfermo, muchacho. Me vale que te aísle de los demás. —Tirando del cuello de Giedi, arrastró al sabueso negro tan reacio a una jaula separada.

Si el sabueso no mejoraba para mañana, Gurney tendría que ir a Cala City y encontrar un veterinario cualificado.

A la mañana siguiente, el sabueso parecía decididamente desmejorado, con los ojos de color escarlata de hemorragias. Giedi ladraba y aullaba, y luego se quejó como si

sintiera un dolor profundo. Cuando Gurney se acercó a la perrera, el desafortunado animal se lanzó contra la barrera, gruñendo y chasqueando.

Tres de los otros perros. —Jakar, Anbus y Haviri de color crema— tenían los ojos enrojecidos también, y se enfurruñaban en las espaldas de sus perreras. Gurney sintió un fuerte temor en sus entrañas, y de inmediato llamó a un veterinario a su finca.

El hombre echó una mirada a los animales y negó con la cabeza.

—Virus fuego en la sangre. Los síntomas son inconfundibles, y usted sabe que es incurable, mi Señor. Por mucho que ame a sus sabuesos, no hará sino empeorar. Ellos sufren, y comenzarán a atacarse unos a otros, y a usted. Tienes que quitar a los cuatro enfermos antes de que los dos últimos se infecten. Yo puedo hacerlo, si gusta.

—¡No! Debe haber algo que pueda hacer.

El veterinario le miró con los ojos entrecerrados.

—El fuego en la sangre es una enfermedad poco común entre los animales en Caladan, pero una vez contraída siempre es fatal. Separe a los dos perros sanos inmediatamente o si no los perderá a ellos también. Pero los otros… —El doctor negó con la cabeza—. Termine con su sufrimiento ahora. Un perro rabioso debe ser sacrificado. Todo el mundo lo sabe.

Gurney prácticamente empujó al hombre de regreso a su vehículo de tierra, y luego regresó a las perreras. Desde sus jaulas individuales, los dos sabuesos sanos, Galacia y Ceel, miraron sus compañeros enfermos, gimiendo lastimeramente.

Gurney le pidió a uno de sus hombres de armas que le ayudara a separar a los otros tres perros cambiantes y letárgicos en jaulas vacías. Haviri le atacó y trató de morderlo, pero con sus reflejos de combate Gurney se retorció justo a tiempo. Sintiendo un escalofrío, se dio cuenta de que si él fuera a contraer la enfermedad, su propio destino sería una larga y dolorosa serie de tratamientos… sin garantía de éxito.

El perro llamado Giedi, enfermo, pero no letárgico, se lanzó contra las barras de la perrera, ladrando y arañando hasta que el hocico sangró y sus garras se hicieron añicos. Pus caía desde los ojos del perro, y Gurney lloró. El animal no lo reconocía ahora, no sabía nada, excepto su dolor y furia que el virus impulsaba.

Gurney se había enfrentado a terribles tragedias en su vida: desde su juventud cuando fue atormentado y obligado a trabajar en los pozos de esclavos Harkonnen, y habían violado y asesinado a su hermana, hasta sus días al servicio de la Casa Atreides, cuando trató de detener la horrenda masacre en la boda de Duque Leto, y más tarde, cuando se desempeñó en los campos de batalla de Grumman, Dune, y un sinnúmero de lugares en el Jihad de Paul. Gurney se había forjado y templado en un crisol de dolor extremo.

Y aquel era sólo un perro… sólo un perro.

Gurney se estremeció mientras permanecía allí, sin poder ver a través del velo de lágrimas en sus ojos. Sus rodillas estaban débiles; su corazón latía como si fuera a explotar. Se sentía como un cobarde, incapaz de hacer lo que era necesario. Había matado a un gran número de hombres con su propia mano. Pero aquello, lo que tenía que hacerle a un animal fiel…

Moviéndose como un antiguo autómata, fue al vestuario caza y regresó con una pistola de dardos. Una y otra vez había disparado a una presa acorralada y sacado de su miseria, haciéndolo velozmente. Pero ahora los nervios en sus dedos habían muerto. Apuntó la pistola, pero vaciló, incluso cuando el perro le gruñó.

De alguna manera, se las arregló para disparar una aguja en el pecho de Giedi. El sabueso dejó escapar un grito final y se derrumbó en un silencio misericordioso.

Gurney se dirigió a las otras jaulas, donde los perros enfermos restantes se apiñaban con incertidumbre. Pero él no se atrevía a sacrificarlos. No habían llegado a ese punto todavía. Dejando que la pistola cayera al suelo, se alejó en la distancia.

Sólo dos de sus sabuesos permanecieron no infectados. Ordenó ponerlos en cuarentena.

Al día siguiente, Ceel también mostró los ojos enrojecidos, y Gurney lo arrastró fuera de la perrera con Galacia. ¡Cinco de los seis! Había sentido demasiado miedo, había evitado la dura verdad demasiado tiempo, y se armó de valor ahora.

Se vio obligado a utilizar la pistola de agujas cuatro veces más. No le resultó más simple. Se quedó allí temblando, aturdido, desgarrado.

Después, sólo mantuvo a Galacia, la más gentil de los sabuesos, la que más adoraba la atención, la hembra que quería ser tratada como una princesa.

Cuando estaba sola en el silencio de las perreras, oliendo la sangre, Gurney se metió en la jaula con ella y se derrumbó a su lado. Galacia se recostó, apoyando la cabeza en su regazo, las orejas caídas. Le acarició el pelaje rojizo y sintió una oleada tristeza a través de su cuerpo. Por lo menos la había salvado. Sólo uno…

Si hubiera actuado con mayor rapidez, si hubiera puesto al primer sabueso en cuarentena tan pronto como había sospechado de la enfermedad, hubiera ido al veterinario antes, si… si… si hubiera sido lo suficientemente valiente para enfrentar el dolor de perder un par de sabuesos, podría haber salvado a los otros. Había dudado, negado su deber, y los otros sabuesos habían pagado por ello.

No importaba lo mucho que los amaba, matar a los sabuesos había sido la única manera de reducir las pérdidas, para que dejaran de hacer más daño, para minimizar el mayor dolor inevitable. Tan pronto como el virus comenzó a extenderse, el resto de sus opciones había desaparecido.

Gurney dejó escapar un gran suspiro. Se sentía tan débil, tan devastado. Galacia gimió, y él le acarició la cabeza. Ella lo miró, sin poder hacer nada.

Sus ojos habían comenzado a ponerse rojos.

¿Por qué se puede hacer daño en un instante mientras que la curación requiere de días, años, incluso siglos? Nos agotamos a nosotros mismos tratando de reparar el daño más rápido de lo que se puede producir la herida.

—Dr. Wellington Yueh, registros médicos Suk

Desde que el antiguo Emperador decidiera acompañar al grupo de inspección a los sitios de terraformación, un simple viaje a las tierras áridas se convirtió en un asunto de tal complejidad que rivalizaba con los preparativos de una gran batalla. El transporte aéreo

Imperial estaba abastecido con comida y refrescos y contaba con al menos un servidor por cada pasajero de alto rango.

Los Qizaras que acompañaban a Irulan y Chani no vieron ningún beneficio con la presencia del antiguo Emperador; muchos de ellos no podían entender por qué lo mantenían con vida, ya que cualquier líder Fremen caído haría mucho que hubiera muerto… pero Irulan les dijo que mantuvieran sus objeciones para sí mismos.

—Es la forma en que las cosas están hechas.

A bordo del gran transporte flotante, Jessica permanecía alerta ante posibles fricciones entre los Fedaykin, los sacerdotes y los Corrino. Algunos soldados Sardaukar formaban la guardia personal del caído Emperador alrededor suyo para protegerlo en caso de que alguno de los hombres de Muad'Dib secretamente intentara asesinarlo. Jessica sabía, sin embargo, que si Paul alguna vez decidía deshacerse de Shaddam IV, no habría nada secreto acerca de ello.

Cuando Chani dirigió a los Fedaykin y a los sacerdotes a sus lugares, Shaddam hizo poco esfuerzo para ocultar su desprecio hacia ella, permaneciendo al margen en el área de observación de avance del transporte flotante.

—Una simple concubina no debe ordenar a los hombres. —Su voz fue lo suficientemente fuerte para hacerse oír por encima del bullicio de la gente.

La mano de Chani fue directo a su crys y los Fedaykin y los sacerdotes estuvieron perfectamente listos para ir a la batalla, allí y ahora. Los Sardaukar se acercaron al antiguo Emperador en una apretada postura protectora.

Pero Jessica puso los dedos en el antebrazo de Chani. Dijo, también lo suficientemente alto para ser escuchada:

—El antiguo Emperador está meramente indignado de que su propio papel es aún menor que el de una concubina. Una vez fui una concubina, y ahora soy una Duquesa en el poder.

Shaddam se sorprendió por el insulto, y cuando el Conde Fenring rió en voz alta, se puso rojo.

—Basta ya de esta postura —espetó Irulan—. Padre, harías bien en recordar que mi marido puede esterilizar Salusa Secundus de nuevo. Aquí todo el mundo estaría muy contento de completar esta inspección tan pronto como sea posible, así que realicemos nuestro trabajo sin demora.

A medida que el transporte aéreo se marchaba, Jessica seleccionó su asiento, colocándose entre Chani e Irulan. Aunque no compartían ningún afecto, ambas vivían en la ciudadela de Arrakeen y hacía tiempo habían aprendido a tolerarse mutuamente. Cada una quería algo de la otra: Chani quería ser llamada la esposa de Paul, e Irulan quería el amor de Paul.

Jessica no mostró favoritismo a cualquiera, bajando la voz para mantener la conversación privada.

—Necesito de sus experiencias, de ambas. He estado aislada de mi hijo durante tanto tiempo que no estoy segura de conocerlo ya. Veo sus decisiones sólo a través de un filtro

de distancia y sesgados informes, y, francamente, la mayor parte de lo que hace me molesta. Háblenme de la vida cotidiana de Paul, su humor, sus opiniones. Quiero entenderlo.

Por encima de todo, ella quería saber por qué había aceptado tan fácilmente la masacre en su nombre. Hacía mucho tiempo, cuando Paul había matado Jamis en un duelo de cuchillo, Jessica había aplastado su sentimiento de triunfo, lo que le había obligado a sentir las consecuencias y obligaciones de aquella única acción, de aquella única muerte.

—¿Qué se siente al ser un asesino? —Su hijo había sido picado, avergonzado.

Y ahora alegremente permitía la muerte de miles de millones…

Yo soy la madre de Paul, pensó Jessica. *¿No debería amarlo y apoyar, de todos modos? Y, sin embargo, si continúa en este curso, toda la galaxia le verá como el mayor tirano de la historia.*

Las palabras de Irulan fueron rígidas y formales, pero permitió que una tenue luz del dolor se filtrara a través de ellas.

—Paul no habla abiertamente conmigo. Chani es su confidente.

Jessica no creía que Chani nunca criticara ni cuestionara las acciones de Paul. Chani se encogió de hombros.

—Muad'Dib se guía por la presciencia y por Dios. Él ve lo que nosotros no podemos. ¿Cuál es el propósito de pedir explicaciones a lo que es inexplicable?

Fiel a su promesa, Paul había asignado sus mejores equipos de Planetología en Salusa, y se mantuvieron en el campo, peinando el paisaje, creando estaciones de prueba. Los hombres rara vez tenían ninguna necesidad de ir a la ciudad en forma de cúpula de Shaddam.

Jessica miró tranquilamente por la ventana de observación de plaz del transporte, viendo resistentes macizos de arbustos, arroyos tallados por inundaciones repentinas y abruptos y extraños murales retorcidos de roca esculpidos por los martillos de viento. A pesar de su ambiente desagradable, el planeta apoyaba una población razonable de sobrevivientes resistentes y descendientes de prisioneros que habían sido depositados durante los siglos. Aquí y allá, cúpulas abrigadas y estructuras prefabricadas estaban anidadas en los cañones caja. Los cultivos luchaban por crecer bajo lonas reflectantes retráctiles que proporcionaban refugio de los peores atentados de clima.

—Salusa no parece tan duro en comparación con Dune —dijo Chani, de pie junto a ella—. Es obvio que las personas pueden sobrevivir aquí si son cuidadosos y están llenos de recursos.

Irulan se acercó por detrás de ellas.

—Pero no es cómodo por cualquier medio.

Chani replicó:

—¿Es tarea de Muad'Dib que se sientan cómodos? Eso es algo que la gente debe hacer por sí misma.

—Lo están intentando —intervino Jessica—. Los seres humanos causaron este daño hace mucho tiempo, y ahora los humanos están tratando de arreglarlo.

Shaddam anunció desde la plataforma de observación en el puente:

—Nuestro destino es la cuenca del noroeste, el sitio de los más extensos trabajos de restauración. —Señaló a una línea prominente en el terreno—. El campo actual del equipo de tierra está en la base de esa garganta seca. Se puede ver todo lo que se necesite desde el aire.

—Nosotras decidiremos lo que tendremos que ver —dijo Chani—. Llévanos hasta allí. Me gustaría hablar con los planetólogos cara a cara. Están haciendo un trabajo en el nombre de Liet, mi padre.

—No, podemos ver lo suficiente desde aquí arriba —respondió Shaddam, como si tuviera la última palabra.

Pero Chani no quiso saber nada de ello.

—Irulan y yo tenemos instrucciones de observar.

Miró de reojo a la princesa.

—¿A menos que tengas miedo de ensuciarte las manos?

Indignada, Irulan se volvió hacia su padre.

—Llévanos abajo, ahora.

Con un suspiro atribulado, el exiliado Emperador pasó instrucciones al piloto. El transporte aéreo y sus barcos acompañantes aterrizaron como una invasión, sorprendiendo al equipo de planetología en sus labores. Usando monos sucios de polvo, los terraformadores dejaron su maquinaria y se apresuraron a saludar a los visitantes.

Los dos hombres a cargo del lugar de trabajo en la barranca seca eran Lars Siewesca del crudo planeta de Culat, y un hombre fornido que se presentó como Qhomba de Grand Hain. Jessica sabía que ninguno de aquellos mundos era un lugar agradable.

La apariencia de Siewesca desestabilizó a Jessica, porque el hombre era alto y delgado, con el cabello rubio arena y una barba bien recortada. ¿Estaba intencionalmente imitando al asesinado Dr. Liet-Kynes? Aunque los visitantes incluían a Shaddam IV, su hija la Princesa Irulan, y Dama Jessica, los dos planetólogos estaban muy impresionados por satisfacer a Chani.

—¡La hija de Liet! Nos sentimos honrados de que haya llegado —dijo Siewesca, moviendo la cabeza—. Mis compañeros y yo completamos nuestra formación en la Escuela de Planetología en Arrakeen. ¡Por favor, déjenos mostrarle nuestro trabajo! Es nuestro sincero objetivo honrar a las enseñanzas de su padre y sus sueños. —Se apresuraron a su alrededor, haciendo caso omiso de Shaddam, muy a su disgusto, a pesar de que no tenía ningún interés en particular en las operaciones.

Charlando con Chani, los dos jefes del equipo expresaron su entusiasmo desenfrenado, recitando las hectáreas recuperadas, gradientes de temperatura, y los rastros de humedad relativa. Mientras que zumbaban con números oscuros, porcentajes y detalles técnicos, Chani se puso de rodillas en el suelo arenoso suelto del cañón. Clavó los dedos en el suelo, cavando profundo, tirando piedras, arena y polvo.

—Este mundo está más muerto que Dune.

Irulan permaneció de pie, prístina y hermosa, perfilada contra el páramo.

—Pero Salusa es más hospitalario y mejora cada vez. De acuerdo con los informes, nuevos ecosistemas se están poniendo a fruto y las peores tormentas han disminuido en sólo un año.

Chani se levantó y se sacudió las manos en sus muslos.

—No era mi intención decir muerto de esa manera. Salusa fue arruinado por las Atómicas y utilizado durante siglos como un planeta prisión —este lugar está muerto en su alma.

El equipo de planetología se apresuró a terminar sus preparativos para una larga prueba.

—El escáner profundo muestra un acuífero importante sellado por debajo de las rocas —dijo Siewesca—. Estábamos a punto de romper la barrera y crear un canal para que el río subterráneo pueda fluir de nuevo. Cambiará la faz del continente.

—Muy bien, manos a la obra —dijo Shaddam, como si hubieran estado esperando por él para emitir órdenes.

Durante la siguiente hora, el equipo llenó sus equipos y maquinaria, retirando sus transportes arriba al borde del cañón. Qhomba y Siewesca pidieron ser invitados a bordo del buque de los observadores con el fin de proporcionar comentarios. Con el trabajo del sitio del cañón abandonado y los explosivos plantados en pozos profundos, el resto de los navíos de Shaddam se retiró a una distancia segura.

Qhomba y Siewesca se presionaban contra las ventanas de observación, y Jessica sintió la genuina dedicación de aquellos hombres. La espera parecía interminable.

Shaddam pronunció una queja sobre el retraso, sólo para ser interrumpido por explosiones que retumbaron en las profundidades de la tierra, lanzando escombros y polvo en un patrón irregular contra las anchas paredes del cañón.

Desde detrás de la columna de humo y de escombros, un muro de aguas turbulentas brotó como el bombeo de sangre hacia los confines del cañón, arrastrando capas de sedimentos con él. La pared arrastró pilas de suciedad centenaria en un torrente de color marrón que se agitó con violencia.

Qhomba dejó escapar un grito de júbilo agudo. Siewesca sonrió, rascándose la barba de arena.

—¡Salusa se convertirá en un jardín en la mitad del tiempo que nos va a tomar para reclamar Dune! En sólo unos pocos siglos, este lugar será un mundo fértil de nuevo, capaz de soportar muchos tipos de vida. —Parecía como si esperara que todos ellos aplaudieran.

Shaddam se limitó a hacer un comentario agrio.

—¿Unos pocos siglos? Eso no me hace ningún bien. —No se comportó como si planeara quedarse allí mucho tiempo.

Jessica estudió al hombre de cerca, y de la mirada furtiva en sus ojos sintió que estaba escondiendo algo. Se preguntó detrás de qué Shaddam y Fenring iban ahora. No creyó

por un momento que los Corrino hubieran cedido mansamente a sus circunstancias, abandonando todo tipo de ambiciones.

Evitamos lo que no queremos ver; somos sordos ante lo que no queremos oír; dejamos de lado lo que no queremos saber. Somos los dueños del autoengaño, de la manipulación de nuestras percepciones.

—Sumario Bene Gesserit, Archivos de Wallach Ix

Después de Salusa Secundus, Jessica estaba contenta de volver a la serena belleza de Castel Caladan, dónde podía oler el húmedo aire salado y ver los coloridos buques de pesca en el puerto. Chani e Irulan habían regresado a Arrakis con sus informes, junto con un informe separado de las impresiones de Jessica. Podía volver a olvidarse del Jihad y de lo que Paul estaba haciendo.

Y sin embargo, no pudo.

Durante años, su hijo había estado escapando de ella, convirtiéndose en un extraño, atrapado en su propia leyenda. Siempre había temido la facilidad con que había aceptado el manto religioso con el fin de hacer que los Fremen le siguieran. Tal vez debería haber permanecido en Dune, después de todo, como consejera; Paul necesitaba su consejo y su brújula moral.

Ella siempre le había dado el beneficio de la duda, pero al igual que las gotas de agua constantes erosionaban un hueco en la piedra arenisca, las preguntas seguían haciendo su camino en su mente. Él le había explicado muy poco. Lo que preveía podría no ser realmente el único camino de la supervivencia de la humanidad. ¿Y si ya había perdido su camino y simplemente pronunciaba salvajismos, esperando que sus seguidores lo aceptaran, como había hecho Shaddam? ¿Y si Paul realmente creía en lo que decían sus aduladores que lo adoraban?

Antes de que pudiera disfrutar de estar en casa en el antiguo castillo, el alcalde Horvu y el cura del pueblo, Abbo Sintra, llegaron a la sala de audiencias, pidiendo una conferencia no programada. Una vez más. Sin sorprenderla, alegaron que era una emergencia. Aquellos dos hombres, que nunca habían estado fuera del planeta en sus vidas, no tenían una vara de medida adecuada para medir una emergencia real.

Vestido con túnicas de andar caseras, el sacerdote parecía incómodo en la habitación donde había presidido la malograda ceremonia de boda de Leto, hacía ahora trece años. Por su parte, Horvu se había puesto la ropa formal que usaba solamente en ceremonias especiales, festivales destacados, y funerales de Estado.

Ella se puso en guardia al instante.

—Mi Dama Duquesa —comenzó Horvu—, no podemos permitir que esto suceda. Va contra el corazón de nuestro patrimonio.

Tomó asiento en una silla de escritorio en lugar de utilizar su trono formal.

—Por favor, sea más específico, Alcalde. ¿De qué problema estamos hablando?

El alcalde quedó asombrado con Jessica.

—¿Cómo puede usted haber olvidado la proclamación de los sacerdotes? Cambiar el nombre de Caladan a… —Frunció el ceño y miró al cura del pueblo—. ¿Cuál era el nombre, de nuevo, Abbo?

—*Chisra Sala Muad'Dib.*

—¿Y quién puede recordar eso? —continuó Horvu con un bufido—. Este planeta ha sido siempre Caladan.

Sintra extendió un manifiesto del espaciopuerto, un registro de los buques que llegaban y de los cargamentos que salían. Cada entrada enlistaba el planeta bajo su difícil y extraño nombre nuevo… difícil de pronunciar.

—¡Mire lo que han hecho!

Jessica escondió su propia expresión preocupada.

—Eso no significa nada. Los hombres que hayan expedido la proclamación no viven aquí. Los Fremen se refieren a Arrakis como Dune, y este planeta es Caladan. Si hablo con mi hijo, va a cambiar de opinión.

Horvu se iluminó.

—Sabíamos que nos apoyaría, mi Dama. Con usted de nuestro lado, tenemos la fuerza que necesitamos. En su ausencia comenzamos a hacer frente al problema. Como usted misma se ha retirado del Jihad, también lo ha hecho la población de Caladan.

Jessica frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

El alcalde parecía muy orgulloso de sí mismo.

—Hemos declarado la independencia de nuestro planeta del Imperio de Muad'Dib. Caladan no tendrá ningún problema por su cuenta.

Sintra asintió vigorosamente.

—Debido a la urgencia, no podíamos esperar a que su nave regresara. Las personas ya firmaron una petición, y enviamos la declaración a Arrakeen.

Aquellos hombres eran como bueyes pesadamente en un campo de porcelana… políticas delicadas.

—¡No pueden retirarse del Imperio! Sus juramentos, la Carta al Landsraad, las antiguas leyes de…

El sacerdote hizo un gesto con la mano, aparentemente imperturbable.

—Todo saldrá bien al final, mi Dama. Es obvio que no somos amenaza para Muad'Dib. De hecho, Caladan es de poca utilidad para él, excepto como un lugar de reunión para sus peregrinos… que ahora han sido mayormente rechazados.

Los pensamientos se precipitaron por la mente de Jessica. Lo qué habría sido un problema menor ahora podría convertirse en un hito. Si la gente de aquel planeta había optado calladamente por ignorar el cambio de nombre, tal vez Paul hubiera hecho la vista gorda. Pero no si desafiaban abiertamente a Muad'Dib. Aquellos tontos estaban poniendo a su hijo en una posición imposible, una de la que no podía permitirse el lujo de retroceder.

—No entienden las consecuencias de lo que sugieren. —Jessica contuvo su temperamento sólo a través de la utilización de sus más eficaces técnicas Bene Gesserit—. Soy su Duquesa, ¿y actúan sin consultarme? Algunos gobernantes habrían sido ejecutados por eso.

Sintra olfateó.

—Vamos, mi Dama, ningún gobernante de Caladan nos castigaría por hacer lo que es correcto. Eso sería una cosa que los Harkonnen hacen.

—Tal vez usted no entiende a los Harkonnen —dijo Jessica. Ellos nunca podrían haber imaginado que su propio padre era el propio Barón.

—Oh, este es sólo un mundo, y uno pequeño —dijo el Alcalde Horvu—. Paul verá la razón.

La impaciencia brilló en los ojos de Jessica.

—Lo que verá es que uno de sus planetas lo ha desafiado —su planeta natal, no menos. Si nos ignora, ¿cuántos otros planetas lo tomarán como un permiso implícito el cual puedan romper? Se enfrentará una rebelión tras otra, debido a ustedes.

Horvu rió como si Jessica fuera la que no entendía.

—Recuerdo cuando vino aquí como una joven Bene Gesserit, mi Dama, pero hemos estado con los Duques Atreides siglo tras siglo. Conocemos su benevolencia.

Jessica no pudo creer lo que estaba oyendo. Aquellos hombres no sabían nada del Imperio, nada de la política galáctica. Asumían que todos los líderes eran los mismos, que una acción no estaba conectada a otra y a otra. Podían recordar al joven Paul Atreides, pero ninguno de aquellos hombres podía comprender lo mucho que había cambiado.

—¿Dónde está el Conde Halleck? ¿Es consciente de lo que han hecho?

El alcalde y el sacerdote se miraron. Horvu se aclaró la garganta, y Jessica pudo decir que habían actuado a espaldas de Gurney.

—El conde está en su finca y no ha estado en la ciudad de Cala… por algunos días. Nosotros no sentimos que necesitáramos molestarlo con este asunto.

—Es simple, mi Dama —dijo Sintra—. No somos parte del Jihad, y nunca lo fuimos. La política exterior y las guerras externas no tienen nada que ver con nosotros. Sólo queremos que nuestro planeta retorne de nuevo a la forma en que fue durante veintiséis generaciones bajo los Duques Atreides.

—Paul ya no es sólo un Atreides. Es también Muad'Dib, el Mesías de los Fremen y el Santo Emperador. —Cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿Qué van a hacer cuando él envíe a sus ejércitos de Fedaykin para tomar el control y ejecute a cualquier persona que hable en contra de él?

La risa del alcalde no mostró su ansiedad.

—Vamos, mi Dama, no dramatice. Él es el hijo de nuestro querido Duque Leto Atreides. Caladan está en su sangre. No podría querernos dañar.

Jessica vio que aquellos hombres estaban ciegos ante los peligros que habían desatado. Su voz fue baja.

—Lo juzgan mal. Incluso yo no sé ya de lo que mi hijo es capaz.

En la profundidad de la oscuridad de su primera noche de regreso, Jessica se levantó del escritorio privado dentro de su habitación, dejando a sus papeles y grabaciones sin terminar. Se acercó a la pared de piedra y abrió las ventanas para que el flujo de aire fresco de la noche ingresara. Llegó con un toque de niebla y olor familiar de yodo y sal, algas marinas y olas.

Las olas encrespadas golpeaban con más fuerza contra la base del acantilado con cada avance y retroceso. Podía ver la línea plateada de las olas iluminados por luz de las estrellas y una luna creciente. El estruendo y el rugido de las olas en auge y el ruido de las rocas que se movían en la orilla tranquilizaban con su constancia, a diferencia de la confusión que se desparramaba a través de otros mundos.

A lo largo de su juventud, Paul había escuchado aquellos susurros suaves de los mares de Caladan, y le habían dado una sensación de serenidad, un sentido de lugar e historia familiar. Ahora, como Muad'Dib, oía en su lugar el silbido crepitante de las tormentas de arena… Hulasikali Wala, como los Fremen lo llamaban, «el viento devorador de carne». Y los gritos desafiantes de ejércitos fanáticos…

No podía convencerse de que los sacerdotes de Paul habrían tratado de cambiar el nombre de Caladan sin al menos su aprobación implícita. ¿Se había convertido por fin en un líder tan poderoso que sus asesores tenían miedo de hablar honestamente con él?

¿O era un hombre sin asesores reales? Paul tenía la presciencia; él era el Kwisatz Haderach, con una especie de sabiduría perceptiva que Jessica no entendía. Pero, ¿todas las facultades y talentos hacían necesariamente infalible a Paul?

Volvió a aquella pregunta en su mente, y se preguntó qué daño psicológico el Agua de Vida le había hecho en el ritual Fremen que lo había cambiado para siempre.

Hacía algún tiempo, la Reverenda Madre Mohiam le había advertido sobre los peligros de aquel niño, el sobrehumano Kwisatz Haderach que había surgido antes de su tiempo y se deslizaba fuera del control de la Hermandad. Cuando la anciana había probado a Paul a la edad de quince años, había sido más que una prueba. ¿Qué pasaba si las acusaciones Bene Gesserit acerca de él eran correctas? ¿Qué pasaba si Jessica había cometido un grave, desastroso error de tener un hijo en lugar de una hija? ¿Y si, después de todo, él no era un mesías, sino un terrible error… una abominación de proporciones históricas?

Mientras miraba las olas, una masa pálida de luminiscencia flotó a lo largo, un grupo de plancton que brillaba en la noche. Al pasar por encima de ella con las alas revoloteantes y gritos lejanos, aves marinas se zambulleron a alimentarse de los peces que, a su vez, se alimentaban del plancton. Otro pedazo de luminiscencia flotó más cerca, atrapado en un remolino que llevó a los dos grupos juntos, mezclándolos en un choque de colores cambiantes.

Le recordó a Jessica el Jihad…

Había examinado los relatos de testigos de los horrores del campo de batalla. Jessica no podía engañarse a sí misma en el pensamiento de que los seguidores entusiastas

estaban operando fuera del control de su hijo, que Paul no sabía las cosas que hacían en su nombre. Él había estado allí, en persona. Había visto las atrocidades ocurrir, y no se había pronunciado en contra de ellas. Más bien, había instado a sus combatientes en seguir adelante, los había inspirado.

—¿Ha olvidado su hijo quién es en realidad? —Horvu la había mirado con ojos suplicantes, cansados, esperando que ella tuviera una respuesta preparada y veraz para él. Pero ella no lo sabía.

Hacia fuera en los promontorios cercanos, vio una hoguera, que trajo a la memoria el reciente abortado festival del Hombre Vacío. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral, mientras se preguntaba si su hijo se había convertido en el hombre vacío de la leyenda local.

¿He creado un monstruo?

Jessica durmió sin descanso aquella noche, sus pensamientos llenos de inquietudes y realizaciones sobre lo que Paul toleraba y por qué lo estaba haciendo. Una pesadilla vívida comenzó convincentemente como un recuerdo de sí misma como una madre joven en el dormitorio de Paul, mirando hacia abajo al niño de cinco años de edad. Dormía profundamente, luciendo tan inocente, pero con un potencial oscuro oculto en su interior.

Si tan sólo hubiera sabido entonces que aquel niño crecería para ser un hombre que esterilizaría mundos enteros, que tendría la sangre de miles de millones de personas inocentes en sus manos, que encabezaría un Jihad que no mostraba signos de terminar…

En su sueño, la joven madre Jessica miró al niño dormido y tomó una almohada. La apretó con fuerza contra su rostro, manteniéndola allí mientras el muchacho luchaba y luchaba. Ella presionó más fuerte…

Jessica se despertó sobresaltada en sudor. Su estómago se revolvió con repulsión. ¿Sus temores simplemente se habían guiado en sus sueños, o eran en sí mismos una advertencia de lo que tenía que hacer, lo que la Reverenda Madre Mohiam siempre había querido que hiciera?

Yo te di la vida, Paul y te la puedo quitar.

Cuando el mensaje llegó de la Escuela Madre, incluso las palabras escritas parecieron tener el poder imperativo de la *Voz*. La Hermandad exigía que Jessica fuera a Wallach IX en relación con un «asunto de suma importancia», y la orden estaba firmada por la Reverenda Madre Mohiam misma.

Debido a su vida de entrenamiento y obligaciones, la reacción inmediata de Jessica fue correr allí en respuesta a la citación. Pero se obligó a hacer una pausa y deshacerse de la reacción programada; estaba molesta por la forma en que las Hermanas trataron de manipularla, la forma en que siempre habían intentado manipularla.

Querían algo. Y si ella no iba a ellas voluntariamente, en sus propios términos, encontrarían algún otro medio de llegar allí, de alguna manera menos obvia.

Jessica había regresado de Salusa Secundus sólo el día antes, aprendido de la declaración tonta e ingenua del Alcalde Horvu, y ahora otra obligación la alejaba. Una

vez más, tendría que salir dejando a Gurney Halleck a cargo de Caladan. Pero tenía que estar prevenido.

Cuando él fue a verla, ella estaba reuniendo los elementos necesarios para su guardarropa de viajes.

—Gurney, voy a estar de vuelta tan pronto como pueda, pero la gente de Caladan está en tus manos por el momento. —Mientras ella lo miraba más de cerca, vio una diferencia demacrada en su expresión. Parecía profundamente sacudido—. Gurney, ¿qué sucede?

El hombre centró su mirada en la pared en lugar de hacerlo directamente en ella.

—Un asunto personal, mi Dama. Nada de lo que necesite su preocupación.

—Vamos, mi buen amigo. Tal vez pueda ayudar, si me lo permites.

Dudó por un largo momento, y luego dijo con voz rasposa:

—Mis sabuesos… virus de fuego en la sangre. Si hubiera actuado antes, tal vez podría haber salvado a algunos de ellos. Pero esperé demasiado tiempo.

—Oh, Gurney, lo siento mucho.

Dio un paso torpe hacia atrás, separándose de ella.

—Sólo eran sabuesos. He pasado por cosas mucho peores, mi Dama, y soportaré esto. —Ahora entendía por qué no había sido consciente del mensaje irreflexivo del Alcalde Horvu a Arrakeen. Pero era un hombre que prefería tratar con sus emociones de forma privada, y su simpatía sólo le haría más mal—. Es pasado, y ambos tenemos nuestros puestos de trabajo. Vaya donde tenga que ir, y yo gobernaré en su ausencia.

Ella asintió con la cabeza, pero necesitaba saber por qué ella se estaba yendo.

—Algunos de los habitantes del pueblo han conseguido meterse unas ideas peligrosas y tontas en sus cabezas. Mientras estabas en tu tiempo libre, declararon unilateralmente independiente a Caladan del Imperio.

Gurney se irguió ahora.

—¡Dioses de las profundidades, no pueden hacer eso!

—Lo han hecho. Enviaron una petición formal a Muad'Dib. Mientras que esté afuera, por favor no dejes que esto se vaya de las manos.

—Suena como si ya estuviera fuera de las manos, mi Dama. Pero voy a hacer todo lo posible para limitar el daño.

La unidad familiar más eficaz es bastante grande… una comunidad en la que los niños son criados y entrenados de una manera uniforme, no de una manera aleatoria e impredecible. También está la cuestión de la genética.

—Raquella Berto-Anirul, fundadora de la antigua orden de las Bene Gesserit

Después de llegar a Wallach Ix, Jessica vio los recuerdos de su infancia brillar en todas partes alrededor de la Escuela Madre. Y eso era intencional, para enfatizar lo que le habían enseñado una y otra vez. *Vivimos para servir*. Pero Jessica no era la misma persona. Durante años, había sido poco más que una chica que servía a Mohiam; ahora ella regresaba como la Duquesa de Caladan y la Madre de Muad'Dib, el Emperador del Universo Conocido. Mucho más que una mera acólita.

Al entrar en la plaza central, se negó a dejarse sentir intimidada acerca de la reunión a la que había sido convocada. La Hermandad Bene Gesserit ya no la controlaba. Jessica se controlaba a sí misma, sus decisiones, y su futuro.

Caminó alrededor del extenso complejo ordenando sus pensamientos antes de enfrentarse a las demás Reverendas Madres. Se detuvo junto a una fuente, donde un rocío refrescante de agua empañó su rostro. Metió la mano en el agua fresca de la fuente, dejando que la humedad en forma de copa corriera sobre los adoquines. Un desperdicio… un lujo.

El agua no era un recurso precioso en Wallach IX. Otros podrían ver a Jessica como una chica perdiendo el tiempo en sus tareas, pero ella no tenía prisa. A pesar de que la habían convocado, había venido por su propia voluntad.

A pesar de los fallos de la orden Bene Gesserit, aquel lugar era un centro de aprendizaje y triunfos humanos, donde se ensamblaban y se transmitían los grandes pensamientos a lo largo y a lo ancho. Jessica había aprendido mucho allí, pero sólo más tarde había aprendido la verdad más importante de todas… que incluso la Hermandad no siempre tenía razón.

Pero eran predecibles. Ni la Reverenda Madre Mohiam ni ninguna otra Hermana se habían dignado a notar su llegada, pero Jessica vio aquello como una estratagema para destacar su falta de importancia. Qué diferente era su recepción de cómo la habrían recibido Muad'Dib y el populacho clamoroso de Arrakeen.

Jessica ya tenía actitudes profundamente contradictorias sobre Mohiam. Las dos mujeres tenían una extraña relación que alternaba desde hostil a helada, con demasiados breves momentos que se acercaban a la ternura. La anciana la consideraba una decepción y siempre buscaba maneras de hacer que Jessica pagara por atreverse a tener un hijo.

Por ahora, al menos, los rangos más altos de la Bene Gesserit querían hablar con Jessica. Estaba curiosa y preocupada, pero no tenía miedo.

Una mujer vestida de negro salió del edificio de entramado de madera de estuco y la miró fijamente. Era Mohiam misma, enviando una señal de impaciencia con una postura rígida, un tic de un codo, un movimiento de la muñeca antes de que se girara y volviera a entrar.

Ahora que Jessica los entendía, los juegos de manipulación mental de la Hermandad eran divertidos. *Dejemos que esperen por mí... para variar.* Permaneció en la fuente por otro minuto, centrándose en sus pensamientos, luego hizo su camino por las escaleras y abrió una pesada puerta. Al igual que otras estructuras en el complejo de la Escuela Madre, tenía tejas de musgo rayadas y ventanas especiales para concentrar la mínima luz del lejano sol de Wallach IX.

Se unió a otras Hermanas vestidas dentro de la cámara del capitolio. Sus pasos crujieron sobre las tablas del piso de la sala octogonal mientras hallaba manchas en los bancos perimetrales de madera elacca.

Incluso la vieja Madre Superiora Harishka estaba sentada como una acólita ordinaria. La Madre Superiora se mantenía alerta, desafiando a su edad, a pesar de que una atenta

Hermana médica se sentaba cerca de ella. Los oscuros y almendrados ojos de Harishka se asomaron por debajo de la capucha negra cuando se inclinó para hablar con una Hermana mucho más joven a su otro lado, a quien Jessica reconoció como la Reverenda Madre Genino. A pesar de su falta de años, Genino había aumentado rápidamente para convertirse en una de las asesoras personales claves de la Madre Superiora.

Cuando Harishka cuadró los hombros y movió su cuerpo para mirar a través de la cámara a Jessica, el murmullo bajo de las conversaciones cesó. La imposición de la Madre Superiora habló por el repentino silencio.

—Estamos agradecidas de que hayas recorrido un largo camino para vernos, Jessica.

—Usted me convocó, Madre Superiora. —Pensaban que no había tenido otra opción—. ¿Qué es este importante asunto que deben discutir conmigo?

La Madre Superiora balanceó su cabeza como un cuervo.

—Estamos preocupadas acerca de Muad'Dib y sus peligrosas decisiones. Tememos a aquellos que puedan asesorarle.

Jessica frunció el ceño. Al igual que cualquier líder poderoso, Paul tenía numerosas personas que le podrían aconsejar, algunas buenas y otras malas. El egocéntrico Qizarate trataba de aumentar su poder e influencia, especialmente el hombre llamado Korba, pero otros asesores de Paul eran dignos de confianza y seriedad. Stilgar, Chani, incluso Irulan…

Con un delgado y arrugado brazo, Harishka señaló a la Hermana médica a su lado, quien tomó la palabra.

—Yo soy la Hermana Aver Yohsa. Fui una de las que tendió a la primera esposa del Emperador Shaddam, la Madre Kwisatz Anirul, después de que las voces dentro comenzaran a apoderarse de ella.

—Soy muy consciente de la historia de Anirul. Yo estaba allí. ¿Cuál es la relevancia ahora?

—Es un recordatorio del peligro de caer presa de las voces interiores. —Los ojos de Harishka se estrecharon aún más—. La tentación de escuchar esa sabiduría antigua suele ser irresistible. —Varias Hermanas se movieron inquietas en sus asientos; Genino se quitó una de sus sandalias y se inclinó para frotar lo que parecía ser un punto de dolor en el pie—. Para las Reverendas Madres, nuestros antepasados interiores se trazan sólo a través de las líneas maternas, pero tu hijo Paul aún no tiene esas limitaciones. Él ve en sus dos pasados femeninos y masculinos.

—Es el Kwisatz Haderach, como la Hermandad misma ha admitido.

Hablando por primera vez, Mohiam se aclaró la garganta.

—Pero no tiene ninguno de los preparativos y precauciones que pretende proporcionar. Es peligroso. Sospechamos que ya está escuchando consejos que podrían destruir a la raza humana. Antepasados corruptos de sus pasados. ¿Y si Paul-Muad'Dib escucha a los más grandes dictadores de la historia humana?

Harishka añadió:

—Usted conoce todos los nombres obvios. ¿Y si tiene conversaciones internas con Genghis Khan, Keeltar la Ubertat o Adolf Hitler? ¿Y si toma un consejo privado de Agamenón, conocido por ser un antepasado Atreides? ¿O de… otros?

Jessica frunció el ceño. Se alisó la expresión para eliminar cualquier sorpresa obvia o preocupación. ¿Estaban sutilmente recordándole que su abuelo era el Barón Vladimir Harkonnen?

—Paul nunca haría algo tan estúpido —dijo con convicción insuficiente—. Además, las Otras Memorias no pueden ser buscadas a voluntad, como los registros de un archivador. Cada Bene Gesserit lo sabe. Las voces deben venir por propia voluntad.

—¿Eso es cierto incluso para el Kwisatz Haderach? —preguntó Mohiam.

Ahora Jessica estaba enojada.

—¿Están sugiriendo que Paul está poseído por las voces interiores? —No quería a considerar esa posibilidad, pero la idea había dado en el blanco. Paul mismo había sugerido un defecto semejante, arremetiendo contra ella justo después de la Batalla de Arrakeen—. ¿Cómo le gustaría vivir miles de millones de vidas? ¿Cómo pueden saber lo que es despiadado a menos que hayan sondeado las profundidades tanto de la crueldad y la bondad?

La Madre Superiora se encogió de hombros.

—Nos limitamos a sugerir que la posesión es una posibilidad. Se podrían explicar algunas de sus acciones extremas y poco ortodoxas.

Jessica se mantuvo firme, justo como lo había hecho cuando Shaddam y Fenring la presionaron para explicar el comportamiento de Paul durante el banquete en Salusa.

—Mi hijo es lo suficientemente fuerte como para tomar sus propias decisiones.

—Pero, ¿puede una persona sobrevivir a la presión constante de tantas voces internas cuyos objetivos son totalmente diferentes de las de los vivos? Puede ser una Abominación, al igual que Mohiam insiste en que su hermana lo es.

Jessica apretó sus manos en su regazo, y luego sorprendió a las otras mujeres por su carcajada.

—Y ahí la tienen, la respuesta estándar Bene Gesserit a cualquier cosa que no encuentran a su gusto. ¡Abominación! —Ahora que había identificado su defecto, lo encontró divertido—. Están siendo petulantes porque mi hijo ha hecho de la Hermandad irrelevante. Con su Missionaria Protectiva y su Manipuladora de Religiones en Dune, ponen en movimiento las circunstancias que lo crearon. Han colocado una herramienta frente a él, ¿y ahora se quejan de que la haya usado? Agarró las riendas del mito —su mito— y cabalgó al poder y la gloria. Después de la forma en que la Bene Gesserit le trataba, ¿ustedes esperan que él las respete en absoluto?

—Tal vez podrías hacer que lo haga —dijo Harishka—. Si se ampliaran tus papeles, podrías convencerlo de nuestro valor.

La Reverenda Madre Genino se puso su sandalia de nuevo y dijo bruscamente:

—Tenemos una propuesta para ti, Jessica —una propuesta para el bien de la Hermandad y de toda la humanidad.

Finalmente, están llegando al punto, pensó Jessica.

—La Hermandad ha decidido que tenemos que hacer caer al Emperador, por cualquier medio necesario. Y queremos que nos ayudes a poner fin a su reinado de terror.

La declaración fría la aturdió.

—¿Qué quieres decir con hacer caer?

Mohiam dijo:

—Paul Atreides es un error genético —tu error, Jessica. Se vuelve más peligroso e imprevisible con cada momento que pasa. Depende de ti rectificar su error.

—Debe ser asesinado o controlado. —Harishka sacudió la cabeza con tristeza—. Y dudo muchísimo que pueda ser controlado.

Jessica respiró fuerte a través de sus fosas nasales.

—Paul no es un monstruo. Lo conozco. Tiene razones claras para todo lo que hace. Es un buen hombre.

Harishka sacudió lentamente la cabeza de lado a lado.

—Tal vez en algún momento lo fue, ¿pero que tan bien lo conoces ahora? No te escondas de lo que sientes en tu corazón. Decenas de miles de millones han muerto en los últimos siete años de su Jihad, y la guerra no muestra señales de terminar. Una franja incalculable de dolor y sufrimiento por toda la galaxia. ¡Míralo, niña! Sabes muy bien lo que tu hijo ha hecho —y sólo podemos imaginar los horrores adicionales que se encuentran en espera.

Jessica ya no temía a aquella anciana, estaba más allá de estar impresionada por su supuesta fortaleza y sabiduría.

—¿Qué les hace pensar que volvería a elegir la Hermandad por sobre mi hijo?

Pareciendo cambiar de tema, Harishka se levantó del banco de dura madera elacca.

—Soy vieja, y he visto mucho de la vida y de la muerte. —Pareció pequeña y frágil. Se llevó una mano a la espalda, como si le doliera mucho—. Aquí está la oferta de la Hermandad: Si haces lo que deseamos, voy a dimitir de inmediato como Madre Superiora y te elevaré a la posición. Tú, Jessica, conducirás la orden Bene Gesserit. Con ese poder, tal vez puedas encontrar un camino… para influir en tu hijo y traerlo de vuelta bajo el control de la Hermandad —por el bien de la humanidad.

La idea la asustó.

—¿Y por qué cree usted que dicha oferta sería atractiva para mí?

Harishka dijo:

—Porque eres una Bene Gesserit. Te enseñaron todo lo que es importante en la vida.

—Pero no el amor. No saben nada del amor.

Mohiam habló con una voz dura:

—Si Paul-Muad’Dib no puede ser domesticado, entonces sólo tenemos una alternativa.

Jessica sacudió la cabeza.

—No lo haré.

Pero… como Madre Superiora, Jessica sabía que podría cambiar el foco de toda la Hermandad, traerlas de vuelta del acantilado, restaurar un orden que había existido durante más de diez milenios. Podría cambiar sus enseñanzas y rectificar los errores que habían perpetuado. Las consecuencias, los beneficios, eran inconmensurables.

Pero no lo haría a costa de traicionar a su hijo.

Jessica forzó una ola de calma fría a través de su cuerpo, convocando técnicas prana-bindu para frenar su respiración. Tenía que salir de la Escuela Madre, pero ahora se preocupaba por lo que las Hermanas harían si ella las rechazaba de lleno.

Harishka se tambaleó sobre sus pies, y la Hermana Yohsa la estabilizó.

—Nos damos cuenta de que esta es una decisión difícil para ti, pero recuerda tu entrenamiento. Piensa en todo lo que te enseñamos, en todas las cosas que sabes. No dejes que tu amor de madre te ciegue ante la ruina que tu hijo está causando. Toma la elección correcta, o todos nuestros futuros son estarán condenados. —Sus ojos oscuros brillaron con intensidad.

Jessica se aferró a su dignidad mientras salía de la cámara.

—Les daré mi respuesta a su debido tiempo.

El exilio es el más cruel de todos los actos, pues separa el corazón del cuerpo.

—Shaddam Corrino IV

A pesar de que prefería haber estar lejos de los ojos insistentes de las Hermanas, Mohiam quería que Jessica permaneciera el tiempo suficiente para asistir a la Noche de la Vigilia a dos tardes desde ahí. Y Jessica sabía que la Bene Gesserit continuaría presionándola.

Estaba decidida a mantener la fe en su hijo, pero habría sido más fuerte en esa decisión si no hubiera tenido algunas de las mismas dudas que otros habían expresado. Jessica deseaba entenderlo mejor. Su intelecto podría lograr superioridad sobre sus emociones, pero sólo si tenía razones. Despreciaba las personas cegadas por la fe, pero ahora se demostraba la misma ceguera en los fanáticos que dejaban de la razón y aceptaban el mito de que Muad'Dib era infalible. Si se negaba a considerar que podría estar equivocado, que podría estar siendo engañado por sus propias ilusiones, ¿cómo era su devoción hacia él diferente?

Porque él es Paul, pensó para sí misma. Se dio cuenta de lo estúpida que había sido, cuán ciega a la realidad. *Porque él es Paul.*

Jessica mantuvo a sus propios pensamientos y evitó socializar con los demás Hermanas. Los días fríos en el mundo natal de las Bene Gesserit cargaban un susurro de nieve que soplaba, pero que no se asentaba. Cubierta en una capa gruesa, siguió un camino a través de los jardines más bajos de aquellas extrañas orquídeas, las rosas de la estrella, y la robusta pero exótica flora vegetal de Grand Hain, todos los cuales florecían en el clima frío. A pesar del frío en el aire, las flores se abrían en la débil luz solar de la mañana.

Al oír sonidos unos repentinos, se agachó cuando una bandada de pájaros cantores voló a baja altura, surcando por delante de ella, y se dejó caer en un matorral de arbustos.

Antes de que pudiera ver lo que les había asustado, una oleada de fuertes vientos le azotó el cabello y la ropa, pareciendo venir de todo a su alrededor.

Una serie de delgados remolinos de viento del doble de su altura se volvieron hacia ella desde una zona sombría, brillando como si recogieran la luz solar disponible y la utilizaran para producir energía. Jessica vio varios objetos que giraron próximos a ella.

¿Demonios de tierra? ¿Torbellinos contenidos? ¿Algún tipo de ataque extraño, traición de las Hermanas?

Se arrojó boca abajo en el camino, preocupada, pero con curiosidad, y los remolinos la rodearon, y estancaron su progreso. Los pequeños tornados eran impresionantes para la vista, con arco iris hipnóticos de colores mórficos, como formas de vida cristalinas. Otros remolinos la rodearon y bailaron sobre un edificio acristalado cercano, el único refugio a la vista, golpeando algunos de los paneles de plaz.

Tambaleándose sobre sus pies y manteniendo su cabeza baja, Jessica corrió hacia el edificio, lanzándose a través de los espacios oscuros entre los remolinos. Cuando tuvo que pasar, los vientos la arañaron, tratando de arrastrarla a una dirección u otra, pero luchó para conservarse. Justo cuando se metió en la puerta, un panel de plaz suelto salió disparado delante de ella y se hizo añicos contra la dura pared.

Dentro del edificio, miró hacia arriba a través de huecos en el techo, donde los paneles del techo estaban rotos o faltaban. Los torbellinos depredadores se mantuvieron dando vueltas hasta que un ruido de fuerte percusión sonó y los remolinos desaparecieron abruptamente. El cielo azul apareció arriba, dejando el terreno del jardín sembrado de plantas rotas y escombros.

—Todo un espectáculo —dijo una voz femenina—. Energía psíquica residual. Ha estado haciendo eso por aquí hace poco.

Jessica vio a una mujer de pelo castaño con la piel arrugada y los ojos de sepia, cansados… un rostro conocido desde hace tiempo. Contuvo la respiración, tan sorprendida por lo que le tomó un momento reconocer a la mujer.

—¿Tessia? ¡Tessia!

La esposa de Rhombur había envejecido visiblemente, como si ella apenas hubiera salido viva de un crisol personal. Se adelantó para tomar las manos de Jessica en las suyas propia. Tessia estaba temblando, ya fuera por miedo o por agotamiento.

—No hay necesidad de ocultar tu sorpresa. Sé lo que me pasó.

—¿Estás bien? Enviamos tantas preguntas, pero nadie nos decía nada de lo que había sucedido. La Hermandad rechazó mis solicitudes de información. ¿Cuánto tiempo has estado… despierta? Y después de lo que le sucedió al pobre Rhombur, Bronso rompió todo contacto con la Casa Atreides durante los últimos doce años.

Se preguntó si Tessia siquiera sabía que el príncipe ciborg había sido asesinado en el Teatro de los Fragmentos de Balut. ¿Y qué quería decir con energía psíquica residual? ¿Las Hermanas habían estado manipulando y probando el desarrollo de nuevas habilidades? ¿Un arma? ¿Y esa arma podía utilizar en contra de Paul? Jessica no confiaba en ellas.

Antes de que pudiera preguntar, dos procuradoras Bene Gesserit se apresuraron a lo largo de la calzada en las secuelas de la tormenta del extraño viento. Al verlas, Tessia señaló a Jessica más lejos en el jardín de invierno con poca luz.

—Este es mi prisión forrada de terciopelo. Me he recuperado, pero no del todo en la forma que las Hermanas esperan. Soy la única persona en salir del infierno de una Hacedora de culpa. —Miró a su alrededor con inquietud.

Sólo unos pocos rumores se habían escapado sobre las Hacedoras de culpa Bene Gesserit, y la mayoría de la gente no creía en su existencia.

—Pensamos que los tecnócratas ixianos habían utilizado algún tipo de arma en tu mente. —Ahora Jessica comprendió lo que le había sucedido a la esposa de Rhombur aquella noche en el Grand Palais. Si no fuera por las consecuencias de la culpa, Bronso nunca habría tenido una pelea con su padre, nunca habrían huido con Paul, y así sucesivamente, ondas sobre ondas. Un duro resentimiento se filtró en las palabras de Jessica—: Rhombur te envió aquí con la esperanza de que pudieras ser salvada.

Tessia negó con la cabeza.

—Fue la Reverenda Madre Stokiah —un arma de su arsenal psíquico. Mi propia Hermandad me trituró y me alejó de mi marido… y ahora él está muerto—. Su voz se apagó, y Jessica oyó el viento afuera.

—¿Qué querían que era tan importante? ¿Cuál era el coste de tan enorme costo?

—Una pequeña cosa, en realidad. Querían que yo fuera una madre de cría, pero desafié sus órdenes, y por eso me castigaron. No me sirvió de nada resistirme. Necesitaban solamente mi cuerpo, sólo mi vientre. No mi mente. Incluso mientras estaba inconsciente, me impregnaron. Mi cuerpo les dio los niños que querían.

Su voz tenía amargura pesada.

—Yo soy Bene Gesserit: Sólo existo para servir. Al menos Rhombur no vivió lo suficiente para encontrar información acerca de ello. Nunca lo supo. ¡Oh, cómo lo echo de menos!

Jessica no pudo ocultar su repulsión. ¡Lo que la Hermandad le había hecho a aquella mujer, a su amiga! ¿Y ahora esas mismas mujeres estaban tratando de convencer a Jessica para destruir a Paul? ¿Estas mismas mujeres querían hacerla su Madre Superiora? Si ella aceptaba su oferta, podría poner fin a los abusos de cría… pero a aceptar sus términos haría de Jessica un monstruo.

Tessia continuó con una voz de ensueño, como si su mente estuviera muy lejos:

—Tomó años. Me salvé… encontré mi propia manera de salir de la oscuridad donde su Hacedora de culpa me había arrojado.

Un nudo retorció el estómago de Jessica.

—¿Sabe Bronso dónde estás ahora? ¿Puede ayudar?

—He logrado pasar de contrabando varios mensajes. Él sabe lo que me ha pasado, pero ¿qué puede hacer? Es apenas un testaferro en Ix estos días. No tiene poder real y nunca podría estar en contra de la Hermandad. Está tan atrapado como yo. —Negó con la cabeza—. Es la caída de la Casa Vernius.

Jessica abrazó a la otra mujer, la abrazó por un largo tiempo.

—Me gustaría poder sacarte de aquí, pero eso no está en mi poder.

Sin embargo, si ella fuera Madre Superiora, podría hacerlo…

Tessia sonrió misteriosamente.

—Algún día, voy a encontrar una manera. Ya he escapado de la prisión mental que impusieron sobre mí, y oh, que me encantaría saber cómo lo hice. Ahora ponen a prueba sus técnicas en mí, alternativamente mostrando compasión y luego golpeándome con la culpa. Incluso sus Hacedora de culpa no entienden.

—¿Ellas continúan experimentando contigo?

—La Hermana Médica Yohsa intenta constantemente destruir mi mente y construir de nuevo el camino que la Hermandad quiere, no de la manera que yo quiero. Pero conozco la manera de desviar sus intentos. Esas defensas mentales son mías, y no voy a renunciar a ellas no después de lo que me hicieron.

Tessia miró de lado a lado. Por el susurro de una ráfaga de viento en el patio, Jessica oyó lo que debió haber sido otro pequeño, y extraño tornado, y los agudos gritos de las Bene Gesserit que se dispersaban en alarma. Al parecer, la energía psíquica residual no estaba completamente bajo control.

Inclinándose cerca, Tessia susurró:

—¿Qué quieren de ti, Jessica? ¿Y se lo darás? Si no lo haces, podría convertirte en un objetivo. ¿Las has desafiado? Te-Te conozco. Entonces la Hacedora de culpa vendrá por ti.

La voz de Tessia emergió en una inundación desesperada mientras apretaba los hombros de Jessica.

—¡Escúchame! Debes bloquear sus pensamientos y prepararte con anticipación. Construir un bastión de recuerdos de gran alcance, un escudo de cosas buenas. Tenlo listo en la vanguardia de tu mente. Úsalo para protegerte a ti misma. No sospecharán que puedes estar parada en contra de ellas, aunque sea por un momento. La Hacedora de culpa ataca con una tormenta psíquica, pero puede ser resistida.

Jessica sabía que podía necesitar la información.

—Enséñame —por favor.

Tessia tocó su propia frente, cerró los ojos y soltó un largo suspiro.

—Te enseñaré lo que necesites saber.

El mismo acto de respirar es un milagro.

—Enseñanzas de la Escuela Suk

Un viento inusualmente cálido soplaba desde el mar. Gurney había estado esperando unas lluvias fuertes para desalentar a las multitudes que llegaban para el encuentro programado, pero mientras miraba a las manchas del cielo azul, las nubes parecían estar dispersándose.

Jessica había tenido razón en advertirle acerca de lo que las personas podían hacer. El Alcalde Horvu y sus seguidores entusiastas no comenzaban a comprender siquiera a la

serpiente venenosa con la que estaban jugando. En el nombre del Duque Leto, sin embargo, Gurney trataría de usar un toque compasivo, paternal. Si tan sólo funcionaría…

Vestido con su mejor traje noble para la ocasión, Gurney permaneció con el ceño fruncido, con un pequeño grupo de funcionarios locales en una plataforma suspensora planteado en el borde del parque más grande de Cala City. Durante la última hora, una multitud entusiasta y bulliciosa se había reunido en la extensión de hierba y flores estrelladas.

Deseó haber sabido exactamente lo que los torpes rebeldes tenían en mente. Con su sonrisa desarmadora, y a menudo inconsciente, el Alcalde Horvu prometió que aquella sería una manifestación pacífica, y Gurney no estaba seguro de qué hacer al respecto. Había llamado a los soldados para mantener el orden, si alguno de la multitud se volvía rebelde.

Después de las quejas de Jessica de los daños causados por los peregrinos en los meses anteriores, Paul había estacionado fuerzas de seguridad Imperiales en Caladan. Aunque Gurney no conocía bien a los hombres, eran eficientes y dedicados, por lo que había podido determinar, pero aún así eran extranjeros. Hoy en día, sobre todo, tal vez una fuerza de seguridad más objetiva sería mejor…

Consumido por su propia importancia, Horvu había emitido a sí mismo y sus seguidores un permiso sin restricciones, de acuerdo con las reglas de la carta de la ciudad. Aquello le pareció un conflicto de intereses a Gurney, pero el Alcalde felizmente se aferraba a imágenes anticuadas de la forma en que la política local trabajaba en relación con el gobierno Imperial.

—El pueblo de Caladan sabe lo que está haciendo, Conde Halleck —había dicho el sacerdote Sintra. Aunque el placer de ver cuántas personas habían venido a la manifestación se reflejaba en su rostro, se molestó cuando vio que Gurney había elegido enviar guardias armados en lugar de unirse a ellos en su causa—. Usted ha servido a la Casa Atreides durante mucho tiempo, mi Señor, pero no nació aquí. No es posible que entienda los verdaderos problemas de Caladan.

Gurney se sorprendió de lo eficiente de aquella manifestación, ya que no sabía que Horvu y sus seguidores tuvieran aquellas habilidades. Era casi como si tuvieran ayuda externa. A medida que el tamaño de la multitud en el parque aumentaba, Gurney se volvió cada vez más ansioso. Sus guardias soldados podrían no ser capaces de imponer el orden si la multitud se iba de sus manos.

Gurney miró a su alrededor por Horvu. Dudaba que el antiguo Alcalde fuera mucho más que un tizón, pero eso no lo hacía menos problemático. Gurney no quería que el planeta natal de Paul se convirtiera en otro campo de batalla. Los grandes grupos de personas, especialmente aquellos con una agenda, eran demasiado maleables, sus estados de ánimo se balanceaban con demasiada facilidad, sus emociones cambiaban demasiado rápido. Había visto los ejércitos de Muad'Dib conducidos al frenesí, porque sus sentidos apasionados de rectitud hacían oídos sordos a cualquier preocupación, excepto aquellos que están siendo bombeados allí. Si la gente local se le iba de las manos, podría a su vez

desencadenar a sus soldados Imperiales en una represalia incontrolable y violenta en nombre de Muad'Dib.

Sus guardias soldados eran veteranos, pero que no sabían nada del carácter de aquellas familias que habían estado allí por generaciones, las personas de buen corazón de Caladan que ahora estaban siendo engañadas por un Alcalde que no tenía sentido común.

Mientras miraba a la multitud inquieta que creía que había encontrado una solución fácil que su amado Paul Atreides honraría, Gurney trató de recordar la forma en que solía ser: fuerte, valiente y firme en causas que importaban, escribiendo baladas heroicas para el baliset, yendo a luchar por la Casa Atreides donde el deber le enviara. Habían pasado esos días, pero sabía que nunca podría volver a ellos. Ahora, a veces, le gustaba pasar tiempo con su música, como un escape, un refugio que le hacía olvidar las horribles realidades de su pasado.

Hacía varias semanas, mientras compartía una pinta de cerveza de algas con los patronos de una casa pública, había recogido su instrumento y comenzado a tocar. El camarero había llamado a través de las cabezas de la multitud en el pub:

—Es hora de que nos cantes una canción nueva, Gurney Halleck. ¿Qué tal «La balada de Muad'Dib»?

La gente se había reído, animándolo, pero Gurney se resistió.

—Esa historia aún no ha terminado. Sólo tendrás que esperar, hombre.

En realidad, no era una canción que tuviera algún interés en escribir. Aunque Gurney nunca daba su opinión a cualquiera, sentía que «Muad'Dib» había caído demasiado lejos de la gloria para ser digno de tales palabras heroicas. Lo dejó con una sensación de pérdida, a nivel personal.

Paul puede ser el Emperador Muad'Dib, pensó Gurney. *Pero no es el Duque Leto.*

Ahora parte de la multitud hizo una abertura en la extensión cubierta de hierba, y Gurney vio al alcalde caminando a través de ella, saludando a la gente mientras se acercaba a la plataforma suspensora. Cuando Horvu subió a la plataforma, regañó a Gurney, como si fuera un niño:

—Conde Halleck, tiene que retirar a sus soldados. ¿Qué tipo de mensaje quiere enviar? —Frunció el ceño a los prominentes hombres armados apostados en todo el parque—. Ya hemos enviado nuestra proclamación al Emperador en Arrakis. Esto es sólo una celebración, un refuerzo de nuestra determinación.

—Si esto es sólo una celebración, entonces diríjanse a los bares y a los restaurantes —le sugirió Gurney—. Si se dispersan ahora, incluso compraré la primera ronda para todos. —No creía que la oferta fuera a funcionar.

Sintra negó con la cabeza.

—Las personas están muy satisfechas con la forma en que se han mantenido el fanatismo y la burocracia. Deles su momento de triunfo aquí.

—No es un triunfo hasta que Muad'Dib acepte su declaración. —Gurney sabía que aquello probablemente no sucedería.

Desconfiado pero expectante, bajó de la plataforma y les indicó a sus soldados para que lo acompañaran a un claro acordonado. A medida que se alejaba, la plataforma suspensora se elevó en el aire y flotó sobre las cabezas de la multitud, con el Alcalde Horvu agitando hacia ellos.

El comandante de las tropas de extranjeros, un bator llamado Nissal, se quitó la gorra y se limpió el sudor de la frente.

—El Alcalde afirma que sólo va a dar un discurso, señor.

—Las guerras pueden iniciarse con un discurso, Bator. Mantén a todos en alerta.

Con un grito que captó la atención, el sacerdote pidió a la gente que siguiera la plataforma, ya que se deslizaba a través de una amplia apertura en los árboles del parque. El público se trasladó con él desde abajo, algunos corriendo, algunos riendo, como si fuera un juego.

Atrapado sin preparación por el movimiento, Gurney llamó en su comunicador:

—Traigan un avión de detección. Mantengan a nuestro pueblo flanqueado y vigilado, pero no dejen que hagan ninguna tontería. Recuerden la vieja frase: «Los tontos pueden causar más daño a través de la imprudente ignorancia que un ejército puede lograrlo con un asalto coordinado».

Gritando con estímulo, el Alcalde Horvu guió a la multitud fuera del parque hasta el antiguo pueblo de pescadores, donde las personas se congregaban en los muelles y en las playas rocosas durante la marea baja. Cuando su plataforma rondó sobre el agua, muchos barcos se acercaron, para el discurso.

—¡Tenemos miembros de todas las clases, todas las profesiones aquí! —El sistema de megáfonos amplificaba la voz de Horvu—. He sido su alcalde durante décadas, y me he ganado su confianza. Ahora deseo de ganar su apoyo. Mientras esperamos tener noticias del Emperador Paul Atreides, debemos mostrar nuestra convicción y nuestra fuerza. Vamos a mostrar a los forasteros lo que la gente de Caladan puede hacer.

Mientras Gurney escuchaba con creciente consternación, Horvu y el sacerdote alternaron sus gritos de guerra. En primer lugar, instaron a los pescadores a mostrar su solidaridad al no lanzar sus barcos, a no capturar nada. Refirieron peticiones en apoyo de la independencia de Caladan que estaban en aquel momento siendo distribuidas ampliamente en toda la ciudad, y al hecho de que los comerciantes se negaran a vender productos a cualquier persona que no había fijado una firma.

Aquello fue muy molesto para Gurney, y se puso incluso peor. El alcalde declaró que los peregrinos del Jihad debían ser echados de Caladan a partir de ahora, que ya no eran bienvenidos a menos que Paul diera al planeta una forma aceptable de autonomía.

Uno de los soldados habló en el comunicador, sorprendiendo al ya tenso Gurney:

—Mi Señor, han cerrado el espaciopuerto principal. Sus personas han revuelto los códigos de aterrizaje y echan a cualquier nave que utilice el nombre de Chisra Sala Muad'Dib. Cualquier piloto entrante tiene que estar de acuerdo con un documento vinculante que reafirme que el nombre de este mundo es Caladan, y ningún otro.

Gurney se sorprendió por la rapidez con la que los agitadores habían movido, la buena orquestación de todas las piezas de aquella… que aquella revolución había alcanzado.

Ahora, con el comercio interplanetario frustrado, los mensajeros de la Cofradía y los funcionarios de la CHOAM presentarían quejas, exigiendo una acción inmediata y una difusión de la noticia embarazosa en todo el reino de Muad'Dib.

En todos los años del Jihad, Gurney había visto cosas espantosas que las fuerzas implacables de Muad'Dib hicieron cuando habían decidido tomar medidas enérgicas. Caladan no sería inmune.

Dio órdenes inmediatas.

—Pongan aviones militares de la Casa Atreides en el espacio aéreo sobre el espaciopuerto Cala City. Eviten que cualquier nave de despegue o aterrizaje, y cerraremos el centro a nuestro modo —no de la forma en que los rebeldes quieren. Bloqueen cualquier nave que desembarque de Heigh: revestimientos y envíenles una copia de seguridad, sin explicación. No quiero que las noticias corran hasta que tengamos este desastre bajo control.

Usando pequeños tópteros militares —previamente designados como embarcaciones de búsqueda y rescate para los pescadores en los mares tormentosos—. Gurney ordenó a sus hombres que dispersaran la manifestación con una demostración de fuerza. Abordó una de las embarcaciones él mismo y guió una flota de naves zumbadoras a medida que se abalanzaban a baja altura sobre la villa del puerto, disparando ráfagas de aire comprimido que dispersaron a las personas mientras hacían poco daño.

Gurney dirigió personalmente el cañón de aire que arrojó al Alcalde de aspecto confundido y al cura del pueblo fuera de su plataforma suspensora y en el agua.

Los soldados Imperiales entonces corrieron con sus restricciones para arrestar a los manifestantes más acaudalados.

Mientras los tópteros de Gurney volaban sobre la ciudad y sus tropas tomaban el control de todos los barrios, recibió un flujo de informes. Muchos de los guardias imperiales extranjeros estaban fallando en ejercer la moderación que había especificado. Gurney había utilizado los cañones de aire para confundir y desinflar la situación, pero como los guardias soldados crecían más celosos en sus funciones, muchos manifestantes pacíficos fueron gravemente heridos o muertos, con sus huesos rotos y cráneos abiertos.

En el espaciopuerto, Bator Nissal lanzó una operación impulsiva y decisiva propia, asaltar la terminal principal para derrotar a los manifestantes que habían establecido un cerco primitivo allí. La gente del pueblo consumida por el pánico se defendió, y once de los guardias Imperiales fueron asesinados, junto con casi un centenar de agitadores. El espaciopuerto se volvió a abrir, y Gurney levantó su embargo, pero no sintió alegría al respecto.

Había visto matanzas en los campos de batalla del Jihad, pero aquellas eran personas de Caladan, no guerreros, no comandos de sangre que se habían arrojado a sí mismos en una guerra santa. Eran ciudadanos simplemente ingenuos del mundo natal de Paul.

Asqueado, caminó entre los cuerpos que fueron puestos en una calle de la vieja ciudad, cubiertos con mantas. Sintiendo un dolor de tristeza e ira, maldijo, y luego salió corriendo a la cárcel del pueblo.

Gurney se abrió paso en la celda de la prisión que contenía un despeinado y asombrado Alcalde Horvu. El viejo tenía un parche de curación sobre una mejilla, y habló con incredulidad obvia, mezclada con el ácido de la acusación.

—Estoy decepcionado de usted, Gurney Halleck. Pensé que amaba a Caladan.

—Decepciónate de ti mismo, no de mí. Le advertí que no contuvieras tu «demostración». Le rogué, pero no quiso escucharme. Ahora la respuesta de Muad'Dib va a ser mil veces peor debido a la interrupción que has causado, la cual no puede permitir que se produzca en cualquier mundo Imperial. Pediré a todos los desechos de amistad que aún mantiene hacia mí, y rezaré que pueda convencerle de mostrar misericordia. Pero no te garantizo nada. —Gurney negó con la cabeza—. ¿Cómo voy a explicar esto a Dama Jessica cuando regrese?

—¡La culpa es suya, Gurney Halleck! Usted alguna vez fue un servidor leal del Duque Leto, pero ha olvidado los principios Atreides. —El Alcalde lo fulminó con la mirada a través de los barrotes. La piel alrededor de sus ojos estaba oscura y magullada—. He servido al pueblo de Caladan toda mi vida, y nunca pensé que llegaría a esto. Nuestro desafío continuará. Un día estaremos encantados de dar la bienvenida a Paul como un hijo pródigo, pero sólo si se acuerda de quién es él… y lo que somos nosotros.

Gurney suspiró.

—Otros lo llamarían blasfemia contra Muad'Dib. Necio, deme una razón para ordenar su liberación, ¡no una para pedir su ejecución!

El Alcalde lo miró, pero no dijo nada más.

Dos días después, la respuesta llegó de Arrakis, una seca carta felicitando a Gurney por un trabajo bien hecho en la defensa del honor del Emperador. La firma parecía ser de Paul, aunque las palabras probablemente venían de algún funcionario. El documento de papel film llevaba un sello de la «Oficina de Administración del Jihad». Se preguntó si Paul siquiera había revisado su informe.

Con un suspiro de resignación, Gurney despachó una orden inmediata para liberar a todos los manifestantes que habían sido detenidos, incluyendo a los líderes, sin explicación.

¿Mediante qué tipos de estándares podemos determinar la cordura de una persona en particular? Si esa persona es juzgada de loca y derribada, ¿entonces a quién le beneficia?

—La Princesa Irulan, La Vida de Muad'Dib, volumen 3

En su última noche en Wallach IX, Jessica accedió a asistir a la Noche de la Vigilia.

Por tradición, ella y el resto de las Hermanas de la Escuela Madre habían pasado el día en soledad, contemplando la vida y tribulaciones de Raquella Berto-Anirul, que había fundado su orden de entre los escombros de la humanidad dejado por el Jihad Butleriano, hacía miles y miles de años.

Jessica estaba ansiosa por estar lejos de la coacción silenciosa de la Bene Gesserit. Habían tratado de sobornarla con el cargo de Madre Superiora… ¿qué Bene Gesserit no aspiraba a ese objetivo? Había evitado dar una respuesta, que en sí misma haciendo a las Hermanas enormemente sospechosas. Y sabiendo lo que le habían hecho a Tessia a causa de su negativa, Jessica se sintió en peligro significativo.

Al caer la noche, siendo reacia a participar en la conversación, Jessica se unió a una larga fila de mujeres enlutadas que llevaban velas a medida que avanzaban por la larga pendiente del Campo de Raquella, una colina prominente cerca del complejo de la Escuela Madre.

En el ascenso por un sendero rocoso, la procesión serpentina de velas parecía ojos brillantes en la oscuridad estrellada. Otro conjunto de llamas vacilantes descendió la colina por un sendero paralelo.

Las Hermanas subieron a la amplia cima redondeada con su mojón de piedras que permanecía en el lugar sagrado donde Raquella había estado tanto tiempo atrás, donde su vida casi había terminado antes de tiempo. Una brisa fresca las alcanzó cuando Jessica llegó a la cumbre. Miró hacia las luces de diamante del extenso complejo escolar y ponderó la historia de la Hermandad, los milenios de poder y elecciones que habían hecho.

A diferencia de la mayoría de las acólitas adoctrinadas, sin embargo, Jessica sabía que algunas de aquellas elecciones habían estado mal. Muy mal.

Veinte mujeres permanecían de pie junto a ella en el borde de un precipicio en la cara escarpada de la colina, un marcador en la bajada desde donde Raquella una vez había tenido la intención de saltar. Había estado abatida en aquellos días, sin poder mantener a las diferentes facciones de la organización en conjunto, incapaz de ver cómo las llevaba por un camino común hacia el futuro de la humanidad. Tenía la esperanza de que su sacrificio personal les obligara a trabajar juntas.

Pero fue en aquel punto que las voces internas de los ancestros femeninos de Raquella habían hablado primero con ella. Había consumido una gran cantidad de la droga de Rossak aquel día, pero las voces internas misteriosas no eran alucinaciones inducidas por productos químicos; la cadena de voces que salían de sus lejanos antepasados le había instado a vivir y a inspirar a otros.

Sosteniendo su vela ahora, Jessica inhaló profundamente el aire de la noche para experimentar el momento. La ceremonia estaba destinada a ser un momento de reflexión y contemplación, la oportunidad de ver el gran tapiz de influencia la Bene Gesserit completamente desplegado.

Se enfrentó al exterior en la parte superior del acantilado como Raquella había hecho, de pie más cerca del borde de las demás acólitas o Reverendas Madres con ella. Por el momento, se sintió fuertemente conectada con el núcleo de la Hermandad, el propósito original que había unido a tantas mujeres poderosas, no como los corruptos intereses propios que posteriormente llevaron a la orden por un camino erróneo.

Una nueva Madre Superiora podría cambiar todo eso… Aquello podría ser lo que Harishka quería que sintiera, una tentación adicional de la gloria de las Bene Gesserit y su pastoreo de la historia. A pesar de la agitación que sentía dentro de sus emociones estructuradas Bene Gesserit, Jessica no cambiaría de opinión.

Acabando sus meditaciones, un grupo de Hermanas se alejó para ser reemplazadas por otro. Las que tenían dudas u otras preocupaciones necesitaban más tiempo; otras recibían su reafirmación rápidamente, y entregaban sus lugares.

Una sombra se movió a su lado, otra Reverenda Madre vestida de negro. Mohiam.

—Me alegro de que te quedaste para la Vigilia, Jessica. Estoy segura de que lo sientes. —La voz fue frágil, como un viento seco en Arrakis—. Cada Hermana tiene que participar en esto, para aclarar sus pensamientos y su corazón.

—Esto me hace pensar en los objetivos una vez dignos de la Hermandad… a diferencia de sus tácticas posteriores… a lo que está pasando ahora.

Mohiam frunció el ceño en la poca luz de la vela.

—La Madre Superiora Harishka te ha hecho una oferta generosa. Sé que has tenido tus quejas y críticas de nuestra Hermandad, pero ahora puedes arreglarlas a todas ellas, y te pedimos muy poco a cambio.

La anciana miró a través del enturbiado paisaje oscuro.

—Desde este lugar, su visión del futuro llega lejos… y tu decisión debe ser clara.

—¿Clara? Me están pidiendo que mate a mi hijo. —Jessica estaba empezando a perder la paciencia. El borde del acantilado parecía ser un símbolo de la elección que querían que hiciera. Aceptar o saltar. ¿Pero había otra elección?

—Un hijo que nunca deberías haber tenido. —Jessica se dio la vuelta y caminó por el sendero áspero, tomando el camino de vuelta por la colina. No se detuvo cuando la anciana se apresuró a seguirla—. Vamos a hacer caer Muad'Dib, de una manera u otra. Utilizaremos su propia violencia en su contra. —Como la mujer sorprendentemente ágil la alcanzó, sus ojos oscuros brillaron en las velas—. Tienes que saber estas cosas si vas a ser nuestra nueva Madre Superiora. Necesitas saber que vamos a tener éxito. Echa tu suerte a nosotros.

A su lado, la anciana bajó la voz, pero sus palabras llevaban un matiz de emoción.

—Operarios Bene Gesserit ya han hecho los preparativos para lanzar revueltas repartidas por todo el Imperio. Caladan será la primera chispa. No hay nada que puedas hacer al respecto. Cuando esa llama se afiance allí, más de un centenar de otros planetas se levantarán simultáneamente y declararán su independencia.

—El Emperador tendrá que retirar sus ejércitos de otras batallas para hacer frente a estos problemas inesperados y si sus fanáticos actúan como siempre lo han hecho, los excesos de tales redadas encenderán una cascada de otras revueltas, reales que no necesitan nuestro estímulo.

—Los representantes del Landsraad exigirán reparaciones inmediatas y presionarán por unanimidad a través de una legislación que imponga restricciones. Si Muad'Dib ignora o decide vetarlo, entonces perderá el apoyo de todos los nobles que ha puesto de

su parte. Su gobierno no será capaz de contenerlos a todos. ¿Lo ves, Jessica? Tendremos éxito con o sin ti.

De repente, la idea sorprendente e ingenua del Alcalde Horvu de declarar la independencia de Caladan tenía sentido. Lo habían llevado a ella por una manipuladora operativa Bene Gesserit. Jessica disparó sus palabras contra Mohiam como proyectiles:

—¿Cómo te atreves a intentar iniciar una revuelta en Caladan? ¡Mi Caladan!

—Tu Hermandad debería importar más para ti que un mero planeta. Queremos que quites el poder a un tirano que ya ha matado a más personas que cualquier otro líder en la historia. ¿Qué es el amor de una madre en comparación con eso? —Mohiam olfateó, como estuviera ofendida de que incluso tenía que convencer a Jessica—. Cualquiera sea la decisión que tomes, seguiremos hasta hacerlo caer.

Jessica trató de alejarse, pero Mohiam la mantuvo. Las Hermanas veían a Paul sólo como una fuerza peligrosa y destructiva… pero conocía a su hijo como alguien amable, cuidadoso, inteligente, sagaz, lleno de curiosidad y amor. ¡Ese era el verdadero Paul, no cualquiera de las percepciones negativas que habían surgido de su persona en el medio del Jihad!

Las dos mujeres se detuvieron juntas, permitiendo que otras Hermanas pasaran en su progresión hacia abajo. Jessica miró su vela encendida, olió el humo, y luchó por controlar sus emociones.

Agarrándola por el brazo con una fuerza sorprendente, Mohiam dijo con voz áspera:

—Se lo debes a la Hermandad. ¡Tu vida misma nos pertenece! Recuerda que te salvamos de ahogarte en tu infancia. Una mujer murió por ti. ¿Cómo puedes olvidar todo esto? Recuerda.

Como si la voz de la Reverenda Madre desencadenara un recuerdo largamente reprimido, Jessica de repente recordó luchando por su vida, bajo el agua en un río de corriente rápida, el agua a su alrededor, filtrándose en su boca, en sus pulmones… y tan helada. Sin poder nadar contra la corriente rápida, recordó ser arrastrada contra una gran roca y chocado su cabeza. No podía recordar cómo había caído en el río, pero no era más que una niña, con no más de cinco o seis años de edad.

Dos Hermanas valientes habían saltado al embravecido río para rescatarla. Jessica recordaba ser arrastrada a la orilla y resucitada. Había sabido después que una de las Hermanas había perdido su vida en el intento. Mohiam tenía razón; habría muerto aquel día si esas mujeres no la hubieran ayudado.

Curiosamente, sin embargo, Jessica no podía recordar el nombre de la Hermana que había muerto, y no podía recordar la ubicación del río. De pronto, mientras regresaba de sus pensamientos y cristalizaba sus recuerdos del evento, recordó claramente a dos Hermanas arrastrándola, ambas tomando turnos para sacar el agua de sus pulmones, respirando en su boca.

¿Dos Hermanas? ¿Cómo, pues, si una de ellas había muerto en el rescate? ¿Y por qué se le perdían otros detalles? La Hermandad no dejaba nada al azar. De alguna manera su memoria había sido alterada.

—Tal vez deba a la Bene Gesserit mi vida, o tal vez hace mucho plantaron esa historia en mi mente para ser utilizada exactamente en circunstancias como esta.

Por el parpadeo de expresión sombría en el rostro de la anciana, Jessica pensó que tenía su confirmación. ¡El ahogamiento nunca había ocurrido! ¿Qué planes tenían aquella vieja mujer y sus cohortes en su lugar, y que falsedades escondían?

Mirando por encima del hombro a Mohiam, Jessica dijo:

—Gracias por ayudarme a reorganizar mi mente. Esta noche de hecho he alcanzado claridad. ¡No le debo nada a la Hermandad!

Mohiam agarró la manga de Jessica.

—Vas a escuchar. Tomarás la decisión correcta. —Jessica oyó la *Voz* de mando, el tono insistente que no debería haber sido capaz de resistir. Pero como conocía a Mohiam tan bien, identificó el margen de la misma, los matices peligrosos, y supo cómo prepararse mentalmente para el ataque.

Otra Reverenda Madre salió de las sombras de árboles, una forma avecinante cuyo rostro arrugado se tornó reconocible a la luz de las velas. Stokiah, una mujer que había visto hace tiempo en Ix… la mujer de la que Tessia le había advertido.

Su corazón tartamudeó con miedo instintivo. No debo temer…

La voz de Stokiah era fue una sierra de hueso duro.

—Nos decepcionas aún más por negarte a rectificar tus errores, Jessica. ¿Cómo puedes soportar tal culpa? —Las palabras fueron transmitidas como una nota larga y tensa en un violín torturado.

Poderosas olas de energía psíquica golpearon a Jessica, golpeándola con una desesperación terrible que arrastró y minó su fuerza y martilleó con vergüenza. Varias Hermanas habían pasado cerca de la pista y se cerraron en torno a ella y Mohiam, uniéndose en el ataque. Stokiah apretó más.

Jessica sintió un intenso dolor en la cabeza, una sensación que le exigía hacer lo que la Madre Superiora Harishka quería y volverse en contra de su propio hijo.

Pero Tessia la había preparado, mostrando sus habilidades de supervivencia para usar en contra de un ataque de aquel tipo. La esposa de Rhombur había sido golpeada y dañada, pero no derrotada; había encontrado su propio hilo de fuerza, se había resistido incluso mientras las Hermanas trataban de romperla. Y Jessica ahora compartía ese conocimiento.

Reuniendo su fuerza y furia contra Stokiah, Mohiam, y esas otras mujeres que estaban tratando de hacérselo a ella —y a Paul—. Jessica aceró su mente y siguió los canales mentales que había preparado con la ayuda de Tessia, apuntalando sus defensas y aprovechando su propia fuerza.

Luchó contra el sentimiento de culpa, con el aspecto más fuerte de su núcleo, el fundamento de su vida. Lo hizo con su amor perdurable para el Duque Leto Atreides y para su hijo, y llamó la fuerza de ambos. En la memoria, vio el hermoso rostro rugoso de Leto, con sus ojos grises mirándola con tanta ternura, tan protectores y se concentró en eso por un momento. Con la memoria de Leto a su lado, con su nobleza y fuerza

saturando cada célula de su cuerpo, ella tuvo una armadura que las Hermanas no pudieron penetrar.

Con gran esfuerzo, Jessica gritó:

—¡Guarden… la culpa… para ustedes!

Haciendo una oleada concertada, devolvió el ataque, y mientras se concentraba cada vez más y más, Jessica sintió el retroceder de la paliza psíquica, y oyó gritos de dolor mientras infligía ecos de la culpa sobre sus atacantes. Cuando aquellos momentos pasaron y ganó la mano superior, se alejó por el sendero, dejando a las Hermanas tambaleándose y gimiendo.

INTERLUDIO

10.207 AG

A medio camino del Sietch Tabr, el tóptero terrestre posaba en su afloramiento en el medio del desierto. El viento se levantó, haciendo que las placas del casco crujieran y traquetearan, las cuales Jessica pudo oír desde su lugar de resguardo a corta distancia. Un silbido de arena se dispersó a través de las rocas, pero el sonido sólo profundizó el triste silencio cuando Jessica hizo una pausa en su historia.

Al escuchar las sorprendentes revelaciones, Gurney mostró emoción más abierta que la de Irulan.

—«Un recuerdo puede ser más cortante que una daga y puede cortar más profundamente». Eran tiempos tristes, mi Dama, y difíciles para los dos, pero no era consciente de las cosas viles que las brujas exigían de usted. No me sorprende que se haya distanciado de la Hermandad.

—Oh, me he más que distanciado, Gurney. He dado la espalda a la Bene Gesserit por completo.

Irulan se removió incómodo en la roca.

—Las hermanas exigen muchas cosas, sin tener en cuenta el daño que pueden hacer. Están preocupadas sólo por sus propios objetivos. —Respiró hondamente a través de su filtro—. Pero sigo sin ver cómo nada de esto cambia o excusa los crímenes de Bronso. Y no entiendo por qué insiste en que usted debe mantener oculta esta información de Alia. La Regente ciertamente no tiene amor por la Bene Gesserit, ni tampoco lo tenía Paul. De hecho, creo que estaría encantada de escuchar cómo las frustró.

Gurney dijo con una voz retumbante:

—Estoy bastante feliz que se negara a hacer lo que exigían las brujas, mi Dama. Obligar a una madre a matar a su propio hijo es atroz e inhumano.

—Es peor que eso, Gurney. —Jessica se apoyó contra la dura y áspera roca y se obligó a decir las palabras en voz alta—: No mucho tiempo después, decidí que tenían razón, y me hice la idea mentalmente para matarlo. Y debido a eso, hice cosas incluso más terribles.

Las Reverendas Madres no son madres en el sentido humano, pues una verdadera madre ama, comprende, y perdona a sus hijos por cualquier cosa. Pero no todo.

—Dama Jessica, notas de sus diarios privados

A pesar de que Jessica se había vuelto contra ellas, las palabras de las Hermanas militantes aún penetraban, revolviendo sus pensamientos hasta que reforzaron sus propias dudas.

A medida que el Heighliner la alejaba de Wallach IX, se aisló a sí misma, sin humor para los visitantes o para conversar. Ella siempre había aferrado a la certeza —¿quizá

ilusión?— de que Paul tenía razón, que, efectivamente, sabía lo que estaba haciendo, incluso si ella no lo entendía del todo.

En la tranquilidad de su camarote privado, meditó para calmar sus temores, tratando de llegar a una resolución en su mente. Si el amor y la bondad fuera de lugar le impedían hacer una cosa terrible, pero necesaria, entonces ¿cuánto más muerte y destrucción ocurriría? ¿Cuántas vidas más se perderían? ¿Cómo podía siquiera entender lo que Paul estaba tratando de hacer?

Su hijo podía ser muy persuasivo, con las habilidades carismáticas y oratorias que había aprendido del Duque Leto, de la instrucción Bene Gesserit que ella le había dado, y de su tiempo entre los calificados Juglares. Paul podía hacer que sus seguidores creyeran en él y reaccionaran de cualquier manera que considera necesaria para la persuasión de masas.

¿Pero estaba tomando las decisiones correctas, o estaba engañándose a sí mismo? Durante años, Jessica había sido bombardeada por informes adversos de una variedad de fuentes. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si había perdido su camino? Su hijo no era el que una vez había pensado que era, no el hombre que había esperado que fuera. Por eso ella y Gurney habían dejado Arrakis, dejado el Jihad.

¿Qué pasaba si la Bene Gesserit estaba en lo cierto?

Ella sabía muy bien que las Hermanas tenían su propia agenda. Sus argumentos no eran objetivos, no importaba qué tan persuasivas sonaran o que tan vehementemente las mujeres argumentaran sus puntos. Sobre aquel tema en particular, la Bene Gesserit había mostrado su verdadero rostro, tratando de destruir su psique a través de las Hacedoras de culpa

Pero eso en sí mismo no quería decir que estaban equivocadas.

Cuando el silencio burlón del camarote creció demasiado para ella, desembarcó en las cubiertas públicas. No quería que conversar o tener compañía, sólo la presencia de otras personas; esperaba que el zumbido de fondo de sus vidas pudiera llenar los espacios vacíos en su mente.

Mientras estaba allí, no tuvo la intención de buscar noticias del Jihad, pero las historias eran tan horribles que no podía evitarlas. El Heighliner se había detenido en varios puntos de interés, recogiendo nuevos pasajeros, nuevos rumores, e incluso los relatos de los testigos. El murmullo de sorpresa e incredulidad abrumó a las multitudes.

Su corazón latió con renovada urgencia. ¿Qué había hecho Paul ahora?

Informes frescos habían subido a bordo con pasajeros que habían embarcado cuando descendieron en el planeta actual, y la noticia todavía no había tenido la oportunidad de crecer en la narración. Los exploradores de propaganda de Paul no habían sido capaces de refrenar o contradecir las declaraciones de los testigos. Aquella fue la verdadera presentación de informes, en bruto.

Una revuelta había tenido lugar en el planeta Lankiveil, un antiguo bastión de la Casa Harkonnen. En las fortalezas de las montañas nevadas, los monjes Budislámicos vivían en antiguos monasterios acantilados rodeados de glaciares. Los monjes habían sido

perseguidos durante años por el Conde Glossu Rabban, pero no fuera de cualquier odio religioso en particular; a Rabban simplemente le gustaba hacer alarde de su poder.

Esta vez había sido muy, muy diferente.

Los Budislámicos habían estado siempre un lugar tranquilo, una secta pacífica que pasaba sus días escribiendo sutras, cantando oraciones y meditando preguntas sin respuesta.

Los miembros Fremen del Qizarate de Paul habían derribado los retiros religiosos de Lankiveil y exigido que los tranquilos monjes erigieran una estatua gigante de Paul Atreides, así como también que cambiaran sus enseñanzas y creencias para reflejar el hecho de que Muad'Dib era el mayor de todos los santos profetas, en segundo lugar solamente de Dios mismo.

A pesar de que nunca habían hablado contra Muad'Dib o el Jihad, y no tenían inclinaciones políticas de ningún tipo, los monjes todavía tenían convicciones firmes. Sin faltarle el respeto, pero de posiciones firmes, se negaron a seguir las órdenes de los sacerdotes. Se negaron a aceptar que Muad'Dib poseía los aspectos sagrados que se le atribuían por el Qizarate.

Como castigo, los monjes fueron masacrados hasta el último hombre. Los antiguos monasterios fueron destruidos por los riscos, y avalanchas fueron enviados a enterrar los escombros. En secuela, el Qizarate envió cazadores a todo el Imperio para descubrir y erradicar cualquier otro enclave de la «secta hereje Budislámica».

Jessica se sentó vacilante en una dura pero cálida silla expectante, sin poder negar lo atroz del acto. La religión de Muad'Dib era como un cáncer, una metástasis a través del universo. Pero los informes eran contradictorios, y no podía estar segura de si aquel acto atroz había sido cometido por sacerdotes y guerreros fuera de control, o si Paul había dado las órdenes directas.

Entonces supo más.

Después de la protesta inicial y el alboroto, Muad'Dib emitió un comunicado de video ampliamente distribuido, que se reproducía y repetía a bordo del Heighliner. Aquellas palabras no fueron las proclamaciones burócratas emitidas por algún un funcionario santurrón. Paul mismo las decía.

—En cuanto a la reciente tragedia en Lankiveil, estoy triste por la tonta pérdida de vidas. Esos pobres monjes Budislámicos no necesitaban a morir. Siento su dolor y sufrimiento.

»Pero mientras nos afligimos porque eran seres humanos, no debemos olvidar que esas personas tenían el poder para salvarse. La responsabilidad de su muerte está solamente con ellos. Mi Qizarate explicó cómo podrían salvarse a sí mismos, e ignoraron la advertencia. —Hizo una pausa, y sus ojos saturados por la especia ardieron con fervor a sus audiencias; era como un maestro del espectáculo en su elemento—. Y pagaron el precio necesario.

Su lado Harkonnen está siendo mostrado, pensó. *Eso también podría haberlo dicho su abuelo el Barón.*

En la imagen proyectada, las multitudes de Arrakeen rugieron su aprobación cuando Paul los miró con calma desde arriba. El canto se hizo más fuerte, como una onda de aceleración que nunca parecía terminar.

«¡Muad'Dib! ¡Muad'Dib!».

Jessica sintió ira construyéndose en su interior. En vez de condenar la brutalidad innecesaria de sus fanáticos, en vez de pedir moderación, Paul había arrojado la culpa de la masacre de lleno en los pobres e inocentes monjes. Él incluso no parecía preocupado por lo que había sucedido.

¿Cuándo había muerto el honor Atreides? Se estremeció al imaginar lo que el Duque Leto habría pensado si hubiera visto el comportamiento de su hijo.

En la escala de las cosas, después de los años de derramamiento de sangre en el Jihad, la masacre Lankiveil fue un evento relativamente pequeño, pero decía mucho acerca de Paul, acerca de sus seguidores, y acerca de los extremos a los que llegarían. Fue una demostración singular de lo mucho que había cambiado, qué pasión había abrazado el personaje artificial que había creado para sí mismo.

En la grabación, sin embargo, Paul tenía más que decir. Levantando los brazos elevados al aire para sofocar el ruido, dijo:

—No hablo palabras ociosas. Mi voz lleva el poder a través de las estrellas. Ustedes que son tan tontos como para pensar que no sé de sus herejías, no hallarán ningún lugar para esconderse No podrán evitar el martillo del destino que han traído sobre ustedes mismos. Lo digo a aquellos que continúan desafiándome: Pronto, al momento de mi elección, los Heighliners de la Cofradía aparecerán sobre más de once mundos. Entonces, largarán mis naves de guerra para esterilizar a todos los planetas que me hayan disgustado. Once mundos… y recen para que eso sea suficiente.

La multitud creció extrañamente tranquila, y mientras el grabador escaneaba sobre sus rostros, Jessica vio conmoción y sorpresa incluso entre los más ávidos partidarios del Emperador.

Luego, poco a poco, las expresiones comenzaron a cambiar, y la gente aturdida rugió su aprobación.

—¡Once mundos más!

—Este es el castigo que he prescrito. Que se haga, y que sea registrado en los anales del Sagrado Jihad. —Con eso, Paul se volvió y se alejó, mientras la multitud aplaudía salvajemente.

Jessica se sentó sin palabras. Ya había esterilizado cuatro planetas, además de las innumerables batallas terribles que habían transcurrido en los siete años del Jihad. Ahora, incluso más mundos serían exterminados… y ella no tenía ninguna razón para creer que aquella violencia inenarrable terminaría allí.

Un afilado escalofrío recorrió la parte posterior de su cuello. El Emperador Muad'Dib ya no se parecía al hijo que había amado y criado. En el pasado, Jessica había sido capaz de ver un eco de su padre cuando miraba a Paul, pero después de escuchar aquel discurso, no pudo hallar nada del Duque Leto el Justo. Había oído lo suficiente, visto lo suficiente.

Paul se había convertido en el Hombre Vacío, sediento por la muerte de miles de millones, una cáscara de un ser humano sin alma.

Con una neblina roja alrededor de su visión, se apresuró a regresar a su camarote y se encerró a sí misma en el interior. Aquel fue un punto de quiebre para ella, la grieta en el dique que permitió a la tan negada verdad inundarla. Había jugado un papel en la creación de un monstruo. Durante mucho tiempo, Jessica había creído que finalmente entendería la justificación de Paul, si tan sólo se lo explicara. Hubo un tiempo en que ella y su hijo habían sido un buen equipo, habían confiado el uno al otro en una serie de desafíos y crisis. Había confiado en él con su vida. Pero su amor por él la había demorado mucho tiempo, al igual que Gurney y sus sabuesos infectados con el virus de fuego en la sangre.

¡Ahora once poblaciones planetarias más serían aniquiladas!

La conclusión era tan inevitable como la muerte: Paul estaba paralizando a la raza humana, y ella no pudo fingir que los acontecimientos simplemente se habían ido de su control. Aprobaba, incluso fomentaba, los crímenes cometidos en su nombre.

Las Reverendas Madres se habían quejado de Alia ser una Abominación, pero Paul era la verdadera amenaza. Sí, la hija de Jessica era extraña ante cualquier medida, pero la chica no pudo evitar el accidente de su nacimiento, las voces en su mente.

Paul, en cambio, había tomado sus propias decisiones, había elegido su propio camino. Como líder, permitió a sus soldados que corrieran como jaurías hambrientas entre las poblaciones de costumbres pacíficos.

¿Cuánto masacre más ordenaría Muad'Dib? ¿Cuántos planetas más iban a destruirse? Si Jessica no hacía algo para detenerlo, ¿no sería también responsable? Sentada sola en su camarote con poca luz, rodeada por el clamor de sus pensamientos, Jessica llegó a la conclusión ineludible.

Tenía que detener de Paul… matándolo. La Bene Gesserit estaba en lo cierto.

Él se había rodeado de medidas de protección profundas, y sus habilidades de combate personales eran incomparables. Pero, como su madre, Jessica podría acercarse a él. Era una fuerza a tener en cuenta en su propio derecho, y creía que tenía una oportunidad contra Paul, contra Muad'Dib… contra su hijo, porque conocía sus debilidades. Sólo un momento de vacilación por su parte, era todo lo que necesitaba.

Dama Jessica sabía que Paul la amaba. Pero la Bene Gesserit le había enseñado que no debía sentir amor. Lamentablemente, se dio cuenta, Mohiam podía haber tenido razón en eso después de todo. Muad'Dib no era simplemente el hijo de Jessica: Era el producto de un plan de cría que había salido muy, muy mal. Era un producto de la Bene Gesserit. Y tenía que morir.

Alrededor de cada momento hay cosas que sé, y cosas que no.

—De las Frases escogidas de Muad'Dib por la Princesa Irulan

En el siguiente puerto de parada del Heighliner, IV Delta Kaising, la inmensa nave expulsó pequeños naves de su vientre de carga de transbordadores, cargueros, y naves militares.

Una parada de rutina, negocios de la Cofradía, como de costumbre.

Jessica pensó que podría volverse loca si se demoraba más en su regreso a Caladan.

Salió de su camarote de nuevo y miró por la ventana de observación de un espacio común en el planeta. Como hacía a menudo, se cernió sobre las terribles pérdidas en el Jihad, que parecían interminables. Su mente estaba enojada y entristecida por la noticia de las continuas atrocidades… y su corazón estaba teñido de plomo por la horrible decisión que había hecho. Pero no podía haber negar lo que debía hacer.

IV Delta Kaising era el planeta donde crecían las viñas de gran nitidez de hilo shiga metálico, un importante cultivo comercial que se exportaba a varios mundos.

El hilo shiga era utilizado como un material base de registro, y tenía la interesante propiedad de contraerse cuando estaba estresado, lo que era ideal para los bonos para asegurar a los luchadores prisioneros cruelmente y bonos a menudo mortales. Debido al continuo Jihad, el mercado de las vides se había disparado.

Tan larga guerra. Para Jessica, parecía que habían pasado siglos desde que el joven Paul se había escapado con Bronso Vernius, deseoso de visitar los mundos del Imperio, viajar a lugares y conocer culturas exóticas. Había estado excitado en aquellos días, lleno de asombro y curiosidad…

Jessica no se dio cuenta de la aproximación de un asistente Wayku hasta que el hombre delgado, con barba de chivo oscura, se acercó a ella, solícito, pero reservado. Mantuvo una mano detrás de su espalda.

—Ustedes es la Dama Jessica, de Caladan. —No oyó una pregunta al final de su declaración. Extrañamente, las gafas oscuras del mayordomo se inclinaron hacia atrás en la cabeza para que pudiera mirarla con unos ojos azules intensos y pálidos—. Revisé la lista de pasajeros.

Los mayordomos Wayku raramente iniciaban contacto con los pasajeros, y Jessica fue inmediatamente cuidadosa. Vaciló. Entonces:

—Estoy de regreso a casa.

Desde detrás de la espalda, el hombre sacó un cilindro cerrado y se lo entregó a ella.

—Bronso Vernius de Ix me pidió que le entregara este importante mensaje a usted.

Ella no podría haber estado más sorprendida. Acababa de ver a Tessia en la Escuela Madre, pero no había sabido nada del joven Bronso en años. Aunque él era el líder ostensible de Ix, había roto todo contacto con la Casa Atreides tras la muerte de Rhombur.

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu relación con Ix?

El Wayku ya estaba tratando de irse.

—No tengo ninguna conexión con Ix, mi Dama. Sólo con Bronso. Soy Ennzyn, y lo conocí a él y a su hijo cuando eran mucho más jóvenes. De hecho, ayudé a sus hombres a

localizar a Bronso y a Paul cuando los chicos… se perdieron. Nunca me he olvidado de ellos, y Bronso no me ha olvidado.

Se escapó antes de que pudiera hacer más preguntas. Mirando hacia abajo al mensaje misterioso, Jessica cortó el sello con una uña y desenrolló una hoja de papel teniendo la hélice púrpura y cobre de la familia Vernius.

Mi Querida Dama Jessica:

Aunque di la espalda a la Casa Atreides, por razones que son dolorosas para los dos, llamo ahora a la estrecha relación que nuestras Grandes Casas una vez tuvieron. Sé que acaba de visitar Wallach IX, y con impaciencia espero recibir noticias —¡la verdad!— acerca de mi madre. Estaría enormemente en deuda si usted se detiene en Ix y me visita, en su camino de regreso a Caladan. Todavía vivo en el Grand Palais, aunque se me ha privado prácticamente de todo el poder. El Consejo Tecnócrata me ha despojado de toda influencia real, y dominan nuestra sociedad. También es urgente que hable con usted acerca de Paul.

Con todo el respeto y admiración,
Bronso Vernius

Enrollando el mensaje y retornándolo al cilindro, Jessica se marchó por el pasillo para organizar su viaje hacia Ix. El planeta estaba a sólo tres paradas.

Cuando llegó a la ciudad subterránea de Vernii, Jessica se dio cuenta de los muchos cambios que habían tenido lugar en los últimos doce años desde su última visita… señales de gran riqueza, incluyendo muchos nuevos edificios, la industria se había ampliado, multitudes de personas de distintas razas bullían alrededor en ropas caras. El horizonte invertido de edificios de estalactitas se había vuelto más complejo; los numerosos nuevos edificios administrativos parecían diseñados para fines utilitarios más que por belleza.

En el interior del Grand Palais, Jessica fue recibida por un hombre de pelo de cobre, a quien reconoció de inmediato. Bronso parecía agobiado y cansado con sombras bajo los ojos y la fatiga grabada en sus rasgos. Sus hombros caídos. Toda la felicidad parecía haber sido succionada de su comportamiento.

—Dama Jessica, no puedo decirle lo mucho que aprecio esto. Era imprescindible que usted viniera.

Cuando extendió su mano hacia ella, se dio cuenta de la joya del anillo de la Casa Vernius en su mano derecha. Rhombur llevaba uno igual.

—¡Oh, Bronso! Ha pasado tanto tiempo. —Las palabras fluyeron de ella como una inundación—. Acabo de ver a tu madre. Ella está viva y despierta en Wallach IX, fuera del coma.

El joven se iluminó.

—Eso lo sé, porque ella ha enviado clandestinamente mensajes breves para mí durante estos años, y yo a ella. Si tuviera la fuerza militar o la influencia política, me

gustaría pedir su liberación. —Sus hombros huesudos rebotaron hacia arriba y abajo en un encogimiento de hombros rápido—. Pero, ¿qué podía hacer yo por ella aquí? ¿Las Hermanas cuidan bien de ella? —Hizo un gesto a Jessica para que lo siguiera—. Hábleme de ella. ¿Cómo parece estar?

Jessica habló rápidamente mientras la conducía por un pasillo, donde las superficies de las mesas y estatuas lucían con mucho polvo. Los muebles eran de enorme valor, pero no se veían cuidados. Se detuvo en la puerta de una habitación interior sin ventanas. Cuando terminó su historia sobre Tessia, se dio cuenta de que él había estado tratando de distraerla, y ahora estaba perpleja de que había elegido llevarla a una zona segura en lugar de una de las cámaras del balcón más espectaculares.

Bronso abrió la puerta, y estaba claramente nervioso.

—Podemos hablar más dentro.

Jessica dudó antes de entrar, sintiendo que algo inusual, pero no puede determinar qué era. La habitación parecía brillante y estéril.

Cerró la puerta detrás de ellos, activó una serie de sistemas de seguridad, y luego se relajó visiblemente. Gesticulando para que ella tomara un asiento cerca de la chimenea falsa insertada en la pared, Bronso dijo:

—La Casa Vernius no es lo que era antes. Nuestras fábricas zumban y los clientes vierten desde todos los rincones de la galaxia. A mi alrededor, Ix es una máquina eficiente de actividad, lo que genera grandes beneficios. Sin embargo, aquí estoy en el medio de ella, un hombre olvidado y solitario. Bolig Avati y el Consejo Tecnócrata no ven ninguna necesidad de una familia real en Ix. En lugar de ello, han propuesto una confederación independiente.

—Siento mucho escuchar eso. —No estaba segura de lo que quería de ella, o de lo que podía hacer para ayudarlo—. Me gustaría poder hacer algo para mejorar tu situación. Pero tu mensaje decía que necesitabas hablar… ¿acerca de Paul?

Ella no podía revelar la decisión aplastante que había hecho.

—La citación no provino de mí, mi Dama.

Se abrió una puerta a su derecha, y Paul entró en la habitación, vestido con un uniforme negro formal de la Casa Atreides con una cresta roja de un halcón en lugar de la vestimenta Fremen del desierto que a menudo llevaba, incluso fuera de Dune. Se movía con una actitud gélida que le recordó al Duque Leto.

—Yo soy el que te ha pedido que vengas aquí, Madre.

Si tomar una decisión difícil es considerado un gran poder, ¿entonces cambiar de opinión demuestra debilidad?

—El libro del Mentat

Jessica permaneció helada mientras Paul permanecía al lado de Bronso Vernius, el hombre que supuestamente había roto todos sus lazos con la Casa Atreides.

¡Paul!

El tiempo se canalizó lentamente en un pinchazo de un instante, y todos sus estudios Bene Gesserit cayeron. Si realmente tenía la intención de cometer el acto impensable, esta era su oportunidad. Paul no sospechaba nada.

Algo se había recocido dentro de ella cuando tomó la decisión de detenerlo. Su hijo había prometido esterilizar once mundos más. Tenía que sacarlo del poder, poner fin a su trayectoria imprudente de destrucción.

Ella se acercó más, con cautela esperando un abrazo. Podría dar un único y mortal golpe rápido, irreversible… y necesario.

Al ver el rostro de huesos fuertes y recordar el querido muchacho que había sido un estudiante tan dedicado y con ganas de aprender, y el orgullo de su amado Duque Leto, Jessica casi perdió su resolución. Pero aquello era lo que tenía hacer… no porque la Bene Gesserit lo hubiera sugerido, sino porque sus propias conclusiones lo requerían.

Paul dijo:

—Madre, no hagas lo que estás pensando. —Con sorprendente poder y autoridad, sus palabras la detuvieron en seco, justo cuando estaba a punto de llevarlo a cabo. Su brazo se detuvo, titubeando. Añadió en un tono más suave—: Necesito desesperadamente tu ayuda.

A pesar de que había visto la violencia potencial en ella, no dio un paso atrás para poner incluso a una pequeña distancia segura entre ellos. Paul permaneció exactamente donde estaba.

—Nadie más sabe que estoy aquí, y tiene que seguir siendo de esa manera.

La cámara ixiana estuvo intranquilamente en silencio hasta que Bronso Dijo:

—Este es un asunto de suma importancia. Nadie puede saber lo que planeamos aquí. Estas paredes están protegidas, por lo que podremos hablar con libertad.

Paul asintió.

—Los excesos del Jihad son demasiado extremos. Mi propio mito ha crecido demasiado poderoso, y Bronso está a punto de cambiar todo eso.

La expresión del ixiano eran duras, su piel pálida debido a una vida subterránea en la ciudad cavernosa.

—Paul me ha pedido que sea su papel secreto para contrarrestar el mito destructivo del mesías, para que comprendan que no es el semidiós como el que ha sido retratado. Y he tenido que estar de acuerdo con ello. —Una fría sonrisa cruzó sus labios—. De todo corazón.

Jessica echó hacia atrás su cabeza sorprendida. El corazón le martilleaba en su pecho.

Paul continuó:

—Bronso no ha mantenido en secreto su animosidad hacia mí desde la noche en que su padre murió —por lo que nadie sospechara que lo puse tras esto. Él llevará a cabo algunas muecas, refutará lo que el Qizarate y la Princesa Irulan dicen, ridiculizará a aquellos que ciegamente me veneran. Después de tanto derramamiento de sangre en el Jihad, es la hora.

Las palabras le dieron a Jessica una gran pausa. Se sentía rígida, sin oír ninguna emoción en su propia voz.

—Esto no… no es para nada lo que esperaba.

—Conozco la violencia que he condonado, y sé que debe parecerte inexplicable, imperdonable.

—Al principio pensé que iba a disfrutar de esto —dijo Bronso—, pero cuanto más considero las tareas abrumadoras y los peligros involucrados, más dudo que vaya a salir con vida.

Paul le dio una sonrisa sincera.

—Sin embargo, aun con todo eso, mi amigo redescubierto ha acordado hacer lo que le pido, con un considerable peligro para sí mismo. Escribirá palabras que nadie más tiene el valor de decir, y la gente va a hablar de ellas. Cada vez más, hablarán y hablarán, y pensarán.

—Y, oh, cómo tus fanáticos aullarán por mi sangre —dijo Bronso.

La expresión de Paul demostró la misma determinación que había derrocado un Imperio y puesto en marcha a las tropas fanáticas a través de cientos de mundos.

—A través del destino o de la suerte, Madre —llámalo como quieras— fui incapaz de evitar el Jihad. A través de la presciencia, vi aspectos horribles de mi futuro, pero no pude evitarlos. Del mismo modo, mi padre se encontró atrapado en su propio destino, sabiendo que Arrakis era una trampa tendida por sus enemigos, pero sabiendo que tenía que jugar y ver si podía salir victorioso. Yo también conozco mi propio destino… y no es uno glorioso. Tal vez es la culminación de la maldición Atreides. —Sus palabras se desvanecieron, y miró a Jessica con sus profundos ojos azules—. ¿No hay un dicho Bene Gesserit: «Los profetas tienen la costumbre de morir por la violencia»?

—¡No digas eso! —dijo ella, y luego se dio cuenta de la ironía, ya que se había preparado para matarlo ella misma sólo momentos antes.

—Ya no soy más un noble tomando decisiones parroquiales para Caladan y la Casa Atreides. Me he convertido en algo completamente distinto, un líder monstruoso de una talla tal que este universo nunca ha visto. Cuando mis guerreros se apresuran a la batalla, gritan mi nombre como si los protegiera e infundiera el terror de sus oponentes.

—Lo sé, lo sé. —Ella apartó la mirada, tristemente.

Las palabras de Paul llegaron más rápido.

—El momento en que me convertí en Muad'Dib, llegué a un punto de no retorno. Como Kwisatz Haderach, vi partes de mi futuro y del futuro de la humanidad, y sabía que tenía que llevar mis legiones planeta tras planeta, llevando pancartas teñidas en sangre. ¿Y con qué fin, Madre? ¿Sólo para matar, sólo para ganar poder, sólo para derrocar las viejas costumbres? ¡Por supuesto que no!

Echando un vistazo a Bronso, vio al otro hombre asintiendo con la cabeza mientras escuchaba.

—Fue mi destino apoderarme de mi papel como Lisan al-Gaib y Kwisatz Haderach, con el fin de guiar a las personas a través de los torbellinos de la historia, para que pudiéramos llegar a este punto. El punto de inflexión.

Jessica entrecerró los ojos, miró de reojo a Bronso, luego otra vez a su hijo, sin decir nada.

—Debido a mí, Madre, se hablará de nuestra noble Casa durante años, quizá incluso siglos… sin importar las nobles hazañas de nuestros antepasados, sin importar las buenas acciones que cometieron antes de que la violencia total del Jihad se haga evidente.

Se sintió vacía.

—Entonces, ¿por qué estás pidiendo la esterilización de once planetas más? ¿Cómo es que eso es necesario para contrarrestar el mito?

—Porque he visto que hay que hacerlo. En cierto modo, es el acto que inclina la balanza y vuelve a las personas en contra mía, con un poco de persuasión de Bronso. Les da una razón legítima. Si no fuera por eso, la situación crecería incluso peor, mucho peor, y si no se inicia ahora, será demasiado tarde.

—¿Pero once planetas? Toda esa gente, ¿sólo para alcanzar un punto? —Entonces, pensando en lo que el Alcalde Horvu y sus seguidores habían hecho con su grito insensato por la independencia, agregó—: ¿Caladan es uno de esos mundos?

Retrocedió.

—Caladan es mi planeta de origen. Nunca le haría daño.

—Cada uno de esos mundos es el planeta natal de alguien. —Se preguntó si había cometido un error al no matarlo cuando tuvo su oportunidad.

Como si pudiera leer sus pensamientos, él dijo:

—Entiendo lo que pensabas que tenías que hacer por mí, Madre. Esperabas salvar tantas vidas como fuera posible, y esa es mi esperanza, también. Hay pequeñas cosas de las que no eres consciente. La reciente masacre en el monasterio de Lankiveil involucró menos de ciento cincuenta muertes. En secreto, hice que cuarenta y siete mujeres y niños escaparan antes de que los sacerdotes entraran. Las palabras también se han filtrado a los gobernantes de los once planetas objetivos y naves de la Cofradía están quitando un gran número de personas en una evacuación no oficial, aunque por supuesto me niego con vehemencia.

Jessica se quedó sin aliento, casi sollozó cuando preguntó:

—¿Pero por qué, por qué quieres ser odiado por toda la eternidad, y por qué debes llevarte a la Casa Atreides contigo? ¿Por qué tiene que morir tanta gente en nombre de Muad'Dib? ¿Cómo puede ser ese tu destino, o el de ellos?

—He tenido muchas visiones que guían mi curso, algunas después de un gran consumo de melange, otras a través de los sueños. Saqué mi nombre por el ratón del desierto, el muad'dib, la forma de la sombra en la segunda luna… y en muchas visiones he visto a la luna, y las sombras, la creciente oscuridad… quizás eclipsada. —Su voz se apagó, luego sacudió la cabeza—. Pero eso no significa que toda la luz se pierde de esa luna, o que mi vida no tiene ningún propósito. Aunque estoy atrapado inextricablemente

en mi propio destino, enseñaré una lección para todos los tiempos, que muestre por ejemplo el peligro de caer en el mito del líder carismático, la creencia errónea que a raíz de una figura heroica siempre conduce a la humanidad a la utopía. Tal mito es la locura de masas, y debe ser destruido. El legado que dejo es que mis fallas personales, muy humanas, son amplificadas por el número de las personas que llevan a mi bandera en la batalla.

Jessica empezó a comprender la inmensidad de lo que Paul tenía en mente. Sus palabras fueron como un golpe inesperado de agua fría para abrir los ojos. Había hecho muchas cosas reprobables que había empezado a creer que había caído de cabeza por una pendiente resbaladiza de sus propias justificaciones. Había comenzado a creer lo peor de él, y utilizar esa grieta en su armadura, tanto la Madre Superiora Harishka y la Reverenda Madre Mohiam habían intentado manipular a Jessica en el asesinato de su propio hijo.

Con gran pesar, Paul dijo:

—Las cosas que tengo que hacer son mi terrible propósito, reveladas a mí en mis visiones —la trayectoria de pesadilla que debo seguir a través de la oscuridad que parece interminable, pero que en última instancia debe emerger a la luz—. Su rostro era una máscara sombría que nunca olvidaría. Parecía mucho más viejo que sus veinticuatro años.

Ella sintió una extraña sensación de calma. Paul le había abierto los ojos con sus confesiones, su inmenso sacrificio personal. A pesar de sus temores, se dio cuenta de que realmente sabía lo que estaba haciendo, después de todo, que sus planes abarcaban un lienzo mucho más vasto que cualquier tragedia solitaria, que no era una Abominación que necesitara ser asesinada sólo para detener una crisis actual. Un gran número de personas estaban siendo evacuadas de varios planetas específicos, pero su parte en salvar sus vidas tenía que permanecer en secreto. Él se estaba sacrificando a sí mismo, y las vidas que se perdieran eran el precio más pequeño que había podido encontrar.

Ella estaba horrorizada por lo cerca que había estado de matarlo. ¡Qué poco había entendido!

Bronso rompió el silencio.

—Durante mucho tiempo me he considerado enemigo de Paul, y me tomó mucho tiempo encontrar un espacio para el perdón. Pero me di cuenta, finalmente, que la muerte de mi padre no fue culpa de Paul. El mayor golpe fue cuando las últimas palabras de mi padre estaban dirigidas a Paul… y sólo a Paul. —El noble ixiano respiró hondamente—. Pero luego me di cuenta de otra cosa. Mi padre me había hecho jurar que cuidaría a Paul, que lo protegería de peligros. Al preguntar con su último aliento si Paul estaba a salvo, me estaba preguntando si había cumplido con mi responsabilidad. —El joven levantó la barbilla, y sus ojos brillaron con una nobleza orgullosa—. Ahora entiendo mucho más. Y esto me da mi propio fuerte propósito —un propósito que he evitado durante toda mi vida adulta.

Bronso hizo un gesto a la pared de la cámara blindada.

—El Consejo Tecnócrata controla Ix. Aunque soy un representante del Landsraad y todavía el gobernante titular del planeta, mi autoridad aquí es vacía. Los Tecnócratas ya

me consideran irrelevante, y pronto llegarán a la conclusión de que soy una molestia. ¡Infiernos de Vermillion, con todos los peligros aquí, puede que sea más seguro si me escondo en las rutas espaciales y extiendo peligrosas pancartas sobre Muad'Dib! —Le sonrió animosamente a Paul, y luego a Jessica—. Estoy listo para esta tarea.

—Es mi destino amarte, Paul, sin importar nada más —dijo Jessica. Paul se volvió hacia ella con una súplica en su rostro, y Jessica vio a su hijo de nuevo, aquella persona brillante, sensible, que pensaba que había perdido. Lo había concebido en el amor y le había dado a luz, y ahora no podía hacer nada para eliminarse a sí misma de la corriente histórica de gran alcance que llevaría a la Casa Atreides al futuro.

Jessica sólo pudo asentir cuando él dijo:

—Quiero que ayudes a Bronso, en secreto, de cualquier manera que puedas. Ayúdale a destruirme.

Cada vida está repleta de secretos.

—Aman Wutin, adversario de Korba el Panegirista

Todo en su vida había cambiado y vuelto a cambiar, pero cuando Jessica regresó a su hogar, Caladan estaba tan hermoso como siempre… prístino, sereno y seguro.

Cuando caminó por el campo de aterrizaje de Cala City, olió el aire con la frescura de la brisa del mar. Bebió de los vibrantes colores de la tarde, de los campos pantanosos, de las costas con altos pinos, de los amplios mares, de las montañas del interior. Hogar. Paz.

Desde la reunión de Ix, su impresión de Paul había cambiado fundamentalmente.

Jessica sabía que tenía la claridad de la visión según él, y que era plenamente consciente de los peligros de su propia leyenda y religión que habían surgido en torno a él. Sólo ella y Paul sabrían lo que Bronso Vernius realmente estaría haciendo y por qué. Ni siquiera podía decirle Gurney Halleck la verdad.

Jessica sabía tan bien que su propio destino se alineaba con el su hijo, y que no podría liberarse ya por más que quisiera…

Un contingente de guardias la esperaba en el borde de los terrenos del espaciopuerto. Durante años, con la previsibilidad de la salida del sol todos los días, la expresión de Gurney se había iluminado cada vez que la veía. Pero no ahora.

—Ha vuelto a casa en medio una crisis grave, mi Dama, y me temo que es sólo el comienzo. —Se negó a decir más hasta que los dos se hubieran subido al vehículo terrestre. Los guardias soldados de otros mundos tomaron vehículos adyacentes, haciendo que Jessica se sintiera muy incómoda. Nunca había visto tanta seguridad en Caladan.

Durante el trayecto hacia Castel, Gurney describió las manifestaciones sorprendentemente violentas, el creciente fervor por la independencia, la ira de la gente de Caladan en respuesta a la forma en que percibían que Muad'Dib los había tratado.

—Mi solución puede haber empeorado las cosas. —El hombre de aspecto rudo negó con la cabeza—. Intervenimos y detuvimos a la mayor parte de los manifestantes, y reabrimos el espaciopuerto. Pero esta mañana, algunos lugareños excesivamente ambiciosos tomaron cuatro rehenes Qizara y no los liberarán hasta que el gobierno

Imperial rescinde el cambio de nombre de Caladan. —Sus manos se cerraron en puños—. Tenía la esperanza de que pudiéramos mantener a raya cualquier represalia del gobierno de Muad'Dib, afirmando que el problema fue resuelto… pero ahora ¿qué puedo decirles? Estoy avergonzado de haberle fracasado así, mi Dama.

Después de lo que Mohiam le había revelado en Wallach IX, Jessica entendió que los operativos Bene Gesserit habían estado manipulando las multitudes, empujándolas hacia la rebelión con la esperanza de desencadenar una cascada de revueltas planetarias.

—No es del todo tu culpa, Gurney. La Hermandad está tratando de obligar a Paul a reaccionar de forma exagerada. Tienen la intención de que la resistencia en su mayoría inocente de Caladan sea el punto de inflamación de una cadena de levantamientos. Las Bene Gesserit están jugando un juego de provocación, con la gente aquí como sus peones.

—A menos que corte las raíces de esta rebelión antes de que pueda florecer aún más —dijo Gurney.

—Cortemos, Gurney. Tenemos que cortar las raíces de esta rebelión.

Su amplia boca formó una sonrisa casi involuntaria,

—A su servicio, mi Dama…

En Ix, después de escuchar la sorprendente revelación de Paul, se había tomado tiempo para contarle del plan del Alcalde Horvu de declarar la independencia de Caladan. Su comportamiento se había oscurecido.

—Incluso si las Bene Gesserit son las instigadoras aquí, ¿no sabe Horvu lo que me va a obligar a hacer? ¡Tal acto de desafío incitará una terrible venganza que no voy a ser capaz de controlar! Mis seguidores ya están indignados de que se ha dado la espalda a tantos peregrinos. Después de oír esto, se sentirán obligados a purificar mi mundo original.

Ella sintió como su propia voluntad se endurecía mientras su respiración se aceleraba.

—Entonces, antes de actuar, Paul, dame una oportunidad para mitigar la situación. Si hay un precio que pagar, voy a encontrar una manera de pagar el precio más pequeño posible, para Caladan. Déjame hacer mi trabajo para proteger la gente.

A regañadientes, había asentido, pero Jessica sabía que tendría una sola oportunidad, que Paul no sería capaz de mantener su papel y detener a sus fanáticos en el frente a la provocación repetida. Ahora el futuro de Caladan estaba en sus manos, por lo que muchas vidas dependían de ella, si sólo podía tomar decisiones difíciles pero necesarias. Necesitaba encontrar el más pequeño precio posible a pagar…

Ahora, junto a ella en el vehículo, Gurney lleva un gran peso sobre sus hombros.

—No estaba del todo seguro de cómo responder, mi Dama. No me podía imaginar que el Duque Leto encarcelara a cualquier persona que eligiera hablar, sobre todo desde que me siento ofendido por el decreto del Qizarate. ¿Cambiar el nombre de Caladan? —Negó con la cabeza—. Desde que liberé a los disidentes de sus celdas de detención, han profesado ser pacíficos. Verá una multitud en su castillo… no mucha aún, pero aumenta de tamaño cada día. Me temo que se va a ir de las manos de nuevo, y pronto.

—Si lo hace, las tropas de Muad'Dib vendrán. —Los labios de Jessica formaron una línea sombría—. Leto fue sólo el Duque de un solo planeta, y por lo tanto podría centrarse en los problemas de su pueblo. Paul está atrapado en una especie totalmente diferente de torbellino que abarca miles de planetas. Es la diferencia entre un remolino de polvo y una tormenta de Coriolis.

Cuando llegaron a Castel Caladan, Jessica vio las multitudes, más numerosos que incluso las hordas de peregrinos entusiastas durante sus días sin marcar allí. Gurney dijo:

—Tal vez haya una última oportunidad a la cordura. Ellos le veneran como su Duquesa, mi Dama. Esperan que usted esté parada con ellos y resuelva sus problemas.

Jessica miró por las ventanas del vehículo de tierra.

—Lo sé. Deben aceptar cierta responsabilidad por los problemas que han creado, sin embargo. No podemos culpar totalmente a las Bene Gesserit. —Las tropas de seguridad de extranjeras les despejaron un camino para que pudieran moverse hacia adelante, y los gritos de la multitud se hicieron más fuertes—. Y tienen que darse cuenta de que no son los únicos problemas que resolver.

—Es sólo crecerá peor, mi Dama. El momento en que levantó las restricciones sobre él y volvió a abrir el puerto espacial, el Alcalde Horvu ha drenado la mitad de la tesorería de la ciudad para enviar correos a decenas de planetas mayores para declarar nuestra independencia. Detuve a algunos de los correos y he bloqueado a los disidentes y no podrán enviar más mensajes fuera del planeta, pero me temo que es demasiado tarde. Ahora, todo el mundo va a esperar a ver cómo reacciona Muad'Dib ante la situación.

—No podemos esperar, Gurney. —Su voz era aguda—. En última instancia la solución a esta crisis debe radicar en cómo reacciono yo, porque yo manejo Caladan. No digo eso para disminuirte de ninguna manera, porque necesito tu ayuda, pero hay ciertas responsabilidades que los gobernantes deben cargar por su cuenta.

A medida que el vehículo pasaba a través de la multitud, vio un gran globo negro volando sobre la multitud. Unas palabras blancas impresas en la superficie decían: PAUL MUAD'DIB YA NO ES UN ATREIDES.

Al ver esto, Jessica levantó la voz hacia el conductor.

—Detenga el vehículo. Aquí. Ahora.

—¿Aquí, mi Dama? Pero no es seguro.

Después de tomar una mirada a Jessica, Gurney espetó:

—Haz lo que dice la Duquesa.

La multitud se quedó muda de sorpresa cuando ella salió y los enfrentó. Levantó la voz mientras comenzaba a animar alegremente. La gente estaba contenta de verla, seguro de que ella era la salvadora que necesitaban.

—¡Ahora que he vuelto de mis viajes, estoy decepcionado al ver esta indisciplina! ¿Es así como resolvemos nuestras dificultades en Caladan? ¡No! Escúchame ahora: quiero que los sacerdotes rehenes sean liberados ilesos. Inmediatamente. Sólo después de haber hecho eso, podremos hablar de sus quejas. Si hacen lo que les pido, esta noche invitaré a las diez personas que consideren más importante en esta… —Buscó la palabra

correcta—… esta cruzada para reunirse conmigo en privado. Sólo quiero ver a los que están verdaderamente involucrados en este asunto, para que pueda ofrecer mi solución a sus quejas. Hasta entonces, todos ustedes por favor dispérsense, y me ocuparé de sus preocupaciones de una manera adecuada.

Las personas dudaron por un momento, como si todos hubieran tomado una respiración profunda al mismo tiempo. Luego aplaudieron.

Jessica volvió a subir al vehículo de tierra y le dijo al conductor que los llevara a Castle. Se echó hacia atrás en su asiento, cerró los ojos.

—Gurney, tengo que resolver esta antes de que Paul lo haga.

La miró con curiosidad, luego asintió.

—Sólo deme mis órdenes, mi Dama.

Contando con Jessica para hablar en su nombre, la gente estaba ansiosa por cooperar ahora, para mostrar su fe en ella. Los cuatro sacerdotes rehenes fueron liberados en dos horas. Gurney los había llevado a un edificio seguro cerca de Castle y apostado varios de sus guardias extranjeros para velar por ellos. Satisfecha con aquello al menos, Jessica se preparó para la noche. Sería su única oportunidad de poner fin a esto.

Gurney la presionó para que contara lo que pensaba hacer, pero Jessica se negó a responder. Aquella era su decisión, aunque no le gustaba mantener tales secretos de su amigo de confianza. *Paul ha encontrado el precio más pequeño a pagar, y voy a hacer lo mismo*.

Tenía que evitar la catástrofe que se aproximaba y desbaratar los planes de la Hermandad de provocar revueltas en todo el Imperio, con la gente de Caladan como carne de cañón. Tenía que detenerlo allí.

Cuando los diez invitados especialmente elegidos llegaron, los siervos los escoltaron a la sala principal del banquete. Aquellos eran los cabecillas, seleccionados por los propios disidentes. El Alcalde Horvu pareció aliviado al verla. El sacerdote Sintra, así como todos los prominentes líderes de Cala City y otras ciudades costeras, parecía contento y victorioso. Jessica había accedido a escuchar sus quejas y presentar su solución.

Seis hombres y dos mujeres acompañaban al sacerdote y al alcalde, encontrando su lugar en la larga mesa con una falta de eficiencia casi cómica. La mayoría nunca había estado en el interior de Castle antes, y ciertamente no para una cena tan importante. Los alimentos ya habían sido depositados a la mesa, porciones servidas en placas finas junto a copas de clara agua de manantial… un recordatorio de la generosidad de Caladan en comparación con Arrakis.

Después de que los sirvientes se marcharan, Jessica habló con voz clara:

—Gurney, ¿nos perdonarías?

Gurney se sorprendió al ser despedido.

—¿Mi Dama? ¿Está usted segura de que no puede ser de ayuda?

Ella no lo quería allí.

—Por el momento, debo servir como la Duquesa de Caladan, y esta discusión es un asunto privado entre estas personas y yo. Por favor, cierra las puertas detrás de ti.

A pesar de que se veía preocupado, Gurney se marchó de inmediato, según las instrucciones. Las diez personas se ruborizaron y emocionaron; varias parecían petulantes. Sintra pareció sentir placer especial en ver a Gurney despedido, al parecer creyendo que Jessica desaprobaba cómo había manejado los asuntos en su ausencia.

Ella tomó su lugar a la cabeza de la mesa. El Alcalde y sus cohortes tenían un aire festivo acerca de ellos, expresando sus preocupaciones cortésmente, en un primer momento. Después de unos minutos, sin embargo, se aclimatizaron y el bullicioso dominó la discusión. Según lo prometido, Jessica los escuchó. El Alcalde Horvu se jactaba de que, con Jessica como su vocera directa, Paul-Muad'Dib no tendría más remedio que dejar a Caladan solo.

Jessica respiró hondo y dijo con cautela:

—Creo que mi hijo todavía confía en mi juicio. Ahora, coman. Beban. Tenemos una dura noche por delante de nosotros, y no tenemos la intención de salir de esta habitación hasta que se resuelva nuestro problema. —Levantó la copa y bebió, saboreando el agua de manantial.

Abbo Sintra levantó su copa en un brindis.

—Por la solución de los problemas. —Todos bebieron.

Horvu, con el rostro surcado por la preocupación, dijo:

—Mi Dama, no queremos que nos considere alborotadores. Pero usted tiene que admitir que las tropas de su hijo han tomado acciones agresivas por toda la galaxia. ¿Cómo Atreides usted no puede condonar tales reprobables actos? Sólo queremos que Paul recuerde sus raíces y su honor Atreides, también. Eso es todo.

Los invitados comieron sus ensaladas nueces y queso, y luego se volvieron hacia los cuencos humeantes de sopa de pescado tradicional.

El sacerdote dijo en una voz brillante:

—Cuando los demás representantes planetarios vengan aquí, hemos decidido que usted pueda hablar por Caladan. Asegurar a todos que nuestro pueblo permanece libre de la mancha del Jihad del Emperador, tanto plebeyos y nobles, unidos. Dejemos que la historia registre que nos alzamos contra la tiranía y dijimos NO en voz alta y unánime. —Terminó con un broche de oro grandioso, luciendo muy satisfecho de sí mismo.

—Por el contrario —dijo Jessica con el corazón encogido, mirando a todos ellos comer—, aquí es donde yo digo que no. Aquí es donde salvo al pueblo de Caladan de graves peligros.

Los hombres y mujeres alrededor de la mesa parecieron confundidos. Horvu dijo:

—Pero ya hemos salvado Caladan, mi Dama. —Parecía sorprendido de que su voz inexplicablemente arrastrara las palabras.

Jessica sacudió la cabeza.

—Es lamentable, porque simpatizo con su indignación. Las masacres del Jihad son de hecho trágicas. Pero en el curso de tales cambios ambiciosos y panorámicos a través de

todo un Imperio, está obligado a haber excesivas muertes. Esto me entristece, pero Paul es mi hijo, y tuve una mano en su formación. Él sabe lo que es necesario.

—Pero… debe ayudarnos, Dama Jessica —dijo una de las dos mujeres en la mesa. Parecía tener problemas para respirar y tomó un largo sorbo de su agua, pero no sirvió de nada.

Jessica reconoció a la mujer como la hija de uno de los pescadores del pueblo. Se habían conocido una vez, un día de lluvia en los muelles donde la mujer había ayudado a su padre a preparar su curtido viejo barco. Jessica había oído maldecir como un hombre, antes de que hubiera cambiado repentinamente su tono al notar a la Duquesa.

—En cierto modo —dijo Jessica, obligándose a la calma—, son todos ustedes los que me están ayudando y ayudan a Caladan. Lo siento, pero esta es mi solución, la única manera que pude ver para evitar una crisis mucho mayor. Me decidí a salvar millones de vidas.

Sintra comenzó a toser. Varios de los otros parecían mareados, somnolientos, enfermos. Sus ojos en blanco.

—El sacrificio que hagan aquí preservará Caladan, como querían hacer. Como Duquesa, tomo decisiones que afectan a la totalidad de este mundo… al igual que Muad'Dib toma decisiones para todo el Imperio. Sus muertes a voluntad demostrarán al Emperador que he atendido el problema y que no hay necesidad de que envíe a sus ejércitos aquí.

Fiel a los registros Bene Gesserit que había consultado, el veneno que había elegido no tenía sabor, y actuaba con rapidez… supuestamente sin dolor. Incluso ella, había consumido el mismo veneno, pero había transmutado fácilmente la sustancia en su cuerpo, dejándolo inerte.

—No fue del todo culpa suya, que me entristece aún más. Todos ustedes fueron manipulados por expertas de la Bene Gesserit, y no entendían dónde estaban siendo guiados. Emitiré una declaración en la que los diez conspiradores fueron engañados por agentes de la Hermandad, como parte de un complot para derrocar al Emperador Muad'Dib. Ellas se llevarán la peor parte de la culpa.

Esto soluciona dos problemas a la vez, pensó Jessica. *Se ocupa de la sublevación, y sirve como un acto de desafío contra la Bene Gesserit, junto con mi total rechazo de su oferta.*

—Cualquier otro caladaniano que participó en esta rebelión será perdonado —dijo Jessica—. Tengan la seguridad de ello. Pero ustedes diez… ustedes son el precio que hay que pagar.

Resignada, se sentó recta respaldada en su silla y observó a los huéspedes que luchaban, jadeaban, y caían sobre sus platos o al suelo. Mientras ella observaba, el Alcalde se deslizó de su silla con un ruido sordo. Sus ojos permanecieron inertes, mientras que los de ella se llenaron de lágrimas.

Jessica se defendió de la emoción y dijo en voz alta a la habitación de muertos:

—Esto necesitaba hacerse, y lo hice. Ahora, he actuado tanto como una Harkonnen y como una Atreides.

A pesar de que no estar arrepentido de mis años de servicio a la Casa Atreides, no existen palabras para expresar algunas de las cosas que he presenciado, hecho y sufrido. Ni siquiera voy a intentarlo… prefiero que sean olvidadas.

—GURNEY HALLECK, Canciones Inconclusas

Al ver los cuerpos caídos en torno a la mesa del banquete, Gurney estaba a la vez furioso y asqueado. Se quedó mirando por un largo momento sorprendido e incrédulo, congelado en los rostros del Alcalde Horvu, del cura del pueblo, y de los otros instigadores.

Después de permitirle a Gurney ingresar nuevamente al interior de la habitación, Jessica se aseguró que la puerta de la cámara estuviera cerrada con seguridad, sabiendo que aquello pondría a prueba la profundidad de la lealtad del hombre.

—Tú no hiciste esto, Gurney. Yo lo hice. Fue un terrible precio a pagar, pero era el precio más pequeño que pude encontrar.

Gurney la miró, con los ojos rojos.

—¡Pero usted conocía a esta gente, mi Dama! Eran tontos, pero tenían buen corazón. Eran como niños que juegan en un escenario galáctico. —Hizo un gesto hacia las figuras tendidas—. Eran inocentes.

Jessica endureció su voz. Lo necesitaba con ella ahora.

—No eran inocentes. ¿Acaso los dos no abogaron contra la rebelión? Yo misma les advertí que habría consecuencias significativas si procedían. ¿Y crees que fue un accidente que enviaran esos correos detrás de ti, y mientras yo me había ido? ¿Y desde cuándo meros inocentes comienzan a tomar rehenes? Dejaron que la situación se fuera de las manos, y Paul nunca habría perdonado a su revuelta o dejado a un lado. Si él mostraba alguna debilidad o vacilación aquí, entonces otros planetas se habrían alzado contra el Imperio. El Emperador habría tenido que tomar medidas enérgicas planeta tras planeta, sin duda, esterilizando, incluso más mundos. —Miró a las víctimas silenciosas alrededor de la mesa del banquete—. Estas… estas eran sólo diez vidas. No es un precio tan alto.

Gurney frunció el ceño, tratando de adaptarse a la tragedia en su concepto de honor y decencia, así como en la lealtad a ella y a la Casa Atreides. Con un esfuerzo, Jessica trató de que su voz no se quebrara; sonó fuerte y firme, gracias a su formación Bene Gesserit y se odió por ello.

—Sin estos instigadores, la revuelta en Caladan se cae a pedazos. Por lo tanto, Paul no tiene que responder en absoluto. Sigue siendo un asunto local, con el que he lidiado, como Duquesa. No hay necesidad de que los Fedaykin se involucren. Sin estas diez personas, no habrá más violencia o derramamiento de sangre, o repercusiones en un centenar de otros mundos. —Tragó saliva y añadió—: Tú también lo sabes, Gurney. Un perro rabioso debe ser sacrificado antes de que pueda causar un daño mayor. Estas personas eran perros rabiosos. Era la única manera. Si hubiera dudado…

Por último, las lágrimas cayeron de sus ojos, y las secó con un gesto rápido. Gurney alejó su mirada, fingiendo no darse cuenta. Durante toda su vida, la Hermandad la había obligado a construir muros impenetrables alrededor de sus emociones, obligándole a no sentir, pero en un caso tan extremo, después de la terrible decisión que había tomado, Jessica no podía evitarlo.

El hombre asintió con la cabeza llena de bultos, muy lentamente. Cuando percibió su cambio de humor, Jessica se dio cuenta de que nunca había tenido ninguna duda de que Gurney Halleck se mantendría leal a ella.

Él dijo:

—Así que estos diez no son diferentes de las tropas de choque de carne de cañón en una zona de guerra. Ellos murieron en una batalla que ayudaron a crear, y por desgracia eligieron el lado equivocado. —Su voz sonaba sombría—. Entiendo mejor ahora, mi Dama, pero aún no me gusta. No me gusta lo que esto cambia en mí. He matado a un montón de gente en mi servicio a la Casa Atreides, pero nunca antes me sentí como si participara en… un asesinato.

Jessica tomó sus manos entre las suyas y dijo con tristeza:

—El tiempo y la guerra lo cambian todo, desde brillante y nuevo a viejo, desgastado y sucio. No fue asesinato. Esa no es la palabra correcta para cuando un gobernante realiza ejecuciones necesarias. Como la Duquesa de Caladan, esa es una de mis tareas más difíciles.

Ya no pudo mantener cualquier apariencia de su compostura. Salió corriendo de la sala del banquete, sin decir nada más, sin dar más órdenes. Cuando regresó más tarde, supo que todos los cuerpos se habían retirado, y todo pareció normal, una vez más.

Dentro de sus aposentos, Jessica cerró la puerta y echó el cerrojo. Esperaba que la barrera de madera fuera lo suficientemente gruesa para que nadie pudiera oírla.

Afortunadamente, en Caladan no había estrictos en contra de dar agua a los muertos.

Horas más tarde, después de que haberse evaporado de su dolor, Jessica se sentó en su escritorio para escribir un mensaje redactado con frialdad. El globo resplandeciente lanzaba un charco de luz a su alrededor. Hacía años, cuando había pedido ayuda a la Bene Gesserit para encontrar a los chicos Paul y Bronso, sólo había recibido una negativa cortante. Ahora era su turno de enviar una respuesta que no escatimara en palabras. Dirigió a la carta específicamente a la Reverenda Madre Mohiam, su profesora principal, su madre secreta.

»Tu plan ha fracasado. Sé que trató de manipularme a mí y a otros, pero ya no soy un engranaje en la máquina, y nunca voy a ser parte de su círculo íntimo. Que así sea. Nunca pedí ser la Madre Superiora.

»Sé quién eres, Gaius Helen Mohiam Sé que tu alma se llena de ácido. Esta advertencia es para usted, personalmente, y para toda la Hermandad: Si las Bene Gesserit hacen otro intento para la desgracia o destrucción de Paul, convenceré a mi hijo de enviar todo el peso de su Jihad contra la Escuela Madre. Esterilizará Wallach IX, como ha esterilizado otros mundos. Créeme, lo puedo convencer de hacerlo, así que no

dude de mi sinceridad. Ha acabado con otros grupos —religiosos y seculares— que lo ofendieron. No se añadan ustedes mismas a esa lista.

Hizo una pausa en su escritura, pero la ira le latía en las sienes. Mohiam se había acercado tanto para que creyera sus mentiras, tan cerca de matar a su propio hijo. Jessica agregó una posdata:

»No envíe mensajes o a sus emisarios a Caladan. No tengo ningún deseo de escuchar sobre usted otra vez Me reprendió por dejarme sentir amor. Se lo aseguro, también soy capaz de sentir odio.

Aquellos que adoran a Muad'Dib, lean esto. Los que creen en las mentiras del Qizarate y las exageraciones de la Princesa Irulan, lean esto. Los que respetan la verdad, lean esto.

—Bronso de Ix, introducción a su primer panfleto (sin título).

Jessica se preparó para cualquier reacción violenta de los ciudadanos furiosos que habían perdido a amigos, familiares o miembros bien respetados de la comunidad. Sin embargo, la reacción inicial a la ejecución de un puñado de disidentes en Caladan podría haber sido mucho peor. Al menos por ahora, muchos de los locales descontentos e insatisfechos aceptaron el pronunciamiento de la Duquesa que colocaba la culpa directamente sobre los hombros de Alcalde Horvu, el sacerdote Sintra, y los otros líderes de la revuelta. Después de que explicara que la buena gente de Caladan había sido manipulada por la Bene Gesserit, los ciudadanos reaccionaron con vergüenza y dirigieron su ira hacia la Hermandad en lugar de ella. ¿Cuándo la gente de Caladan había desafiado abiertamente a su legítimo Duque o Duquesa?

Después de ser liberado, los rehenes Qizaras aplaudieron a Jessica por su justicia rápida y segura, y se comprometieron a hablar en nombre de Caladan por lo que la ira de Muad'Dib no caería sobre aquel mundo o su gente. Volvieron a Arrakis, molestos, pero satisfechos.

Entonces Bronso de Ix lanzó su primer manifiesto impactante. Era tarde en el año 10200, cuando los agricultores de arroz de Caladan estaban preparando sus arrozales para la siguiente temporada… cuando Muad'Dib acababa de enviar una fuerza terrible de naves para esterilizar once planetas más… cuando el Jihad parecía que nunca terminaría.

Distribuido ampliamente, copiado, y pasado de mano en mano, el panfleto horrorizó y excitó ambas facciones con sus afirmaciones audaces y espantosas. En una reacción contundente, los fieles se reunieron para proteger la reputación y la santidad del Emperador Paul-Muad'Dib. En Caladan, los que podrían haberse quejado de las ejecuciones de Horvu y sus compañeros de conspiración repente se encontraron enfurecidos por los pasajes condenatorios de Bronso… tan enfurecidos, de hecho, que tuvieron que decirle a todo el mundo acerca de las escandalosas e insultantes reclamaciones.

Los generales y sacerdotes de Paul emitieron una orden inmediata para la detención e interrogatorio del ixiano advenedizo, pero Bronso Vernius no estaba por ningún lado. Después de transferir la mayoría de su riqueza, drenando secretamente fondos de la Casa

Vernius, Bronso había dejado el Grand Palais y desaparecido en el espacio, sin dejar rastro de su paradero.

Las tropas del Jihad que llevaban las banderas de la ortodoxia rodearon Ix, irrumpieron en la ciudad subterránea de Vernii, y cuestionaron todos los miembros del Consejo Tecnócrata, exigiendo saber cómo habían ayudado al traidor en la difusión de su sedición. Temiendo por sus vidas, el Consejo Ixiano desautorizó todo el conocimiento de las acciones de Bronso y lo condenó con vehemencia. Desafortunadamente para ellos, el brazo militar del Qizarate no encontró sus negaciones convincentes. Junto con muchos otros, Bolig Avati no sobrevivió a su interrogatorio…

Gurney trajo uno de los panfletos a Jessica mientras atendía sus nuevos jardines en el patio de Castle Caladan.

—¿Ha leído lo que Bronso está diciendo, mi Dama?

Ella apisonó la tierra en torno a un nuevo arbusto de fragante olor a romero.

—No, elegí no pensar en ello.

Parecía casi sin poder contener su enfado.

—Recogí esto en una hoguera en los muelles. Los aldeanos confiscaron copias de un hombre que los encontró en su equipaje. Estaban tan indignados por el insulto a Paul que quisieron lanzar el hombre a las llamas. Él insistió en que no sabía cómo habían llegado los documentos a sus manos, y se lo envió de vuelta al Heighliner para salvar su vida. —Bajó la voz—. Al igual que usted, no quiero leer tonterías contra Paul… pero si hubiera leído esto de antemano, tal vez tendría que haber dejado que ellos hicieran su camino contra el hombre.

Gurney extendió el folleto hacia ella, pero Jessica aún no hizo ademán de tomarlo. Se cepilló la suciedad de sus palmas.

—¿Y qué es lo que te molesta tanto exactamente? ¿Has estado leyendo los informes almibarados de Irulan durante tanto tiempo que se te ha olvidado que Paul en realidad no camina sobre el agua?

Gurney frunció el ceño y se sentó a su lado en un banco de piedra en el jardín.

—En realidad, Irulan afirma que camina sobre arena, pero no deja huellas. —Abrió el folleto de nuevo, lo observó, y luego lo tiró al suelo con disgusto para enfatizar su punto. Jessica no lo recogió—. Para ser honesto, mi Dama, no puedo afirmar que sus hechos estén absolutamente equivocados. Pero desde que el Conde Rhombur murió y Bronso le dio la espalda a la Casa Atreides, sabía que estaría problemas. Ese muchacho tiene dejar que su odio de lado, pero ahora… esto. —Frustrado, Gurney se inclinó más cerca de ella—. ¿Por qué no está tan molesta?

Jessica le dio una sonrisa enigmática dolida, cortando una fronda aromática de hierba, inhalando profundamente.

—Oh Gurney, el gobierno de mi hijo es lo suficientemente fuerte como para resistir un poco de crítica —y tal vez incluso se beneficien de ella. Los sacerdotes, por supuesto, cubrirán sus ojos y oídos, pero Paul pueden escuchar y Alia también.

—Supongo que tiene razón, mi Dama. El Duque Leto nunca habría tenido miedo de algunas quejas. —Gurney cargaba una mirada nostálgica en el rostro—. Soy culpable de algo similar. Cuando era mucho más joven, canté algunas canciones sobre el Barón Harkonnen. —Tarareó, y luego estalló en un estribillo—: Trabajamos en el campo, trabajamos en las ciudades, y esta es nuestra suerte en la vida. Para que los ríos sean anchos, y los valles sean bajos, y el Barón, él es la grasa. —Sacudió la cabeza para ahuyentar a los malos recuerdos—. Cuando las tropas Harkonnen me oyeron cantar eso, rompieron mi baliset, me golpearon casi hasta matarme, y me tiraron a un pozo de esclavos.

Jessica cubrió sus manos con las suyas, en silencio reconociendo todo lo que había pasado.

—Entonces ya ves, Gurney, que deberíamos ignorar a Bronso. Probablemente desaparezca.

Pero sabía que Bronso de Ix solo estaba comenzando.

PARTE V

10.207 AG

Dos meses después del fin del reinado de Muad'Dib.

El conocimiento es algo impotente si una persona se niega a creer en él.

—Axioma Bene Gesserit

Para cuando Jessica terminó su historia y volvió a mirar la silueta del tóptero iluminada por la luz de la luna, tanto Irulan como Gurney se sintieron profundamente conmovidos.

Durante los últimos siete años, aquel conocimiento oculto había pesado como plomo frío dentro de Jessica.

Había pagado un precio terrible. Incluso después de que haber pasado mucho tiempo, el dolor aún ardía profundamente. Al día de hoy, Bronso de Ix seguía pagando su parte del precio, haciendo lo que Paul le había pedido que hiciera, incluso mientras los sabuesos de Alia lo perseguían… incluso mientras el populacho le rechazaba por las verdades que exponía.

—Un secreto compartido es una carga compartida, pero el peso todavía puede ser aplastante. —Gurney bajó la cabeza—. ¡Ahh, mi Dama, de todos estos años! Me siento como un tonto por no haber adivinado, por algunas de las cosas que le dije, las que hicieron que su dolor fuera aún más pesado y más solitaria. —Su cicatriz parecía una línea oscura de sangre a la luz de las dos lunas—. Entiendo la guerra, y creía que sabía las razones lógicas para lo que le hiciste a esos diez cabecillas… pero aún así, no entendía todo. Estaba obligado por mi juramento a la Casa Atreides, y a usted. Ahora, por fin comprendo todo lo que estaba haciendo, y por qué… pero no es un conocimiento simple para conllevar.

—He sacrificado mucho por Paul —algo de mi humanidad, tal vez, pero las opciones ante mí eran difíciles—. Jessica les llevó de vuelta al tóptero, sabiendo que era hora de irse. Sólo podían encubrir su reunión secreta por un corto tiempo antes de que Alia comenzara a sospechar.

Hizo una pausa antes de llegar al ornitóptero, aún desconfiando de que pudiera haber dispositivos de escucha ocultos en el interior, a pesar de las precauciones que habían tomado.

—Ahora entiendes por qué tenía que hablar de estas cosas lejos de la Ciudadela. El Qizara lo llamaría blasfemia y me ejecutarían antes de que pudiera decir algo más. Y los matarían por lo que saben. No estoy segura de si Alia trataría de detenerlos. Ella no reconoce lo que ella me debe a mí —o a Bronso.

—¿Qué podría Alia posiblemente deberle a Bronso? —preguntó Irulan.

Jessica sonrió.

—Él es el que me reveló la trama de los sacerdotes, la intención del Isbar de asesinarla a ella y a Duncan durante su boda. Ella no sabe que le debe su vida.

Los ojos de Gurney se agrandaron.

—¿Bronso era su fuente secreta? ¿Su espía en la Ciudadela?

—Él no estaba realmente allí, pero los ixianos tienen sus formas de recopilar información. Estén seguros, no tiene ninguna venganza personal contra Alia. Sólo quiere difundir la verdadera historia acerca de Paul.

Las características de Gurney miraron a la cetrina luz de las estrellas.

—Oh, me gustaría haber traído mi baliset, ya que ahora es el momento para una larga y triste canción.

Jessica respiró hondo.

—A pesar de que algunas de sus críticas más duras son tan tremendamente falsas como las glorificaciones que Alia quiere escritas, Bronso todavía sirve a un propósito vital y se le debe permitir continuar. Es un propósito que el mismo Paul le pidió asumir, para contrarrestar las cosas que se hacen en su nombre, un debilitamiento necesario a los demasiado poderosos burócratas y sacerdocio al que no podía derrotar de cualquier otra forma. Paul vio solamente peligro adelante si su mito crecía aún más fuera de control. —Su voz se tomó una pausa—. Bronso de Ix es la única esperanza que tengo de mantener humanizado a mi hijo en lugar de dejarlo ser reducido a una leyenda.

Con los años, la Princesa Irulan se había ofendido de gran manera ante los escritos de Bronso porque se enfrentaban directamente con su versión de la historia, pero ahora ella luchaba con la realidad, obviamente, con la dificultad para aceptar la dura verdad.

—Si le creo que Paul le ha pedido esto mismo, Dama Jessica, entonces me estás poniendo en una situación imposible. Los deseos de Paul son totalmente incompatibles con lo Alia quiere que escriba sobre él.

—¿Y dónde yace tu verdadera lealtad? —Después de abrirse a sí misma, Jessica se sentía vacía y desnuda ante su compatriota Hermana Bene Gesserit, su nuera—. ¿No protegerías a Paul y lo que él quería para su legado?

En aquella poca luz, el rostro de Irulan estaba angustiado.

—¿Acaso Alia me dejará? ¡Esa no es una pregunta sencilla! Hay ya demasiadas personas que piensan que la hija de Shaddam Corrino es más una amenaza que un beneficio para la Regencia. Alia podría haberme ejecutado por no cooperar. O tal vez me envíe lejos a Salusa Secundus y nunca me deje ver los niños de Paul de nuevo.

Jessica estaba un poco sorprendida por aquella última afirmación.

—Ellos no son tus hijos.

—Son de Paul, y yo lo amaba.

Finalmente llegando al tóptero, subieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. El interior de la cabina brillaba con luz verdosa del panel de control de espera de la nave. Mirando hacia fuera con tristeza, Jessica vio que Primera Luna se estaba poniendo en el accidentado horizonte.

A su lado, Gurney reactivó los sistemas, preparándose para despegar. Uno de los paneles de la consola envió una señal, y reaccionó rápidamente, mirando a través de la ventana de la curva cabina, explorando los cielos estrellados.

—Los buscadores están por ahí, tratando de encontrarnos. Han fijado nuestra radiobaliza de localización.

—¿Ya? —dijo Irulan—. El Sietch Tabr no podría habernos reportado como retrasados o perdidos aún.

—A pesar de que cambiamos de tóptero, los hombres de Alia podrían habernos estado rastreando desde que salimos de Arrakeen —dijo Jessica—. Cuando desaparecimos de sus pantallas, los investigadores habrían sido enviados inmediatamente. —Señaló las luces que se acercaban en la distancia.

Gurney trabajó los controles, dejando sus emociones a un lado y centrando su mente en el ornitóptero, corriendo a través de una lista de verificación. Todo negocio.

—Es hora de arreglar nuestro pequeño problema mecánico, entonces. —Activó el comunicador, tomó el micrófono y habló bruscamente en él—: Aquí Gurney Halleck, piloto del vuelo Imperial seis-seis-cinco-alfa. Lo siento si les causamos preocupación. Necesitamos aterrizar para ajustar un rotor desbalanceado y fijar un enlace de estabilización.

Una voz crujió en respuesta:

—¿Necesitan ayuda?

—No, no, es sólo un inconveniente menor. Nada que un buen mecánico de campo no pueda manejar. Ambas pasajeras están bien. —Encendió los motores, estabilizó las alas y se pusieron en movimiento—. Estamos en camino.

—Le advertimos en contra de tomar uno de las tópteros que no habían sido aprobados para su uso —dijo la voz.

Gurney miró significativamente a Jessica, luego tomó el transmisor.

—Lo recordaré la próxima vez. No nos hicimos ningún daño.

Jessica e Irulan se sentaron en silencio mientras el tóptero despegaba desde el afloramiento de roca en el cielo iluminado por la luna vacía. En cuestión de segundos, las luces enfocadas de los tópteros búsqueda se arremolinaron a su alrededor como los insectos nocturnos luminosos de los pantanos de Caladan.

—Los escoltaremos con seguridad hasta el Sietch Tabr —transmitió uno de los pilotos del tóptero. Gurney les dio las gracias mientras volaban juntos sobre el duro desierto.

He discrepado largamente con la admonición fundamental de las Bene Gesserit en contra del enamoramiento. El amor en sí no es algo peligroso. Las personas que no entienden tal sentimiento, o las que no se preocupan por él, son mucho más peligrosas.

—Dama Jessica, en una carta a la Madre Superiora Harishka en Wallach IX

Al día siguiente, al regresar del Sietch Tabr después de una visita sin incidentes con los Fremen, Jessica se dirigió a sus aposentos privados en la gran Ciudadela de Muad’Dib.

Se sentía agotada y estaba experimentando dudas acerca de haber compartido sus secretos pesados. El conocimiento de la misión de Bronso sólo haría las circunstancias más difíciles para Gurney, y especialmente para Irulan. Había colocado a la princesa en

una situación insostenible, y Jessica no estaba del todo segura de que Irulan quisiera creer lo que había escuchado.

Pero eran verdades dolorosas y verdades necesarias.

Obligando a la calma sobre sí misma, Jessica se preparó para meditar y practicar ejercicios sutiles de control muscular precisos, para relajar su cuerpo y despejar su mente.

Pronto iba a regresar a su planeta natal Atreides. ¡Caladan, oh, Caladan! Echaba de menos el sonido del mar y los olores frescos, en marcado contraste con el soplar de la arena de los vientos constantes de Dune. Aún así, no creía que jamás pudiera dejar el planeta desierto por completo detrás suyo.

Cuando entró en su cámara principal, sin embargo, descubrió que Alia le había dejado un regalo sombrío.

Dos maltratados litrojons de agua descansaban sobre el escritorio. Los contenedores parecían viejos y desgastados, como si hubieran sido arrojadas descuidadamente fuera de una fábrica de especias para ser resistidos en las arenas. No entendía el significado.

Curiosamente, los litrojons llevaban la marca desgastada de la Regencia.

Teniendo en cuenta sus crecientes desacuerdos con Alia y las tensiones elaborándose en el gobierno, Jessica se preguntó lo que su hija podría querer significar con aquel regalo. Ninguna persona en Dune negaría un don del agua, especialmente una cantidad tan considerable. ¿Era una ofrenda de paz? Alia sin duda era consciente de que su madre no aprobaba las purgas, la represión creciente, las exageraciones deliberadas del mito de Paul. Sin embargo, Jessica no quería estar en desacuerdo con su hija, y sintió que Alia anhelaba aceptación también.

Una nota de papel de especia escrita en la mano de Alia descansaba junto a uno de las litrojons.

—Esta agua pertenece a uno que era cercano a ambas, Madre. Dispón de ella como quieras.

Mirando más de cerca los contenedores, Jessica vio letras del lenguaje en código de batalla Atreides. Incluso las guardias Amazonas que habían entregado los litrojons no habrían sido capaces de leer el mensaje: Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam.

Jessica se quedó helada. Aquella era el agua recuperada de la vieja intrigante que había llamado a Alia una Abominación, que había trabajado en varias ocasiones para destruir a Paul y derribar su gobierno. El agua de la propia madre biológica de Jessica, a quien Stilgar había ejecutado.

El agua de su madre… ¿Acaso Alia se refería a aquello como una especie de amenaza, advirtiéndole a Jessica que también podría ser removida y se destilada? No, eso no parecía correcto.

A pesar de su noble cuna, Alia se consideraba una Fremen, y la gente del desierto veneraba el agua de los muertos, considerándola un regalo para la tribu.

El agua destilada de la madre de uno también era considerada sagrada, pero Jessica sabía lo que aquella mujer vieja y odiosa había hecho. Y sabía lo cerca que Mohiam había llegado a tener éxito, no sólo en su conspiración para iniciar revueltas en

numerosos mundos, sino también en engañar a Jessica. Si no hubiera sido por un momento de vacilación, Jessica podría haber matado a Paul…

Alia estaba dejándole decidir qué hacer con el agua de la vieja bruja.

Jessica fulminó larga y duramente los litrojons, y dijo, como si Mohiam todavía pudiera oírla:

—Mi hijo siempre significará más para mí de lo que puedas imaginar, mucho más que mi madre alguna vez lo hizo. —Acabando de revivir todas aquellas emociones al contar la historia a Gurney e Irulan, no pudo contener su amargura—. Intentaste que yo lo asesinara.

Los Fremen también decían que el agua contaminada por un espíritu maligno debía ser derramada en el suelo.

Sin importarle si Alia miraba a través de una mirilla oculta, Jessica giró las tapas selladas de los litrojons. Sin vacilación ni remordimiento, vertió el agua de la vieja bruja repugnante en el suelo de piedra seca.

Shai-Hulud se manifiesta de diferentes formas. A veces es gentil, y a veces no.

—Los Comentarios de Stilgar

Un gusano de arena rebelde se coló a través de la barrera de humedad que bloqueaba la brecha en la Muralla Escudo, y ahora el monstruo arrasaba con lo que encontraba a su camino a través del paso estrecho. Se sumergió en los asentamientos miserables que se extendían hacia el exterior desde Arrakeen como el polvo que se filtraba a través de las juntas de una puerta desigual, y dejando un sendero de destrucción, deglutió chozas enteras en bocanadas monstruosas.

Recibiendo los informes de emergencia, Stilgar tomó dos soldados Fedaykin fiables y corrió hacia la plataforma de lanzamiento más cercana. No era un hombre que reflexionara demasiado durante una crisis, pero la sola idea lo desconcertó.

—Esto no tiene sentido. El qanat debería haber hecho una barrera de agua impenetrable.

—Tal vez las truchas de arena se metieron en el canal y lo abrieron, Stil —dijo el piloto Fedaykin, dejándose caer en la nave y activando la secuencia de pre arranque en los rotores—. Millones de ellas podrían haber roto el sello del forro y robado el agua.

Stilgar sacudió la cabeza mientras se aseguraba que el tóptero estuviera vacío, que tuviera fremochilas, cuerdas, y herramientas de supervivencia.

—¿Cómo podrían los equipos de inspección no haber notado la línea de agua seca? —Ya sospechaba de una respuesta mucho más siniestra.

La ciudad de Arrakeen se había considerado a sí misma seguro. Ningún gusano de arena había logrado pasar a través de la brecha en todos los años desde que Muad'Dib había abierto la Muralla Escudo durante su batalla final con Shaddam IV.

Pero algo le había permitido a aquel monstruoso gusano atravesarla. No podía haber sido un accidente.

Revolviéndose en la cabina, se sentó al lado del piloto, quien puso las alas articuladas en movimiento, así como un tercer hombre saltaba a la parte trasera.

En cuestión de segundos, la nave despegó como un ave rapaz sorprendida por una presa fresca.

Sobrevolaron por encima del mosaico de Arrakeen, por encima de las chozas de personas que habían renunciado a todo para hacer una peregrinación a Dune. Stilgar tocó el comunicador en su oído, escuchando las descripciones frenéticas. Guió al piloto, aunque el área de tumulto estaba clara incluso desde la distancia.

En un apuro, la nave se encontró con el gran gusano segmentado rodando y aplastando complejos habitacionales, sin ningún objetivo aparente. El piloto Fremen lució tal asombro abierto que reaccionó con lentitud a una corriente descendente repentina, y el tóptero se sacudió repugnantemente antes de que recuperar el control y puesto a nivel nuevamente. El segundo Fedaykin pronunció una oración automática antes de añadir:

—¡Es el espíritu de Muad'Dib! Ha tomado la forma de Shai-Hulud y regresado para vengarse de nosotros.

Recordando su encuentro anterior con un gusano en el desierto, cuando parecía que Paul podría haber estado dentro de la bestia, Stilgar sintió un mismo escalofrío de supersticioso temor. Sin embargo, infundió su réplica con desprecio.

—¿Por qué Muad'Dib se enojaría con nosotros? Somos su pueblo, y seguimos sus órdenes.

Aquel otro gusano no había tratado de hacerle daño.

Aun así, sabía que la gente atónita allí crearía sus propias historias. Stilgar pudo imaginar los cantos que las víctimas condenadas gritaban cuando el gigante se acercaba:

¡El espíritu de Muad'Dib! ¡El espíritu de Muad'Dib!

Aquellos devorados por el gusano rebelde se convertirían en mártires para el Qizarate.

A pesar de que no entendía lo que impulsaba a aquel gusano de arena, sabía cómo podía detenerlo. Stilgar llegó detrás de él.

—Pásame la fremochila. —La abrió y dejó a un lado el material de primeros auxilios, parabrújulas, martilleadores, y destiltiendas. Necesitaba sólo el gancho, el aguijón, las crucetas, y la cuerda.

Alzó la voz al piloto sobre el latido fuera de lo normal de las alas; algo debía estar mal con la insonorización y los sellos de humedad en la cabina.

—Llévame lo más cerca posible. Tengo que saltar sobre su regazo.

El piloto se sorprendió, pero era Fremen y Fedaykin.

—La vibración de nuestros motores seguramente molestará a la criatura, Stil. Existe un riesgo.

—Estamos en las manos de Shai-Hulud.

Aquello sería completamente diferente a convocar un gusano en el desierto abierto, cosa que Stilgar había hecho en innumerables ocasiones. Un hombre solo en las dunas podría hacer los preparativos; podría plantar un martilleador en el lugar adecuado; podía

observar el enfoque del gusano por la ondulación en la arena; sabía dónde emergería y podría hacer su movimiento en el momento preciso.

Pero aquel gusano ya estaba sobre el suelo, y muy agitado. El más mínimo paso en falso y caería en sus fauces.

Stilgar abrió la escotilla del tóptero a un rugido repentino del ruido del motor. Vientos violentos ingresaron, trayendo con ellos los gritos lejanos de pánico y destrucción. Stilgar aseguró sus herramientas fuertemente a su cuerpo donde podrían ser fácilmente accesibles. Sostuvo un gancho de escalada en cada mano y extendió las barras telescópicas largas en toda su longitud. Tendría que asegurarse a sí mismo al gusano antes de que pudiera sacar sus esparcidores, antes de que pudiera anclar su cuerda.

—Estoy listo.

El piloto bajó el tóptero y Stilgar se preparó para saltar de la escotilla.

Sabía que cuando aterrizara en la espalda del gigante, los segmentos de anillos curvados le ofrecerían poco agarre.

En el último momento antes de que pudiera saltar, el gusano de arena se sacudió cerca, en respuesta a la vibración y el ruido de las alas del ornitóptero. Elevó el cuello sinuoso hacia arriba y se abalanzó hacia ellos.

Con un chillido, el piloto abortó y utilizó los propulsores para elevar el tóptero más alto en el aire. Stilgar se aferró a la escotilla abierta para evitar ser expulsado. El gusano siguió estirándose hacia arriba en respuesta al pulso molesto y el ruido, y alcanzó su ápice a pocos metros por debajo de la aeronave que huía. El hedor de las exhalaciones de especia hirvió de sus fauces de túnel cuando el monstruo se detuvo un instante inmóvil, tembloroso, a continuación, comenzó a retirarse.

Stilgar vio su oportunidad y saltó. Cayó, cayendo y cayendo, mientras el gusano se retractaba por debajo de él. Los pocos segundos adicionales le dieron tiempo para extender sus brazos y enganchar sus ganchos. Se estrelló con fuerza contra la espalda del gusano y comenzó a deslizarse por la superficie de guijarros, rebotando de un segmento de anillo al siguiente, azotando sus largos y flexibles ganchos mientras luchaba para sostenerse. Por último, la punta de un gancho se clavó en una brecha, y él mismo se ancló allí, colgando de una mano. Giró su otro brazo y aferró el segundo gancho entre los anillos.

Sin detenerse, se acordonó a sí mismo en su lugar y luego plantó el esparcidor en el segmento, exponiendo la cruda y tierna carne. Normalmente, en un proceso de aquel tipo, otros Fremen le ayudarían a plantar esparcidores adicionales y a establecer más ganchos, pero Stilgar tenía que hacer esto solo.

Arriba, el tóptero se cernía fuera de su alcance.

Dejando el esparcidor donde estaba, Stilgar se subió al siguiente anillo. Afortunadamente había aterrizado cerca de la cabeza del gusano, así que no tenía que ir muy lejos. Mientras tanto, la criatura continuaba su alboroto, y sólo la cuerda le impidió Stilgar de caer a su muerte.

Cuando estuvo en su sitio en la parte superior de la cabeza, colocó el siguiente esparcidor abriendo más ampliamente y tomando su aguijón. Lo clavó en el gusano, gritando en un intento de domarlo.

—¡Haiiiii-Yoh! —No tenía ninguna razón para creer que aquella bestia había sido montada antes, que jamás había escuchado el llamado de un jinete. El gusano de arena se defendió como un toro de pesadilla, intentando escapar a perseguir la cacofonía de los tentadores ruidos en las afueras de la ciudad.

La bestia se resistió y goleó, pero Stilgar persistió, infligiendo dolor hasta que por fin dio el mayor y comenzó a retirarse. La Muralla Escudo agrietada se alzaba adelante, en la que sólo una ranura estrecha permitía el acceso al desierto seguro más allá. Condujo a la criatura a una mayor velocidad, y se lanzó hacia adelante a lo largo de su franja de destrucción como si detectara las dunas áridas allá. Los acantilados de color marrón rojizo se alzaban a cada lado suyo, y Stilgar celebró. Si el gusano giraba en el momento equivocado, el jinete sería arrojado fuera o se estrellaría contra las rocas.

La criatura disparó a través de la barrera del qanat roto, inmutándose mientras se retorcía sobre la línea de arena húmeda. Mirando hacia abajo, Stilgar vio que el qanat se había roto, y el agua que contenía se había filtrado en el desierto. Desde aquella altura, no pudo decir si este gusano en particular, o algo más, había destruido inicialmente las barreras del canal.

Agotado después de la destrucción que había causado, el gusano se desplomó hacia la cuenca árida. Stilgar se preparó para un desmontaje peligroso. Gracias a Shai-Hulud, lo había hecho muchas veces antes… y abajo se deslizó, con habilidad aterrizando sobre sus pies en la arena antes de doblar sus rodillas, y rodar.

Después de que el gusano se hubiera alejado en la distancia, huyendo de la zona habitada, Stilgar se puso en pie de nuevo y se sacudió la arena de su destiltraje. Caminando de regreso a la ciudad, se dio cuenta de que su terrible experiencia había sido estimulante de otra manera: De todos los prolíficos millones en Arrakeen, sólo un puñado sabía cómo montar un gusano silvestre.

Después de mucho tiempo, Stilgar experimentó nuevamente la emoción de ser un verdadero Fremen.

Se nos enseña que la paciencia es una virtud, pero he llegado a darme cuenta de que también es una debilidad. Más a menudo que no, una cosa de hacerse ahora.

—Bronso de Ix

La pequeña nave llegó a Wallach IX transportando trabajadores, visitantes y cuatro Hermanas vistiendo las batas y uniformes negros tradicionales, la designación de bajo a medio rango. Estas cuatro no tenían ninguna importancia en particular; sus documentos de viaje estaban en regla, y no atraían ninguna atención. Pero no eran lo que parecían ser.

También entre los pasajeros, segregados de las Hermanas, había tres hombres que habían sido asignados a la Escuela Madre como jardineros temporales. Las acólitas Bene

Gesserit generalmente tendían los patios y jardines, pero los forasteros eran traídos para actividades especializadas.

Después de salir, las cuatro Hermanas vagaron casualmente entre la multitud en el espaciopuerto cerca del complejo de la escuela. El trío de jardineros tranquilos esperaba su turno, dejando la nave a lo último, trasladándose a la zona de carga y reclamo donde recogieron sus herramientas. Sin dar señal de que reconocían entre sí, se unieron a las cuatro mujeres.

Bronso había esperado un gran número de años para esto, y ahora ya no esperaría. Las piezas finalmente habían caído en su lugar.

Poco después de la muerte de su padre, Bronso había solicitado el regreso de su madre en estado de coma de los asesores médicos de la Hermandad, y fue rechazado sin preámbulos. Más tarde, cuando Tessia Vernius emergió de sus años de inconsciencia y logró enviarle un mensaje de contrabando, había sabido la verdad. Como Conde Vernius de Ix, Bronso exigió de nuevo por su liberación… y fue ignorado. A continuación, presentó una denuncia ante el Landsraad, pero los nobles no tomaron ninguna acción directa para liberar Tessia, alegando que era una mujer adulta y una Hermana de la misma orden. Bronso no había tenido la riqueza, influencia o poder militar para tomar cualquier acción. Cuando Jessica le dio su informe hacía siete años, le había dicho poco que no hubiera sabido ya.

Todo el tiempo que nunca había dejado de pensar en su madre atrapada, nunca dejó de buscar una manera de sacarla de las garras de las Bene Gesserit.

Ahora, después de ser un fugitivo por años, había conseguido colar unos infiltrados Danzarines Rostro en Wallach IX, aunque fuera brevemente, y sus espías habían descubierto la información que necesitaba saber, dónde estaba su madre, y las medidas de seguridad que la rodeaban.

Todo lo que quedaba era poner en práctica un plan. Las cuatro Hermanas y los otros dos hombres que lo acompañaban eran Danzarines Rostro. Sus Danzarines Rostro.

A medida que los visitantes entraban a la zona del jardín, cerca del edificio anexo donde Bronso sabía que se encontraba Tessia, una de las «Hermanas» señaló a los tres jardineros.

—Traigan sus herramientas y prepárense para el trabajo de un día duro. Sólo tiene un poco de tiempo para completar su trabajo.

Bronso y los otros dos hombres la siguieron dócilmente, comportándose exactamente como la Bene Gesserit esperaba.

Los jardines de la Escuela Madre eran un desfile de colores espectaculares, con arbustos dispuestos geométricamente en desacuerdo con las salvajes y rebeldes reproducciones botánicas. La Madre Superiora Harishka, por lo que se decía, tenía una inclinación por las exóticas floras recogidas de otros planetas. Tales plantas únicas requerían una gran cantidad de mantenimiento y atención especializada, las que podrían ser proporcionadas únicamente por expertos de otros mundos.

Bronso y su tripulación de incógnito habían llegado aparentemente para replantar una zona botánica fallida donde las plantas nativas escarpadas de Grand Hain habían muerto y necesitaban ser reemplazadas con algo más. Unos volquetes que habían llegado desde la órbita antes de tiempo, estaban llenos de musgos cuidadosamente cosechados, abono y fertilizantes químicos precisos para una nueva línea de especies. Otro volquete blindado, listo para volverse a cerrar para la recuperación, esperaba fuera de la zona muerta, llena de los sobrantes y obsoletos fertilizantes de Gran Hain y el mantillo, que sería enviado a distancia.

Los hombres trabajaron durante horas bajo la supervisión de sus Hermanas de compañía, que actuaron apropiadamente distantes alrededor de meros peones. Ni una sola vez los Danzarines Rostro descuidaron sus disfraces; todos eran verdaderos profesionales, verdaderos artistas —y estaban perfectamente contentos de llevar a cabo una asignación tensa y complicada que no requería del asesinato. Bronso y los dos trabajadores se movían en perfecta armonía— excavando plantas muertas, haciendo trincheras, girando sobre el suelo y adicionando los fertilizantes químicos, como si fuera simplemente otro baile para ellos, incluso sin nadie que viera su espectáculo.

Durante aquellas horas angustiosas, Bronso lanzó miradas furtivas hacia las dependencias, viendo torbellinos de ráfagas de grandes brisas pasando, sacudiendo las copas de los árboles esqueléticos, vientos lo suficientemente fuertes como para esparcir piedras. Un grupo de tornados transitorios rodeó un edificio en particular, misteriosos remolinos de polvo y vientos arremolinados pálidos que aparecían y desaparecían. Sus espías Danzarines Rostro habían informado perturbaciones meteorológicas extrañas en las inmediaciones de la Prisión de Tessia, pero no podían dar ninguna explicación.

Unos vientos caprichosos no iban a molestarlo. Había esperado años para esto; finalmente, el tiempo se acercaba.

A medida que avanzaba el día, el trabajo los acercaba más al edificio de Tessia, donde las Hermanas Médicas le habían presionado, probado, tratado de comprender cómo se había recuperado independientemente de la Hacedora de culpa. Las «Hermanas». Danzarines Rostro extendieron y se ocuparon de actividades supuestamente importantes. Nadie había prestado atención a su grupo durante todo el día. Bronso se había ocupado de que los documentos adecuados fueran presentados en los lugares adecuados.

Los equipos trasladaron el gran volquete que contenía material obsoleto. En el crepúsculo, en el punto más incierto de la luz del día, dos trabajadores abrieron el volquete de descarga y eliminaron algunos de los materiales para crear un nido improvisado. Desde sus canastas de suministros, sacaron rápidamente aislamientos térmicos, un paquete de respiradores, ropa hermética, y selladores.

El corazón de Bronso golpeó con fuerza; podía sentir un sudor frío en la frente y goteándole por la espalda mientras se acercaba al edificio acristalado, supuestamente para inspeccionar los arbustos. Los vientos fuertes ventearon de nuevo, y las tejas en el

edificio se agitaron y se sacudieron. Un aerosol de polvo y pequeñas partículas chocaron contra las paredes exteriores.

Entonces la puerta se abrió y Tessia permaneció allí delante de él. Parecía más vieja; su rostro estaba demacrado pero sus ojos eran brillantes, sus labios retraídos en una sonrisa.

—Recibí tu mensaje en el código familiar, Bronso. Muy inteligente. Estoy listo para irnos.

Tenía mucho que decirle, pero eso vendría con el tiempo, si lograban escapar. Había años perdidos para recapturar en palabras y recuerdos… demasiadas experiencias para describir en fragmentos. Comenzar de nuevo.

—Existe un gran peligro al sacarte de aquí, Madre. ¿Estás segura?

—Si me escapo o si muero, de cualquier manera, no pasaré otro momento bajo su control. Los seres humanos pueden soportar muchas cosas, Bronso —como sabes ahora— pero ya estoy harta de soportar abusos.

La silueta borrosa de uno de los tornados transparentes apareció detrás de ella, y una segunda ganó fuerza, pero Tessia no parecía preocupada. Los torbellinos giraron círculos y se disiparon mientras se apresuraba hacia el volquete que esperaba. Los Danzarines Rostro se agruparon cerca para protegerla de la vista.

—Va a ser incómodo, Madre, pero es la única manera.

—No soy ajena a la incomodidad. —Tessia se puso el respirador en el rostro, se envolvió en el blindaje térmico, y se metió en el mantillo. Los trabajadores Danzarines Rostro conectaron los sistemas de soporte vital y dieron instrucciones a Tessia.

Su voz fue ahogada por la mascarilla, pero sus ojos no se apartaron de Bronso.

—Voy a sumirme en trance y esperar el tiempo que sea necesario.

A medida que los conspiradores trabajaban, los tornados aparecían y reaparecían, pareciendo ganar fuerza hasta que el grupo comenzó a atraer la atención de otras Bene Gesserit, pero las mujeres Danzarines Rostro se movieron para interceptarlas.

Tan pronto como el volquete se selló y Tessia estuvo asegurada, los tornados se desvanecieron. El aire permaneció quieto.

Movieron el volquete y todos sus materiales y equipos con la mayor celeridad posible. El corazón de Bronso no se detuvo hasta que estuvieron bien lejos de Wallach IX.

No se le puede exigir a ningún hombre que haga más que su mejor esfuerzo, incluso si este se queda corto.

—Duques Paulus Atreides

Ahora que Jessica le había revelado la verdad, Gurney entendía por qué Bronso no debía ser capturado. Duncan, sin embargo, sin darse cuenta de cualquier subterfugio, continuaba lanzándose a la tarea con toda su energía.

Mientras que el ghola reunía detalles, Gurney trabajaba para desviar la búsqueda sutilmente, tratando de no acercarse demasiado a la meta. Afortunadamente, Bronso y sus misteriosos aliados eran maestros del engaño, plantando pistas falsas para establecer

caminos sin salida que Gurney metódicamente seguía, sabiendo que no les llevaría a ninguna parte. No le gustaba engañar a su amigo, pero su mayor lealtad estaba con Dama Jessica, y la Casa Atreides. Entendía lo que Paul quería, y por qué, mientras que Duncan no.

Sin embargo, el ghola no sólo era un Maestro Espadachín, sino también un Mentat, y no se dejaba engañar fácilmente. Muchas fallas intencionales de Gurney comenzaban a hacerle parecer ingenuo o inepto; en poco tiempo Duncan sin duda dejaría de tomar su consejo o, peor aún, comenzaría a sospechar abiertamente.

Gurney se paseaba por su recámara en la ciudadela de Arrakeen.

—Los Danzarines Rostro son creaciones tleilaxu, por lo que Bronso debe tener algún tipo de acuerdo comercial con la Bene Tleilax. Tal vez deberíamos ir a Thalim e interrogar a algunos Maestros tleilaxu.

Duncan negó con la cabeza.

—La Bene Tleilax odia a la Casa Vernius para haberlos expulsado de Ix, y el sentimiento es recíproco. Eso nos está guiando a otro callejón sin salida.

Debido a que el ghola también tenía sus propias conexiones inquietantes con los tleilaxu, Gurney se preguntó si podía ser reacio a regresar a sus mundos.

—Por lo menos es un nuevo enfoque. En este punto, estoy dispuesto a intentar cualquier cosa.

—Tengo otro enfoque —dijo Duncan—. Podemos buscar entre los Wayku a bordo de los Heighliners de la Cofradía. Sabemos que el nombre Ennzyn tiene una conexión previa con Bronso Vernius. Encontremos a ese, y podremos obtener algunas respuestas.

Gurney ocultó su alarma lo mejor que pudo.

—Han pasado cuantos, ¿diecinueve años desde que los chicos salieron corriendo? ¿Cómo podemos siquiera saber si Ennzyn sigue trabajando para la Cofradía?

—Debido a que los Wayku tienen prohibido desembarcar en cualquier superficie planetaria. No puede haber ido a ninguna parte. Y sabemos que los Wayku están involucrados con Bronso porque tú y Dama Jessica los observaron distribuyendo la literatura sediciosa durante su viaje a Arrakis.

—Ah, así lo hicimos. —En ese momento, sin embargo, Gurney no había sido consciente de lo que sabía ahora.

Abordando a la siguiente nave de la Cofradía que llegaba a Arrakis, Duncan y Gurney marcharon a las cubiertas restringidas llevando documentos de autorización firmada por la mismísima Regente Alia. Los funcionarios de seguridad de la Cofradía, acobardados, los llevaron a un conjunto de oficinas sin ventanas donde los administradores de piel cetrina se sentaban en una fila de escritorios. Aunque los administradores no mostraron entusiasmo por la tarea, la Cofradía conocía la fuente de su especia y sabía que no debía interferir.

Un administrador hizo una breve reverencia, sin levantarse de detrás de su escritorio.

—Les proporcionaremos un acceso completo a los datos del personal, pero tenemos muy poca información sobre los empleados individuales Wayku. Han vivido a bordo de

las naves de la Cofradía durante muchos, muchos siglos. Son… activos de la empresa, al igual que el equipo.

Gurney frunció el ceño.

—¡Dioses menores, hombre! Incluso su equipo dispone de números de serie.

El hombre de la Cofradía reflexionó un momento y luego salió de la cámara. Regresó poco después con registros impresos, carretes de hilo shiga y documentos de cristal.

—Tal vez la información que buscan esté aquí.

Para Gurney la tarea parecía desesperada —eso esperaba— pero Duncan se zambulló en los registros con férrea determinación, dejándose caer en una concentración Mentat para analizar la gran cantidad de datos.

Pasó una hora, luego dos, luego tres, mientras que Gurney esperaba pacientemente. Finalmente, Duncan se levantó detrás de la pila de documentos sobre la mesa. Su rostro ghola cargaba una sonrisa de satisfacción, aunque sus ojos metálicos eran ilegibles.

—Le he encontrado, Gurney. Sé que nave lleva a Ennzyn. Ordenaremos al Navegante desviar este buque para que podamos interceptarlo.

El corazón de Gurney era pesado, pero fingió estar contento.

Dentro de una cámara oculta en el desierto profundo, Bronso Vernius examinó la cápsula de plata minúscula que acababa de sacar de la parte posterior del cuello de su madre.

Horas antes, en el Espaciopuerto de Carthag, lo había descubierto con un escáner y lo había deshabilitado electrónicamente.

Una radiobaliza de localización ixiana. El hecho mismo de su existencia lo enojó.

—Parte de sus pruebas, Madre. Mientras estabas en coma, incluso cuando estabas embarazada con tus bebés no deseados, las brujas te implantaron un rastreador.

Tessia presionó una almohadilla de curación sobre la herida en el cuello.

—Siempre me pregunté por qué ese lugar me picaba. —Le dio una suave sonrisa—. Suenas sorprendido. No hay que subestimar a la Bene Gesserit. Muchos de sus dispositivos de vigilancia eran sólo para estudiarme. Yo era su animal de experimentación.

—Y su yegua de cría.

—No importa cuántos otros hijos me obligaron a soportar, tú eres mi único hijo verdadero, Bronso. —Le dio una palmadita en el brazo—. Y me has liberado. Estoy a salvo ahora, contigo.

Frunció el ceño.

—Nadie nunca está verdaderamente a salvo conmigo, Madre. Ha habido un precio por mi cabeza desde hace años. Pero estamos aquí en Dune ahora, por lo que hay una oportunidad. Tenemos aliados importantes. —Bronso colocó la cápsula en el suelo, y la aplastó con el tacón de su bota.

El Heighliner que llevaba a Ennzyn se retrasó por la fuerza en la órbita sobre Balut, su próxima parada, y el Gremio no ofreció explicaciones a los numerosos pasajeros a

bordo. Tan pronto como el segundo navío de la Cofradía arribó, Duncan y Gurney fueron transportados al otro lado, con la ayuda de la seguridad de la Cofradía.

Siguiendo a su compañero, la mente de Gurney ´dio vueltas. Después de tantos años, no podía creer que Ennzyn verdaderamente tuviera algún contacto permanente con Bronso, sin embargo, el ixiano obviamente tenía partidarios entre los Wayku. ¿Qué mejor lugar para empezar que con Ennzyn? Tenía un sentido perfecto, y no veía manera de que pudiera desviar la atención de Duncan.

Tan pronto como los dos hombres subieron a bordo, la seguridad del Heighliner lanzó una búsqueda exhaustiva por las cubiertas inferiores de la tripulación. Duncan y Gurney se apresuraron sin escolta adicional directamente a la cabina privada de Ennzyn.

Gurney trató de convencer a su compañero de mostrar moderación.

—Ten en cuenta, Duncan, que este hombre nos mostró cómo encontrar a Paul y a Bronso cuando estaban con la compañía Juglar. Él nos ayudó a salvarlos.

Duncan hizo una pausa.

—Lo recuerdo muy bien. ¿Esa es otra prueba de mis recuerdos?

—No, un recordatorio de nuestras obligaciones.

—Si él está involucrado en la difusión de la sedición contra el Imperio, entonces no tenemos ninguna obligación para este hombre. —Usando una herramienta de bloqueo electrónico, Duncan obligó a la puerta de la cabina a abrirse.

Gurney espera que el mayordomo Wayku no estuviera allí, pero esa esperanza se desvaneció rápidamente. Tan pronto como la luz del pasillo inundó la cámara, el hombre Wayku se puso en pie, donde estaba rodeado de montones de documentos de papel, pilas de manifiestos reproducidos.

Avistando a su presa, Duncan dio un vuelco en el interior con una velocidad que Gurney le había visto usar sólo en la batalla. A medida que el Wayku corría por un pequeño dispositivo debajo de la mesa de metal, ¿tratando de activar una alarma incendiaria?… Duncan empujó a Ennzyn a un lado, y Gurney lo atrapó, sosteniendo sus brazos detrás de su espalda.

El mayordomo lucía imperturbable por la vehemencia de su inesperada reacción. Sus gafas oscuras y auriculares se habían golpeado y caído a la cubierta desordenada; flujos de datos vertieron sobre las gafas de las lentes, y voces tenues emanaron de sus auriculares. Tan pronto como las unidades cayeron, volutas de humo salieron de la electrónica.

Con una actitud de calma forzada, Ennzyn estudió a los dos hombres, y los reconoció.

—Duncan Idaho y Gurney Halleck de la Casa Atreides. ¿Necesitan mi ayuda una vez más?

—Tenemos que encontrar a Bronso de nuevo —dijo Gurney—. Tú nos ayudaste a seguirle la pista antes.

—Oh, pero las circunstancias son completamente diferentes ahora. En aquel tiempo, era el mejor interés del joven regresar a casa con su padre. Esta vez, no confío en que

ustedes dos, caballeros, sean tan altruistas. No sería agradable para Bronso si fuera a ayudarles a dar con él.

Duncan no mostró ninguna simpatía o paciencia.

—Estamos bajo las órdenes de la Regente Alia para encontrarlo. —Hizo un gesto a los documentos incriminatorios—. Usted, obviamente, está en comunicación con Bronso de Ix.

Ennzyn no parecía ni un poco asustado.

—Recibo información únicamente a través de canales complicados, y no estoy en contacto con él en este momento. Creo que está involucrado en otra misión importante sin relación con sus esfuerzos literarios e históricos. —Sonrió débilmente—. Bronso sabe cómo ocultarse y los Wayku saben guardar secretos.

—Eso es lamentable para usted. Gurney, vamos a llevarlo de regreso a Arrakeen ante Alia.

Por extraño que pareciera, aquello causó en Ennzyn una gran angustia.

—Los Wayku no pueden poner un pie en cualquier planeta. Está prohibido.

—Entonces dudo acerca de sus posibilidades de supervivencia. —Duncan se volvió hacia su compañero—. ¿Encontraste algo inusual entre estos?

Gurney detuvo su cernido casual a través de los documentos apilados.

—No, sólo varias copias de la misma cosa. —Miró pesadamente al cautivo Wayku, sabiendo lo que le sucedería a Ennzyn tan pronto como fuera llevado ante los interrogadores de Alia—. Duncan, este hombre era amigo de Paul, también. Ennzyn vino a nosotros, reveló la ubicación de los chicos, y al hacerlo, probablemente salvó la vida de Paul. El Duque Leto lo habría considerado una deuda.

—El Duque Leto está muerto.

—¿Pero está muerto el honor, también?

El ghola parecía preocupado por el enigma.

—¿Qué propones que hagamos con este hombre? Obviamente ha cometido crímenes.

Con un fuerte clamor, cinco hombres de seguridad de la Cofradía corrieron por el pasillo y les encontraron en la puerta abierta de la habitación de Ennzyn.

—Hemos encontrado otros arsenales de documentos, señores. Todavía no sabemos cuál de los Wayku está involucrado.

—Ennzyn está involucrado —dijo Duncan.

Gurney miró al cautivo, tratando de comprender lo que había conducido a aquel hombre, y a mucha de su vagabunda población a asistir a un proscrito como Bronso. Sin ver una salida fácil del problema, pero convencido de lo que Alia le haría a Ennzyn, dijo:

—Que estos hombres de la Cofradía se ocupen de la cuestión. Los Wayku son su responsabilidad.

El líder de los guardias se adelantó.

—Llevaremos a este hombre y a sus aliados ante los más altos niveles de la administración de la Cofradía. Demostraremos nuestra lealtad a la Regente Alia.

Duncan vaciló un largo momento, eligiendo entre las órdenes, obligaciones, y su humanidad. Ennzyn lo miró como si no le importara de una manera u otra, pero Gurney pudo detectar una palidez gris y un brillo tenue de sudor en su piel.

—Muy bien, pero con una condición más. Enviarán un mensaje a través de la Cofradía. Todo Wayku será interrogado, todas sus cubiertas serán revisadas, todas las copias de los documentos de Bronso serán confiscados. Vamos a eliminar este método de distribución del traidor, aquí y ahora.

Duncan pareció satisfecho.

—Hemos derribado la capacidad de Bronso para difundir sus mentiras. Es un triunfo suficiente.

Los hombros de Gurney se hundieron, y se preguntó si su sugerencia había causado un daño aún mayor. Ahora Bronso sería acorralado en una esquina, y más desesperado.

Aun así, no era probable que se diera por vencido.

En la corte de la opinión pública, la sospecha es la única con la suficiente frecuencia como para transmitir culpabilidad. Los Mentats no piensan de esta manera. Nosotros hacemos preguntas.

—El Manual del Mentat

Debido a que muchas personas en la demolida villa de Arrakeen eran extraoficiales inmigrantes sin documentos de ciudadanía, empleos, o familias… el número total de muertos en el ataque gusano de arena fue imposible de determinar.

Trabajadores, ex soldados, peregrinos y mendigos se lanzaron a los esfuerzos de recuperación, trabajando incansablemente porque Alia los exhortaba a hacerlo, en el nombre de Muad'Dib. Por su parte, Stilgar pensaba que la petición de la Regente tenía una ventaja impaciente. Aunque era un pensamiento desagradable, creía que ella llamaba a tantos trabajadores no porque quería ayudar a las personas que sufrían, sino porque quería limpiar el desorden lo más rápido posible.

Mientras tanto, el Qizarate emitió un pronunciamiento alegre que todos los devorados por el gusano rebelde habían sido transportados de inmediato al cielo e incorporados a Shai-Hulud. Stilgar no se sorprendió al escucharlo.

A pesar de la destrucción, estaba contento por el hecho de que incluso un mayor caos no se había producido. El gusano salvaje podría haber hecho su camino hasta llegar a la Ciudadela de Muad'Dib, pero Stilgar lo había desviado a tiempo. Tarde o temprano, Alia probablemente lo otorgaría una medalla por lo que había hecho, pero no tenía tiempo para baratijas o celebraciones. En cambio, estaba decidido a descubrir quién había causado el desastre. Había pasado su vida comprendiendo al desierto y a los magníficos gusanos. Sabía en su corazón que no había sido un accidente.

Stilgar reunió a un equipo selecto de areneros y jinetes de gusanos, hombres del desierto que podían interpretar los secretos susurrados de las dunas, para leer las señales, aunque los vientos trataran de borrarlas. Su sombrío conjunto fue a la brecha en la Muralla Escudo y peinó sobre la escena.

Stilgar estaba junto al qanat destrozado, quitando brevemente sus tapones nasales para poder absorber la atmósfera a su alrededor, mirando y sintiendo mientras trataba de recoger indicios de lo que había ocurrido allí. Colocó ocho observadores en el desierto abierto para observar a otros gusanos. Se dio la vuelta, miró a su alrededor, sintió el aguijón de granos contra sus mejillas expuestas con ráfagas cercanas a la Muralla Escudo. *Cueshma*, pensó, el nombre Fremen para un viento de veinte kilómetros, lo suficientemente fuerte como para agitar el desierto, pero no lo suficiente como para ser considerado una tormenta.

Aparte del viento, sin embargo, el desierto era silencioso y secreto. No podía entender lo que había llevado a la bestia allí en primer lugar, por qué había cruzado la línea de humedad y atacado Arrakeen con tal decisión. ¿Qué pudo haber conducido a tal errático y antinatural comportamiento?

Sus hombres cavaron a través de la arena, sacando trozos de la pared del canal de plazcrete. El gusano había destruido gran parte de la evidencia, pero eso no impidió a los Fremen buscar. Varios hombres polarizaron la arena en lugares muy distantes entre sí, empujando sondas lo suficientemente profundo para asegurarse de detectar cualquier humedad.

Finalmente, el líder informó:

—Está seco, Stil.

—Si ese qanat estaba lleno cuando el gusano se estrelló, habría aún agua en el fondo. El grueso del flujo fue desviado de antemano, el agua drenada. Las truchas de arena habrían conseguido el resto —dijo Stilgar. Ningún accidente. Alguien quería que el gusano tuviera acceso a la cuenca.

Dándose la vuelta, pasó su mirada a lo largo de la impresionante barrera montañosa que bloqueaba a todos los gusanos invasores. Durante la batalla de Arrakeen hacía años, el Emperador Padishah había estacionado sus fuerzas dentro de la cuenca, asumiendo que la zona era segura, sin esperar que Muad’Dib utilizara atómicas para pasar a través del acantilado, lo que permitió a sus Fedaykin montar gusanos en la batalla. Había sido el punto de inflexión en la historia moderna.

Pero aquellas criaturas habían sido guiadas deliberadamente por el hueco por jinetes de gusanos experimentados. ¿Cómo había podido un gusano solitario penetrado el hueco y entrado en el área protegida? Incluso si la barrera del qanat se había secado, ¿cómo había encontrado la criatura ciega una abertura tan relativamente pequeña?

Stilgar no se sorprendió cuando sus hombres descubrieron los restos de un martilleador. Esto sugirió que varios más se podrían haber colocado separados como migas de pan para llevar la criatura hacia adelante. El ritmo palpitante inexorable habría guiado al gusano ciego como un imán, atrayéndolo a través del paso.

—Traición —murmuró uno de los Fedaykin—. Shai-Hulud fue convocado intencionadamente.

Stilgar había sospechado también. Pero ¿por quién?

Uno de los hombres levantó un trozo de metal retorcido.

—Véase el diseño inusual de este martilleador. Parece tecnología ixiana para mí. ¡Bronso de Ix!

El Naib frunció el ceño.

—Un martilleador no es prueba de ello. —Con sus mecanismos de relojería y pisones sincopados, el dispositivo era bastante simple—. No se requiere experiencia ixiana para hacer uno.

Bajo el sol brillante y los granos que soplaban rápidamente, los buscadores de Stilgar continuaron tamizando a través de las arenas. Hacia el anochecer descubrieron el circuito de fundido de un generador de escudo, y otro más alejado. Una vez más algunos de los descubrimientos sugirieron tecnología ixiana, quizás pruebas contra Bronso… aunque los generadores de escudo se podían comprar en cualquier lugar.

Los escudos conducían a un gusano al frenesí. Siempre. Después de que los martilleadores lo atrajeran a los restos del qanat, los generadores de escudo ocultos incitaron a la criatura en la cuenca de Arrakeen. Alguien había tenido la intención de crear el caos allí.

Sabía por qué los hombres concluyeron tan velozmente que Bronso tenía la culpa. Alia ya había anunciado sus sospechas, y la culpa del ixiano sería demostrada para su satisfacción, de una manera u otra.

Veo la oscuridad en todas partes, pero también el más pequeño punto de luz que marca las esperanzas de la humanidad.

—Conversaciones con Muad'Dib, por la Princesa Irulan

Dentro de la arena de exposición abovedada de la Ciudadela, Dama Jessica se sentaba en un banco de madera dura entre Alia e Irulan, viendo una actuación privada de descalzos Danzarines Jervish. Se movían en una gran definición de agilidad, vestidos con los trajes azul y oro de su planeta remoto.

Al otro lado de Irulan, Harah mantenía obedientemente un ojo en los bebés gemelos, que descansaban en cestas tradicionales Fremen. Aunque sólo tenían tres meses de edad, los pequeños Leto y Ghanima observaban los bailarines con deleite obvio. Irulan también velaba por los niños de Paul, todavía en medio del proceso de redefinición de su propio papel. Duncan y Gurney estaban fuera del planeta, persiguiendo una pista en la búsqueda sin fin de Bronso de Ix…

Durante los últimos días, Jessica había visto a Irulan luchar con sus conflictivas obligaciones para equilibrar aquello tan difícil que Paul con la igualmente imposible tarea que Alia le exigía.

Tras el ataque del gusano de arena, Alia había patrocinado un espectáculo privado en la Ciudadela para demostrar que todo estaba bien en el Imperio.

—Las personas está cansada del luto, y es hora de encontrar cosas para celebrar. La Regencia es fuerte, Muad'Dib es recordado, y todos los mundos prosperarán.

El suelo del escenario estaba hecho de ladrillos de adoquines en bruto, como escombros rotos, pero los danzarines manejaban a sí mismos sin errores en una notable

serie de volteretas en el aire y movimientos invertidos, utilizando sus manos y pies de manera intercambiable.

—Una vez, cuando era una niña, un grupo parecido vino a actuar en el Palacio de mi padre —dijo Irulan, limpiando unos pocos granos de la falda de su elegante vestido blanco—. Mi padre puso brasas a través de la arena de baile.

A Jessica le resultaba difícil concentrarse en el baile. Una mosca zumbaba cerca de ella, y le dio un manotazo a la basura; de alguna manera se había metido dentro del gran espacio acristalado.

Paul había reflexionado profundamente sobre su peligroso legado, sobre los riesgos de dejarse ser deificado… ¿pero lo que le había hecho para el nombre Atreides y para los restos de la familia que había dejado atrás? Su hermana Alia no estaba lista para ser lanzada en medio de una tormenta de viento como la historia, a pesar de que estaba luchando con fuerza para demostrar a todos sus seguidores, y a sí misma, que podría ser el igual que su hermano.

Y, Jessica sabía, estaban los bebés: sus nietos gemelos… para considerar.

En el intento de destruir el falso aura sagrado que rodeaba las acciones de Paul, ¿qué pasaba si Bronso estaba creando más peligro para los gemelos? No lo había considerado antes.

Haciendo caso omiso de los danzarines, Jessica observó cómo Irulan se comportaba al lado de los niños. Jessica se preguntó cuánto Irulan posiblemente podría haber aprendido acerca de ser madre en todo su entrenamiento Bene Gesserit y sus experiencias de crecer en la corte Imperial en Kaitain. Aún así, definitivamente parecía dedicada a los bebés ahora.

Los gemelos y su potencial plantearon muchas preguntas en la mente de Jessica. Si Paul fue el Kwisatz Haderach, ¿qué poderes podría haberles transmitido a sus hijos? ¿Qué tan pronto sabría alguien si los dos bebés tenían acceso a las Otras Memorias?, y de ser así, ¿se convertiría en un reto para ellos, como lo fue para Alia?

Ya, Leto y Ghanima demostraban un comportamiento avanzado, rarezas de personalidad. Eran los niños huérfanos de un Emperador mesiánico que había estado rodeado de fanáticos: Por supuesto que aquellos dos niños no eran niños normales.

Durante un período de calma en el espectáculo, Jessica se inclinó más cerca de Alia y finalmente elevó el punto que había pesado sobre ella por algún tiempo.

—Como tu Madre, recuerdo lo difícil que era para que ti ser diferente a una edad temprana, una niña inusual tratada coma una extraña, una… abominación.

Alia respondió bruscamente:

—Mis diferencias me hicieron fuerte, y tuve la ayuda de mi hermano mayor.

—La mía, también. Y ahora estoy preocupada por mis nietos. Necesitan un estudio especial, una capacitación especial.

—Leto y Ghanima tendrán mi atención y asistencia. Como los hijos de Muad'Dib, llegarán a ser fuertes. —Miró con nostalgia a los bebés en sus cestas—. Me aseguraré de ello. No te preocupes por ellos, Madre.

Caminando en sus manos, los danzarines formaron un círculo frente a la pequeña audiencia, pateando con sus pies desnudos y gritando ruidosamente en su propio idioma.

La mosca que la distrajo antes volvió a zumbar alrededor de la cabeza de Jessica una vez más.

—Por supuesto que me preocupo por ellos. El tribunal de Muad'Dib no es el lugar más seguro del Imperio. Estarían perfectamente protegidos conmigo en Caladan. Podría criar a los gemelos en el hogar ancestral de la Casa Atreides, lejos de las conspiraciones y los sistemas de aquí. Sabes cuántas amenazas has enfrentado ya. Deja que vengan conmigo.

Alia reaccionó con sorprendente vehemencia.

—¡No, ellos se quedarán aquí! Como hijos de Muad'Dib, deben ser criados en Dune, y ser parte de Dune.

Jessica mantuvo una dura calma.

—Yo soy su abuela, y tengo más tiempo que tú para dedicarme a su bienestar. Tú eres la Regente del Imperio. Caladan es un lugar donde Leto y Ghanima pueden estudiar cuidadosa meditación, aprender a controlar las voces que podrían estar dentro de ellos.

—El mundo natal Atreides sólo hará que sean suaves, obesos de agua, y complacientes. ¿Cuántas veces Paul hablaba de eso? El paraíso y la facilidad hacen la os hombres perder su ventaja. —Se levantó a medias de su asiento—. No, los gemelos son hijos de este planeta, y que pertenecen al desierto. No voy a permitir que se vayan.

Irulan intercedió.

—Ya he jurado velar por sus hijos y cuidar de ellos como si fueran míos. —La princesa miró a Alia y a Jessica y viceversa, dividida entre las opciones—. Pero Dama Jessica también tiene razón, Alia. Quizás Leto y Ghanima puedan vivir alternativamente en Caladan y en Dune. Daría a los niños un equilibrio y un sentido de su propia historia.

—También son Atreides… —dijo Jessica.

—¡No! —Alia parecía al borde de la violencia, e Irulan se estremeció a pesar de sus mejores esfuerzos de controlarse—. Nadie puede entender a los niños mejor que yo. Seré la primera en notar los signos de peligro de posesión. No escucharé nada más de esto, a ninguna de las dos.

Irulan cayó inmediatamente en silencio. Jessica se dio cuenta de que, incluso después de que regresara a Caladan, la princesa se quedaría allí, a merced de los caprichos de Alia, obligada a mantenerse útil y demostrar su lealtad a la Regencia.

Apenas notados por su público auspicioso, los danzarines terminaron su actuación y se pusieron en una línea sobre sus manos. Uno por uno, volteados boca arriba, se inclinaron, y corrieron fuera del edificio.

Con el espectáculo terminado, y la discusión sobre los niños todavía picando en su mente, Jessica se levantó del banco de madera dura.

—Por favor, envía mi aprecio personal para el espectáculo. Me retiraré a mis aposentos a meditar. —Y se alejó rápidamente.

Cuando Jessica llegó a un jardín de piedra iluminado por el sol, la mosca zumbó cerca suyo otra vez, girando alrededor de su rostro y zumbando cerca de su oído. Jessica se preguntó cuál de los sellos de las descuidadas puertas en la ciudadela cerrada le habían permitido al molesto insecto del desierto ingresar. Trató de espantarla, pero la mosca maniobró cerca de su rostro.

Se sorprendió al oír que emitía un hililo de voz.

—Dama Jessica, este es Bronso Vernius. He puesto mi grabación en este dispositivo disfrazado. Necesito su ayuda por el amor de mi madre. Por favor, ven a verme en secreto. Escucha con cuidado. —El dispositivo insecto ixiano recitó una ubicación y un plazo de dos días después.

Sabiendo que podría ser observada, incluso allí, Jessica continuó alejándose

No mostró sorpresa por la forma inteligente que Bronso había encontrado para contactarla. Poniendo una mano sobre su boca como para cubrir una tos, ella dijo:

—Lo entiendo, y estaré allí.

La mosca se alejó volando.

Un poeta muerto hace mucho tiempo una vez afirmó que era mejor gobernar en el infierno que servir en el cielo. Ese hombre nunca vio Salusa Secundus.

—Emperador Shaddam IV, diarios privados

Los nuevos soldados ya estaban muertos desde el comienzo, pero no tan destrozados como para no poder ser reparados. Lucharían de nuevo. Y Shaddam reconoció que los soldados ghola tenían ciertas ventajas especiales.

Bajo el cielo de naranja ampollado de Salusa Secundus, lejos de cualquiera de las actividades de terraformación, el Conde Hasimir Fenring y el Bashar Zum Garon acompañaban al antiguo Emperador a una barranca seca aislada. El próximo navío de cadáveres llegaría pronto.

Los inspectores de Muad'Dib constantemente monitoreaban el transporte de carga que salía y entraba a Salusa, pero los distribuidores tleilaxu de los muertos se movían libremente. En el curso normal de los sucesos, muchos exiliados que luchaban morían por lo que un buque de transporte de órganos no era una rareza en particular; sin embargo, nadie sospecharía que el buque tleilaxu que llegaba ahora estaba lleno con cuerpos que habían sido reanimados por tanques axlotl.

Años antes, Shaddam había inventado el esquema, y complacido y sorprendido al Conde Fenring de que su amigo en realidad había tenido una buena idea.

El leal pero caído comandante Sardaukar del Emperador, Zum Garon, había negociado términos secretos con los tleilaxu y Shaddam había pagado por muchos cargamentos de gholas… soldados que ya eran contados entre los muertos y sin marcar en cualquier tirada. Legión tras legión de luchadores completamente imposibles de rastrear para ser entrenados como feroces guerreros Sardaukar.

Desde hacía años, a cambio de una parte ridícula de la restante fortuna Corrino, los tleilaxu habían cosechado los cadáveres de los soldados muertos de los campos de batalla

del Jihad y los pusieron en tanques axlotl para reparar sus heridas. Se restaurarían los combatientes a una apariencia de vida, sus recuerdos limpiados, sus personalidades borradas. Independientemente de las diversas banderas bajo las que aquellos hombres habían luchado originalmente, los gholas de laboratorio retenidos no tendrían sentimientos de lealtad o patriotismo. Pero sus músculos recordaban cómo manejar un arma, y obedecían las órdenes. Fenring mismo había visto a los sujetos de prueba durante una serie de simulacros de batallas cerca de la ciudad tleilaxu Thalidei cuando su querida y dulce Marie seguía viva.

Shaddam paseó por la tierra sin descanso.

—Estoy harto de este lugar, Hasimir, y quiero salir. ¿Cuántos serán suficientes? Los tleilaxu cobran una cantidad escandalosa por cada envío de soldados. ¡Mis recursos no son ilimitados!

—Pero sus ambiciones sí lo son, Señor, y debe tener un ejército que coincida con ellas. Hay, aahhh, algo que decir por soldados que no temen a la muerte.

Un destello de indignación cruzó el rostro del Bashar Garon.

—Los Sardaukar no le temen a la muerte. —El comandante militar esperó junto a su Emperador, sudando en su uniforme de gala mientras la gran nave tleilaxu finalmente aparecía a la vista y descendía pesadamente en el suelo.

Fenring hizo una reverencia respetuosa.

—Como usted dice, Bashar. No era mi intención faltar el respeto.

Hizo el cálculo mental.

—Ahora que el usurpador ha muerto, ahh, sí, ya es hora de que hagamos nuestro movimiento. La Regente es débil y asustadiza —sus propias acciones lo demuestran.

Shaddam frunció el ceño.

—Mató a mi enviado Rivato después de sugerir un compromiso perfectamente razonable. No te olvides de que ella mató a mi Chambelán Ridondo, también, cuando era mucho más joven. Un diablo de niña.

—Ahh, hmm, y eso demuestra su impulsividad. ¿Qué tenía que ganar matando a Rivato? Debe haberle tenido miedo. Y a usted, Señor.

Shaddam pateó un terrón seco de suciedad mientras esperaba a que el transporte tleilaxu se asentara sobre el área de aterrizaje.

—Hemos estado construyendo y alimentando, cuidando nuestro ejército-ghola desde hace años. Tenemos que aprovechar el vacío del poder Imperial, y ahora. Esa chica no puede mantener el gobierno de su hermano junto.

—Hmmm, Señor, usted mismo vio de lo que era capaz de hacer esa «niña» cuando asesinó al Barón Harkonnen ante sus ojos. ¡Y era sólo una niña entonces! Más tarde, mató a mi querida Marie, que era ella misma una asesina entrenada. Como Regente, ahora, Alia es aún peor. —El conde se aclaró la garganta—. Aún así, es incapaz de ser el líder que Muad'Dib era. No tiene delicadeza, y su tendencia a reaccionar de forma exagerada construirá resentimiento entre la población. El fanatismo puede ir muy lejos.

—Sonrió a Shaddam—. Ahhh, sí, estoy convencido de que nuestro ejército ghola está casi listo. Unos pocos envíos más, unos cuantos ejercicios más de entrenamiento.

El Bashar Garon ya había pasado años con los soldados ghola, probándolos con métodos Sardaukar brutalmente eficientes, técnicas de combate que habían hecho a las terroríficas tropas Imperiales imparables durante siglos. Tanto Fenring como Shaddam habían visto a aquellas enormes y nuevas legiones realizar maniobras militares con fría precisión que trajo un escalofrío de temor y un estremecimiento de intimidación. El Emperador deseaba la restauración de su antigua gloria, y Garon quería lo mismo… elevar de vuelta el nombre orgulloso Sardaukar de las cenizas de la historia.

Pero el ejército secreto de Shaddam necesitaba atacar en un momento y lugar precisos, un golpe cuidadosamente calculado que enviaría ondas de choque a lo largo de la frágil estructura de Imperio de Muad'Dib. La Regente Alia nunca podría soportarlo.

Aunque el Jihad oficialmente había durado por años, las batallas todavía hacían estragos en planetas dispersos, mientras que nuevos signos de tensión aparecieron en los mundos dominados.

Los escritos de Bronso de Ix continuaban empujando a los puntos de dolor, levantando dudas y animando a muchas personas a cuestionar al supuesta «Mesías». Fenring no podría haberlo planeado mejor. Como Regente, Alia Atreides ya debía estar sintiendo el poder de su hermano deslizándosele a través de sus dedos, después de unos pocos meses.

El Bashar Garon se mantuvo fresco.

—Estoy ansioso por comenzar una batalla abierta y ayudarlo a restaurar al Trono del León, Majestad. El gusano de arena rebelde en Arrakeen fue un buen ataque preliminar, una estrategia inicial.

El Emperador caído frunció el ceño.

—Tenía la esperanza de que decenas de gusanos rebeldes se filtraran a través de la brecha en la Muralla Escudo. ¿Significa eso que el plan fue un fracaso, Hasimir? —Su voz tenía un agudo tono acusatorio.

—Incluso un gusano de arena causó mucha destrucción, Señor, dejando a Arrakeen en un alboroto. La Regencia de Alia ya tiene suficientes problemas a los que hacer frente, y acabamos de agregar otra interrupción significativa. Algunos de los lugareños están diciendo que era el espíritu enojado de Muad'Dib, volviendo por venganza.

—¡Qué tontos supersticiosos! —Shaddam rió, luego se detuvo—. ¿O es que empezamos los rumores nosotros mismos?

—No tuvimos necesidad, Señor. —Fenring consultó su tableta cristalina, donde un mensaje intrincadamente codificado describía el suceso en Arrakis. Dos de sus espías habían muerto en el ataque del gusano, transeúntes inocentes en los barrios pobres de Arrakeen, pero un operativo superviviente había enviado un detallado relato de los testigos presenciales—. A medida que los locales se apresuran a reparar el daño, están asustados, y algunos lo ven como una señal del desagrado de Dios con el gobierno de Alia. Ese rumor es uno de los nuestros…

El robusto cañón de paredes rojas se abría en un valle protegido, lejos de los asentamientos de la prisión o de la ciudad en forma de cúpula de Shaddam. Según lo programado, la nave de cadáveres tleilaxu se asentó en el suelo, revolviendo una neblina de arena oxidada con un rugido de los motores suspensores.

Garon dijo:

—No me gustan estas tropas ghola, pero reconozco la necesidad de ellos, ya que mis esfuerzos para reclutar combatientes de la población carcelaria aquí han tenido menos éxito de lo que esperaba.

El Conde Fenring sabía la antipatía secreta que Garon celebraba hacia el Emperador caído; culpaba a Shaddam por los muchos desastres que habían avergonzado a las filas Sardaukar y costado la vida de su propio hijo.

—La única legión de leales Sardaukar que Muad'Dib permitió mantener nunca, ahh, ha sido adecuada para nuestros propósitos.

—¿Por qué es tan difícil entrenar a los prisioneros? —espetó Shaddam—. Cuando estaba en el trono, Salusa me proporcionaba una lista de entrenadores Sardaukar, que ya estaban endurecidos por las experiencias de supervivencia aquí.

Garon se volvió en una réplica molesta, y dijo con una calma forzada:

—En aquellos días la población carcelaria era mucho mayor. Kaitain enviaba cargamento tras cargamento de disidentes aquí, presos políticos, simples traidores, y criminales violentos. Sólo un pequeño porcentaje sobrevivía, y un porcentaje aún menor se volvían reclutas Sardaukar. Cuando el Emperador Atreides dejó de enviar a sus prisioneros aquí, nuestra lista se redujo considerablemente. Y sus años de trabajo de terraformación —lo cual usted quería— hizo al paisaje Salusano mucho menos que un desafío para endurecer nuestros hombres disponibles.

Cuando Paul-Muad'Dib dio su promesa de convertir aquel infierno en un jardín planetario, supuestamente como una concesión al derrotado Shaddam, el Conde Fenring había detectado sutilezas en sus razones: En un entorno tan difícil, donde la vida diaria era un desafío brutal, sólo los presos más fuertes, los de mayores recursos y los más endurecidos sobrevivían, y así se convertían en candidatos perfectos para Sardaukar. Para suavizar a la población y embotar el filo de Salusa Secundus, Muad'Dib había paralizado la capacidad de Shaddam de encontrar reemplazos adecuados para sus tropas terroristas.

Por su propio plan, sin embargo, Shaddam Corrino había mirado a otra parte.

Cuando las escotillas de la nave de cadáveres se abrieron y una serie de rampas paralelas se extendieron hasta el suelo, más de seis mil nuevos soldados ghola marcharon. Sus uniformes eran iguales… lo mejor para mezclarse entre la población variopinta del planeta. Muchos de ellos mostraban cicatrices de heridas mortales. Ya habían sido adoctrinados por los tleilaxu, su lealtad programada para el Emperador Padishah. Sus viejos reflejos, los músculos y las respuestas automáticas habían sido despertados.

Mientras los últimos soldados ghola salieron de la nave, un hombrecillo tleilaxu vestido de gris escabulló hacia ellos, con un proyector cristalino en la mano. El Conde sabía que el hombre iba a exigir su pago ahora.

Shaddam miró a los recién llegados, satisfecho, pero un poco aburrido.

—Por el bien de la humanidad, y por el bien de la historia, Hasimir —tenemos que deshacernos de estos monstruos y destructores Atreides, y de esos gemelos bastardos, también. Sería mejor si alguien ahogara a los dos bebés y terminara con ellos.

Fenring sonrió.

—Sería una moda más verdaderamente Fremen, Señor, si pudieran ser enterrados vivos en la arena.

Nosotras escribimos nuestras propias definiciones de gratitud.

—Axioma Bene Gesserit

Tras una cuidadosa consideración, Alia decidió conceder una audiencia a la visitante de la Bene Gesserit. Era una Reverenda Madre solitaria, alguien que, obviamente, se consideraba importante y estaba dispuesta a correr el riesgo de ir allí a pesar de la antipatía evidente y peligrosa de Alia hacia la Hermandad.

Después de que Alia hubiera ordenado la ejecución de la Reverenda Madre Mohiam, las Bene Gesserit había sido prudentes en evitarla. La joven Regente Imperial hacía tiempo que había tomado la decisión de que nunca las perdonaría por conspirar contra su hermano. Sin embargo… encontró esto intrigante.

A medida que la Reverenda Madre visitante se dirigía a las oficinas privadas de la Regente, Alia consideró convocar a su madre para unírsele. Jessica no tenía un gran amor por la Hermandad tampoco; podían sentarse juntas, una poderosa alianza de madre e hija. Por otra parte, Alia nunca estaba seguro de cómo su madre reaccionaría a situaciones particulares. Al final, decidió que siempre podría decirle a Jessica todo después de la reunión, cuando se enterara de lo que la Hermandad quería.

Una Reverenda Madre llamada Udine entró en la habitación con una reverencia formal y un espectáculo adecuado de respeto. La humildad genuina de una Bene Gesserit era una ocurrencia poco ortodoxa.

Alia permaneció sentada en su silla, con las manos cruzadas delante de ella sobre el escritorio. No perdió tiempo ni aliento en bromas, ni tampoco Udine.

—La Hermandad me envió aquí, Regente Alia, con respecto a la cuestión de Bronso de Ix.

Alia arqueó las cejas.

—Continúa.

—Hemos obtenido inesperadamente cierta información que puede ayudarle en sus esfuerzos para capturarlo. Tenemos conocimiento reciente de los movimientos de Bronso y una fuerte evidencia de donde está, incluso ahora.

—¿Dónde? —Alia tenía una mano dispuesta para llamar a sus guardias Amazonas y enviar un equipo de caza de inmediato, pero también desconfiaba de los trucos.

—Creemos que está aquí, en Arrakis.

Alia se sacudió con sorpresa.

—¿Por qué habría venido aquí de nuevo? Eso es un riesgo absurdo.

—Tal vez tiene asuntos aquí.

—¿Cómo lo saben? —*¿Y por qué debería creerte?*, pensó.

—Durante años, la madre de Bronso estuvo bajo custodia protectora en Wallach IX. Tessia Vernius es una muestra valiosa.

Alia frunció el ceño.

—Recuerdo algo sobre su desintegración mental —ocurrió antes de mi nacimiento.

—Ya no la tenemos. —Udine permaneció erguida, manteniendo sus ojos ligeramente hacia abajo—. Bronso la rescató.

Alia se rió bruscamente.

—¿Bronso liberó a una cautiva de la Escuela Madre Bene Gesserit?

A Udine no le hizo gracia.

—Él es muy inteligente, y difícil de alcanzar, como usted bien sabe. Todavía no conocemos a sus aliados, ni la forma en que él se la llevó. Sin embargo, usted puede encontrar a Bronso a través de Tessia —y creemos que ella está en Arrakis.

—¿Por qué dice eso? ¿Cuál es su evidencia?

—Mientras Tessia estaba en su estado de coma, se le implantaron ciertos diagnósticos en su interior. Uno de ellos era un dispositivo que podía ser utilizado como un localizador. —Udine entregó una pequeña placa de datos—. Las coordenadas de seguimiento indican Arrakis, y tenemos todas las razones para creer que Bronso está con ella.

Alia apenas pudo contener su emoción. Aquella era la mejor ventaja que había tenido en mucho tiempo.

—Excelente noticia, Reverenda Madre. Todos los sujetos Imperiales han pedido ayudar en la búsqueda de Bronso de Ix. La Regencia aprecia que hayan ofrecido esta valiosa información, pero le advierto, será mejor que no haya trucos aquí.

Udine cruzó los brazos sobre su pecho.

—No hay trucos de nuestra parte, mi Dama, pero la noticia no es del todo buena. Rastreamos a la Hermana Tessia a Arrakis, pero perdimos el rastro aquí… tal vez debido a una de las tormentas de arena. Ya no tenemos una señal. —Negó con la cabeza—. Es muy frustrante, pero pensamos que le gustaría saber lo que hemos aprendido. Aunque la información no es perfecta, esperamos que su gratitud reflexione sobre la situación de la Hermandad. Anhelamos volver a algunas posiciones de influencia.

Molesta, Alia dejó a un lado la placa de datos que mostraba las últimas coordenadas conocidas.

—La información que me trajo casi carece de valor. Dile Harishka que no espere nada de mí.

—Pero usted prometió una recompensa. Sus anuncios, sus condenas a Bronso de Ix han hecho que…

—Dejé en claro que cualquier persona que reportara información valiosa recibiría las bendiciones de Muad'Dib. —Alia levantó ambas manos en una de bendición, pero en un desdeñoso gesto—. Listo, usted tiene la mitad de la bendición. Que sea suficiente para

usted. Las Bene Gesserit no han hecho otra cosa más que tratar de destruirme a mí y a mi hermano.

Udine pareció enferma en vez de indignada.

—No hemos hecho ningún movimiento en contra suya o su Regencia, Dama Alia.

La Regente se puso de pie, caminó alrededor de su escritorio para enfrentarse a la más alta Reverenda Madre.

—¿En serio? ¿Han olvidado cómo Dama Margot Fenring —la Reverenda Madre Margot Fenring— desató a su hija Marie sobre mí y Paul, con la esperanza de asesinarnos? Esa chica se hizo pasar por mi amiga, pero la maté de todos modos. ¿Debo enumerar más delitos?

Udine se sorprendió.

—¡Dama Fenring actuó sin nuestro conocimiento! Eso no era un plan de la Bene Gesserit.

—Dama Fenring es una Bene Gesserit, por lo tanto, se trataba de un plan Bene Gesserit. No estoy interesada en excusas. Ahora, lárguese de nuevo a su Escuela Madre, contenta al saber que nos ha ayudado. —Cuando Udine se preparaba para continuar discutiendo, Alia se giró en torno a la mujer y la empujó hacia la puerta—. ¡Ya basta! ¡Ahora váyase!

La sorprendida Reverenda Madre empezó a decir algo, luego lo reconsideró, y rápidamente se fue. Las guardias Amazonas la escoltaron fuera.

Paul-Muad'Dib no era dueño de un monopolio histórico que creaba fanáticos, pero él perfeccionó dicho arte.

—De la Mente de un Asesino, un panfleto publicado por Bronso de Ix

Jessica tuvo que tomar precauciones extraordinarias cuando salió para encontrarse con Bronso. Teniendo en cuenta el estado de ánimo en la Regencia, sintió que aquello podría ser lo más peligroso que jamás había hecho.

No resultó difícil para ella arreglar por el transporte desde Arrakeen al Sietch Tabr. Tenía conexiones e historia allí, y nadie cuestionaba su petición para hacer una peregrinación personal, ni su deseo de privacidad. Ya había hecho eso varias veces antes, y como Madre de Muad'Dib, no sería desafiada.

Cada día, un cierto número de visitantes de otros mundos inundaba el famoso sietch, como el irritante polvo soplado por el viento, y tópteros de transportes partían a cada hora, si el tiempo lo permitía. Antes de entrar en la cabina de pasajeros llena de gente de la aeronave, Jessica había cubierto su rostro y puesto ropa andrajosa de polvo y encorvó su postura, por lo que cuando descendió, rodeada por el remolino de los otros, no era más que otro peregrino en una prensa de cuerpos que deseaban ver donde Muad'Dib había hecho su primer hogar Fremen, donde Chani había dado a luz a los gemelos reales, y donde el hombre ciego y roto se había desvanecido en el desierto.

En el sietch, escapando de los demás peregrinos para reunir los elementos necesarios, Jessica alteró su apariencia a la de una mujer de pueblo ordinaria en un destiltraje y una túnica gris. Cuando ella salió una hora más tarde, vestida con otra identidad como

inspectora del gobierno de estaciones meteorológicas, viajó a bordo de un transporte industrial que volaba por encima de los patrones climáticos, cubriendo grandes distancias para llegar a las nuevas estaciones de terraformación construidas en una base bulliciosa cerca del polo sur. A partir de ahí, después de asumir la identidad de un hombre con un suelto atuendo de desierto, pilotó un pequeño ornitóptero sin marcar por sí misma al profundo Tanzerouft, siguiendo las coordenadas de la ubicación que Bronso le había proporcionado en secreto.

—Necesito su ayuda por el amor de mi madre —le había dicho Bronso.

En su pequeña nave, voló en círculos sobre una amplia extensión de blancura, un salar que daba la apariencia de los mares antiguos de aquel planeta árido. En el perímetro oriental del salar, en una zona protegida por las rocas, encontró lo que buscaba: el naufragio de una fábrica de especia en medio de las venenosas arenas naranjas. El viento se levantó, haciendo que el aterrizaje fuera difícil, pero se las arregló de todos modos, después de lo cual bloqueó los puntales y calmó la vibración de las alas articuladas.

Varios pequeños remolinos de polvo azotaron alrededor de los restos de la fábrica de especia, dando vueltas, ganando fuerza y luego dispersándose. Pequeñas tormentas… ghibli, las llamaban los Fremen.

Cuando salió, un hombre de aspecto cansado emergió con un viejo uniforme rayado y portando varias armas. Parecía un contrabandista, y llevaba una mascarilla, equipado de la manera Fremen. El hombre permaneció en silencio, esperando a que ella se le acercara. Cuando llegó, Jessica se aseguró de su identidad, y durante un largo rato los dos se miraron el uno al otro, antes de que ella se adelantara para abrazar a Bronso.

—¡Han pasado tantos años!

—Con tantos eventos, mi Dama. Nunca habría imaginado que la vida me podría llevar a esto. —Sus ojos se agudizaron, mientras giraba la joya de fuego del anillo en su dedo—. Pero por fin tenemos buenas noticias. Vamos, tengo que mostrárselo.

Con una sorprendente jovialidad en su paso, Bronso la llevó dentro de la antigua fábrica de especia y descendió por una escalera de plaz hacia un reducto subterráneo. Oyó el silbido del viento a través de los restos sobre ellos, la socavación de la arena como silbantes susurros contra el casco.

—Paul usaba este lugar excavado como un perno con paredes de barrera para mantener a los gusanos, y para evitar que los sonidos se escaparan —dijo Bronso.

Jessica había oído que su hijo tenía lugares seguros como aquel en varios mundos, lugares donde él y su familia podrían ir si era necesario, pero no había sabido donde se hallaban cualquiera de aquellos refugios.

Se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Era el lugar perfecto para que nosotros nos ocultáramos.

—¿Nosotros?

Bronso la condujo a una cámara de paredes de metal con austeras sillas de color malva dispuestas alrededor de una mesa central de metal que una vez debió haber sido

una zona de desastre para una tripulación de especia. Holofotografías cambiaban en las paredes, una sucesión de escenas del desierto.

Tessia se sentaba allí, remilgada e inmóvil.

Jessica respiró rápidamente, y la madre de Bronso levantó la cabeza para sonreír.

—Mi hijo me ayudó a escapar de la Bene Gesserit. Yo sabía que llegaría, eventualmente. Lo esperé —y las Hermanas nunca entendieron como hice para derrotar a sus Hacedoras de culpa.

Con verdadera alegría, Jessica se adelantó para abrazar a su amiga.

—¡Tessia, estoy tan contenta de verte a salvo! —Miró a Bronso—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Tuve ayuda… la forma en que he manejado todo esto hasta ahora. —Se sentó pesadamente en una de las sillas de color malva al lado de su madre—. Pero ella no está a salvo conmigo. Conoces los peligros que enfrento, y no puedo seguir haciendo mi trabajo si tengo que preocuparme por ella. Por eso te he llamado aquí. ¿Puedes llevártela, encontrarle un hogar en Caladan? Cuando llegué al Espaciopuerto de Carthag, realicé un escaneo en mi madre, y encontré un dispositivo de seguimiento Bene Gesserit implantado en su cuello. Lo desactivé electrónicamente allí, y destruí más tarde. Aun así, la Hermandad sabe que Tessia está en Dune. Podría haber peligro para ella. Necesito tu ayuda.

Jessica sopesó los riesgos, las consecuencias. Había llegado a detestar la Hermandad y sus esquemas implacables, la manera que enviaban sus tentáculos a todas partes. Y Alia odiaba cualquier persona conectada a Bronso. Aquello no sería simple… Pero su honor Atreides permitía una sola respuesta:

—Por supuesto que lo haré. Puedo arreglar por un viaje secreto para volver a Caladan.

Tessia sonaba melancólica.

—Caladan… prefiero ir a mi hogar.

Las palabras de Bronso fueron veloces.

—Caladan es una opción mucho mejor. Ix ya no es seguro, y la Hermandad podría ir a buscarte allí.

—Sí, me gustaba Caladan. Rhombur y yo fuimos felices allí…

Jessica vio de inmediato los problemas prácticos, aunque no podía rechazar la petición.

—Ella no puede ser vista conmigo, porque Alia sabrá que tú y yo hemos estado en contacto. Pero puedo mantener a tu madre oculta por unos días, y a continuación, organizarle un viaje a Caladan con un nombre falso. Las Bene Gesserit nunca debe saber dónde está, y tampoco mi hija.

Tessia sonrió a los dos.

Unas lágrimas de alivio corrieron por las mejillas Bronso, pero se las secó al instante.

—No puedo agradecerle lo suficiente. Caladan es el lugar perfecto para ella.

—Tendremos que tener mucho cuidado, Bronso. En última instancia, su identidad podría filtrarse, y no queremos atraer la ira de Alia —o la de las Bene Gesserit— contra Caladan y su gente. Esa es mi prioridad, como Duquesa. Pero por un tiempo Caladan será seguro, en condiciones de absoluto secreto, hasta que podamos encontrarle un hogar a largo plazo. Dame una semana para hacer los arreglos necesarios. —Quizás Gurney podría ayudar; debería regresar con Duncan al día siguiente o el otro, y seguramente podría encontrar una manera de llevarse a Tessia bien lejos.

—No descansaré fácilmente hasta que sepa con seguridad que mi madre está a salvo. Llévala contigo, pero hágame saber cuando todo haya sido arreglado. —Le contó sobre una identidad que asumiría para sí mismo y un lugar seguro en un barrio pobre de la ciudad de Carthag—. Así es como puede llegar a mí. Y yo siempre sé dónde encontrarla. ¿Nos vemos en una semana? Para entonces, tendremos otros asuntos que discutir.

Tessia no tenía nada que empacar o llevar. Jessica ya estaba considerando poder ocultar a la mujer en Arrakeen durante unos días. Después de que Bronso las abrazara a ambas por última vez, susurrando una larga y sentida despedida al oído de su madre, Jessica llevó a Tessia a la salida de la fábrica de especia destrozada, y el hombre de pelo de cobre se despidió de ellas. Parecía como si un gran peso hubiera sido levantado de su espalda.

—Por favor, ten cuidado, Bronso —dijo Jessica.

—Siempre lo tengo.

Mientras la noche comenzaba a caer en el desierto, las dos mujeres se escabulleron, cruzaron la mancha de especia de arena, y abordaron el ornitóptero. Jessica encendió los motores y despegó.

Un Fremen estaba de pie en una duna en la distancia, mirando a través de los lentes de los binoculares. Veterano Fedaykin en un destiltraje degradado, Akkim había estado estudiando las migraciones de los gusanos de arena, uno de los muchos proyectos científicos patrocinados por la Escuela de Planetología de Muad'Dib. No estaba seguro de cuánto tiempo duraría aquel proyecto en particular, porque se trataba de colocar dispositivos de localización electrónicos en los grandes gusanos de las profundidades del desierto y el Qizarate criticaba la práctica, argumentando que así manipulaban el dominio sagrado de Shai-Hulud. Sin embargo, Kynes-el-Umma, el padre de terraformación de Dune-había sido un científico muy admirado, e incluso venerado entre las tribus.

A Akkim no le importaba la política, o las implicaciones religiosas, a las cuales consideraba mínimas. Mayormente, sólo le gustaba una excusa para montar a los grandes gusanos y pasar largos períodos de tiempo en el desierto abierto. Era uno de los mejores montadores de gusano en todo Dune, ganador de numerosas carreras y otras competiciones de grandes convocatorias, cada vez que los miembros de muchas tribus se reunían.

Durante casi un mes, había estado convocando a los monstruos con martilleadores, montándolos, para luego implantarles dispositivos de seguimiento electrónicos entre sus segmentos blindados. Un gusano tras otro. Se preguntó cuántos eran, y estaba seguro de

que sus compañeros de estudios en la Escuela de Planetología podrían utilizar sus datos para llegar a una estimación.

Hacía poco, Akkim había estado en marcha en la arena, en dirección a una fábrica de especia destrozada y al parecer abandonada que había visto en sus viajes. Atravesó el desierto, teniendo cuidado de no causar vibraciones que pudieran atraer a un gusano. Su experiencia de mapeo le indicó que los restos habían estado una vez por encima de un refugio fortificado para el Emperador Muad'Dib, y por ello lo consideraba un sitio secreto… y sagrado. Tenía la intención de instalar un dispositivo de señal allí, así sus compañeros confirmarían su ubicación geográfica. Las dunas y la especia de las arenas en Tanzerouft tenían una curiosa manera de cambiar, de moverse a través del tiempo como si fueran seres vivos, pero aquel sitio se encontraba en una zona estable, protegido entre las rocas.

Mientras que trepaba por una línea de rocas expuestas que yacían como las vértebras de un enorme esqueleto a través del desierto, consiguió un punto de vista de los restos de la fábrica que se extendía como un animal varado sobre la caída de rocas y afloramientos, lejos de las arenas abiertas. Aquella era la forma en que había sobrevivido allí fuera en el abierto durante tanto tiempo.

Se sorprendió al ver a tres personas que salían de un montículo en descomposición de maquinaria… dos mujeres y un hombre. Un ornitóptero estaba aterrizado cerca de la capa dura, y las mujeres lo abordaron, rodeadas de pequeños torbellinos de polvo, mientras que el hombre se quedaba en la fábrica de especias abandonada. Akkim se apresuró a sacar de sus prismáticos, pero las lentes necesitaron un ajuste, y para cuando llegó a establecerlo, la nave ya estaba en el aire y volaba lejos en un torbellino de alas articuladas. Con las imágenes en los binoculares de observación, tomó fotografías de la nave, aunque no había marcas que la identificaran.

Contrabandistas, pensó.

Apuntando las lentes en la fábrica de especia, estudió al hombre que observaba al tóptero alejándose. Llevaba lo que parecía un viejo uniforme de contrabandista, y su rostro estaba parcialmente oculto por una máscara de destiltraje. Usando los prismáticos, Akkim capturó más imágenes para añadir a su informe. Se había encontrado con un montón de traficantes de especia en el desierto, hombres duros pero industriosos que se negaban a pagar las tarifas Imperiales.

Akkim se cuidó de no ser visto, sintiendo un poco de miedo. Era probable que hubiera más contrabandistas dentro del hoyo, probablemente usándolo como base, y estarían armados, mientras que él era sólo un investigador solitario. Akkim no se movió.

Ahora, el contrabandista pelirrojo volvió a entrar.

El Fremen esperó. Justo después de la puesta del sol, se arrastró alrededor del sitio de los restos, y encontró otro tóptero, gris y sin marcas como el otro, bien camuflado. La Escuela de Planetología no se preocupaba por los movimientos de los contrabandistas, pero la Regente Alia lo haría. Puso uno de sus dispositivos de seguimiento de en el tren

de aterrizaje de la nave, y ocultó otra unidad de señalización en la fábrica de especia en ruinas. Alguien seguramente estaría interesado.

En la oscuridad que caía, Akkim corrió a través de una superficie de roca, bajó hacia el salar, y regresó a más rocas, subiendo más alto, hasta que pasó por encima de una cresta baja y se dejó caer en el desierto abierto más allá. Una vez seguro de estar fuera de la vista, activó un martilleador que había plantado aquella tarde y esperó, escuchando el ruido del golpeteo rítmico.

Entonces, vio un movimiento subterráneo ondulante sobre las dunas, la aproximación de un gran gusano. Con la facilidad de toda una vida de práctica, Akkim montó la bestia, los clavó en lo segmentos del gusano, y se puso a guiar al monstruo.

Montaría toda la noche y otro día hasta llegar Arrakeen, llevando su informe de regreso a la Escuela.

En última instancia, la confianza es una cuestión de percepción y detección, de las pequeñas y grandes cosas, piezas que se suman a un conjunto. Al decidir si confiar o no, el juicio suele ser visceral y rara vez se basa en evidencias estrictas.

—Duque Leto Atreides

Carthag, la segunda ciudad más poblada de Dune, había sido llamada «una pústula en la piel del planeta» por el Planetólogo Pardot Kynes. La antigua capital Harkonnen contaba con una población de más de dos millones de personas, aunque dichos números eran sólo estimaciones, ya que muchos de los que vivían y trabajaban en la ciudad eludían los empadronamientos.

Dama Jessica tenía sus propias razones para disgustar de Carthag. Incluso después de tantos años, el hedor Harkonnen aún persistía, pero había accedido a aquella reunión secreta. Además, la noticia era buena, y Bronso esperaría escuchar que Tessia había sido puesta en una nave de la Cofradía con un nombre falso. Por ahora, ella estaba en camino a Caladan, armada con el nombre de alguien en el planeta natal de los Atreides, que le ayudarían a iniciar una nueva vida bajo una identidad falsa. Tessia era una mujer fuerte, obviamente dañada y marcada por la tragedia, pero había sanado en gran medida. Tendría que volver a aprender a vivir como una persona normal, pero Caladan era el lugar para que ella comenzara tal esfuerzo.

Durante sus conversaciones secretas en el desierto, Bronso había dispuesto la hora y el lugar de la reunión; desde entonces, sin embargo, Duncan y Gurney habían regresado recientemente con noticias supuestamente triunfantes del progreso con la Cofradía Espacial, que había impuesto restricciones generalizadas entre los mayordomos Wayku. Jessica tenía que confiar que Gurney haría todo lo posible para retrasar lo inevitable.

Después de perder a sus aliados Wayku, Bronso ya no tendría un método eficaz de distribuir su material, pero sus ideas no serían silenciadas. Con los años, sus constantes preguntas y desafíos a la mitología de Muad'Dib habían ganado su propio impulso. Otros críticos habían tomado el esfuerzo, así, aumentando las preguntas y recolectando datos adicionales sobre las numerosas atrocidades. Muchas personas se mostraron cautelosas,

pero otras menos tímidas; habían comenzado a escribir sus propios análisis, dirigido a los errores y la falta de objetividad en los informes de Irulan, especialmente aquellos que se habían publicado desde la muerte de Paul. La suerte estaba echada…

A la hora indicada en la tarde, vestida con ropas indescriptibles, Jessica viajó en un pequeño taxi destartalado a través de uno de los barrios marginales de la ciudad. Con sus calles estrechas y desordenadas y edificios en ruinas, Carthag había crecido aún más empañada y andrajosa desde la derrota de los Harkonnen.

Tiró su capucha hacia adelante para ocultar su rostro, quitándose sus tapones nasales para mantener sus sentidos alerta. Con su sentido del olfato, buscó en los olores de la antigua ciudad, absorbiendo sus alrededores.

Muchos de los edificios de bloques —manchadas y simples estructuras prefabricadas arquitectónicamente erigidas por los Harkonnen para los trabajadores de especia y sus apoyos industriales— habían crecido como organismos enfermos, remendados y ampliadas con parches puestos al azar e irregulares de metal y plaz. Niños sucios jugaban en medio de la basura y las alimañas.

Haciendo un bufido ya fuera por incredulidad o desaprobación, el conductor detuvo el pequeño taxi.

—Su destino, señora. —Mientras que la llevaba, el hombre la había estudiado a través del espejo retrovisor, tratando de ver por encima de la fachada de su ropa desgastada y su práctico, pero desvanecido destiltraje, como si intuyera que Jessica pudiera ser alguien más importante que lo que estaba demostrando—. Tenga cuidado por aquí. ¿Quiere que me quede con usted? Podría caminar a donde tenga que ir, sin cargo adicional.

—Es muy generoso de su parte, y caballero, pero puedo cuidar de mí misma. —Su tono no dejó ninguna duda de que realmente podía. Le dio una generosa propina.

Mirando hacia arriba, Jessica vio un edificio de seis pisos que podría haberse desplomado por el peso de su decadencia, si no fuera por las estructuras adyacentes apoyándolo. Salió al pavimento roto y caminó por él, pareciendo ignorar —aunque intensamente alerta— de las siluetas sombrías que acechaban en las puertas, observándola.

Las instrucciones de Bronso le habían dicho que pasara por una puerta metálica en una calle lateral. La abrió con un chirrido que sonaba como un pequeño grito de pánico, y luego subió a una escalera de plaz a un nivel superior y giró a la derecha en un pasillo oscuro. Los olores de las reclamaciones corporales aún rezumaban en el espacio confinado. Los Fremen creían que los malos olores eran malos augurios; por lo menos, aquellos demostraban una descuidada disciplina del agua.

Antes de que pudiera golpear en una puerta llena de rasguños, ésta se abrió, y Bronso la llevó dentro, fuera de la vista. Cerró la puerta rápidamente.

Justo antes del atardecer, Duncan Idaho salió de un vehículo de tierra por la calle desde el edificio blanco en Carthag; Gurney lo siguió de cerca detrás de él.

Hombres y mujeres uniformados cerraron alrededor de los dos hombres desde sus posiciones de replanteo, al pasar de una calle a otra. Gurney había insistido en participar

en aquella operación, y el ghola no parecía sospechar que los dos tuvieran totalmente diferentes agendas.

Aunque sabía la verdad, Gurney se sentía atrapado en una gran tormenta de Coriolis de acontecimientos, y que no sabía cómo podría salvar la situación. Duncan y sus tropas se acercaban.

El rastreador del tóptero de Bronso había señalado su ubicación. Durante tres días, ahora, un radio de diez cuadras alrededor de su vivienda había sido mantenido bajo estrecha vigilancia militar. Sólo momentos antes, los observadores ocultos habían visto a un apresurado compañero de conspiración encubierto ingresar, y Duncan estaba a punto de hacer saltar la trampa.

Aunque las características del visitante se habían ocultado en gran medida, Gurney se sintió enfermo, seguro de que sabía quién era la mujer, aunque Duncan no parecía sospechar. Los soldados de Alia, decididos a capturar a Bronso, pulularían en el interior, y la trampa se cerraría alrededor de Dama Jessica, así como del ixiano. Gurney cerró con fuerza su mandíbula, apretó los puños, luchado para encontrar una posible solución, pero no podía pensar en ninguna manera de salvarla. Si la amistad de Jessica con Bronso era expuestos, no sólo sería derrotado todo lo que ella y Paul tenían la esperanza de lograr, sino que ella se enfrentaría, sin duda, a la muerte. Sin lugar a dudas, Alia ordenaría la ejecución de su propia madre.

El mayor temor de Gurney era la seguridad de Jessica. Si se enfrentaba con la elección entre salvarla a ella o al ixiano… ella era más importante que cualquier cosa por él. *¿Cómo puedo protegerla de esto, mi Dama?*

Duncan tenía todas sus tropas en su lugar y listas.

A la vanguardia de la operación, los dos hombres entraron en un edificio en ruinas en la calle de la estructura objetivo. Un oficial del ejército en un uniforme de camuflaje arena se reunió con ellos, identificándose como el Levenbrech Orik.

Con gestos desiguales debido a su entusiasmo por la culminación de la larga cacería, Orik llevó a Gurney y a Duncan pasando ante soldados ansiosos a la escalera en ruinas. En el sexto piso, cruzaron un pasillo lleno de basura a una habitación muy amplia con un pequeño balcón. Luces negras de escáneres bañaban la zona para evitar que nadie pudiera verlos.

A partir de ahí, el Levenbrech señaló la ventana velada a un edificio al otro lado del estrecho callejón.

—El escondite de Bronso Vernius está a dos pisos por debajo del techo de ese edificio. El tóptero que hemos rastreado está en el techo, escondido por algún tipo de camuflaje ixiano. —La voz de Orik cargaba una mueca de enojo—. Nuestros ingenieros ya han puesto una rampa relé en su lugar, por lo que pueden cruzar tan pronto cuando estamos listos para el asalto.

Gurney se asomó a las crecientes sombras de la oscuridad, pero sólo vio el desorden en la azotea plana.

—¿No nos verán llegar?

—Estamos protegidos por luces escáner todo el camino, y hay sistemas de supresión de sonido en el lugar, aunque los sonidos son más difíciles de velar. Tecnología ixiana contra tecnología ixiana. Es sólo un hombre, y no puede coincidir con nuestros recursos.

Gurney era consciente de que, para ayudar a capturar al fugitivo, la Confederación Ixiana le había proporcionado a Alia muchos nuevos dispositivos que utilizaban tecnologías innovadoras.

Al parecer, los ixianos querían detener a Bronso tanto como Alia.

—Antes de continuar, debemos buscar por todas las habitaciones allí —dijo Gurney—. Removiendo inocentes, en caso de que haya violencia… Dándole a Bronso más tiempo.

—Nos movemos ahora. —Duncan miró su cronómetro en la muñeca, todo negocio—. Vamos a cerrar la red. Bronso ya nos ha eludido demasiadas veces.

Bronso trajo café de especia para él y Jessica en una bandeja de plata, entregándole una taza humeante. Había estado esperando mucho tiempo para aquella reunión.

—Ahora que mi madre está lejos de Wallach IX, he comenzado a repensar mi papel, Dama Jessica. Durante los últimos siete años, he hecho exactamente lo que Paul me pidió. Lo hice porque me convenció de la necesidad de atacar la reputación de un gran hombre, de un amigo. Planté mis semillas, y veremos si el terreno fértil del tiempo permite que crezcan.

Se miró las manos, luego a Jessica.

—Pero ahora la Cofradía Espacial ha reprimido mi red de distribución. Gracias a Duncan Idaho y Gurney Halleck, mis amigos Wayku han sido arrestados y mis documentos destruidos. —Su voz se detuvo, y negó con la cabeza—. Oh, me estremezco al pensar en el peligro al que he expuesto a mis aliados. A mis amigos.

Jessica vio a su dolor y sintió una tristeza similar en su propio corazón.

—Cuando Paul nos encargó esta tarea, no previó que tu trabajo todavía sería necesario, todos estos últimos años. Se ha ido, Bronso.

—¿Entonces mi trabajo ha terminado? —La voz del ixiano adquirió un tono suplicante—. ¿Mantengo mis críticas, o puedo parar ahora? ¿Cuánto será suficiente? Paul dijo que no quería ser un dios, o un mesías… pero ¿cómo puedo tomar todo de él? ¡Infiernos de Vermillion, debe haber algo que reste de su noble legado! Todavía era un gran hombre, a pesar de lo que ha sucedido.

Jessica se sintió desgarrada entre querer que su hijo sea venerado y amado y la prevención de los daños a su memoria y el martirio que podría causar si se dejaba sin tachar.

—¿Crees que puedo responder a estas preguntas? ¡Oh, Bronso! Trata de imaginar lo que me duele a mí, como su madre. —De repente se dio cuenta de lo que estaba pidiendo—. Quieres mi bendición para detenerte, ¿no?

—Ha agotado mi corazón, mi mente y mi alma. Ya he dicho lo que tenía que decir. Creo que he cumplido la tarea que Paul me dio. Cuanto más la Regente Alia intente reprimir mis escritos, más credibilidad dará a mis declaraciones. ¿No sigo diciendo las

mismas cosas una y otra vez? Las dudas que he planteado prosperarán… con o sin mí. —Miró su taza de café de especia; no había tomado un sorbo—. Por favor, dime que fue suficientemente, mi Dama. Dime que puedo descansar al fin y hacer una nueva vida con mi madre. ¿He logrado lo que Paul quería?

—Claro. —Su voz se quebró—. Ya has hecho todo lo que Paul pidió, y más. Construiste un dique contra la inundación del Jihad, dirigiendo el canal de la historia en una dirección diferente. Sólo el tiempo dirá qué tan exitoso has sido. —Sintió un gran alivio creciendo dentro de ella. Sí, ella podría ponerlo en libertad—. Nos eludiste durante mucho tiempo cuando tú y Paul eran sólo chicos. Te sugiero que desapareces ahora, que crees un nuevo futuro para ti mismo. Vete, deja Dune, y encuentra un lugar seguro en uno de los mundos exteriores, donde pueda enviar a tu madre para unirse a ti algún día.

Sus ojos brillaron con un destello de lágrimas.

—Siempre me aseguro de tener una manera de escapar en cuestión de segundos. Mi tóptero está camuflado en el techo, y si esa ruta está bloqueada, he instalado un tubo de elevación de alta velocidad ixiana que lleva por debajo del nivel de la calle y a toda una red de pasadizos subterráneos construidos por los Harkonnen. He aprendido a mantenerme a salvo.

—Que tengas siempre un escape no es lo mismo que estar a salvo. —Jessica no pudo evitar una sensación incómoda—. No me siento segura aquí.

Bronso le dio una débil sonrisa.

—Eso es bastante comprensible. Después de todo, usted es una Atreides, y hay fantasmas Harkonnen en esta ciudad.

Con un sentimiento de temor, Gurney escuchó la charla sobre una línea de comunicación que el comando estaba transmitiendo. Se tocó el auricular.

—Según los reportes es sólo Bronso y otro conspirador potencial. Tal vez deberíamos ser sólo nosotros dos, Duncan. Iremos nosotros mismos.

Por lo menos, si simplemente él y Duncan entraban, tal vez la lealtad del ghola les permitiría salvar a Jessica.

El otro hombre se negó firmemente con la cabeza.

—No vamos a subestimarlo. Levenbrech, bloquea las calles más cercanas, rodea el edificio, resguarda cada posible salida. Asegúrate de que el tóptero en el techo no pueda ser usado para escapar.

Orik estaba ansioso de hacer su reporte.

—Nuestros ingenieros han cortado las líneas de combustible y las cápsulas de propulsión. Él no podrá alejarse de nosotros. —Con una señal de mano, el Levenbrech sonriente lideró la marcha hacia la terraza y a través de la rampa de relé, que se mantuvo rígida y estable, incluso cuando los hombres cruzaron en tropel sobre ella rápidamente.

Gurney dijo, incluso más desesperado:

—Tal vez debería ir en primer lugar, y así trato de convencerlo de que se rinda. Bronso me recordará. No me gusta la posibilidad de bajas…

Duncan frunció el ceño.

—Tomarías un riesgo insensato. No, entraremos, con toda la fuerza. El tiempo para medidas a medias es el pasado.

El equipo de asalto marcó su disposición, y Gurney sintió un nudo en la garganta. Tocó el largo cuchillo en su funda en su cintura. Con su escudo corporal activado, Duncan les hizo señas hacia adelante, y la red se cerró.

Con sus sentidos acentuados y la paranoia agudizada por vivir tantos años como fugitivo, Bronso detectó el asalto primero. Un cambio en el aire, una serie de sonidos débiles, fuera de lugar. Maldijo y miró por la ventana, pero no vio nada. Sin embargo, algo no estaba bien.

—Al tóptero en la azotea —¡hemos sido rastreados!

Jessica se resistió.

—¡Dispondrán de tópteros para perseguirnos!

Bronso le dio una rápida sonrisa socarrona.

—El mío tiene modificaciones ixianas.

El sonido de las botas cruzando el pasillo se hizo más fuerte, y Jessica supo que no había tiempo para continuar la discusión.

Mientras las tropas se escabullían a través de la puerta del apartamento de Bronso, Gurney se quedó justo detrás de Duncan. Ambos hombres habían sacado sus largos cuchillos y estaban listos, pero Gurney estaba preparado para lanzarse hacia Jessica, para evitar que se viera afectada por los exaltados soldados. Tenía que sacarla por cualquier medio posible… si pudiera encontrar un camino.

Como reacción a un destello de movimiento, vio una puerta oculta en el fondo de la sala tan cerrada. Antes de que Gurney pudiera esperar que nadie se diera cuenta, antes de que pudiera exclamar que Bronso no estaba allí, Levenbrech Orik gritó:

—¡Están escapando!

Duncan rompió la puerta en la parte trasera de la sala. Los pasos se oían corriendo por las escaleras.

—¡Al techo! —gritó—. ¡Envíen más hombres a la azotea!

Gurney lo corrió a un lado y tomó la delantera. Subiendo por el pasaje, esperaba ganar un segundo extra o dos. Tropezó intencionadamente a escombros apilados en el hueco de la escalera, deteniendo a los hombres detrás de él, luego continuó hacia arriba con exagerada cautela.

Emergiendo en la azotea a la luz incierta del profundo anochecer, Gurney vio dos figuras sombrías aproximándose hacia el débilmente resplandeciente escudo que cubría un ornitóptero. Sabiendo lo que sabía ahora, uno de ellos tenía que ser Jessica. Después de una breve y acalorada discusión, las dos figuras se separaron, la mujer corrió hacia una puerta de acceso diferente al otro lado de la cubierta. Bien… están escapando. Si Jessica podía alejarse lo suficiente, tal vez podría negarlo.

Gurney sabía lo que tenía que hacer. Cortar las pérdidas. Concentrarse en el objetivo. Darle a Jessica sólo un poco más de tiempo.

—¡Bronso es nuestro objetivo principal! ¡Tras él! —Esta era una batalla como tantas otras, y Jessica era más importante para él, incluso teniendo en cuenta el sacrificio del ixiano—. ¡Duncan, iré tras la otra! ¡Ve!

Moviéndose como una sombra, Bronso se zambulló bajo el escudo y se desvaneció en una onda de color y oscuridad. Gurney oyó un el sonido metálico de una escotilla del tóptero abriéndose de golpe, un crujir del asiento, controles que se activaban.

Con una explosión de velocidad, Duncan encontró la aeronave oculta cuando motor escupió sonido y tierra juntos. Con un movimiento desorientador, el ghola atravesó el cubre de camuflaje y alcanzó el interior de la cabina para agarrar a la figura detrás de los controles, obligándola a salir a la superficie dura y polvorienta del techo. Bronso no era un luchador, y el Maestro Espadachín fácilmente le sometió.

Cuando vio a Bronso caer, la mujer disfrazada eludió a Gurney y corrió de nuevo hacia el imprudente tóptero. Ella saltó a la lucha, pateando y dando vueltas con sus propias habilidades de combate, atacando a Duncan con repetidos golpes, lo que le obligó a liberar a su cautivo.

El ghola giró para enfrentar al adversario inesperado, levantando su espada corta. Incluso con sus métodos de lucha Bene Gesserit, Gurney no sabía cuánto tiempo podría durar Jessica contra un avezado Maestro Espadachín de Ginaz. Eludió los golpes de Duncan, y pateó el brazo armado tan fuerte que tuvo que cambiar la espada a su otra mano. Sus movimientos bruscos hicieron que su capucha volara hacia atrás y revelara su rostro, sólo un destello de la piel y los ojos.

En ese instante, Bronso se arrojó a las piernas de Duncan, haciéndole perder el equilibrio. Gurney se abalanzó para ponerse entre el ghola y Jessica, luego dijo fuertemente, cerca de su oído:

—¡Mi Dama! ¡Atáqueme ahora! Y luego escape.

Con un destello de comprensión, Jessica dirigió una fuerte patada en el centro del pecho de Gurney, tirándolo hacia atrás. Se tambaleó fuera de balance, con arcadas, físicamente aturdido. Mientras tosía y realizaba una demostración de intentar perseguirla, ella se metió en el acceso al techo y se sumergió en otra escalera.

El Levenbrech Orik y sus hombres se gritaron el uno al otro extendiéndose a través del techo. Duncan tomó a Bronso y lo mantuvo inmóvil. Extrañamente, el ixiano se reía con un sonido que parecía llevar un toque de alivio. Duncan empujó al hombre más o menos a los brazos de dos soldados que esperaban.

—Aprésenlo. Colóquenle hilo shiga y puños de retención. Si se escapa, explicarán ustedes mismos su fallo ante Alia.

Al oír la amenaza, los hombres añadieron suficientes fijaciones para mantener inmóvil a una docena de combatientes Sardaukar. Después de haber dado entregado al Bronso magullado, Duncan le dio la espalda a Gurney y le gritó al oficial:

—Levenbrech, lleve a sus hombres por la otra escalera —¡capturen al segundo conspirador! Gurney Halleck y yo aseguraremos la azotea. Lo tenemos bajo control—. Los ojos de metal del ghola eran ilegibles, pero su rostro mostraba furia inconfundible.

Cuando los soldados se precipitaron en el segundo hueco de la escalera de escape, apresurados por seguir las órdenes, Gurney se encontró solo en la azotea con Duncan. El ghola lo fulminó con la mirada, manteniendo la voz baja.

—Dejaste que escapara.

Gurney lanzó respiraciones exageradas, negando con la cabeza.

—Dioses menores, Duncan, ella me tomó por sorpresa.

El ghola lo miró con frialdad, activando su escudo corporal y poniéndose de pie en una postura lista para el combate.

—Siempre te he confiado en ti, Gurney Halleck, pero tal vez ya no más. Esa era Dama Jessica. Dejaste que su escapara, y voy a saber por qué.

El rostro plano de Duncan Idaho se endureció. Levantó su espada corta.

—Hay una gran cantidad de explicaciones que tienes que darme.

Gurney no pudo negarlo, ni siquiera lo intentó. Activó su propio escudo, dio medio paso hacia atrás, y se preparó para luchar.

Cada muerte es diferente, en una miríada de formas.

—Axioma Zensunni

En la oscura azotea, Gurney se negó a entregar voluntariamente cualquier información, incluso a Duncan.

—Sirvo a la Dama Jessica y la Casa Atreides —al igual que tú, Duncan Idaho. ¿O has olvidado tu lealtad?— Miró fijamente a su compañero en las sombras, tratando de detectar cualquier fragmento de humanidad existente, los restos de su viejo amigo y compañero de armas.

El ghola no se inmutó.

—No he olvidado nada. —Ambos hombres estaban parados, sus espadas cortas listas, sus escudos corporales parpadeando.

—Maldita sea, Duncan, ambos desconfiamos de Dama Jessica en el pasado. Estabas convencido de que Jessica era el traidor de la Casa Atreides, te aseguraste de que el propio Duque Leto había dejado de confiar en ella. Y te equivocaste entonces —recuerde eso. Así como me equivoqué cuando sospechaba una traición suya. ¡Dioses menores!

Gurney nunca olvidaría la sensación de Jessica cuando lo había agarrado por sorpresa en el sietch Fremen, su brazo alrededor de su cuello, la punta de su cuchillo en su espalda. Su odio por ella había quemado durante años mientras se escondía entre los contrabandistas, absolutamente convencido de que ella era la única que había traicionado al Duque, cuando había sido Yueh todo el tiempo. En aquel entonces, la propia vergüenza de Gurney fue tan grande que había ofrecido su vida a Paul y a Jessica, pero tenían que dejarlo vivir. Él no le fallaría ahora.

—El Duque Leto y Paul confiaban en Jessica implícitamente —dijo Gurney—, y nos dijeron que confiáramos en ella. Esas no son lealtades que se deben tomar a la ligera. Son lealtades Atreides.

Duncan permaneció implacable.

—Alia es una Atreides también, y es mi esposa. No puedo cuestionar sus órdenes.

En un movimiento repentino, el ghola atacó, conduciendo su espada contra el escudo corporal de Gurney, deteniéndolo y usando el escudo a su máxima ventaja.

Ambos hombres eran combatientes expertos y se habían entrenado juntos durante incontables horas en Caladan, habían luchado uno al lado del otro en docenas de campos de batalla. Gurney condujo su espada hacia adelante, penetrando el escudo de Duncan precisamente a la velocidad adecuada, cortando el brazo ligeramente. Se retiró para asestar otro golpe al borde de su oponente y fue impulsado hacia atrás por la ira del ghola.

Duncan parecía haber tomado una decisión.

—Ya no puedo hacer la vista gorda a las respuestas que estaban delante de mí todo el tiempo. Mi amistad hacia ti me impidió actuar ante mis sospechas de que estabas saboteando o desviando nuestros esfuerzos para encontrar Bronso. ¿Por qué lo hiciste?

Jadeante, Gurney eludió otro golpe y cargó luego contra Duncan, poniéndolo a la defensiva.

—¡Debido a que Dama Jessica me lo ordenó!

Duncan chocó cuchilla contra la cuchilla.

—¿Por qué? —Con un brazo rígido, estrelló a Gurney contra el ornitóptero, de modo que las alas de metal articuladas crujieron y se dejaron caer. Sostuvo a Gurney allí por un momento, pulsando la punta de la cuchilla contra su garganta—. Si te niegas a responder, entonces tu culpa es completa.

—¡Escúchate a ti mismo! ¿Cuándo hemos requerido explicaciones de los Atreides? —Empujó a Duncan lejos, le haciéndole tropezar hacia atrás—. ¿Cuándo es tu lealtad condicionada por un capricho?

Al oír aquello, el ghola vaciló, con un destello de incertidumbre. En ese momento, Gurney podría haber asestado un golpe incapacitante, pero no lo hizo.

—Me pregunto si realmente eres el viejo Duncan —el hombre que sacrificó su vida para que Paul y Jessica pudieran escapar. ¿Todavía te guías por programación tleilaxu? ¿O eres el títere de Alia?

—¡Alia es la Casa Atreides! —repitió Duncan—. ¿Es la Dama Jessica una marioneta de la Bene Gesserit? ¿Por qué quiere que el traidor ixiano viva? ¿Por qué le ha ayudado? —Apretó aún más, empujando la punta afilada de la hoja contra la garganta de Gurney nuevamente—. Luchas con las palabras cuando se debilita tu mano.

—Y veo que te has olvidado de las cosas que nos enseñó Paul cuando era apenas un cachorro. —La mirada de Gurney se movió—. Mira hacia abajo, y fíjate que nos hubiéramos unido entre sí en la muerte. —Era un dicho que había utilizado en ocasiones en las sesiones de práctica. La punta de su espada se extendía a través del escudo, tocando el costado de Duncan donde un empuje rápido y fácil podría dar un golpe mortal a través del hígado y los riñones.

—Ya he pasado a través de la muerte, Gurney Halleck.

—¿Y qué tipo de ghola volvió a salir? El verdadero Duncan Idaho nunca expondría a la Dama del Duque —a quien juramos servir— a la ruina total.

En última instancia, Gurney supo que no podría hacer esto. Relajó sus músculos.

—¿Realmente crees que ella haría cualquier cosa en contra de Paul? Hay planes dentro de planes aquí. Mátame si quieres, pero no voy a traicionarla. —Bajó su espada—. Ella es la Dama Jessica.

Duncan se puso rígido, con la mirada perdida en los diminutos ojos brillantes de las luces de la ciudad de Carthag, y a continuación, con una maldición arrojó su espada corta. Cayó en la azotea.

—Si se demuestra la participación de Jessica con Bronso, no habrá nada que detenga Alia de matar a su propia madre. Ella nunca aceptaría, o elegiría aceptar, ninguna explicación.

Gurney asintió.

—Dudo que Levenbrech Orik o sus hombres la alcancen si es que ella ha planeado un escape. Pero si expones su identidad… —Apretó su mano alrededor de la empuñadura de la espada corta. Duncan estaba desarmado ahora, y Gurney tenía una última oportunidad para matarlo.

El ghola permaneció en silencio durante tanto tiempo que Gurney temía que hubiera caído en uno de los interminables estados comatosos legendarios, en el que los Mentats defectuosos eran introducidos.

Finalmente, Duncan parpadeó y dejó escapar un largo suspiro. Su voz estaba llena de racionalizaciones.

—Nuestras órdenes eran encontrar y capturar a Bronso de Ix. Los cómplices son incidentales, por ahora. Bronso ha sido detenido, como Alia solicitó, y garantizaré que no escape esta vez.

—Por ahora, el grado de participación de Dama Jessica —y sus razones— no nos concierne a ninguno de nosotros.

Sin melange, Paul-Muad'Dib no podía profetizar. Sabemos que tal momento de poder supremo conllevaba al fracaso. Tan sólo puede haber una respuesta, que la predicción por completo exacta y total es letal.

—Análisis de la Historia: Muad'Dib, Bronso de Ix

Bronso permaneció en silencio durante el ajetreado viaje desde Carthag, cerrando los ojos y concentrándose en las vibraciones del tóptero transportador de militares mientras volaba por encima de las dunas, arrojando sombras lunares en la arena abierta. El repiqueteo de la maquinaria le recordó a las grandes industrias en Ix. Nunca volvería a verlas… y no había esperado hacerlo durante años.

A pesar de que deseaba saber si Jessica había escapado de la trampa, Bronso se negó a hacer preguntas a sus captores, se negó a pronunciar una palabra. A partir de ahora, sus manifiestos tendrían que hablar por él. Eran sus palabras, escritas con una mente clara y la conciencia tranquila. Otros se extenderían y permanecerían relevantes. Otros seguirían planteando preguntas y dudas.

Bronso se armó de valor: No dejaría que ninguna tortura… confesión coaccionada o distorsiones disminuyeran el trabajo que había hecho. Hechos sí, había embellecido hechos sobre Muad'Dib, los había extrapolado, incluso hilado y doblado para que se adaptaran, pero sólo para equilibrar los igualmente absurdos que Alia había alentado. No importaba qué tan enérgicamente el Qizarate tratara de suprimir sus escritos, las copias sobrevivirían.

Y en el transcurso del tiempo, la verdad superaría todas las mentiras.

Pero Bronso no estaría allí para verlo. Estaba seguro de ello.

Por lo menos había liberado a su madre, y podría descansar fácilmente sabiendo que Tessia encontraría un hogar, y paz, en Caladan. Jessica se aseguraría de ello…

La Celda de la Muerte en los profundos niveles debajo de la fortificada ciudadela no ofrecía servicios, ni siquiera una plataforma para una cama. En una esquina se hallaba un pequeño destilador para los residuos corporales. Pudo decir por el persistente olor que flotaba que había sido utilizado recientemente, y que los sellos eran viejos. No necesitó preguntar qué había sucedido con el anterior ocupante de la celda.

Trató de dormir en el piso de plaz duro de la celda. En lo alto, globos resplandecientes sin filtro proporcionaban la única luz, negándole cualquier conciencia directa del paso de las horas o los días, pero con el cronómetro ixiano implantado en la piel de su antebrazo, pudo marcar el paso exacto de cada segundo interminable.

El tiempo ya no importaba, sin embargo.

Con cada agitación en los pasillos fuera de la celda de paredes gruesas, se sentaba, recordando cómo Paul había llegado a él la última vez que estuvo allí. El Emperador Paul-Muad'Dib mismo había desechado o desviado a todos los guardias, luego abierto la puerta de la celda para que Bronso huyera por los pasillos vacíos y los túneles polvorientos.

Sonrió al recordar aquello. Sí, incluso todos esos años luego de que hubieran sido chicos juntos, Paul había recordado su promesa. Él había protegido a su compañero ixiano —salvado su vida— dejándolo libre en secreto. Bronso había seguido el camino de escape a los callejones oscuros de Arrakeen.

Semanas de la indignación pública habían seguido, y una búsqueda sin éxito por los traidores en los niveles de la prisión de la fortaleza del palacio. El odiado Bronso de Ix había desaparecido de la prisión más segura en Dune, como un mago, o un demonio.

No hacía mucho tiempo, había escapado de la ejecución de nuevo cuando el Danzarín Rostro Sielto había muerto en lugar de Bronso… demasiado para la vergüenza de Alia. Ahora, sin embargo, la joven Regente no tomaría ningún riesgo. Sus sacerdotes lo interrogarían y torturarían, tratando de hacerle retractarse mientras que ella ideaba alguna ejecución particularmente horrible para él. La había humillado demasiadas veces, y su animosidad era personal.

Sólo necesitaba recordar lo que Rhombur había sufrido en su vida: la explosión que lo marcó, el dolor de vivir con piezas de repuesto ciborg durante años, el shock de ver a su hijo pequeño denunciándolo. Y pensó en su madre, aplastada por las Hacedoras de culpa,

pero que finalmente había encontrado su camino de regreso a la conciencia, a la espera de años para ser rescatada de las garras de las Bene Gesserit.

Si sus padres habían podido soportar todo eso, entonces seguramente Bronso podría tolerar unas pocas horas de dolor, sabiendo que acabaría pronto.

Se paseó por el perímetro de su celda, y luego se obligó a sentarse con calma, seguro de que ojos espía ocultos le acechaban. No iba a caer en la desesperación vacía. No les daría esa satisfacción.

La temperatura en su celda aumentó, como si el sol abrasador desde fuera penetrara incluso aquella profundidad bajo el suelo. Sudó mucho. Agua desperdiciada.

Qué ironía.

Si hubiera tenido hojas de papel de especia, podría haber escrito sus reflexiones finales, una obra maestra de clases. Trató de escribir en el polvo en la pared, pero sus palabras eran ilegibles y podían ser fácilmente borradas.

Después de la muerte de su padre, los tecnócratas ixianos habían arrebatado todo a la Casa Vernius, desangrando el poder y la influencia de su familia, manteniéndolo como un mascarón de proa, y finalmente descartándole incluso aquello. Bronso le había dado todo lo que tenía a Paul Atreides, y al menos había hecho una diferencia. El legado de «Bronso de Ix» duraría mucho más tiempo que cualquier otra cosa que «Bronso Vernius» pudiera haber logrado en el Landsraad.

Se sentó en la superficie dura y miró directamente a los globos resplandecientes sin pestañear, sin importarle que le hiciera daño a sus ojos. Paul había sido cegado en una explosión de un quemador de piedra… ¿así que qué diferencia haría la pérdida de su vista ahora?

Los fanáticos de Muad'Dib estaban ciegos… incapaces de leer, o entender, los mensajes que Bronso había escrito. Los globos resplandecientes eran demasiado débiles para hacer más que un pequeño ardor en sus ojos.

Sus escritos han hecho hincapié en los hechos puntuales, con defectos y todo, para recalcar el punto de que Paul era un ser humano, no un dios, y tan sujeto a las debilidades como cualquier otro hombre. Un día, cuando él y Paul Atreides se reunieran en el polvo y la arena de Arrakis, importaría poco cuántas personas sabrían por qué Bronso había hecho lo que hizo. La parte importante era que algunas personas prestaran atención.

Sin embargo, cuando un falsificador —presumiblemente Alia— utilizó su nombre y extendió un indignante falso manifiesto, se vio empañada la pureza del propósito de Bronso. Ella había querido aumentar la ira contra él, para conducir a la gente a las cómodas ilusiones de la versión de la historia de Irulan. Eso lo había hecho enojar, pero Dama Jessica sabía la verdad, y confiaba en ella para ayudar a los historiadores a navegar por las traicioneras aguas de realidad y la ficción.

Mi ego, pensó. *Mi ego perdura, pero tengo que dejarlo ir…*

Deseó que Alia lo lanzara a las multitudes afuera. Sabía que debían estar gritando y cantando, exigiendo su sangre. Lo golpearían y lo pisotearían, pero al menos su furia sería extremadamente veloz.

—¿Quieres que te diga cómo vas a morir? —dijo una voz femenina llenando la celda.

Parpadeando lejos del resplandor de la mirada fija en globos resplandecientes, Bronso se volvió para ver que la puerta de la celda estaba abierta. Alcanzó a ver a tres guardias Amazonas luciendo furiosas afuera, y la joven Alia de pie en todo su oscuro esplendor.

Sólo dieciséis años de edad… un par de años mayor que cuando él y Paul se habían escapado de Ix para unirse a los Juglares. El manto negro le sentaba bien, siguiendo los contornos de su figura; el halcón rojo de la Casa Atreides adornaba a un lado de su cuello. Interesante que optara por llevar el emblema Atreides, en lugar de los símbolos de un culto fanático.

Se puso de pie, actuando al margen.

—Eres una pobre anfitriona, Dama Alia. ¿No debo recibir ningún alimento o agua?

—En Dune, uno aprende a no desperdiciar recursos. Es la manera Fremen. El agua de tu cuerpo será reclamada en un destilador huanui.

Se encogió de hombros.

—Conozco el canto a la muerte Fedaykin: «¿Quién puede hacer retroceder el Ángel de la Muerte?». ¿Eres mi ángel oscuro, Alia Atreides? Termina entonces. Siempre he estado dispuesto a morir.

Se preguntó cómo reaccionaría si le decía ahora que había informado a Jessica de la conspiración en el sacerdocio para asesinar a Alia y a Duncan.

Bronso dudaba que pudiera expresar alguna gratitud, a pesar de… y la información únicamente arrojaría sospechas sobre su madre.

Alia permaneció altiva.

—No esperes piedad de mí, después de todo el dolor que has causado, todos tus años de tratar de destruir la reputación de mi hermano.

—Todos mis años de tratar de mantenerlo humano. —Bronso no abrigó ninguna esperanza de que ella lo entendiera, o tuviera el deseo de entender—. Has leído mi Análisis de la Historia y otras obras, y sé que comprendes el propósito de mis escritos. Incluso los torciste a tus propios fines. ¿Acaso no se supone que la imitación es la forma más alta de adulación?

Alia sacudió la cabeza con tristeza, su expresión llena de decepción.

—Durante siete años, mi hermano y yo te cazamos. Ahora… eres sólo un pequeño hombre triste, y muy poco interesante. —Enderezándose, levantó la voz—. Hemos elegido un estilo de ejecución Fremen reservado sólo para los criminales más atroces. Serás puesto en el destilador con vida. Vamos a sacar el agua de tu cuerpo, poco a poco, dejando a tu mente consciente hasta el final.

Bronso no la dejó ver su expresión de repugnancia. El miedo gritó en su interior. Pero ahora, al menos, lo sabía. Se limpió el sudor de su frente en la excesivamente caliente celda y convocó a la poca valentía que le quedaba.

—Será mejor que te des prisa entonces. Al ritmo que me estoy deshidratando aquí, no habrá mucha humedad que puedas exprimir de mí.

Alia se dio la vuelta y se marchó, dejando a las guardias Amazonas cerrando la celda detrás de ella, dejando a Bronso a solas con sus pensamientos. Ella había querido intimidarlo y hacer que temiera a su destino, pero él sabía que una servil y gimoteante muerte por el mayor crítico de Paul sólo serviría para debilitar el impacto de sus escritos.

Todavía podía ayudar a Paul un poco más. Se prometió a sí mismo que marcharía adelante con orgullo y enfrentaría el destilador con la cabeza bien alta. Estaba seguro de Dama Jessica estaría observando.

Los extranjeros llaman a algunos de nuestros procedimientos «crueldad de los Fremen,» sin comprender las cosas que hacemos. Consideren al Huanui, el destilador que permite recuperar y guardar la humedad de los que han muerto. En un planeta donde el agua es el más preciado de todos los productos básicos, ¿cómo puede esto ser llamado siquiera crueldad? Es práctico.

—Los Comentarios de Stilgar

Bronso de Ix… traidor infame… el hombre que intentó pintar Muad'Dib como un hombre en lugar de un dios. Aunque sabía el verdadero heroísmo de lo que había hecho, Jessica no podía salvarlo.

Pero no podía abandonarlo, tampoco.

Sola, ingresó en el complejo penitenciario de Arrakeen, por pasillos abajo muy iluminados, túneles y alas protegidos por guardias y sacerdotes guerreros vestidos de amarillo. Se había vestido con cuidado en el traje negro con capucha de una Sayyadina Fremen, que cubría la parte inferior del rostro con un pañuelo nezhoni, dejando sólo los ojos al descubierto. Mientras caminaba, la voz de Duncan Idaho llegó a ella a través de un auricular oculto.

—En la próxima puerta, el código de entrada es 10191.

El año en que llegamos a Arrakis, pensó. Un número extrañamente fácil de recordar.

Se preguntó si estaban esperando que alguien intentara liberar a Bronso, como había ocurrido antes. Más ruedas, esquemas y complots… más posibilidades.

Paul hubiera querido eso.

—Gracias, Duncan —dijo ella—. Gracias por confiar en mí.

Él no contestó. Tantas cosas sucedían detrás de escena, tantos motivos secretos…

Durante el alboroto tras la captura de Bronso en la azotea de Carthag, después de que los equipos militares se hubieran apresurado a Arrakeen triunfantes, Jessica se había encontrado con Gurney y Duncan en el ruidoso y bullicioso de campo de aterrizaje fuera del perímetro de la Ciudadela.

Tópteros se elevaban y aterrizaban, y el personal de servicio se precipitaba apresurado. Firmemente atado y amordazado, Bronso ya había sido arrojado a los niveles de alta seguridad de las Celdas de la Muerte. El prisionero no había ofrecido resistencia alguna; había completado su misión y ya no lucharía.

Jessica pudo decir de inmediato por sus expresiones que algo había pasado entre Duncan y Gurney, y se preguntó si el ghola la habría reconocido en la azotea. Cuando se

enfrentó a los dos hombres en el campo de aterrizaje, el tenso silencio había reinado hasta que finalmente Jessica lo rompió.

Gurney ya sabía las respuestas, pero ahora parecía que Duncan sostenía su destino en sus manos.

Ella decidió realizar otra apuesta, con la esperanza de que aquello era más que un ghola tleilaxu.

—Duncan, si eres el verdadero Duncan Idaho, escúchame. Paul me pidió que ayudara a Bronso si pudiera, en absoluto secreto. —Podría haber utilizado la *Voz* para manipularlo, pero necesitaba que Duncan tomara su propia decisión, una decisión honesta—. Puedo explicarte las razones de Paul, demostrártelas. ¿O basta mi palabra?

Lo vio luchando por controlar las preguntas que se tambaleaban por su mente Mentat. La miró durante un largo momento, con los ojos de metal.

—Su palabra es suficiente, mi Dama. —Se inclinó, pasando un brazo en la parte delantera. Cuando se enderezó y la miró con expresión clara y legible, se sintió convencido de que aquel era el verdadero Duncan Idaho, y nunca dejaría que su lealtad vacilara…

Ahora, mientras hacía su camino a través de los niveles de la prisión, Jessica se centró en completar lo que tenía que hacer. Tocó los números apropiados en el teclado de la puerta sellada, y una barrera pesada se movió abriéndose, para cerrarse de nuevo luego de que ella hubiera atravesado.

Había estado allí una vez antes, para liberar a Irulan de su propia Celda de la Muerte.

Mohiam también había pasado un tiempo en un lugar como aquella antes de ser ejecutada por Stilgar.

Bronso, sin embargo, estaba en un nivel aún más seguro.

La voz de Duncan la guió a la sección de confinamiento apropiado, pero la seguridad adicional le indicó que se trataba de la celda de Bronso. Dejó que su bufanda se apartara y dejó caer sobre sus hombros la capucha para revelar el cabello de bronce salpicado de gris, y llamó a su presencia y majestad, como si fuera un artista Juglar. Soy la Dama Jessica, la Madre de Muad'Dib.

Las guardias Amazonas y los Qizaras molestos la vieron, la reconocieron, y de inmediato se enderezaron.

—¡Mi Dama!

Ahora hizo uso de la *Voz*, dejando que las entonaciones de sus palabras, así como la posición dominante de su cuerpo empujaran a los guardias y sacerdotes hacia la cooperación.

—Voy a hablar con este hombre que ha insultado a mi hijo. Él ha blasfemado contra Muad'Dib, y tiene mucho que responder. Él responderá ante mí.

Los sacerdotes parecieron resistentes a la Voz, ya que cuatro de ellos se hacinaron, bloqueando su acceso. Uno dijo:

—Tenemos órdenes estrictas de que no se le permita al prisionero recibir visitas antes de su ejecución. Ni comida ni agua. Nada en absoluto.

Jessica se percató de que si su rabia crecía más disgustada con ellos, ordenaría sus ejecuciones. Las de todos ellos.

—¿Debo esperar y hablar con él después de que sea ejecutado? —Pareció como si todos ellos se marchitaran a la vez.

—Exijo un momento de intimidad con este Bronso de Ix. Invoco la tradición del desierto. Es mi derecho enfrentarme a él.

El mismo sacerdote dijo:

—Es un prisionero peligroso, mi Dama. Debe tener al menos dos guardias acompañándola…

—Una vez derribé a Stilgar. —Su mirada silenció el sacerdote—. No tengo nada que temer de este hombre patético.

A una señal del sacerdote, una de las guardias Amazonas abrió la puerta y le permitió el ingreso.

—¡Ciérralas! No necesito un público ávido de chismosos.

La mujer la dejó sola en la Celda de la Muerte con Bronso.

Aunque el demacrado hombre de pelo de cobre estaba claramente débil y sediento, se sentó recto, como si fuera compatible con el trono de la Casa Vernius. Se dio cuenta de la trágica y solitaria figura que era Bronso. Y, sin embargo, sonrió mientras él la reconocía.

—Esperaba que tuviéramos la oportunidad de hablar antes del final, mi Dama.

Ella le hizo callar con una señal veloz de su mano, a continuación, metió la mano en su túnica y sacó un pequeño dispositivo el cual activó. La presión del aire pareció cambiar en la habitación, y un zumbido subsónico vibró en las raíces de sus dientes.

—Un campo de bloqueos. Ahora podemos hablar con total privacidad. —Sonrió al dispositivo—. Es de fabricación ixiana. Alia tiene muchos dispositivos ixianos que nunca han sido probados, y he… tomado algunos de ellos.

—Oh, lo reconozco —dijo con una sonrisa triste, y luego miró hacia ella con ojos rojos disparados—. Pero incluso tomando estas precauciones, viene aquí con gran peligro.

—Has arriesgado mucho más durante los años, Bronso. Pero no te preocupes, tengo una razón legítima para estar aquí.

Bronso comprendió.

—¿Ellos piensan que ha venido para escupir sobre mí?

—Ah, pero en Dune, eso no sería ningún insulto.

Él se limitó a sacudir la cabeza.

—No hay nada que pueda hacer por mí. Necesito que sea libre, que permanezca más allá de sospechas. Necesito que se asegure del bienestar de mi madre.

—Lo estará, Bronso. Lo prometo.

Él asintió con la cabeza.

—No revelaré nuestra relación, o el plan de Paul, sin importar cuántas torturas inflijan sobre mí. Si esta ejecución me hace un mártir, bueno, entonces más personas

leerán mis tratados. Mis escritos cobrarán vida propia… y algunos lectores creen lo que digo. La verdad es un arma poderosa.

Jessica dio un paso más cerca.

—Así que, ¿Alia te ha dicho la manera de tu ejecución?

—Destilador Huanui, mientras todavía estoy vivo. No me imagino que sea muy agradable.

Con un movimiento repentino, Jessica sacó una de sus manos, dejando al descubierto una aguja de plata en sus dedos.

—Bronso, este es el enemigo prepotente, el gom jabbar. Un solo pinchazo del veneno y tus miserias se acabarán —rápido y sin dolor.

Él no se inmutó.

—¿Alia te ha enviado como mi verdugo, entonces, al igual que anteriormente utilizó a Stilgar? ¿O es que fuiste tú? Esa aguja sin duda me silenciaría. No tiene nada de que preocuparse.

—Elegí esto, Bronso, como bondad hacia ti, y una recompensa por tu valentía. Los otros lo verán como el acto de una madre indignada. Ni siquiera Alia se atrevería a castigarme por ello. —Sostuvo la aguja sólo centímetros de su cuello.

Aunque Bronso obviamente no tenía miedo de la aguja, negó con la cabeza.

—Le doy las gracias desde el fondo de mi corazón, pero no puedo permitir que esto suceda, no sólo para usted, pero para mi propio legado. Recuerde, trabajé con los Juglares. ¿Qué clase de final sería esta, una muerte tranquila y sin dolor, teniéndola a usted solamente como testigo? No, prefiero jugar mi parte para el final. Déjeme terminar este espectáculo y dejar satisfecha a la audiencia. Debe permitir esto, mi Dama —por el nombre Atreides, por Paul—. Apartó la mano, y ella bajó el gom jabbar.

—Deme un último momento de dignidad y valor. Estoy protegiendo el legado de Paul de la manera en que tenía que cuidar de él cuando éramos sólo niños. Con el cumplimiento de esa promesa, honro no sólo él, sino a mi padre.

Jessica no había esperado que aceptara su oferta.

—Entonces toma el consuelo que puedo ofrecerte. —Después de guardar la aguja mortal en un pliegue de la túnica, sacó un pequeño frasco—. He traído agua.

Confiando en ella por completo, bebió el frasco, y suspiró.

—No lo necesitaré después de mañana. Pero gracias.

Cuando estuvo con la guardia baja, ella lo abrazó.

—Estoy agradecida, Bronso. Y lo lamento. —Al hacerlo, pinchó la parte posterior de su cuello con una aguja diferente, dejando sólo un rastro de un potente residuo químico— otro de los nuevos juguetes ixianos que los tecnócratas le habían dado a Alia con la esperanza de impresionarla. Bronso ni se dio cuenta. Cuando se apartaron, pensó: *He hecho todo lo posible por ti. El buen y leal amigo de Paul, y un verdadero patriota del Imperio.*

Entonces Bronso dijo:

—Antes de irse, abofetéeme en la cara. Por las apariencias.

Ella ocultó el dispositivo ixiano en la bata y apagó el campo de bloqueos, y luego regresó a su comportamiento enfurecido.

—¡Guardias!

La puerta se abrió de golpe, como si las Amazonas esperaran encontrarla bajo ataque. Antes de que pudieran entrar en la celda, Jessica extendió la mano abierta, golpeando el rostro de Bronso con tal fuerza que se tambaleó hacia un lado. Presionó una mano contra su mejilla palpitante.

Se burló de Bronso y habló para el beneficio de sus observadores.

—Cuando usted se siente el dolor del destilador, piense en mí. No tengo nada más que decirle al prisionero.

He visto suficientes acróbatas y bailarines. He visto espectáculos pirotécnicos sorprendentes e ilusiones hologramáticas sólidas. He visto a las audiencias pasmadas, gratando y animando. Pero el espectáculo más grande de todos es la Vida… y la Muerte.

—Rheinvar el Magnífico

A la hora de la ejecución de Bronso, Dama Jessica estaba sentada en una alta plataforma de observación, con la mirada hacia abajo a la muchedumbre de personas reunidas en la plaza, los vendedores ambulantes y los curiosos, al indecoroso ambiente de carnaval. Al lado de la tarima de observación estaba el ominoso destilador, presagiando un final lento y horrible para el despreciado traidor. Esta vez, no había ninguna posibilidad que la víctima fuera un simple Danzarín Rostro disfrazado.

Jessica había deseado permanecer ajena a todo esto, y evitar así observar la ejecución, pero Alia demandó su presencia. Tenía un papel que jugar en aquel espectáculo, tal como Bronso tenía.

En un alto asiento al lado de su madre, Alia parecía excesivamente complacida. Duncan se sentaba a su lado, inexpresivo. Mientras que había accedido a regañadientes a confiar en Jessica y no exponer su alianza con Bronso, Duncan no cooperaría en cualquier plan para liberar al ixiano, aunque le hicieran creer que el hombre estaba siguiendo los verdaderos deseos de Paul.

Para el ojo experto de Jessica, Irulan parecía enferma, aunque la multitud malinterpretaría su expresión como una de disgusto. En su posición como biógrafa e historiadora oficial de Muad'Dib, todo el mundo asumía la princesa estaba impaciente por ver el final de aquel tábano malicioso.

Las multitudes presionaron aún más, y Jessica pensó que más personas habían venido a ver la violencia que había asistido en la ceremonia de entierro de Paul. Observando los preparativos con interés, Alia se volvió hacia su madre y habló en un tono casual:

—Deberías estar agradecida de que casi ha terminado, Madre. Insultando a Paul, Bronso nos insultó a ambas.

Jessica no pudo ocultar su tono amargo.

—¿Y crees que Paul hubiera querido esto? Incluso después de todo lo que Bronso ha escrito contra él, ambos fueron una vez mejores amigos.

El público estaba gritando cada vez más, zumbando con anticipación.

Alia gritó:

—Desde luego que esto es lo que Paul hubiera querido. No creo que comprendas para nada a mi hermano.

Dos guardias Qizara escoltaron al condenado hacia el estrado central, donde el destilador de paredes grises y pulidas se situaba, su tapa con bisagras echada hacia atrás como el capó de un traje tribal. A Jessica le recordó al sarcófago de un gigante.

Tomado por uno de los muchos depósitos de cadáveres de Arrakeen, el huanui era redondo y utilitario, con tubos, separadores, vaporizadores y colectores. Sus lados habían sido sustituidos por paneles transparentes, por lo que los observadores pudieron ver las contorsiones agonizantes de la víctima.

Bronso caminó hacia su destino sin vacilación ni aparente miedo, con la cabeza alta. *Sí, un verdadero espectáculo Juglar*, pensó.

Cuando Bronso se situó frente a las paredes transparentes del destilador, miró a los funcionamientos. A pesar de que era plenamente consciente de que iba a morir dentro de aquella cámara, su espalda se mantuvo recta. Después de centrarse en los medios de su ejecución, se volvió hacia Alia.

—¿Se me permitirá hablar? ¿O me silenciarás aquí, de la misma manera en que intentaste silenciar mis escritos?

El rostro de Alia se ensombreció.

—Has vomitado demasiadas palabras. —Hizo un gesto rápido, y uno de los guardias sacerdote ató una mordaza a través de la boca de Bronso.

Jessica no hizo ningún esfuerzo en ocultar su desaprobación.

—Alia, por tradición el acusado tiene el derecho de hablar.

—No está siendo acusado —está siendo condenado. Y ya ha dicho demasiado, en sus escritos herejes. No tenemos necesidad de oír más.

Con una mirada, Jessica intentó enviar una disculpa a Bronso, pero él no parecía abatido, o incluso sorprendido por el pronunciamiento de Alia. En cambio, asintió para sí mismo y giró su mirada hacia la muchedumbre.

Antes que Alia pudiera ordenar a sus guardias a que lo metieran en el destilador, se produjo una conmoción en la gran multitud, acompañada por sonidos de descontento y sorpresa. En el mar de rostros, varios hombres se adelantaron… todos iguales, todos con el pelo rojizo. Se veían exactamente igual a Bronso Vernius.

Más aparecieron, luego decenas, por lo menos un centenar de los cambiadores de forma.

A medida que eran reconocidos, un grito resonante recorrió la multitud reunida.

Danzarines Rostro, Jessica estuvo segura… aliados de Bronso. Parecía que el galante ixiano había adivinado mucho antes que se enfrentaría algún día a aquel destino; debía haber pedido a los cambiadores de forma entregar aquel último mensaje, en caso no poder hacerlo él mismo.

Cuando las copias de Bronso hablaron, sus voces resonaron desde amplificadores artificiales, y sus palabras —en la voz familiar de Bronso— se elevaron altas en el cielo amarillo en una vibrante armonía convulsiva.

—Soy Bronso de Ix, y mi declaración final no será silenciada. He abierto ojos y oídos. He diluido sus mitos con la verdad. He demostrado que su venerado Muad'Dib era Paul Atreides también. ¡Y he asegurado que el Emperador era sólo un hombre, no el mesías de nadie! ¡Al demostrarles a ustedes lo que Paul Atreides realmente era, he hecho un servicio superior a todos sus templos y todas las batallas en su Jihad! Muero sin pesares, porque incluso cuando mi cuerpo se haya ido, mis palabras permanecerán.

Alia envió a sus guardias, pero los cien o más imitadores se dispersaron en la confusión de la multitud. Los Danzarines Rostro se agacharon y se movieron, alterando sus características. Se quitaron sus chaquetones, trapos y capuchas, y los arrojaron lejos, desechándolos en la multitud aturdida y asombrada.

Desde su posición, Jessica vio el aluvión. Los Danzarines Rostro eran como polillas, escapando, revoloteando, mezclándose, desapareciendo. En unos momentos, fueron indistinguibles de otros en la multitud, y dudó de si alguno de ellos nunca sería capturado. Aunque los espectadores rugieron con indignación, estaban claramente fascinados por el truco que había desempeñado ante la poderosa Regente y sus guardias sacerdotales.

Tratando de recuperar el control del momento, Alia levantó la voz en una orden chillona:

—Comiencen la ejecución.

Los guardias sacerdotes arrastraron a Bronso hacia adelante, llevándolo hacia el destilador. Jessica sintió que su corazón ardía de lágrimas que sus ojos no podían arrojar, y decidió que era el momento. Tenía su propio truco que Bronso no esperaba. En sus pensamientos conscientes desencadenó un código de activación, luego formó palabras, las cuales pronunció en el silencio profundo de su garganta y su mente.

Bronso. ¿Puedes oírme? Vio la reacción inconfundible del prisionero, mientras su cabeza se sacudía con sorpresa y miraba a su alrededor.

Comunicación por inducción nerviosa, le explicó, sin abrir la boca. Una tecnología prototipo ixiana… extremadamente caro, diseñado para el espionaje y la vigilancia. Te fe aplicado el producto químico en tu celda. Quería estar allí para ti. Ahora.

Bronso pareció congelarse por un momento. Ante él estaba la boca abierta del destilador, detrás la multitud aullando. Volvió la mirada hacia Jessica.

—Es un arrogante —dijo Alia—. ¡Míralo como nos observa!

Jessica se concentró, formando palabras dentro de su garganta para que Bronso pudiera oírla claramente. *Estoy aquí. Escucha cuidadosamente. Te guiaré en técnicas Bene Gesserit. Déjame aliviar tu sufrimiento.* No podía enseñarle años de entrenamiento prana-bindu en sólo unos pocos pensamientos, pero podría ayudarle a enfocarse.

—Es valiente, Alia —dijo Duncan—. Mira la expresión benigna en su rostro.

—Dioses menores, no me gusta esto —se quejó Gurney—. ¿Es así como mostramos al resto del Imperio que somos civilizados?

—Es cómo mantenemos el resto del Imperio civilizado —replicó Alia.

Bronso miró al destilador, observando hacia dentro. Jessica oyó su pensamiento a través de sus propios receptores químicos. *Me siento mucho más tranquilo ahora, mi Dama. Gracias.*

Los guardias empujaron al hombre condenado en el suave abrazo del destilador, donde se reclinó por propia voluntad. La multitud rugió, gritando insultos en un babel de las lenguas de los planetas del Imperio. Durante varios segundos, Bronso miró beatíficamente al cielo, hasta que los guardias cerraron la tapa del huanui, pusieron los sellos, y trancaron las pesadas cerraduras. A un gesto de Alia, activaron los controles y comenzaron la lenta extracción del cuerpo vivo de Bronso.

Todo el tiempo, Jessica mantuvo un contacto constante y tranquilizador con Bronso.

Hay tiempo para una sola cosa más, dijo en silencio. *Di las palabras conmigo.*

Sabía que había monitores en su cuerpo que estaban vinculados al destilador, con técnicos remotos recopilando datos sobre el dolor y los centros nerviosos de su cerebro. Alia estaría decepcionada cuando viera las tranquilas y planas lecturas, muy decepcionada.

Con la concentración mejorada, con la ayuda de Jessica, Bronso se separó de la agonía de su marchitamiento, de su deshidratación corporal. Ella habló con él a través de sus pensamientos de transmisión, y en el enfoque final de su vida, repitió las palabras con ella:

No conoceré el miedo. El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allá donde haya pasado el miedo ya no habrá nada. Sólo estaré yo.

Después de eso, no quedó nada. El destilador completó su trabajo, y convirtió a Bronso en no más que agua, en residuos químicos… y un cuerpo de escritos que Jessica se había prometido a sí misma no serían olvidado.

Él había dado su vida por Paul, al igual que tantos otros fanáticos… pero por una razón completamente diferente. *Bronso lo hizo por Paul*, pensó Jessica.

Construimos nuestras propias prisiones con nuestra consciencia y culpa. El exilio está en la mente, no en un lugar, y me he dado cuenta de que puedo llevar a cabo mis planes aquí en Salusa Secundus, así como también en cualquier otro lugar.

—Conde Hasimir Fenring

Como Bene Gesserit, Dama Margot Fenring había aprendido a perdurar. Después de pasar años en Arrakis cuando su marido era el Ministro Imperial de la Especia, Margot no veía que aquel exilio en Salusa Secundus fuera peor. Ahora, las condiciones habían ido mejorando poco a poco mientras los ambiciosos planetólogos Imperiales seguían trabajando en el estéril planeta, resucitando los ecosistemas que habían sido destruidos

por atómicas hacía milenios. Incluso ahora que el propio Muad'Dib se había ido, su trabajo continuaba a buen ritmo.

Ella y Hasimir podrían permanecer allí, por ahora. Y tan pronto como los ejércitos ghola estuvieran listos, los Fenrings serían capaces de salir nuevamente y prosperar en una nueva corte Imperial. En Kaitain, asumió… ciertamente no en Arrakis.

Hacía años, tras el fracaso de su intento de asesinato con la dulce pero letal Marie, Dama Margot había esperado ser ejecutada sumariamente, pero Paul había enviado al Conde y a su esposa al exilio en cambio… como el Duque Leto el Justo habría hecho. Por desgracia, los Fenrings estaban ahora obligados a compartir la compañía de Shaddam IV, a quien Hasimir había comenzado a despreciar.

El devenido Emperador todavía pensaba que los dos hombres eran socios, trabajando juntos por la restauración de la gloria Corrino, pero Hasimir ya no se consideraba como el legítimo Emperador a Shaddam Padishah, ni siquiera como un amigo. El hombre caído en desgracia no era más que una herramienta, y Margot sabía que el Conde estaría feliz de desecharlo en el momento apropiado. En primer lugar, los Fenrings eran supervivientes, siempre supervivientes.

Aunque los movimientos de la pareja eran restringidos en Salusa, los viajeros de otros mundos aún podían visitarlos. Cuando Margot recibió la noticia de que un transporte había venido trayendo una delegada de Wallach IX, estuvo encantada de saber que la Bene Gesserit aún la recordaba. En lugar de una nutrida delegación, la Hermandad envió sólo una vieja y dura mujer, la Reverenda Madre Stokiah. Margot no la conocía bien, pero estaba intrigada sobre por qué había venido.

Al escuchar sobre la visitante, Hasimir enarcó las cejas.

—¿Quieres que me una a ti, querida? ¿Hmmm?

—No te guardo secretos, mi amor, pero una Reverenda Madre podría estar incómoda con tu presencia. —Sabía que él iba a escuchar de cualquier modo, desde un escondite discreto.

A solas en sus habitaciones, Margot preparó el café de especia y extendió pequeños pasteles en una mesa auxiliar de madera, un bufé que intencionalmente destacaba la distribución frugal. La Reverenda Madre no le prestó atención, vestida con las túnicas negras tradicionales que la hacían parecer aún mayor de lo que era.

Margot nunca había aceptado el papel de bruja viuda; prefería mantener su belleza. Gracias a la melange y al control bioquímico Bene Gesserit, la figura esbelta y los cabellos dorados Margot eran todavía muy hermosos para la vista; Hasimir ciertamente nunca se cansaba de ella. Los dos eran compatibles en todos los sentidos.

Saludó a la otra mujer con una suave reverencia para mostrar respeto, pero muy por debajo de la deferencia. Margot había sido retirada hacía tanto tiempo de la política interna de Wallach IX que ni siquiera sabía si la mujer la superaba en rango.

—Reverenda Madre Stokiah. He estado desesperada por noticias de la Hermandad. Estamos tan alejados aquí, tan aislados.

Stokiah ignoró los refrescos y se negó al débil café de especia.

—La Hermandad ha sido perseguida durante años, despojada del poder. Durante su reinado, Muad'Dib nos cortó y nos paralizó, y ahora la Abominación de su hermana continúa con esa política —principalmente a causa de tu estúpido intento de matar a Paul.

—¿Debido a mí? —Margot se rió entre dientes—. Vamos, Reverenda Madre, Paul Atreides guardaba rencor a las Bene Gesserit desde cuando Mohiam lo puso a prueba con el gom jabbar. ¿Cuándo la Hermandad ha hecho algo para ganarse su buena voluntad?

—Sin embargo, tu absurdo intento de asesinato contra él tenía pocas posibilidades de éxito, y su fracaso ha tenido terribles repercusiones. Alia todavía carga un rencor personal contra ti, y contra todas nosotras. Puedes haber permanecido exiliada aquí durante los últimos nueve años, pero el resto de la Hermandad se ha vuelto impotente. La Regente parece odiarnos aún más que su hermano, si eso es posible. ¡Nunca hemos estado tan débiles en diez mil años! Tú, Hermana Margot, tal vez en solitario —has provocado la caída de la orden Bene Gesserit, que ha perdurado desde el final del Jihad Butleriano.

La molestia se levantó dentro de ella.

—Eso es absurdo.

Cuando algo cambió en el comportamiento de Stokiah, Margot se puso en guardia al instante. La voz de la anciana se volvió más resonante, sus ojos brillaron, y zarcillos de fuerza psíquica parecieron rezumar de ella, insinuándose a sí mismos como lenguas húmedas en los oídos de Margot y alrededor de su pecho.

—Debes sentir la culpa… el peso opresivo del delito que has cometido. La Hermandad me envió aquí como Hacedora de culpa para que se sientas las terribles consecuencias de tus acciones.

Margot levantó las manos y cerró los ojos cuando la vergüenza y la culpa golpearon como un martillo su mente.

—¡Alto! ¡Esto no sirve… a ningún propósito!

—Nuestro propósito es el castigo, y debes desmoronarte. Tu mente colapsará sobre sí misma bajo el peso de lo que has hecho… de la vergüenza. Deberás vivir en un infierno clamando por retribución, de la que nunca podrás escapar. La Bene Gesserit tienen poco ahora, pero permanecen nuestros castigos, que reservamos para alguien como tú.

En los años que habían pasado desde que había tenido contacto directo con la Hermandad, y desde el fracaso del intento de asesinato de la pequeña Marie, Dama Margot Fenring había continuado sus estudios privados. Pero no tenía las mismas capacidades que una de las legendarias y altamente secretas Hacedoras de culpa, y no entendía lo que estaba haciendo Stokiah… Margot elevó una defensa débil para silenciar algunas de las voces que gritaban dentro de su conciencia. Pero sólo temporalmente.

La Hacedora de culpa enseñó los dientes y siguió concentrada, golpeando con una oleada psíquica tras otra la mente de Margot, desbaratando sus ingenuas defensas.

Margot sabía que fracasaría pronto; no tenía ni el poder ni la formación para resistir aquello por mucho más tiempo. Sus piernas se doblaron y cayó de rodillas, tambaleándose, luchando. Cerró los ojos y trató de gritar.

De pronto, las ondas psíquicas crepitaron y descendieron en intensidad, y el martillo mental invisible pareció caer al suelo, desechándose. La Reverenda Madre Stokiah levantó las manos, apretando los dedos en garras. Sus ojos se desorbitaron.

De pie cerca detrás de la mujer vestida de negro, el Conde Fenring condujo su daga con un movimiento difícil, luego la retorció, la retiró, y apuñaló a la anciana nuevamente, hundiendo la hoja cerca de su corazón. Ni siquiera una Reverenda Madre con el control sobre su química interna podría sobrevivir tal daño extenso.

—Hmmm —comentó Fenring, mirando la sangre en su mano con interés más que repulsión—. Parecías estar en dificultades, mi amor. —Tiró el cuchillo, y Stokiah se desplomó en el suelo en un charco de túnicas negras y rojo de la sangre.

—Me tomó por sorpresa. —Margot luchó para recuperar el aliento—. Parece que la Bene Gesserit prefiere volverse en contra propia que desarrollar un plan adecuado para recuperar su poder e influencia.

Fenring sacó un pliegue del tejido negro del cuerpo de Stokiah, usándolo para limpiar la sangre de su mano y de la daga.

—Demasiado por su habilidad tan cacareada de visualizar objetivos a largo plazo. Ya no podemos considerar a las Bene Gesserit nuestras aliadas incondicionales.

Margot se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Los últimos ecos de culpabilidad impuesta desaparecieron de su interior como fantasmas en el viento. La pareja permaneció de pie junta y observó el cuerpo inerte.

—Es una lástima —dijo—. Las Hermanas podrían haber sido útiles cuando Shaddam finalmente decidida lanzar su ejército ghola.

—Aaahh, hmm. Una lástima. —Le dio una patada a la Reverenda Madre muerta con su pie—. Sabes que tenemos que enviar un mensaje a Wallach IX. Si nos damos prisa, podemos empaquetar el cuerpo y enviarlo de vuelta antes de que el Heighliner parta de nuevo.

Decidieron no perder el tiempo en cualquier tipo de embalsamamiento o fijadores; en cambio, envolvieron el cadáver de Stokiah en envases herméticos. Margot luego firmó una nota, que colocó en el pecho de la Reverenda Madre: «*No necesito más culpa, gracias*».

Manipuladores de bajos salarios vinieron a recoger el paquete y entregarlo a la lanzadera, donde almacenarían a Stokiah en la bodega de carga del Heighliner y finalmente regresaría a la Escuela Madre. La entrega desde Salusa Secundus tomaría algún tiempo, y cuando las Hermanas en Wallach IX abrieran el paquete, probablemente encontrarían un buen hedor.

De haber sido mía la elección, habría mandado a ejecutar a Shaddam Corrino y al Conde Hasimir Fenring junto con él. Sin embargo, honraré la decisión de mi hermano, aunque pueda traerme miseria más adelante.

—Alia Atreides, comentario reportado por Duncan Idaho

Acompañando a la sombría procesión después de la ejecución de Bronso, la Princesa Irulan caminaba junto a Jessica lo largo de una amplia franja que los guardias habían

despejado entre la multitud, para que pudieran hacer su camino al destilador. Ni ella ni Jessica habló.

A pesar de su resistencia inicial, Irulan se había dado cuenta de que todo el esquema que Paul había ideado: había creado su propia némesis con el fin de desmantelar la estructura de poder masivo de su propia leyenda por cualquier medio posible. Y Bronso se había llevado el secreto con él en el destilador.

Alia y Duncan, la Regente Imperial y su consorte ghola, subieron los escalones de la tarima donde el destilador descansaba a la luz del sol. La humedad recuperada se condensaba en los paneles laterales transparentes y circulaba a través de los respiraderos internos.

Gotas de humanidad, pensó Irulan.

El Qizarate había anunciado un día de regocijo, una celebración macabra y Alia pareció bastante contenta al respecto. Los vítores atronadores se hicieron más fuertes cuando Alia, Duncan, Gurney, Jessica, e Irulan se encaminaron a observar lo que el gobierno había hecho, la «justicia» que había servido. Irulan trató de recordar su antigua ira sobre todas las cosas que Bronso había escrito, las mentiras que había dicho, las exageraciones audaces que había inventado. No estaba segura de si hubiera estado dispuesta a morir —al menos no de esa manera— para proteger su versión de la verdad.

Un grupo de sacerdotes formó un anillo alrededor de ellos en la plataforma, rodeando el destilador. La Regente habló con voz fuerte y resonante que llegó mucho más allá de la tarima:

—Princesa Irulan, esposa de Muad'Dib, ahora eres libre para corregir el registro histórico, para refutar las afirmaciones absurdas de Bronso de Ix, y para fortalecer el legado de mi hermano para siempre.

Irulan formó su respuesta con gran cuidado.

—Voy a hacer lo que es correcto, Regente Alia. —Jessica miró a la princesa, pero la respuesta pareció satisfacer a Alia, así como a la multitud, a juzgar por su respuesta exuberante.

Aunque obviamente perturbada, Jessica dio un paso adelante para llegar al destilador antes que Alia. Levantó la voz a la multitud.

—¡Sacerdotes, tráigannos copas! Este es el agua de Bronso de Ix, y todos sabemos lo que ha hecho.

Después de una oleada de confusión, dos Qizaras corrieron hacia adelante trayendo cinco copas ornamentadas. Irulan miró a Jessica, tratando de entender lo que estaba haciendo. Gurney Halleck se mordió la lengua, aunque parecía muy preocupado.

Alia, sin embargo, estaba encantada por sugerencia de su madre.

—¡Ah! Así como el Conde Fenring bebió el agua de su malvada hija después de que la maté, ahora haremos lo mismo con Bronso.

Los sacerdotes distribuyeron formalmente las copas, e Irulan aceptó la suya.

A pesar del calor del día y las multitudes apremiantes, el metal se sentía sorprendentemente frío en su agarre.

Desde el embalse del destilador, Jessica decantó el agua en la taza y esperó mientras Duncan hacía lo mismo para él y para Alia. Con movimientos apuntados, Jessica también llenó las copas de Gurney e Irulan. Cuando la princesa vaciló, Jessica dijo claramente:

—Es agua, Irulan. Nada más.

—El agua del traidor vencido. —Alia levantó su copa—. A medida que el enemigo de Muad'Dib se desvanece, su agua nos rejuvenece y nos da fuerzas. —Tomó un largo sorbo.

—Bronso de Ix —dijo Jessica, y luego bebió.

Irulan se estremeció, comprendiendo de repente los motivos de Jessica. Para ella, no era una condena, sino un brindis, un saludo reconociendo sus valientes acciones, desinteresadas, y el terrible sacrificio que había hecho por Paul y por el legado de la humanidad. En cierto modo, era un contrapunto a la cosa dura pero necesaria que Jessica les había hecho a diez necios rebeldes en Caladan, hacía tantos años.

Pero aquello no era una copa de veneno, sólo agua…

Irulan hizo retroceder sus sentimientos incómodos. Es agua. El líquido estaba caliente y no tenía sabor, destilado, filtrado, puro… y para nada satisfactorio. Pero ella lo bebió en honor de Bronso, como Jessica había previsto.

Después, Alia ordenó que el resto del agua del traidor se distribuyera entre los más altos miembros de clasificación del sacerdocio, como una especie de comunión.

Cuando las multitudes comenzaron a dispersarse tras el espectáculo de ejecución, una conmoción estalló en las calles. Con bombos y platillos, una tropa de acróbatas comenzó dando saltos y piruetas, usando cinturones suspensores, para volar alto en el aire y realizar varios trucos. La gente se reía y aplaudía, su buen humor apenas afectado por la sangre del hombre que acababan de ver morir.

—¡Juglares! —exclamó alguien. Jessica los vio venir, usando a la multitud como un trampolín. Acróbatas ágiles, aparentemente hechos de una sustancia elástica, brincaban y bailaban y volaban, acercándose a la tarima, actuando para el público, así también para los espectadores reales.

En la parte delantera se pavoneaba un hombre elegante en un traje increíblemente blanco. Se mantuvo de pie, levantó una mano y gritó:

—¡Soy Rheinvar el Magnífico, y hemos llegado a actuar para usted en honor a Paul-Muad'Dib! —Con un gesto amable, extendió ambas manos hacia la plataforma—. Y, por supuesto, en honor a la Regente Alia, a la Princesa Irulan, y a la encantadora Dama Jessica.

En medio de aplausos corteses, Jessica recordó algo que Bronso había dicho al contar su historia sobre Rheinvar: *Muchas cosas han cambiado… sólo las apariencias siguen siendo las mismas.*

Los dignatarios se quedaron para ver como los Juglares completaban su show. Entonces Alia dirigió sus sacerdotes para pagarles generosamente.

No puedes ocultarte por siempre de la tristeza. Te encontrará en el viento, en los sueños, en la más pequeña de las cosas. Te encontrará.

—El Lamento del Ghola

Las festividades después de la ejecución de Bronso dejaron el corazón de Jessica incluso más apesadumbrado. Sabiendo que Alia esperaba que estuviera allí, sonriente y satisfecha con su «victoria», Jessica hizo acto de presencia, breve, durante el tiempo que pudo soportarlo. Pero a medida que las fiestas hedonistas en la ciudadela en expansión se hicieron más fuertes y más estridentes a su alrededor, ya no pudo soportar la tensión y el amargo asco que sentía dentro de su alma.

¿Cómo podía ser feliz todo el mundo, cuando algo dentro de ella se sentía tan terriblemente mal? Necesitaba estar sola.

Las Bene Gesserit habían manipulado su formación en su interior, para ejercer control sobre lo que creía que eran debilidades personales, las debilidades humanas. ¡Se consideraban expertas sobre la humanidad! Pero sus intentos de controlar —desde la prohibición amar a la crianza de un Kwisatz Haderach— invariablemente habían caído profundamente.

Los seres humanos nunca podrían ser controlados por completo.

Si pudieran verla ahora, las Hermanas probablemente habrían aprobado el notable éxito de Jessica en controlar sus emociones desde que había sabido de la muerte de Paul. Pero la misma lejanía de sus propios sentimientos la dejaba con una sensación incompleta, como un eunuco incapaz de una función biológica básica.

Jessica se había protegido a sí misma durante tanto tiempo desde cualquier efusión de emociones que había aplastado con éxito esa chispa hasta convertirla en una ceniza fría y gris. ¿Y para qué propósito? En aquella noche hacía mucho tiempo, perdidos en el desierto, cuando ella y Paul se enteraron de la muerte del Duque Leto, ella había llorado… y había sido perturbada en gran medida por la incapacidad de Paul para mostrar sus sentimientos. Más tarde, durante la Batalla de Arrakeen, se había molestado por la fría reacción de Paul al enterarse de que los Sardaukar habían matado a su hijo primogénito. Paul, el valiente y victorioso comandante cuyos ejércitos Fremen había derrocado un Imperio, fue incapaz de llorar por aquel niño martirizado.

Ahora Jessica se había convertido en el mismo tipo de persona, incapaz de llorar, ni siquiera por su hijo perdido.

Ahora, en la Ciudadela, huyendo de las partes enloquecedoras y de la conmoción, siguió a una necesidad inconsciente de que la condujo a través de puertas y pasillos. Para su sorpresa, se encontró en la entrada de la guardería.

Algo aclaró en su mente. *Mis nietos*, pensó. *El joven Leto y Ghanima… el futuro de Arrakis y de la Casa Atreides*. Sintió un poderoso impulso de verlos, de mirarlos a los ojos y buscar cualquier indicio de quienes había perdido: Paul, Chani, incluso su amado Duque Leto.

Por ahora los guardias uniformados en la puerta acristalada permitieron a Jessica pasar sin desafíos. Pasó a través de una puerta sellada y luego de otra en el exuberante invernadero que se había convertido en una guardería. Harah estaba allí, obediente y leal, como una leona defendiendo a sus cachorros. No tenía nada quería hacer en la ejecución de Bronso o en las celebraciones que siguieron.

—Harah, me gustaría estar a solas con mis nietos por un momento. ¿Podrías disculparme?

La esposa de Stilgar se inclinó, siempre formal en torno a Jessica a pesar de sus años de familiaridad.

—Desde luego, Sayyadina.

La otra mujer se alejó, dejando a Jessica mirando hacia abajo al niño y la niña, de sólo unos meses de edad. Aquellos dos ya cargaban un gran potencial, así como una rareza, dentro de ellos. Jessica sabía que Alia había luchado con otros recuerdos y pensamientos inusuales toda su vida. ¿Qué más podían aquellos bebés pobres tener que soportar?

A pesar de que había sido reticente en torno a los gemelos en anteriores visitas, había ido a verlos sólo un par de veces… Jessica no dudó. Levantó un bebé en el hueco de cada brazo.

—Querido Leto… dulce Ghanima. —Se inclinó y besó a cada niño en la frente, y mientras lo hacía se dio cuenta de que fue una rebelión en contra de la forma en que ella se había criado, nunca permitiéndose sentir ningún afecto, nunca permitiendo aprenderlo.

Su visión pareció duplicar, haciendo eco en los recuerdos al recordar sosteniendo a su pequeño hijo Paul por primera vez. La había agotado y manchado de sudor, rodeada de médicos Suk, parteras Bene Gesserit, Reverendas Madres e incluso la esposa de Shaddam, Anirul. Paul había enfrentado al peligro en cuestión de horas después de su nacimiento, arrebatado por un supuesto asesino y rescatado más tarde por Mohiam. ¡Qué irónico que había sido!

Sus palabras salieron como un susurro.

—Qué cosas deben estar esperándolos a ustedes. —No supo qué más decir.

Los bebés gorgotearon y se retorcieron en sus brazos, como si hubieran establecido una sincronización mental. Jessica miró a los rostros, y detectó un fantasma de Paul en las líneas de sus diminutas mandíbulas, las formas de sus narices, el conjunto de sus ojos brillantes… un deja vu biológico.

Vívida en su mente, Jessica imaginó a la pobre Chani muerta en una sala de partos en el Sietch Tabr. Jessica sabía lo mucho que Paul la había amado… sabía por sí misma el terrible dolor que había sentido cuando se enteró de que su Duque Leto estaba muerto. Pero con la presciencia, ¿cuántas veces había visto Paul aquella misma imagen en sus sueños, sabiendo que no podía evitarlo? ¿Qué tan duro había sido para él? Jessica sólo pudo imaginar a su hijo sin su vista después del quemador de piedras, sin poder comenzar a comprender cómo su elevada confianza había sido aplastada por el sufrimiento

inimaginable de dichas pérdidas inmensas. ¿Paul acaso había creído que había perdido todo? Todo indicaba que había sido así.

Jessica tenía su propia parte en la culpa, también. No había estado allí para él, no había ofrecido su fuerza, su simpatía o su comprensión. En cambio, había permanecido en Caladan, dando la espalda a la política y a su hijo. Dejándolo solo. Había alienado a sus hijos y distanciado de ellos cuando la necesitaban más… así como Paul había dejado a sus gemelos recién nacidos. Aquellos dos nunca conocerían el amor de su padre o de su madre.

Jessica sostuvo a los bebés, y los besó nuevamente.

—Lo siento, lo siento muchísimo. —No supo exactamente con quien se estaba disculpando.

Ahora, en la guardería, las rodillas se le debilitaron. Los bebés la observaban, pero ella sólo pudo ver la imagen mental de un Paul ahogado por el dolor inconmensurable cuando se enfrentó a su destino Fremen y se alejó hacia las dunas, sin volver atrás, con la intención de no ser encontrado.

Ahora soy libre.

No habrá santuario para sus huesos, pensó. *No como con mi Duque*. Ni siquiera había estado allí para despedirse de su hijo… de su amado Paul.

Sus rodillas cedieron y cayó lentamente en el suelo de la guardería. Como una tormenta de viento corriendo a través del desierto, superando todas las expectativas, la tristeza, la realización, la pérdida barrió sobre ella, y no pudo hacerle frente.

Las antinaturales exigencias Bene Gesserit no significaron nada para ella. Lo único que le importó era la pena que no había sabido expresar… hasta ahora.

Jessica tomó una bocanada de aire y lo dejó escapar en un gemido bajo. Sollozó, sus hombros temblaron, su espalda se encorvó. Acercó a los bebés cerca de su pecho, aferrándose a ellos como si fueran su único anclaje contra el terrible embate de una tormenta.

Mi Paul…

Las prohibiciones Fremen contra el agua derramada para los muertos no significaron nada más que los necios comandos Bene Gesserit. Jessica no supo cuando acabarían sus lágrimas, pero por ahora las dejó fluir el tiempo necesario.

Los festejos continuaron a través del día en la Ciudadela de Muad’Dib. No importaba donde fuera, la Princesa Irulan continuaba sintiendo el agrio aroma de la muerte todo a su alrededor, como si los seguros de muchos destiladores hubieran fallado, dejando escapar sus hedores.

Le hizo pensar en las raíces de un gobierno decadente…

Una de las mujeres Fremen, nueva en la corte real, había traído un buitre en miniatura con ella a la sala de recepciones… y lo llevaba en su hombro, donde parecía dormitar. En un ropaje hecho a medida que no podía ocultar su robusto cuerpo, la mujer bebió varios tragos de cerveza de especia y comió demasiado.

Irulan la había encontrado irritante bajo cualquier circunstancia, y en aquella macabra ocasión lo hizo incluso peor. A Alia, sin embargo, parecía gustarle. Todo el asunto de la celebración había sido un trago amargo, una disposición de la crudeza que nunca había sido permitida durante el reinado de su padre.

¿Había sido realmente necesario derrocar a la dinastía Corrino y reemplazarla por un Imperio Fremen? Irulan tenía sus dudas. Todo parecía ser una exageración masiva a la corrupción bajo el régimen de los Corrino.

El pequeño buitre en sus hombros concentró sus diminutos ojos en la misma dirección, como si considerara a Irulan como una presa. La Princesa respondió con una sonrisa casual y se alejó, tratando de desaparecer entre la gente que no conocía.

Ordenó los detalles en su mente, pensando incluso en cómo retrataría los eventos de los últimos días en su obligatoria crónica. Sin lugar a dudas, Alia le insistiría a Irulan lanzar una nueva y vigorosa campaña para refutar los manifiestos de Bronso, a pesar de las muchas voces adicionales que habían comenzado a criticar en los planetas dispersos alrededor de todo el Imperio. En dos mundos desolados, hombres luciendo como Bronso y diciendo ser él habían hecho apariciones públicas, denunciando el exceso de la Regencia… Tal vez fueran Danzarines Rostro, o tan sólo personas valientes. Los rumores habían continuado circulando diciendo que Paul no estaba realmente muerto; sin duda, los disidentes harían las mismas reclamaciones sin fundamentos sobre Bronso de Ix. Su legado, o notoriedad, continuaría durante mucho tiempo después de su muerte.

Sí, Alia insistiría en que Irulan escribiera respuestas difamatorias, pero la Princesa había decidido exigir una concesión. Desde que la Regente había refutado el pedido de Jessica de llevarse a los gemelos de regreso a Caladan, Irulan debía convertirse en su fundación fuerte. Insistiría en pasar más tiempo con los pequeños Leto y Ghanima. Criar a los hijos de Paul sería su misión más importante.

Luego de la partida de Jessica, de seguro querría reportes familiares del progreso de los gemelos, descripciones objetivas de lo que estuviera sucediendo en Arrakeen. Tal vez la relación de las dos mujeres podría fortalecerse, restaurando lo que una vez había sido una clara amistad. Alejada de su familia, viuda y rodeada de personas que fácilmente podían convertirse en enemigo, Irulan aguardaba por alguien en quien pudiera confiar… incluso si fuera a mediante la correspondencia. Tal vez aquella persona era Dama Jessica.

Pero Jessica era la madre de Alia, también… no sólo de Paul. Irulan tendría que recorrer una línea muy fina.

En los terrenos del a Ciudadela, Irulan hizo su camino a través de plazas repletas de oficiales, sacerdotes, vendedores ambulantes, mercaderes, Fremen que lucían incómodos, veteranos llenos de cicatrices del Jihad debido a sus incontables medallas, y un par de personas de miradas extrañas que parecían no pertenecer allí para nada. Buscó a Jessica, pero una criada le informó:

—La Madre de Muad'Dib se ha retirado a sus habitaciones, para celebrar en privado.

Irulan decidió irse también, para encontrar la soledad y el silencio que tanto necesitaba en sus recámaras, con los sellos de seguridad puestos.

Antes de que pudiera irse, un hombre apareció frente a ella, bloqueándole el paso. Vestía ropas de brillantes colores, un gran collar, joyas en sus muñecas, y complejos pliegues en su atuendo voluminoso.

—Majestad —dijo en una voz baja—, por favor acepte este regalo en honor a su gloria perdida y nuestras esperanzas para el futuro.

De los pliegues del tejido, mostró un cubo de mensajes, el cual depositó en sus manos, activándolo al mismo tiempo. Y luego se internó mezclándose entre la multitud.

Inmediatamente, unas palabras fluyeron desde la cara del cubo, de su padre.

Las memorizó tan rápido como habían surgido y desvanecido, sincronizadas con el movimiento de sus ojos.

—Es hora de llevar a cabo nuestro movimiento, mi hija. Muad'Dib se ha ido, sus herederos no son más que niños, y la Regencia se tambalea. Por fin, la Casa Corrino está a punto de retomar el Trono del León, y exigimos tu ayuda. Nunca olvides que eres una Corrino. Contamos contigo.

Aturdida, observó cómo las palabras se disolvían. El cubo de mensajes se deshizo en escombros frágiles en sus manos. Paul se había ido ahora, ¿y qué obligaciones tenía realmente hacia Alia… quien la había arrojado en una Celda de la Muerte? Pero los Corrino no podían reclamar únicamente por la lealtad de Irulan tampoco.

Irulan decidió que tendría que mantener sus opciones abiertas.

Se limpió los restos del mensaje en su palma y observó los ligeros fragmentos revoloteando en el suelo pulido de la sala de recepciones, donde se dispersaron en las corrientes de aire apenas perceptibles.

En cada vida, llega un momento cuando es hora. La pregunta crítica sería: ¿Acaso reconocemos el momento, y estamos preparados para actuar en él?

—Conversaciones con Muad'Dib, por la Princesa Irulan

El susurro de los mares de Caladan la llamaba, y Dama Jessica supo que finalmente era tiempo de irse a casa. Cuando le informó a Gurney de sus intenciones de abandonar Dune en cuestión de días, él no pudo estar más de acuerdo con tanto entusiasmo.

Aquella mañana, le informó a Alia de su partida, y pensó que la Regente le insistiría que se quedara más tiempo, pero había poca sinceridad en su voz.

Jessica tomó aquella oportunidad para darle la promesa de que Caladan sería removido permanentemente de las rutas de los enojados peregrinos e inmaculados veteranos del Jihad. Con eso, al menos, pudo otorgarle una considerable satisfacción.

Inmediatamente luego de oír el anuncio de su madre, Alia abandonó todo a una larga semana de retiro no programada, en el desierto con sus sacerdotes y líderes militares.

—Los asuntos de estado están presionando. Adiós, Madre —le dijo, y luego se disculpó por no poder estar disponible cuando su madre abandonara el espaciopuerto de Arrakeen.

Jessica sabía que su hija se sentía increíblemente incómoda alrededor de ella, y si demoraba su regreso a Caladan mucho más, Alia la vería más y más como una rival y un

obstáculo que como un apoyo. Mejor era abandonar Dune ahora antes de que cualquier daño real terminara con su relación.

Con Alia lejos, Jessica tuvo un período de relativa calma para recolectar algunos recuerdos de los Atreides, especialmente aquellos referidos a Paul y Chani, para llevárselos con ella a Caladan.

Dama Jessica permanecía en su recámara con el familiar armario de embalaje abierto ante ella. Sus lados llevaban pegatinas y sellos de fecha de las autoridades de transporte, mostrando los muchos planetas y sistemas estelares que había visitado desde el momento en que había dejado por vez primera Wallach IX siendo una joven mujer para convertirse en la concubina del Duque Leto Atreides. Jessica había visto mucho desde entonces, había experimentado la alegría suprema y la profunda tragedia.

Una calma llegó a ella. Caladan era el mundo de su Duque, su mundo, y pertenecía allí. Mi vida no ha terminado aún, pensó. Aún queda tiempo par la felicidad. Y sabía que Tessia estaría allí, necesitando un refugio seguro.

Siguiendo sus órdenes, las ventanas de plaz de sus habitaciones habían permanecido opacas tras la ejecución de Bronso. No quería volver a mirar nunca más a la plaza ahí afuera, porque le recordaba demasiado a la barbarie a la que las turbas podían ser conducidas. Unos globos resplandecientes iluminaban su apartamento.

Las amplias puertas del armario estaban abiertas revelando barras y estantes dentro donde estaba la ropa, los cajones de las joyas, y otros artículos pequeños, y un panal de compartimientos ocultos. Con un escáner de huellas digitales, abrió un cajón oculto que contenía los objetos de valor sentimental especiales para ella, y había añadido una insignia con el halcón de los Atreides que los Harkonnen habían cortado del uniforme del Duque Leto después de su captura. Gurney lo había encontrado para ella.

En ese momento, Irulan entró llevando un largo vestido que brillaba suavemente de oro y joyas de perlas.

—¿Este sería un buen momento para hablar, mi Dama?

—He estado esperándote. —Sabía que Irulan nunca la dejaría irse sin una conversación final.

La princesa llevaba un objeto entre sus manos, como si sus dedos fueran reacios a desprenderse de él, a pesar de que parecía haber tomado la decisión sobre qué hacer. Soltó para revelar un largo collar de cuentas de colores, piedras pulidas y anillos metálicos pequeños. Teniendo en cuenta las joyas extravagantes e impresionantes que había poseído como hija de la Casa Corrino, aquel parecía un collar primitivo, una serie de objetos encontrados que una urraca podría haber recogido.

—Este era… —Su voz se cortó. Respiró, enderezando su largo cuello elegante, y luego empezó de nuevo—. Los Fremen me dieron esto inmediatamente después de mi matrimonio formal de estado con Paul. Una cadena de lazos, lo llamaron. A pesar de que sabían que Chani era el amor de Paul, el Consejo de Naibs tuvo que reconocer mi matrimonio como algo legal. Los Fremen entienden eso.

—Estuve ofendida en ese momento y casi descarto el collar, pero por alguna razón, me lo guardé. Algo en mí esperaba… —Ella negó con la cabeza—. Ahora que Paul se ha ido, te lo entrego a ti. —Extendió las manos hacia adelante, ofreciendo el collar a Jessica—. Tómelo. Colóquelo con sus otros recuerdos de Paul.

Jessica aceptó la hebra, pasándola a través de sus dedos como si tratara de leer los mensajes allí.

—¿Estás segura, Irulan?

La princesa dio una pequeña inclinación de cabeza, y luego asintió de nuevo con más vigor.

—Este lugar ya está infestado de recuerdos y reliquias, muchos de ellos falsos. Quiero la cadena de lazos permanezca en su poder, con otros objetos reales.

—Atesoraré esto, Irulan. Muchas gracias.

Los ojos de la Princesa perdieron su brillo por un momento.

—Tengo que decirle algo. No hemos sido las más cercanas de las amigas en los últimos años, pero ha demostrado que confía en mí. Recuerdo las discusiones que tuvimos en los jardines del palacio de mi padre en Kaitain cuando yo era una joven, antes de que Paul naciera. Me gustaría que seamos buenas amigas de nuevo. Después de que vuelva a Caladan, espero que podamos enviarnos mensajes la una a la otra… para mantener el contacto.

Jessica arqueó las cejas en una mezcla de diversión y alarma.

—¿No has tenido suficientes conspiraciones?

Una pequeña sonrisa.

—No propongo una conspiración, sólo un intercambio de información. Pocas personas en la galaxia pueden entender los problemas que enfrentamos, y admiro su coraje.

Jessica dejó al cajón, cerrando parte del armario.

—Tú también has demostrado tu valor, Irulan Corrino. Sé lo que intentaste hacer por Paul, y sé de tu lealtad hacia él, tu fuerza suprema de carácter en desafiar a tu padre cuando supiste que estaba equivocado.

—Desafié a Paul, también, cuando fui cómplice en una conspiración contra él. No me precipité en ella con todo mi corazón, pero eso no es excusa.

La voz de Jessica se endureció.

—Y para eso tendrás que cargar con tu propia culpa. Aún así, Alia está atada a lo que Paul hubiera querido. Ella cree que te tiene envuelta alrededor de su dedo ahora.

Irulan no negó lo que Jessica había dicho.

—Es bueno que se vaya ahora, mi Dama. Puede ver cómo el gobierno está tomando medidas enérgicas incluso contra el disenso más inocente, y estoy siendo observada —tengo la sensación de ello.

Con un movimiento de cabeza, Jessica dijo mucho, sin decir palabra. Ambas sabían que en Arrakeen el Qizarate ya había comenzado la celebración de juicios públicos de

supuestos herejes; una mera acusación parecía ser prueba suficiente en sí misma, y prácticamente todos los culpados eran condenados a muerte.

—Quizás deberías venir conmigo hasta que las cosas se calmen aquí. Como mi invitada en Caladan.

Irulan negó con la cabeza.

—¿Y dejar a Leto y Ghanima bajo el cuidado de Alia? Una vida en Caladan suena casi tan agradable como Kaitain, pero este es mi destino, lo que me fue mandado a hacer por la Casa Atreides, por la Casa Corrino… y por Muad'Dib.

Jessica se solidarizó, sintiendo su propio deber hacia Paul. Los escritos de Bronso habían empañado con éxito la imagen idealizada de Muad'Dib, al menos entre algunos historiadores, si no entre los fanáticos que habían luchado en el Jihad. Había oído emisarios de otros mundos, representantes del Landsraad, e incluso a los comerciantes CHOAM haciendo preguntas, exigiendo explicaciones de Alia, causando problemas.

En el corto plazo, la joven Regente había tratado de desviar la atención, un nuevo impulso a varias divisiones jihadistas y enviado sus ejércitos a las poblaciones donde las purgas eran «necesarias». Pero sin su carismático líder, las fuerzas dirigidas por los Fremen no tenían su antiguo fervor, su entusiasmo por la lucha y la matanza. Muchos de los soldados querían volver a casa a sus viejas costumbres y a sus familias, y los ejércitos habían ido disolviéndose gradualmente. Como Regente, la niña no podría dase cuenta todavía, pero su gobierno estaba en problemas. ¿Y qué sería dejado para los gemelos?

—Sí, tenemos mucho en común —dijo Jessica—. Ponte en contacto conmigo en Caladan cuando lo desees. Me gustaría escuchar acerca de mis nietos, por supuesto, y de ti también.

Irulan sonrió y le dio una leve reverencia.

—Esperaré con ansias ese momento, mi Dama.

* * *

En el día de su partida, en una zona segura del espaciopuerto de Arrakeen, Jessica y Gurney esperaban a que la fragata Imperial terminara de ser cargada. Eran acompañados por una escolta Qizarate que ninguno de los dos quería.

Mientras esperaban, Gurney puso su baliset en su regazo, a pesar de que no lo tocó. En la tensión de los últimos días, se habían roto varias de las cuerdas del viejo instrumento, pero no las había reparado.

—El aire es demasiado seco aquí, y la música no suena bien. Lo arreglaré y tocaré para usted otra vez, cuando volvamos a casa.

Mirando a través de una ventana de plaz filtrada del edificio de la terminal, Jessica miró el enorme complejo de la ciudadela que abarcaba una gran parte de la ciudad. Sí, estaba segura de que Paul había trazado un camino casi imposible a través de aguas peligrosas. Pero había dejado mucho sin resolver tras su estela… incluyendo los gemelos.

—No puedo dejar de pensar en los dos bebés que estamos dejando atrás.

—Arrakis es su destino, mi Dama, aunque me preocupa que bajo la influencia de Dama Alia… —Mirando hacia arriba, se puso de pie y dejó la baliset un lado con un tintineo.

La Regente se dirigió hacia ellos desde la entrada principal de la terminal, seguida de cuatro Amazonas sacerdotisas altivas en vestidos blancos largos. Sus sandalias hicieron clic en el suelo de piedra. Alia se detuvo delante de Jessica, y sonrió.

—Decidí que no podía dejarte ir sin decir adiós después de todo, Madre.

—Me alegro, pero me sorprendes. Pensé que estabas de retiro.

—Y tú estás en retirada, regresando a Caladan. —La altivez de Alia era forzada, su voz mostraba patrones tonales débiles pero distintos de anhelo, una indirecta fina de desesperación.

Jessica sacudió la cabeza, contestando con una voz suave:

—Difícilmente un retiro. No tengo ninguna razón para huir, y siempre estoy a tu disposición. Como Regente Imperial, tienes todos los asesores que se puedas desear. —Miró con desdén a las sacerdotisas—. Pero yo soy tu madre, y si alguna vez me necesitas, si alguna vez necesitas asesoramiento o simplemente un oído comprensivo, te ayudaré. —Suavizó su voz—. Eres mi hija, como Paul era mi hijo, y yo siempre los amaré a ambos.

Las sacerdotisas Amazonas se acercaron al armario sellado de Jessica y comenzaron a inspeccionarlo, pero Alia despachó bruscamente a las mujeres y se alejaron. Se volvió hacia Jessica.

—Entiendo que has guardado artefactos valiosos contigo, recuerdos de mi padre y mi hermano.

Jessica se puso rígida.

—Unos pocos artículos personales, recuerdos de mi marido y de mi hijo. No los quiero replicados y que se vendan como baratijas por los vendedores, ya sea que estén o no autorizados por el gobierno. —Preguntándose por qué Alia empujaría hacia atrás en una cosa tan trivial, Jessica estaba dispuesta a discutir el argumento, aunque no quería que su salida pudiera terminar con una nota amarga.

La joven sonrió enigmáticamente, sumergió la mano en un bolsillo de su bata aba negra, y retirándola, sus dedos se apretaron en un puño.

—Entonces hay una cosa más que pertenece contigo en Caladan, Madre. Algo que nunca debe ser copiado para los buscadores de recuerdos.

Abrió su puño, con la palma hacia arriba, para revelar el anillo con el sello halcón que el Duque Leto había llevado, y luego Paul. El anillo ducal oficial de la Casa Atreides.

Tomada por sorpresa, Jessica se defendió ante una ola de emociones. Tomó el anillo, le dio la vuelta a la luz para examinarlo, vio las señales de desgaste y la marca del grabador, todo lo que recordaba. La voz de Alia apenas fue un susurro:

—Es real, Madre.

—No sé qué decir. —Los recuerdos corrieron sobre Jessica con la rapidez de una de las inesperadas tormentas de viento de las arenas—. Esto me complace muchísimo.

—Solo nosotras dos sabemos cuánto amaste a tu noble Duque. —Los ojos azules Fremen de Alia brillaron, y Jessica se le acercó y la abrazó, la primera vez que lo hacía en mucho tiempo. Normalmente, Alia la habría alejado, pero no ahora.

—Estoy abrumada por esto, por lo que has hecho por mí. —Jessica apretó con fuerza la mano alrededor de su preciado anillo.

A pesar de que la fragata Imperial estaba lista para el abordaje, Gurney aguardó en silencio, dándole a Jessica todo el tiempo que necesitaba. Continuó mirando al rostro de su hija, midiéndola, estudiando la chispa de compasión que veía. Esperaba que fuera más que un mero desvío en el viaje de Alia hacia una dirección completamente diferente.

—Mantendré tu oferta en mente, Madre. ¿Regresarás aquí en unos cuantos años, luego de que todo este tumulto se calme?

Jessica solo pudo asentir. Con el tiempo, todas las cosas regresaban a Arrakis.